CUANDO FUIMOS FUGACES

«Adictivo, intenso y diferente».
ALICE KELLEN

PAULA RAMOS

Grijalbo

A mi padre, que me enseñó que
no hay que poner límites a los sueños

Abril de 2023

Prólogo

Creo que hay algo mágico en volver al sitio donde una vez fuiste feliz, a pesar de que digan que debes tratar de no hacerlo, porque si regresas te das cuenta de que ya nada es como era; supongo que se debe a los recuerdos.

Los *recuerdos*.

Lo que conlleva esa peligrosa palabra... Si la buscas en el diccionario, encontrarás una definición concisa relacionada con una sucesión de imágenes sobre hechos del pasado que quedan en la mente. Sin embargo, con el tiempo, he aprendido que abarca más, mucho más. Los recuerdos no solo son algo visual; son un olor, una melodía, incluso el tacto mismo puede dispararlos. Aunque no quieras, ahí están. Pero por primera vez, estos me reconfortan, me abrazan y consuelan de una forma que no podría haber imaginado. Hacía bastante que no me pasaba, y me sorprendo de que sea aquí, donde pensé que, al volver, todo se desataría de una dolorosa manera.

Continúo andando sobre la arena con los pies descalzos, que de vez en cuando se mojan por el agua del mar que llega a la orilla, arrastrando algunas pequeñas conchas consigo.

La playa está desierta, pero es normal en esta época del año. Hago una mueca que se convierte en una sonrisa.

«Aquí la vida se mide en veranos», como decía mamá, y como Grace siempre repetía cuando todavía era demasiado niña para entender a qué se refería. Un pequeño pueblo costero donde la vida se multiplica en los meses de junio, julio y agosto. Luego, todo se sume en una calma que muchas veces nos desesperaba de pequeñas, pero que luego, con la locura del verano, en cierto modo echábamos de menos.

Observo varias gaviotas revolotear sobre el mar mientras continúo avanzando por la orilla. Entonces la música llega a mis oídos y me detengo. Viene de uno de los chiringuitos, que está abierto porque, aunque todavía no sea verano, aquí, en Mojácar, los primeros turistas llegan en cuanto empieza el buen tiempo.

A pesar de la distancia, reconozco la melodía y noto una avalancha de sentimientos. «Big Girls Don't Cry», de Frankie Valli and The Four Seasons, me transporta directamente a ese verano. Ese verano en el que éramos unas crías obsesionadas con *Dirty Dancing*. Ese verano que dio el pistoletazo de salida a nuestras vidas...

Pensar en todo lo que ha pasado desde entonces me da hasta vértigo. Es casi siniestro que sea justo esa canción la que suena en el preciso momento en el que yo estoy paseando por aquí.

«Ironías de la vida», diría mamá.

Pero lo que no sé cómo catalogar es la silueta que, al girarme decidida para dejar la playa, descubro observándome a pocos metros de distancia.

Cojo aire.

Los rumores eran ciertos.

Él permanece observándome desde ahí sin despegar su penetrante mirada de mí. Y es que sigue igual. De alguna manera, sigue igual. Su pelo alborotado, su piel dorada por el sol. La cicatriz de su mandíbula, sí, sigue siendo visible porque continúa afeitándose, como siempre.

Como si no hubiera pasado el tiempo, y eso... eso es mentira.

Ha pasado, y aunque no quiera admitirlo, en realidad somos dos desconocidos. Aunque él también esté apreciando las

similitudes de mi aspecto en comparación a la última vez... a la última vez que nuestros caminos se cruzaron, ya no somos las mismas personas.

Tengo un nudo en la garganta, en el pecho. ¿Cómo puede alguien removerte tanto por dentro? ¿Esto es real? ¿Está sucediendo de verdad? ¿O es tan solo una ilusión que desaparecerá delante de mis narices en cuanto pestañee?

Entonces avanza. Hacia mí. Como tantas otras veces en nuestra historia. Porque tenemos una. Y no consigo borrarla, aunque tampoco sé si le he puesto el suficiente empeño.

—Hola —dice cuando me alcanza.

Su voz. Controlo las ganas de cerrar los ojos.

Es como el rasgar de las cuerdas de una guitarra. Como el primer roce de la aguja con el vinilo.

—Hola —contesto mirándole fijamente, y percibo su lenta sonrisa triste—. No sabía que habías vuelto...

—Tan solo estoy de paso.

Asiento.

—No sabía que estabas aquí —añade.

Sonrío con pesar.

—También estoy de paso —le explico brevemente, pero sé que sabe que en esa contestación informal hay mucho más. Como yo sé que lo hay en la de él.

Nadie me sabe leer tan bien como él, y viceversa.

Su mirada sigue estudiándome y noto que mi cuerpo quiere acercarse. Romper la distancia entre ambos. Parece que nos vimos ayer, pero también que han pasado miles de años.

En ese extraño silencio y cruce de miradas, decide volver a hablar.

—Siempre llenos de casualidades fugaces, ¿verdad? —pregunta.

Y me es imposible no pensar en ello, en ese verano. Ese verano en el que todo cambió.

Dicen que hay un segundo gran amor, una persona que perderás siempre. Alguien con quien naciste conectado, tan conectado que las fuerzas de la química escapan a la razón y te impedirán, siempre, alcanzar un final feliz. Hasta que cierto día dejarás de intentarlo. Te rendirás y buscarás a esa otra persona que acabarás encontrando. Pero te aseguro que no pasarás una sola noche sin necesitar otro beso suyo, o tan siquiera discutir una vez más.

PAULO COELHO, *El Zahir*

Ese verano, julio de 2011

Ava

Cuando llegué al punto de encuentro, no había nadie, pero eso no era ninguna novedad. Estos dos no sabían lo que era la puntualidad, así que me senté sobre el murete blanco y me puse a trastear las diferentes canciones del MP3 esperando que aparecieran.

La primera fue Miriam, llegó como un torbellino y con una gran sonrisa en el rostro, que se acentuó cuando vio el look que había escogido para esa noche.

—Veo claras referencias a Baby.[1] Me encanta —dijo, aupándose a mi lado y asintiendo como clara aceptación de mis *shorts* vaqueros cortos y del bañador, pero, al contrario de la protagonista de nuestra última obsesión, que lo llevaba con una cinta de color coral, el mío era negro.

Creo que me quedaba mucho mejor en contraste con mi pelo pelirrojo.

Habíamos descubierto esa película especial gracias a una de

las incontables sesiones de cine de mi madre, pues una vez al mes proponía una noche de chicas en la que ella, Grace y yo veíamos una película antigua acompañadas de variada comida basura que, como bien decía mamá, era «necesaria para estar avispadas y comentar las cintas».

A mi madre le apasionaba el cine, en especial el antiguo: *La gata sobre el tejado de zinc*, *Mogambo*, *Qué bello es vivir*, *Lo que el viento se llevó*, *La ventana indiscreta*... y un innumerable sinfín de títulos que veíamos incluso si teníamos la sospecha de que, para algunas de ellas, todavía éramos demasiado pequeñas; pero con sus más y sus menos, a Grace y a mí nos fascinaban esas noches.

Sin embargo, de vez en cuando llegaba alguna película más reciente, como el mes anterior, que nos puso *Dirty Dancing* y me hizo volar la cabeza.

¡Esa apasionante historia de amor! ¡Esa química efervescente entre dos personas tan distintas! Tanto me gustó que obligué a Miriam y Caleb a verla, y con ello conseguí que mi amiga —porque a Caleb le gustó sin más— quedara igualmente cautivada por esa trama que tantas veces se ha repetido: la de «chica buena, chico malo», pero que, a pesar de ser un cliché tan manido, sigue haciendo suspirar a las masas.

—Tu look no está nada mal tampoco. ¿Y esto? —le pregunté, mientras señalaba el pañuelo que lucía ocultando parte de su larga melena negra.

Era de un tono azul con estampado de paisley. Lo llevaba como los piratas, pues hacía unas semanas habíamos visto, en una de las revistas de moda que por aquel entonces devorábamos, que iba a ser la última tendencia ese verano.

—Hay que probar cosas nuevas —me contestó, y me ofreció un paquete de chicles que yo rechacé. Le gustaban demasiado dulzones para mi gusto—. Aunque quizá debería habérmelo replanteado; no será justo que solo tú encuentres esta noche a tu propio Johnny.[2] —Jugueteó con las cejas, divertida.

—Es difícil que lo consiga, con el toque de queda. —Hice un mohín.

Miriam puso los ojos en blanco al recordarlo.

—¿Esta vez te ha dejado un poco más? —preguntó con ilusionada esperanza.

—Hasta las dos, y es todo un logro.

—Completamente, aunque tendré que hablar con tu madre seriamente —comentó Miriam, con el ceño fruncido—. No sé cómo vamos a disfrutar del verano más importante de nuestras vidas, si continúa poniéndonos trabas. Tiene que ser consciente de que será el último antes de acabar el instituto; antes de abandonar este lugar. —Hizo una pausa dramática tras sus intensas declaraciones, las cuales iba repitiendo desde las últimas semanas del curso; entonces frunció el ceño aún más—. De todos modos, ¿este chico dónde está? —Miró alrededor como si Caleb, que era el que faltaba, fuera a aparecer agazapado detrás del murete—. Encima que tenemos el tiempo limitado, él va y llega tarde.

—No me hagas hablar. —Arqueé las cejas mirándola concienzudamente.

Se le escapó una risita.

—Yo tengo excusa: un matrimonio inglés me pidió indicaciones para llegar...

—Para, para.

Ambas levantamos la mirada al descubrir a un muchacho larguirucho acercándosenos con el pelo alborotado por sus rizos castaños.

Era Caleb.

Mi mejor amigo, junto a Miriam.

—¿Cómo que «Para»? —preguntó Miriam al chico con gesto de desconcierto.

—Que esa era la excusa que iba a poner yo por llegar tarde. Si usamos los dos la misma, Ava no nos creerá.

Sí, ese era y es mi nombre, raro para alguien que vive en un pueblecito de Almería, pero ¿recordáis que mi madre era una apasionada del cine antiguo? A ver si adivináis quiénes eran sus actrices favoritas... efectivamente, Ava Gardner y Grace Kelly.

Caleb nos dedicó una de sus juguetonas sonrisas y Miriam

intentó darle un puntapié, pero él lo esquivó por los pelos.

—¡Que lo mío era verdad! —se quejó Miriam cuando inevitablemente me uní a las risas de Caleb.

Él nos saludó a ambas con sonoros besos antes de que descendiéramos por la calle de la Fuente para coger el autobús que nos llevaría a la zona de la playa.

Y ahí nos encontrábamos los tres, con nuestros diecisiete años, dispuestos a comernos el mundo. Amigos desde que teníamos memoria, Caleb y Miriam fueron los primeros que me acogieron cuando mamá, Grace y yo llegamos al pueblo tras la muerte de mi padre.

Siempre recordaré las primeras miradas y cuchicheos alrededor de nuestra familia. Una mujer joven, de escasos veinticuatro años, con dos niñas pequeñas: una de seis y otra de tres. Sin marido, forastera. Esto último lo tenían claro al ver el color pelirrojo de mi pelo y del de mi hermana, y al oír nuestro apellido: Brennan.

Como estábamos en un pueblo pequeño, con el paso del tiempo, la historia se fue conociendo: mi madre era una almeriense que se enamoró perdidamente de un joven irlandés. Tanto, que no dudaron en casarse en cuanto tuvieron la mayoría de edad y vivieron en ese pintoresco país, hasta que llegó la tragedia.

Mi padre murió por un accidente laboral en su camión de transporte. Mi madre, al verse sola, volvió a su tierra, pero en vez de mudarse al lugar donde se había criado y del cual había huido, decidió instalarse en Mojácar, un pueblo en el que nunca antes había vivido pero que siempre la había cautivado.

Caleb y Miriam fueron mis primeros amigos, los primeros que se acercaron, y desde entonces fuimos inseparables.

Aquel era nuestro último verano juntos, pues tras el siguiente ya iríamos a la universidad; todos sabíamos que estudiaríamos fuera de Almería y que, por tanto, ese próximo verano lo utilizaríamos para asentarnos allá donde fueran nuestros destinos.

Pero eso ya lo pensaríamos más adelante. Ahora teníamos todo un verano por delante para disfrutar, «para hacerlo único y

nuestro», como decía Caleb. «Para experimentar nuevas emociones», como añadía Miriam.

Nunca nos habríamos imaginado la de sucesos que conllevarían las decisiones que tomamos esos meses de verano.

Ava

Como os decía, estábamos convencidos de que aquel verano sería nuestro. Ese posesivo iba mucho más allá de lo que nuestras jóvenes mentes podían imaginar. Era algo que nos repetíamos sin parar, y uno es incapaz de darse cuenta del poder que pueden llegar a tener algunos convencimientos, hasta que se alcanzan. O se truncan...

Y es que, aunque entonces no lo sabíamos, estábamos a las puertas de un gran cambio. Cada uno de nosotros tenía una idea de lo que esperaba de su situación, tan distinta de la de los otros dos.

Miriam, que pertenecía a una familia numerosa, quería destacar, tener nuevas y excitantes experiencias. No deseaba continuar siendo esa chica que, siguiendo las normas, vivía sin más y llevaba «una vida anodina», como ella misma decía.

Caleb, por su lado, anhelaba llegar a ser él mismo, explorar su yo auténtico con plena libertad, sin temores, sin dudas.

Y yo... yo tan solo quería disfrutar de mis amigos y vivir de una vez una apasionante historia de amor. Una de esas que protagonizaban los personajes de las películas que mi madre nos ponía a mi hermana y a mí.

Cuando salimos del supermercado, donde nos habíamos provisto de vasos de plástico, hielos y algunas bolsas de patatas, bajamos hasta la rotonda del centro comercial, donde se leía la palabra mojácar en sinuosas letras acompañada del símbolo de un indalo, y era el lugar favorito de todos los turistas para

inmortalizar su visita.

Nuestro destino era la playa. Esa noche había quedada, y yo —como se quejaba Miriam en cuantísimas ocasiones— ya me había perdido la primera fiesta del inicio de las vacaciones.

—Yo lo que quiero ver es la cara de Fran cuanto te vea —continuaba parloteando Miriam, al tiempo que jugueteaba con su melena oscura.

—No estoy tan segura... —le contesté.

Cruzamos la carretera para llegar a la playa, que ya estaba prácticamente desierta y contrastaba con los numerosos chiringuitos, a rebosar de clientes dispuestos a cenar y disfrutar de las vistas.

Una vez que alcanzamos la arena, nos descalzamos, fuimos hasta la orilla y nos encaminamos hacia nuestro destino.

—¿El qué no sabes? —preguntó Caleb, ceñudo.

—Pues bueno, eso. —Hice un gesto en el aire con la mano—. Cómo va a reaccionar.

Mis dos amigos tenían la seguridad de que Fran, mi gran amor platónico, estaba interesado en mí por primera vez en todos estos años. Y el vértigo era enorme. Vamos a ver, llevaba siglos suspirando por ese muchacho de pelo rubio y ojos color avellana. Bueno, yo y la mayoría de las chicas del pueblo. Y no era la única del grupo que había suspirado por él...

—Yo estoy con Miriam —habló Caleb mientras seguíamos avanzando sobre la oscura arena formada por pequeños guijarros —. Es un tanto curioso que preguntara por ti. Fue directo hacia nosotros y, con su penetrante voz, dijo: «Ey, ¿dónde está Ava?». —Chocó el codo contra mis costillas de manera juguetona—. Además, todos sabemos que hace dos semanas que dejó a Blanca. Es tu momento.

Golpeé a Caleb por su comentario y por su intencionada mala interpretación. Su respuesta no fue otra que reírse, y yo me uní a él inevitablemente, aunque el pensamiento de la reciente ruptura entre Fran y Blanca no dejaba de rondarme. Había sido tan precipitado que, en cierto modo, resultaba raro.

Miriam lanzó una pullita a nuestro amigo:

—Bien te burlas ahora, pero antes, anda que no suspirabas como esta que tenemos al lado.

—Uno tiene derecho a cambiar de gustos —se defendió Caleb —. Ya no encuentro atractivos ni a los guapos ni a los de este pueblo.

Miriam y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco. Caleb a veces era demasiado melodramático. Había decidido que en el pueblo no había nadie interesante. No obstante, sabíamos que tras esas duras declaraciones se escondía una verdad aún mayor: no estaba preparado para desvelar al mundo su homosexualidad.

Algo que por aquel entonces yo no entendía, pues ¿por qué había que hacer un anuncio de ello? Miriam y yo no habíamos tenido que anunciar nuestra heterosexualidad; sin embargo, ¿por qué Caleb debía ser empujado a ello?, ¿por qué era diferente? Ese asunto me cabreaba y exasperaba, pero pronto entendería el recelo de mi amigo, entendería su temor a abrirse al mundo, un miedo que se camuflaba tras el desinterés por los chicos del pueblo.

Con todo, ese momento todavía estaba por llegar... más pronto de lo que podríamos haber sospechado.

—¿Y Mateo estará? —pregunté yo, curiosa por el último interés amoroso de nuestra amiga, a quien se le dibujó una pícara sonrisa en sus carnosos labios.

Miriam era un bellezón, de esos que llamaban la atención de todos los guiris —y los no guiris— en cuanto llegábamos a la playa, bueno, a cualquier sitio. Era la morena por excelencia; de tez bronceada con un tono que, aunque ella lo despreciaba porque decía que no tenía el dorado de las modelos de las revistas que consumíamos, a mí me chiflaba porque destacaba aún más sus ojazos verdes, tan rasgados que parecían de gata. Eso se unía a su larga melena de un negro azabache, a la estilizada figura, y —lo más importante— a un carácter arrollador que la convertía en la chica más echada para adelante que nunca había conocido. Así que, como podréis imaginar, era una auténtica rompecorazones.

—Mateo estará —contestó ella, todavía con esa sonrisa—.

Puede que esta noche sea interesante.

Finalmente, entre chismorreos, alcanzamos el punto de encuentro.

La noche ya había caído sobre nosotros y enseguida vislumbramos a varios de nuestros compañeros de instituto. Nos encontrábamos en el aparcamiento de la discoteca Mandala, en la que todavía no podíamos entrar porque éramos menores de edad. Pero ese aparcamiento era el sitio perfecto para pasar el rato bebiendo, escuchando música e integrarnos entre más gente, en especial durante los meses de verano, porque, como todo el mundo quería entrar en la mítica discoteca, a veces esta estaba tan llena que muchos se quedaban ahí fuera.

Nunca entendí cómo éramos capaces de estarnos en ese polvoriento lugar —en ocasiones, incluso noches enteras—, pues era una porción de tierra al lado de la enorme discoteca, frente a la carretera que atravesaba la zona costera del pueblo y que daba a la playa.

Comenzamos a saludar a nuestros compañeros de clase y, por supuesto, no tardé en localizarlo. Claro que no.

En uno de los grupos de enfrente, distribuido alrededor del coche de Adrián, se encontraba él, Fran, sentado en el maletero abierto. Con una copa en la mano, hablaba de forma relajada, riéndose en algún momento de la conversación que, por la distancia a la que me hallaba, no podía escuchar.

Oh, Dios. Qué guapo era. Tenía el pelo rubio corto y algo alborotado, la mandíbula afilada, la nariz ancha y unos ojos color avellana que cada vez que entraban en contacto con mi mirada se me disparaban miles de mariposas.

Mariposas. Reales y absolutas.

Disimulé pretendiendo que me reía de algo que acababa de explicar Tamara —una de nuestras amigas de clase—, al ver que Miriam y compañía lo hacían, y jugueteé con mi pelo largo de manera despreocupada, atenta por el rabillo del ojo a cualquier movimiento en ese coche.

—Siempre nos podemos acercar a saludar —me dijo Miriam

discretamente mientras nuestro grupo seguía inmerso en la charla.

—No, no —contesté con urgencia—. Sería demasiado evidente.

—Creo que no hay nada malo en serlo —contestó mi amiga, disimulando una sonrisa divertida, pero yo negué de nuevo con la cabeza y el pulso disparado y, por qué no, aterrada—. Como quieras —aceptó al ver que no daría mi brazo a torcer.

Conseguí que mi corazón se tranquilizara cuando Miriam volvió a intervenir en la conversación grupal, abandonando así los planes suicidas; debía tener cuidado con los impulsos de la morena.

Sí, a menudo envidiaba su carácter atrevido e impulsivo, pero sabía que yo no era tan valiente. O eso era lo que pensaba.

Es curiosa la apreciación que tenemos de nosotros mismos, a veces tan alejada de la realidad sin ser conscientes.

—¿Y Caleb? —pregunté entonces, al tiempo que miraba alrededor entre los grupos de personas con bebidas en la mano, que charlaban animadamente mientras se entremezclaban las músicas que salían de varios maleteros.

Miriam imitó mi gesto, hasta que señaló en una dirección.

—Ahí lo tienes.

Miré donde me había indicado, y vi a mi mejor amigo hablando con algunos compañeros, pero debía de estar pendiente de nosotras, porque hizo contacto visual y nos saludó con la cabeza.

—Hola, Ava. ¿Qué tal? —Una voz masculina me sorprendió detrás de mí.

Pero no era una voz cualquiera, sino la de él.

Me giré con toda la calma del mundo, aunque por dentro sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Una imagen brutal, ¿verdad? Pero era lo que sentía.

Cuánto nervio y sentimiento juntos.

Nos miramos a los ojos, y mis labios se curvaron en una sonrisa en cuanto vi la suya.

—Hola, Fran. No sabía que estabas por aquí. —La mentira

salió sola.

Inevitablemente, Miriam puso los ojos en blanco.

—Estaba con Adrián y estos por ahí al fondo, pero te acabo de ver y quería saludarte.

Quería saludarme.

Controlé las ganas de volver a mirar a Miriam, y profundicé mi sonrisa mientras asentía.

—¿Qué tal todo? —le pregunté, esperando no parecer demasiado ansiosa.

—Todo bien, poca novedad, ya sabes. Con ganas de vacaciones. Ya era hora de que llegaran, ¿verdad?

Fran se pasó la mano por el pelo rubio, ese que llevaba años admirando, y cuyo tono, sobre todo cuando resplandecía bajo la luz del sol, conocía a la perfección.

—¿Te irás a algún lado de vacaciones? —quise saber.

El bullicio de la multitud nos rodeaba; aun así, era como si no hubiera nada más. Estaba siendo hipermegaconsciente de que Fran me había venido a buscar entre toda esta gente. Eso tenía que significar algo.

—Me imagino que nos iremos algunas semanas con mis padres. ¿Tú? —respondió, ajeno al torbellino mental que sufría yo.

Negué con la cabeza.

—Así que todo el verano en Mojácar, ¿no? —Una sonrisa pícara recorrió su rostro, una que anunciaba que le había dado una muy buena noticia.

—Esperemos que sea un verano interesante a pesar de ello —contesté, y me encogí de hombros.

—Oh, lo será.

Enarqué una ceja ante su respuesta, algo divertida pero también conteniendo la emoción, hasta que continuó hablando y las ensoñaciones ya se desinflaron un poco.

—El verano nunca decepciona.

El verano, que no yo.

«Eres idiota, Ava», me dije.

Iba a responderle a esa gran declaración, cuando lo llamaron

los chicos.

—Luego nos vemos, ¿vale? —dijo antes de alejarse para reunirse con ellos.

Asentí levemente y miré cómo se marchaba justo antes de ser testigo de que todo el grupo de chicas me observaba con sospechosas sonrisas.

—¿Fran y tú? —preguntó significativamente Claudia, otra de las compañeras de clase, mientras se sacudía la tirante coleta de pelo oscuro.

—Vaya una novedad —soltó Tamara con una sonrisa a juego con la del resto, mientras con el dedo índice se empujaba las gafas de ver por el puente de la respingona nariz, esa que ahora lucía orgullosa el *piercing* que se había hecho meses atrás.

Negué con la cabeza.

—No sé si habéis escuchado la conversación, pero estábamos hablando del verano. Nada más —les aclaré.

Las chicas —entre ellas, Miriam— comenzaron a reír encantadas por el sonrojo evidente que presentaban mis mejillas a pesar de la escasa luz que nos rodeaba. Lo malo de tener la piel tan blanca, os podéis imaginar, era y es que este tipo de cosas no se pueden disimular.

—Bueno, ya se sabe que Blanca y él lo dejaron hace dos semanas... —cotilleó Carolina, e hizo estallar una pompa de chicle entre sus finos labios pintados con carmín rojo.

Era la más baja del grupo y tenía unos rasgos muy infantiles, pero había descubierto que con el maquillaje podía aparentar más años.

—Lo dejó Blanca —afirmó Claudia en voz baja, como si alguien fuera a estar interesado en la conversación.

Miré a mi mejor amiga, que tenía el ceño fruncido.

—Pero ¿no cortó Fran? —preguntó Miriam, verbalizando el pensamiento que martilleaba ahora mi mente.

—No, fue ella —recalcó Claudia momentos antes de soltar la bomba—. Ya sabéis lo de Blanca con Marcos, así que me juego lo que queráis a que tiene que ver con la ruptura.

Miré de nuevo a Miriam controlando cualquier gesto de mi cara, pero sabía que ahora era ella la que estaba sin habla.

—¿Blanca está con Marcos? —pregunté entonces yo.

—No están saliendo oficialmente, pero los vieron enrollándose la semana pasada —explicó Carolina.

—Qué interesante —dijo Miriam; me miraba con una fría sonrisa que solo yo sabía interpretar.

—Y ahora parece que Fran también ha encontrado un nuevo objetivo —se rio Claudia, mirándome significativamente.

—Por favor, Claudia, parece que te refieras a Ava como si de un trozo de carne se tratara —murmuró Tamara.

—¡No era mi intención! —se defendió aquella—. Solo...

Pero Miriam no le dejó terminar la frase.

—Ava, creo que Caleb nos está llamando.

Sin esperar a que las otras chicas añadieran nada más, Miriam enlazó su brazo con el mío y me arrastró hacia el grupo en el que se encontraba nuestro amigo.

—¿Estás bien? —le pregunté en cuanto estuvimos lo suficientemente alejadas de las chicas.

—Por supuesto que sí. No era más que un simple rollo, pero a mí no me deja nadie así de mal.

He de decir que la respuesta de Miriam fue en cierto modo siniestra, como una declaración de guerra. Sin embargo, en aquel instante, yo estaba más preocupada por cómo se sentía que por lo que podían desencadenar sus sentimientos.

Alcanzamos a Caleb, que nos observó de manera inquisitiva porque sabía que pasaba algo, pero negué sutilmente con la cabeza mientras los chicos nos saludaban.

—¿Qué pasa? ¿Cómo estáis? —El primero en saludarnos fue Jorge, detrás de sus gafas y de delgada figura, pero siempre con una amplia sonrisa en el rostro.

—Muy bien, ¿vosotros? —hablé yo.

Pero Miriam intervino enseguida mirando únicamente a Caleb e ignorando a Jorge y compañía:

—Vamos a dar una vuelta, ¿te vienes?

—¿Intentaréis entrar en el Mandala? —nos preguntó Enrique, con gesto de sorpresa—. Es imposible. Piden identificación y son expertos en pillar falsificaciones.

—Gracias por el aviso, Enrique. —Miriam le dedicó una gran sonrisa falsa, y el gesto de satisfacción de Enrique mostró claramente que no la interpretó con acierto.

Yo miré a Caleb y arqueé las cejas en un aviso que nuestro amigo sí supo descifrar.

—Claro, vamos a pasear. Luego nos vemos —se despidió Caleb antes de separarse y ponerse a andar con nosotras.

—¿Quiero saber qué ha pasado? —preguntó al tiempo que nos observaba con interés.

Miriam todavía me sujetaba el brazo, y con un gesto seco de cabeza nos indicó que nos alejáramos de la zona del aparcamiento.

—Vamos a hacer la noche más emocionante —dijo Miriam sin dar más explicaciones.

Ava

El humor de Miriam seguía caldeado, así que nos alejamos de la zona del Mandala mientras nos rodeaba la noche de Mojácar.

Aunque estábamos a principios del verano, ya había numerosos turistas, algo apreciable en lo llenos que se encontraban los chiringuitos situados cerca de la costa, en la zona del paseo marítimo que ahora recorríamos.

Andábamos sin rumbo —o eso parecía—, hasta que uno de esos chiringuitos que intentaban hacer la imposible competencia al Mandala nos llamó la atención, o, más bien, la de Miriam.

Parecía nuevo, o por lo menos no me sonaban de nada esa fachada blanca y las letras en tonos morados, tampoco la iluminación del interior, atestado de gente que, situada alrededor

de las mesas altas de madera y en sillas de rafia, miraba hacia el mar.

Resultaba una mezcla un tanto ecléctica entre un estilo tropical y... ¿un local *underground* de Londres? Sí, esa era la sensación que me daban esas luces.

Miriam hizo ademán de dirigirse a la entrada, cuando Caleb negó con la cabeza.

—Miriam, nos van a echar. Somos menores.

—No nos van a echar, hazme caso —contestó muy segura de sí misma.

Por el gesto de ambos, sabía que se avecinaba tormenta.

—Siempre podemos no consumir alcohol —añadí yo, aunque fue de esas propuestas que reconoces como nefastas en el instante en que salen de tu boca.

—Sí, claro —se quejó Miriam, poniendo los ojos en blanco—. Yo os digo que, si vamos hacia la puerta con determinación, no nos van a pedir identificación.

Caleb sonrió.

—¿De verdad que nos pondrás en esta situación por un gilipollas? —planteó nuestro amigo, con los brazos en jarras.

—No es ninguna situación por ningún gilipollas, tan solo creo que puede ser interesante hacer algo diferente en vez de estar con el mismo grupo de gente, ¿o a ti no te apetece? ¿Desde cuando eres un gallina? ¿O es que te gusta alguno de esos pardillos que hemos dejado en el aparcamiento?

—Baja la voz —le pedí yo, conocedora de que a Caleb no le gustaba que habláramos en público de ese tema.

Pero no parecía que ellos me estuvieran escuchando.

—A veces, Miriam, la gilipollas eres tú —soltó Caleb, entrecerrando los ojos.

—Venga, chicos, no discutáis —intervine nuevamente—. Vale que estaría bien hacer un plan diferente que el de quedarnos en el aparcamiento, pero tenemos que prepararlo...

En ese instante, los ojos gatunos de nuestra amiga se abrieron con sorpresa y... determinación.

—Ya está —susurró.

Caleb y yo nos volvimos para ver qué había llamado la atención de la morena.

El primero en hablar fue Caleb:

—No sé qué cojones se te ha ocurrido, pero te aseguro que, si tiene algo que ver con eso, es *muy* mala idea.

Ni siquiera fui capaz de verbalizar que estaba de acuerdo con él, porque Miriam contemplaba al grupo, al grupo que no había que observar.

Acababan de salir por el otro lado del chiringuito, es decir, por el de la playa; indudablemente, habían estado haciendo trapicheos. No estaba todo el grupo, aunque tampoco sabía cuántos eran en total. Sin embargo, sí sabía que era nefasta la idea de acercarnos a esos cuatro chicos que comenzaron a alejarse entre risas y comentarios que no oíamos.

Todos en el pueblo los conocíamos, eran el tipo de personas con quienes no te relacionabas a no ser que quisieras tener problemas o necesitaras algo ilegal. El grupo no era mucho más numeroso que nosotros tres; aun así, resultaban intimidantes.

En el pueblo corrían muchas historias, y algunas las habíamos presenciado, por eso sabíamos que había que evitar a esos chicos a toda costa. Eran, como decía, sinónimo de problemas. Problemas de verdad.

Desvié la mirada rápidamente, esperando que no hubieran notado que hablábamos de ellos, pero me horroricé cuando Miriam, sin dudarlo siquiera, fue directa hacia esa gente.

—¿Qué coño está haciendo esta loca? —me susurró Caleb cuando Miriam llamó a uno de ellos.

Porque sabíamos algunos de sus nombres, claro que los sabíamos. Varios habían sido compañeros de clase, incluso alguno continuaba con la vida académica, por sorprendente que fuera.

Ahí se encontraba Iván —al que Miriam estaba llamando—, deteniéndose en su marcha al oír su nombre. Había sido compañero nuestro hasta que abandonó los estudios hacía un año.

—¿Qué haces, niña? —preguntó Iván al tiempo que recorría a

nuestra amiga con la mirada.

No era mucho más alto que nosotras, tenía la tez morena por la clara exposición al sol y el pelo castaño, desordenado debajo de una gorra descolorida y colocada al revés, con la visera hacia atrás. Sus brazos delgados, que todavía no habían terminado de desarrollar la musculatura, comenzaban a estar decorados con varios tatuajes a la altura del bíceps, pero lo que más destacaba era la cantidad de pulseras gordas de plata que colgaban de su huesuda muñeca y los anillos de calavera; decían que con ellos había desfigurado la cara de un turista el verano pasado en una pelea, hecho que la policía no había podido demostrar.

Al ver el modo en que, con sus oscuros ojos, escudriñaba a mi amiga, yo, que no iba a dejarla sola ante el peligro, seguí los pasos de Miriam junto a Caleb, que estaba realmente tenso.

—Quiero comprar unas identificaciones —soltó la morena, sin titubear.

—¿Qué dices que quieres? —preguntó burlonamente Iván, al tiempo que nos dedicaba una sonrisa guasona.

A pesar de estar en mitad de la calle, rodeados de posibles testigos, tuve miedo, en especial cuando vimos que alguien más se aproximaba y se unía al grupo.

Se trataba de Hugo, el cabecilla; la mayoría de las historias que iban de boca en boca eran sobre él.

Se quedó en silencio estudiando la escena, y yo me congelé, olvidándome de respirar.

—¿Me harás repetirlo? —replicó Miriam, con una muy estúpida chulería.

Eso no le gustó ni un pelo a Iván, se reflejó en la expresión de su mirada.

—¿Quién es esta niñata? —oí que preguntaba uno de los integrantes más jóvenes.

Ni siquiera conocía su nombre, pero, a pesar de ser unos cuantos años más pequeño que nosotros, sabía que era igual de peligroso.

Decidí intervenir, pues si dejaba que Miriam continuara

hablando, nos buscaríamos un serio problema.

—Perdonad, está algo borracha.

Me puse delante de ella y noté que Caleb tiraba del brazo de Miriam para alejarla disimuladamente.

Sin embargo, no fue tan fácil. Miriam tenía un objetivo, y nadie la desviaría de su camino.

—Tengo dinero. —Rebuscó con urgencia en el bolso y sacó un billete de cincuenta euros.

Si algo tenía Miriam, era dinero. Su padre se dedicaba a la agricultura, bueno, él no, sino que tenía a gente contratada para trabajar en los numerosos terrenos de su familia. Y, como supondréis, el reluciente billete entre los dedos de mi amiga captó la atención de Iván y su grupo.

—Me imagino que necesitaréis tres, pero ¿para qué los queréis? Hay planes mucho más interesantes que colarse en uno de esos locales cutres.

—¿Como cuáles? —Miriam se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

Los demás se pusieron a cuchichear; todos menos Hugo, que estudiaba la escena como en un segundo plano, completamente en silencio.

Teníamos que salir de allí ya.

—No sé yo si estás cualificada —continuó pinchando Iván.

Yo sabía lo que sucedía allí: estaba tonteando con Miriam, pero no porque ella le gustara, sino por el dinero, por ese billete que mi amiga todavía sujetaba entre los dedos.

—Lo estoy, perfectamente.

—¿Seguro, gatita? ¿No eres de las que salen corriendo asustadas?

Iván acortó las distancias con una sonrisa ladeada, y sus colegas soltaron burlas de vacile —no sé si a su amigo o a la mía —, pero Miriam no se amedrentó ni un pelo.

—¿Te parezco que soy de las que huyen? —fue la respuesta de ella, y supe que a Iván eso le había gustado.

—No te gastes esos bonitos cincuenta euros en unas

identificaciones. Úsalo para algo que te hará pasar un buen rato. ¿Quieres?

—No me parece mal si tú lo haces conmigo.

No entendía nada. ¿Por qué Miriam le seguía el juego? ¿No era consciente de con quién estaba hablando?

—Por supuesto, gatita. Lo haré encantado. —Le lanzó otra sonrisa llena de promesas.

Mi cuerpo se tensó aún más. ¿Qué sucedía?

Pero mi hilo de pensamientos se cortó rápidamente.

—Iván.

Solo dijo su nombre, pero el resto del grupo dejó atrás las risas y los comentarios malsonantes, e Iván se volvió hacia Hugo, que era quien le había llamado.

Intercambiaron unas miradas y, sin decir nada, Iván asintió al tiempo que se alejaba de Miriam.

—Ya sabes dónde encontrarme, preciosa.

Sin añadir más ni girarse de nuevo, volvió con sus amigos para, finalmente, marcharse.

—¿¡Qué cojones acaba de suceder!? —quiso saber Caleb una vez estuvimos solos.

A mí también me habría gustado preguntarlo, pero estaba sin habla.

Una mirada de ojos azul cielo, fríos como el hielo, se había cruzado con la mía, dejándome congelada.

Abril de 2023

Ava

—¿Llevas muchos días aquí? —pregunto, aunque conozco la respuesta; sin embargo, prefiero llenar el silencio que nos rodea.

No es que sea incómodo, sino que resulta peligroso, porque está plagado de significados, de recuerdos que no quiero que

salgan a flote.

Él asiente levemente.

—Sí. Te preguntaría lo mismo, pero me enteré cuando llegaste.

Lo miro sorprendida. El viento suave que sopla en la playa me remueve el pelo, que me salta al rostro, y tengo que sujetarlo.

—¿Sabías que estaba aquí?

Ante mi pregunta, hace una mueca que no sé interpretar muy bien, pero su respuesta me aclara cualquier duda.

—Ha sido una casualidad encontrarte por aquí paseando, no tenía pensado verte.

Y calla, y yo asiento, porque sé lo que significa. No quería verme, y no lo culpo, porque yo tampoco quería volver a verlo, pero aquí estamos. Uno frente al otro.

Entonces entiendo que tendría que irme; despedirme, alejarme y olvidar este extraño momento. Tratarlo como un pequeño paréntesis que nunca hubiera sucedido, pero durante mi silencio, él habla:

—¿Quieres tomar un café?

Con la mirada señala el chiringuito a nuestras espaldas, y antes de que pueda recapacitar sobre mis actos, asiento, porque ¿cómo puedo negarle algo?

Irónica pregunta, cuando sé que nos negué tanto.

Ese verano, julio de 2011

Ava

Algo que me fascinaba desde que tengo memoria era el agua. Me encantaba en todas sus formas. Siempre he supuesto que era por haberme criado cerca de ella. Cuando estaba preocupada por alguna cosa, me subía a la terraza de casa y me quedaba embelesada, con los pies metidos dentro de la pequeña piscina que, además, había sido una de las razones por las que mi madre

había elegido esa casa hacía ya años.

Y así me encontraba en ese momento, observando el reflejo del agua sobre una de las paredes. Esas ondulaciones aleatorias que se movían reflectando la luz del sol conseguían que, en cierto modo, mi mente se despejara.

—¿Me vas a contar de una vez qué ha pasado? ¿O tendré que perseguirte?

Sobresaltada, levanté la mirada, pues no esperaba compañía, y descubrí a mi madre entrando en la terraza.

Llevaba un pareo rojo a juego con su biquini, y la oscura melena negra —que ni mi hermana ni yo habíamos heredado— suelta más allá de los hombros. Su pelo siempre tenía ligeros toques de olor a lavanda, tanto, que acabé relacionando esa fragancia con lo que consideraba mi casa, con el hogar.

Se sentó a mi lado, en el borde de nuestra diminuta piscina, e introdujo las piernas en el agua cristalina esperando que le respondiera. El contraste de su aceitunada piel contra la mía, tan blanca, me resultaba increíble.

—¿Qué pasa de qué? —repetí yo, haciendo un mohín al cual mi madre respondió con una sonrisilla.

—Ava, sé que cuando estás aquí sola es porque algo te pasa.

—No sé de qué hablas —murmuré.

La sonrisa de mi madre se amplió antes de desviar la mirada hacia el cielo.

—La última vez... —dijo mientras chapoteaba en el agua y fingía que debía hacer memoria, cuando, en realidad, sabía perfectamente lo que quería decir— fue cuando estabas preocupada porque tu hermana quería ir al circo.

Torcí el gesto de forma automática al rememorar *ese* peculiar momento. Sí, era uno de esos que, siempre que los recordaba, una sensación de absoluta vergüenza me recorría entera, acompañada de una imperiosa necesidad de esconderme.

—Ella quería ir para liberar los animales que había enjaulados —continuó mi madre.

—No sabía cómo hacerle ver que en ese circo no había

animales, solo personas haciendo malabares. —Suspiré irremediablemente al rememorar la que montó Grace, sus numerosas pancartas, y la loca idea de que teníamos que ir con la cara pintada en símbolo de protesta.

—Sí, lo descubrió cuando fue a defender vuestros ideales —respondió mi madre sin borrar su amplia sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—A ti te pareció la mar de gracioso —me quejé yo.

—¿A mí? A mí me encantó que Grace fuera dispuesta a comerse el mundo. Entre tú y yo, es la más valiente de la familia.

Mi madre chocó, divertida, su hombro contra el mío huesudo.

—Era solo una cría —insistí, completamente en desacuerdo—. Tendrías que haberla detenido. A ti te habría hecho caso.

Mi madre sonrió, sus ojos azules brillaban al recordar también ese episodio de nuestras vidas.

—Mi Ava, cómo te pareces a tu padre. Siempre respetando las normas.

—No sé cómo decirte esto, mamá, pero creo que esa cualidad la deberías tener tú, que para eso eres la adulta.

Se rio encantada con mi comentario y, como vio que no me unía a sus risas, decidió actuar.

—¡Mamá! —medio grité cuando me acercó a ella.

Aunque intenté que no me atrapara, al final hizo que cayéramos y nos riéramos dentro de la piscina.

—¿Me vas a decir qué pasa? —volvió a insistir mientras flotábamos en el agua y mirábamos el cielo despejado con una paz y tranquilidad que durarían poco: hasta que llegara Grace, o hasta ese momento, en el que mi madre sacó de nuevo el tema.

Me sumergí, porque con la pregunta todo volvió a revolotear en mi mente, pero en cuanto salí a la superficie lo solté a

bocajarro:

—Estoy preocupada por Caleb y Miriam.

Ahora fue mi madre la que frunció el ceño, pero no dijo nada. Solo esperó a que yo encontrara la forma de explicarle lo que pasaba.

Con mi madre no tenía secretos, se lo contaba todo, y es que ella siempre se había ocupado de establecer ese tipo de relación con nosotras. Sabía que no era lo normal, que muchas de mis amigas y amigos no tenían esa relación de amistad con su progenitora, pero Grace y yo disfrutábamos de la suerte de tener la mejor madre del mundo. Además, la corta diferencia de edad también ayudaba. Mi madre contaba, en ese verano, treinta y seis años.

—La otra noche, por un ataque de celos, Miriam se comportó un poco...

Guardé silencio, buscaba la palabra adecuada.

—¿Como una adolescente? —intentó ayudarme mientras ella flotaba aún en el agua.

Controlé un tic en el ojo provocado por esa condescendencia con la que a veces mi madre me trataba. Tampoco era tan grave respetar las normas.

—Pero como una adolescente peligrosa.

Eso la puso en alerta, pero simuló que todavía estaba relajada. La conocía demasiado bien, pero, bueno, para eso era mi madre, ¿no?

—Intentó arrimarse al grupo de los Kaura la otra noche.

Como suponía, mi madre dejó el agua para centrarse en mí.

—¿«Intentó»? ¿O lo consiguió? —tanteó.

—Creo que ha sido un intento, pero...

—Ava —me interrumpió—, ¿tengo que ir a hablar con su madre? ¿Y Caleb? ¿Qué hizo?

—Se quedó como yo, en *shock*, pero ahora está algo enfadado con ella por haber llamado la atención...

—Un momento, un momento —me volvió a interrumpir. Ya no había rasgos de sonrisas en su bonito rostro, tan solo una

sombra de preocupación—. Cuéntamelo todo desde el principio, por favor.

—Si es que no hay mucho que contar. Parece ser que Marcos, que ya sabes que era el último ligue de Miriam, se ha liado con Blanca, la ex de Fran.

—Sí, a Fran lo conozco.

Un atisbo de sonrisa pícara asomó en sus labios, porque mi madre, aunque estuviera preocupada, siempre tenía tiempo para los chismorreos importantes, como el de mi cuelgue de años por Fran. Vamos, su cantinela de «a Ava le gusta Fran» me había acompañado dentro de las paredes de mi casa demasiadas veces. Demasiadas.

—Bueno, pues al descubrir eso, decidió que le daría un escarmiento. Creo que su idea era liarse con algún chico mayor de alguno de los chiringuitos, lo que pasa es que se cruzaron los Kaura, y, bueno... fue a pedirles una identificación falsa. La cosa no se quedó ahí. Ya conoces el carácter de Miriam. —Mi madre asintió, me observaba con gesto serio—. Y cuando uno de los chicos la empezó a amedrentar, ella no se asustó, al contrario, lo encaró. Le ofreció dinero y...

—¿Se fue con ellos? —me preguntó entonces.

Yo negué, y mi madre soltó el aire que no me había percatado de que estuviera conteniendo.

—Tuve miedo, y Caleb también.

—Normal, cielo. —Mi madre se me acercó para abrazarme—. Tendrías que haberme llamado para que fuera a recogeros.

—No tardamos en irnos una vez que Miriam pareció volver a sus cabales.

Mi madre asintió y se separó de mí.

—¿Qué piensas? Me preocupa que Caleb no perdone a Miriam. Está un poco resentido, y ya sabes lo cabezón que es. No sé, dime.

Miré a mi madre con súplica, sabiendo que me daría una perspectiva interesante con la que afrontar el problema.

Su respuesta me sorprendió.

—Pues, no sé. Estoy meditando si castigarte o no.

—¡Mamá! —me quejé sorprendida.

—¡Hija! Entiéndeme. —Me miró como si fuera de lo más lógico, cuando era completamente injusto. ¡Yo no había hecho nada malo!—. Te pongo un límite horario para que evites los problemas, y vais directos a ellos.

—¡Pero...!

No me dejó seguir, tan solo continuó hablando:

—Pero lo estoy meditando, porque sé que no fue culpa tuya. Aunque, cielo, no podéis dejar que Miriam os arrastre de ese modo, al contrario, tendríais que haberla reorientado. ¡Erais mayoría!

—Mamá, parece ahora que no conozcas a Miriam... —dejé caer al tiempo que salía de la piscina.

Mi madre me siguió.

—Fuera de bromas, Ava, a esos chicos no os los podéis tomar a la ligera. Así que, por favor...

—Lo sé, no pensamos juntarnos con ellos.

—Deberías saber qué piensa Miriam. A veces, ya sabes, es excitante la idea del chico malo —apostilló ella mientras se enroscaba la toalla al cuerpo y yo me sentaba en el suelo y extendía la mía en la sombra.

Cosas que tenía que agradecer a mis raíces irlandesas. «Evitar la exposición al sol» era mi segundo nombre.

—Miriam no es tan tonta —añadí—. Tan solo quería las identificaciones. Nada más.

Ava

El enfado entre Caleb y Miriam fue enfriándose poco a poco sin que lo hablaran directamente. Miriam simuló que nunca se

había percatado del distanciamiento de nuestro amigo, y Caleb decidió no encarárselo, así que un día de julio por fin se alinearon los astros y ambos pudieron quedar por la tarde.

Salí de casa y bajé por las empinadas y estrechas calles pedregosas. Habíamos quedado en la plaza Nueva para tomar un helado y decidir qué haríamos el resto de la tarde-noche.

Me imaginaba que acabaríamos en la playa con nuestros otros amigos, pero siempre era interesante debatir qué hacer.

Bajaba por la calle Lance cuando alguien apareció a mi lado. Por supuesto, me llevé un susto de muerte.

—¡Grace! —me quejé al tiempo que detuve la marcha y miré mal a mi pecosa y alborotadora hermana pequeña, que, por descontado, se reía a costa mía.

Al estar en temporada alta, el pueblo se encontraba repleto de turistas, y más de uno nos echó una mala mirada por habernos detenido abruptamente en mitad de la calle, imposibilitando la circulación. Y no los culpaba. Las calles de Mójacar eran —y son — muy estrechas —demasiado, diría—, pero aportaban aún más encanto a ese lugar de pintorescas casas blancas y caminos serpenteantes, decorados con las alegres flores y puertas teñidas de colores chillones.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al montón de pelo pelirrojo sin domar.

Debía tener claro que las apariencias engañan, y un evidente y demoledor ejemplo era mi hermana. Su aspecto —una perfecta simbiosis entre la sangre irlandesa de nuestro padre y la almeriense de mi madre— mostraba a una dulce chica de catorce años con una larga y alborotada melena pelirroja de fuertes rizos de un intenso anaranjado —color que ambas compartíamos—, junto a sus pecas sobre la respingona nariz y esos rasgados ojos oscuros.

Todo ello conformaba una imagen —como decía— adorable, muy, pero muy alejada de la realidad.

Entendedme, amo a mi hermana por encima de todas las cosas, pero nunca se me acusará de ocultar que su carácter tira más hacia

mi madre, y, por tanto, es una revoltosa nata que no entiende la palabra «normalidad» bajo ningún concepto, aunque, como ella siempre decía, «¿qué es ser normal?».

He de confesar que, en nuestras intensas discusiones —por supuesto, siempre con el cariño propio de hermanas—, cuando soltaba aquel argumento, no podía refutar ni una mísera coma, porque, efectivamente, ¿qué es ser normal?

Con los años he llegado a la conclusión de que, si de verdad existe eso, está claramente sobrevalorado, porque nunca he conocido a nadie tan fascinante como ella. Una persona que sabe exprimir la vida, y vive cada segundo apreciando cada instante, algo que... ya me gustaría a mí.

Volviendo a esa tarde de julio, estudié recelosa a mi hermana pequeña, que seguía riéndose, encantada del susto que me había dado.

—¿Quién pensabas que era?, ¿un ladrón? Espabila, Ava, los carteristas no actúan así. Ellos quieren pasar desapercibidos.

—¿Me puedes decir cómo sabes cómo actúan? O, mejor, ¿cómo narices sabes qué es un carterista? —le recriminé yo mientras retomábamos la marcha.

Grace, obviamente, seguía mis pasos.

—¿Cómo no voy a saber qué es? Tengo catorce años, Ava, no dos.

Puse los ojos en blanco y decidí cambiar de tema, pero antes de poder intentarlo siquiera, Grace, con su agitada verborrea, se encargó de ello.

—¿Adónde vas? ¿Has quedado con Caleb y Miriam? Por cierto, me he encontrado con el señor Cortés, y me ha vuelto a preguntar por mamá.

Ambas arrugamos el gesto en clara repulsa del dueño de una de las tiendas del centro, quien estaba perdidamente enamorado de mi madre. Ese hombre, a nuestros ojos próximo a la ancianidad —el pobre, por aquel entonces, estaría cerca de los cuarenta como mucho—, pensaba que podría ganarse el amor de Lorena si se mostraba agradable con sus hijas.

Sin embargo, lo de «agradable» distaba mucho de la realidad, pues era más bien un hombre cansino, con el rostro demasiado arrugado y unos ojos pequeños que parecían estudiar cada detalle con un enfermizo y repulsivo escrutinio, por no hablar de su pelo grasiento y el estómago abultado por la vida sedentaria.

Sí, ese hombre no era un candidato para nuestra madre y, cada vez que lo veíamos, intentábamos evitarlo, pero no siempre con éxito, como me relataba Grace en aquel momento con todo lujo de detalles.

Mientras mi hermana continuaba hablando, alcanzamos la calle Aire, donde se agolpaban los turistas, pues allí se encontraban las pequeñas tiendas de souvenirs y ropa. A veces se llenaba tanto que era agobiante. De hecho, me preguntaba cómo podían discernir algún objeto que comprar; si es que no debían de ver ni lo que tenían ante sus narices. Pero entre ese gentío, lo vi.

Lo vi y mi corazón comenzó a bombear como si no hubiera un mañana. Tal debió de ser mi cara de pánico, que Grace dejó de hablar. Algo inaudito.

—¿Qué ocurre? —preguntó al tiempo que levantaba la mirada y escrutaba a los turistas, ajenos a mi posible inminente ataque al corazón.

Como buena Brennan, Grace detectó rápidamente quién era el detonante de mis tormentos o, mejor dicho, de mis anhelos.

—¡Oh! Está Fran, ¿lo has visto? —comentó la sinvergüenza, aleteando sus pestañas pelirrojas y con esa sonrisa dulce junto a un brillo delatador en los oscuros ojos que había heredado de mi padre.

—Grace, ¡ni se te ocurra! —la amenacé en un susurro histérico o, más bien, suplicante; pero de nada sirvió.

Mi hermana se escabulló de mi intento de detenerla, tal como suponía que hacían los duendecillos de las leyendas irlandesas que mi madre se había ocupado en enseñarnos.

El objetivo de mi hermana —que no parecía conocer la vergüenza o quizá se alimentaba de la mía— no era otro que acercarse a Fran, que paseaba ajeno a lo que sucedía a escasos

metros de él por la transitada callejuela. Por la bolsa de comida que cargaba, seguramente regresaba de hacer algún recado; todavía no había captado con su ángulo de visión a mi hermana, que seguía acercándosele para hablar con él y provocar un encuentro entre ambos.

Yo la habría matado, pero mis hormonas adolescentes tomaron el control y, sin pensarlo mucho, me metí en una de las primeras tiendas, empujando con los nervios a una señora británica que, por mi aspecto, dedujo que era paisana y me regañó en inglés.

Ignorando sus requerimientos, me adentré aún más en la pequeña tienda repleta de vestidos veraniegos de corte hippy y vi la luz al descubrir que el establecimiento tenía otra entrada —o, lo que era más importante, otra salida— que daba a la calle paralela.

Salí sin dudar, y tras asegurarme de que no había ni rastro de Grace y Fran, bajé los peldaños del callejón en el que había desembocado, para acabar en la avenida París, una calle de un solo sentido, algo menos transitada a esas horas y con unas vistas espectaculares.

A pesar de que si quería llegar a la plaza donde había quedado con Caleb y Miriam debía tomar el sentido contrario, decidí bajar por esa calle. Pero ahí estaba yo parada, todavía recuperándome del susto de toparme con Fran sin estar mentalmente preparada para ello y encima con mi hermana al lado, cuando oí que alguien me nombraba:

—Ava, mira a quién me he encontrado.

Maldita Grace. Tenía que hablar seriamente con mi madre sobre este ahínco de mi hermana por protagonizar alguno de los culebrones que veía, pues se había convertido en una metomentodo peligrosa. Muy peligrosa.

Me hice la sorda y entré atropelladamente en la primera tienda que encontré, también de ropa pero más escondida que la primera, de hecho, se hallaba dentro de un portal.

Su escaparate estaba dispuesto en el porche del edificio; tuve mala suerte, pues al entrar, con las prisas, pisé el vuelo de una de las faldas de los maniquíes flotantes que estaban colocados y

tropecé.

No caí de bruces sobre el suelo, gracias a unos brazos que me atraparon con unos reflejos admirables.

Levanté la mirada para agradecer el gesto a mi salvador, que me había impedido hacer aún más el ridículo, cuando me topé con unos ojos como el hielo.

Ava

Hugo, el cabecilla de los Kaura, siguió estudiándome en silencio. Seguramente esperaba alguna reacción por mi parte, y yo tuve que recordarme lo que era respirar.

—Gracias —conseguí decir al separarme de él.

Ahora sentía un peculiar hormigueo en la piel que había estado en contacto con sus manos.

—¿Estás bien?

Su voz era algo ronca, profunda como sus ojos, que, a pesar de ser tan claros, parecían no tener fin, o peor aún, podían atravesarte el alma.

Asentí levemente y noté que se me sonrojaban las mejillas. Nunca había estado tan cerca de él, y ese halo de misterio que rodeaba su figura me hizo escudriñarle con ahínco.

Era más alto que yo, llevaba el pelo oscuro y corto, con algunos mechones más largos en la zona superior de la cabeza peinados hacia atrás, a pesar de no tener pinta de ser de los que se peinaban.

Vestía una sencilla camiseta blanca sin mangas algo roída, que contrastaba enormemente con su piel bronceada y permitía apreciar la musculatura de sus pectorales. Algo muy difícil de ignorar, y más a esa escasa distancia.

Hugo, el cabecilla de los Kaura, era atractivo en todo el

sentido de la palabra, pero también aterrador por las sombras que lo acompañaban, y cuando me echó un último vistazo antes de comenzar a alejarse, me sentí estúpida.

Porque por un momento pensé que me iba a decir algo, y, Ava, ¿para qué demonios me iba a decir algo? O, mejor dicho, ¿para qué quería yo escucharlo?

Sin mirar atrás, me alejé, dispuesta a encontrarme de una vez con mis amigos, eso sí, sin toparme con mi *querida* hermana.

Pero no fue a ella a quien me encontré. Cuando alcé la mirada al oír mi nombre, descubrí a un sonriente Fran a pocos metros de mí.

Aún llevaba consigo la bolsa con la compra, y una sonrisa ladeada hizo que mi corazón volviera a brincar antes de que pudiera, siquiera, analizar la situación.

—Qué curioso —dijo Fran, completamente ajeno a mi agitación interna—, hace un momento estaba con tu hermana.

—¿De verdad? —pregunté tan falsamente sorprendida como pude, con esos nervios que me recorrían.

¿Había dicho ya que asesinaría a mi hermana?

Fran asintió encantado ante la divertida casualidad de nuestro encuentro, sin ser consciente de que había estado tratando con una versión extrajoven de Mata Hari. Necesitaba saber con urgencia de qué habían hablado; aunque, pensándolo mejor, ¿en serio querría hacerlo?

—Sí —contestó Fran sin borrar su sonrisa—, hace nada. Creo que iba a casa. —Su mirada me recorrió entera—. Tú, sin embargo, no vas a casa, ¿no?

Su sonrisa se extendió por el alargado rostro, y no pude más que volver a admirar lo guapo que era.

Además, la seguridad con la que hablaba y se movía hacían el resto. Normal que fuera uno de los chicos más populares del instituto.

—No, he quedado con Miriam y Caleb en la plaza —respondí.

Fran asintió. Mi respuesta le había gustado.

—¿Te veré entonces esta noche? Me gustaría mucho.

Asentí, y únicamente hice eso porque era incapaz de articular palabra, pues ¿acababa de decir que le gustaría mucho verme?

—Genial. —Fran dio un paso atrás para alejarse—. Luego nos vemos.

—Claro. —Sonreí tímidamente mientras le observaba darse media vuelta y perderse entre el gentío.

Oh.

Oh, Dios mío.

Fran me acababa de decir que le gustaría verme esa noche.

—¡Te ha pedido una cita! —estalló Miriam, y consiguió que varias personas sentadas a las mesas de alrededor nos miraran.

—Miriam, por favor, el tono de voz —susurré yo, sintiendo que se me sonrojaban las mejillas.

—Perdón, perdón. Pero, tía, el más macizo de este pueblo te ha pedido una cita. ¡¿Eres consciente?!

—Si no lo era antes, te aseguro que con tus gritos lo es ahora —se quejó Caleb, que la miraba con desaprobación.

Miriam puso los ojos en blanco, y ambos se centraron de nuevo en mí.

Estábamos en la plaza sentados en una de las terrazas de los numerosos bares que había. Miriam disfrutaba de una Coca-Cola, Caleb, de un granizado, y yo, de una copa de helado mientras les explicaba por qué había tardado tanto en llegar.

—¿Vas a ir así? —Miriam soltó la pregunta terrorífica.

—«Así», ¿cómo?

Ella y Caleb me estudiaron. Llevaba un corto vestido azul claro de vuelo con dibujos de pequeñas cerezas.

—Este vestido es fresquito y bonito —añadí ceñuda.

—Ya —asintió lentamente Miriam.

Caleb suspiró antes de volver a hablar.

—¿Esa es la descripción que quieres que tenga Fran en mente esta noche cuando os deis vuestro primer beso? —preguntó con una ceja enarcada.

Os podéis imaginar mi reacción adolescente, porque por supuesto que no quería que el chico que me gustaba pensara que estaba saliendo con Heidi. Y, no, no precisamente en la versión de supermodelo, sino en la de la famosa niña que jugaba en los Alpes suizos.

—¿¡Qué me pongo!?

—Vamos a ver, tranquilidad. Esto no es el fin del mundo, Ava —dijo mi madre mientras me observaba dar vueltas desde la isla de la cocina o, más bien, desde el salón. Nuestra casa no era especialmente grande y ambos espacios se combinaban.

—A mí me parece superdivertido —se carcajeó Grace, que se encontraba entre ella y Caleb.

Mi amigo, ahora que tenía un helado entre las manos por cortesía de mi madre, se preocupaba más de comer que de mi *outfit* para esa noche.

Miriam se había ido a su casa, también dispuesta a cambiarse, y Caleb, que no pensaba hacerlo, optó por acompañarme al ver mi estado de nervios.

—¿Cómo que no? Será mi primera cita con él —estallé, y subí las escaleras de nuevo para sacar algo decente del armario.

Creo que los oí suspirar, pero yo no disponía de tiempo. Tenía que encontrar el look perfecto para esa noche, porque ¿y si era verdad, y Fran y yo nos besábamos?

—Técnicamente no será tu primera cita —oí que decía mi hermana cuando bajé las escaleras con varios conjuntos de ropa en la mano para enseñárselos.

—¿Por? —preguntó Caleb con la boca llena.

—No le ha pedido ninguna, solo le ha dicho que le gustaría que se vieran —explicó Grace, con su gesto de sabionda.

Caleb asintió mientras se llevaba otro montón de helado a la boca.

—Tienes toda la razón —dijo.

Miré a mi madre con gesto de súplica, y esta sacudió la mano para restar importancia a la conversación entre mi mejor amigo y peor hermana.

—No te preocupes, todo el mundo sabe que antes de la primera cita está la *precita.*

—¿La qué? —preguntamos a coro Grace y yo.

Caleb, sí, seguía con su helado.

Mi madre sonrió y se atusó la melena oscura.

—Ay, mis pequeñas niñas, lo que tenéis que aprender. Es bien sabida la existencia de esa cita anterior a la formal «primera cita» —continuó mi madre, pero ni a mi hermana ni a mí nos convencía.

Mi madre era muy dada a inventarse términos y cosas «para darle un poco de color a la situación», como muchas veces decía.

—Mamá, no —dijo Grace, volviéndose para mirarme—. No te ha pedido una cita, tan solo os veréis esta noche con el resto del mundo y ya está.

—¿Por qué eres así? —le pregunté, con ganas de tirarle el top que sujetaba entre las manos.

—Porque tendrías que haber seguido mi plan de esta tarde —exclamó como perdiendo la paciencia—. ¡Entonces habrías conseguido la cita!

—Por favor —murmuré, dejando de mirarla.

—Bueno, venga, haya paz y decidamos qué se va a poner Ava, porque puede ser una noche especial, al fin y al cabo —nos pidió mi madre al tiempo que se acercaba para inspeccionar mis posibles elecciones—. Mmm... veamos, esto no. —Desechó el vestido rosa palo, también de vuelo y espalda cruzada—. A no ser que de verdad quieras ir de la adorada niña de mejillas sonrojadas —pinchó, utilizando en mi contra el argumento que yo había usado al refutar el primer vestido que había elegido.

—¡Mamá! —me quejé ante sus risitas.

—Ay, cielo, no lo veo tan mal. Además, siempre puedes llevar a Caleb como complemento perfecto. Él sería Pedro, el pastorcillo.

Grace comenzó a reírse también, y yo las miré mal a ambas. Había que quererlas, quererlas mucho.

—A mí no me metáis —dijo Caleb.

—Gracias por defenderme —solté, puntillosa, y mi amigo me guiñó el ojo.

—Bueno, sigamos. Esto tampoco. —Mi madre desechó otro vestido rojo de escote en pico—. Este es más bien para las siguientes citas, ya sabes... —Jugueteó con las cejas.

Quise morir, pues sabía perfectamente a qué se refería.

—¡Mamá! —exploté, sonrojada a más no poder.

—Vamos, Ava, creo que todos los presentes saben qué comienza a pasar a vuestras edades, que no a la de Grace. —Mi madre miró muy significativamente a mi hermana pequeña, y luego se centró de nuevo en mí—. Cuando comenzáis a salir con alguien del sexo opuesto, o similar. —Le dedicó entonces un guiño a Caleb, que sonrió encantado.

¿Por qué diablos sonreía?

—Mamá —me quejé al notar que mi sonrojo ascendía a niveles preocupantes.

—Cariño, ya te he dicho muchas veces que los asuntos se hablan con naturalidad, porque sabes que el sexo es una de las cosas que quiere un alguien cuando le gusta otro alguien...

—¡Sí, sí, sí! —la interrumpí rápidamente.

—Vale. —Mi madre sonrió encantada—. Viendo que entiendes mi punto de vista, creo que este modelito... —volvió a ondear el vestido rojo con cierto orgullo—, mejor cuando estemos preparadas para dar el paso.

¿Había dicho ya que me quería morir? O, por lo menos, mimetizarme con el terrazo del suelo de casa.

Nunca me iba a poner ese vestido delante de ella, N-U-N-C-A.

—Ten, anda, esta es la mejor opción.

Mi madre me dedicó una de sus sonrisas dulces —con ellas

daba tregua a los tormentos que nos provocaba—, y, aliviada, vi que se dirigía al sofá para enseñarme algo que seguramente tenía preparado desde hacía mucho.

—¿Lo tenías elegido desde el principio?

—Sip —asintió sin borrar su sonrisa—. Y, sí, nos podríamos haber ahorrado todo este desfile de modelos, pero ¿y el buen rato que hemos pasado?

Controlando el tic en el ojo, acepté la falda corta azul marino de vuelo con pequeños lunares blancos, y un top de un blanco impoluto.

—Es perfecto —dije con una amplia sonrisa, una vez que lo analicé todo bien.

—Lo sé —contestó ella—. La falda dice: «Ey, voy informal, pero mira qué piernas tan bonitas tengo», y el top: «Sí, soy una tía sexy y atrevida».

Mi madre me guiñó el ojo tras su interpretación de los correspondientes pensamientos de ambas piezas, y decidí no perder más tiempo: subí las escaleras para cambiarme.

Ya en mi soledad, frente al espejo del cuarto que compartíamos mi hermana y yo, tuve que aceptar que, efectivamente, eso era lo que decían las prendas elegidas. El conjunto tenía un toque casual pero a la vez de sexy-estudiado que me encantaba.

¿Estaba preparada para esa noche?

Yo estaba segura de que sí.

Abril de 2023

Ava

Remuevo el hielo del café, a la espera de que la oscura bebida se enfríe para darle un sorbo.

—¿Cómo estáis? —pregunta, rompiendo el silencio.

Vuelvo a levantar la mirada para toparme con la suya y, en vez de responderle, porque tampoco sabría hacerlo, formulo yo otra:

—¿Qué haces en Mojácar? Nunca pensé que te volvería a ver aquí.

—¿Nunca más? —Noto en su tono de voz cierta sorpresa.

—Sabes que no. Puede que en algún otro lugar en el mundo, pero ¿aquí? No creí que volverías.

Asiente lentamente, como si estuviera desgranando mis palabras en busca de algún mensaje oculto.

—Yo tampoco pensaba verme aquí de nuevo. Es extraño la de vueltas que da la vida, ¿verdad?

Asiento a mi vez y hago una mueca, porque tiene razón. A menudo te lo dicen cuando eres más joven, más pequeño, pero nunca eres completamente consciente de ello hasta que lo vives.

—¿Sabes? —dice entonces él—, siempre pensé que lo nuestro tendría un final distinto.

Abro los ojos asombrada. ¿De verdad que está sacando a colación este tema? Quizá debería levantarme. Hacerlo y dejarlo atrás, como pensaba que estaba: en el pasado. Sin embargo, una parte de mí, la que me ha hecho aceptar que tomáramos un café, quiere más, saber más.

—¿«Distinto»? —me oigo preguntar.

Sé qué parte de mí ha ganado nuevamente.

—Sí, feliz.

Abro la boca para decir algo, pero en el gesto es como si las palabras volaran de mi lengua, desvaneciéndose.

Lo observo de nuevo, y me reconcome cierto sabor amargo. Sonrío con ironía, siento otra vez el peso de estos días sobre los hombros, pero ahora acompañado de uno nuevo, ocasionado por él, únicamente por él.

—No es lo que decías... —suelto mordaz, y, sí, dolida.

No puede atreverse a hablar de nosotros. No así, no ahora. Aunque ¿no es lo que esperaba al continuar aquí con él?

—No es lo que decía al principio. Las cosas eran complicadas, pero al principio lo fueron aún más.

Habla con tanta calma... que duele. Sí, todavía duele.

—¿Y qué más da? —replico—, ¿por qué quieres hablar de ello?

Una sonrisa tímida recorre su masculino rostro. Resulta increíble saber que he conocido todas sus versiones: desde el adolescente hasta el hombre que tengo delante.

—¿Lo recuerdas?

El ahínco de su pregunta me hace estudiarlo.

—¿El qué?

—Esa noche. La noche en la que comenzó todo.

Ese verano, julio de 2011

Ava

Cuando salimos de casa, la noche nos abrazó con las altas dosis de emoción, que me recorrían de arriba abajo. No sabía por qué, pero sentía que esa noche sería diferente, y no me habría podido imaginar lo bien encaminada que iba.

Miré a Caleb, que caminaba a mi lado mientras recorríamos las calles del pueblo llenas de vida, dispuestos a llegar a la parada del bus que nos acercaría a la zona de la playa, donde habíamos quedado.

—¿Qué ocurre? Estás muy callado —dije mientras estudiaba el semblante serio de mi amigo.

Antes de salir de mi casa, se había mojado la cabeza y ahora veía algunos de sus rizos húmedos pegados en la zona de la nuca.

—Siento que Miriam está rara. —La mirada de ojos oscuros de Caleb buscó la mía al decir eso.

—¿Rara otra vez? La veo como siempre —le contesté yo sin entender a qué se refería.

—¿Como siempre? La Miriam de siempre habría venido a tu casa con nosotros para pensar en qué ponerte para tu primera cita

con Fran.

—Realmente no es mi primera...

—Tú me entiendes. —Su interrupción me hizo pensar—. Creo que, no sé... está diferente. No nos noto como la piña de siempre.

En ese momento me sonó el móvil. Era un mensaje de Miriam.

—¿Qué dice? —preguntó Caleb mientras se asomaba por encima de mí, ya que su altura se lo permitía.

—Dice que se ha cambiado de plan. El botellón no será en el aparcamiento del Mandala.

—¿No? —inquirió extrañado—. ¿Dónde, entonces?

Me detuve para asegurarme de que había leído bien el mensaje.

—Aquí, en el pueblo. Concretamente, en el Pabellón Municipal.

Llegar al Pabellón Municipal resultaba fácil porque, a pesar de encontrarse a las afueras, el pueblo no era especialmente grande, así que llegamos mucho antes que si hubiéramos ido a la playa.

Ninguno de los tres había hecho botellón allí, por eso me sorprendió que hubiera tal cantidad de gente, tanta que nos costó encontrar alguna cara conocida.

Enfrente del pabellón había un aparcamiento donde se encontraban varios coches con los maleteros abiertos, la música sonando a todo volumen y... y los Kaura.

No los localicé con tanta facilidad porque destacara su presencia, sino porque entre la gente que los rodeaba se hallaba Miriam, muestra Miriam.

—¿Qué hace ahí? —Caleb verbalizó lo que yo me preguntaba con la misma tensión que me recorría el cuerpo.

Miriam, ajena a nuestra presencia, conversaba con Iván, que estaba montado en su moto.

—No parece una conversación amigable, ¿verdad? —dije yo con cierta duda.

Caleb me miró con una expresión que supe interpretar a la perfección.

—Lo que tú digas —contestó irónicamente mi amigo.

Y ambos volvimos a centrarnos en la morena, que sacudió su larga trenza negra antes de darle la espalda a Iván con una sonrisa en esos carnosos labios que tan bien conocía. Demasiado bien, y es que... ¿Miriam se había olvidado ya de Marcos? Peor aún, ¿de verdad se estaba interesando por Iván?

Entonces, su mirada de ojos gatunos nos localizó entre la gente. Rápidamente levanté la mano para saludarla, debido a mi sentimiento de culpabilidad porque estábamos hablando de ella, y por los pensamientos que me carcomían en ese instante.

Se encaminó hacia nosotros.

El pabellón, que quedaba a mano izquierda, era un sencillo edificio de hormigón de cubierta plana. Una pasarela facilitaba el acceso, y ahí se habían concentrado varios grupos de gente —la mayoría, desconocidos para mí— con bolsas de plástico, botellas de refrescos y alcohol. Ingentes cantidades de alcohol.

Caleb y yo estábamos al principio de la calle, pegados a la hilera de palmeras que ayudaban a separar, junto a la verja metálica, el aparcamiento a mano derecha de la zona del pabellón.

Entendía que fuera un buen lugar para el botellón, sería muy raro que algún vecino nos oyera y llamara a la policía; además, el hecho de que estuviera tan alejado del pueblo sin nada alrededor salvo campo montañoso tenía un punto a favor que pronto entendería.

—¡Aquí estáis! —Miriam se lanzó a mis brazos con entusiasmo.

Yo sonreí ante su felicidad.

—¿Has empezado a beber sin nosotros? —pregunté, conocedora de la respuesta.

Notaba la tensión de Caleb, pero me sentía incapaz de sacar a relucir con quién la acabábamos de ver. Era mejor que avanzara un

poco la noche antes de preguntarle qué se traía entre manos.

—Por supuesto que sí, pero, tranquilidad, que hay para todos. —Miriam nos indicó con un gesto que la acompañáramos—. Lo nuestro lo tienen las chicas. Por cierto, estás guapísima. —Chocó su cadera contra la mía—. He visto a Fran por ahí perdido hace un rato.

Me guiñó un ojo y yo sonreí, pero mientras seguíamos sus pasos eché un vistazo a esa zona, la de los columpios apartados al fondo del pabellón, donde se encontraban *ellos*.

Por suerte, ninguno miraba hacia nosotros y pude estudiar brevemente sus poses chulescas sobre las motos que tenían aparcadas al lado, su actitud intimidante ante el resto de la gente —que se cuidaba mucho de acercarse más de la cuenta— y me cercioré de que estaban todos o prácticamente todos, pues hasta los más jóvenes, los que incluso debían de ser menores que Grace, se encontraban ahí.

Eran ocho. Ocho en total.

La noche transcurría con normalidad, varias copas, música, risas y algún chismorreo.

Caleb y yo nos relajamos cuando vimos que Miriam no se separaba de nosotros y que no se daba ningún otro encontronazo con ciertas personas: ese grupo que seguía apartado y al cual, de vez en cuando, echaba un vistazo para asegurarme de... no sé muy bien de qué.

Estaba charlando entre risas con Caleb y Tamara, y noté que varias personas se unían a nuestro grupo. Al levantar la mirada, un par de ojos avellana me capturaron, provocándome un sobresalto agradable en el estómago.

Oh, Dios, qué deliciosa era esa sensación vertiginosa. Irreemplazable.

—Hola, chicas —saludó en general Fran cuando llegó a nuestra altura, aunque en realidad parecía que el saludo solo iba dirigido a mí.

Lo acompañaban Adrián y algún que otro de los de su grupo, pero se separó de ellos para situarse cerca de mí.

—Hola —me repitió, con una amplia sonrisa.

Las mariposas en mi estómago se multiplicaron por mil cuando tomé conciencia de que todo el grupo era testigo de su acercamiento; si eso no era una declaración de intenciones, no sé qué otra cosa podía ser.

—Hola —le contesté con una leve sonrisa, nada acorde con la fiesta de hormonas que tenía interiormente.

Miriam estaría orgullosa de mí por mostrarme serena, controlando la situación.

—Me ha costado encontrarte, con tanta gente. —La mirada de Fran se dirigió a mi mejor amigo—. Caleb, tío, tienes que empezar a separarte un poco del grupo de las chicas, si no comenzarán a hablar.

Fue un comentario tan gratuito que miré con rapidez a mi mejor amigo para ver su reacción. Este asintió levemente con la cabeza mientras una sonrisa ladeada se dibujaba en su rostro.

—¿Y qué empezarán a decir? —La pregunta de Caleb sonó relajada y lo admiré por eso.

Fran se rio, y eso me sentó mal.

—Ya lo sabes, tío. —Le golpeó juguetonamente el hombro.

Caleb asintió de nuevo antes de llevarse la copa a la boca para dar un trago largo.

Cuando terminó, su mirada de ojos oscuros me buscó. Para cualquiera que no lo conociera, sería imposible interpretar ninguna emoción en sus facciones. Sin embargo, yo aún podía encontrar el rastro de aquel niño risueño que fue si las estudiaba con detenimiento.

Así que, sí, sabía que lo que le había dicho Fran le estaba afectando.

—Voy a dar una vuelta. —Caleb habló apartándose uno de sus

rizos castaños que le caía sobre la frente.

—Claro —asentí presurosa.

—Luego os veo —fue su vaga respuesta.

No dio tiempo a añadir nada más, tan solo salió del grupo para perderse entre la gente, con su pelo rizado alborotado, los vaqueros desgastados y ese cuerpo desgarbado.

Miré a Fran, que se encogió de hombros.

—Espero que no le haya sentado mal, yo lo decía por su bien —se escudó Fran.

—¿«Por su bien»? —repliqué frunciendo el ceño.

—Ya sabes, no es bueno para él que solo lo vean con chicas.

Cogí aire antes de hablar.

—Caleb no solo va con chicas; además, si así fuera, ¿qué problema habría? Es mi mejor amigo. Nuestro mejor amigo —dije, añadiendo rápidamente a Miriam en la ecuación.

Por cierto, ¿dónde estaba?

De pronto, no la veía por ningún lado.

—Bueno, da igual. No he venido para hablar de Caleb, sino para ver a la chica más guapa de todo Mojácar.

Me dedicó otra sonrisa juguetona, pero creo que con su comentario había matado a las mariposas, como si hubiera esparcido un insecticida.

Fran debió de notar que se había cargado un poco el ambiente, porque carraspeó y dio un trago a la bebida antes de volver a hablar.

—Estamos pensando en ir a la playa, hay mejor rollo. Aquí están esos tipejos, y siempre que vienen se lía. Ya hay rumores de que van a preparar alguna.

Me tensé, porque sabía a quiénes se refería: a los Kaura.

—Así que antes de que se monte, nos empezaremos a mover. ¿Te vienes? Te puedo llevar yo.

—Me parece bien, pero no me puedo ir y dejar aquí a Caleb y Miriam —le dejé claro.

Fran asintió sin borrar ni un momento su sonrisa.

—Claro, tranquila, se pueden ir con los demás.

Negué con la cabeza.

—Me voy con ellos... —Volví a centrarme en el grupo para asegurarme nuevamente de que Miriam... Miriam no estaba—. ¿Dónde está Miriam?

—Ni idea —contestó Fran tras observar a nuestro grupo, que seguía inmerso en su conversación.

No había rastro de Miriam ni de Caleb, pero claro, a este último sí que le había visto yéndose.

—Voy a buscarlos.

Y antes de que pudiera añadir nada, me giré en redondo para meterme entre la gente. Por supuesto, no los vi por ningún lado.

¿Dónde diablos estaban estos dos?

Ava

Comencé a preocuparme cuando, tras recorrer toda la zona, no los vi por ningún lado. Era imposible que hubieran desaparecido así como así, como por arte de magia, pero tampoco era tonta, y una vocecita me decía dónde podía estar, por lo menos, uno de los dos. Así que, armándome de más valor del que me creía capaz, me dirigí hacia *ellos.*

Sí, mi madre me iba a asesinar si se enteraba. Si es que me encontraba, porque, si encontraba yo antes a Miriam, iba a cometer el delito yo; y, claro, tras el homicidio tendría que huir.

Madre de Dios, apenas había dado dos pasos y ya me imaginaba escenarios de lo más esperanzadores.

Completamente tensa y también asustada, me abrí paso hasta alcanzarlos, con el cuidado de mantener la suficiente distancia para estudiarlos sin delatarme.

No estaban solos, ahora había algún que otro integrante nuevo, concretamente del género femenino. De verdad, ¿estaban locas?

Algunas de esas chicas les reían las gracias y jugueteaban con sus melenas mientras los observaban con ojitos. Incluso varias aceptaban los porros que les tendían, por no decir que bebían de las copas que les ofrecían.

¿En serio nadie les había hablado de las posibilidades de que les echaran algún tipo de sustancia en la copa?

Recorrí con la mirada al grupo, pero no tenía el campo de visión suficiente para ver toda la escena y averiguar si Miriam estaba con Iván, así que me acerqué más, y, claro, dejé de pasar desapercibida.

—¿Qué pasa, gallinita? ¿Se te ha perdido algo por aquí?

La pregunta vino de uno de los más jóvenes. Jacobo, creía recordar que se llamaba; y, sí, no llegaba a los trece. A pesar de ello, mi corazón se desbocó cuando lo descubrí mirándome con una chulería y seguridad que sabía que nunca tendría yo.

No debía de llegarme ni a la altura de los hombros, pero estaba totalmente atacada.

—¿O te ha comido la lengua el gato? —pinchó otro más mayor ante mi entumecimiento. Tenía aspecto de haber salido de un concierto de Guns N' Roses.

Se rieron a mi costa chocándose las manos mientras el resto me observaba. Iba a alejarme, pero noté que uno de los mayores me cortaba el paso colocándose detrás de mí con una parsimonia que disparó todas mis alarmas.

«Mierda».

Me tenía que tranquilizar, estaba rodeada de gente. No podían hacerme nada con tantos testigos... ¿verdad?

—¿Qué quieres, gallinita? —preguntó Rubén mientras yo seguía tensa por el amigo que me obstaculizaba el camino.

Rubén era uno de los más mayores, al que conocía por haberlo visto por los pasillos del instituto. Estaba sentado en el pequeño tobogán, con una chica acomodada entre sus piernas que parecía demasiado embelesada en él como para mirar en otra dirección. ¿Le estaba mordisqueando la oreja?

Desvié la mirada algo azorada, y miré al frente, a los

columpios, donde se encontraba el barril oxidado que mantenía un pequeño fuego que dibujaba sombras en su rostro. En el de Hugo.

Su mirada como el hielo estaba clavada en la mía, y era el único que no reía. Tan solo jugueteaba con un botellín de cerveza en una posición que parecía relajada, pero a mí me daba la sensación de que era todo lo contrario.

—¿Sabes hablar? —soltó de manera desagradable otra chica, e hizo explotar una pompa de chicle cuando la miré—. Quizá es una guiri —comentó a los demás mientras se examinaba su manicura en color rosa vibrante, a juego con la camiseta que dejaba al descubierto gran parte de su estómago.

Aquella intervención inútil me hizo alejar los catastróficos pensamientos, por lo que finalmente conseguí intervenir.

—No soy ninguna guiri. —Puse los ojos en blanco y volví a mirarlo a él.

Era el líder. Era a quien tenía que dirigirme.

—¿Dónde está? —me limité a preguntarle, y noté que sus oscuras cejas se elevaban levemente.

Varios de ellos comenzaron a soltar vulgaridades, las cuales decidí ignorar, centrándome únicamente en sus ojos, en nada más.

Las luces y sombras jugaban en su rostro, afilaban sus facciones otorgándole un aspecto aún más fiero, siempre rodeado de ese halo peligroso y, quizá... ¿atormentado? No estaba segura, pero, definitivamente, el hielo de sus ojos ocultaba algo más.

Sin embargo, tenía preocupaciones más importantes que las de detenerme a descubrir qué escondía aquel tipo. Mi corazón, por ejemplo, estaba demasiado alejado de la calma que intentaba aparentar. Qué mierda, estaba histérica, pero, por Dios, que no se notara.

—¿Dónde está quién? —Su voz hizo que todos se callaran de golpe, guardaron silencio.

Controlé las ganas de coger aire y hablé con determinación:

—Sabes perfectamente a quién me refiero: mi amiga.

—¿Tu amiga? —Hugo arqueó una ceja—. ¿Por qué tengo que saber nada de tu amiga?

No parecía dispuesto a colaborar, pero yo no quería perder el tiempo, así que decidí cambiar de sujeto a la hora de preguntar:

—Bien, ¿dónde está Iván?

—¿A ti qué cojones te importa? —preguntó el chico que estaba al lado de Hugo, que también era uno de los más mayores.

El modo en que hizo la pregunta me asustó e inevitablemente lo miré con cierta alarma, en especial cuando se levantó y se me acercó. Esperaba que Hugo interviniera, pero no movió ni un solo dedo.

Ese era un momento clave. Podía amedrentarme o echarle un par de ovarios. Me sentía muy asustada, con el pulso y mi instinto de supervivencia más que disparados, pero la adrenalina y la mala leche de mi ADN también estaban presentes.

—Me importa una mierda, solo quiero saber dónde está mi amiga —le respondí, con la barbilla alzada y apretando las manos para convertirlas en puños—. Y antes los he visto hablando, así que supongo que están juntos por algún lado.

—Dudo que Iván se esté entreteniendo con esa niñata —soltó socarrón Jacobo, lo que provocó más risas.

Volví a centrarme en el chico que tenía enfrente e intentaba atemorizarme junto con el que antes se me había colocado detrás para impedir que me alejara. Era más alto que yo, algo corpulento y rapado al uno, de pelo oscuro. Destacaba en su rostro el tabique de la nariz muy torcido, claramente se lo había partido alguna vez y no se le había curado bien. Llevaba un *piercing* en la boca, concretamente un aro en el lado izquierdo, y tenía el tic de moverlo sin cesar.

—¿Eso es lo que quieres, gallinita? ¿Jugar con Iván? —preguntó, entrecerrando los ojos y en un tono divertido—. Puedes hacerlo conmigo también.

Hice una mueca y volví a mirar a Hugo, que continuaba en la misma posición... ¿Ignorándome?, no estaba tan segura de ello, porque, cuando dio otro trago al botellín de cerveza, desvió la mirada hacia mí.

Iba a preguntárselo de nuevo; sin embargo, noté que me

tiraban del brazo.

—Te he hecho una pregunta, gallinita —insistió el que estaba delante de mí, de pronto, demasiado cerca.

—No me toques.

Me sacudí la mano con una rabia que no reconocí, y los de alrededor aullaron mofándose de su compañero, a quien no le gustó nada mi reacción ni cómo lo dejé delante de los demás.

—Rafa. Ya. —Hugo llamó la atención al chaval que me estaba taladrando con la mirada llena de rabia.

Asintió levemente, me dio la espalda y se alejó del grupo. Algunos de ellos lo siguieron y desaparecieron entre la gente.

—No sé dónde está tu amiga, pero creo que es lo suficientemente mayorcita para saber dónde se mete, ¿no te parece?

Me volví hacia Hugo, que era quien me había dirigido de nuevo la palabra. Le dediqué una sonrisa burlona. Sí, estaba cabreada.

—Tan solo quiero saber dónde están y si ella está de acuerdo con ello. Que está bien.

Hugo dibujó una sonrisa que no supe interpretar.

—Te aseguro que ella está muy de acuerdo con lo que están haciendo.

Torcí el gesto.

—Entonces sí que sabes dónde está —lo acusé.

Hugo dio otro trago antes de terminarse el botellín y, tras dejarlo en el suelo, se incorporó.

Se me acercó un poco y me tensé, pues de pronto era demasiado consciente de la poca distancia que había entre nosotros. Al tener los nervios tan a flor de piel, debí reconocer que resultaba una figura imponente, todo vestido de negro. Durante un rato que me pareció eterno, no dijo nada, tan solo nos acompañaba nuestro cruce de miradas, como si nos estuviéramos midiendo, hasta que finalmente lo rompió.

—Sé lo mismo que tú. —Su mirada me atrapó y me dejó clavada en el sitio—. No pierdas el tiempo.

—¿Cómo que no pierda el tiempo? —pregunté.

Pero no recibí más respuesta, porque Hugo me dio la espalda y comenzó a alejarse.

Por supuesto, los demás lo siguieron y me quedé allí sola.

¿Qué sucedía?

Miré alrededor y constaté que la moto de Iván seguía aparcada donde lo había visto al principio de la noche; aquello indicaba que no se había ido.

Eso solo me dejaba una posibilidad...

—¡Ava! —Oí mi nombre entre el bullicio del botellón.

Caleb venía hacia mí a pasos agigantados. Me acerqué a él sin dudar.

—¿Qué mierda hacías con ellos?

Cuando lo alcancé, mi amigo me sujetó por los brazos y supe que estaba controlando las ganas de zarandearme.

—Estaba buscando a Miriam, ha desaparecido con Iván. Dios, Caleb, creo que se están liando o...

—No —me interrumpió Caleb.

—¿No? —Lo miré extrañada. Mi amigo volvió a negar—. ¿Sabes dónde está?

—Sí, por eso te estaba buscando a ti desesperado.

—No me asustes... ¿dónde?

Pero Caleb no tuvo que contestarme, pues de pronto se oyó un gran vitoreo en la zona del aparcamiento, donde antes habíamos estado bebiendo con el grupo.

Levanté la vista y descubrí que todo el mundo se aproximaba a algún punto de la zona, rodeándolo mientras aplaudían e intentaban ver mejor.

Volví a mirar a mi amigo, y Caleb asintió.

Me encaminé hacia el barullo, haciéndome hueco entre la gente, hasta que descubrí lo que estaban rodeando.

Había dos coches en paralelo con los motores encendidos. Los supuestos conductores —uno de ellos, Iván— permanecían fuera de los vehículos mientras miraban la cantidad de billetes que les enseñaba un tercer sujeto; nadie tuvo que explicarme que era este

quien se había encargado de recaudar el dinero de las apuestas.

Apuestas. Oh, Dios, ¿dónde estábamos? ¿En una película? En una de terror, he de decir, porque todavía quedaba el *plot twist*.

Delante de los coches había dos chicas, y, sí. Una era Miriam.

Ava

—¿Qué hace? —pregunté alarmada a Caleb.

Sabía que mi amigo estaba justo detrás de mí, entre toda la gente que, emocionada, seguía vociferando.

Intenté llamar a Miriam, pero era lógico que no pudiera oírme, con la cantidad de ruido alrededor. ¿Cómo lo iba a hacer, si ahora solo tenía ojos para Iván, que se había acercado a ella con actitud chulesca?

Sabía que aún no se habían liado. Lo leía en el lenguaje corporal de ambos, esas miradas y medias sonrisas provocadoras de él, pícaras de ella.

No se tocaban, pero sus cuerpos se acercaban como si de un campo gravitatorio se tratara.

—Mierda, Caleb —dije a media voz.

Pero cuando noté la mano de mi amigo sobre la mía, comprendí que me había oído.

—Te lo dije.

Me giré para mirarlo cuando pronunció aquellas palabras.

—¿En serio?, ¿eso es lo que vas a decir sobre todo esto? —le pregunté, incrédula.

—Joder, te dije que estaba rara.

Volví a mirar a mi amiga, que justo se reía de algo que le había dicho aquel cavernícola.

—Tolero que esté rara, pero no que esté gilipollas.

Y sin añadir nada más, entré en escena, directamente hacia mi

mejor amiga, dispuesta a comerme el mundo por ella.

Hugo

Cuando la vi avanzar tan decidida, he de confesar que me sorprendió. Me sorprendió mucho.

No tenía pinta de ser de ese tipo, así que cuando Rafa chocó su mano contra mi pecho para llamar mi atención y me indicó con un movimiento de cabeza hacia dónde tenía que mirar, no me podía creer lo que estaba presenciando.

Porque sabía que no se aproximaba para unirse a nosotros, sino para sacar a su amiga de allí.

Dejé de escuchar a la chica que me estaba hablando, la que me había ofrecido uno de sus cigarrillos de una manera insinuante, para observar a aquella pelirroja que caminaba con clara determinación hacia el centro de todos sus problemas.

Porque en eso se había convertido su amiga.

Tenía que aprender que esa chica, la morena que parecía tener ojos solo para Iván, ya había caído en las redes. Era de la clase que nos interesaban: con dinero, rebeldes y con falta de atención, de cariño.

Caían sin frenos, con una facilidad que, de algún modo, seguía asombrándome, y esta, además, era guapa. Guapa de una forma demasiado obvia, pero eso a Iván no le importaba. Él estaba encantado con su nuevo juguete. Durara lo que le durara, le sacaría el mayor partido.

Estudié con genuino interés cómo la pelirroja se acercaba a su amiga para increparla, y di una lenta y profunda calada al cigarrillo.

—¿Intervengo? —preguntó Rafa.

Negué levemente con la cabeza y seguí observando a esa chica

que había demostrado tener un buen par.

Como había adivinado, las vi discutir.

Solté el humo despacio y, sin pensarlo mucho más, me levanté para dirigirme hacia ellas.

Eran más o menos de la misma altura, quizá la pelirroja unos centímetros más que la morena, y esta última era la guapa, la que debía de estar acostumbrada a hacer que los tíos se volvieran cuando pasaba a su lado, con sus labios carnosos, ojos verdes rasgados y larga melena negra. Sin embargo, la pelirroja... esa debía de ser de las que hacían que perdieras la cabeza.

Desde donde estaba, todavía no podía oír lo que se decían, pero sí que me era posible contemplar los gestos contrariados en sus suaves facciones: cómo se arrugaba su respingona nariz repleta de pecas, y que su mirada de ojos almendrados expresaba seguramente aún más que sus palabras, como cuando había estado increpándome hacía unos minutos.

Y es que ¿cuánto tiempo hacía que nadie se atrevía a enfrentarme?

—Venga, Miriam, deja esto ya. Vámonos a la playa con los demás —oí que le pedía, ya algo desesperada.

Así que quería huir a la playa.

La morena sacudió la cabeza.

—No pienso irme ahora que empieza lo divertido.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó la pelirroja, claramente sin entender a su amiga, su motivación para seguir ahí.

Pero desconocía que ese estado no se debía al alcohol.

—Esto va a empezar ya, vamos. ¡Vamos! —Iván apareció en escena rodeando a la morena por detrás, y eso enfadó nuevamente a la pelirroja.

Cogió la mano de su amiga y tiró de ella con suavidad.

—Vayámonos de aquí, Miriam, este no es nuestro sitio. Vente con Caleb y conmigo.

¿«Caleb»?, ¿quién era ese?

—Ava, será divertido —se rio su amiga, desesperándola a todas luces—. Es solo un momento, y ¡ganamos dinero!

Ava, que ese era su nombre, frunció aún más el ceño.

—¿Qué estás diciendo? Tú no necesitas dinero. Ven, Miriam, por favor.

—¿Quieres dejarla en paz? —intervino Iván al tiempo que se colocaba delante de Miriam, provocando que sus manos se soltaran.

Me apoyé en silencio sobre el capó del coche que iba a conducir Iván, desde allí encontraría el momento idóneo para hacer acto de presencia.

Sin embargo, alguien se me adelantó.

Vi que un chico larguirucho de pelo rizado se posicionaba al lado de Ava.

—Vámonos, Miriam, vente con nosotros.

Mala elección, chaval.

Como había supuesto, en cuanto Iván vio que intentaba llevarse a Miriam, se envalentonó y fue directo a por él.

Lo que no me esperaba era que ella, de nuevo, me sorprendiera metiéndose entre ambos.

—Ni se te ocurra poner un solo dedo sobre él. —Levantó levemente la barbilla, miraba desafiante a Iván, a quien su aparición también pilló desprevenido—. No si no quieres tener problemas.

Iván le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Me vas a buscar tú los problemas? Bueno, quizá con tu amiga. —Iván se giró para mirar a Miriam, que guardaba silencio con una neblina en los ojos y parecía que le costara seguir la conversación—. Porque me la acabas de poner muy dura, pelirroja. —Al tiempo que soltaba aquella insinuación que me hizo sonreír, miró de nuevo a Ava.

—Vaya un gilipollas que eres —contestó el supuesto Caleb, posicionándose ante Ava.

Supe interpretar lo suficientemente bien su lenguaje corporal.

Intervine, porque si llegaban a las manos, seguramente la noche terminaría aquí, y había una buena cantidad de pasta como para perderla.

—Iván, no.

No necesité ni levantar la voz, la mirada de Iván me buscó y observó cómo me acercaba. Sabía que el Caleb ese no empezaría la pelea, tenía todas las de perder, así que lo único que debía hacer era calmar a mi chico, pues Iván solía ser demasiado impulsivo en esas situaciones.

—Han empezado ellos —dijo este únicamente, pero dio un paso atrás.

—Oye, tenemos que empezar ya —se quejó el otro conductor, aburrido de la escena.

—Sí, vamos, nena. —Iván hizo amago de coger la mano a Miriam, pero alguien no se daba por vencida.

—¡Está borracha! No puede ponerse al volante. ¡Ni siquiera tiene el carnet! ¿Estáis locos o qué? —Ava intentó acercarse a su amiga, pero Iván se puso en medio, impidiéndoselo.

—El único que se va a poner al volante soy yo, churrita —le aclaró Iván.

—Deja de llamarla así —soltó Caleb.

¿Era su novio? Lo estudié con cierto interés. De complexión delgada, era más alto que Iván, quizá incluso más que yo mismo; lo que ocurría era que tenía las extremidades tan delgadas que su altura no servía para intimidar en estas situaciones.

Su piel era clara —no al estilo de Ava, que claramente parecía extranjera— y contrastaba con sus ojos oscuros y algo caídos que, junto a sus rizos desordenados, le daban un toque amigable.

Sí, intuía que era un buen tipo, aunque si algo había aprendido todos estos años era que no te podías fiar de las apariencias, ¿verdad?

—Ava, Caleb, tranquilos —intervino Miriam con una sospechosa voz pastosa—. Lo único que tengo que hacer yo es aguantar más que la otra chica antes de quitarme del medio del camino.

Una expresión de terror recorrió el rostro de la pelirroja.

—¡¿Que va a ir un coche directo hacia ti?!

—¿Qué coño haces, Miriam? —preguntó Caleb sin ocultar su

cabreo.

—Ya está bien, me la llevo.

Ava apartó a Iván, estaba dispuesta a hacer lo que acababa de decir, parecía que incluso a rastras, pero esta se alejó.

—Para, Ava. Deja de estropearlo todo.

Cuando su amiga dijo aquello, Ava se quedó congelada.

—Miriam, deja de ser una idiota. Estás mal y estos tíos solo están aprovechándose... —comenzó a decir Caleb.

Pero Iván lo increpó.

—Tú quieres problemas, ¿verdad?

Era el momento de reaparecer en escena.

—Iván, ve al coche.

Esta vez Iván no me miró, seguía taladrando con la mirada a Caleb, que tampoco parecía acobardado.

—Iván, ya —insistí.

Entonces alguien decidió utilizar las palabras mágicas.

—O paráis esto o llamo a la policía.

Me giré enseguida para observar a quien acababa de soltar aquello.

Ava me devolvió la mirada muy segura de sí misma. Enarqué una ceja, miré a Iván, que asintió para alejarse hacia el coche, y me acerqué a ella.

—Ya me has oído, o nos dejáis irnos o llamo a la policía —repitió.

Y yo sonreí.

Estaba asustada, lo notaba por su lenguaje corporal, por la forma en que sus ojos... —¿de un azul oscuro?, no estaba seguro —, pero se delataba por cómo intentaba mantenerme la mirada.

Acorté las distancias. Sé que su amigo, novio o lo que cojones fuera, intentó intervenir, pero Rafa se había encargado de mantenerlo aparte; así que, sí, me acerqué a ella con una leve sonrisa, disfrutando de verla nerviosa, pues, en el fondo, sabía con quién estaba tratando.

—Yo, si fuera tú, no haría eso. —Fue lo único que dije y esperaba que ella asintiera y se alejara de los problemas.

Pero entonces... entonces fue ella quien sonrió.

—Creo que te he dado una buena alternativa para evitarlo, así que, efectivamente, si yo fuera tú, no lo haría.

¿Quién cojones era esta chica?

—¿Sabes en los problemas en los que te meterías? —pregunté yo en voz lo suficientemente baja para que solo ella me pudiera oír —. ¿De verdad merece la pena?

—Es mi amiga.

Asentí levemente. Era leal, admirable, pero también estúpida. Estaba yendo demasiado lejos y eso no lo podía permitir. Por suerte, apareció su salvoconducto.

—Nos vamos, nos vamos. —Quien habló no fue otra que la morena, que de manera atropellada llegó hasta nosotros para alejarla.

El chico alto las siguió una vez que Rafa lo soltó.

Los vi alejarse.

Ni una sola vez miró atrás.

Ava

Esperaba que, en cualquier momento, a mi cuerpo le diera un colapso mientras seguíamos... huyendo. No se podía definir con otras palabras.

Caleb encabezaba la marcha y yo llevaba a Miriam del brazo, a quien, por supuesto, no se le habían pasado los estragos del alcohol.

—¿Y si vamos a la playa? —propuso Miriam de repente con voz pastosa.

—Creo que no es el mejor de los planes —contestó duramente Caleb sin mirarla.

Lo conocía, y estaba muy enfadado.

Miré a Miriam, cuyos labios se contorsionaron para dibujar un puchero de auténtica decepción.

Suspiré.

—Iremos mañana, ¿vale? —le propuse, intentando que no montara una escena.

—Pero...

—Podemos ir a mi casa y ver alguna película. Hacemos palomitas y...

—¡Sí! —Miriam se detuvo para aplaudir encantada.

Y efectivamente, tuve que sujetarla para que no se cayera cuando trastabilló. Se rio de un modo un tanto histérico que me hizo intercambiar una mirada con Caleb, quien también se había detenido.

Estábamos ya lejos del pabellón y de aquel absurdo juego de apuestas. De hecho, ya nos encontrábamos en el pueblo, en una zona con algunas terrazas y varios turistas disfrutando de la noche, aunque no fuera la más transitada.

—La verdad es que me muero de hambre —dijo Miriam.

Caleb bufó, no necesitábamos nada más para saber qué estaba pensando.

—Oye, Miriam, ¿has tomado algo más aparte de alcohol? —tanteé yo, temerosa de su respuesta, aunque ¿a quién quería engañar?

Vale que nunca había consumido drogas, pero conocía a la perfección muchos de sus síntomas.

Miriam volvió a reírse como una tonta y, segundos después, se detuvo abruptamente.

—Creo, creo que... —No terminó la frase.

Se puso a vomitar tras soltar una terrible arcada.

Me coloqué detrás de ella sujetándole el pelo e intentando no ver todo lo que echaba.

Caleb suspiró de nuevo y se nos acercó, dispuesto a relevarme. Pero no hizo falta, el vómito fue intenso pero breve.

—Necesito sentarme —balbuceó Miriam mientras se quitaba resto de babas de la comisura de la boca con el antebrazo.

—Vale, pero no aquí —le pidió Caleb al tiempo que la alejaba unos pasos del delito.

No tenía ni una mísera botellita de agua para vaciarla sobre el vómito.

—Ya no puedo más —se quejó Miriam, así que Caleb la ayudó a sentarse sobre la acera—. Me encuentro fatal.

—Miriam, ¿qué más aceptaste de Iván? —le preguntó esta vez Caleb, ya sentado al lado de la morena, que tenía los ojos cerrados y los codos apoyados sobre las rodillas.

Por el leve pero constante tambaleo de su cuerpo, estaba claro que seguía mareada.

—Ha sido solo una calada —confesó Miriam finalmente, y Caleb y yo nos miramos—. Nada más. Ha sido divertido, pero nunca más. ¡Qué mal cuerpo tengo!

Estudié a mi amiga e intenté acallar el pensamiento de que con una simple calada no podía estar así, aunque, bueno, era su primer porro...

Oímos que se acercaba un coche, y Caleb y yo nos tensamos cuando se detuvo a nuestro lado. Nos temíamos lo peor.

—¿Estáis bien?

Nos relajamos con la misma rapidez al descubrir unas caras conocidas y amigas; quien había hecho la pregunta era Fran, que estaba de copiloto, y Gus conducía, uno de los mayores, hermano de Adrián.

—Sí, solo esperamos a que se encuentre mejor. Está algo mareada... —dejé caer sin dar muchas más explicaciones.

—¿Queréis que os llevemos? —nos preguntó Gus—. Os acerco a su casa o adonde queráis —se ofreció, sin ocultar un gesto de preocupación.

—No hace falta —dije con una sonrisa de agradecimiento.

—Sí, creo que le vendrá mejor que le dé el aire un rato —añadió Caleb.

Iba a añadir algo cuando Fran bajó del coche.

—Idos vosotros, yo me quedo con ellos —dijo este, sorprendiéndome.

Miré rápidamente a Caleb, que ocultó una sonrisilla y simuló que se preocupaba de nuevo por Miriam, quien permanecía embelesada mirando el cielo.

—Está bien —asintió Gus—. Cualquier cosa, nos das un toque.

Fran asintió con un gesto de despedida.

—¡Vaya un pedo que llevas, Miriam! —soltó Adrián, haciéndonos reír a todos antes de que el coche se alejara.

—¿Cómo está? —preguntó Fran, mientras la examinaba con gesto preocupado una vez que estuvimos a solas.

—No es para tanto —intervino rápidamente Caleb al tiempo que se incorporaba de la acera—. Apenas ha cenado y por eso le ha sentado tan mal.

—Ya. Alguna vez me ha pasado —repuso Fran—. ¿Te ayudo a levantarla?

Caleb asintió; entre los dos y con unas palabras de ánimo por mi parte, conseguimos que Miriam se levantara, de nuevo dispuesta a ir a mi casa.

Sin darme cuenta, Caleb tomó el control de la situación. Se adelantó con Miriam para dejarme cierta intimidad con Fran.

—Desapareciste entre la gente —soltó de pronto Fran.

Lo miré, sabía a qué momento se refería: a cuando me esfumé dejándolo tirado para buscar a Miriam.

—Sí, perdona. Tenía que buscar a...

—Tranquila, lo sé —me interrumpió; en su rostro se esbozaba una sonrisa avergonzada—. Además, en ese momento no era la mejor de las compañías. La broma que hice sobre, bueno, ya sabes... —Miró significativamente hacia delante, hacia Caleb—. No fue muy acertada. —Fran se rascó la nuca antes de volver a echarme un vistazo. Se le notaba, ¿inquieto?—. Te sonará a topicazo, pero contigo me pongo nervioso. Tanto que digo tonterías.

Contuve una sonrisa, provocada por esa sensación que me crecía en el pecho, y negué con la cabeza.

—No te preocupes. Te entiendo —solté muy bajito.

Tanto, que Fran se detuvo y yo lo imité.

—¿Entiendes que diga tonterías? —Una sonrisilla divertida le recorrió el rostro.

Yo sentí que se me sonrojaban las mejillas.

—¡No! —contesté azorada—. Me refiero a que entiendo que, al ponerte nervioso, digas cosas que no... —Lo busqué con la mirada—. A mí también me pasa... contigo.

Sus ojos color avellana me taladraron con tal intensidad que sentía que me iba a derretir.

—¿Te pones nerviosa conmigo? —me preguntó, y dio un corto paso hacia mí.

Yo solo fui capaz de asentir levemente.

—Dios, Ava, si no estuviéramos en esta situación, con Caleb y Miriam a escasos metros, ¿sabes qué pasaría?

Seguí observándolo, absorbiendo cada detalle de ese momento; tomé conciencia, en cierto modo, de que ese instante pasaría a ser uno de los muchos recuerdos de ese verano que se quedarían grabados en mi retina.

¿Y si digo que fui incapaz de articular palabra?

La sonrisa de Fran se intensificó y se inclinó hacia mi oído derecho. Sus labios, al hablar, me rozaron el lóbulo de la oreja mandándome miles de escalofríos, pero fue lo que dijo, una sencilla y corta frase, lo que mandó millones de fuegos artificiales a mi estómago.

—Te comería a besos.

Hugo

Dejé escapar el humo entre los labios mientras observaba el cielo nocturno; suponía que quedaban pocas horas para que empezara a amanecer. Estaba cansado, pero me gustaba disfrutar

en soledad de esa quietud que me tranquilizaba.

—Así que aquí andas.

Levanté la mirada y vi que Raquel se me acercaba sorteando la ropa colgada del tendedero que debería haber pasado a mejor vida hacía unos años. Se sentó a mi lado, en los escalones del ruinoso porche de la caravana.

—¿Qué haces despierta? —le pregunté, y di otra calada al cigarrillo.

—Podría preguntar lo mismo —dijo al entrechocar su hombro con el mío de manera juguetona—. Iván no me deja dormir. O, mejor dicho, los gemidos exagerados de la chica que está con él.

Contuve una sonrisa, y ella frunció los morros en un gesto de indignación. Todos —incluso Raquel— sabíamos del cuelgue que tenía Iván por ella, y de las consiguientes molestias que se tomaba para que Raquel fuera consciente de cada una de sus conquistas.

—No entiendo cómo no se da cuenta de que está fingiendo —añadió al tiempo que me robaba la colilla para dar un tiro.

—Me imagino que se lo dirás en cuanto tengas oportunidad —solté; estudiaba la sonrisa satisfecha de mi amiga, que no negó nada.

Éramos amigos desde que el mundo, nuestro mundo, era mundo. Cuando comienzas a tomar conciencia de lo que te rodea, de lo que eres. Desde ese momento, Raquel formaba parte de mi vida. Quizá las circunstancias nos habrían empujado de un modo distinto, de habernos encontrado en otra situación; sin embargo, el destino, el puto destino, así lo dispuso. Y yo no me quejé. Nunca me quejé de tener una verdadera amiga en aquel vertedero.

Raquel me miró de soslayo antes de volver a hablar.

—Lara me ha estado preguntando por ti.

Suspiré al oír eso. Hablando de cuelgues...

—Deberías decirle que pase de mí. Esa chica merece mucho más.

—¿Crees que no se lo digo? —Raquel lanzó la réplica con cierta pesadez.

Guardamos silencio, hasta que sentí su brazo rodeando mis

hombros. Me tensé de inmediato. No me gustaba el contacto.

—Eres un buen chico, Hugo. En el fondo lo eres.

Sonreí con rabia.

—«En el fondo», ¿verdad?

—Como todos los que estamos aquí. —Se incluyó a sí misma.

—Todos somos mierda, Raquel, y aquel que tenga la posibilidad de escapar de este pozo, que lo haga sin mirar atrás.

No esperé que dijera nada más, no hacía falta hacerlo. Con ella no.

Nos quedamos en un cómodo silencio, uno de esos que no cabe llenar con absurdos e insípidos comentarios. Entonces Raquel lo rompió:

—¿Quiénes son ellas?

La miré. No sabía a qué se refería, allí no había nadie más, o por lo menos yo no lo veía.

—¿Quiénes? —quise saber, y eché otro vistazo frente a nosotros. Tan solo nos acompañaba esa calurosa noche que me pegaba la camiseta sin tirantes al cuerpo.

Nos rodeaba el resto de las caravanas, y a unos cuantos metros se oía un leve murmullo de varios grillos.

—No veo a nadie —insistí.

Raquel suspiró al tiempo que negaba con la cabeza, sacudió su corta melena castaña, casi rubia, que le llegaba a la altura de la afilada barbilla.

—Por favor, me refería a las chicas de esta noche. Las que casi se cargan las apuestas.

Aquella pregunta me pilló desprevenido, especialmente porque Raquel no se hallaba presente en el aparcamiento y no había visto nada.

—Los chicos lo han estado comentando —dejó caer, seguía mi línea de pensamientos sin necesidad de que yo dijera nada.

Cuadré la mandíbula, jugueteé con lo poco que me quedaba del cigarrillo de liar; acabé apagándolo contra la suela de una de mis deportivas, sacudí las manos y volví a centrarme en ella, que me estudiaba con suspicacia.

Suspiré antes de hablar.

—¿Qué han dicho? —inquirí.

—¿De verdad has permitido que te amenazara con llamar a la policía?

Sonreí.

—¿De verdad tengo que contestar esa pregunta? Sabes perfectamente que una chiquilla no me va a quitar el sueño.

—¿Estás seguro? —La sombra de una sonrisa se dibujó en sus facciones potenciadas por la delgadez—. Han dicho que es muy guapa.

Me reí de manera sarcástica.

—Raquel, no tengo tiempo para tonterías.

—Ten cuidado —dijo de pronto con un aire enigmático. Yo tan solo arqueé las cejas en gesto interrogativo—. Nunca habías dejado un problema sin zanjarlo de raíz.

Supe a qué se refería y decidí guardar silencio.

Me limité a levantarme y entré en el trozo de hojalata que era mi casa. Sin embargo, al apartar las cortinas que separaban mi dormitorio —escasos metros con un colchón tirado de cualquier manera—, me sorprendí, pues ya había alguien ahí.

Por la luz que se colaba a través del ventanuco pude ver que era Lara.

Seguramente había estado esperándome y se había quedado dormida.

Por supuesto, di media vuelta y decidí pasar la noche en el roñoso sofá que llevaba años al lado de la cocina eléctrica. Prefería eso que enfrentarme a la situación que Lara estaba buscando.

Ava

Me desperté con el sonido de la música.

«Dancing Queen» sonaba acompañando los créditos de *Mamma Mia!*, la película que habíamos escogido para ver aquella noche. Miré alrededor un tanto desubicada; a mi lado descubrí a Caleb durmiendo boca arriba con la boca entreabierta y los rizos desparramados sobre el colchón hinchable que habíamos preparado para la sesión de cine.

Sonreí. Me sentí tentada de hacerle una foto con la que burlarme de él después, pero miré hacia donde me imaginaba que se encontraba Miriam. Sí, «me imaginaba», porque no había ni rastro de mi amiga.

¿Dónde narices estaba? Esa parecía la dinámica de la noche; suspiré.

Muy lejos no se había podido ir porque su móvil se hallaba en el suelo, al lado del colchón, y Miriam nunca se separaba de él.

Me levanté sin hacer ruido y salí de mi habitación. Una vez en el pasillo, mis pies descalzos sobre las frías baldosas se dirigieron a la terraza, donde, efectivamente, se encontraba mi amiga con las piernas metidas en el agua cristalina de la piscina, que permanecía iluminada por el foco.

Supuse que ella misma lo había encendido. Demasiados años de amistad como para no saber dónde se encontraba el interruptor.

—Hola —susurré al acercarme.

Alzó su mirada de ojos verdes hacia mí y dibujó una mueca a medio camino entre una sonrisa y un gesto vergonzoso.

—Hola —respondió con el mismo tono de voz, y me observó cuando tomé asiento a su lado.

—¿Sabes qué hora es? —le pregunté.

—¿Debería? Esta noche está siendo terrible. Solo quiero que acabe.

Sonreí.

—Tranquila. Tampoco ha sido tan horripilante —mentí piadosamente.

Miriam escondió la cara entre las manos.

—¿Me odiáis mucho? —me preguntó entonces.

—¡Qué dices! —Intenté que dejara de ocultarse—. ¿Por qué

dices eso?

—Os conozco. La mirada de Caleb es demasiado expresiva, y tú has estado muy seria... —murmuró, y se descubrió el rostro.

—Todos nos podemos enfadar en algún momento, pero ¿odiarte? ¿A ti? ¡Antes se acaba el mundo!

Conseguí que una leve sonrisa se dibujara en sus carnosos labios, y volvió a patalear el agua con una calma pensativa.

—He metido la pata hasta el fondo —añadió tras unos segundos en silencio.

—Nada de caras largas, es nuestro verano, ¿recuerdas? Teníamos que pasar el episodio de tensión, si no, ¿qué gracia tendría?

Miriam rio y yo me uní a sus risas.

—Eso es cierto —concedió.

—Pero por favor —le pedí—, vamos a bajar la intensidad para el siguiente episodio, ¿vale? Por un momento he temido que tuviera que batirme en duelo contra ellos.

—¡Eso es cierto! ¡Tía! Te has enfrentado a los Kaura. Eso es ¡muy fuerte! —enfatizó, y el entusiasmo recorrió su rostro.

—No me lo recuerdes. Estaba cagada de miedo.

—Yo también. Cuando amenazaste con llamar a la policía... no fue buena idea.

Torcí el gesto.

—¿Por qué te has ido con Iván? ¿No eres consciente de los problemas...?

—Por un rato, ha sido emocionante —me interrumpió—. Y, sí, lo sé. Pero tampoco ha sido tan grave, solo he probado un porro y he dejado que me metiera mano, cosa que me apetecía. No sé, no pongas esa cara. La idea era probar cosas diferentes este verano. Esta ha sido una de ellas, aunque no esperaba que salpicara tanto a todo el mundo.

—Pero ya has tenido suficiente, ¿no? Creo que el capítulo del chico malo ya ha dado bastante de sí en nuestras vidas. Podrías buscarte otro estilo de aventura, ¿no crees?

Miriam se rio nuevamente. Noté que estaba mucho más

animada y que se alejaba su pesadumbre.

—Lo prometo.

No sabía por qué, pero una vocecilla me dijo que mi amiga no era totalmente sincera en ese momento.

Ahora, en retrospectiva, lo veo de otro modo. Quizá no era conmigo la cosa, sino, mucho peor, consigo misma. Y es que no hay nada más peligroso que mentirse a uno mismo.

Abril de 2023

Hugo

No ha contestado a mi pregunta, pero sé que recuerda esa noche en la que todo empezó, en la que nuestros destinos comenzaron a cruzarse sin detenerse... ni siquiera ahora.

Y es que, como ella, no pensé volver a verla, tenerla frente a mí. No hace falta que lo diga en voz alta; sus ojos, sus jodidos expresivos ojos, son como una puerta abierta de su mente hacia mí... siempre ha sido así. Siempre. Y duele, todavía duele, sobre todo cuando de pronto caigo en que quizá lo sea también para alguien más.

No lo había pensado hasta este preciso instante. Ha pasado demasiado tiempo como para conocer los nuevos detalles de su vida. Quizá ya haya alguien... Qué digo, seguro que lo hay.

Observo cómo sus dedos tamborilean la taza del café que ha pedido, y aparta la mirada de la mía, lo que me permite estudiarla, en un intento por descifrar las cosas que me he perdido desde la última vez que nos vimos.

Podría decir que está igual que esa última vez que la vi: su respingona nariz, que todavía lleva la marca del *piercing* que se hizo cuando iba a la universidad y que luego se quitó porque no le convencía, sus repartidas pecas que en algún momento quise contar. La larga melena pelirroja sigue pareciéndome puro fuego,

y me lleva a preguntarme si reencontraré su olor, ese que me volvía loco, si hundo la nariz sobre su fino cuello y después sobre él.

Y es que aquí la tengo. La chica que desbarató todos mis planes, la mujer a la que amé.

¿Cómo puede ser que, a pesar de todo, del tiempo, de la distancia, del dolor mismo, mi pecho se siga encogiendo y mis manos ardan por acortar la distancia? No, joder. No.

Ya fue tarde en su momento, lo es mucho más ahora. Mientras observo cómo su mirada vuelve a encontrarme, soy consciente de que lo fuimos todo, y ahora... no somos nada.

Julio de 2011

Ava

Comenzaba a barajar la idea de proponerles nuevamente meternos en el agua. Me ardía la piel, a pesar de estar bajo la sombrilla, pero era uno de esos momentos en los que ganaba la pereza.

¿Por qué no inventarían el teletransporte?

Ladeé la cabeza para mirar a mi derecha, donde Miriam tomaba el sol sobre la toalla. Llevaba las gafas de sol, la larga melena recogida en dos gruesas trenzas de raíz. O estaba absorta en sus pensamientos o en su quinto sueño, porque era de esas personas que se podían dormir en la playa.

Yo podía «croquetear», como lo llamaba mi madre, pero nunca me dormía. ¿Y el riesgo de que nos robaran? Mojácar era multitudinario en verano, así que solía pasar de todo. Como ahora, que Caleb llegaba salpicándonos agua helada de su pelo rizado, con tres mojitos de uno de los chiringuitos.

—¿A quién has sobornado o engañado? —le pregunté sorprendida, y acepté uno tras sentarme sobre la toalla junto a

Miriam, quien ya salía de la somnolencia.

Caleb nos guiñó un ojo, encantado consigo mismo.

—Creo que la pregunta correcta es «¿A quién te has ligado?» —acertó Miriam; lo supimos por la sonrisa acentuada de Caleb.

—A uno de los camareros. El más guapo de todos. Tiene un acento alemán un poco marcado, pero... todo lo demás, de diez —explicó mientras le pasaba el otro mojito a Miriam y él se quedaba con el tercero—. Que, por cierto, me ha comentado lo de la fiesta, así que sí que va a ser popular.

—Pero ¿cómo...? —empecé.

Sin embargo, no pude terminar de formular la pregunta porque Miriam me interrumpió.

—Ya os lo dije. Va a ser una gran fiesta, aunque os diera bajona cuando os invité —asintió mi amiga con entusiasmo.

Puse los ojos en blanco dando un trago a mi mojito. Me atraganté *ipso facto*.

—¿Cuánto mojito hay en este ron? —pregunté una vez recuperada.

—Eso es que le has gustado mucho, tío —contestó maravillada Miriam antes de atacar su bebida.

Por supuesto, lo hizo con más estilo que yo. Volví a mirar a mi amigo, que se encogió de hombros.

—No sé, pero no he tenido que pagar ni un euro. Así que, nada de quejas, Ava.

—¡Si no me he quejado! —exclamé.

Caleb y Miriam se rieron a mi costa mientras él se sentaba sobre su toalla roja, a mi izquierda.

La playa estaba a rebosar. Como nos habíamos situado cerca de la zona del Maui Beach —un restaurante chiringuito muy popular—, había cantidad de gente joven y más de una despedida de soltero, por lo que la música se entremezclaba con los gritos divertidos de distintos grupos. Ese día habíamos ido allí por petición de Miriam, pues, según ella, había mucho famoso, y eso no se lo podía perder.

Se había puesto su biquini más pequeño; en ese instante se

estaba embadurnando nuevamente en aceite de zanahoria para ponerse aún más morena. Yo, bajo la sombrilla —un complemento que más bien era ya parte de mi ser—, intenté convencer a Caleb para jugar a las cartas o ir al agua.

Por supuesto, se decantó por la última opción.

—Pues... ¿una carrera hasta la orilla? —propuso el tramposo, levantándose mucho antes que yo.

—¡Ey! —me quejé, porque ni siquiera esperó a que yo saliera de debajo de la sombrilla, sino que únicamente se echó a la carrera —. ¡Tramposo! —chillé mientras corría detrás de él porque no pensaba dejarle ganar, aunque fue inútil.

Caleb tenía las piernas mucho más largas que yo, y eso que no era baja, así que cuando mis pies aún no habían tocado el agua fría, Caleb ya se zambullía entre las olas.

—¿Qué he ganado? —preguntó divertido cuando por fin lo alcancé.

—La categoría de «mayor tramposo del universo»... —refunfuñé yo, dando pequeñas brazadas para acercarme más.

De pronto me detuve.

—Oh, ¿qué es eso? —Señalé con nerviosismo un punto en el agua, próximo a Caleb.

Este se giró rápidamente y escudriñó alrededor.

—¿El qué?

—Eso oscuro —recalqué, señalándolo con el índice. Abrí los ojos con ímpetu—. ¡¿Una medusa?!

—Joder, ¿dónde?

Mi amigo se giró histérico y yo estallé en carcajadas por la facilidad con la que me había creído. A veces era demasiado inocentón, pero se lo merecía, por tramposo.

Seguí riéndome con ganas cuando en su expresión discerní que había entendido mi tomadura de pelo, y tuve entonces la mala suerte de que una ola me pillara desprevenida y con la boca abierta. Sí, tragué agua.

—Eso te pasa por bruja —oí que decía Caleb, que aún estudiaba con recelo el mar mientras yo tosía para expulsar toda el

agua.

—Exagerado, tampoco ha sido para tanto. Además, si te picara una medusa, te podría rescatar el socorrista. El de esta zona parece mono. Todo son ventajas —le expliqué mientras nadaba alrededor de él.

Me encantaba el agua y flotar mirando al cielo. Daba igual si lo hacía en la piscina o en el mar, aunque siempre he sentido una conexión especial con este último. Me hacía sentir diminuta e inmensa al mismo tiempo, y esa sensación era maravillosa. Noté que Caleb me cogía del tobillo para que no me alejara de él.

Tras unos minutos en silencio, mi amigo lo rompió:

—¿Crees que debería darle mi número?

Cuando escuché la pregunta, dejé de flotar en el agua para centrarme en él.

Me escrutó con esa mirada de ojos oscuros, anhelando respuestas claras y consejos sabios, y yo no siempre sabía si estaba a la altura para dárselos.

—¿Te refieres al camarero, el de los mojitos?

Caleb asintió y me hizo un gesto para que nos adentráramos más, pues un grupo de amigos que bromeaban y jugaban ruidosamente estaba demasiado cerca de nosotros. Lo seguí.

—Me lo ha pedido y me he hecho el loco —confesó con timidez, pero yo sabía que bajo esa fachada se escondía algo de miedo.

—¿Qué te ha detenido? Porque te apetecía dárselo, ¿a que sí? —le planteé, y Caleb sacudió el pelo con evidente frustración—. ¿A que sí? —insistí.

—Puede que sí —murmuró sin mirarme.

—Pues ya está. Vamos. —Busqué su mano y tiré de él hacia la orilla.

—¿Qué haces? —preguntó horrorizado.

—Me apetece ir a por una bebida, y tú me vas a acompañar, le entrarás para...

—Ava, espera. —Caleb detuvo nuestra marcha—. No es tan fácil —dijo con voz queda una vez que lo miré.

Odiaba verlo así. Tan cohibido, tan asustado. El mundo era injusto, el mundo era un asco.

—Sí que lo es —contesté conteniendo la rabia. No por él, sino por el mundo absurdo que nos rodeaba—. Tienes que dejar de frenarte, alejarte del temor constante del qué dirán. ¡Que les den! —Caleb me observó patidifuso—. Todos merecemos vivir como nos dé la gana, y a mí me apetece pedirle algo a ese camarero que podría ser la gran historia de amor de verano de mi mejor amigo, así que... ¡vamos!

Caleb me sorprendió con sus risas.

—¿Mi gran amor de verano? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—La gran *historia* de amor de verano —puntualicé—. Hay una enorme diferencia. Suena más épico, más legendario. ¿Vienes o no? —Le sonreí a modo de listilla.

—Tú y tus historias de amor. —Negó con la cabeza.

Pero ya no había rastro de miedo en su rostro, solo una genuina diversión, por lo que me volví, segura de que seguiría mis pasos hacia el chiringuito.

Y a pesar de que tardamos un poco más de lo que pensaba por la cantidad de gente ahí agolpada, enseguida localicé al camarero que hacía suspirar a Caleb.

—Es ese, ¿verdad? —dije disimuladamente, al tiempo que señalaba a un rubio de mandíbula cuadrada que parecía algo agobiado por el volumen de demandas que le hacían.

—Sí, el alemán.

Sonreí encantada, sobre todo cuando me di cuenta de que cierto camarero se había percatado de nuestra presencia. Bueno, de la de Caleb, puesto que, muy sospechosamente, empezó a desplazarse hacia el lado de la barra donde nos encontrábamos.

Allí olía a futura historia. A una muy emocionante.

Sabía que era el momento de desaparecer y dejar que fluyera la magia.

Hugo

—¿Será cierto lo que ven mis ojos?

Ante el comentario de Rubén, levanté la mirada.

Pronto entendí a qué se refería, pues mi mirada fue directa allí, como si de un imán se tratase.

Nos dirigíamos al coche de Rubén, lo habíamos aparcado en el paseo del Mediterráneo. Acabábamos de entregar un pedido de taller, y ahora que habíamos terminado, tenía que volver en su vehículo.

Y ahí estaba. Entre esa marea de turistas y gente, en la playa. No era consciente de ello, pero ese momento, tan insípido para otras muchas personas, se quedaría grabado en mi memoria a fuego, recordándolo —e incluso atormentándome en algunas épocas— durante el resto de mi vida.

Se hallaba sola, al lado de una maceta gigante que albergaba una de las palmeras que decoraban la entrada de ese bar tan famoso de la playa. La gente pasaba a su alrededor, pero ella permanecía absorta, no sé en qué, pues tenía los ojos fijos en un punto indiscernible para mí. Aunque miraba hacia la playa, yo no estaba seguro de que estuviera concentrada en ello.

Irremediablemente recorrí con la mirada sus piernas desnudas y fui subiendo, porque estaba en biquini y era algo digno de ser observado, por no decir —joder— admirado. A la luz del día, todo era distinto, sobre todo porque no sabía que la estaba estudiando.

Su larga melena pelirroja le caía un poco más abajo de los hombros, cubiertos por algunas pecas como si fueran salpicaduras de pintura, y como tenía el cabello húmedo por el agua del mar, se le había ondulado más de lo habitual. Brillaba tanto que parecía fuego.

Pero aquello no era lo más interesante, sino que, al bajar la mirada, pude admirar la curva de su culo. Era...

—Vaya un culo que se nos gasta la pelirroja, ¿eh? —soltó

Rubén.

Su comentario me devolvió a la realidad para recordarme que no estaba solo y que me había quedado absorto observando algo que no debía.

Algo que no debía, porque aquella niñata casi nos había metido en un buen lío unas noches atrás.

—Sígueme —dije a Rubén mientras me dirigía hacia ella.

Había que aprovechar las oportunidades que nos brindaba la vida, ¿no?

Oí que Rubén decía algo detrás de mí, pero no logré entenderlo, seguramente porque estaba más interesado en observar a aquella pelirroja que no se podía imaginar lo que le venía encima.

Siempre lo había creído: la venganza era un plato que se servía en frío, bien frío. En especial cuando parecía que el destino me la había propiciado en sus formas más sencillas.

Estaba conteniendo una sonrisa, cual lobo relamiéndose, cuando apareció en escena el puñetero larguirucho.

¿Quién cojones era? Se llamaba... ¿Abel? No lo recordaba, pero poco me importaba. Me quedó claro que ella lo había estado esperando, por la sonrisa que le dedicó. Se le iluminó toda la cara, y eso que solo podía verla de perfil.

Joder, así que era su novio. Una extraña sensación —de ¿decepción?— me estrujó las entrañas, algo absurdo. Estúpidamente absurdo.

Sin embargo, cuando avanzamos más, pude discernir algo de la conversación; detuve con un gesto de mi mano a Rubén. Necesitaba escuchar qué se decían.

—Sabía que te iba a dar el teléfono. —Hablaba Ava.

Ella le sonrió ampliamente y el supuesto Abel parecía encantado.

—Me ha dicho que se pasará esta noche, resulta que conoce a Lucas porque el otro día se acercaron a hacerles un pedido de bebidas para la fiesta.

—¿En serio? —dijo ella sorprendida.

—Sí, debió de presentarlos Dani, ya sabes que trabaja también allí, y lo han invitado.

—Está claro que el mundo es un pañuelo.

—Estoy completamente de acuerdo —dije yo, interrumpiendo la conversación.

Los dos se volvieron sin saber quién les hablaba, pero su gesto de interrogación cambió rápidamente por uno de tensión en cuanto me descubrieron junto a Rubén.

—Hola, gallinita —soltó este, sacudiendo la mano con un gesto divertido.

—¿Qué hacéis aquí? —nos preguntó de malos modos Abel.

—Abel, estamos en la calle —dije sin mirarlo a él; tan solo, a ella, que tenía el ceño fruncido de una manera... interesante.

La otra noche no pude apreciarlo, pero ahora, a plena luz del día, era testigo de que tenía los ojos de un inusual azul oscuro que nunca había visto. Parecía que tuviera capturado el mar embravecido dentro de ellos.

—¿«Abel»? ¿A quién coño le hablas?

Al percibir la rabia en su pregunta, me digné a mirar a aquel hombrecillo.

Vaya, no se llamaba así.

Yo no me moví, ni siquiera contesté. Pero Rubén, sí.

En dos pasos acortó las distancias y sujetó por la nuca al chaval, por supuesto, de modo que nadie pudiera acusarnos de hacer nada malo, aunque, por el lenguaje verbal de ambos, especialmente del amiguito de Ava, supe que lo estaban captando.

Bien.

—Ten cuidado, perico —dijo Rubén con una amplia sonrisa—. No quieras meterte también en problemas, que ya hemos visto que te han dado un número. ¿Nuevo amiguito?

—Déjalo en paz.

Por supuesto, la guerrera intervino.

Rubén me buscó con la mirada y, cuando yo asentí, soltó levemente al chaval, que nos miró con auténtico odio sacudiéndose de encima a Rubén, el cual volvió a reírse

encantado.

—Vámonos, Ava —espetó entonces el larguirucho.

—¿Tan pronto? Solo veníamos a saludar —dije, volviendo a captar la atención de la pelirroja, que me miró de nuevo.

Era guapa, de una forma sencilla, sin duda para muchos pasaría inadvertida cuando estuviera junto a su amiga. Pero era el modo en que me miraba, que me convertía en testigo de que el fuego no se limitaba a su pelo, sino que la recorría entera, lo que seguramente hacía que más de uno perdiera la cabeza por ella.

Y más, sabiendo que estaba soltera, que ese chaval no era su novio. No. Él jugaba en otra liga.

—Nos piramos —repitió este, buscando la mano de ella para comenzar a alejarse.

Una sonrisa tironeó de mis labios y me cuidé mucho de que percibiera que con la mirada la recorría de arriba abajo cuando volví a hablar:

—Nos vemos pronto.

Apartó los ojos sin decirme nada y observamos cómo se alejaban hacia la playa perdiéndose entre la gente.

Entonces hablé a Rubén:

—Avisa a los chicos, esta noche nos vamos de fiesta.

Rubén aulló animado.

—¿Cómo sabremos dónde es? —me preguntó cuando retomamos la marcha hacia el coche.

—Que César e Iván vayan al chiringuito. Está claro que algunos de los camareros lo saben. Es probable que quieran material.

Iván era el mejor camelándose a la gente, también César, y sabía que les resultaría fácil. La fiesta la habría organizado gente del pueblo, pues Ava y sus amigos lo eran, y, al tratarse de menores, seguramente sería en una casa. Me jugaba lo que fuera a que unos padres ilusos dejaban el chalet al cuidado de sus hijos adolescentes mientras se iban unos días de vacaciones; sin embargo, no tenían en cuenta que, inevitablemente, sus hijos organizarían una fiesta para los amigos.

Volví a sonreír para mí. Aquella chica no sabía la que se le venía encima. Nunca te metías con los Kaura a no ser que quisieras problemas, y parecía que ella los estaba pidiendo a gritos.

¿Alguien había dicho «venganza»?

Ava

—Sé que no irás a casa de Caleb —canturreó mi hermana.

Se me congeló mano sin que terminara de darme el brillo de labios que me había prestado mamá.

Me volví para mirar a Grace, que se había colado en mi habitación lanzándose sobre mi cama. Ahora me miraba tumbada sobre el estómago y con una sonrisilla de sabionda.

—¿Qué dices? —pregunté, haciéndome la despistada.

—Lo que has oído. Nos abandonas en la noche de cine para irte a una fiesta, no a casa de Caleb.

Mierda.

No solía mentir a mi madre, pero si le decía que iba a una fiesta no me dejaría dormir fuera de casa, y hoy necesitaba más que nunca no tener hora de regreso.

—No sé de qué narices hablas.

Sin hacer más caso a mi hermana, salí de mi habitación y fui a las escaleras, desde donde vi a mi madre en la isla de la cocina preparando batidos de oreo.

Eso me dolió. Eran mis favoritos y me los iba a perder. Mi madre estaba acabando de espolvorear trocitos de galleta oreo sobre la nata montada, y por un momento, al ver tan solo dos copas de batido, los dos cuencos de palomitas, los dos paquetes de chuches picantes, y echando en falta un tercero de todo que me correspondería a mí, me dieron ganas de escribir un mensaje a

Miriam y Caleb para decirles que me rajaba. Que me quedaba en casa.

—Hola, cielo. ¿Ya estás lista? —preguntó mi madre, relamiéndose la nata que se le había quedado en un dedo mientras terminaba de preparar los batidos.

—Sí —contesté al acercarme a la isla, y me senté en uno de los taburetes.

—Estás muy guapa —dijo.

Yo hice un mohín al tiempo que miraba el botín que tenían preparado.

—¿Qué película vais a ver? —quise saber.

—¡*Sabrina*! —contestó el torbellino de mi hermana, que llegó e intentó atrapar un M&M's, pero mi madre le dio un manotazo. No se podía comer nada hasta que no empezara la peli, la norma por excelencia—. Y parece ser que no es la de la bruja que mueve la nariz.

Miré a mi madre, y ambas contuvimos una sonrisa, porque fue lo que yo pensé la primera vez que la vi. No sabía que estaba a punto de descubrir una de mis películas favoritas.

—¿La de Audrey o la de Julia? —le pregunté a mi madre, más que nada porque sabía que Grace no tenía ni idea de lo que preguntaba.

—Audrey.

Era mi favorita. Vale que la de Julia Ormond estaba muy bien y tenía a un guapísimo Harrison Ford, pero como la de Audrey Hepburn, ninguna. Me mordisqueé el labio, tentada. Tan tentada...

—Ava, no —habló mi madre, y me sobresalté.

—No, ¿qué? —pregunté sin tener ni idea de a qué se refería—. No he tocado ningún dulce.

Levanté las manos como para demostrarlo y mi madre se rio.

—Me refiero a que no te vas a quedar esta noche. Irás con tus amigos, a pasarlo bien, beber un poco, pero sin pasarte, y bailar mucho, mucho. En eso te puedes pasar todo lo que quieras. Creo que nunca se puede pasar un límite bailando. Nunca es suficiente.

Me quedé congelada. Porque con esa sencilla frase, mi madre

me había dejado claro que sabía que realmente no iba a pasar una noche tranquila en casa de Caleb. ¿Cómo demonios lo sabía?

Miré con disimulo a mi hermana, que tenía una sonrisilla a juego con la de mi madre.

Carraspeé y jugué con mi pelo de manera desenfadada.

—Mamá, no sé de qué hablas. Miriam y yo vamos a casa de Caleb. Cenaremos y jugaremos a juegos...

Me callé en cuanto mi madre se rio y empezó a llevar las cosas al salón con ayuda de Grace.

—Cariño, que soy tu madre. Sé a la perfección que vuestro plan de hoy no es exactamente pasar una noche tranquila en casa de Caleb, como también sé que, al ver nuestra selección de esta noche, te ha rondado por la cabeza cancelarlo todo y quedarte con nosotras.

Hice amago de abrir la boca para rebatir, pero la cerré. Era absurdo.

—¿Cómo...?

Mi madre se rio de nuevo.

—Soy tu madre, Ava. Y, qué quieres que te diga, más sabe el diablo por viejo que por diablo. No sé si lo recuerdas... —Se volvió para mirarme tras dejar las palomitas sobre la mesa—. Pero no hace mucho tenía tu edad, y por raro que te parezca, a mí también me gustaba salir de marcha. La suerte que tienes es que yo no soy tu abuela o, peor, tu abuelo. —Mi madre escenificó que le recorría un escalofrío desagradable mientras regresaba a la cocina a por las bebidas.

Llevábamos años sin saber de los abuelos y del resto de la familia de mamá. No se llevaban bien, le retiraron la palabra cuando se casó con papá, la dejaron sola, así que ella nunca más los volvió a buscar, tampoco cuando enviudó y quedó a cargo de dos niñas.

—Así que ve, hazme el favor. Y disfruta de esta noche.

La seguí por la casa hasta el sofá, donde Grace hizo un gesto raro con la boca para disimular de un modo nefasto que había atacado ya las chocolatinas, pero como mi madre estaba pendiente

de nuestra conversación, no se dio cuenta.

—Entonces ¿esta noche no tengo un límite de hora?

Ahora fue ella la que se rio.

—Te quiero en casa a las tres y media como muy tarde —me dejó claro, y se sentó.

Fruncí el ceño.

—Pero, mamá... —comencé a quejarme de manera lastimera.

—Uuuh, la hora de las brujas —dijo Grace, y se recolocó en el sofá encantada con mi tormento.

La miré mal, por supuesto, pero no iba a decir que la única bruja que había ahí era ella, porque necesitaba que mi madre cediera y que esa noche me dejara volver cuando quisiera.

—Por favor, sabes que a esa hora empieza prácticamente la fiesta, ¿recuerdas? Eso de que no hace mucho tenías mi edad y tal. —Dibujé una encantadora sonrisa.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Porfi... —le insistí.

—Me imagino que esta insistencia se debe a que esta noche va a ser importante, supongo que Fran estará allí.

Mi madre y mi hermana intercambiaron una mirada divertida, y sentí que enrojecía violentamente.

—Puede que sí.

—¿«Puede»? —pinchó mi hermana encantada.

¿Había dicho que iba a asesinarla? O por lo menos le escondería esa pulsera de conchas que tanto le gustaba. Sí, una sabía dónde atacar.

—¿Quieres dejar de meterte donde no te llaman? —exploté.

—Ava... —me advirtió mi madre, ante el gesto dolido de mi hermana.

La señalé con hastío.

—¡Está opinando!

—Bueno, hasta donde sé, soy miembro de esta familia, así que tengo voz y voto —nos dejó claro mi hermana, cruzándose de brazos.

—Sobre mi vida no, mocosa —le contesté; había perdido la

calma.

—Bueno, niñas, ya. Ya.

Cerré la boca al instante porque era lista y sabía que había mucho en juego. Miré a mi madre, que me estudiaba con una expresión indescifrable para mí. ¿Me dejaría? ¿Por qué le costaba tanto?

Nunca pensé que años más tarde recordaría estos momentos —de pura agonía para mi yo adolescente— con una sonrisa en la boca, incluso deseosa de revivirlos, aunque fuera por un solo instante. Qué sencilla era la vida entonces.

—Vale, está bien.

Estallé en saltos de alegría.

—Pero tienes que mandarme un mensaje cada hora para indicarme que estás bien. Como falles en alguno, olvídate de salir hasta las tantas.

Yo seguí saltando alegremente y me lancé al sofá con ellas, que se unieron a mis risas, contagiadas de mi entusiasmo.

—¿Qué haces? ¿No te vas? —me preguntó Grace al ver que me recolocaba entre ellas.

—Sabiendo que tengo toda la noche, me da tiempo, por lo menos, a ver el principio de la peli.

—¿En serio? —preguntó emocionada. Yo asentí, y me sorprendí cuando Grace se inclinó sobre la mesa para coger el batido de oreo y me lo tendió—. ¿Compartimos?

Sonreí encantada cuando me lo ofreció, y mi madre dio finalmente al *play*.

Sí, aquellos momentos las tres solas eran únicos. Momentos que atesorábamos, pues sabíamos que llegaría un día en que no podrían darse tan a menudo. Ignorábamos qué pasaría el verano siguiente, pero seguramente yo me iría a estudiar fuera de Almería, por lo que ya no estaría en casa siempre para seguir con nuestros planes.

Por aquella época lo pensaba de un modo algo difuso, pero siempre que lo hacía, el pecho se me encogía. Me repetía a mí misma que todavía quedaba un año entero para que aquello

sucediera; sin embargo, empezaba a ser consciente de que el tiempo no pasaba rápidamente, el tiempo volaba.

Cogimos el último autobús que se detenía en la zona de las Ventanicas, y lo logramos por los pelos, porque, como siempre, Caleb llegó tarde.

Al ir en bus, nos ahorramos una caminata de una hora hasta la casa de Lucas, que estaba en las afueras; todos conocíamos aquella zona por la increíble casa que tenían sus padres.

Estábamos emocionados. Era una noche que prometía. Yo había estado escribiéndome mensajes de texto con Fran desde el fin de semana anterior, desde que me confesó que le habría gustado besarme, y mientras escuchaba a mis amigos parlotear entusiasmados, tenía la mente en las nubes o, mejor dicho, en los miles de películas que me había montado: distintas versiones de cómo llegaría ese esperado beso.

Oh, Dios. Esa expectación era maravillosa.

Cuando bajamos del autobús, me cercioré de que mi minifalda de volantes —que por aquel entonces estaban tan de moda— permaneciera en su sitio, al igual que mi coleta alta y tirante. Era demasiado perfeccionista, pero me había estudiado mucho mi look.

No solía maquillarme, sin embargo, me había dado cuenta de que si me pintaba la raya de los ojos acentuaba mi mirada, en especial si me apartaba el pelo del rostro. Parecía mayor, y eso era algo que me encantaba en aquella época.

Una irónica locura transitoria.

La playa quedaba detrás de nosotros, pero esa noche no era nuestro destino, sino que comenzamos a alejarnos de ella para adentrarnos en las laberínticas y empinadas calles con grandes casas blancas a cada lado; cada una tenía un encanto especial,

aunque no le hacíamos mucho caso porque estábamos demasiado metidos en la conversación.

No recuerdo de qué hablábamos, solo sé que reíamos mientras escuchábamos alguna locura de Miriam, seguramente proponía algún plan o reto para la fiesta que Caleb apoyaba y yo rechazaba, pero lo que sí recuerdo era esa felicidad de saber que estaba acompañada por ellos, mis amigos. Mis pilares. Los escuchaba y observaba con la certeza de que siempre estaríamos juntos, porque ¿cómo iba a existir un mundo sin las locuras de Miriam o las payasadas de Caleb?

Finalmente llegamos a la casa, con su cerramiento blanco reluciente y la puerta de vehículos abierta para que pudiéramos entrar sin problemas.

Se oía la música amortiguada, así pues, supimos que los vecinos no llamarían a la policía para quejarse, sobre todo porque Lucas se había ocupado de avisarlos de la pequeña fiesta que iba a preparar aquella noche, pero mi tranquilidad se debía, en particular, a que el volumen de la música estaba lo suficientemente bajo como para no ocasionar problemas. De todos modos, iba a ser una fiesta reducida. Algunos compañeros de clase y conocidos. Poco más.

Vais oliendo el desmadre que se avecinaba, ¿verdad?

Cruzamos la puerta de acceso y nos encontramos frente a una vivienda minimalista de hormigón blanco con enormes ventanales, cuya majestuosidad se potenciaba gracias a la iluminaria: unos focos de suelo se encargaban de que no perdieras ningún detalle.

Bordeamos la vivienda hasta la parte posterior de la parcela, donde, como sabíamos, se encontraba todo el mundo.

—Lucas se lo ha montado muy bien, ¿no? —comentó encantada Miriam mientras observaba con ojos golosos la barra que había al lado de la gigante piscina; estaba repleta de numerosas y distintas botellas de alcohol que ofrecían un sinfín de posibilidades para ese grupo de adolescentes deseosos de quemar la noche.

—Más que bien —asintió Caleb, mirando a los compañeros y

amigos dispersos en la parte trasera del jardín.

Algunos ya se habían metido en la piscina, donde jugaban mientras bebían con cuidado de no verter el líquido de las copas en el agua cristalina; otros preferían quedarse sentados en el borde de la misma manteniendo divertidas conversaciones.

Tampoco nos podíamos olvidar de los que rodeaban la barra de suministros, donde localicé al alemán de Caleb, y, por supuesto, de la gente situada en el elevado porche que daba a la piscina y brindaba acceso al interior de la vivienda, desde donde salía la música. Allí se encontraban Fran y compañía.

Me resultó realmente satisfactorio atestiguar que Fran me había localizado nada más poner un pie en la fiesta, pero tal como había acordado con Miriam y Caleb, tenía que hacerme un poco la interesante, así que no establecí contacto visual directo con él, tan solo simulé que miraba alrededor y que seguía conversando con ellos sin ser consciente de su presencia.

De pronto, sentí que el móvil vibraba. Rebusqué en el bolso con el temor de que mi madre hubiera cambiado de opinión, pero vi que era un mensaje de texto de Fran.

Fran
Estás guapísima
P. D.: esa falda me está volviendo loco :P

Levanté la mirada directamente hacia el porche, y lo descubrí apoyado de manera casual sobre la barandilla de vidrio con una copa entre las manos. Cuando nuestras miradas se entrecruzaron, sentí una burbujeante expectación.

Ambos nos sonreímos en la distancia.

Qué guapo era, por Dios.

—Madre mía, este va a saco esta noche, ¿no? —Miriam, que fue quien había roto el momento leyendo el mensaje sin ningún tipo de pudor, me sacó del cruce de miradas.

—Oye, ¿vamos a por una copa? —nos propuso Caleb sin quitar ojo a su rubio particular.

—Yo voy primero a saludar. Veo caras que no conozco.

Miriam no esperó que dijéramos nada, sino que se dirigió hacia el grupo en el que se encontraba la mayor cantidad de desconocidos, pero era lógico. Lucas tenía un hermano algo mayor que nosotros, y supusimos que él también había invitado a alguna gente.

Caleb se quedó en el sitio con un gesto contradictorio; como era conocedora de que seguiría los pasos de Miriam con resignación, lo sujeté del brazo.

—Venga, acompáñame a por una copa —le propuse con una sonrisa divertida.

—¿Y Miriam? —Caleb miró a nuestra amiga, que ya estaba haciendo las presentaciones.

—Puede sobrevivir sola —me reí.

La ilusión brilló de nuevo en los ojos de mi amigo.

Fuimos directamente a la barra y, como supuse, Caleb captó la atención de aquel chico de ojos claros. Enseguida se nos acercó con una seguridad que mi amigo envidiaba —yo lo sabía—, pero que a su vez agradecía. Él habría sido incapaz de acercársele.

Caleb me lo presentó, pero tras unos minutos de conversación me alejé de ellos perdiéndome entre la gente para darles cierta intimidad y volver con Miriam.

La encontré en la piscina, estaba quitándose, de forma sensual, el vestido rojo que llevaba y con ello captó la mirada de todos los tíos que tenía alrededor, algo que le encantaba. Miriam tenía un modo sutil de hacerse notar, porque, aunque yo la conocía y sabía que el gesto lo había realizado con la mayor de las determinaciones, simuló estar algo avergonzada cuando el chico al que había dedicado aquel contoneo la devoró con la mirada y luego le soltó algún comentario que ella aceptó entre risas de coqueteo. No tardó en tirarse al agua junto a aquel chico desconocido, y supe que no tendría a mi amiga en un buen rato.

—¿Es que no vendrás a saludarme? —preguntó entonces una voz a mis espaldas.

Sonreí antes de verlo siquiera, pero sabía que era él.

Al girarme, me topé con la mirada intensa de Fran, quien me sonreía dedicándome un gesto entre tristón y divertido.

—A eso iba —le contesté mientras me aproximaba.

Por lo menos había unas treinta personas repartidas alrededor, pero cada una de ellas, sin excepción, igual que la música, desaparecieron cuando Fran me rodeó la cintura acercándome a él y capturó mis labios entre los suyos.

Hugo

No tardé en localizarla, y me sorprendió lo que vi.

Estaba entre los brazos de un rubio. Besándose.

—Vaya, la pelirroja tiene novio —comentó Rubén.

Hice una mueca leve, seguramente casi imperceptible, pero aquel comentario no fue lo que captó mi interés, sino la molestia que se había tomado Rubén para que tan solo yo oyera dicha frase. Lo miré, sabía muy bien qué había detrás de ese insignificante comentario.

—No —dije.

Era consciente de que muchas veces me expresaba de un modo escueto, pero lo hacía cuando sabía que quienes recibían tales respuestas interpretarían mis palabras a la perfección. Y en este caso, por la dureza de mi mirada y del tono, dejaba muy claro el mensaje.

La pelirroja no me interesaba en ningún aspecto, salvo por la situación del pasado fin de semana. Nadie me retaba, nadie. Así que podía liarse con quien le diera la gana, como si montaban el espectáculo ante todo el mundo ahí presente.

Yo solo necesitaba encontrármela sola en algún momento de la noche, y esta sabía que sería larga y que llegaría el instante idóneo. Lo sabía.

Sin embargo, inevitablemente me percaté de algunos detalles. Insignificantes, sí, pero en cierto modo reveladores, pues la manera en que se besaban dejaba claro que la cosa no iría mucho más allá. Parecía el beso de una pareja de viejos, por la poca pasión que se percibía desde fuera, y eso me sorprendió.

No coincidía con la fiereza que me había mostrado la pelirroja en nuestros intercambios de palabras...

—Bueno, ¿qué? Nos repartimos, ¿no? —me preguntó un emocionado Iván que se frotaba las manos mirando alrededor.

Eso me sacó de mis cavilaciones.

Asentí levemente y aparté la vista de cierta pareja; los chicos se separaron de mí para mezclarse entre la gente. Solo una persona se quedó a mi lado.

Miré a Raquel, que observaba la gigantesca casa en la que estábamos.

—¿Cómo puede alguien vivir en un sitio tan grande? —preguntó, como si pudiera sentir mi mirada sobre ella—. Es casi insultante. Creo que mi casa cabe en la piscina.

Suspiré.

—Que les den, Raquel. Esta gente ni siquiera es consciente de los privilegios que tiene.

Mi amiga, de grandes ojos, me buscó con la mirada.

—Ojalá nos pasara eso. Tiene que ser una pasada. Que, por un momento, aunque fuera uno pequeño, no tuvieras que ser consciente de lo que te rodea y pudieras centrarte tan solo en vivir, disfrutar. Dejarse llevar sin temor a las consecuencias constantemente...

No pude añadir nada, pues por un instante, cuando esas palabras escaparon de entre sus secos labios, también me pregunté cómo sería sentirse así por un jodido segundo.

Volví a observar a la gente que nos rodeaba. Algunos se habían dado cuenta de nuestra presencia, pero como habíamos localizado dónde se celebraba la fiesta, también habíamos hecho correr la voz, por lo que poco a poco se fue llenando de gente con ganas de divertirse, de alcohol y sexo.

De nuevo miré a cierta pareja, y fui testigo de cómo aquel chaval, que empezaba a darme algo de pena, ponía las manos en el culo de la pelirroja y lo apretaba con ganas, seguramente acercando el cuerpo al de ella para que notara su excitación.

Por Dios, ese tío estaba dándome el peor espectáculo que había visto en mucho tiempo.

—¿Es ella? —preguntó Raquel, sorprendiéndome.

No solían pillarme con la guardia baja, en especial cuando estaba estudiando al objetivo de una noche, como era el caso.

Carraspeé asintiendo levemente mientras con la mirada volvía a recorrer la fiesta con absoluta tranquilidad, pero la curiosidad me pudo de nuevo, y los miré para ver la reacción de ella. Contuve una sonrisa cuando el chaval se inclinó para decirle alguna guarrada ya más que manida, y la reacción de ella fue casi nula.

Si yo fuera ese rubiales, perdería menos el tiempo hablando, y me ocuparía de oír gemir a aquella pelirroja mientras me suplicaba que continuara. Eso sería lo que haría.

—Es muy guapa —habló de nuevo Raquel.

Y recordé que estaba justo a mi lado.

—Sí, bueno... puede —acepté de manera vaga mientras recorría con la mirada su conjunto de ropa, en especial esa minifalda con cierto vuelo...

—¿«Puede»? —Raquel se rio y la miré ceñudo.

—¿Qué? —quise saber. Mi voz sonó demasiado dura, grave, así que volví a carraspear.

—Venga, vamos a por algo de beber, ¿no es buena idea? —me pidió ella, tirándome del brazo en dirección contraria, y la verdad, no me pareció mala idea.

Un trago no me vendría mal. Total, ahora que la tenía localizada, podía continuar la noche.

Ava

Besar a Fran estaba siendo como besar a un arbusto. Algo seco, mecánico y completamente insatisfactorio ¿Cómo era posible que un chico tan guapo besara tan mal? Si era sincera, la palabra no era realmente «mal». Resultaba claro que sabía besar: no había exceso de babas, ni peligrosos mordiscos, ni una lengua molesta.

El problema era que mientras me besaba, en vez de estar perdida en millones de sensaciones, iba repasando mentalmente todas estas cosas sin entender qué fallaba. ¿De verdad que besar a Fran, el chico que había protagonizado mis mayores fantasías, era esto? Me negaba a que fuera así, de hecho, yo estaba participando del beso, podía conseguir una respuesta, algo que cambiara el rumbo de las sensaciones...

Me sorprendí cuando sus manos me apretaron el culo acercándome a él, a su cuerpo y a su abultada excitación. «Bueno —pensé para mí—, por lo menos uno de los dos está sintiendo algo».

Fran interrumpió el beso y me sonrió con una sonrisa que habría ocasionado una parada respiratoria en mi yo de hacía unos segundos. Ahora, la Ava de después, la conocedora de la realidad de sus besos, tan solo respondió al gesto con una tímida sonrisa que en realidad significaba que quería salir de allí.

¿En serio que el inicio de mi gran historia de amor sería así? Qué decepción.

—¿Sabes lo que me gustaría ahora mismo? —me susurró al oído.

Ni un mísero escalofrío, qué horror.

—Que nos perdiéramos en alguna de las habitaciones de la planta de arriba.

«Ava, controla tu expresión facial».

Recuerdo que me repetí mentalmente aquello ante las insinuaciones de Fran, quien interpretó mi silencio como un gesto de timidez —un chico interesadamente listo— y volvió a besarme,

esta vez con ternura y de manera rápida.

—¿Te apetece algo de beber? —me preguntó con una dulce sonrisa.

Asentí levemente.

—Perfecto, voy arriba, que es donde está la buena bebida. Espérame y te traigo algo, ¿qué te apetece?

—Vodka con limón —le contesté.

Fran empezó a alejarse sin borrar la sonrisa y guiñándome un ojo.

Evidentemente, no consumiría ninguna copa sin haber visto cómo la preparaban, pero no perdí tiempo en decírselo. Vale que lo conocía de toda la vida, pero no pensaba correr ningún riesgo absurdo.

Busqué alguna cara conocida entre las que me rodeaban, especialmente la de Miriam o la de Caleb, pero al no encontrar ni rastro de ellos, avancé un poco entre la gente; entonces lo vi.

Mi corazón se detuvo abruptamente. ¿Qué hacía allí? ¿De verdad estaba invitado a la fiesta? Era... ¡era imposible!

Hugo se encontraba cerca de la barra cercana a la piscina, y no estaba solo. Lo acompañaba una chica con la delgadez característica de las bailarinas de ballet, aunque dudaba que ese fuera el motivo de su presencia. Dejé de observar a la chica con el rostro en forma de corazón y de rasgos alargados, y me centré en él.

Llevaba una sencilla camiseta negra y unos vaqueros oscuros demasiado desgastados. Bebía una cerveza mientras escuchaba a su compañera con el rostro sereno, sin mostrar ninguna emoción que pudiera delatar sobre qué conversaban.

Me encontraba a una distancia más que razonable, así que, con la seguridad de que no me descubrirían, lo observé con calma. Me fijé tanto en su expresión seria y su mandíbula marcada como en sus cristalinos ojos, sí, pero pude ir más allá: estudié los pequeños detalles y me di cuenta de que una esclava de plata descansaba en su muñeca izquierda, y un anillo en su mano derecha, con la que sujetaba un cigarrillo de liar; me pregunté si sería de tabaco o de

otra sustancia.

Me centré entonces en la chica con la que hablaba o, mejor dicho, a la que escuchaba, e inevitablemente me planteé si era su novia. La conocía de vista del pueblo, y, aunque ya no iba al instituto, estaba convencida de que tenía nuestra edad.

Le hablaba con tranquilidad y una genuina sonrisa en los labios. Debía de contarle algo divertido, porque consiguió un amago de sonrisa en el rostro de Hugo.

¿Serían novios?

Me lo pregunté de nuevo mientras intentaba leer el lenguaje no verbal entre ambos, pero resultaba complicado. Hugo era frío y escueto en sus gestos, aunque ella no. Estaba cómoda en su cercanía, no dudaba en tocarle el brazo o inclinarse hacia él para hablar con más intimidad. Y no parecía que su penetrante mirada la intimidara.

¿Cómo sería que te mirara de ese modo, siendo el centro de toda su atención?

De pronto, Hugo levantó la vista directamente hacia mí y me sobresalté brutalmente cuando nuestras miradas conectaron, pues un torbellino de emociones me estremeció de la cabeza a los pies.

«Oh, Dios», me dije cuando me di cuenta del intercambio de miradas.

«Oh, Dios», me repetí cuando él alzó la cara a modo de saludo, y su mirada, en el último momento, me recorrió entera.

¿Se podía notar una mirada sobre la piel? Se podía, y estaba experimentándolo justo entonces.

¿Qué... qué estaba pasando?

Un fogonazo mental demasiado explícito y completamente involuntario tomó por un instante el protagonismo de mis pensamientos. Y vaya pensamientos.

Sentí mis mejillas arder y el resto de mi cuerpo congelarse. Una mezcla extrañísima de sensaciones. Porque, por un segundo, temí que los hubiera pronunciado o, peor aún, haber echado mano de esa cualidad que, según mi madre, tenía yo: no necesitaba las palabras para expresar lo que pensaba.

No. No había sucedido, ¿verdad? Pero ¿por qué me había mirado así? ¿Qué significaba esa mirada? ¡¿Y por qué narices me estaba preguntando tantas cosas?!

—¡Por fin!

Sentí que alguien me agarraba del brazo, asustándome.

Al girarme, interrumpí el duelo visual con Hugo y descubrí a una mojada Miriam en biquini y con el ceño fruncido.

—No te encontraba, ni a ti ni a Caleb —continuó mi amiga; me había salvado de mi tormento interior—. ¿Dónde estabas? ¿Y Caleb?

—Estaba... es... —Carraspeé.

Miriam ladeó la cabeza mirándome extrañada.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada —negué rápidamente, y, a propósito, di la espalda a cierta parte de la fiesta—. ¿Qué pasa? La última vez que te vi estabas con un chico en la piscina y parecía que todo iba bien.

—Bah, eso es historia. Un tío aburrido. —Hizo un gesto de desagrado—. No es eso lo que te quiero contar. Mira, ven.

Miriam me arrastró con ella al otro lado de la fiesta.

—¿Qué pasa? —le pregunté extrañada y algo cohibida porque los chicos lanzaban miradas con toda declaración de intenciones a mi amiga, que no se percataba de ello, algo que me resultaba rarísimo.

—Mira. —Miriam se detuvo con los brazos cruzados y señalando discretamente con la cabeza hacia donde debía mirar.

Y lo hice, vaya si lo hice.

Noté un nudo pesado en el estómago y miré a mi amiga sin querer entenderlo.

—¿Qué quieres que vea? —le pregunté con un hilo de voz.

—¿Cómo que qué quiero que veas? ¡Se está liando con una tía!

—Miriam... —comencé, pero esta continuó, indignada.

—¿Ha pasado de mi culo por estar con otras?

Noté la rabia en su voz, aunque intentaba disimularla con una expresión indiferente al tiempo que buscaba en mí una respuesta

que no iba a llegar, por lo menos, no la que ella buscaba.

—¿Qué esperabas? —dije, sorprendiéndola—. Para él has sido un rollo más, Miriam.

Los ojos verdes de mi amiga se abrieron como platos por mis duras pero francas palabras.

—A veces, Ava, eres una auténtica gilipollas —soltó antes de darse media vuelta y dejarme sola.

Suspiré y analicé el origen de aquella absurda pero reveladora discusión.

Volví a mirar a Iván, que besaba de un modo incluso basto a una chica que parecía disfrutar de lo lindo de sus atenciones y a quien importaba bien poco estar mostrando la mitad de sus nalgas, pues él le estaba levantando la falda descaradamente.

Una estampa *maravillosa* —nótese la ironía—, en especial por la reacción de Miriam. ¿Cómo narices le podía importar ese tipo?

Suspiré y dejé de observar aquella escena; esperaba averiguar por dónde se había ido Miriam al tiempo que intentaba acallar una vocecita que se burlaba de mí: me cuchicheaba que, según parecía, los Kaura no nos eran tan indiferentes, después de todo.

¿Por qué estaban en la maldita fiesta? Eran la peste.

Seguí adentrándome entre los invitados, saludando a algunas caras conocidas, y me di cuenta de que había mucha más gente de la prevista. Entonces oí mi nombre.

—Ava. —Miré a mi derecha y descubrí a Fran con dos bebidas —. No te encontraba —dijo cuando me alcanzó.

—Estaba con Miriam, perdona. ¿Te importa si buscamos a Caleb? Tengo algo que comentarle.

—Sin problema —convino, y me dio una copa que acepté; esperaba poder deshacerme de ella con discreción—. Te sigo.

Asentí levemente sin saber muy bien adónde dirigirme, pero decidí acudir al último punto en el que había visto a mi amigo: en la barra de al lado de la piscina. La fiesta estaba en su auge. Sonaba Black Eyed Peas a todo volumen y la gente bailaba al ritmo de la música con la bebida en la mano. Parecía que algunos desconocían qué era el espacio personal, por la forma en que sus

cuerpos se contoneaban contra otros. Incluso me avergonzaba verlos bailar de ese modo, por lo que intentaba a toda costa establecer contacto visual.

Seguimos avanzando hasta la parte de la piscina, donde habían aparecido varias pelotas hinchables que la gente hacía rebotar como si fuera el mayor de los desafíos, aunque, dado el estado de embriaguez de algunos, debía de serlo.

Suspiré para mí con cierto alivio cuando, al llegar a la barra, descubrí a Caleb, que tenía un botellín de cerveza en la mano y un gesto tenso en el rostro. No sé a qué se debía, pues seguía acompañado de Karl —el chico alemán que había venido a trabajar ese verano a España para tener ahorros durante su primer año de universidad—, pero sospeché que la causa era el grupo que estaba con ellos: compañeros de clase a quienes conocíamos de siempre, pero con los que no nos llevábamos mucho; especialmente con el tonto de Enrique, a quien parecía divertirle la conversación.

—Hola —saludé, y me hice un hueco para acercarme a Caleb, quien asintió levemente y dio un trago a la cerveza.

Sonreí a Karl, pero él también parecía tenso, así que estudié al resto del grupo, que no me hicieron demasiado caso porque se centraron en saludar a Fran. Sí, era más popular que yo.

—¿Podemos hablar? —le pregunté a mi amigo, acompañándome de un gesto para que se alejara del grupo.

—Claro —asintió, y se marchó de allí sin intercambiar palabra alguna con Karl, lo que me pareció sumamente raro.

No obstante, lo seguí hasta la entrada de la casa, donde no había prácticamente nadie, la música llegaba amortiguada y estaba casi a oscuras salvo por la iluminación de las farolas de fuera. Quizá Lucas había apagado las luces de la entrada.

—¿Qué pasa? —preguntamos entonces los dos a la vez; pero, aunque dijimos lo mismo, la forma de lanzar la pregunta fue completamente diferente.

—¿Qué ha pasado? —insistí yo al notar aún la tensión en el cuerpo de Caleb, que no me miraba a los ojos—. Caleb... —Tomé

su mano libre, la que no sujetaba el botellín de cerveza como si quisiera estrangularlo—. ¿Ha ocurrido algo con Karl?

Intentaba ayudarlo, pero al escuchar su nombre, Caleb cerró los ojos y después buscó algún sitio donde sentarse.

Preocupada, lo imité en la oscuridad que nos rodeaba, pero no insistí más. Conocía a mi amigo, solo hablaría si él quería. No tardó en romper el tranquilo silencio que nos acompañaba.

—Estábamos bien. Más que bien —comenzó a explicar, y oí el dolor en su voz, como si contuviera las ganas de llorar—. Tan bien que soy un estúpido —soltó con la voz rota pero llena de rabia.

—No eres ningún estúpido. ¿Qué ha pasado?

Estábamos apoyados en el muro de hormigón, sentados en el suelo de césped, que seguramente era artificial, pues no estaba húmedo por el riego.

—¿Te ha hecho Karl...?

Caleb negó.

—Él no ha sido... han sido ellos.

La que se tensó en ese momento fui yo.

—¿Qué han hecho? —quise saber.

—Directamente, nada, pero han llegado y, al vernos solos tan tranquilos, han soltando sus bromas, y... ha sido un puto asco.

La mirada de Caleb me buscó y, pese a la oscuridad, pude leer la angustia en ella.

—Soy un cobarde de mierda. He sido incapaz de cortar ninguno de sus comentarios, me he quedado callado, incluso me he reído, aunque por dentro me estaba pudriendo...

Caleb dejó de mirarme y ocultó el rostro entre las manos; sé que estaba controlando las ganas de llorar. Y yo... yo quise levantarme en ese instante y sacudir el mundo entero por él, pero sabía que no era lo que necesitaba entonces. Me necesitaba con él, así que le pasé una mano por los hombros para consolarlo.

—Caleb —intenté animarle y hacerle ver la realidad—, no te estás pudriendo por dentro. Por favor, deja de decirte cosas tan feas. No eres ningún cobarde, y ¿lo que ha sucedido? No pasa nada. Nada de nada. Vale que no es fácil, pero ¿sabes?, nadie sabe

actuar bien en ciertas situaciones, vamos, yo no sabría dar un corte a esa panda de idiotas.

—Sí que sabrías, tú sí —dijo por fin levantando el rostro—. Siempre tienes una salida...

Negué con la cabeza.

—Venga, sabes que no siempre es así. Muchas veces me quedo muda o congelada, y te digo, de verdad, que no pasa nada. —Sonreí y Caleb me estudió, esta vez más calmado—. Es normal que a veces no sepamos manejar algunas situaciones, ¡y no podemos machacarnos por ello! No te martirices, por favor, piensa que queda mucha noche, pasa de ellos y no les des permiso para ocupar más de un segundo en tu mente. No merece la pena.

—Lo sé —asintió, algo más sereno.

—¿Buscamos a Karl? —le pregunté con una leve sonrisa.

Caleb suspiró de nuevo, apoyó la cabeza contra la valla y dirigió la mirada al cielo.

—No creo que quiera saber nada de mí. Ha sido... bochornoso...

—Él también estaba allí y no ha dicho nada —señalé—. No me refiero a que haya hecho mal, sino que esta situación, al igual que a ti, también le ha superado.

—Pero él no se ha reído de sus putas gracias de mierda.

—Caleb —dije, y guardé silencio hasta que mi amigo me miró —. Deja de machacarte —repetí—. Así no vas a conseguir nada. Habla con él, explícaselo.

—¿Qué quieres que le explique? ¿Que estoy deseando besarlo pero que temo que alguien nos vea? ¿Que cuento los días para salir de este dichoso pueblo y ser por fin libre? ¿O que a veces también me carcome la idea de que, vaya adonde vaya, nunca lo seré?

Sujeté la cara de mi amigo entre mis manos y lo observé con una determinación clara ante sus duros pensamientos.

—Díselo, explícaselo. No te cierres. Y si él no lo entiende, entonces no merece la pena. Pero, Caleb, serás libre. Te prometo que lo serás.

—¿Por qué lo dices tan segura?

—Por ti. Porque si de algo estoy convencida, es de que no temerás ser esa persona que quieres ser.

—Ava...

—Y yo estaré ahí para verlo —le prometí, dispuesta a fundirme en un gran abrazo con él.

—Gracias —oí que me decía y yo me separé.

—¿Vas a buscarlo?

—Sí, pero antes, ¿qué tal tu noche? He visto que has venido con Fran, y cogidos de la mano, nada más y nada menos.

Sonreí al percibir el tono divertido en su voz, y negué con la cabeza: el cambio de actitud de Caleb me alivió.

—Puede que quizá nos hayamos besado —susurré.

Caleb se levantó como un torbellino, completamente exaltado por la emoción.

—¿Y lo dices ahora? ¡Tendrías que haber interrumpido mi absurdo discurso para contármelo!

—Deja de decir tonterías, no es tan importante —repliqué, quitándole importancia.

—¿Estás loca? ¡Te ha besado Fran! —repitió Caleb, y tuve que pedirle que bajara la voz por temor a que alguien nos oyera—. ¿Dónde está Miriam? Hay que contárselo corriendo...

—Hablando de ella, quería comentarte una cosa.

No sé exactamente por qué la emoción de mi amigo se esfumó. Quizá fuera por mi modo de hablar o la seriedad en mi rostro, pero Caleb supo que algo pasaba.

—¿Qué ha hecho?

Esa fue su única pregunta, y yo suspiré antes de empezar a explicarle mi último encuentro con la morena.

Ava

—Esta chica es ridícula —se quejó Caleb una vez que terminé de explicarle la última escena con Miriam—. No puedo decir otra cosa. De la cantidad de estúpidos que hay en este pueblo, se tiene que fijar, encima, en el que encabeza la *crème de la crème*.

Torcí el gesto y jugueteé nerviosa con las manos.

—No sé, me preocupa. No has visto cómo se ha puesto —le comenté.

Caleb y yo nos dirigimos de nuevo a la fiesta.

—*Foh*, tranquila. No irá a mucho más. Sabes cómo es. Le gusta sentirse el centro de atención, pero ese chico ha pasado de su culo. Un fin de semana más, y se le olvida, te lo digo yo.

Pero las palabras de Caleb murieron en el olvido cuando, al adentrarnos en la fiesta, descubrimos a unos acaramelados Miriam e Iván en la zona donde el agua de la piscina no cubría.

No se estaban enrollando. Todavía no. Pero esa era la cuestión: por las miradas, sonrisas y demás jugueteos, sabía que faltaba poco.

Estaban con un grupo de gente que no me sonaba de nada, y en parte me podía tranquilizar, pues ninguno, salvo Iván, era del grupo de los Kaura. Pero qué más daba, si sabía lo que iba a pasar.

Sentí que me tiraban del brazo. Levanté la mirada, saliendo de mi trance, y vi que había sido Caleb; quería alejarme de allí.

—Vámonos. Es lo mejor.

No. Me negaba.

Negué con un suave gesto de cabeza y fui directa hacia ella. Sabía que Caleb me seguía. No me iba a dejar sola.

—Miriam —la llamé cuando ya estaba cerca.

Mantuve una distancia prudencial con el borde de la piscina, no fuera que a algún gracioso le pareciera divertido tirarme dentro. Era algo típico.

Miriam me miró con cierta pereza, y cuando me reconoció, sonrió despacio. Estaba borracha de nuevo. Borracha o colocada. Sentí un nudo en el pecho.

—¡Hola, chicos! —saludó con entusiasmo—. ¿Nos acompañáis?

—Sí, eso, ¿nos acompañáis? —preguntó un tío que estaba sentado sobre un flotador y me miraba con una sonrisa desagradable, repasándome de los pies a la cabeza.

—No, vamos con todos, ¿te apuntas? —No despegué la mirada de Miriam, no podía perder el contacto visual.

—Cómo no, siempre estropeando la fiesta. —Era su voz, la de Iván, pero no pensaba darle el gusto de mostrarme afectada—. ¿Por qué no te vas con tu novio y nos dejáis en paz?

—¿Su novio? —Hablaba otro—. Si ese es un *muerdealmohadas* de mierda.

Fue como si me lanzaran un jarro de agua fría y miré al que había soltado tal grosería sobre Caleb. Todo el grupo se carcajeaba y los comentarios no se hicieron esperar; iban subiendo de tono, faltaban al respeto a mi amigo.

—Vámonos, Ava —oí que me pedía Caleb con la voz contenida—. No merece la pena —insistió, sabiendo que estaba a punto de contestar a esos idiotas.

Busqué con la mirada a nuestra amiga, a Miriam, a nuestra tercera parte, y sentí que el corazón se me resquebrajaba cuando fui testigo de sus risas acompañando a las de todos esos patanes. ¿Qué estaba haciendo?

Me habría gustado gritarle, incluso zarandearla, hacerle ver que se dejaba arrastrar por algo mucho más peligroso de lo que ella pensaba, algo que iba mucho más allá de gustar o no gustar, de ser el centro de atención o no serlo. Pero por una vez, viéndola reír ante los crueles comentarios contra Caleb, temí que ya no mereciera la pena.

Ese es el peor sentimiento que te puede atravesar respecto a una persona querida, aunque hay que saber reconocer cuándo una persona no quiere que la salven y tan solo desea dejarse arrastrar.

Con todo el pesar de mi corazón, me alejé tras los pasos de Caleb, no sin antes volver a mirarla, esperanzada en que, de pronto, se diera cuenta de su lapsus y acudiera a nuestra búsqueda. Miriam se limitó a girarse de nuevo hacia ese grupo de gente desconocida, esa gente que la apartaba de nosotros.

Hugo

Estaba con su grupo de amigos, aunque sabía que su mente seguía en la piscina, donde su amiga estaba liándose por fin con Iván.

Había presenciado la escena en la que Ava había intentado arrebatarla de sus garras, pero —como ya había vaticinado antes— era tarde. Aquella morena era carne de cañón, me lo había confirmado hacía unos minutos, cuando Ava había procurado que se alejara y ella había elegido reírse de su amigo, pasando de ellos, escogiendo a Iván.

La morena ignoraba que Iván tan solo buscaba su dinero y pasar un rato divertido. Él ni siquiera consumía la mierda que le ofrecía entre besos y metidas de mano bajo el agua. Sería una de tantas chicas que se dejaban arrastrar por un poco de atención.

El mismo viejo cuento de siempre...

Volví a centrarme en Ava, que ya no prestaba atención a la escena de la piscina y tenía de nuevo a aquel rubio rondándola. Ella le sonreía y contestaba a sus comentarios, incluso aceptaba que el chaval le acariciara la espalda en un claro y penoso gesto para marcar territorio.

Y no entendía por qué cojones me obsesionaba al ver la puñetera mano subir y bajar por su espalda.

—¿Vamos a estar mucho más en la fiesta, o qué? —me preguntó Mikel mientras jugueteaba con su bebida.

—Tenemos que quedarnos un rato más. Abel y Rafa se están hinchando a pasar —comentó Rubén—. Va a ser una buena noche.

—Si no termina viniendo la poli —murmuró, también aburrido, César.

Decidí intervenir en cuanto vi que Ava se alejaba del grupo

para ir, seguramente, a por más bebida.

—El que quiera, que se vaya. No hay problema.

No miré si alguno de ellos optaba por irse, tan solo avancé.

La estudié mientras me acercaba, fui testigo de cómo rebuscaba entre las botellas hasta encontrar la de vodka. Se apartó el largo pelo pelirrojo a un lado mientras vertía el transparente líquido en el vaso.

—¿Así que eres de las que beben vodka?

Dije lo primero que se me ocurrió, y me pareció una frase ridícula. ¿Qué cojones? Tanto ver al rubiales hacer el ridículo... ¿me lo había contagiado?

Ava se tensó —supuse que era porque había reconocido mi voz— y se volvió despacio para que nuestras miradas se encontraran.

—¿Y tienes algún problema con ello? —soltó bruscamente.

Y, joder, sonreí.

Cualquiera se habría cagado, literalmente; de hecho, mientras me había dirigido a la barra donde nos encontrábamos ahora, varios pavos se apartaron de mi camino. Idiotas.

Pero aquí la tenía a ella, lanzándome rayos con la mirada, aunque podría decir que, más que rayos, eran olas embravecidas. Lo pensé la primera vez que vi sus ojos a la luz del sol: nunca había visto unos de tal color. Parecía el profundo e inexplorado mar.

—Ninguno, no tengo ningún problema con lo que bebes —le contesté por fin, sin borrar la sonrisa—. Ya era hora.

—¿Ya era hora de qué? —preguntó, ceñuda.

Di unos pasos para acortar las distancias, y el gesto no le causó indiferencia. Noté cierto titubeo en la mirada, y mi sonrisa se ensanchó. Estaba nerviosa, no le resultaba tan indiferente como quería mostrarme, y no sé por qué cojones la emoción me recorrió el pecho. Ni siquiera sabía si era por miedo o por otra cosa... pero ¿por qué me estaba preguntando eso?

Me removí algo incómodo, pero volví a hablar cuidándome mucho de no liberar su mirada de la mía.

—De que estuvieras sola. Ha sido difícil, la verdad. Aquel rubio no se separaba de ti. Aunque dudo que ahora tenga los cojones de acercarse.

Levanté la mirada y, en efecto, descubrí al tío en cuestión mirando hacia nosotros. Ava también fue testigo de ello.

—Vaya, ¿crees que si lo saludo vendrá? —pinché, sabiendo perfectamente que no vendría; la cuestión era saber si ella también lo sabría—. Aunque creo que te hago un favor, ¿no?

—¿«Un favor»? —Ava se volvió de nuevo.

Sonreí pagado de mí mismo, e, incluso atrevido, me incliné hacia ella para hablarle al oído.

—Por el beso que he visto hace unas horas, me he imaginado que no te apetecía tenerlo muy cerca.

—¿Qué narices dices?

Ava se apartó de mí lanzándome puras dagas de odio con los ojos; sin embargo, había podido oler su aroma dulzón con pinceladas de limón que me había hecho la boca agua.

¿Su piel sabría así también?

—¿Espías a la gente mientras se besa? ¿Qué eres, un pervertido? —me acusó, completamente azorada.

Entonces retrocedí un poco para darle espacio, a pesar de que el hecho de sacarla de sus casillas me brindaba más gozo del que me habría imaginado.

—¿«Un pervertido»? —Ladeé la cabeza, como sopesándolo—. Quizá. Pero no te estaba espiando, pelirroja. Estabais en medio de la fiesta y era imposible que no captara la atención. Parecía que te besaras con una zapatilla.

Se le acentuó el sonrojo en las mejillas y abrió más los ojos.

—Eres gilipollas —soltó sin titubear.

—Qué decirte, cariño. Las verdades a veces pican —respondí divertido—. Necesitas buscar a alguien que sepa excitarte, si quieres dar un buen espectáculo al resto.

Ava dio un paso hacia mí, muy enfadada.

—No quería dar el espectáculo a nadie, tan solo nos estábamos dejando llevar, porque, por si no lo sabes, es lo que pasa cuando

estás excitado: te olvidas de lo que te rodea.

—¿Excitado? —Mi diversión se me notaba en la voz.

—Y tanto —respondió furiosa.

Me reí con ganas.

—¿Por qué narices te ríes? —preguntó.

Y, joder, me encantaba su ceño fruncido, sus mejillas arreboladas y la mirada llena de oleaje.

Me incliné sobre ella, sorprendiéndola, y volví a captar su aroma.

—Porque me estás dejando claro que nunca has estado excitada.

—Imbécil —replicó al tiempo que se separaba de mí.

—No sabes lo que te estás perdiendo —dije algo más alto, para que mis palabras no desaparecieran entre la música que nos rodeaba.

Ava me miró por encima del hombro.

—El que se tiene que perder de aquí eres tú. Déjame tranquila y vete con tu novia.

Aquel comentario, justo antes de girarse y desvanecerse entre la gente, me sorprendió. ¿Me había estado observando esa noche? Estaba claro que sí, porque esa frase se refería a Raquel, que era la chica que había permanecido a mi lado la mayor parte de la noche.

Interesante.

Seguí los pasos de Ava y cuando llegué a su altura, antes de que alcanzara a su grupo de amigos, le tiré suavemente del pelo, me incliné de nuevo y le solté una declaración de intenciones que solo ella pudo oír.

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente. No te olvides.

Ava

—¿Qué quería? —preguntó Caleb en cuanto me reuní con el grupo.

Por el modo en que Fran se me había acercado mientras simulaba estar inmerso en la conversación con Adrián y compañía, supe que estaba atento a mi respuesta.

—Molestar, nada más. Sabes que no le gustó que los amenazara con llamar a la policía. Creo que solo me quiere asustar, pero bueno...

—Deberíamos llamar a la policía y quitárnoslos del medio —propuso de pronto Fran, y confirmó mis sospechas.

Lo miré con gesto de interrogación, y Adrián asintió.

—Fijo que los pillan con mogollón de mierda encima —dijo Adrián.

—Se ponen las botas, pasando en las fiestas —añadió Fran.

—Está claro que eso no sucedería si la gente no comprara —repliqué entonces yo, silenciándolos—. Pero como sigue ocurriendo...

Se callaron. Claro que lo hicieron, porque alguna vez habían comprado maría para hacerse porros y habían acudido a ellos.

—Lo mejor es pasar —intervino Fran de nuevo—. Son solo gentuza. Ratas de cloaca que terminarán perdiéndose entre las alcantarillas.

Todos asintieron y enseguida se olvidaron del tema para retomar temas superfluos que a mí no me acababan de enganchar. No podía dejar de pensar que Miriam no se encontraba aquí con nosotros, que Caleb estaba manteniendo las distancias con Karl, y... sí, en la última frase que Hugo me había dedicado.

¿Qué cuenta pendiente tenía con él? No entendía a qué se refería, tampoco comprendía por qué había reaccionado de aquel modo al oír sus palabras, como asustada, sí, pero también intrigada.

Miré disimuladamente por encima del hombro. La fiesta nos rodeaba, nos encontrábamos en el porche trasero, que quedaba por encima de la piscina y daba acceso al interior de la casa, y desde ahí, si me volvía un poco, lo podía ver.

Estaba acompañado de su pandilla, con la chica de nuevo a su lado, del todo ajeno a...

Volví la cabeza abruptamente con el corazón a mil. Tanto, que Caleb me miró extrañado y me preguntó si estaba bien.

Asentí despacio, solo necesitaba tranquilizarme y pensar fríamente. Era imposible que me hubiera pillado mirándolo, porque eso significaría que él también me habría buscado con la mirada...

De pronto, un revuelo captó mi atención.

—¿Qué pasa, Lucas, tío? Pasada de fiesta —soltó Adrián cuando nuestro compañero, con una sonrisa bobalicona y movimientos algo tambaleantes, se nos acercó.

—Gracias, chicos, está siendo un pasote, sí. Pero va a mejorar.

—¿Sí? —preguntó Claudia, con una sonrisa ladina.

—Sí —asintió Lucas guiñándole el ojo; eso provocó risitas y miradas entre las chicas. Pero la locura se desató en cuanto habló de nuevo—: Vamos a hacer una fiesta a oscuras.

—¿En serio? —clamó Adrián, encantado.

Incluso vi sonreír a Fran.

—Sí, preparaos. En unos minutos. Luego os veo, seguiré avisando a la gente.

Pestañeé confundida cuando se marchó y la revolución se desató en el grupo. Miré extrañada a Caleb, pero fue Fran quien me lo aclaró:

—Van a apagar las luces de toda la casa, y si quieres jugar, tienes que llegar a una habitación y liarte con la persona que te encuentres. Sin encender luces, sin hablar...

—¡Es la polla! —soltó Adrián antes de abandonarnos para perderse entre la gente.

—Pero eso es una locura. Te puede tocar cualquiera —dije escandalizada.

—Esa es la gracia, Ava —se rio Tamara, quien lanzaba significativas miradas a Sergio, otro de nuestros amigos.

Pero él, como la mayoría de los chicos de nuestro grupo, acechaba a las rubias alemanas que estaban cerca de la piscina.

—Pero hay mogollón de gente aquí —señalé.

—No todo el mundo se entera de que es por el juego. Si no, sería una locura —explicó Jorge—. Y muchos de los que participan hacen trampa.

—¿Trampa? —se me adelantó Caleb al hacer la pregunta.

—Sí —nos aclaró Fran—. Supuestamente tienes que liarte con quien te encuentres, pero dejándolo todo al azar y a la suerte. Sin embargo, mucha gente queda en algún punto con la persona que le interesa.

La mirada de Fran me buscó, y no necesité que añadiera nada para saber qué quería hacer conmigo.

—¿Vamos a jugar? —me preguntó entonces a mí, y solo a mí.

Eché un vistazo a Caleb, pero mi amigo lanzaba miradas disimuladas a Karl. En ese instante comprendí que para él era una gran oportunidad, puesta en bandeja de plata.

—¿Qué me dices, Ava? —Fran acortó las distancias captando nuevamente mi atención—. Puede ser muy divertido, aunque llegaremos solo hasta donde tú quieras. Nada más.

Me centré en Fran y recordé las estúpidas palabras que me había dedicado Hugo sobre cómo nos habíamos besado. Se iba a comer con patatas sus palabras. Era el momento para demostrarme a mí misma que entre Fran y yo saltaban chispas.

—Claro.

Sonreí, esperaba que de forma coqueta, como tantas veces había visto que hacía Miriam.

Hugo

—Van a hacer una fiesta oscura —nos informó Rafa cuando se acercó al grupo, y yo asentí levemente.

—Perfecto —oí que decía Rubén, y se frotó las manos—.

¿Creéis que las alemanas lo sabrán?

No me molesté en contestar.

—No sé por qué —intervino Raquel—, pero me da que han sido las primeras en saber lo del juego.

Oculté una sonrisa y miré a mi amiga, que ponía los ojos en blanco.

—¿Creamos el caos avisando a todo el mundo? —insistió César, con una maquiavélica sonrisa a juego con sus pendientes de calaveras y pelo largo.

Tenía un estilo de antigua estrella de rock que chocaba con la del resto del grupo, que era mucho menos estudiada.

—¿Y joderme la posibilidad de liarme con alguna de esas rubias? —se espantó Rubén—. O, peor, ¿con alguna más?

—Por favor, Rubén, deja de ser tan fantasma —gruñó Raquel.

El resto del grupo se puso a soltar ordinarieces a nuestro amigo, que como un pavo real se acercó a ella.

—Si lo que quieres es jugar al escondite conmigo, solo tienes que decírmelo, muñeca.

Raquel lo apartó de sí.

—Paso de perder el tiempo con niñatos.

—¿No creamos el caos, entonces? —insistió César.

Yo negué con la cabeza.

—Que juegue quien quiera, y quien no, que aproveche la situación dentro de la casa.

Rafa asintió significativamente; yo estaba seguro de que él se adentraría en la vivienda, pero la idea de jugar estaría entre sus últimas opciones.

—¿Tú qué vas a hacer? —preguntó entonces Raquel.

La miré a sus grandes ojos y sonreí.

—¿Yo? Ver cómo se desata el caos.

No añadí más.

Ava

Las luces se apagaron y, como había sospechado, hubo varios gritos animados de quienes se encontraban dentro de la casa.

—¿Estás segura? —oí que me preguntaba Caleb.

Yo asentí, pero recordé que no podía verme.

—Sí, claro que sí.

—Bien. —Noté un apretón de sus manos—. Nos vemos luego entonces.

Caleb no esperó más, y lo entendía. No me lo había dicho, pero se iba a encontrar con Karl, estaba segura de ello, así que, sin malgastar más tiempo, entré en la vivienda, dirigiéndome a las escaleras que subían a la planta de arriba.

Discerní varios grupos de personas repartidos por la casa, algunos completamente ajenos a lo que sucedía, y otros corriendo de un lado a otro, dispuestos a reunirse con su próxima conquista.

Tras subir las escaleras, el enorme ventanal del rellano me permitió ver la calle y vislumbrar la distribución de la casa. A mano izquierda no había nada más, pero en el rellano ya había parejas liándose. A mano derecha había un pasillo con varias puertas, todas cerradas, y el siguiente rellano, que daba acceso a la tercera planta.

Con Fran había quedado en la habitación del fondo, así que me dirigí hacia allí con la determinación de que sería una experiencia completamente distinta a la del primer beso, de que aquello solo había sido el nefasto comienzo de algo mucho mejor.

A pesar de ello, me repetía a mí misma que debería estar emocionada por el nuevo momento que iba a compartir con Fran, pero al mismo tiempo me embargaba una sensación mucho más parecida a los instantes previos a un examen que quieres quitarte de encima rápidamente.

¿Qué me pasaba? En el fondo tenía ganas de gritarme a mí misma. ¡Llevaba años esperando este momento!

Me iba a quitar las tonterías en aquel mismo instante. Todo

saldría como lo tenía planeado. Nos reencontraríamos en la oscuridad, y como nos rodearía un halo de misterio, sería excitante y mágico. El mejor...

Sin embargo, mi hilo de pensamientos quedó interrumpido al pasar ante una de las puertas, pues se abrió y alguien me tiró del brazo para llevarme al interior.

—¿¡Qué haces!? —pregunté en la oscuridad al chico que me había metido dentro.

Sabía que solo era uno por la silueta que discernía gracias a la luz que entraba por la ventana de vidrio traslúcido, y era más alto y corpulento que yo. Estábamos en un baño lo suficientemente grande para que cupiéramos los dos, una ducha gigante, el inodoro independiente y un lavabo con una encimera que podía ser del tamaño de la isla de la cocina de mi casa.

Me solté con facilidad del agarre de aquel tipo, que claramente no era Fran. Con el corazón alborotado porque comenzaba a tomar conciencia de que me encontraba en una situación peligrosa, me escabullí hacia la puerta del baño para salir.

Cuando iba a abrirla, plantó la mano ante mi objetivo, apoyándola para impedir con el gesto que pudiera tirar de la puerta y marcharme.

—Son las normas. ¿O es que eres una cobarde, Ginger?

Me quedé congelada por dos motivos. El primero, por el apodo; nadie salvo mi padre se había referido a mí así, ni siquiera mi madre. El segundo, por su voz; a pesar de que hablaba con la voz ronca, a todas luces falseada, lo supe.

Era él. ¡Oh, Dios! ¡Era él!

Lo noté detrás de mí, lo suficientemente cerca para saber que, si daba un paso atrás, chocaría con la espalda contra su pecho.

—Había quedado... —No conseguí terminar la frase.

Oí una leve risa que me cosquilleó la piel de la espalda, como si notara su proximidad.

No podía ser. No podía ser él.

—¿Haciendo trampas también? Vaya, vaya...

Sí, definitivamente lo era. Era Hugo.

Me giré, consciente de que apenas podía ver su rostro, pero ¡oh, Dios!, ahora tenía el corazón mucho más disparado que cuando pensaba que estaba en peligro.

—¿Qué quieres? —le pregunté con brusquedad, lo que me sirvió para ocultar el nerviosismo que me recorría entera.

—¿Yo? Parece ser que se trata de un juego, y tan solo estoy participando. No suelo hacer trampas, pero si es lo que quieres, te dejaré salir sin problema.

En ese instante hicieron amago de abrir la puerta, pero Hugo lo impidió apoyando la mano de nuevo sobre ella.

—Ocupado —avisó, y oímos unas risitas que se alejaban.

Pestañeé e intenté removerme, pero me di cuenta de que tan solo podía *intentar* controlar mi respiración, con el objetivo de que no notara mi agitación. Para impedir que la puerta se abriera otra vez, Hugo había acortado considerablemente la distancia entre ambos; ahora su pecho casi rozaba el mío.

—¿Y bien, Ginger? —tanteó—. ¿Sales o te quedas?

—No pienso quedarme aquí contigo —hablé, y supe que percibía mi turbación. Tenía que pensar en algo rápidamente, alguna idea, algo que... Vi la luz—. Ni siquiera sé quién eres.

Mentira, mentira de las gordas, pero él no tenía por qué saberlo, ¿verdad?

Me quedé congelada, en espera de su reacción.

—¿No sabes quién soy?

Guardé silencio, pero cogí aire al sentir que se inclinaba para buscar mi oído izquierdo.

—Entonces puedo ser el tío con el que habías quedado, ¿no es así? —Sus palabras entrechocaron con mi piel, erizándome entera —. Vamos, Ginger, vamos a pasarlo bien.

Sus labios, al terminar la frase, me mordisquearon el lóbulo y tuve que cerrar los ojos con fuerza, concentrándome para que no saliera ni un solo sonido de mi boca.

Tan solo me había rozado y estaba... completa y perdidamente temblorosa.

Hugo

Notaba que le temblaba el cuerpo y sabía que tenía que controlarme. Mis impulsos eran claros: levantarla para que sus piernas me rodearan las caderas, apoyar su espalda contra la puerta y hacer que esta se sacudiera por las embestidas.

Joder, cuánto lo quería, pero debía frenarme. Ni siquiera sabía que era yo y, joder, sorprendentemente, eso había sido algo decepcionante.

Sin embargo, tampoco iba a ser un estúpido, porque percibía que no tenía miedo, sino que se hallaba receptiva, y eso estaba volviéndome loco.

Decidí no perder más tiempo, y le pasé la lengua por el cuello, justo debajo de la oreja, apoyando mi mano sobre su espalda para acercármela aún más. Escuché su respiración acelerada, y reprimí las ganas de arrancarle la ropa cuando descubrí el sabor de su piel.

—Vamos, Ginger.

Esta vez no esperé a que respondiera, tan solo me moví tirando de ella y conseguí dirigirla hacia donde quería. No podía ver la expresión de su rostro, pero me conformaba con sentir cómo su cuerpo respondía a mis caricias.

—Sube —le exigí con la voz ronca cuando la llevé a la encimera de aquel baño asquerosamente enorme.

Estaba preparado para que me lo rebatiera, pero Ava me sorprendió cuando se encaramó sobre la encimera. No perdí el tiempo: me encargué de que sus piernas se separaran, pero no me metí entre ellas. Todavía no.

Me hallaba delante de ella, y tan cerca que sentía su aliento contra mi piel; en ese instante tomé conciencia de que mi corazón bombeaba contra mi pecho de una manera furiosa, tan agitado que tuve que apoyar las manos sobre la fría superficie de la encimera. Ese contraste en la piel me despejó un poco la mente, y así pude

pensar en mis siguientes pasos.

Acorté las distancias entre nuestras caras una vez más, y dirigí las manos a la piel desnuda de sus muslos. La minifalda que había estado observando toda la noche sería una gran aliada, y según mis dedos avanzaban acariciando su suave piel, la respiración de Ava comenzó a tornarse superficial.

Quería volverla loca, pero en el fondo sabía que ese era un juego peligroso. Muy peligroso.

Mis manos, avariciosas, fueron más allá, trazando lentos círculos en el interior de sus muslos, pero sin avanzar lo suficiente, así evitaba rozarle la ropa interior, torturándome en cierto modo por ello.

Volví a capturar el lóbulo de su oreja con los labios, y sentí que Ava me facilitaba el acceso inclinándose a un lado; soltó un leve jadeo entremezclado con su agitada respiración, ya no se molestaba en disimularla.

Joder, quería verla. Y que ella me viera a mí.

Mi erección presionaba la tela de los vaqueros, suplicaba que la liberara, y en ese momento solo podía pensar en que no sabía quién era yo, quién era el culpable de las reacciones de su cuerpo.

—¿Lo notas? —le susurré, con el aliento chocando deliberadamente contra sus labios.

—¿El qué? —jadeó ella.

—Que ahora sí que estás excitada —dije conteniendo la voz; esperaba que no notara lo ronca que sonaba.

Sabía que con esa frase me delataba, pero mi fuero interno deseaba que ella supiera quién la iba a devorar entera en ese preciso instante. Esperé que se tensara, incluso estaba preparado para que se bajara de la encimera del lavabo y soltara una retahíla de frases furiosas; sin embargo, noté que sus piernas se abrían incluso un poco más.

Entonces, el que se tensó fui yo, porque eso solo podía significar una cosa. Sonreí casi relamiéndome antes de hablarle al oído.

Ava

—Así que sabes quién soy, Ginger.

La voz de Hugo era tan deliciosamente ronca como hacía unos instantes, pero lo que acababa de decir me dejó congelada.

Levanté la mirada, aunque no podíamos vernos, y supe que mi reacción había sido especialmente reveladora.

Dejé de respirar, pero Hugo no dejó de hablar:

—Si lo único que querías era que nos enrolláramos, me lo podrías haber dicho al principio de la noche.

—Imbécil.

Le aparté las manos de mis piernas y me bajé de la encimera, pero como no tuve en cuenta que estuviera tan cerca de mí, entrechoqué el cuerpo contra el suyo y ciertas partes de las que no había sido tan consciente hasta ahora.

¿Eso...? ¿Eso era su erección?

—¿Te vas? —me preguntó, y percibí la sonrisa en su voz.

—Sí.

—¿Ahora? ¿Cuando todo empezaba a estar interesante?

No se apartaba, así que decidí empujarlo, pero capturó mis muñecas entre sus manos.

—¿Qué narices hac...?

—Pregunta: ¿por qué has mentido diciendo que no sabías quién era?

—Suéltame —susurré de manera furiosa, pero tan solo conseguí que apretara el agarre.

Sacudí las extremidades, pero Hugo me impulsó hacia él, de modo que mis puños se apoyaron contra su pecho y nuestras narices se rozaron. Por la diferencia de altura, deduje que estaba agachando la cabeza.

Su olor me invadía, sentía que en cualquier momento se me saldría el corazón del pecho y que mis piernas eran pura gelatina;

pero él me sujetaba con fuerza.

—¿Es que quieres que sea tu secreto, Ginger?

Cogí aire cuando sentí sus labios rozando los míos al hablar.

—No me llames así —logré decir.

—¿Vas a responder mi pregunta? Quizá entonces deje de llamarte así, Ginger.

—Eres un estúpido...

—Que te pone caliente. —Terminó la frase por mí—. ¿Sabes qué sé? Que si meto la mano por debajo de esa falda que llevas, podré demostrar lo empapada que estás.

—¡No me puedes hablar así! —dije, completamente azorada. Por el ardor que sentía en las mejillas, supe que se me habían sonrojado de un modo preocupante.

Nunca en mi vida un chico me había hablado de esa manera, era vergonzoso, y... sí, excitante, aunque no lo reconocería jamás.

—¿Por qué? No estoy diciendo nada que no sepamos. —Sus manos me soltaron para acariciarme la cintura, y tuve que tragar saliva. Sentía la garganta seca, y un ardor me recorría entera—. Podemos hacer dos cosas, tú eliges: o te vas ahora mismo del baño y todo esto queda aquí o dices mi nombre.

—¿Qué pasa si digo tu nombre? —le pregunté con el aliento contenido.

—Que te devoro como quieres que haga desde el momento en que te colé aquí.

—Yo no quiero... —Pero no pude terminar esa frase llena de mentiras. Era absurdo.

Hugo volvió a hablar:

—Di mi nombre, Ginger. Déjate de juegos o vete. Elige, pero elige ya.

Pum, pum, pum.

Mi corazón contaba los segundos, instantes antes de que abriera la boca. Miles de ideas disparatadas me bombardearon el cerebro, pero... era Hugo, el líder de los Kaura. No podía dar el paso. No. No era una estúpida ni una loca. Aun así... aun así, una idea me rondaba por la mente, era tentadora; tan solo se trataba de

un instante de locura, nada más.

Sentía su respiración sobre mi piel, su corpulento cuerpo delante de mí emanando calor, y sus manos sobre la cintura.

—Vamos, Ginger, ¿qué vas a elegir?

Levanté la mirada y hablé, sentenciándome. Bueno, realmente, sentenciándonos a ambos.

—Hugo...

Él no necesitó más, tan solo capturó mis labios con los suyos.

Hugo

Juntar nuestras bocas fue como el entrechocar de dos trenes en una misma vía; resulta curioso que un gesto tan sencillo, incluso repetido en otras ocasiones, pueda, a su vez, ser tan diferente.

No lo sabía, pero aquel beso en la oscuridad cambiaría el sentido de muchas cosas; no obstante, en esos instantes tan solo podía sentir cómo Ava entreabría la boca para dar acceso a mi lengua, y fue tal la descarga que tuve que cerrar los ojos y acercármela más, mucho más.

Mis manos tomaron vida propia, dirigiéndose al punto que habían anhelado con jodidas ansias, y me volví loco cuando, al apretarle el culo por debajo de la falda, gimió en mi boca. Pero sabía que esto no era suficiente.

Sentía que la piel me ardía y hormigueaba en cada parte en la que el cuerpo de Ava me rozaba, y el beso fue intensificándose, tanto que tuve que detenerme.

Nunca en la vida me había sucedido algo así, pues no era una persona de impulsos; pero en algún momento, de nuevo en la encimera del baño y con la erección chocando contra la bragueta de manera casi dolorosa, me coloqué entre sus piernas y descubrí que mis manos jugueteaban con el borde de sus bragas. Fui

consciente de que si no me detenía ya, acabaría follándomela en aquel baño a oscuras y... aunque quería, no era eso lo que tenía planeado.

Si me dejaba llevar por mis instintos más primarios, complicaría mucho las cosas, y mi único propósito era aleccionar a aquella fierecilla que jadeaba entre mis brazos.

Separé nuestros labios, esperaba que eso me tranquilizara. Su aroma me rodeaba, igual que el calor de ese delicado cuerpo. Retiré lentamente las manos de sus muslos, y por un segundo estuve tentado de acariciar ese punto que tanto ansiábamos, pero, sin saber cómo, logré retirarlas antes de cometer ninguna locura más.

Por supuesto, ella notó el cambio en mí.

—¿Qué pasa? —Su voz, tan afectada, provocó en mí una lenta sonrisa.

Joder, cuánto quería continuar lo que habíamos empezado. Pero no podía ser, no con ella. Decidí hablar para romper la balanza de una vez.

—Creo que ya está.

—¿Ya está? —A pesar de su amortiguada voz, noté la confusión.

—Sí, creo que ya has comprobado que cuando eliges bien, puedes disfrutar de un beso. La próxima vez, Ginger, pasa de ese rubiales, ahora ya has visto que no sabe cómo hacerte pasar un buen rato.

Me separé de ella, estaba completamente congelada, y una parte de mí me odió, pero otra se regocijó.

—¡Eres un gilipollas!

Sentí que me empujaba para alejarme del todo; se bajó de la encimera y, furiosa, fue hacia la puerta del baño, quería salir de allí.

Por supuesto, la retuve por un brazo.

—¿Ni un gracias? —le sonreí, guasón.

—Suéltame.

Zarandeó mi agarre, pero no la solté.

Lo que daría por verla bien...

—Lo haré, claro que lo haré, pero no olvides que me debes algo.

Esas palabras mágicas la detuvieron y de nuevo centró la atención en mí.

—¿Deberte algo por qué? ¡No te debo nada!

Intentó soltarse, ahora de muy malos modos.

—Oh, ¿tú crees? ¿Qué comprará mi silencio? —Hice una pausa para que captara bien mi mensaje—. No lo olvides, Ginger, ahora soy tu secreto. No creo que al rubiales le haga gracia enterarse de la lección que te he dado aquí.

Y sin esperar respuesta, me adelanté: salí del baño y la dejé ahí sola. Aunque en el fondo era lo último que quería hacer, todavía no estaba preparado para asumirlo.

Ava

¿Qué había hecho? ¿¡Qué narices había hecho!?

Me llevé las manos a la cara conteniendo el aliento, completamente en *shock* por lo que acababa de pasar; ¿cómo podía ser tan hipócrita? Hacía unas horas había aleccionado a Miriam sobre su interés por Iván, y ahora... ¿ahora qué, Ava?

Sentía que la vergüenza crecía a pasos agigantados. Pero... pero ¿qué había hecho?

De pronto se encendió la luz del baño, por lo tanto, también la del resto de las habitaciones. El juego había terminado. Me lo confirmaron las risas y los vítores que traspasaron amortiguados la puerta cerrada.

Gracias a ese momento de lucidez, salí de esa carcoma mental que no me llevaría a ningún lado.

Miré mi reflejo en el espejo del baño y volví a coger aire; me

devolvía una imagen que, sí, se parecía a mí, pero, joder, resultaba demasiado reveladora: mejillas sonrojadas, brillo en los ojos y pupilas dilatadas, además, mi respiración seguía siendo muy superficial.

Oí unas voces y caí en algo importante; tenía que salir de allí sin que nadie me viera, porque, aunque me costara reconocerlo, Hugo tenía razón: nadie podía enterarse de ese gran error.

Abrí la puerta del baño con cuidado y, tras cerciorarme de que no había nadie, me dirigí a las escaleras como si nada, como si de verdad hubiera salido del baño tras usarlo como debería. ¡Joder, Ava, joder!

Ni siquiera miré la puerta del dormitorio donde Fran habría estado esperándome. ¿Qué le diría? Oh, Dios...

Me crucé con algunas personas, pero no levanté la mirada.

«Estoy tranquila, vengo del baño», me repetía mentalmente a modo de mantra, en un intento de autoconvencerme.

—¡Ava! —Oí mi nombre cuando bajé al salón principal, donde la música volvía a sonar, muy alta; a pesar de ello, había distinguido el grito de Caleb.

Estaba con Karl en un rincón del salón que quedaba a oscuras, y fui hacia ellos. Sin embargo, el alivio por reencontrarme con ellos en primer lugar duró poco.

—¿Qué ha pasado? —preguntamos los dos a la vez en cuanto estuve a su lado.

—Tú primero. —Fui más rápida esta vez, pues la expresión de ambos me inquietó.

—Alguien nos ha visto —susurró Caleb con preocupación.

No necesité que me diera detalles.

—¿Quién? —les pregunté—. ¿Os ha dicho algo, o hecho...?

Ambos negaron con la cabeza.

—No lo sabemos —contestó Karl, con un acento muy marcado.

—Tan solo oímos ruido y que la puerta se cerraba —añadió Caleb. Su gesto de desazón me dolió, pues no habían hecho nada malo. Nada que no hubieran hecho los demás—. Puede que no

pase nada, pero...

—Seguro que no —le confirmé con cariño, en un intento de esperanzarlos—. Incluso me juego lo que quieras a que, con lo oscuro que estaba todo, ni os habrán identificado. Además, esta fiesta está llena de gente. Tan solo debía de ser alguien que también buscaba un sitio apartado y vio que estaba ocupado. Tranquilos.

Sonreí, y ambos asintieron sopesando mis lógicas palabras.

—Bueno —comenzó entonces Caleb—, ¿y tú...?

Pero no pudo terminar la frase porque alguien se nos unió.

—Ava, ¿dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

Era Fran. Claro que era él; ese momento tenía que llegar. Levanté la mirada y descubrí su gesto contrariado.

Miré a Caleb con urgencia, esperaba que mi amigo del alma supiera interpretar mi expresión.

SOS.

Necesitaba una vía de escape. Me sentía incapaz de enfrentarme a aquella situación. No era una persona mentirosa, no respecto a cosas tan importantes, y por eso sabía que me pillaría.

A pesar de las catastróficas expectativas, Caleb sí que me entendió.

—Ha estado con nosotros —soltó entonces.

—¿Con vosotros? —repitió, extrañado, Fran.

Yo solo asentí. De pronto no sabía hablar.

—Sí, me he mareado, y Karl y Ava se han quedado conmigo. —La mentira le salió con tanta naturalidad que incluso yo me la creí.

Fran me miró y dibujé una sonrisa, esperaba que la recibiera como un claro gesto de disculpa.

—No podía dejarlo solo. Perdona por no haberte avisado, pero ha sido todo tan rápido...

Karl asintió otorgando más peso a mis palabras.

—No pasa nada, y más sabiendo que se trataba de eso. Por un momento me había preocupado.

Ante la sonrisa de Fran, sentí que el corazón se me arrugaba

como un folio estrujado.

Era una mala persona. Malísima.

—Si te parece bien, lo voy a acompañar a casa —dije.

Fran asintió.

—Voy con vosotros —propuso él, e intentó que avanzáramos, pero negué con la cabeza.

—No, descuida, tú disfruta de la fiesta. Nosotros daremos un paseo tranquilamente. —Sonreí a Caleb para que iniciara la marcha.

—¿Segura? —insistió Fran.

—Sí, no te preocupes. Luego te escribo.

Me acerqué a él para darle un suave beso en los labios, y el gesto me hizo sentir horrible por lo que acababa de suceder en el interior de la casa.

¿Hugo estaría viendo la escena? Inevitablemente pensé en eso, y se avivó mi urgencia por desaparecer de ahí.

Tras despedirnos también de Karl —pues imaginaba que ahora querrían estar separados para no suscitar más sospechas—, Caleb y yo comenzamos a alejarnos.

—¿Y Miriam? —le pregunté mientras la buscaba entre la gente de la piscina.

Ni rastro de ella.

—Se ha ido de la fiesta con un grupo de gente. —Fue la respuesta de Caleb.

Miré a mi amigo, que tenía el gesto serio, sin entender su explicación. ¿Miriam se había ido sin decirnos nada?

El ambiente de esa noche era extraño, diferente, ¿qué había sucedido? Sentía que estábamos inmersos en una neblina de surrealismo.

En ese momento lo desconocíamos, pero acababa de llegar el cambio. Años más tarde lo veríamos mucho más claro, de hecho, nos preguntaríamos con cierta amargura cómo era posible que no lo percibiéramos, señales tan claras, presagios tan evidentes... pero la vida es así: lo que ahora sabes, ayer lo dudabas.

—¿Debo temer por dónde te encontrabas? —Caleb rompió el

silencio justo al salir de la casa, momento en que comencé a relajarme.

—No sé ni por dónde empezar —susurré mientras bajábamos por la carretera desierta, rodeados de chalets enormes.

—¿Ava? —insistió Caleb; me detuve y volví a esconder el rostro entre las manos—. Me estás asustando. Te ha pasado algo, ¿verdad?

Con suavidad, Caleb me apartó las manos de la cara, y yo lo miré con amargura.

—He hecho... he hecho algo horrible.

Caleb me observó tras retirarse un ensortijado rizo de la frente.

—Ava Brennan, eres un ser de luz. Dudo que hayas hecho nada...

—Me he liado con otro cuando tendría que haber estado con Fran. —Impedí que continuara hablando porque me sentía fatal y necesitaba que él lo supiera, que, de algún modo, compartiera mi carga.

—¿Qué? ¡¿Cómo?! ¿Tú? —Caleb lanzó las preguntas sin ocultar el estupor. Entonces me observó con perspicacia—. Me estás tomando el pelo, ¿no?

—¡No!

Un gesto de incredulidad mezclado con algo similar al asombro cruzó su rostro.

—No me mires así, por favor, di algo —le pedí, muerta de vergüenza y de culpabilidad.

Mi amigo miró alrededor —seguramente para cerciorarse de que no hubiera nadie— y me hizo un gesto con la cabeza para retomar la marcha.

No volvimos a hablar hasta que estuvimos cerca de la playa, fuera de la urbanización repleta de viviendas unifamiliares.

—Pero... ¿no ibas a verte con Fran?

Me descalcé en cuanto alcanzamos la arena.

—Esa era la idea.

—¿Entonces? —Caleb me miró sorprendido—. No me digas que te colaste en la habitación que no era.

Maldecí por lo bajo.

—Necesito sentarme.

Y así lo hice, sobre la arena, mirando el mar y con la suave brisa revolviéndonos el pelo. Caleb no tardó en imitarme.

—Vamos, habla, explícate de una vez, que me estoy muriendo por dentro. ¿Sabes por lo menos con quién te has liado?

Miré mal a mi amigo por el tono de entusiasmo que otorgó a la pregunta, pero suspiré porque no podía aguantar ese secreto yo sola.

—Sí. Ha sido... ha sido con Hugo.

—¿Hugo? —repitió, confundido, Caleb—. ¿Qué Hugo? No caigo ahora mismo... A no ser que se trate del hermano pequeño de Lucas, pero es demasiado pequeño...

Caleb empezó a divagar, intentaba recordar de qué Hugo hablaba. Entonces le di la clave:

—Los Kaura.

Caleb se calló *ipso facto*, y me miró con un gesto de espanto.

—No. —Finalmente se atrevió a romper el tenso silencio.

—Sí —afirmé con una especie de quejido.

—No, tú también, no —maldijo, y se levantó, alborotándose el pelo con las manos.

—¿Puedes hacer el favor de sentarte? Necesito desahogarme y compartir esto contigo.

—No, no. —Caleb negó con la cabeza al tiempo que me miraba con reprobación—. ¡Tú te has metido en este lío, tú lo sufres sola!

—¡Caleb! —me quejé.

Me miró consternado.

—Ava, por Dios, ¿en qué pensabas?

Nos quedamos unos segundos en silencio, él mirándome y yo concentrada en el mar, pues era incapaz de soportar su expresión decepcionada.

Solo levanté la mirada cuando sentí que se sentaba de nuevo a mi lado.

—Venga, cuéntamelo —dijo finalmente.

—¿En serio?

Caleb se encogió de hombros.

—Soy el único hombro en el que puedes llorar, no te voy a fallar.

—¡No digas eso! Suena terrible. —Lo empujé por el hombro, pero no logré que se moviera ni un mísero centímetro.

Ambos sonreímos por mi gesto absurdo, pero las sonrisas cesaron cuando volvió a hablar:

—Es la verdad. Tenemos que ser conscientes de que Miriam no vendrá más con nosotros.

Lo miré compungida.

—Se ha portado muy mal esta noche permitiendo que se metieran contigo —asentí, pero Caleb negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. Te lo dije. Hace un tiempo que noto a Miriam distinta. Cada día es más autoritaria, pero, a su vez, va más a su bola. Se nota que busca aprobación, no sé para qué cojones, pero es feliz siendo el centro de atención, sin importarle a quién pise. Y aunque respeto que tú quieras seguir siendo amiga suya, yo no la quiero tener de vuelta en mi vida. —Caleb suspiró pesadamente y me buscó con esos tristones ojos—. Aunque sé que no me veré en la tesitura de tener que decírselo. No volverá.

Sentí un nudo en el pecho porque cada palabra, cada maldita palabra que decía, tenía sentido. Yo también había notado ese significativo cambio en nuestra amiga, pero me empeñaba en negarlo, me resistía a reconocerlo.

—Quizá se arrepienta y vuelva a ser la de antes.

Caleb sonrió.

—Me encanta el positivismo que te caracteriza. Ojalá nunca lo pierdas.

Miré a mi amigo y sentí que se me resquebrajaba el corazón. Busqué su mano y la apreté.

—A veces la gente se pierde, pero también se puede reencontrar —le susurré al tiempo que estudiaba su perfil, pues tenía la vista fija en el tranquilo y apacible mar.

No contestó, tan solo nos quedamos en un silencio cómodo

que me hizo soñar despierta con aquellos veranos en que todo resultaba más sencillo, y es que, de pronto, empezaba a comprender que todo se complicaba de un modo inesperado.

Parecía que hubieran pasado miles de años desde la última vez que tres chiquillos echaron carreras para entrar en el mar, jugando en el agua hasta quedar extenuados. Esa era nuestra única preocupación, lo más importante.

—¿Y bien? ¿Me vas a contar la historia? —Caleb se volvió de pronto hacia mí y me sacó de mis cavilaciones—. Quiero saber cómo acabaste enrollándote con el mismísimo diablo.

Torcí el gesto al oír el modo en que se refería a Hugo.

—Gracias por hacerme sentir mejor.

—Para eso están los verdaderos amigos —me respondió con afecto—. Pero déjame adivinar una cosa.

—¿El qué?

Una maligna sonrisa recorrió el rostro de mi amigo.

—Fue bueno, muy bueno.

—¿Y eso por qué lo dices? —Tuve la caradura de parecer sorprendida y avergonzada.

—Hombre, venías completamente acalorada. Cuando vi que te acercabas con ese acaloramiento, pensé que había pasado algo serio, pues sabía que por Fran no podía ser... así que, amiga, cuéntame.

—¿Por qué aseguras que por Fran no podía ser?

La sonrisa de Caleb se hizo más amplia.

—¿Me vas a contar nuestro nuevo secreto eterno?

Suspiré, pero, tras unos instantes, se lo narré con todo lujo de detalles, como se cuentan las historias a tus verdaderos amigos, sin censuras, sin edulcorantes, porque sabes que no te van a juzgar. Nunca.

Abril de 2023

Ava

—¿Por qué quieres hablar de ello? —pregunto tras sopesarlo.

Podría cambiar de tema, decirle que no quiero hablar de ello, o incluso levantarme e irme, pero me puede mi parte masoquista.

Con él, siempre me puede.

—Estamos aquí, los dos, después de tanto tiempo. Había tan pocas posibilidades de coincidir como de encontrarnos en la misma playa. Es una coincidencia tan improbable que me ha sido imposible ignorarla.

Sopeso sus palabras, porque me hace dudar sobre su significado real. ¿Quiere decir entonces que me ha buscado al enterarse de que estaba aquí? Entonces él ya estaba aquí, ¿no?

—Prometiste no que no volverías nunca más —digo, y veo que hace un gesto.

—A veces el destino tiene otros planes, y por mucho que queramos algo...

No termina la frase y evado su mirada.

—Siempre ha sido así —respondo, y atisbo por el rabillo del ojo que asiente levemente.

—Eso es cierto —acepta.

Lo miro de nuevo, no lo puedo evitar. Me atrae como a una polilla la luz de un faro, tan aislada y, en cierto modo, única. Porque sigue teniendo esa aura tan personal, tan... él...

Hugo desvía los ojos hacia el mar, lo tenemos enfrente. Yo hago lo mismo y siento que vuelve a encogérseme el pecho. Las circunstancias de mi última vez aquí fueron tan distintas que duele. Duele demasiado.

Dejo vagar la mirada sobre el mar que me vio crecer y fue testigo de algunos de los momentos más importantes de mi vida. El dolor en el pecho no se atenúa al recordar tiempos felices, porque me hacen ser aún más consciente de que eso ya pasó.

Qué injusto que es todo...

—Debe de ser este sitio. Remueve demasiado por dentro.

Cuando Hugo vuelve a hablar, lo miro, pues he perdido el hilo

de la conversación. Entonces descubro que me está observando.

—No dejes que lo haga —sentencio.

Hugo sonríe e identifico la pesadumbre en el gesto.

—¿Tú has podido impedírselo? —me plantea.

Ahora la que sonríe soy yo.

—*Touché* —contesto, y desvío la mirada para centrarme de nuevo en la taza de café—. La verdad, es imposible evitarlo. Hay demasiados recuerdos.

Demasiados, y están todos tan cargados de intensos instantes de felicidad y amargura que desde que regresé no paran de carcomerme.

—Lo odio —digo al fin.

Hugo me mira con gesto de interrogación, aunque sabe perfectamente a qué me refiero.

Siempre ha sabido entenderme sin necesidad de explicarme...

—No lo harás siempre.

—¿Acaso tú lo has dejado de odiar? —quiero saber, porque si alguien se agarraba a ese sentimiento tan desaforadamente era él.

Su mirada me busca y me atrapa, acunándome en una familiaridad que creí olvidada. La de veces que me perdí en esos ojos del color del hielo, en esa mirada penetrante, encontrando consuelo, felicidad, un amor que pensaba que podría contra el mundo entero...

—He aprendido que hay cosas que pesan más que eso.

Su respuesta hace bullir miles de preguntas en mí. ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué parece distinto? ¿Y por qué no paro de preguntarme «por qué pensábamos que lo seríamos todo y ahora no somos nada más que intensos recuerdos»?

Sin embargo, tendríamos que haberlo sabido. Ahora, en retrospectiva, me doy cuenta de que nuestro inicio ya fue el prefacio a una historia con un final desastroso.

Pero el destino fue caprichoso, nos juntó incluso cuando ambos estábamos empeñados en ir en direcciones opuestas. Él me quiso cuando no quería querer a nadie más, y yo lo quise cuando no debía hacerlo.

Julio de 2011

Ava

Yo
Esta noche es por fin la Noche de las Velas.
No quieres venirte?
Estaremos Grace, mi madre y Caleb

Miriam
No, ya tengo planes... Por cierto, por qué no te vienes tú con nosotros? Todos son majísimos y los planes son mucho más interesantes. Así me cuentas también qué tal con Fran. Que lo último que me contaste es que ya erais oficiales!!! :P

Cerré el mensaje e intenté contener mi decepción. Caleb tenía razón, Miriam había empezado a escaparse de nuestras vidas como cuando eras pequeño e intentabas atrapar toda el agua del mar en el foso que excavabas junto al castillo de arena. Acción y resultado insalvables.

Sin embargo, se equivocó en que no se trató de un acto abrupto, sino que desapareció paulatinamente. Y me parece que eso fue mucho peor.

Tras la desastrosa fiesta de Lucas, se disculpó en innumerables ocasiones por lo sucedido con Caleb, lo achacó a borrachera. Y aunque Caleb las aceptó, se desdijo de cada uno de nuestros encuentros —como me había prometido—, por lo que comencé a quedar con ella a solas y, para mi tristeza, descubrí que cada vez teníamos menos cosas en común.

Me tranquilizó saber que Iván ya no se encontraba entre sus intereses románticos, pero lo había cambiado por un grupo de gente mayor que nosotros y que tampoco prometía nada bueno.

Como en aquella tarde, en más de una ocasión quiso

convencerme de que me uniera a su nueva pandilla de amigos, pero yo siempre me excusaba. No obstante, me negaba a reconocer la llegada del temido momento en que ni ella ni yo sentiríamos la necesidad de seguir forzando lo que ya no existía.

Fue duro; a punto de terminar el mes de julio, supe que perdía a mi mejor amiga, pues, aunque aún veía a esa chica de ojos gatunos y belleza arrebatadora, muy lejos quedaban las tardes y noches de risas en las que admiraba su personalidad vivaracha, entusiasta y comprensiva.

Miriam comenzaba a cambiar. Le llamaban la atención asuntos que ni a Caleb ni a mí nos atraían. Lo veía cuando, por las noches, coincidíamos en algún punto, ella con sus nuevas amistades y yo con las de siempre. Lo supe por nuestros cruces de miradas, pues tan solo recibía una inclinación de cabeza o una leve sonrisa de entre la multitud.

¿De verdad que Miriam desaparecería de nuestras vidas? Estaba convencida de que ese no era nuestro final. No podía serlo. Tan solo quería experimentar, y todo lo que estaba viviendo quedaría en algo pasajero. Claro que sí.

—Tan solo está pasando por una etapa, ¿no? —me preguntó con cierta ironía Caleb, tras enseñarle el mensaje.

Levanté la mirada para toparme con sus ojos marrones.

—Por supuesto —dije.

Fran y él intercambiaron una mirada llena de significado.

Fran.

Sí. Él y yo comenzamos a salir de manera oficial pocos días después de la fiesta de Lucas. Por supuesto, eso era porque desconocía mi pequeño secreto. Pequeño e insignificante, pues ya ni me acordaba.

No cabe mencionar que me había cuidado mucho de no coincidir de nuevo con los Kaura y su particular líder, aunque debo admitir que, sí, lo había visto.

Unos días atrás y en más de una ocasión, había observado la aceitunada piel y los ojos cristalinos de Hugo, que iba en compañía de algunos de sus chicos; era curioso que, a pesar de la

distancia que nos separaba, su mirada siempre me encontraba.

Pero tan solo se trataba de eso, mínimos encuentros visuales inofensivos y, ante todo, intrascendentes. Porque no pensaba en él ni en esos besos...

—Entonces ¿nos vemos después de cenar?

La pregunta de Fran me sobresaltó y me volví para mirarlo.

Nos encontrábamos en la plaza donde habíamos quedado Caleb y yo para tomar algo, y mi novio —todavía se me hacía raro usar ese término— había decidido pasarse para estar un rato con nosotros.

Asentí levemente a su pregunta.

—Sí, claro. Después del encendido te busco. —Le dediqué una de mis sonrisas más amplias.

Fran se levantó del asiento y acortó la distancia entre ambos para darme un suave beso en los labios.

—Acuérdate de pedir el deseo —me susurró antes de separarse, y nos dejó solos entre la multitud de turistas.

Observé su figura mientras se alejaba, y me acecharon varias dudas que quizá no debería cuestionarme. Pero para eso estaba Caleb, él me confrontaba conmigo misma en voz alta.

—No te veo muy emocionada. —Caleb rompió el silencio.

—¿Cómo?

Volví la cabeza y miré a mi amigo, que me dedicaba un gesto de sabiondo; se lo perdoné por el bonito brillo de ilusión que tenían sus ojos marrones, a juego con el collar de piedras blancas que cierto alemán le había regalado. Caleb lo llevaba con tal orgullo que parecía el tesoro más preciado. Y sabía que lo era. Para nosotros lo era. Aunque aún no lo hubiera gritado al mundo, representaba un gran paso.

—Lo que oyes. No se te ve muy afectada. Tu gran amor de verano... —La entonación que usó me hizo entrecerrar los ojos—. Te acaba de proponer que os veáis en una de las noches más románticas del año, y parece que te haya hablado del tiempo.

Puse los ojos en blanco.

—Suenas como mi madre.

—Mujer sabia —siguió pinchando Caleb, y dio un sorbo al refresco.

—Por favor, estoy muy emocionada. Pero no tengo que hacer una fiesta cada vez que quedamos. No es el fin del mundo si no lo hago —recalqué, y me sentí supermadura con ello.

Como decía mi madre, «tener novio no puede ser el centro de ninguna de nuestras vidas y aspiraciones».

—Ava. —Caleb se inclinó sobre la mesa metálica redonda, llena de marcas pringosas de las bebidas, para acercárseme—. Dentro de nada se irá de vacaciones con sus padres; de hecho, se perderá las fiestas. Tendrías que estar atesorando cada instante, quejándote a mí del poco tiempo que pasaréis juntos este verano.

Las fiestas de Mojácar —las de San Agustín— se celebraban a finales de agosto; resultaba extraño percatarse de que el tiempo comenzaba a volar, pues con ellas terminaba el verano, y septiembre nos acercaría a la rutina.

—Y no pasa nada por eso —le comenté—. Es una lástima, pero...

—Te digo que para principio del curso ya no estaréis juntos —vaticinó.

Abrí los ojos por su comentario.

—¡Caleb! ¿Por qué dices eso?

—¿Cómo quieres que no lo diga, si en vez de sentirte ilusionada porque por fin estás con él, parece que te encuentres en un velatorio?

Suspiré.

—Caleb, ¿has pensado alguna vez en dedicarte al arte dramático? El melodrama se te da de fábula.

—Gracias, y aunque acepto el piropo, no puedo decir lo mismo que tú. El chaval acabará por pisparse.

—¿De qué?

Caleb se inclinó de nuevo y me habló en un tono misterioso:

—De que no piensas precisamente en él cuando parece que estás en Babia.

Guardé silencio, y Caleb estudió cada gesto de mi rostro.

—Me lo puedes decir, ¿vale? —continuó—. Puedes contarme que desde ese...

—¿Qué te puede contar?

Ambos brincamos en nuestros asientos cuando mi hermana nos avasalló de forma repentina.

—Dios, ¿de dónde cojones has salido? —le preguntó Caleb, llevándose la mano al pecho. Todo un exagerado.

Lo miré significativamente, por la palabrota, y me centré en mi hermana, que nos sonreía encantada.

—De la farmacia de mamá, me ha dicho que te buscara para que me acompañases a comprar un helado y que volviéramos a casa para prepararnos.

Mi madre trabajaba en una farmacia del pueblo; a veces permitía a Grace salir por el centro siempre que estuviera yo y nos encontráramos para volver juntas a casa, algo que mi hermana pequeña odiaba porque ella decía que ya era lo suficientemente mayor para ir sola.

Esa noche sería la primera Noche de las Velas, que coincidía con las lágrimas de San Lorenzo, y se presentaba como de las noches más especiales que se podría vivir en ese pueblo pintoresco. Así pues, todos estábamos muy emocionados por la velada; de hecho, en aquel momento, a las ocho de la tarde, ya había varias zonas preparadas con las velas que se prenderían más tarde.

—Está bien. Vamos a por un helado, y...

No terminé la frase. De pronto apareció un grupo en la plaza donde nos encontrábamos, pero no un grupo cualquiera, sino los Kaura. Me sorprendió que, con la cantidad de gente que había, me hubieran llamado la atención nada más hicieron acto de presencia; sin embargo, no pensaba meditarlo.

Recorrí con la mirada el grupo de cinco, y descubrí que no estaba. Hugo no se hallaba entre ellos. ¿Dónde estaría?

—¿Ava? —Mi hermana me sacó de mis cavilaciones.

Me volví hacia ella como movida por un resorte demasiado sospechoso.

—Venga, vamos —la apresuré a empujoncitos mientras rebuscaba en el bolso para sacar efectivo y pagar mi parte de la cuenta.

—Pero...

—Ve poniéndote en la fila, que un grupo de ingleses se dirige a la heladería —avisó Caleb a mi hermana.

Grace, presurosa, se olvidó de preguntarme qué me había llamado la atención.

Cuando se fue, busqué con reticencia la mirada de mi amigo, quien contenía una sonrisa.

—Estás metida en un buen problema, Ava.

—¿Qué dices?

—Lo sabes perfectamente.

Y, sí, lo sabía, aunque todavía no quería darme cuenta de ello. Era demasiado joven para asimilar que, en aquel aspecto, la razón no podía ganar.

Hugo

Estaba agotado cuando cogí el coche, tanto, que ni me importó poner las manos llenas de grasa sobre el volante. Ya me preocuparía más adelante de eso, si es que importaba realmente, pues ¿qué relevancia tenía un poco más de mierda? Me hallaba rodeado de ella.

Conduje sin pensar en nada hasta que vi el cartel del camping, pasé por alto las letras rotuladas en verde que citaban camping el cantal; giré y entré en él.

Como todos los veranos, el camping estaba a reventar de turistas variopintos que venían a disfrutar y escapar de sus patéticas vidas, porque eso es lo que tenemos todos. Bueno, unos más que otros...

Conduje hasta el final del recinto, donde, apartados y prácticamente ocultos, se encontraban varios bungalós y caravanas que parecían el escenario perfecto para alguna secuela de *La matanza de Texas*.

Aparqué el coche cuando vi por el retrovisor al anciano Julio caminar hacia mí. Eso solo podía significar que había problemas.

Con un suspiro, salí del coche.

—Buenas tardes, Hugo. —El hombre se me acercó con paso lento y la figura encorvada—. ¿Qué tal en el trabajo?

—Ahí vamos —contesté mientras me sacudía las manos en un intento de quitarme la grasa antes de que el buen hombre me las estrechara.

—Mantenlo, muchacho, es una buena fuente de ingresos. Ya llegará una oferta mejor.

Asentí levemente. Me repateaba la puta positividad de aquel hombre que me conocía desde hacía varios años. Ya debía saber que, para gente como nosotros, no había posibilidades mejores.

—Gracias, Julio, pero ¿qué ha pasado? Me imagino que no vienes para darme ninguna buena noticia.

Aquel hombre que tenía delante era, junto a su familia, el dueño del camping, y nos permitía vivir dentro de sus límites con nuestras viejas caravanas bajo una serie de condiciones. Una era que no asustáramos a su clientela, y la otra que no delinquiéramos dentro. Nunca.

Como os podéis imaginar, esa última no la cumplíamos a rajatabla, pero siempre lo hacíamos con discreción. Nunca desaprovecharíamos la oportunidad de conseguir dinero por vender algunos gramos.

Aquel hombre era también el jefe de mi padre; imaginaba que ahora me hablaría sobre él.

—No ha aparecido tu padre hoy. ¿Está bien?

Suspiré con pesadez y Julio asintió; interpretó mi gesto a la perfección.

—Intenta que mañana aparezca, ¿vale? Si no, no me quedará más remedio que...

—Lo sé —asentí, y me encaminé hacia nuestras parcelas—. Gracias, Julio.

—Nada, muchacho —dijo a mis espaldas.

No tardé en llegar a su bungaló, donde él vivía. Abrí la puerta sin miramientos, conocedor de lo que me iba a encontrar.

Se oía el zumbido de la radio de fondo de aquella estampa demasiado familiar: mirara adonde mirara, había restos de comida, mugre y latas de cerveza. No tardé en descubrirlo inconsciente en el sofá, roncando de un modo desagradable y con una lata sobre el estómago.

Estuve tentado de despertarlo lanzándole un cubo de agua helada, pero me pregunté por qué me molestaba en ayudar a ese hombre que, tras la muerte de mi madre, tan solo supo conducirnos a mis hermanos y a mí a aquella miseria que nos rodeaba.

Yo era demasiado pequeño para recordar muchos detalles, pero nunca se me olvidarían sus golpes, los gritos y mi rápido aprendizaje para no cruzarme en su camino cuando ahogaba las penas en el fondo de una botella.

Mientras estudiaba su rostro demasiado moreno por la exposición al sol, la piel arrugada y el pelo canoso hasta en la tupida barba, recordé que no siempre fue así; la muerte de mi madre lo arrastró a un mundo de autocomplacencia que no supo gestionar, perdió el trabajo, la casa e incluso hijos, pues mi hermano Rodrigo, envuelto en toda esa destrucción y violencia, acabó metido en tantos líos que ahora mismo se pudría en la cárcel. Y me daba igual. Fue el primero que me dio una paliza tan fuerte que podría haberme matado, a mis escasos once años. Para mí estaba muerto.

Como aquel hombre al que observaba ahora mismo. El culpable de nuestra situación. Me había jurado a mí mismo salir de ella costara lo que costase.

De pronto oí que alguien tiraba de la cadena del baño, y, sorprendido, descubrí a mi hermano Mario, el mediano de nosotros tres, el que había salido por patas de aquel lugar sin mirar

atrás.

—Hombre, ¡cuánto has crecido, chaval!

Me dedicó una sonrisa enorme, como si realmente se alegrara de verme. Como si esos últimos tres años sin saber nada de él no importaran.

Estudié sus rasgos, eran tan parecidos a los míos que dolía; sin dirigirle una palabra, dejé caer una lata de cerveza que había recogido inconscientemente y salí de aquel bungaló.

—¡Hugo! ¡Tío! ¿No vas a saludarme? —oí que me preguntaba mientras me seguía al exterior.

La rabia hervía en mi interior de un modo preocupante, sabía que, si no me controlaba, me metería en un buen lío.

—¡Hugo!

Sentí que me tiraba del brazo para detenerme, y su contacto fue demasiado. Me giré hacia él y lo empujé violentamente con las palmas de mis manos sobre su pecho. Mi hermano retrocedió unos pasos, incluso tuvo el valor de mirarme con gesto confundido.

—¿Qué haces...?

—No pienso darte ni un duro —lo corté rápidamente.

Mario se rio y miró alrededor para cerciorarse de que nadie nos oyera.

—¿Qué dices, hombre? Solo venía a veros. Ver que tal estáis...

—Y una mierda —volví a interrumpirlo—. La última vez que apareciste te llevaste todo lo que estaba ahorrando.

La sonrisa de mi hermano se congeló.

—Lo necesitaba, estaba metido en problemas... pero algún día te lo devolveré. Solo necesito...

—No. —Negué con la cabeza y me alejé.

—Hugo. No puedes darme la espalda, somos familia.

Se atrevió a acercarse de nuevo.

—No somos nada. Dejamos de serlo hace tres años, cuando te piraste después robarme todo lo que tenía y sin preocuparte por nada más que de tu puto pescuezo. Así que sal de aquí y deja de cruzarte en mi camino.

Se rio. El gilipollas se rio.

—¿O qué? ¿Estás amenazándome?

Lo miré y decidí acortar las distancias. Mis manos fueron rápidas y certeras. Con un giro de muñeca, balanceé la navaja que siempre llevaba encima, descubriendo el filo para apoyárselo sobre el estómago. Mario se tensó y abrió los ojos, alarmado.

—Pírate, y si quieres, llévate a esa escoria contigo. —Señalé con un gesto de cabeza el bungaló, que nos quedaba detrás—. Pero ni se te ocurra volver a cruzar una palabra conmigo si no quieres tener problemas. No pienso dejar arrastrarme otra vez por vuestras mierdas.

Sin añadir más, me alejé sin preocuparme por darle la espalda, seguro de cada paso.

Por supuesto, Mario tuvo que añadir algunas palabras cuando me había alejado lo suficiente.

—Eso, ¡huye! ¡No te necesito para nada, gilipollas! Sigue perdiendo el tiempo en esas tonterías e ilusiones, que ya verás la hostia que te da la realidad. No vas a salir de este agujero. ¡Eres la misma escoria que el resto de nosotros! ¡La misma!

Ava

Pasé las manos por la larga falda blanca que había elegido para aquella noche. Casi todo el mundo iba de ese color, que nos envolvía a todos «en un aura mágica», como había comentado mi madre hacía unos instantes.

Nos encontrábamos las tres en la plaza del Ayuntamiento, acabábamos de cenar y disfrutábamos del recorrido por el pueblo en busca del sitio que habíamos elegido para encender nuestras velas.

—¿El ayuntamiento? —preguntó Grace con el gesto torcido cuando detuvimos la marcha frente al edificio.

Mi madre sonrió admirando el gigantesco árbol que ocupaba un destacado lugar en la pequeña plaza.

—Es un sitio importante. Este pueblo me acogió cuando llegué con dos pequeñas pulgas a mi cargo.

—¡Ey! —se quejó haciéndose la dolida mi hermana, por lo que se llevó una tanda de besos de mi madre como recompensa.

—A mí no me parece un lugar especial-especial —recalqué yo, y Grace asintió dándome la razón.

—Por Dios, al final nos va a pillar el encendido, chicas —dijo mi madre, pero a pesar de ello, retomó la marcha y la seguimos.

Supuestamente, al encender las velas debías pedir un deseo; durante la cena habíamos decidido que tenía que ser un sitio bonito —requerimiento de Grace— y significativo, así que aquí andábamos buscándolo, ya con cierta urgencia.

Tras dejar a nuestras espaldas el ayuntamiento y atravesar la calle de Enmedio, lugar emblemático y a rebosar de gente, giramos hacia la Estación Vieja; las tres sabíamos adónde nos dirigíamos sin necesidad de decirlo.

Cuando llegamos a la calle Lance, ahí la vimos, la Puerta de la Ciudad. No era más que un arco de piedra, pero entrañaba mucha historia; a pesar de ser relevante y un lugar turístico del pueblo, podía pasar desapercibido. Cientos de años atrás había sido el único punto de acceso al pueblo, y este era importante para nosotras, en especial para mi madre, que en ese instante nos miró. Grace y yo asentimos, pues entendimos el significado de su gesto.

Este pueblo era importante para nosotras, sí, pero para mi madre supuso un antes y un después. Fue el lugar que la acogió cuando se sentía perdida, cuando sabía que no podía volver adonde ella había crecido, pues la rechazaron en cuanto se fue a Irlanda con nuestro padre.

Estaba sola y con dos niñas pequeñas a cargo, perdida, asustada, y aquí pudo echar raíces. En este pueblo, mi madre volvió a tener una ilusión, esperanza.

Como habíamos imaginado, el encendido fue un momento emocionante. Todo el alumbrado eléctrico del pueblo se apagó y tan solo quedaron, como única iluminación, los cientos de velas, que en realidad eran los cientos de deseos de distintas personas, porque cuando encendías tu vela tenías que pedir uno.

Vi que Grace cerraba los ojos y arrugaba la nariz para concentrarse en el suyo. Sonreí y observé a mi madre, que, tras hacer lo mismo, me dirigió la mirada. Pasado un segundo, se centró en su vela y la encendió.

Yo miré la mía y me mordisqueé el labio. Sabía qué deseaba, pero si lo pedía, significaría muchas cosas que no me atrevía a aceptar, así pues, finalmente prendí la llama sin dedicarle ni un solo pensamiento.

Dejamos las tres velas en el lugar elegido —las tres juntas, como nosotras— y decidimos que ya estábamos preparadas para disfrutar de la noche.

—¿Vamos a tomar un helado? —propuso Grace.

—¿Otro? —me quejé yo —. Al final te dolerá la tripa.

—No hay helado suficiente en la vida, Ava. Recuerda eso —intervino mi madre al tiempo que me rodeaba con un brazo, y seguimos la marcha alegre de Grace—. Podemos ir a tomar helado, acudir a alguno de los puestos para comprarnos unas tobilleras a juego y...

—¡Y hacernos un tatuaje! —añadió, encantada, Grace.

Puse los ojos en blanco; continuábamos caminando hacia ningún lugar en particular, tan solo disfrutando de la noche y del ambiente. El pueblo bullía, y en algunos puntos hacían pequeños espectáculos de magia, de baile o malabares.

—Bueno, cielo —dijo mi madre—, eso, un poco más adelante, ¿vale? Tienes que estar muy segura de qué te tatuarías.

Grace, que era quien abría la marcha, se volvió hacia nosotras.

—Estoy muy segura de lo que me tatuaría.

—¿De veras? —le pregunté yo con un mohín.

—Sí. Una triqueta.

La miré intrigada.

—Y eso, ¿por qué? —insistí.

—Porque somos cada una de nosotras y papá.

Supe a qué se refería sin necesidad de que explicara nada más, y sentí que se me encogía un poquito el corazón. El símbolo de la triqueta es un símbolo importante en Irlanda; en él hay tres elementos rodeados de un círculo. Siempre se le han atribuido distintos significados, pero para mí, desde ese momento, representaría a mi familia.

—Muy bonito, Grace —dijo mi madre con una sonrisa dulce que Grace le devolvió encantada—. Pero ya hablaremos del tatuaje más adelante, ¿vale? Tendrás que buscar el diseño perfecto, va a estar toda la vida contigo.

—En realidad se podría borrar, dicen que hay un láser... —comencé a decir.

Pero mi madre negó con la cabeza.

—Si te tatúas, es que estás segura. Y si lo estás, tiene que quedarse, aunque cambies de parecer. Ese tatuaje te mostrará lo que fuiste o lo que creíste en un momento dado. Es tu historia, y las historias, chicas, se componen de recuerdos que nunca se borran.

Seguimos caminando, esta vez en silencio, seguramente meditábamos las últimas palabras de mi madre, porque tenía razón; sin embargo, aún no sabía realmente cuánta.

La vibración de mi móvil me llamó la atención. Con un vistazo rápido, vi que era una llamada perdida de Fran. Él ya estaba libre.

—¿Fran? —adivinó mi madre. Yo asentí—. ¿Te vas ya, entonces?

Negué con la cabeza.

—Me quedo un rato más con vosotras.

Sí, Fran podía esperar un rato más.

Hugo

Conducía en silencio mientras los chicos hablaban entre risas y jaleos, no me sentía con ánimo para participar en sus conversaciones. Por una vez, nos alejábamos de la playa, nos dirigíamos al pueblo.

Parecía que esa noche se hacía un encendido de velas o algo por el estilo... —no había prestado demasiada atención—, y a Raquel le había apetecido ir. Cuando nos lo propuso, a Iván le apeteció también y yo no tuve más remedio que aceptar; así que allá íbamos, en mi coche con unos emocionados Iván, Rubén y César, acompañados de mis pocas ganas de salir a pasar un buen rato.

—¿Estás bien? —me preguntó Raquel mirándome con disimulo; los demás no oyeron la pregunta, pues estaban más ocupados en cantar a viva voz «Amor castúo», de Extremoduro.

—Sí —le contesté sin desviar la mirada de la carretera.

—He visto que se marchaba —dijo al cabo de un rato.

Sabía que se refería a mi hermano.

—¿Con él? —Solo quería saber eso, nada más.

Descubrir que se había marchado con mi padre sería la noticia más maravillosa que me podrían dar, pero, como me imaginaba, Raquel no me dio la respuesta que quería.

—Solo él.

—Por supuesto que sí —contesté con una sonrisa amarga.

—Oye, ¿qué cuchicheáis vosotros dos? —inquirió Iván, incorporándose para asomarse entre los asientos de delante.

—Deja de cotillear y échate para atrás. Lo único que conseguirás es matarte si tenemos un accidente —le dijo Raquel.

—Soy inmortal, nena.

Vi por el rabillo del ojo que, a pesar de su comentario, Iván obedeció.

—Lo que eres es gilipollas —murmuró Raquel, y me hizo sonreír.

—Te he oído —apuntó Iván, que nunca dejaba pasar la oportunidad de decirle algo a Raquel.

—Bien, ahora solo te falta asimilarlo e intentar ponerle remedio. Quizá así nos libres a todos de tu tontería.

Los chicos se burlaron de Iván y este no contestó, seguramente estaba algo dolido, aunque nunca lo reconociera. Alguna vez habíamos comentado el asunto de Raquel, pero con Iván nunca se podía profundizar en el tema, pues quitaba importancia al hecho de que fuera tras ella desde que éramos unos críos.

Nunca en la historia había visto un cuelgue más largo que el de Iván por Raquel.

Finalmente llegamos al pueblo; tras aparcar a las afueras, caminamos hasta el centro, que estaba completamente a oscuras, alumbrado solo por velas y algunas antorchas. Debía reconocer que era algo... bonito. Sí. Podía reconocerlo, pero cuando nos adentramos por las estrechas callejuelas, la multitud me agobió sobremanera.

Necesitaba espacio y, sobre todo, soledad.

—Oye, voy a dar una vuelta solo, ¿vale? —le comenté a Raquel, que caminaba a mi lado.

Me examinó con su mirada de grandes ojos, pero finalmente asintió. Era la única que estaba al tanto de lo ocurrido aquella tarde, y yo sabía que comprendía mi necesidad.

—Diles a estos que luego nos vemos, y que no se metan en líos, por favor. No me apetece tener una noche movida.

Sin esperar respuesta, giré en redondo y me separé de ellos, dispuesto a perderme entre las calles para alejarme de todo.

—Hugo, tío. Espera. —Me detuve cuando oí que me llamaban, y vi a Rubén acercándose a la carrera—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa de qué? —repliqué.

Rubén torció el gesto.

—Tío, sabemos lo de esta tarde y tu hermano. ¿No quieres hablar de ello?

—¿Cómo os habéis enterado?

—Iván lo vio.

Asentí despacio.

—Bueno, no es nada memorable, ya sabes. Solo que no me apetece estar ahora entre tanto revuelo —dije, señalando alrededor.

Rubén me observó, sabía que había mucho más, pero también que necesitaba mi espacio.

—Está bien. Como quieras. Pero, ni se te ocurra pirarte sin nosotros, ¿eh?

Sonreí levemente por su broma antes de volverme de nuevo.

—No prometo nada.

Ava

Me alejaba a pie con una extraña sensación que me removía por dentro como si una culebra de pura culpabilidad me royera las entrañas, o lo que hiciera una culebra de esas características en caso de existir.

Los hechos se sucedieron así: Fran me había hecho una perdida al móvil para avisarme de que ya estaba libre, podíamos encontrarnos en la plaza Nueva con el resto, pero yo lo había ignorado y solo había escrito un mensaje a Caleb explicándole que no me encontraba muy bien y que seguramente me iría a casa. Pero, en efecto, no me dirigía a casa.

Bueno, por lo menos escogí el camino más largo para llegar. Por supuesto, andaba por las afueras, donde casi no había turistas ni transeúntes, tan solo el cielo despejado que esa noche, supuestamente, lloraría lágrimas estrelladas.

La noche de las lágrimas de San Lorenzo, de las velas. Una noche romántica, especial, y yo... huyendo de mi novio. ¿De verdad?

No me entendía a mí misma. Llevaba años suspirando por él. AÑOS. Y cuando por fin se cumplían mis fantasías, era... era decepcionante.

No lo podía negar por más tiempo. Cuando estaba con él no sentía lo que debería sentir, a no ser que todo esto del amor fuera un cuento, una ilusión. Sin embargo, sabía que no, claro que no. Había gente que era presa de ese torbellino de emociones, de esos fuegos artificiales.

Los pies me llevaron hasta la Fuente Mora y, aunque en un momento dado tuve el impulso de continuar andando, recordé que Miriam, Caleb y yo nos habíamos reunido muchas veces allí y que seguramente no habría nadie porque todo el mundo se encontraba en el pueblo, donde la fiesta era palpable.

Sería un sitio perfecto para ver esas estrellas fugaces que tanto decían que había que observar. Quizá allí me atrevería a pedir mi deseo...

Nada más poner un pie en aquel lugar —un recinto cerrado con una fuente de trece caños y tres canales, cuyas paredes estaban decoradas por macetas con flores rojas a distintas alturas— vi que también allí había varias velas prendidas, y esa tenue iluminación me permitió darme cuenta de que la fuente no estaba desierta. Había una persona, y mi corazón trastabilló cuando descubrí que era él, Hugo.

Incluso de perfil lo reconocía.

Como si hubiera oído el titubeo de mi latido, se volvió hacia mí y vi la sorpresa en su rostro.

Hugo

Al oír un ruido a mis espaldas, me volví sin poder imaginar quién estaba ahí, porque ¿qué probabilidades existían realmente de coincidir?

Nuestras miradas se encontraron y capté cada detalle: su pelirrojo pelo suelto con algunas finas trenzas entremezcladas, esos labios del color de las frambuesas que sabía cómo se sentían bajo los míos, y su ropa blanca, como la del resto de la gente que me había cruzado en el pueblo. Pero ella... ella no era como el resto, joder. Y ese pensamiento iba más allá de la atracción. Aquella chiquilla que tenía enfrente no mostraba signos de temerme; y a estas alturas de la vida, me sorprendía, pues era consciente de que ella conocía todos los rumores sobre mí.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó tras el mutuo escrutinio, porque ella también me había estado estudiando.

Esbocé una mueca.

—Pues me imagino que lo mismo que tú, aunque por otros motivos. ¿Todavía huyes de tu novio? —la pinché.

Ella se adentró un poco más en el recinto, algo que me sorprendió nuevamente, pues tras nuestro último encuentro, lo que menos esperaba era que quisiera tenerme cerca.

Nos habíamos visto por el pueblo, observándonos en la lejanía, pero no pensé que se atreviera a acercarse.

—¿Tú de qué huyes? —En vez de responder, me lanzó otra pregunta.

Sonreí con chulería. Así que también era metomentodo.

—Entonces me confirmas que estás huyendo del rubiales, interesante —la pinché de nuevo, sin responder a su pregunta.

—Yo no he confirmado nada. Únicamente estás sacando conclusiones —contestó al tiempo que se me acercaba; a escasos pasos de distancia, percibí su aroma.

—Ginger, que nos hayamos besado no nos convierte en nada, y menos como para compartir secretos —dije duramente, y fijé la mirada de nuevo en la fuente.

El sonido del agua cayendo me tranquilizaba y me daba cierta

paz, algo que necesitaba esa noche.

—No me llames así, y yo no he sido quien ha empezado a hacer preguntas personales —se defendió ella.

No necesitaba mirarla para saber que tenía el ceño fruncido.

—Pues tienes mala memoria. Tú eres la que ha interrumpido mi tranquilidad preguntándome qué hacía aquí.

Levanté la mirada hacia ella, que entrecerró los ojos.

—Perdona, ¿es que acaso eres dueño y señor de la fuente? No he visto tu nombre tallado en la chapa conmemorativa de la entrada —soltó, ácida—. Si te molesto, te vas. Tengo el mismo derecho que tú de estar aquí. Eso sí, tranquilo, que no te dirigiré la palabra.

Y como para dar más énfasis a sus palabras, se volvió dándome la espalda. Arqueé la ceja cuando oí su último murmullo:

—Idiota.

Me aproximé sigilosamente a ella y, por el modo en que se le tensó el cuerpo cuando la alcancé de espaldas, supe que sentía mi cercanía.

—Tan idiota no debo de ser, si decidiste quedarte a oscuras conmigo —le recordé en un murmullo.

Ava se volvió hacia mí con rapidez.

—Deja de decir eso. —Estudió el entorno para cerciorarse de que no hubiera nadie más.

—Así que todavía sigo siendo tu secreto, ¿eh?

Eso no me sorprendía. Por supuesto que no iría aireando que nos habíamos liado aquella noche, hacía unas semanas. ¿Y su reputación? ¿Y su novio? Porque estaba seguro de que aquel tipejo era su novio. Lo había visto con ella, comportándose de un modo empalagoso.

—Eres gilipollas —soltó con intención de provocarme, pero me servía en bandeja las respuestas.

—Un gilipollas que te pone mucho.

—Por favor...

Se alejó un poco, pero, a pesar de intentar poner distancia, a la luz de las velas vi que mi último comentario la había sonrojado.

—No te culpes por eso, la reacción que tuviste fue normal. —Mi sonrisa se amplió y no me corté a la hora de repasarla de arriba abajo.

—¿En serio que este tipo de frases te funcionan? —me preguntó, cruzándose de brazos; con el gesto se pronunció el escote de la sencilla camiseta blanca.

—No me va mal, la verdad.

Y no era mentira. Nunca había tenido problemas en ese terreno. Siempre tenía al alcance de la mano a cualquier chica que me llamara la atención.

—Eres patético —bufó—. Lo de aquella noche fue un error descomunal...

—¿Que no se va a repetir? —adiviné, divertido.

No sabía por qué, pero me satisfacía enormemente sacarla de sus casillas.

—¿Cómo puedes...?

Pero no dejé que terminara la frase.

—Tan solo digo lo que es. ¿Te he comentado ya que me gusta esa falda que llevas? Aunque quedaría mucho mejor en el suelo de mi coche, junto al resto de tu ropa.

Puso los ojos en blanco.

—Por Dios, ¿acaso te estás escuchando? Creo que deberías cambiar de técnica urgentemente.

Di un paso hacia ella, sin borrar mi sonrisa, sin dejar de estudiarla. Ella no se movió, y sabía que era por cabezonería, para demostrarme que no se achantaba delante de mí. Y eso me gustaba de mala manera. Debería ignorarla, pasar de ella, pero algo tiraba de mí para hacer todo lo contrario.

—¿Mi técnica es mala? —le pregunté mientras le levantaba un mechón de pelo.

Tardó menos de un segundo en sacudírselo para liberarlo de mi mano, y elevó el mentón a modo de desafío sin apartar la mirada de la mía.

—Dudo que hablando así a las chicas consigas algo.

Sonreí ampliamente con la cabeza ladeada. Sabía que mi forma

de mirarla la estaba poniendo nerviosa. Todo su cuerpo emanaba tensión.

—¿Y cómo se tiene que hablar a las chicas? —quise saber.

Comencé a rodearla lentamente en círculos, jugando con el poco espacio que había entre nuestros cuerpos, y me impresionó que no se volviera para mantener el contacto visual.

—Pues no soltando comentarios con los que demuestras que tan solo ves un trozo de carne con el que satisfacer tus necesidades más primarias. Aunque sea eso lo único que quieras...

—Vaya, ¿no sería eso engañar? —le susurré al oído, sobresaltándola; aun así, no se movió ni un ápice.

Joder, olía de maravilla. Tuve que controlarme para no inclinarme y aspirar.

—Creo que hay muchas maneras de ser directo sin engañar ni faltar al respeto a nadie —respondió.

Volví a ponerme delante de ella.

—Entiendo. —Di un paso más y, tal como había sospechado, no se alejó. Quedamos a escasos centímetros y hablé de nuevo, en voz baja, en un tono íntimo—. Entonces ¿preferirías que te dijera que, nada más verte, he recordado los besos que nos dimos, la textura de tu piel? ¿Que, de hecho, estos últimos días he revivido cómo me llegaba tu respiración agitada y que me indicaba el modo en que debía seguir tocándote? —Mis palabras la hicieron reaccionar. Lo noté en su respiración, que de pronto fue más superficial, y en que no me impidió que le sujetara otro mechón de pelo. Me incliné aún más, esta vez susurrándole mis últimas palabras al oído—: ¿Que te cuente la manera en que poco a poco descubría qué era lo que te hacía reaccionar, y que desde entonces no paro de imaginarme qué habría sucedido de haber podido continuar? Saber con exactitud cuánto tardas en correrte una vez que esté dentro de ti, sintiendo tu excitación, ver tus gestos... —Guardé silencio y, segundos después, establecí contacto visual con ella para preguntarle—: ¿Es eso lo que quieres que te diga?

Estudié su rostro, y me maldije. Sus labios estaban separados y acababa de humedecérselos con la lengua. Su respiración seguía

agitada, y me miraba de un modo que conocía muy bien. Estaba excitada, y no era la única.

Me alejé de ella tranquilamente y me obligué a sonreírle con desagrado. No podía permitirme eso. Solo me conllevaría complicaciones, porque ella era sinónimo de esa jodida palabra.

Así que abrí la bocaza e hice lo que mejor sabía hacer.

—Pues déjame decirte que todo eso es una sarta de gilipolleces. —Amplié la sonrisa y continué—: Me hace gracia que vayas de puritana y luego te pongas cachonda por cuatro frases mal dichas.

Me obligué a reír mientras veía que la vergüenza la recorría.

—Si con tu novio no fluye, dile que te susurre cochinadas, seguro que así consigue abrirte de patas. No pareces complicada.

Su reacción no tardó en llegar.

Ava

Mi reacción habría sido cruzarle la cara de un bofetón, pero una vocecita en mi interior me dijo que aquello implicaría rebajarse, así que, con un leve asentimiento y gesto de cabeza, me alejé varios pasos.

Vi que estudiaba mis movimientos.

—¿Te vas?

—Mira, parece que por una vez aciertas en algo —asentí.

—Vaya. Tocada y hundida, ¿eh?

Aquel tío era un capullo de los pies a la cabeza. Lo miré con todo el desprecio que sentía hacia él, no me corté en mostrárselo.

—No pierdo el tiempo con gente que no merece la pena, pero antes de irme, te diría que deberías mirártelo.

Sonrió divertido, era un claro gesto de que mis palabras le resbalaban.

—La gente que suele atacar tan gratuitamente soltando esos desprecios, insultos y demás, tan solo está escupiendo el reflejo de su interior.

—Qué poética, Ginger.

—Siento que lo estés pasando mal, Hugo. A veces la vida es dura, pero no merezco que nadie me hable con esa falta de respeto. Hazte un favor y comienza a respetarte a ti mismo, en especial si quieres ser feliz.

Su expresión divertida se esfumó, finalmente le calaron mis palabras.

Giré en redondo, le di nuevamente la espalda y me puse a andar, alejándome de la dichosa fuente. Por supuesto, a cada paso maldecí la estúpida idea que había tenido sobre ir allí.

Con la de lugares que había en el dichoso pueblo, ¿tenía que acabar en ese sitio para toparme con él? Parecía una maldita broma del destino, ¿qué necesidad había de encontrarnos? Me sentía completamente humillada, a pesar de reafirmarme en cada una de las palabras que le había dicho.

Hugo tenía un problema, y tenía que empezar a...

—Perdona.

Su voz me llegó al instante firme y segura, tanto, que detuve la marcha.

Me giré de nuevo hacia él, estaba serio, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros negros.

—Me he pasado cien pueblos con lo que te he dicho —añadió. Yo no sabía qué decir, pues intuía que Hugo llevaba mucho tiempo sin pedir disculpas—. He tenido un día de mierda, pero no sirve de excusa. Lo siento de veras.

Asentí, todavía muda. Sin embargo, lo que aconteció me sacó de mi silencio.

—Han dicho que se pueden ver las estrellas fugaces esta noche, y pensaba que este sería un buen sitio para hacerlo en soledad, pero ¿quieres acompañarme? —me propuso.

¿Aquello era una broma?

—¿Quedarme aquí? —le pregunté al fin mientras intentaba

procesar sus palabras.

—Conmigo —asintió, mirándome con intensidad.

—¿Esto es algún tipo de mensaje subliminal para volver a lanzarte sobre mí y luego burlarte? —Pero algo me decía que hablaba en serio, y eso me sorprendía aún más.

Hugo sacudió la cabeza en gesto de negación mientras levantaba las manos.

—Prometo que no habrá ningún asalto.

Arqueé las cejas y algo debió de leer en mi expresión, porque volvió a hablar:

—Mira, sé que no nos soportamos. Tú no me gustas y yo a ti tampoco, pero también sé que, si te vas ahora, te perderás las estrellas fugaces.

—Las estrellas caen constantemente durante toda la noche —contesté sin ocultar que no lo comprendía.

—Pero son fugaces. Hay que verlas con tranquilidad, sin esa cantidad de gente rodeándote.

—Me iba a mi casa, no al pueblo. —¿Por qué insistía?

—¿Ya te vas a tu casa? —preguntó intrigado y con la sombra de una sonrisa.

—Mira, como bien has dicho, no somos amigos. Y ten por seguro que no quiero que lo seamos.

—Ten cuidado, Ginger. Puede que sueltes alguna cosa de la que luego te arrepientas.

Tras sus palabras, nos quedamos en silencio, estudiándonos, como si de un duelo de miradas se tratara. No comprendía por qué ahora, después de las terribles cosas que había dicho, insistía en que me quedara.

—Has sido un capullo —rompí el silencio.

—Y me he disculpado por ello —asintió, y yo bufé.

—Qué quieres que te diga, me ha sabido a poco.

—Así que eres de las que disfrutan cuando la gente se arrastra. Es una lástima. Mis disculpas eran reales. Vale que no nos gustemos, pero realmente no pienso eso de ti. Bueno, lo de que el rubio no sabe...

—Déjalo —lo interrumpí bruscamente—. No te he pedido en ningún momento tu opinión sobre nada. No la quiero.

Hugo guardó silencio, me evaluaba de un modo tan particular que me ponía nerviosa. Parecía que me traspasara la mente con la mirada, que conociera mis más oscuros secretos.

—¿Entonces? —soltó, aún sin despegar los ojos de mí.

—Entonces, ¿qué? —repetí sin entenderlo.

—¿Te quedas a mirar las estrellas?

Suspiré.

—Obviamente, no. No pienso quedarme a compartir un momento especial contigo.

La sonrisa de Hugo se amplió.

—¿Ver las estrellas es un momento especial?

Arqueé las cejas y lo señalé.

—¿Lo ves? Lo vuelves a hacer —puntualicé, conteniendo la indignación nuevamente—. Me faltas al respeto, te burlas de mis ideas...

—No me estoy burlando, tan solo desconocía que mirar las estrellas fugaces fuera algo especial e importante.

—Para mí lo es. Y, ¿sabes?, no pienso perder más tiempo con esta inútil conversación, porque quiero pedir mi deseo a la primera estrella fugaz que vea esta noche, y te puedo asegurar que no será estando...

Mientras hablaba, ya completamente exaltada, levanté la vista al cielo para enfatizar mis palabras. Sin embargo, y sin podérmelo creer, en el momento en que mi mirada se posó en el oscuro cielo —que se apreciaba con gran detalle por la falta de contaminación lumínica—, vi cómo el destello de una estrella fugaz lo recorría. Mi maldita primera estrella fugaz de la noche.

—¡Mierda! —chillé al tiempo que cerraba los ojos apretando los párpados.

—¿Qué pasa?

Oí que Hugo se me acercaba, pero le hice un gesto con las manos para que se callara.

Tenía que concentrarme y pedir mi deseo.

Quería, quería... quería mi historia de amor apasionada, mágica. Digna de convertirse en una película o, mejor, en un libro.

Mentalmente hice varias veces esa petición al universo, convencida de merecerlo y autoconvenciéndome de que eso no implicaba que Fran desapareciera de mi vida.

Sí, con él podía vivir mi gran historia de amor.

Abrí los ojos lentamente y descubrí una mirada como el hielo clavada en mí, con un brillo divertido que volvió a exasperarme.

—A veces las cosas no salen como uno quiere, ¿no? —preguntó sin borrar su sonrisa de medio lado.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —Una sonrisa chulesca recorrió su maldito rostro y lo empujé para apartarlo de mí, pues había aprovechado para acercarse mientras pedía mi deseo—. Buenas noches, Hugo.

No esperé a que respondiera, tan solo le di la espalda y me fui. No miré atrás ni quise meditarlo un solo segundo, porque mi corazón había dado un brinco al descubrirlo de nuevo tan cerca de mí, estudiándome con atención, y los escalofríos me habían recorrido de arriba abajo.

Sacudí la cabeza mentalmente. Ya bastaba.

Odiaba a Hugo y no merecía que le dedicara ni un segundo más en mis pensamientos.

Hugo

Hacía rato que habíamos dejado el pueblo. Los chicos, e incluso Raquel, se habían aburrido de la supuesta Noche de las Velas y me habían llamado para regresar.

Estábamos en la playa, alrededor de una hoguera improvisada con algunos botellines de cerveza y sin otra pretensión que disfrutar de la noche y de nuestra compañía.

Di una calada profunda al cigarrillo de liar mientras simulaba que escuchaba una de las anécdotas de César junto con Iván, quien no dudaba en intervenir cuando lo consideraba necesario. Sin embargo, la tranquilidad no duró lo suficiente, pues se nos acercó un grupo de gente. Eso no debería suponer ningún problema, salvo porque entre ellos se encontraba aquella morena, la antigua amiga de Ava...

La localicé rápidamente por sus sonoras carcajadas y los claros intentos de llamar aún más la atención de quienes la rodeaban; colgada del cuello de uno de sus nuevos amigos, parecía disfrutar de una de sus mejores noches. Signos evidentes, todos ellos, de lo colocada que estaba.

No la había vuelto a ver con Ava y su amigo, ni con ninguno de los de antes, por lo que suponía que aquella chiquilla ya había elegido su camino.

Seguí sus tambaleantes pasos —directos, a su manera— hacia Iván, que continuaba perdido en sus anécdotas; cuando lo alcanzó, inició un intercambio de palabras. Sin embargo, y como era ya común, Iván no le prestó demasiada atención. Su interés por ella había muerto hacía tiempo, y esta noche Raquel estaba con nosotros, por lo que él intentaría permanecer cerca de nuestra amiga, aunque no sirviera de nada. También era cierto que con Iván nunca se sabía, era una auténtica caja de sorpresas.

La morena recibió con dignidad el desplante y se centró en sus nuevos amigos —que la recibieron con los brazos abiertos— para pedirles el dinero que de inmediato ofreció con una gran sonrisa a Abel para comprarle la mierda que se meterían aquella noche.

—¿Esa no era la amiga de tu nueva amiga? —me preguntó con redundancia Raquel al sentarse a mi lado en la arena de la playa.

—¿Mi nueva amiga? —Arqueé la ceja al oír ese término.

Raquel me dedicó una sórdida sonrisa.

—¿De verdad te crees que no me había dado cuenta?

—Creo que te equivocas.

—Ya lo veremos —dijo, y me robó el cigarrillo—. El tiempo dará la razón a alguno de los dos.

—No tengo tiempo para esas cosas... Ahora menos que nunca —solté al final.

Raquel me estudió con interés mientras yo seguí mirando alrededor, a nadie en particular y a todos a la vez.

—Bueno, para eso siempre hay ocasión, queramos o no.

Miré a mi amiga y descubrí que ahora observaba a Iván hablando con Miriam, quien jugueteaba con su pelo, encantada por la atención recibida.

—Sabes que no está interesado de verdad... —dije en voz baja, para que solo ella me oyera en caso de que alguien se nos acercara.

Raquel negó sutilmente con la cabeza sin apartar la mirada de la escena.

—Debería ser más listo. Acabará cagándola. Dejará a alguna de esas chicas embarazadas o a saber... se cree que todo es un juego.

—Raquel, una sola palabra tuya, y no habría ni un juego más.

Esto último lo dije con conocimiento de causa. Conocía a mis chicos, pero en especial a Iván, Rubén y Raquel; eran prácticamente hermanos para mí, la familia que había elegido y que siempre escogería, por lo que ella sabía la verdad que había en mis palabras.

Raquel me miró y me devolvió el cigarrillo.

—Necesita madurar de una vez. Eso es lo que necesita. —Suspirando, se incorporó y se sacudió la arena de los *shorts* vaqueros—. Me voy a dormir, estoy cansada.

—¿Te acompaño? —me ofrecí.

—No hace falta.

Me guiñó el ojo antes de darme la espalda, y de nuevo me dejó solo con mis cavilaciones para unirse a los chicos.

No tardé en ver que Rubén se le acercaba, seguramente para ofrecerse a acompañarla al camping, pero Raquel volvió a rechazar tal ofrecimiento. Intrigado, estudié entonces a mi otro amigo y no pude ignorar el modo en que se quedó mirando a Raquel mientras ella se alejaba de todos.

Una sospecha comenzó a fraguar lentamente. ¿Es que quizá...?

—Hola, Hugo.

Al oír mi nombre, dejé de mirar a Rubén para toparme con unos ojos verdes rasgados y enmarcados por largas pestañas.

Miriam me observaba con una sonrisa dibujada en sus carnosos labios.

No contesté, tan solo la miré despectivamente de arriba abajo, esperando que captara el mensaje y no perdiera el tiempo conmigo, no lo iba a hacer.

No pareció entenderlo.

—¿Qué haces tan solo aquí?

Suspiré y apagué el cigarrillo.

—Ya me iba —le contesté, dispuesto a levantarme, pero Miriam tenía otros planes.

Se sentó a mi lado con las piernas cruzadas y se apartó la larga melena a un lado, seguramente se sentía irresistible.

—Todavía es muy pronto para irse a ningún lado, la noche es muy larga.

Entrecerró los ojos en un intento de lanzar una mirada seductora, y supe que pretendía ligar conmigo. Lo que me faltaba para rematar la noche.

Me levanté de la arena y Miriam se rio.

—¿De verdad? ¿Qué pasa, te doy miedo?

Al escuchar sus últimas palabras, el que sonrió fui yo.

—Ya te he dicho que me iba, como deberías hacer tú. Volver a la cama y, de paso, con tus amigos.

—Mis amigos están aquí. —Los señaló con un gesto de cabeza y yo asentí.

—Mira, no suelo dar consejos, pero, por una vez, voy a hacerlo contigo: deja de querer ser quien no eres y vuelve con tu gente. Esa de allí no se preocupa por ti, no son tus amigos de verdad. Solo son personas con las que pasar el rato; te diría que, más bien, para pasar un mal rato. Sé lista y pírate.

Su reacción no fue la que esperaba, pues soltó una sonora carcajada.

—¿De qué hablas? ¿Necesitas hablar? —canturreó,

excesivamente divertida, lo que me indicaba que todo era una tapadera.

Había aprendido que quienes solían exagerar las emociones de ese modo, lo hacían para ocultar otras.

Asentí lentamente.

—Entiendo —le dije, también con lentitud—. Tú sabrás con quién te juntas y la mierda que te metes.

—¿Me estás dando la charla por unos porros?

—Esos de allí... —Miré a su nuevo grupo de amigos—. No solo fuman porros, y esa mierda nueva con la que empezarás a jugar es adictiva. Mucho.

—Sé perfectamente lo que hago y dejo de hacer, pero gracias por los consejos.

La forma despectiva en la que me habló, incluso con rabia, me dijo todo lo que necesitaba saber: ante mí se encontraba alguien que lo tenía todo y pasaría a no tener nada.

Sin perder más el tiempo, me dispuse a alejarme, pero oí que se incorporaba torpemente con intenciones de seguirme.

—¿En serio te atreves a decirme eso tú? ¡Si sois todos escoria! —gritó a mis espaldas.

Me detuve abruptamente.

—Eso es lo que sois —se reafirmó, esta vez mucho más bajo.

Pero ya había captado la atención de todo el mundo, así que hice lo que tenía que hacer en esos casos. Busqué con la mirada a Rubén y Rafa y, tras un solo asentimiento, se dirigieron al grupo al que Abel había hecho la venta.

El revuelo se inició en cuanto mis chicos comenzaron a quitarles todo lo que habían comprado. Yo no tardé en unirme a ellos, por supuesto sacando de en medio a Miriam, y entonces aquellos tíos se dieron cuenta de que por culpa de su amiguita se quedarían sin mercancía y sin dinero.

Enseguida llegaron los empujones y las amenazas, una situación más complicada, sobre todo cuando el primer puño saltó directo a la cara de Abel. Algunas chicas de ese peculiar grupo gritaron cuando la pelea pasó a consistir en patadas y puños

lanzados con rabia, pero ellos estaban demasiado colocados para que resultara algo preocupante.

Vi que Rafa golpeaba duramente en el estómago a uno de los chavales más corpulentos dejándole sin respiración, y yo quité con suma facilidad a otros dos de encima de Abel.

—Fuera de aquí —solté sin miramientos y lanzando a uno de ellos varios pasos atrás.

—¡Os habéis quedado con nuestro dinero! —dijo otro mientras se limpiaba la sangre del labio, manteniendo la distancia.

—Llama a la policía y cuéntaselo —le propuso, divertido, César.

Yo no aparté la vista de ellos, que claramente se miraban preguntándose si podrían con nosotros, y, joder, por un momento quise que se atrevieran, pues eso me permitiría sacar toda la rabia acumulada.

Sin embargo, se lo pensaron mejor y se alejaron a la carrera, con las chicas corriendo tras ellos.

Miriam se marchó la última, y la vi perdida. Ella había desencadenado aquella situación insultándonos; sospechaba que le acarrearía problemas con sus nuevos amigos, pero se lo había buscado. Eso era lo que pasaba cuando te metías con nosotros. Aun así, habíamos sido benevolentes con ellos.

Entonces no pensé en las consecuencias que conllevarían aquella noche y aquel acto.

Abril de 2023

Ava

La camarera pasa a nuestro lado en su recorrido hacia la mesa de otros clientes, y me doy cuenta del vistazo descarado que lanza a Hugo, quien, como siempre, no se percata de ello.

A pesar del tiempo, hay cosas que no cambian.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta Hugo.

Yo niego con la cabeza y doy un sorbo al café, una excusa para esconder mi sonrisa.

—Nada. Solo... —Me encojo de hombros, y Hugo me mira intrigado—. Por cierto, ¿qué tal el trabajo?

No me atrevo a preguntarle por qué está aquí. A pesar de desconocer el motivo, hace tiempo que he aprendido a escuchar esa voz interior que nos habla, esa intuición.

—No me puedo quejar —responde.

Y asiento lentamente al comprender que no quiere compartirlo conmigo; lo acepto.

Ya no somos nada para que me explique...

—Todavía me cuesta asumir que es real, ¿sabes? —comenta entonces, cortando el hilo de mis pensamientos—. Y es que, si lo pienso, parece mentira. Es de locos que lo que sucedió diera pie a todo esto.

Asiento con una sonrisa, pues un sentimiento de orgullo me llena el pecho. Es imposible no emocionarme con ello.

—Luchaste duramente por ello, contra marea, contra toda la gente que no confiaba en ti, y eso tiene su recompensa.

Y es cierto. Luchó contra los prejuicios, luchó por un sueño que, además, fue mucho más allá.

Él no lo sabía entonces, pero el Hugo que conocí años atrás estaba hecho de sueños. Y eso fue lo que me enamoró de él.

—No tenía nada que perder, eso se convierte en una ventaja muy grande —dice.

Y me viene a la memoria el momento en que descubrí esa faceta suya, de cuando nuestras historias comenzaron a entremezclarse mucho más.

Agosto de 2011

Ava

El verano se me escapaba entre las manos sin que pudiera remediarlo; comprendía que no era como lo habíamos imaginado. A mi yo de aquel entonces eso le resultaba aterrador, pues empezaba a entender que la vida consistía en eso, en una sucesión de planes que no se cumplían como una esperaba.

Muy atrás quedaba esa idealización en que los tres juntos —Caleb, Miriam y yo— vivíamos alocados momentos dignos de los videoclips que veíamos en MTV.

Miriam estaba desaparecida hasta tal punto que ni siquiera nos cruzábamos ya por el pueblo; Caleb y yo sabíamos que no iba a volver. Aquello era demasiado doloroso, y a pesar de que no llegaba a entenderlo, ya lo tenía asumido.

—Hola, cielo, ¿no vas a salir hoy? —me preguntó mi madre mientras bajaba las escaleras.

Me encogí de hombros y continué haciendo zapping casi de manera inconsciente.

—No sé si me apetece mucho.

Ella se sentó a mi lado en el sofá del salón, donde me encontraba. Grace estaba arriba leyendo *Crepúsculo*, el libro que le había prestado ahora que comenzaba a engancharse a las novelas románticas; por lo poco que se la había visto por la casa, debía de gustarle.

—¿Y qué ves? —quiso saber mi madre.

—Nada en particular —contesté en un tono monocorde de aburrimiento.

—Entiendo. ¿Me dejas el mando un momento?

Se lo tendí con cierta desgana y, una vez que lo tuvo en su poder, apagó la tele.

—¡Ey! —me quejé al tiempo que miraba cómo lo dejaba sobre la mesita que había entre el sofá y el televisor.

—¿Qué te pasa, Ava? —Mi madre ignoró mis quejidos—. ¿Es por Miriam?

—¿Miriam?

—Sí, ayer su madre fue a la farmacia para comprar algunas

cosas y, por las preguntas que me hizo, me di cuenta de que Miriam no era sincera con ella.

—¿En qué sentido? —le pregunté, cruzando las piernas sobre el sofá.

Era enorme, algo viejo, pero la mar de cómodo. Hacía unos años, mi madre decidió cambiarlo, incluso le hicimos una fiesta de despedida —ya he mencionado que mi madre era muy dada a ese tipo de cosas—; no obstante, tras probar el nuevo, tan reluciente y bonito, lo devolvimos porque resultaba muy incómodo y recuperamos el viejo sofá, en el que cabíamos las tres juntas y —lo más importante— te podías dormir en él sin despertarte con una tortícolis grave.

Así que me acomodé en «la reliquia familiar», como lo nombraba mi madre porque ese sofá tenía más años que Grace y que yo. Más de una vez, mi madre incluso había insinuado que mi padre y ella habían concebido a una de nosotras en él, y siempre recibía como respuesta nuestros gritos y tapadas de oídos.

—Seguís sin veros, ¿no? —quiso saber mi madre, y yo asentí —. Pues me parece que su madre no lo sabe.

Torcí el gesto y mi madre suspiró.

—Bueno, me imagino que tarde o temprano se dará cuenta —murmuré.

Yo no pensaba confiar a su madre las nuevas costumbres de Miriam, ni las que conocía ni las que sospechaba.

Algo en la mirada de mi madre me tensó.

—¿Mamá? —comencé, preocupada y con claras sospechas.

—¿Mmm? —Se hizo la interesante.

—¡Mamá, dime que no! —Alarmada, me incliné hacia ella, e hizo un aspaviento.

—¡Claro que se lo he dicho! ¿Cómo me iba a callar una cosa así, Ava?

Me llevé las manos a la cabeza como gesto de abatimiento tremendista.

—¡Mamá! ¡Dirá que soy una chivata! —exclamé—. ¿Qué le has dicho exactamente?

—Poca cosa...

Se levantó del sofá, de pronto le urgía recoger las cosas esparcidas en el salón.

Sabía lo que eso significaba. Que se lo había contado todo.

—Mamá, ¿¡en serio!? —la regañé.

Me miró cruzada de brazos.

—¿Qué iba a hacer? Por un momento me he puesto en la piel de esa mujer, y creo que mi deber como madre y nuestro *código de madres* es ayudarnos. Avisarla de que su hija ya no va con la gente con la que ella cree.

Me dejé caer sobre el respaldo del sofá sin ocultar el fastidio.

—Creo que no existe ningún «código de madres» —le reproché.

—Por supuesto que lo hay. Ya te lo digo yo.

—Solo espero que ahora Miriam no venga a acusarme de nada —murmuré—. Es lo último que me faltaba para rematar el verano.

—A eso quería llegar yo, ¿qué te pasa? —Se olvidó de las cosas alrededor y se sentó de nuevo—. ¿Pelea con Fran? Con Caleb, ¿todo bien?

—Con Caleb, todo bien. Hoy estará con Karl. De hecho, me han invitado a acompañarlos, pero no me apetece ser una sujetavelas. Además, creo que lo mejor es que disfruten de su tiempo solos; sabiendo que Karl se irá de España en breve...

Mi madre asintió con una sonrisa. Hacía unas semanas que había conocido a Karl y le había otorgado el «sello de calidad», como ella lo llamaba; así se refería al hecho de que alguien le gustaba.

—Entiendo, así que la cosa va sobre Fran, de quien casi no hablas, ni invitas a casa... —dejó caer, y yo me mordí el labio—. ¿Qué pasa, cielo? Sabes que puedes hablar conmigo de todo, ¿verdad? Incluso si es de...

—No es nada de sexo —la interrumpí, y me noté las mejillas sonrojadas.

En el poco tiempo que llevábamos juntos, la palabra «sexo» no había aparecido en mi mente. Sé que en la suya sí, pero ¿en mí?

Nada de nada. Y eso... me preocupaba. Ahora mismo se suponía que debía convertirme en un alboroto de hormonas.

—¿Así que sigues siendo virgen? —Mi hermana pequeña hizo acto de presencia del modo más encantador.

—¡Grace! —grité yo al tiempo que le lanzaba un cojín en un intento absurdo de derribarla.

—Grace —la advirtió mi madre en un tono de voz completamente distinto al mío, pero que dejaba claro el propósito.

Sin embargo, haciendo oídos sordos, mi hermana se nos acercó tan pancha agarrando aún el libro de portada negra con aquellas manos blanquecinas que sujetaban una manzana.

—¿Qué? —preguntó Grace mientras se apartaba el indomable pelo a un lado. Tuvo la caradura de mostrarse sorprendida por la reprimenda—. No he dicho nada malo. Eres virgen, yo también. Fin del cuento.

Se dejó caer a mi lado; con la súplica en la mirada, fijé la vista en mi madre en busca del permiso para ahogarla.

Por supuesto, mi madre negó con la cabeza e intervino de otro modo.

—Cariño —dijo a mi hermana—. Hay que tener más tacto al decir las cosas, en esta vida.

Grace puso los ojos en blanco, y de nuevo se centró en mí.

—No entiendo por qué tienes que darle tantas vueltas al asunto —continuó mi hermana—. Fran no te gusta. Si no, estarías todo el rato con él, suspirando por su presencia y pensando en él las veinticuatro horas del día, como... —Grace dejó escapar el aire con dramatismo, y, sincronizadas, mi madre y yo arqueamos una ceja.

—Vemos que alguien está... —quiso tantear mi madre.

Pero mi hermana se encargó de terminar la frase por ella.

—Enamorada. —Grace suspiró de nuevo y abrazó el libro con fuerza.

Sonreí al sospechar quién era el objeto de dichos suspiros. Mi madre me miró con una gran sonrisa.

—¿Se lo decimos ahora o esperamos a que empiece el segundo

libro?

—¿¡Qué!? —Mi hermana se levantó como un resorte, su gesto era de terror absoluto—. ¿Le pasa algo a Edward?

—Tendrás que leerlo para averiguarlo —continuó pinchándola mi madre.

Grace se levantó por completo del sofá, casi como si la casa estuviera en llamas, y subió las escaleras como alma que lleva el diablo.

—Bien, así tendremos otro ratito sin sus alocadas aportaciones —dijo mi madre.

—¿Crees que es consciente de que lo normal a los catorce años es seguir virgen? —le pregunté un tanto preocupada por los últimos comentarios de mi hermana pequeña.

Mi madre se rio.

—A tu hermana todavía le queda un tiempecito para esas cosas, aunque cada persona es un mundo; cada uno tiene sus tiempos, y experiencias diferentes.

La miré sorprendida.

—¿Cómo puedes insinuar tan tranquila que Grace puede tener sexo en cualquier momento?

—Bueno, creo que os he educado a ambas dándoos los conocimientos necesarios sobre este asunto, cielo. Disponéis de las herramientas suficientes para emitir vuestros propios juicios y para tener la seguridad de hacer las cosas bien, sin arriesgar la salud; así que, en ese aspecto, mi trabajo está hecho. De todos modos, tu hermana ha aparecido suspirando por un ficticio vampiro que brilla cual diamante bajo la luz del sol. Algo me dice que aún falta tiempo antes de que venga a vanagloriarse de haber perdido su virginidad.

Sonreí, porque, sí, a Grace le pegaba anunciar por todo lo alto aquel hecho, llegara cuando llegara. Tras unos segundos, mi madre se centró de nuevo en mí.

—Pero ¿sabes qué? A pesar de las tonterías alocadas que a veces puede soltar Grace, está bastante cerca de la realidad. Sospecho, y corrígeme si me equivoco, que tu historia con Fran no

está siendo como pensabas que sería.

Miré a mi madre; por un momento estuve tentada de negarlo todo, pero me sentía cansada.

—¿Tan evidente es?

Mi madre frunció los labios, como si intentara callarse algo que pudiera ofenderme, y entonces entendí que sí lo era, y mucho. Ella guardó silencio y pasó lo que tenía que pasar: lo llené yo.

—Este verano está siendo un desastre. Primero, lo de Miriam, por más que intente encontrarle un sentido, no lo logro. ¡Éramos grandes amigos los tres! Los mejores, y en tan solo unas semanas se ha convertido en una extraña, mamá. ¡En unas semanas! Está juntándose con gente con la que nunca hablábamos... y no parece que ella nos eche de menos. —Tras una pausa para coger aire, volví a hablar—: Me imagino que ella sí que está disfrutando de su verano diferente. Caleb también parece muy feliz, y me alegro por él, claro que lo hago, aunque me da rabia que no pueda ir cogido de la mano con Karl por el pueblo, por ese miedo que, ¡sorpresa!, ¡tampoco entiendo! —Ante la atenta mirada de mi madre, continué hablando atropelladamente—: ¿Por qué esos prejuicios? ¿Por qué? ¿Qué diablos le ocurre a la gente? Y, luego, Fran, el mayor de los misterios, porque estar con él no es... —Me callé abruptamente, era consciente de que lo estaba a punto de decir, y miraba asustada a mi madre.

—¿«Estar con él no es...»? —me animó ella.

Y yo detuve la respiración.

¿Qué mierda había estado a punto de decir?

Negué con la cabeza, pero di una respuesta:

—No es como había imaginado que sería. No es emocionante, no...

—No bailan las mariposas con las luciérnagas, ¿no?

La miré con una sonrisa de tristeza, pues había entendido a la perfección lo que quería decir.

—Exactamente —asentí, y dejé que me rodeara con el brazo para acercarme a su cuerpo.

Sentí un beso sobre la coronilla.

—Me encantaría darte las respuestas, pero no las tengo, y es lo peor, porque ojalá pudiera brindarte todas las soluciones.

Hice una mueca tristona.

—No pasa nada, mamá. No puedes batallar siempre contra el mundo por nosotras.

—Debería ser posible, de hecho, debería estar prohibido que una madre sea incapaz de hacerlo. Pero te diré algo: con la experiencia, irás aprendiendo cosas que ni siquiera yo misma sé. La vida pone distintas lecciones en tu camino, y no son las mismas para todo el mundo, aunque algunas se repitan. Así que, si una persona se aleja de tu vida, déjala y recuerda los buenos momentos que compartisteis; si el mundo todavía no está preparado para aceptar una historia bonita, ellos se lo pierden, pero no significa que no lo estés disfrutando. El hecho de que algo no tenga audiencia no significa que no sea mágico. Y si no lo es... —Mi madre me miró entonces elocuentemente—. No hay que forzarlo.

Sabía que eso último iba por Fran y por mí. Me giré para mirarla a esos ojos marinos, como los míos.

—Pero ¿cómo me he podido equivocar tanto? Pensaba que sería...

Mi madre sonrió.

—No te has equivocado en nada, Ava, tan solo estás aprendiendo.

—Es una mierda —me quejé.

La sonrisa de mi madre se amplió.

—Créeme, es lo más emocionante.

Me guiñó el ojo y se incorporó.

—No sé qué hay de emocionante en advertir que no tienes ni idea de nada —murmuré malhumorada.

Y, con ello, mi madre sonrió aún más.

—Lo emocionante llegará cuando descubras eso que buscabas sin creer que lo encontrarías. Tus mariposas con las luciérnagas.

Me quedé callada, pues un chispazo me había atravesado el estómago. Un recuerdo intenso, de algo que me había propuesto no recordar. Porque ese beso en la oscuridad no pasó. No sucedió.

—Entonces... ¿me haces el favor?

—¿Eh? —le pregunté, confundida. Según parecía, había seguido hablando, y yo no la había escuchado.

—Te decía que si puedes salir a buscar helado. Podemos tomarlo en la piscina las tres y disfrutar de esta noche, si logramos que Grace se separe del vampiro.

—¿En serio? —protesté.

—Venga, anda. Te irá bien un paseo, luego podemos debatir cuál es la mejor manera de cortar con Fran.

Sorprendida, la miré.

—No me mires así, no tendrás al pobre dándole esperanzas cuando no las hay. Debes enfrentar las cosas, pero, primero, el helado, por favor.

Me tendió el dinero con solemnidad para que fuera a por el dichoso litro de helado. No tenía otra alternativa que acceder.

Ava

Tras esperar mi turno en una inmensa fila para conseguir el litro de helado, volví sobre mis pasos; esquivando a la gente, leí un mensaje de texto de Caleb: me contaba los planes que tenían él y Karl para esa noche, y me hacía prometer que por la mañana quedaríamos en la playa para pasar el día.

Mientras le contestaba al mensaje prometiéndole que nos veríamos, algo —o, más bien, alguien— llamó mi atención.

Por un momento me quedé congelada, me detuve abruptamente entre el gentío, ajeno a la aparición de un solitario Hugo en mi campo de visión tras varias semanas sin verlo; en concreto, desde el encontronazo durante la Noche de las Velas.

El corazón me golpeó con fuerza el pecho mientras observaba cómo atravesaba la calle Indalo esquivando a la gente con

facilidad y rodeado de su aura misteriosa. Estaba solo, sin el grupo, y parecía tener prisa.

Lo más sensato habría sido ignorar que lo había visto, seguir mi camino a casa. Sin embargo, no lo hice, porque en tal caso no habría una historia y porque, aunque no quisiera reconocerlo, algo de él me llamaba como el canto de las sirenas; algo que empujó lejos la idea de volver directamente a casa. Lo seguí sin más. Necesitaba saber adónde iba.

¿Por qué, esa curiosidad?

Tendría que haberme hecho esa pregunta desde el principio, pues estaba claro que Hugo no me era tan indiferente como me repetía a mí misma. Pero no lo hice, tan solo seguí sus pasos como... como las locas, porque ¿qué pretendía? Estaba siguiendo a Hugo, el maldito líder de los Kaura, que quizá acudía ahora a algún trapicheo peligroso. Y ahí me encontraba yo, siguiéndolo. No obstante, me prometí a mí misma que cuando se alejara del centro o viera algo raro, daría media vuelta.

Solo quería saber adónde iba.

Intenté descubrir alguna pista en su modo de caminar o incluso en lo que llevaba encima. Estudié con ojo clínico la bandolera que le colgaba del hombro izquierdo. La tela oscura estaba estropeada, indicaba el paso del tiempo o el machaque por el uso, pero poco más podía sacar de eso.

Hugo caminaba con cierta prisa, dobló por la empinada calle Arrabal. ¿Estaba saliendo del pueblo?

Escondida tras un puesto de pulseras de cuero en la calle contigua, justo al lado del arco de la Puerta de la Ciudad que me llevaría a seguir los pasos de Hugo, maldije para mí mientras me debatía entre seguirlo o no.

¿Qué debía hacer? Me mordisqueé una uña mientras simulaba que miraba las pulseras, aunque en realidad no quitaba ojo de la silueta de Hugo, que estaba a punto de desaparecer de mi vista.

«A la mierda», me dije, y retomé la marcha. Como decía mi madre muchas veces, «si nadie se entera, nada se tiene que arruinar». Sí, en otras ocasiones le había recriminado que soltara

ese tipo de comentarios, pero ahora me venía como anillo al dedo.

Bajé por la calle sin pensarlo más, doblé la abrupta esquina de la carretera de la Fuente, donde había visto a Hugo. Sin embargo, no llegué muy lejos, pues choqué contra un muro de músculos que me sujetaron y me empotraron contra la fachada de una de las casas de la estrecha calle, casi desierta.

Antes de que pudiera entender bien qué acababa de suceder, una profunda voz me llegó, y advertí que me había pillado.

—Vaya, Ginger, así que ahora te da por seguir a la gente.

Su mirada de ojos azules se clavó en los míos, quitándome el poco aliento que me quedaba.

«Mierda».

Hugo

Esa situación era jodidamente surrealista. El día había resultado tan largo que ahora me arrastraba hacia el taller, en un intento por despejar mi mente con una sesión nocturna; de pronto vi por el rabillo del ojo una cabellera como el fuego. Por un momento pensé que eran imaginaciones mías, pero, no, Ava me estaba siguiendo, y aquí la tenía, arrinconada por mi cuerpo mientras intentaba forcejear y soltarse, algo que no le permitiría. Lo tenía claro.

Aquello era de locos, pero tras doblar diversas calles y ver que me seguía a una distancia prudencial, no necesitaba que me aclarara nada para comprender qué estaba haciendo.

—¡Suéltame! —murmuró entre dientes.

Supe que le preocupaba llamar la atención de algún transeúnte.

—¿Y eso? Por el modo en que me seguías, me ha dado la impresión de que querías decirme algo con urgencia, Ginger. —Le dediqué una sonrisa amplia, divertida; ciertamente, en parte me

resultaba intrigante.

¿La pelirroja, persiguiéndome?

—Y yo que pensaba que no te caía especialmente bien... —la pinché con mis palabras.

Volvió a sacudirse en un intento de escapar, y eso provocó que ciertas partes de nuestros cuerpos entraran en contacto.

—Shhh —le siseé—, deberías parar. Como sigas así, Ginger, la cosa se va a poner interesante, y delante de toda esta gente.

Mis palabras surtieron efecto. Se quedó quieta, completamente congelada. Yo, sin embargo, mantuve con el agarre nuestros cuerpos conectados. Y eso se convirtió en una nefasta idea cuando levantó la vista hacia mí. Cuando me miró con esos ojos azules, juro que me sentí como si me golpearan duramente. Estaba preciosa, el pelo suelto le enmarcaba el rostro, y llevaba un sencillo vestido que dejaba sus piernas al descubierto, esas que me había imaginado rodeándome mientras le hacía todas esas...

—¿Vas a soltarme en algún momento?

La dureza de su voz me devolvió al presente, y la realidad de los pensamientos que había estado maquinando en mi mente hicieron que la soltara como si de fuego se tratara.

—¿Qué hacías siguiéndome? —quise saber, borrando cualquier atisbo de sonrisa.

—No te seguía.

La mentira le salió sola, y yo arqueé la ceja dejándole claro que no me la iba a tragar y que tampoco se la pasaría por alto.

—Buen intento, Ginger. Pero tienes que trabajar más en tus mentiras. —Me incliné hacia ella, satisfecho cuando vi que cogía aire—. Se huelen desde esta distancia.

Sin poderlo evitar, la miré a los labios, pero me obligué a desviar la vista enseguida.

—Iba a mi casa, ni siquiera sabía que estabas aquí —respondió, rauda.

Y yo asentí, acompañándome de un gesto de la mano para que me adelantara.

Así que prefería continuar con la farsa. Dos pueden jugar a ese

juego.

—Perfecto, pues adelante. Sigue con tu trayectoria.

Ava se cruzó de brazos sin moverse ni un milímetro, como suponía que iba a hacer, y no tardó en lanzar dardos envenenados.

—No, gracias. Puede que me sigas, y no quiero que descubras dónde vivo.

Su respuesta me descolocó porque no me la esperaba, y, joder, me dolió, pues dejaba entrever que yo siempre sería eso, para ella y para todo el mundo: el tipo peligroso del que no te debías fiar.

Aspiré por la nariz y cuadré la mandíbula, había captado el mensaje.

—Entiendo. —Mi sonrisa, ahora, fue ácida—. ¿Tienes miedo de alguna visita por allí? —Acentué el gesto—. Puedes estar tranquila; de hecho, te daré una pista, Ginger: no me interesa saber dónde vives ni nada relacionado contigo.

—Bien. —Ava hizo una mueca que no supe interpretar, tampoco hacía falta.

—Bien —repetí, sin ocultar que su comentario me había sentado mal—. Gracias por la interrupción, pero tengo cosas que hacer.

Nos quedamos en silencio, observándonos mientras los transeúntes pasaban de largo como si nada. Y, joder, una rabia que no comprendía me recorría por las venas, como puro veneno en las entrañas.

Nunca me había afectado este tipo de cosas; no entendía por qué hoy era distinto, y menos aún al tratarse de las palabras de aquella niñata que tenía delante.

—Adiós, Ginger. —Decidí dejar de perder el tiempo y descargar la energía en cosas que merecieran la pena.

Sin mirarla más, retomé el camino. Sin embargo, me detuve de nuevo, esta vez, por un motivo muy diferente.

Ante mí, a escasos metros de distancia y frente a la puerta del taller, vislumbré que alguien me esperaba.

Conectamos con la mirada, era testigo de su presencia, y algo me dijo que llevaba tiempo esperándome.

Finalmente, me alejé de la pelirroja para encontrarme con ella, Lara.

Ava

Me quedé congelada mirando cómo Hugo se marchaba sin prestarme un segundo más de su tiempo, y pronto descubrí el motivo, que seguramente era el mismo por el que había estado recorriendo las calles con tanta prisa.

Desde donde estaba, estudiaba a la chica con la que se encontró; no pude ignorar el modo en que ella le sonrió. Aunque no veía la expresión de Hugo porque él permanecía de espaldas, observé que con la mano buscaba el brazo de ella para invitarla a entrar en el edificio. O no, porque se quedaron hablando en el umbral.

¿Quién era? No me sonaba de haberla visto con su grupo, aunque sí en el instituto. Al observar esa larguísima melena rubia clara que le llegaba más allá de la delgada cintura, reconocí a Lara, quien, si no me equivocaba, iba dos cursos por debajo del mío. Era una chica callada, por lo general se la veía sola por los pasillos del instituto.

«¿Es que quizá Hugo y ella han comenzado a salir?». Inevitablemente, me hice esa pregunta. No obstante, no se habían saludado con un beso ni ninguna otra muestra de cariño, así que no parecía muy probable, ¿no? Además, ¿qué había detrás de esa puerta? Hugo no hacía amago de entrar y algo me decía que allí...

«Ava, ¿qué estás haciendo?», me recriminé a mí misma.

Decidí reemprender la marcha y dejar de parecer una acosadora, y, de paso, tragar esa sensación amarga que se me había instalado en la garganta.

Anduve sin levantar la mirada, y pasé por delante de ellos.

Estaba siendo una necia conmigo misma, porque, a pesar de todo lo sucedido con Hugo —aquel encontronazo en el baño y el modo como había terminado, o sus duras palabras la última vez que nos vimos—, una parte de mí se había estado preguntando cosas inapropiadas sobre el líder de los Kaura. ¿Por qué me tenía que recordar eso sin cesar?

Mientras regresaba a casa con el helado que ya chorreaba a través de la tarrina dentro de la bolsa de plástico, me hice una promesa a mí misma: dejaría de tener peligrosos pájaros en la cabeza, disfrutaría de las últimas semanas que quedaban del verano y, por supuesto, nos daría una oportunidad a Fran y a mí.

Era el chico con el que siempre había soñado, tenía que ser mi gran historia. Lo iba a ser.

Estaba convencida de ello.

Hugo

—Lara, ¿qué haces aquí? —le pregunté en cuanto la alcancé.

Me dedicó una de sus sonrisas; aunque intentaba controlarlo, la delataba el brillo de sus ojos marrones.

—Tan solo estaba paseando y, bueno, me he dado cuenta de que había llegado aquí. Me he imaginado que estarías...

—Ya, mira, no es buen... —la interrumpí.

Pero ella volvió a hablar.

—Sí, he visto que venías acompañado. No lo sabía, perdona.

Entendí que se refería a Ava, seguramente había presenciado nuestro encontronazo.

Quiso alejarse para ocultar —muy mal— lo dolida y cortada que se sentía. Suspiré y la sujeté del brazo, con el propósito de impedir que se marchara.

—No has visto nada. Lo de esa chica ha sido un malentendido.

No es nadie. —Odiaba hacerle daño, y más por algo que no era.

—Oh —dijo únicamente, con las mejillas teñidas de un leve sonrojo.

La escruté y me maldije por no ser lo que ella quería. Lara estaba fuertemente interesada en mí desde que éramos unos críos, sobre todo ella, pues yo tenía cinco años más; pero nunca la había correspondido. Siempre había sido una chiquilla dulce, y ahora ya se atisbaba la mujer en la que se convertiría, pero a pesar de saber que sería una belleza, no sentía lo mismo por ella.

—Vamos, si quieres te acompaño a casa —me ofrecí.

Ella negó con la cabeza sacudiendo la dorada melena.

—No, sé que venías a trabajar y que te gusta estar solo. Yo... —Se mordisqueó el labio, contrariada—. Yo me voy ya. Solo había pasado a saludarte.

Su mirada titubeante me buscó para dedicarme una rápida sonrisa antes de alejarse de mí.

—Pero... —intenté protestar.

Lara me dedicó un gesto de despedida sin permitir réplica alguna.

La observé mientras se iba. Sabía que era lo mejor; si la acompañaba, avivaría esos sentimientos e ideas que no debía tener por mí. Con lo capullo que estaba siendo, me imaginaba que tardaría poco en ver que realmente no merecía la pena.

En absoluto.

Eché entonces un vistazo por encima del hombro, justo donde cierta pelirroja y yo habíamos discutido.

No había rastro de ella.

Ava

—Entonces ¿me vas a echar de menos?

Su voz me llegó como un ronroneo que me hizo sonreír.

Abrí los ojos e incluso levanté las gafas del sol para dejármelas apoyadas sobre la cabeza.

Fran me dedicó una sonrisa traviesa desde el agua de la piscina.

—Mmm, no sé —le contesté, juguetona—. Depende del regalo que me traigas de Malta.

—¿«Regalo»? —repitió Fran sin borrar su sonrisa y haciéndose el sorprendido.

—Claro, el que se va de vacaciones siempre tiene que traer un regalo.

Fran apoyó los brazos sobre la colchoneta donde estaba tumbada, el resto de su cuerpo seguía sumergido. Estábamos en la piscina de mi casa —mi madre, a punto de terminar el turno en la farmacia— y a cargo de Grace, que llevaba rato desaparecida y merendaba mientras veía algunos capítulos de *Buffy, cazavampiros*.

—Es injusto, yo no tendré regalo porque no te vas de vacaciones —se quejó Fran.

Yo me reí.

—Creo que lo superarás, después de los diez días en Malta.

—Pero voy con mis padres... y no estás tú. —Esto último lo susurró y su sonrisa se torció dulcemente.

Fran solía decir las cosas perfectas en el momento justo. Había decidido darnos una oportunidad, y desde que dejé de machacarme mentalmente, las cosas fluían con tranquilidad, y, bueno, eso me gustaba.

Era atento, cariñoso y guapísimo.

—Pero cuando vuelvas, estaré aquí esperándote —le recordé, revolviéndole el pelo mojado.

—Eso espero —contestó.

Pero antes de que pudiera añadir algo, se hundió bajo el agua con la mala idea de volcar mi colchoneta, y lo consiguió.

Caí con nula resistencia junto con un chillido un tanto patético, y el agua fría me tragó entera. Cuando salí a la superficie, los

labios de Fran me atraparon.

—Te voy a echar de menos —murmuró cuando nuestros labios se separaron y me observó con intensidad—. Cuando vuelva, creo que el reencuentro será interesante.

Ante el jugueteo de su sonrisa junto al movimiento de sus cejas, tuve que reírme, aunque cuando sus manos me rozaron la parte superior del biquini, cesaron las risas.

Fran era cauteloso, pero poco a poco iba subiendo la intensidad, y eso... eso me gustaba. Una sombra de culpabilidad me decía que él había interpretado mi ausencia en la fiesta a oscuras como un miedo virginal; sin embargo, yo intentaba ignorar ese pensamiento y disfrutar lo que estaba viviendo.

—¿Recuerdas que cuando vuelva estaré solo en casa unos días más? —me preguntó a escasos centímetros de la cara.

Sin saber cómo, habíamos acabado arrinconados contra el borde de la piscina.

—Sí —asentí, chocando nuestros labios.

—¿Te quedarás a dormir, al final?

Como respuesta, lo besé. Sí, me quedaría a dormir con él. Creo que era el paso que necesitaba nuestra relación. Fran respondió al beso con ganas, su lengua se puso a juguetear con la mía, pero mantenía las manos apoyadas en mi cintura, sin moverse ni un centímetro más.

Quizá si me moviera un poco, podría conseguir que...

—Por favor, no queráis ser los próximos protagonistas de *Teen Mom*,[3] ¿vale?

Al oír la voz de mi hermana Grace, ambos nos separamos de un brinco.

—¡Grace! —la regañé por la insinuación.

Y como respuesta tan solo puso los ojos en blanco mientras se sentaba en el borde de la piscina.

Mamá había aceptado a Fran con su cariño particular, pero Grace no. No sabía por qué, pero no lo acababa de aceptar. Sus bromas eran especialmente ácidas, y yo casi siempre tenía miedo de que se sintiera ofendido, pero Fran tan solo hizo unas brazadas

para acercárseme de nuevo y salpicar a mi hermana con diversión, quien le dedicó una correcta sonrisa.

—¿Te quedas a cenar? Mamá estará a punto de llegar —quiso saber Grace mirando a Fran, que negó con la cabeza.

—No, ya me gustaría, pero me tengo que ir ya. Como no esté en mi casa preparando la maleta, mi madre me asesina.

Mi hermana asintió sin añadir palabra mientras Fran se me acercaba para despedirse. Lo mejor era acompañarlo a la puerta, y fue lo que hice. Me dedicó algunas palabras dulces y prometió enviarme mensajes en los que me contaría qué tal todo por allí. Cuando volví a la terraza, donde sospechaba que seguía mi hermana, la fulminé con la mirada.

—¿Qué narices te pasa con Fran?

Grace me observó con sus oscuros ojos antes de hablar y soltarlo todo:

—Que no me gusta; por lo menos, no para ti.

No me sorprendió. La conocía mucho para saber que siempre lanzaba respuestas directas, ya desde bien pequeña.

Suspiré y me senté a su lado en el bordillo de la piscina, esperando que en cualquier momento apareciera mi madre.

—¿Y por qué no te gusta?

Grace desvió la mirada y se puso a mover las piernas en el agua. Llevaba la melena recogida en dos gruesas trenzas, tenía tal cantidad de pelo que parecía que se le iban a soltar en cualquier momento.

—No eres tú, con él. Cambias.

Cuando dijo eso la miré extrañada.

—¿Qué dices? —le pregunté.

—Lo que oyes. Es como... no sé explicarlo. —Se encogió de hombros—. No eres tú y ya está.

Ojalá hubiera podido rebatir sus palabras, pero me quedé muda, incluso pensativa. Había decidido hacer las cosas bien, pero ¿eso implicaba entonces no ser fiel a mí misma?

Ava

Un pensamiento que siempre me ha rondado es en qué punto quedan los momentos previos a un suceso importante en nuestras vidas. Sé que poca gente piensa en ello, pero yo siempre lo he hecho. Cuando nos dan una notica que cambia nuestras vidas u ocurre ese acontecimiento determinante que no permitirá una vuelta atrás, la gente no suele detenerse a pensar qué estaba haciendo unas horas antes de que le anunciaran aquella terrible noticia o, al contrario, antes de que le contaran que había conseguido eso por lo que llevaba tiempo luchando. Yo siempre he recordado los momentos previos. Siempre. Y además me he detenido a analizarlos.

Quizá sea una manera de regodearme en la absurda y pasajera paz que tenía antes de que todo se desatara, en esa santa ignorancia de lo que se avecina, pues, como dicen, a veces la ignorancia es fuente de felicidad, porque, sí, lo que normalmente nos impacta y cambia son noticias que desatan un futuro muy distinto al momento anterior. Un futuro en el que, en ocasiones, te preguntas si podrías volver a ese punto que le precedió para percibir, aunque sea, una señal...

En definitiva, a ese pensamiento le he dado más vueltas de las que querría admitir. Desconozco por qué lo he hecho siempre, pero es algo que me ha acompañado; por tanto, puedo asegurar sin ningún ápice de duda que sería capaz de relatar con exactitud los detalles de las fiestas de esa noche del verano que tanto nos cambió.

Recuerdo que Caleb y yo caminábamos animados hacia la plaza, donde la feria ya había empezado. Esa noche no teníamos hora de llegada para volver a casa, pues mi madre también estaría por las fiestas con algunos amigos y con Grace, quien, a su vez, había quedado con las amigas.

Caleb estaba animado porque Karl había alargado su estancia

en el pueblo unas semanas más. Su historia era intensa, bonita, y, aunque la mantuvieran en secreto, nadie podía borrar el brillo de ilusión en los ojos marrones de mi mejor amigo.

Yo me sentía preparada para pasármelo bien, bailar hasta que me dolieran los pies y acostarme a la salida del sol. Si podía ser en la playa, mejor.

Hacía unos minutos había recibido un mensaje de Fran. Quedaban cuatro días escasos para que volviera, y podía asegurar sin ningún atisbo de duda que tenía ganas de verlo. El verano terminaba, sí, pero por fin sentía que estaba siendo maravilloso.

Enseguida nos vimos envueltos por la gente, las carpas blancas y los banderines de colores sobre nuestras cabezas. Nos fundimos con la música, las risas y las conversaciones, mientras Caleb nos guiaba con paso firme hacia nuestro grupo.

Los saludé a todos, respondí las divertidas preguntas de Adrián sobre Fran, bailé con las chicas y brindé con Caleb innumerables veces, riéndome a carcajadas por sus estrambóticos pasos de baile.

Recuerdo que en algún momento apareció Grace con sus amigas, incluso mi madre, aunque lo hizo para despedirse y pedirnos que tuviéramos cuidado aquella noche.

«Cuidado». ¿Cuidado de qué?, si éramos los dueños de esa noche.

Debían de ser las dos de la madrugada, Caleb y yo nos estábamos sirviendo un poco más de calimocho en los vasos de litro.

—¿Y Karl? —pregunté a Caleb, haciéndome oír por encima de la música.

—Hoy le tocaba trabajar, así que estará a punto de salir —me contestó mientras consultaba su móvil.

Choqué nuestras caderas.

—Qué bien.

—¿Qué bien? —me preguntó Caleb, mirándome extrañado.

—Que qué bien que apareciera, y verte tan feliz.

—Ya era feliz antes de que llegara —dijo.

Yo sacudí la cabeza y lo obligué a bailar de nuevo poniéndole las manos sobre los hombros.

—Sabes a qué me refiero.

—Creo que sí.

Caleb buscó con la mirada entre la gente de al fondo, y cuando me volví para saber a quién observaba, descubrí que Karl se hacía hueco entre la gente; por sus gestos, claramente buscaba algo, entonces miró hacia nosotros.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del alemán, que se detuvo nada más descubrirnos. Solo desvió la mirada para coger el móvil y escribir. Caleb sacó enseguida su teléfono, pues Karl le había escrito un mensaje.

—Me dice que en media hora estará en las carpas de atrás, en la zona de... —comenzó a explicarme.

Pero yo le sujeté la mano, tapando el móvil.

—Caleb, no lo sigas haciendo. —Mi amigo me miró cuando dije eso. La gente nos rodeaba, brincaban y bailaban animados—. No te escondas. Lo quieres, y él a ti.

—Pero la gente...

—A la gente que le den —solté, y me sorprendí de mi modo de hablar, pero no podía soportar verle cauto, escondiéndose—. Estáis a un beso de ser imparables —le prometí con una sonrisa, y Caleb me la devolvió antes de mirar de nuevo a Karl.

—Sí, joder. Sí.

Es lo único que dijo antes de separarse de mí y dirigirse hacia ese muchacho rubio que lo observó intrigado cuando lo descubrió acercándosele.

Se hizo hueco entre la gente para llegar hasta Karl con determinación, y cuando lo alcanzó, intercambiaron muy pocas palabras. Esta vez eran más importantes los hechos.

Mi sonrisa no pudo ser más grande cuando vi cómo Caleb

besaba a Karl delante de todo el mundo, sin importarle nada, sin dudarlo más.

Tan solo siendo ellos.

Siendo libres.

Hugo

Dejé que fluyera, que saliera todo lo que llevaba guardado. No resultaba fácil, nunca lo era, pero sí el único modo de conseguir que saliera, que traspasara las palabras y tomara forma. Y eso me llenaba como ningún otro gesto.

Mis manos se movieron casi sin que yo fuera consciente de ello, casi sin prestar atención a mis gestos. No había nada más, salvo mi mente, yo y toda la jodida rabia que tenía encima.

Pero no dejaría que me hundiera, iba contra marea. No me tragaría, no me dejaría arrastrar.

De fondo oía las fiestas, la música, y si hacía memoria, incluso recordaba las quejas de los chicos cuando les dije que no me uniría a ellos esa noche.

No.

Esa noche la necesitaba para mí. Para acariciar un sueño que temía que siempre se quedara allí. Entre las ideas nunca cumplidas.

En el fin de los finales.

Ava

—Creo que en las vacaciones de Semana Santa iré a verlo —dijo Caleb, golpeando una lata de cerveza tirada en el suelo.

Tras lanzarle una severa mirada, se agachó para recogerla y tirarla en la primera papelera que encontramos.

—¿De verdad? —le pregunté sin poder controlar una sonrisa de entusiasmo.

—Sí. Así que tengo que buscar un trabajo para compaginarlo con las clases —continuó él—. Si no, será complicado.

Regresábamos a casa. Eran las cinco de la madrugada, las fiestas seguían, pero después de que se fuera Karl porque estaba destrozado por el trabajo, Caleb y yo decidimos irnos también.

—¿Un trabajo compaginado con el último curso de bachillerato? —Arqueé las cejas.

—Bueno, tipo clases particulares o algo así, que me permita estudiar.

Caminábamos por las calles desiertas, pues todo el mundo estaba durmiendo o aún en la plaza donde habían montado el escenario frente a las carpas, así que andábamos con calma, tranquilos y disfrutando de la noche de verano.

Tras hablar de su posible viaje a Alemania, comentamos los cotilleos que habíamos presenciado en las fiestas, los posibles futuros líos... y evitamos el tema de Miriam, con quien nos habíamos cruzado en algún momento de la noche y no nos había dedicado ni una triste mirada.

Caminábamos ajenos al infierno que se iba a desatar, y es que cuando oí el primer silbido, me lo tendría que haber olido.

Fue bajo, pero intenso, y rápidamente le acompañó otro.

¡Dios!, nos tendría que haber puesto en alerta, servirnos de aviso para huir, pero no reaccionamos. Lo achacamos a algún grupo de amigos que volvía de las fiestas, como nosotros, a algo sin importancia que no requería de nuestra atención. Estábamos demasiado ocupados recordando los momentos de aquella noche, en hablar de Karl, de lo bonito que era todo. Y al final, ¿qué culpa teníamos?, éramos unos críos que poco sabían de la vida y de lo malo que hay en ella.

—¡Eh! —nos chistaron.

Extrañados, nos giramos para mirar detrás de nosotros, pues nos había parecido que, desde ahí, alguien llamaba la atención a otra persona.

Descubrimos entonces a un grupo de cuatro chicos más o menos de nuestra edad que, a varios metros de distancia, caminaban mirándonos. Ahora parecía que estaban intentando llamar nuestra atención, lo que nos resultó extraño porque no conocíamos a ninguno de ellos.

Mis alarmas comenzaron a saltar, y las de Caleb también.

—¿Te refieres a nosotros? —preguntó Caleb cuando volvió a chistarnos—. ¿Qué pasa?

Ralentizamos un poco la marcha, pues nuestro subconsciente nos impidió detenernos.

—Eso digo yo, ¿qué pasa? —repitió uno de ellos en la distancia, aún avanzando hacia nosotros.

Aprecié con claridad el tono agresivo de su pregunta, lo que me hizo estudiarlos con más detenimiento en busca de algún elemento que me permitiera ubicarlos en algún momento de la noche.

Sus rasgos no eran especialmente llamativos, es decir, nada les hacía parecer sospechosos. Y es que os diré una cosa: las apariencias engañan, y mucho.

—Te hemos visto comerle la boca a ese novio tuyo, pedazo de maricón —soltó otro de ellos.

—¿Qué dices? —pregunté indignada.

Pero, aunque hice amago de detenerme, Caleb me lo impidió tirando de mí para que siguiera andando, incluso más rápido.

—¿Qué pasa, pelirroja? ¿Ahora tenéis prisa? —dijo el que iba más adelantado.

—A mí no me... —Pero un tirón de Caleb me impidió terminar la frase.

—Ava, vamos, joder —susurró Caleb a mi lado, tirándome del brazo, ahora con nerviosismo—. No los mires.

—¿Sabéis? Nunca he visto a una pelirroja natural. ¿Lo eres tú?

—Lo oí a mis espaldas—. ¿Qué pasa, tanta prisa? —insistió—. ¿Es que solo te gusta estar con putos desviados?

—Eso es porque no te han follado bien —coreó otro.

—¿Cómo la van a follar bien si está solo con maricones? —Oímos sus risas mientras intentábamos mantener el ritmo—. Míranos, zorrita, que te estamos hablando a ti.

—A ti y al mariconazo. —Volvieron a reírse—. ¿No quieres pasar un buen rato?

Un sudor frío me recorrió la espalda, porque entendí qué significaban esas palabras.

Si nos alcanzaban...

Miré asustada a Caleb.

—Podemos averiguarlo —dijo otro, a nuestras espaldas—. Total, el comepollas no nos va a quitar mucho tiempo...

Caleb apretó mi mano y supe qué quería decirme.

Comenzamos a correr.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Adónde vais? ¡Puto marica, ven aquí!

Los oímos detrás de nosotros junto al ruido de sus pisadas más rápidas contra el suelo; también habían comenzado a correr.

La adrenalina se me disparó junto con el terror de que nos alcanzaran y mi fuero interno esperaba que en algún momento nos cruzáramos con alguien o llegáramos a algún lugar seguro...

Algo me hizo detener abruptamente.

—¿Qué haces? —le pregunté histérica a Caleb, que era quien nos había detenido.

Me sujetó con fuerza por los hombros.

—Corre para allá y no mires atrás. —Señaló la dirección que quería que tomara.

—¿Qué dices? ¿Y tú?

Estaba histérica, no entendía qué decía, pero Caleb nos empujó en esa dirección y retomó la carrera.

—Si yo me quedo aquí, no te seguirán y tendrás tiempo para pedir ayuda —me explicó echando un vistazo atrás.

—¡No! ¡Ni loca pienso dejarte! ¡Ven conmigo!

Caleb negó con la cabeza y nos detuvo nuevamente.

—Por favor, Ava —suplicó él, empujándome de nuevo—. Busca ayuda, pero corre sin mirar atrás. Casi están aquí, por favor, ¡corre!

Hugo

Maldije cuando me di cuenta de que me había dejado las llaves del coche, así que no me quedó más remedio que girar sobre mis talones y desandar el camino.

Eran casi las seis de la mañana, una putada, porque luego tendría que volver al trabajo a pesar de ser domingo, y eso significaba que dormiría pocas horas. Por supuesto, no había planeado quedarme hasta tan tarde, pero a veces perdía la cuenta del tiempo que echaba, así pues, no me quedó otra que volver al taller, esperaba encontrar rápido las llaves y regresar a casa.

El pueblo estaba desierto, sonaba de fondo la música en las carpas de las fiestas, donde todo el mundo debía de estar aglutinado, incluido los chicos, pues imaginaba que, si no habían venido a buscarme en mitad de la noche, seguían de fiesta, pasándoselo bien.

Sí que me crucé con alguna pareja o transeúnte solitario que seguramente se dirigían a sus casas para dormir, pero en comparación con la cantidad de gente que solía haber en el pueblo, estaba prácticamente vacío.

Cuando subía la cuesta a paso ligero —aunque comenzaba a pesar— y con ganas de llegar a casa para dormir, oí los gritos.

Al principio, al llegar tan amortiguados debido a la distancia, no sabía muy bien qué sucedía o qué decían, pero conforme me acercaba a la fuente entendí que una mujer pedía auxilio.

En ese instante me crucé con una pareja que al oír los claros gritos de socorro detuvo levemente la marcha para, segundos

después, retomarla con más brío. ¿Cómo podía ser así la gente? Se oía claramente a alguien pidiendo ayuda.

Mientras que esa pareja había huido con rapidez, yo había hecho justo lo contrario: dirigirme al lugar de donde provenían los gritos. Mi corazón dio un vuelco al descubrir a Ava gritando desesperada pidiendo ayuda.

No lo dudé, corrí hacia ella.

—¿Qué pasa? —conseguí preguntarle, pues cuando me vio intentó hablarme, pero lloraba con tal histeria que no lograba formular ninguna frase coherente. Me indicaba una dirección, así que decidí actuar rápidamente—. Llévame —le pedí.

Y Ava lo hizo.

Recorrimos a la carrera las callejuelas hacia el centro del pueblo, a poca distancia de las fiestas, y me sorprendió que nadie hubiera acudido a socorrerla. ¿De verdad que nadie se encontraba cerca?

Pronto averigüé qué pasaba, y la sangre me bulló cuando descubrí a esos cuatro hijos de puta dando una paliza al amigo de la pelirroja, que recibía los golpes sin oponer resistencia.

Pegué un grito que les advirtió de mi presencia y, como sucedía casi siempre con ese tipo de personas cobardes, echaron a correr huyendo de mí, no sin antes escupir a su víctima, que estaba tirada en el suelo hecha un ovillo.

—¡Caleb! —gritó Ava al alcanzarlo, y se dejó caer al suelo para ver cómo estaba—. ¿¡Me oyes!? ¡Oh, Dios! ¿Cómo estás?

Me arrodillé en el suelo al lado de ella para verificar el estado de su amigo, quien entreabrió un ojo al oír los gritos de Ava. Un lado de la cara ya se le empezaba a hinchar, y le sangraba la nariz... la nariz o el labio, no lo sabía. Al volverse hacia nosotros dejándose rodar por el suelo, gimió de dolor.

—Hay que llamar a emergencias —dije mientras le ayudaba a incorporarse para sentarlo en el suelo.

Ava buscó en su bolso de bandolera con las manos tan temblorosas que a Caleb le dio tiempo a detenerla con un gesto.

—No... no llames —musitó.

—Hay que llevarte a un hospital. —Le puse una mano en el hombro para impedir que se moviera.

—No, no —repitió—. Nada de hospitales.

—Tienen que ver si estás bien —le pidió llorosa Ava, abandonando el histerismo cuando se percató de la tozudez de su amigo.

—No. Si voy, llamarán a la policía... —empezó a explicar.

—¡Y les denunciarás! Yo también lo haré —terminó la frase Ava, con determinación.

Me aparté un poco, pero vi por dónde iban los tiros. Su amigo no quería denunciar, no quería dejar constancia de lo que acababa de suceder, y adiviné el motivo de la paliza sin necesidad de que me explicaran nada.

Decidí intervenir cuando Ava comenzó a insistir sin comprender la negativa de Caleb.

—¿Te han dado algún golpe seco en la cabeza? ¿O ha chocado contra el asfalto? —le pregunté, estudiándolo. Negó con la cabeza —. Necesito que me lo expliques. Habla y cuéntamelo.

Noté que Ava me miraba, pero sabiendo que Caleb no quería ir a urgencias, necesitaba comprobar si era capaz de hablar con coherencia.

—Han empezado llamándonos la atención, persiguiéndonos... —comenzó a narrar Caleb—. Me insultaban a mí, pero cuando empezaron a hablar de Ava... —Caleb cerró los ojos al moverse hacia mí—. Sabía que si me cogían a mí me pegarían, pero si la cogían a ella... no se trataría de eso. Te pedí que corrieras en otra dirección —continuó explicando, ahora mirando a Ava—, y esperé que llegaran; no tardaron, y, aunque al principio opuse algo de resistencia, en cuanto me rodearon estuve perdido. El resto ya lo sabéis, la verdad es que no habéis tardado en aparecer para espantarlos.

Asentí.

—¿Puedes levantarte? Como sigamos así, acabaremos llamando la atención. A la gente... ayudar no le suele gustar, pero meterse donde no le llaman... eso le encanta.

Vi un atisbo de sonrisa en Caleb, que asintió levemente y, ayudándose de Ava y de mí, consiguió incorporarse.

—Joder, me duele todo —murmuró.

—Hombre, te han sacudido entre cuatro —señalé. Caleb volvió a reírse acompañándose de gestos de dolor que preocuparon a Ava, quien lo estudiaba con nerviosismo—. ¿Adónde te llevamos? Realmente, alguien tendría que mirarte ese pómulo. Si quieres, puedo avisar a un amigo para que te eche un vistazo.

Caleb miró a Ava, que seguramente asintió mediante su comunicación no verbal.

—No te preocupes, sé de alguien que nos puede ayudar —habló finalmente la pelirroja.

Ava

—Mamá, mamá. —Le sacudí el hombro con suavidad.

Estaba en su dormitorio, a oscuras, aunque quedaba poco para que despuntaran los primeros rayos del día.

En su apacible sueño, mi madre tan solo se movió, tuve que zarandearla de nuevo, esta vez con un poco más de ímpetu, y por fin lo logré.

—¿Ava? —preguntó con voz adormilada—. ¿Qué hora es?

—Son las seis...

No pude terminar la frase, pues se incorporó y me asusté.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó con ímpetu—. ¿Estás bien? ¿Y Grace?

—Sí, sí. Las dos estamos bien —le susurré tranquilizándola, y añadí—: pero te necesito. Caleb te necesita. Ha pasado algo.

Mi madre salió de la cama rápidamente, y en silencio, para no despertar a Grace, bajamos las escaleras; en el salón descubrió a Hugo, que ayudaba a Caleb a colocarse la bolsa de guisantes

congelados en la cara.

Por un momento se quedó paralizada ante la escena, incluso me dio la sensación de que observaba a Hugo como si lo reconociera, pero después, sin dedicarle más miradas, se acercó a mi mejor amigo con gesto serio para retirarle la bolsa.

Siseó cuando descubrió su rostro.

—¿Quién ha sido? —quiso saber mi madre.

—No lo sabemos —contesté yo—. Eran unos chicos que no conocíamos.

—Seguramente no serán del pueblo —intervino Hugo, que cuando había aparecido mi madre se había hecho a un lado—. Son las fiestas, se habrán acercado de algún otro pueblo, o incluso puede que estén de vacaciones...

—Tienes que ir al hospital —dijo mi madre.

Caleb se negó otra vez.

—Si voy, tendré que poner una denuncia. Pueden avisar a la policía y no quiero que mi padre se entere.

Cogí aire, lo comprendía; por el gesto de mi madre, ella también lo había entendido.

Si el padre de Caleb se enteraba de que le habían pegado una paliza, enseguida conocería el motivo, y eso sería peor, mucho peor.

—Cariño... —comenzó con tiento mi madre.

Pero Caleb volvió a negar.

—No, Lorena. No puedo enfrentarme también a él, sabéis lo que haría. Como la última vez.

—Yo estaré ahí para impedírselo —le dejó claro mi madre con voz firme.

Yo adivinaba que, a pesar de que el padre de Caleb era un señor enorme que intimidaba por su aspecto y el modo de ser, mi madre no titubearía.

—No puedo dejar que te enfrentes a ese troglodita —murmuró Caleb, desviando la mirada y avergonzado.

Sentí un nudo en el pecho. Toda esa situación era tan injusta... Necesitaba que el mundo dejara de estar al revés, que la víctima

no fuera el verdugo de esta historia. ¿Por qué sucedían estas cosas?

—Está bien. Vamos a echarte un vistazo. Ava, ve a por el botiquín. Te quedarás estos días en casa. —Mi madre cogió aire y se volvió hacia Hugo mientras yo iba disparada al armario de la entrada para coger el botiquín—. Me imagino que tú los has encontrado. Gracias por ayudarlos.

—No hay que darlas —oí que le contestaba.

Cuando volví con el botiquín, mi madre se puso manos a la obra. Comenzó a desinfectar y, para el horror de Caleb, tuvo que darle tres puntos de sutura en el mentón. Mi madre había iniciado los estudios de enfermería cuando se fue con mi padre a Irlanda, aunque tuvo que dejarlo cuando nací yo. Años después, tras el nacimiento de Grace, decidió sacarse el título de Auxiliar de Farmacia, algo que la ayudó a encontrar trabajo cuando, una vez fallecido mi padre, nos trajo aquí a Mojácar.

—Bueno, yo me voy ya —dijo de pronto Hugo.

—Claro, gracias por ayudarlos —habló mi madre, dejando un momento a Caleb, quien asintió.

—Sí, gracias.

Hugo sonrió levemente por los agradecimientos y me buscó con la mirada; noté que en cierto modo se sentía incómodo en mi casa.

—Te acompaño a la puerta —manifesté, nerviosa.

Hugo asintió y, mientras nos acercábamos a la salida, consideré qué debía decirle.

—Buenas noches. —Hugo habló el primero, bajábamos los escalones para salir a la calle.

—Hugo, gracias de verdad. —Intenté sonreír, pero en esas circunstancias me resultó imposible, todavía tenía los nervios a flor de piel.

El líder de los Kaura asintió levemente, aceptaba mi gratitud. Me mantuvo la mirada durante un segundo que me pareció extraño, como si quisiera añadir algo más, pero cuando habló, fue solo para despedirse.

—Adiós, Ava.

Sus palabras no dieron pie a nada más, aunque ¿qué le habría querido decir?

Abril de 2023

Ava

—Todavía lo recuerdo, sí —contesta Hugo, asintiendo con un gesto contenido, y se acerca su bebida; las acaban de dejar en el centro de la mesa.

Yo hago lo mismo con la mía y, perdiéndome por un momento en las burbujas de la bebida dorada, recuerdo como un *flashback* la estrofa de «Standby» de Extremoduro, el grupo que descubrí gracias al chico de mirada penetrante aquel verano que ahora rememorábamos.

—Caleb no quiso hablar de aquel suceso, se cerró en banda —digo, y al levantar la mirada, encuentro sus ojos azules; me está observando—. A pesar de que se quedó varios días en mi casa, no quiso hacerlo.

—Cada uno lleva las cosas como puede —asiente Hugo—. Y eso no significa que no apreciara vuestra ayuda.

—Eso lo sé. —Hago una mueca divertida—. Conozco a mi mejor amigo, pero en aquel entonces me chocó mucho que se cerrara en banda, y, sobre todo, ver que su madre, a pesar de olerse lo que había sucedido, no hizo nada.

—Sí, bueno. Sobre familias tóxicas puedo escribir un libro.

Di un sorbo de cerveza para que me bajara el nudo formado por el recuerdo de esos episodios.

—Siempre me dolió —digo finalmente.

—¿El qué?

—Que nunca tuviera los ovarios de enfrentarse al padre de Caleb.

Hugo asiente lentamente, y al final una media sonrisa —una que me es imposible apreciar sin desviar la mirada— aparece en su masculino rostro.

—No todas las personas tienen el valor de las chicas Brennan.

«Las chicas Brennan». A mi pesar, sonrío mirándolo, y su sonrisa se hace más amplia.

—La verdad es que no —acepto.

Suelto el aire despacio y vuelvo la vista hacia el mar para disfrutar de los colores anaranjados del atardecer que comienzan a teñir el cielo.

—¿Y por qué sacas esto a colación ahora? Me refiero a lo de la paliza a Caleb.

Vuelvo a centrarme en él, sorprendida de que no lo haya deducido él solo. Le respondo casi en un susurro:

—Porque eso hizo que Caleb empezara a verte con otros ojos... y yo... yo también.

Septiembre de 2011

Ava

Los pocos días que quedaban de agosto se volatilizaron ante nuestros ojos y, en un pestañeo, nos vimos envueltos en la rutina del instituto.

Ese curso empezábamos segundo de bachillerato. Era raro recorrer el camino hasta el instituto nosotros dos solos, cuando siempre habíamos sido tres; nunca habíamos pensado que eso cambiaría. Y ahí nos encontrábamos, Caleb y yo, caminando hasta la parada en la que nos recogería el autobús escolar; desde el inicio de las clases notamos esa ausencia que casi tenía más protagonismo que nosotros.

Quizá se debía a que no llevábamos una buena racha. Caleb había vivido varios días en casa para que su padre no descubriera

lo de la paliza, también se había despedido de Karl, que finalmente regresó a Alemania. Fuera por lo que fuese, no estábamos a rebosar de esa emoción que habíamos vivido los meses anteriores, antes de ese verano en el que todo cambió.

Dicen que con el tiempo te vuelves más sabio debido al cúmulo de experiencias, y que tarde o temprano empiezas a prever muchos acontecimientos, pero puedo asegurar, sin ningún atisbo de duda, que ni tras mil años de experiencia habría imaginado lo que ese verano que acabábamos de dejar atrás desencadenaría en nuestras vidas.

Me separé de Caleb y, camino a clase de lengua y literatura, recorrí el pasillo atestado de alumnos que parloteaban apurando hasta el último momento. Entonces la vi.

Caminaba distraída, con los cascos puestos del MP3 y completamente ajena al entorno; en los pocos días que llevábamos de clases, no la había visto acompañada por nadie. Quizá sus nuevos amigos habían abandonado los estudios o ya no tenían edad para estar aquí.

Al estar ella en la rama de ciencias, y yo en la de letras —al contrario que Caleb—, casi no habíamos coincidido, así que cuando llegué a su altura, la sujeté del brazo para detenerla.

Miriam alzó esa mirada de ojos verdes y, al reconocerme, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Hola, tía. ¿Qué tal? —Miriam hizo amago de lanzarme un abrazo, pero di un paso atrás.

—¿«Hola, tía, qué tal»? —repetí sin ocultar mi indignación—. ¿Cómo que «hola, tía, qué tal»? —Tuve el recato de no alzar la voz, sobre todo porque en ese instante sonó el timbre que anunciaba el inicio de la siguiente clase.

Miriam, que había abierto los ojos con expresión de desconcierto e incluso de *shockeada* incertidumbre, se alejó de mí mientras decía:

—Sí, bueno, en el recreo hablamos si quieres...

Por supuesto, no le dejé terminar la frase. La agarré del brazo con determinación, y la arrastré al baño de chicas, que se

encontraba desierto. Sí, quizá fuera a hacer pellas por primera vez en mi vida, y, además, dentro del instituto, pero no aguantaba más esa situación.

—Ava, ¿de qué vas? —me preguntó Miriam una vez dentro mientras se soltaba de mi agarre.

Puse los brazos en jarras, pero en cuanto comencé a hablar, la señalé con el dedo índice y con indignada determinación.

—¿Cómo que de qué voy? ¡¿De qué vas tú, Miriam?! ¿Recuerdas que le han dado una paliza a Caleb, quien, por lo menos hace unos meses, era uno de tus mejores amigos de la vida?

El lenguaje corporal de Miriam cambió notablemente en cuanto solté aquellas palabras. Removió las manos, nerviosa, y fue incapaz de mantenerme la mirada.

—Mira, sí. Sobre eso... ha sido una putada. De todas formas, no me mires así, como si no me preocupara. En cuanto me enteré, le escribí para ver qué tal se encontraba...

—Ni siquiera te has dignado a acercarte a hablar con él —la interrumpí sin poder ocultar más que aquella situación me dolía—. Pensaba que, al inicio de las clases, y más después de lo que le ha pasado, te acercarías a hablar con nosotros y poco a poco todo volvería a la normalidad. Así quedaría atrás esta mierda de verano.

—¿«Mierda de verano»? ¿Qué dices, Ava? —preguntó Miriam, mirándome como si estuviera loca.

—No sé si recuerdas que este iba a ser nuestro verano. *Nuestro* —recalqué—. No el de tú con tus amigos nuevos, y Caleb y yo por otro lado.

Miriam esbozó una mueca.

—Eso es bastante injusto, Ava. ¿No puedo tener amigos nuevos? Madura de una vez, chica.

Y me dolió. Claro que me dolió. Tanto, que se me escapó una lágrima. Y como yo la sentí, Miriam la vio, y suspiró como para tranquilizarse.

—A ver, vale —comenzó—. Este verano no ha sido como nos lo imaginábamos. Nos hicimos muchas ideas locas en la mente, y, sí, no ha ido como esperábamos, pero de eso a decir que ha sido

una mierda de verano... Tú has empezado a salir con Fran, incluso Caleb se echó novio.

—¿Y tú?

—Y yo he conocido a gente nueva, cierto, pero eso no significa que no os quiera ni que ya no seamos amigos. La gente evoluciona, Ava.

La gente no evolucionaba con ese tipo de personas con las que iba ella ahora, pero eso me lo callé, sobre todo porque Miriam continuó hablando:

—Tienes razón, el hecho de hacer nuevas amistades no debe implicar que nos separemos o que nuestra relación se enfríe. Este fin de semana hay fiesta en la playa por el inicio de las clases, ¿vais a ir?

Asentí levemente.

—Eso es genial —sonrió encantada—. Podemos vernos allí y pasarlo genial. Además, si te parece, puedo acercarme en el recreo y hablamos un rato. También os echo de menos.

Miriam me dedicó una sonrisa brillante, de las suyas; respondí al gesto asintiendo, y se me acercó para abrazarme. Pero no lo sentí como siempre. Entonces fui consciente de que, a pesar de todos mis esfuerzos y de luchar contra marea, Miriam había tomado su camino y yo tenía que ser lo suficientemente madura para aceptarlo.

—Venga, vamos a clase. Pon la excusa de una hemorragia nasal o de la regla. Siempre funciona. Los profes se ponen nervioso con eso... —me propuso, y continuó parloteando, pero yo desconecté.

El nuevo año escolar vaticinaba demasiados cambios, y ya el primero no me gustaba en absoluto.

Hugo

Las semanas pasaban volando en una sucesión de días que parecían solaparse, y no podía oponer resistencia. Quizá se debía al miedo de no estar haciendo lo suficiente, pero aquello me daba una sensación de vértigo que hasta entonces desconocía.

Durante el día trabajaba con Rubén, rodeados de motores de coches, aceite e incluso alguna moto. Y por las noches íbamos a estudiar, decididos a sacarnos el bachillerato de adultos para acceder a la universidad. A nuestros veinte años, no nos quedaba otra opción; se convertía en el billete de salida de la miserable vida que teníamos, y, joder, lo necesitaba, pero el cansancio se acumulaba, y tenía presente que tan solo era el principio. Quedaba un largo trecho que recorrer.

—Esta noche hay fiesta en la playa, por el inicio de las clases y eso —comentó César mientras jugueteaba con una púa y observaba cómo movía la aguja por la piel de Iván, quien siseaba cada vez que cambiaba la máquina para sombrear.

—Yo no sé si iré —dijo Rubén.

Estábamos sentados en nuestro patio particular, el espacio que quedaba entre las caravanas del camping. Allí teníamos varias sillas y había una gran encina que nos proporcionaba una apacible sombra en las largas tardes de verano.

—¿Cómo que no? —se quejó Iván, mirando a Rubén.

—No te muevas —lo regañé.

—Necesito dormir —explicó Rubén.

Entendía ese sentimiento. Yo también lo necesitaba.

—Pues vete a dormir ahora —le propuso Abel, y, riéndose, chocó la mano con Mikel, que asintió—. Pero esta noche tenemos que ir, ver cómo está el mercado, los nuevos chochitos.

—Siempre pensando en lo mismo, ¿eh? —Raquel irrumpió en escena—. Es delicioso cómo te refieres a las mujeres, Abel.

—Bueno, eso a ellas no se lo digo —contestó entre risas.

Raquel ignoró el comentario, no sin farfullar algo; y aunque no la entendimos, intuíamos por dónde iban los tiros.

Todos la saludaron, y ella se acercó a examinar el tatuaje que

estaba dibujando en el bíceps de Iván, quien se tensó cuando vio que miraba con detenimiento su piel desnuda.

—El dibujo, espectacular, Hugo —dijo Raquel, inclinándose un poco para observar mejor los detalles.

—¿A que es brutal? —añadió Iván, con una amplia sonrisa que se esfumó cuando Raquel lo miró con sus grandes ojos.

—¿Un ángel disparando una metralleta? Déjame que lo dude.

Ante esas palabras, todos se carcajearon de Iván, a quien, a pesar de unirse a las risas, le dolió el comentario. No quitó ojo a Raquel, que se sentó entre Rubén y César.

—Deberías hablar con ella de una vez, Iván —murmuré entre las conversaciones de los demás.

Mi amigo levantó la mirada hacia mí.

—¿Y qué le digo que no sepa ya?

Su respuesta me dejó pensativo, y mientras le introducía la tinta bajo la piel y pensaba en su historia, desvié la mirada; vi a Rubén sonriendo mientras escuchaba especialmente atento la anécdota que contaba Raquel.

Ava

Me estaba aplicando con una precisión envidiable el *eyeliner* en un negro que aportaba una profundidad misteriosa a mi mirada. No acostumbraba a maquillarme, más que nada porque no se me daba muy bien, así que completé el look pintándome los labios en un rosa tenue que parecía más un *gloss* que otra cosa. De pronto, Grace entró en mi dormitorio como una exhalación delatadora.

—Tenemos que hablar —cuchicheó.

—¿Cómo? —Me volví hacia ella, y me intrigó que cerrara la puerta tras de sí y caminara casi de puntillas hacia mí. Sentada frente al espejo de la cómoda, me tensé. Su actitud solo podía

significar una cosa—. ¿En qué lío te has metido?

—Yo no, mamá —susurró Grace, y miró por encima de su hombro, como si nuestra madre fuera a materializarse en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté preocupada.

¡Oh, no! Quizá el padre de Caleb se había enterado de la paliza y había venido a pedir explicaciones. O peor, mi madre había ido a exigírselas a él por ser un padre tan terrible. Mientras barajaba aquellas teorías, se me disparó el corazón, pero mi hermana se encargó de esclarecerme el breve pero intenso misterio.

—Tiene un ligue.

Se hizo un silencio pesado que duró menos de un segundo. Un segundo en el que las voces del grupo de The Corrs tomaron más protagonismo.

—¿Có... cómo? —le pregunté sin creer que lo había oído bien.

—Sí, no me mires así. Tiene un ligue —asintió mi hermana, con gesto de sabionda.

—A ver, ¿cómo estás tan segura? —quise saber, no podía creer las palabras que pronunciábamos entre esas cuatro paredes.

—Bueno, no es por algo en concreto, sino por su actitud en general. Ayer, por ejemplo, se fue de cena...

—Con las amigas, Grace.

—Te digo que no. Estoy convencida.

Me miró con determinación. Yo suspiré y me centré de nuevo en ultimar mi look de aquella noche.

—Bueno, si fuera así, ¿qué hay de malo? Mamá es joven y lleva muchos años dedicándose solo a nosotras —dejé caer.

—Pero ¿por qué no nos lo cuenta? —replicó Grace, y la miré.

—Grace, estará esperando el momento perfecto. No debe de ser fácil para ella después de tantos años, y, encima, presentárnoslo...

Grace se cruzó de brazos con un gesto condescendiente que acompañaba su modo de mirarme. A veces lograba una actitud insoportablemente pedante.

—Ava, sabes que te puedes liar con un tío sin que tenga que

ser tu novio, ¿verdad? No debes tratar de convertir todas las relaciones en algo duradero.

—Grace, deja de ser condescendiente conmigo, idiota —le contesté, indignada—. Y si solo es un rollete, ¿por qué tanto revuelo?

—Ah, porque quiero saber quién es. —Ahora era ella la que me miraba como si la loca de la habitación fuera yo.

—Por Dios... —suspiré para mí, y de nuevo me centré en el espejo.

Esperaba que captara el mensaje y me dejara tranquila para poder terminar de una vez.

—Además... ¿y si no es un ligue cualquiera y le gusta de verdad?

Al percibir la preocupación en su voz, dejé de extenderme el casi *gloss*, para prestarle atención a ella.

—Grace —dije, y ambas nos sentamos sobre mi cama—. Que mamá se eche novio no significa que dejemos de ser importantes para ella...

—Por favor, Ava. Eso ya lo sé. ¡Somos sus hijas! —exclamó.

—¿Entonces?

—Papá. Tú tienes algún recuerdo de él, pero yo... yo no tengo nada. Solo fotos y algún vídeo casero. Si un hombre nuevo entra en la vida de mamá... me da miedo que deje de hablar de papá, y que con el tiempo... acabe pasando a un segundo plano en nuestra familia. Como un leve recuerdo en la historia de nuestras vidas...

Afectada por sus palabras, la abracé, pues, visto así, era imposible que ese temor no surgiera de nuestras entrañas. Sin embargo, yo era la hermana mayor, tenía que protegerla y consolarla. Era mi deber.

—Grace, papá nunca desaparecerá de nuestras vidas. Él forma parte de nosotras, y de mamá también; de nuestra historia, de cada una de nosotras. Así que, pase el tiempo que pase e independientemente de la gente que entre en nuestras vidas, eso nunca va a cambiar.

Mi hermana se separó de mí para mirarme con sus grandes

ojos, pero esta vez había un brillo distinto en su mirada, un brillo esperanzador que sirvió para consolarme también a mí.

—¿Mamá no se olvidará de él?

Le sonreí con cariño, observando su cara preocupada y salpicada de pecas, sus ojos oscuros y el pelo rojizo —como el mío— que le enmarcaba la cara, todas esas características heredadas de él.

—Imposible —hablé con determinación.

—¿Por qué lo dices tan segura?

—Porque, con solo mirarnos, lo puede ver a él.

Grace suspiró mientras reflexionaba sobre mis palabras, y finalmente, con un dramático suspiro, asintió:

—Tiene lógica lo que dices.

—Gracias. —Sonreí agradecida y contenta por verla más animada.

Sin embargo, mi sonrisa se apagó en cuanto volvió a abrir esa bocaza que tenía.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a hacerlo de una vez esta noche? ¿O vas a ser una pura casta virginal hasta llegar a la universidad? Créeme, eso no es nada *cool*.

Espantada, miré a mi hermana al tiempo que me levantaba de la cama como si me hubiera sacudido una descarga eléctrica.

—¿Qué dices, loca?

—Por favor. —Sacudió la mano en un gesto condescendiente —. Todos conocemos la fiesta en la playa para celebrar el inicio de las clases. Esa fiesta es el picadero por excelencia —comentó mientras examinaba los nuevos esmaltes de uñas que había sobre mi tocador como quien está hablando del tiempo.

A veces me sorprendía, a la par que me horrorizaba, la mente de mi hermana.

—¿Quién narices te ha dicho eso? ¿Y cómo sabes lo de la fiesta?

Grace me miró y puso los ojos en blanco.

—Por favor, lo sabe todo el mundo. Así que, dime... —Me miró con un peligroso entusiasmo—. ¿Vas a hacerlo finalmente?

¿Me contarás todos los detalles?

—¡Grace!

—Vale, vale. Todos los detalles no hacen falta. Me imagino que algo querrás guardarte para ti. — Francamente, mi hermana empezaba a desvariar—. Además, tampoco creo que sea LA GRAN COSA —dijo recalcando las últimas palabras—, ya que al final va a ser con Fran. —Un gesto de desagrado le recorrió el rostro.

—¡Oye! ¿Qué pasa con esa cara? —La señalé alucinada.

—Qué quieres que te diga... Fran... pues, ya sabes —dijo en tono de decepción al tiempo que se encogía de hombros.

—No, no sé. —La miré, comenzaba a enfadarme, pues sabía perfectamente por dónde iban los tiros.

—Es él. No resultará especialmente emocionante.

—Grace, por favor. Deja de meterte con mi novio...

Pero mi hermana querida siguió hablando como si no me escuchara.

—Algo que sería muy distinto con ese morenazo que vino el otro día a casa.

Al oír sus palabras, me quedé congelada y me giré con urgencia hacia ella.

—¿De qué hablas? —Mi voz había sonado especialmente aguda, y eso originó una maligna sonrisa en el rostro de Grace.

—Por tu actitud veo que sabes a quién me refiero. El chico que os ayudó la noche en que apalizaron a Caleb. Hugo, se llama, ¿no?

Di dos zancadas hacia ella y le sujeté el brazo para arrimarla a mí.

—Nunca más vuelvas a decir su nombre —siseé, entre nerviosa, histérica y no sé qué más.

—¿Por qué? ¿Es como Beetlejuice y se va a presentar aquí? —Grace pestañeó más de la cuenta.

—Deja de hacer el tonto. Ese chico es peligroso. Es el líder de los Kaura.

—Vaya. ¿En serio? —Se hizo la sorprendida. Y supe que lo simulaba, pues puso de nuevo los ojos en blanco y habló con la

mayor de las ironías—: No lo sabía.

—¿Pues, entonces? ¿Qué tonterías estás diciendo? —le volví a preguntar, aterrada por sus insinuaciones.

—Pues, ninguna tontería. Me juego lo que quieras a que ese chico sabe hacer que la pérdida de la virginidad de una sea memorable.

—Grace, tienes que dejar de leer novelas románticas de inmediato.

Ella se soltó de mi agarre y, riéndose, salió del dormitorio. Me notaba las mejillas supersonrojadas, y el corazón me retumbaba en el pecho. Iba a asesinarla. Dispuesta a cerrar la puerta de mi cuarto y echar el cerrojo para impedir que entrara de nuevo, la seguí. Pero entonces oí que, al bajar las escaleras, lanzaba un mensaje:

—¡Mamá! ¡Ava va a abandonar la vida de monasterio! ¡Hoy es la noche!

Ante tales barbaridades, me sujeté en el marco de la puerta cuando me fallaron las piernas.

¡Oh, Dios! Quien quería desaparecer en ese momento era yo. Por supuesto, salí de mi habitación y descendí a la carrera las escaleras. Grace, la traidora Grace, echó a correr entre gritos divertidos cuando dedujo de manera inteligente que si la cogía iba a estrangularla.

—¡Mamá! —chilló cuando comenzamos a rodear la mesa del comedor, ella, con el claro objetivo de salvar el pellejo, y yo con el de darle su merecido.

—¡Eh, chicas, chicas! —Mi madre, que apareció con la bata de la ducha y una toalla como turbante, se metió en medio y nos capturó a ambas al primer intento—. Nada de peleas en esta casa.

—Pero ¡mira las cosas que ha dicho! —lloriqueé.

Grace bufó.

Con su mirada heladora, se giró hacia Grace, así que mi hermana se tensó.

—Grace, ¿cuántas veces te he dicho que no hay que airear nuestros secretos a voz en grito?

¿Cómo? Al oírle decir eso, me sentí incapaz de procesar sus

palabras.

—Perdona —murmuró mi hermana.

—¿En serio es eso todo lo que tienes que decir? —pregunté indignada a mi madre. Esta se volvió hacia mí.

—No.

—¿Y bien?

—No te vayas de casa sin coger una caja de condones.

Sentí que el suelo se tambaleaba bajo mis pies.

—¡¿Qué?! —chillé, escandalizada.

—¿Una caja de condones? —se rio Grace por su cuenta—. ¿Eso no es tener demasiada confianza en el rubiales? —preguntó con absoluta mofa.

—¡Mamá! —Intenté soltarme de su agarre, pero nos tenía sujetas como con pinzas de hierro—. ¡Mira las cosas que dice!

—Grace. Una no se ríe del novio de ninguna. Ya nos gustará ver al primer chico que traigas a esta casa. A ver cómo es.

Esto era alucinante. ¿Qué clase de reprimenda era esa? ¿De verdad que la única sensata en la casa era yo?

—¿Esta charla va en serio? —repliqué mortificada.

—Por supuesto que sí —dijo mi madre con gesto serio. Volvía a mirarme, y por fin nos soltó—. De casa no te vas hasta que me asegure de que metes los condones en el bolso.

Esa casa era una casa de locas.

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación —murmuré en voz alta y llevándome las manos a las sienes.

—Yo tampoco, cielo. Aunque parece que la cosa con Fran va algo mejor, pensaba que no darías este paso con él —comentó con especial tacto mi madre.

—Hay opciones más interesantes. —Por supuesto, Grace aportó su granito de arena a la conversación.

Fulminé a mi hermana, que se carcajeó, pero después de desatar el caos, debió de perder el interés por el asunto, pues salió del salón, escaleras arriba.

—Venga, Ava, no la mires así —señaló mi madre, con una sonrisita—. Eres su hermana mayor, y por eso vive con intensidad

todos los pasos que estás dando. Ella aún no puede salir hasta tan tarde ni plantearse tener un novio serio... te admira y le fascina todo lo que haces. Es normal a su edad.

—Pues para admirarme, lanza algunos puñales envenenados —dije cruzándome de brazos para mostrar mi disconformidad.

—Sobre Fran, cielo. No sobre ti —aclaró ella—. No ve a Fran lo suficientemente bueno para su superhermana.

Me hizo una carantoña y se sentó en el sofá. Yo la seguí, refunfuñando.

—Pero no es verdad, no voy... —Noté que se me sonrojaban las mejillas violentamente.

Mi madre, testigo del hecho, sonrió levemente.

—¿A tener sexo esta noche? —añadió—. No hay que tener miedo a llamar las cosas por su nombre.

Suspiré.

—Sí, lo sé —murmuré todavía consternada.

—Bueno, Ava, tienes que hacer lo que quieras, pero siempre con cabeza. —Empezó a extenderse la crema corporal por las piernas—. Aunque, bueno, no tanta cabeza. Algunas cosas son más divertidas si se hacen sin pensarlas tanto. —Me guiñó el ojo —. ¡Pero siempre con precaución! —añadió rápidamente, como si al oír sus propias palabras se hubiera dado cuenta de la contradicción que encerraba su mensaje y quisiera remarcar lo que era importante.

—Sí —asentí, conteniendo una mueca.

Estaba claro que yo era la sensatez en esta familia.

—Así que coge los condones, ¿vale? —Me buscó con la mirada—. Y si luego quieres hablar...

—¡Dios! ¡Que no!

Salí escopeteada del salón. Eso sí, justo antes de marchar de casa y tras mandarle un mensaje a Caleb para avisarlo de que ya iba, cogí la caja.

Solo por si acaso.

Ava

Caleb me esperaba en la calle de la Fuente, apoyado sobre el murete blanco y ensimismado con el MP3. Supuse que buscaba alguna canción en su selección musical, y como no se había percatado de mi presencia, pude estudiarlo mientras me acercaba.

Desde el ataque, hacía ya casi dos semanas, se había cerrado en banda, evitaba hablar de ello e incluso le quitaba importancia. Tanto, que ni siquiera con Karl lo hablaba. Argumentaba que habían sido escasos minutos, que enseguida habíamos aparecido Hugo y yo, que no era necesario darle vueltas, que a lo hecho, pecho... Y no conseguía romper esas barreras.

Yo me había desahogado con mi madre, incluso con Grace, les podía explicar lo que sentía, hablarlo y sacar todo lo que tenía dentro. Él no.

Mi madre decía que no todos funcionamos del mismo modo, que no debía presionarlo, tan solo recordarle que, si quería hablarlo, yo estaba ahí; pero no. Eso me serviría para cuando quisiera hablar de la injusticia que suponía que su primer novio —del que se había enamorado— estuviera ahora a más de dos mil kilómetros de distancia. Pero para aquella situación traumática...

Me asustaba que se guardara para sí toda una serie de pensamientos autodestructivos, que se fraguara...

Caleb levantó la mirada y me sonrió. Imposible no apreciar sus ojeras.

—Adivina a quién he visto hace un momento. —Ese fue su saludo.

—¿A quién? —contesté, ya de puntillas para besarle la mejilla, pero como contestó antes de que pudiera alcanzarlo, mi gesto quedó congelado.

—A Hugo.

Me eché para atrás y lo miré interrogante.

—¿Hugo? ¿Aquí? —Sin poder evitarlo, miré alrededor.

Caleb sonrió.

—Sí, el mismo. Y exactamente aquí no, sino que nos hemos cruzado mientras venía hacia aquí. Salía de una casa casi a la altura de la calle Arrabal.

—Oh.

Sabía dónde estaba, cómo no. Era justo donde se detuvo el día que lo había seguido, un dato que, por supuesto, no había compartido con mi mejor amigo.

—¿Y te ha dicho algo? —le pregunté de forma casual al tiempo que emprendíamos la marcha hacia la playa.

—No mucho. Solo me ha saludado y me ha preguntado cómo estaba.

Asentí levemente.

—¿Sabes? —dijo de pronto—. No me parece mal tipo.

Lo miré sorprendida.

—Me ayudó sin dudarlo y estuvo ahí hasta el final, hasta asegurarse de que estábamos bien. Eso dice mucho de él.

—Es cierto —afirmé en un susurro.

Tras un rato en silencio, Caleb volvió a hablar:

—¿Sigues pensando en él?

Cuando hizo la pregunta, me quedé congelada por un momento, incapaz de articular palabra, pero al final, tras decidir que ya era hora de ser sincera, elevé la mirada hacia él, y la verdad salió:

—Sí. —Sentí que aquella afirmación incluso hacía eco dentro de mi cabeza.

Caleb asintió lentamente.

—Es comprensible.

—¿¡Cómo va a serlo!? —le pregunté sorprendida—. ¡Tengo novio! Pero cada vez que lo veo... —Me llevé la mano a la frente y me detuve en seco.

Hasta la playa había unos veinte minutos de camino a paso ligero, pero con el drama que se avecinaba, tardaríamos mucho más.

—Mira, no creo que sea ningún experto en nada, pero creo que

lo que sientes por Hugo es normal y a la vez muy esclarecedor sobre Fran. Tienes que dejar de negarlo, y tomar una decisión respecto a ello.

Al oír sus palabras, tuve que sentarme en la acera y apoyar la espalda en los incómodos barrotes de la barandilla que preservaba a los peatones de una caída por el desnivel lleno de vegetación que se extendía hasta la playa.

Caleb me imitó y se sentó.

—No sé a qué decisión te refieres —dije, todavía un poco en *shock*.

—Por lo menos, la de dejar a Fran.

—Pero estoy bien con Fran. —Lo miré—. Y lo sabes —insistí rápidamente.

—Estás cómoda con él, pero desde el inicio de vuestra historia no te he visto ni la mitad de emocionada como la noche en la que besaste a Hugo.

—No estaba emocionada, estaba exaltada.

Caleb puso los ojos en blanco.

—Venga, Ava, que no te pega esta actitud. Eres una tía echada para delante. ¿De verdad que te da miedo enfrentarte a esto? No lo creo.

Sopesé sus últimas palabras, incapaz de desenredar el nudo de pensamientos y sentimientos que tenía en mi mente. Sabía que mi autocontrol para evitar pensar en Hugo no era normal, y más teniendo novio. Tampoco lo era esa curiosidad tan arrolladora por el líder de los Kaura, que me empujaba a tomar decisiones locas, como la de seguirlo para ver adónde iba. Por no hablar del carcome que me ocasionaba desconocer quién era esa chica con la que lo había visto o qué hacía él en esa casa donde Caleb también se lo acababa de encontrar.

Oh, Dios. No podía gustarme Hugo. Era... era ¡el líder de ese grupo de pandilleros!, ese grupo por el que había reprochado a Miriam en varias ocasiones...

—Soy una hipócrita —solté finalmente.

—¿«Hipócrita»?

—A Miriam intenté alejarla de Iván porque pertenecía a los Kaura, le decía que era tonta por querer reclamar su atención... y ahora me gusta Hugo.

—Y lo besaste —me recordó Caleb, chocando el hombro contra el mío.

—Y lo besé —acepté—. ¿Qué voy a hacer? —le pregunté de manera lastimera mirando al cielo.

—Bueno, el primer paso, el de aceptarlo, ya lo has dado —contestó él con calma.

Guardamos silencio de nuevo, y pensé que sería fantástico disponer de una guía de cómo actuar en esas situaciones. Algo que indicara cuál era la mejor opción, o la peor...

Me cercioré de tener el pelo bien colocado y volví a hablar para no darle más vueltas al asunto, al menos por esa noche; sin embargo, una vocecita me susurraba que me resultaría imposible.

—Se nos va a echar la noche encima —comenté al fin.

—Que se nos eche, no hay problema. Aquí se respira tranquilidad. —Caleb echó la cabeza atrás e inspiró.

—Caleb...

Me mordisqueé el labio y miré a mi amigo, quien imitó el gesto y me devolvió la mirada.

—¿Por qué no quieres hablar de esa noche? —Ya que nos estábamos sincerando, decidí sacar el tema.

Caleb hizo una mueca tristona.

—Porque es una mierda, y porque, por más que lo hable, no lo va a solucionar. Quizá si dejo de pensar en ello lo olvide.

—¿De verdad piensas que no hablarlo es lo mejor? ¿Pretender que no pasó?

—No lo sé, Ava. —Caleb se encogió de hombros—. Pero me niego a ser ahora el chico al que le dieron una paliza por besar a su novio.

—No eres ese chico... Sí, vale, te sucedió exactamente eso, pero eso no significa que quedes reducido a eso ni que lleves una etiqueta. Tú no...

Pero Caleb no me dejó terminar la frase.

—Creo que me puedo permitir una pausa.

—¿Una pausa? —pregunté, alerta.

—Sí, una pausa que me permita olvidar por un jodido momento que eso sucedió porque hice lo que mi corazón me pedía. Una pausa para no estar martilleándome la cabeza con la idea de que a la gente buena le pasan cosas malas y que no todas las historias tienen un final feliz, aunque lo merezcan.

Me quedé en silencio escuchando sus palabras, pronunciadas con tal calma que contrastaba con la crudeza de su significado.

—Tan solo tengo que olvidar para no sufrir —concluyó finalmente.

—No, no digas eso —hablé, asustada—. De verdad, que no.

—Ava, es así, no todo el mundo consigue lo que quiere. Hay gente que vive una vida anodinamente vulgar y no alcanza ninguna de sus ilusiones.

Me levanté, y entonces Caleb dejó de hablar, me miraba intrigado.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Levántate —le ordené en un tono de voz que no admitía discusiones, así que me obedeció.

Una vez estuvo frente a mí, lo sujeté de los hombros y, a pesar de que por la diferencia de altura no me resultaba muy cómodo, mantuve el agarre, con seriedad y determinación lo miré.

—Voy a decirte una frase que a menudo nos repite mi madre y, aunque muchas veces pongo los ojos en blanco cuando la oigo (porque no negaré que me repatea), sé que tiene razón.

—Está bien —asintió él, cauto—. Consejo de Lorena.

—La actitud es la clave de todo en esta vida.

—¿Eh? —Caleb arrugó la nariz.

—Sí. Lo que oyes. A todos nos sucederán cosas malas, tendremos rachas terribles, sí, pero la clave es cómo nos enfrentemos a ello. Hay personas que se dejan arrastrar y, derrotadas, permiten que sus ilusiones y sueños desaparezcan. Pero otras no. Otras, a los reveses de la vida, les dan el limón del tequila.

—¿«Les dan el limón del tequila»? —repitió Caleb, claramente confundido.

—Sí, bueno, aún no entiendo muy bien a qué se refiere esa parte, pero... —Hice una mueca—. Da igual, me refiero a que tú no eres de los que quedan derrotados, Caleb. No lo eres. No vas a permitir que te quiten la ilusión de vivir y disfrutar del amor, del sexo y de lo que quieras. —Caleb me estudió en silencio—. A esos, les dejas el limón.

—Les dejo el limón, está bien —repitió Caleb, y tras decir eso, dibujó media sonrisa. No era entera, pero sí un inicio—. Me encantaría decirte que te creo, que lo veo así, que ojalá me contagiaras esa ilusión y esa manera de ver las cosas, pero bueno... por ahora...

—Necesitas tiempo —terminé la frase por él.

Asintió, dándome la razón.

—Pero te quiero, y sé que estás ahí para mí. Y eso, Ava, para mí, tiene la mayor de las jodidas importancias.

Arqueé la ceja.

—No hace falta hablar mal.

—Anda, abrázame. —Caleb tiró de mí para darme un abrazo de gigante—. Volveré a estar bien. Te lo prometo. Me lo prometo.

Tras el abrazo, me sonrió; sin embargo, era perceptible la sombra de tristeza en sus oscuros ojos.

—Ahora, vamos a la playa.

Hugo

Estábamos en la playa cuando ella llegó. Seguía sin entender cómo podía localizarla con tanta facilidad a pesar de la cantidad de gente que había. Era como si de algún modo estuviéramos conectados y esa fuerza que nos enlazaba tirara de mí para

observarla.

Acababa de aparecer con su amigo Caleb, a quien había visto a la salida del taller, hacía unas horas. Me había acercado para saludarlo y preguntarle qué tal estaba. Por un instante había creído que interrumpiría rápidamente la conversación o incluso pretendería que no me conocía, pero me respondió con una sonrisa que, si bien no era del todo sincera, indicaba que estaba ahí, recuperándose, tirando. Y ¿no era lo que hacíamos todos?

Seguí observando a la pelirroja desde nuestro rincón en la playa y, a pesar de que en algunos momentos la perdí de vista porque se cruzaba con grupos de personas, vi que iba hacia su grupo de amigos.

Aparté la mirada cuando el rubio se inclinó sobre ella para besarla.

—Entonces ¿vamos a estar toda la noche aquí? —preguntó Abel en un tono lastimero.

—Puedes irte adonde te dé la gana —le contestó Rafa mientras sujetaba por la cintura a la chica con la que estaba.

Me sonaba de haberla visto por el pueblo, al igual que a su grupo de amigas, que se encontraban cerca de nosotros con sus vasos de plástico y risas escandalosas.

—No hace falta ser un capullo, Rafa —dijo Abel, mirándolo mal.

—Yo me voy adonde quieras. Esta fiesta es una mierda.

Sonreí ante el comentario de Jacobo, quien, con trece años, no apreciaba este tipo de eventos como el resto de nosotros.

—¿Qué ocurre? ¿No estáis pasando un buen rato? —nos preguntó Raquel, que acababa de llegar. Pero no venía sola.

Maldije para mis adentros cuando vi a Lara, quien, por supuesto, tenía la mirada clavada en mí. Llevaba el larguísimo pelo rubio recogido en una trenza de raíz y saltaba a la vista que se había maquillado: las líneas del rostro, bien perfiladas, y los ojos, más rasgados; todo ello le brindaba el aspecto de una mujer.

—¿Quieres hacernos pasar un buen rato tú, Raquel? —canturreó Iván, divertido.

Pero la fría mirada que le dedicó nuestra amiga indicaba que, como siempre, la había cagado.

—Para eso, las dos personas tienen que pasar un buen rato, y déjame decirte que dudo que sepas ni por dónde empezar.

Todos silbamos ante el corte que dio a Iván, quien sonrió de manera divertida a Raquel y, negando con la cabeza, aceptó la respuesta con cierta dignidad.

—Si es que se lo pones en bandeja, tío —comentó Mikel a Iván.

—Joder, problemas. —Rubén cortó la conversación de raíz para llamarnos la atención.

En ese preciso instante vimos que el grupo de Miriam llegaba a la playa, aquellos chavales con los que al final tuvimos un encontronazo.

—¿Siguen manteniéndola en el grupo? —preguntó sorprendido Abel.

Claramente se refería a Miriam, quien, ajena a nuestro escrutinio en la distancia, caminaba junto a sus amigos.

—Es un buen coñito al que no perder, amigo. Te lo digo yo. —Iván añadió su aportación al tiempo que chocaba la copa con la de Abel.

—Visto así... —aceptó el otro.

—Bueno, veo que no nos perdemos nada, Lara. Vamos a dar una vuelta.

Raquel arrastró consigo a Lara, a quien no le quedó más remedio que seguir a nuestra enfurecida amiga.

—Creo que sería buena idea no dejarlas solas, sabiendo que están esos aquí —propuso Rubén, y yo asentí.

Ya teníamos demasiada experiencia en ese tipo de conflictos, y aunque a veces el asunto se olvidaba, otras muchas decidían vengarse de los modos más cobardes.

Vi cómo Rubén se unía a la carrera a las chicas, acompañándolas entre la gente, seguramente para buscar más bebida o intentar mantener alguna conversación.

Dejé de observarlos y, al centrarme en la nueva charla,

descubrí la expresión contrariada de Iván, que miraba hacia donde habían desaparecido Rubén, Raquel y Lara. No sabía por qué, pero intuía que vaticinaba problemas respecto a ellos. Por lo menos, por parte de Iván, pues advertí entonces que este miraba cómo Rubén hablaba con una divertida Raquel; era cierto que en la escena también estaba Lara, pero Rubén prestaba especial interés a nuestra amiga.

Había luna llena, y eso brindaba algo de iluminación a la noche. La quedada no era en la playa frente al instituto, sino en la de Rumina, cuyo emplazamiento más alejado del centro y apartado de la carretera evitaría, quizá, que apareciera la policía. Además, las casas que daban a la playa estaban vacías, eran las típicas viviendas vacacionales, por lo que, si no se montaba mucho lío —cosa que casi nunca sucedía—, no solía haber problemas. Esa quedada resultaba mucho más tranquila que otras, pues la gente acudía, sobre todo, para pillar cacho.

Dejé vagar la mirada y descubrí que algunos traían consigo los típicos faroles de camping a pilas para proporcionar un poco más de iluminación, algo que venía de perlas a quienes sentados sobre las toallas conversaban sin que les faltara su suministro de alcohol y pipas.

En uno de esos grupos se encontraba Ava, que en ningún momento había dirigido la mirada hacia mí, algo que realmente no me tenía que importar, por supuesto. Sin embargo, debía reconocer que había estado pensando en ella más de la cuenta, en especial desde que descubrí quién era su madre.

Me acordaba de ella y sé que ella de mí también. Lo supe por el modo en que se había quedado mirándome cuando aparecí en el salón de su casa.

Me sorprendió verla después de tanto tiempo, y más aún que fuera la madre de Ava. Nuestro encuentro había ocurrido muchos años atrás, yo debía de tener unos nueve o diez años. Lorena —todavía me acordaba de su nombre— me había ayudado en una coyuntura complicada en el mercado del pueblo: yo había robado varias piezas de fruta, tristemente para comer y, por falta de

experiencia, me descubrieron. La situación no pasó a mayores gracias a la intervención de Lorena: dijo que ella me había pedido que lo cogiera mientras ella iba a pagar. No fue muy creíble, pero consiguió que saliera impune; además, por primera vez en la vida, probé el sabor del mango, esa fruta exótica que tanto me había llamado la atención.

Otra persona en la misma situación habría querido darme alguna charla moral, sin embargo, ella tan solo me indicó dónde trabajaba y mencionó que si en algún momento necesitaba más comida la fuera a buscar.

Nunca lo hice, pero jamás olvidé su gesto. Resultaba irónico que el chaval al que ayudó entonces... hubiera ayudado a su hija años después. Como una cadena de favores; en cierto modo, era bonito saber que cuando ayudabas a una persona, esta podía ayudar a otra que, sorprendentemente, estaba relacionada con el origen de la cadena. Era reconfortante.

No obstante, no me imaginaba hasta qué punto se entremezclarían nuestras historias.

Ava

Me pasé toda la noche evitando quedarme a solas con Fran, y no supuso ningún problema porque todos estábamos charlando sobre las toallas, hacíamos bromas y comentarios chispeantes; pero en cuanto empezaron a desaparecer algunas parejas, me tensé inevitablemente.

Grace tenía razón. La fiesta era conocida como la quedada de inicio de curso del instituto, pero también destacaba por el otro maldito tema. Sucedía lo mismo que en el baile de graduación de las películas americanas: los que tenían pareja se acostaban cuando terminaba.

El problema era que había alargado demasiado ese asunto, pues cuando Fran volvió y estuvo unos días solo en casa, logré escaquearme con varias excusas. Sin embargo, sabía que en algún momento llegaría el enfrentamiento; no porque él me lo impusiera, sino que saldría el tema, entonces tendría que explicarle por qué no quería ir más allá. Y eso me suponía un conflicto, porque estaba hecha un lío. Fran me gustaba, y sentía que las cosas entre nosotros iban mejor, pero siempre había una cuestión que lo empañaba todo...

Miré con disimulo ese grupo que quedaba separado del resto, para la tranquilidad de muchos de los presentes; incluso para mí, aunque, obviamente, por motivos muy distintos.

«Ava, ¿qué narices te pasa? No te puede gustar Hugo. ¡Es un capullo egocéntrico y maleducado! Por no olvidarnos que es el líder de los Kaura».

Pero era, a pesar de todo, buena persona, y eso entraba en contradicción con la imagen que había tenido de él todos esos años y... y me intrigaba demasiado.

—Oye, voy a pedirle a mi hermano que nos pille más cerveza. ¿Quién quiere? —dijo Adrián, y todos nos pusimos a pedir diferentes bebidas mientras le dábamos el dinero.

—Pilla también algunas pipas más —le propuso Claudia.

—¡Y chuches! —comentó Tamara, entusiasmada.

—Creo que voy a ayudarte —se ofreció Fran con una sonrisa, y se levantó.

Antes de separarse del grupo, me guiñó el ojo de un modo encantador, y yo me sentí podrida por dentro porque cada vez me rondaba más la idea de cortar con él...

—Yo voy a hacer pis —se rio Tamara, y se levantó de un brinco.

—Yo también —dije, imitándola.

Tamara me miró con el gesto torcido. Supe interpretar la mueca a la perfección.

—Obviamente no voy a hacer pis a tu lado, Tamara. —Puse los ojos en blanco y ella sonrió satisfecha.

—Hay gente rarita.

—Me conoces desde siempre, anda.

Me reí mientras abandonábamos el grupo, y una vez lejos del tumulto, cada una tomó su camino.

Yo me adentré en el punto más apartado y oscuro, donde había más vegetación. Era incapaz de hacer pis cerca de tanta gente sin poder cubrirme, al contrario de Tamara, que parecía no tener ningún problema con ello.

Luego volví sobre mis pasos, pero... pero dirigí la mirada hacia cierto grupo al que había evitado mirar.

Hugo

Vi que se acercaba, pero no como las otras veces, directa y con la cabeza bien erguida, sino que lo hizo entre las sombras, evitando que la vieran. Y eso me jodió, me jodió mucho.

—Mirad a quién tenemos aquí —canturreó Iván. Cómo no, fue el primero en verla—. La pelirroja peligrosa.

Casi todos los del grupo se centraron en ella, quien parecía tener ojos solo para mí, pues, ignorando los comentarios intencionados, no miraba a otro lado.

—¿Podemos hablar? —me preguntó.

Arqueé la ceja.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De lo del otro día. Me gustaría hablar sin público.

Solo entonces desvió la mirada hacia el resto, que se callaron, interesados de pronto en nuestra conversación. Lo que faltaba.

Observé su pelo rojizo suelto, en esta ocasión más alborotado de lo normal. Esta vez no llevaba ninguna trenza, le caía libre más allá de los hombros, como si te invitara a pasar los dedos entre él.

Intencionadamente deslicé la mirada por su cuerpo, observé la

sudadera de un verde oscuro con las palabras de TRINITY COLLEGE rodeando un escudo cuyos dibujos no podía descifrar por la distancia y la falta de iluminación, y la descendí hacia sus piernas desnudas, se podía intuir el pantalón corto que llevaba debajo de la gigantesca sudadera.

—No tengo que hablar contigo de nada, Ginger.

Supe que el mote captó la atención de todos porque, en vez de añadir algún comentario, se giraron a mirar a la pelirroja, esperando su respuesta como si de un partido de tenis se tratase.

Ava se encogió de hombros.

—Está bien. Si es lo que quieres... Tan solo quería darte las gracias por lo del otro día. Nadie se ofreció a ayudarnos, y tú fuiste el único que se atrevió. Gracias.

¿Y para eso tenía que venir a escondidas, evitando así que el tontolaba de su novio viera que se me acercaba? ¿Tanto se avergonzaba de ello? Le dediqué una de mis feas sonrisas, esas que ya tenía más que ensayadas y que demostraban toda mi repulsión y frialdad junto a una chulería innata.

—¿Eso es todo? —Me incliné, sin levantarme, pero apoyando los codos sobre las rodillas y manteniendo mi sonrisa.

—Es lo que quería decir —contestó Ava sin titubear.

—Hay maneras mucho más interesantes con las que puedes darme las gracias. Muchas más.

Todos se carcajearon y soltaron comentarios obscenos. Comentarios que ayudaron a potenciar la incomodidad de Ava, que miró nerviosa alrededor.

—No sé ni por qué lo intento. Eres un capullo. —Retrocedió un paso, gesto que me cabreó aún más.

—Eso no es lo que me decías la otra vez. Si quieres, podemos terminar lo que empezamos, Ginger. Una bonita forma de...

—Vete al cuerno —soltó, ya enfadada.

Amplié mi sonrisa.

—Pues entonces, piérdete, sal de mi vista.

No necesitó que añadiera nada más. Me dio la espalda con una rapidez pasmosa y salió casi a la carrera.

Oí que César carraspeaba antes de romper el silencio que se había hecho en el grupo.

—¿Qué nos hemos perdido?

Ava

Una sensación de pura lava me recorría la garganta, era porque contenía las lágrimas que luchaban por salir.

¿Qué había pensado?, ¿que iba a tener una conversación civilizada y cordial? Me sentía una estúpida, pero no comprendía por qué dolía tanto. Salí de allí con rapidez, dispuesta a olvidar lo que acababa de suceder, y a escasos momentos de haber estado en aquella bochornosa situación, oí mi nombre.

—¿Ava?

Me giré y descubrí a Miriam.

—Miriam —le contesté, en un tono entre la sorpresa y el desconcierto.

Mi antigua amiga se me acercó con una sonrisa ladeada y una enigmática mirada que me tensó. Quizá ya no fuéramos amigas como antes, pero era una de las personas que más conocía.

—¿Te has liado con Hugo?, ¿el frío y peligroso Hugo? —preguntó.

—¡¿Qué?! ¿Qué dices? —repliqué demasiado rápido.

La sonrisa de Miriam se amplió.

—Vaya, vaya. Sí que han cambiado las cosas, ¿eh?

Agarré a Miriam y la atraje hacia mí para alejarnos de los Kaura, hacia la parte más central de la playa.

—No es lo que parece. Fue quien nos ayudó cuando atacaron a Caleb —le aclaré.

—Claro, pero ¿y su comentario sobre terminar lo que empezasteis? —Miriam abrió los ojos como platos al soltar la

teoría que se le acababa de ocurrir—: ¿Por eso no dejas que te desflore Fran? ¿Porque quieres que sea el peligroso y sexy Hugo?

La miré horrorizada.

—¿Qué estás diciendo? ¿Y cómo sabes si me he acostado o no con Fran? —le pregunté yo a mi vez.

Miriam arqueó una ceja.

—Chica, tú no me cuentas tus secretos, yo no lo hago con los míos. Pero esas cosas se ven... Y contigo, a la legua.

Negué con la cabeza.

—Te equivocas. Lo que has presenciado ahí es tan solo al capullo de Hugo soltando comentarios absurdos para seguir siendo el gallo de su gallinero, como siempre.

—Veo que lo conoces bien... —volvió a pinchar la morena.

Miriam miró detrás de mí y me tensé, sabía adónde dirigía la atención. De pronto, su gesto divertido se evaporó.

—Vaya, pues sí que será verdad que tienes razón. Ya me parecía a mí raro que llamaras la atención a ese pedazo de tipo.

En vez de tranquilizarme porque parecía que con sus palabras aceptaba la *realidad* que le estaba vendiendo y abandonaba la idea de que entre Hugo y yo hubiera algo, me alarmé. Me giré con cierta presión en el estómago que se acentuó al descubrir lo que finalmente había convencido a Miriam.

Hugo estaba en el mismo sitio, donde habíamos tenido aquella desagradable conversación, pero había un cambio sustancial. Ahora, entre sus piernas, tenía a una chica que parecía encantada con sus atenciones.

No sé si fue casualidad o no, pero cuando los miré, Hugo se inclinó sobre ella; una sensación desagradable y punzante me atravesó el pecho al ver cómo sus labios buscaban con ansias los de la chica, quien se entregó al beso con una languidez que odié.

—Sí, ya lo puedes ver —dije al fin, dejando la escena para centrarme en Miriam—. Bueno, ¿querías algo?

Miriam me dedicó por fin una sonrisa amigable.

—Solo saludar. Te había visto sola y me parecía raro, pero, bueno, resuelto el misterio... Estoy con mi gente allí al fondo, por

si quieres pasarte. Estarán encantados de conoceros a ti y a Caleb. ¡Más que invitados!

Sonreí. «Mi gente», qué raro sonaba aquello.

—Gracias, quizá luego me anime, o te puedes pasar tú. Estamos con todos.

Miriam hizo un gesto de desgana.

—Ufff, ¿y estar con las mismas anodinas conversaciones de siempre? Paso. —Se alejó un poco de mí, daba a entender que la extraña conversación había llegado a su fin—. Luego nos vemos, si eso.

—Sí, si eso —repetí yo mientras veía cómo se alejaba.

Tras un suspiro, me encaminé hacia territorio seguro, pero mis ojos tenían voluntad propia y echaron un último vistazo. Me escoció en cuanto vi que las manos de Hugo se aventuraban dentro de la ropa de aquella chica.

Hugo

Sabía que aquella noche no sería tranquila, pero lo que no había adivinado era el motivo: el barullo no comenzó con aquellos a quienes habíamos echado el ojo en cuanto aparecieron, sino por algo distinto.

Nos habíamos desperdigado, no todos se encontraban ya donde estábamos al principio, en esa zona apartada de quienes disfrutaban de la fresca noche.

Seguí sentado con aquella tipa cuyo nombre no recordaba pero que estaba haciendo un trabajo perfecto, y así mantenía mi mente a raya o, por lo menos, me permitía centrarme en un asunto mucho más interesante que el de estar pendiente de alguien que no merecía la pena.

En ese momento jugueteaba con su culo, restregándolo contra

mi notable erección a través del vaquero, mientras imaginaba sugerentes maneras de terminar la noche con otras actividades. Sin embargo, algo llamó mi atención en mi campo de visión; cuando levanté la mirada para descubrir qué era, sujeté las caderas de la chica impidiéndole que siguiera moviéndose.

—¿Qué pasa, quieres que...?

No le dejé acabar la frase. La obligué a apartarse y me levanté rápidamente, dirigiéndome hacia Iván.

Joder, joder. Así no.

—Iván.

Por los pelos conseguí agarrarlo del brazo cuando lo alcancé a la carrera, y su expresión desencajada al mirarme me lo dijo todo.

—Suéltame —manifestó con rudeza.

—No —contesté, sabiendo que bajo ningún concepto tenía que hacerlo.

Iván hizo amago de separarse de mí, pero no se lo iba a permitir.

—Suéltame, joder. —Elevó la voz mientras intentaba liberarse de nuevo.

—¿Para qué? ¿Qué quieres conseguir con ello? —le pregunté entonces.

—Necesito saber...

No fue capaz de terminar la frase. Su voz se rompió.

Joder. Lo solté, pero le sujeté de los hombros, confortándolo en su postura alicaída.

—¿Para qué? Tío, lo acabas de ver con tus propios ojos. No hace falta echar más sal a la herida.

Y así era. Igual que yo, él había sido testigo de la escena en que Rubén se adentraba en la zona más oscura, cogido de la mano de Raquel. Esa zona servía a las parejas para enrollarse sin que nadie los viera.

—Es mi amigo. Y lo sabe, joder, ¡lo sabe!

Maldije cuando Iván, en un arrebato de ira y pillándome desprevenido, se escabulló de mi agarre y echó a correr en esa dirección.

Yo podía ser mucho más fuerte que Iván, pero él, con su complexión delgada y más pequeña que la mía, era mucho más rápido; no logré alcanzarlo, llegó antes que yo allí donde Rubén y Raquel estaban besándose y arrolló a Rubén al pillarlo con la guardia baja.

—¿¡Qué haces?! —chilló Raquel, que por el impacto cayó en la arena.

Rubén e Iván rodaron por el suelo en una mezcla de piernas y brazos; pronto comenzaron a golpearse con violencia contenida.

—¡Haz que paren! —me pidió desesperada Raquel cuando me acerqué a ella para asegurarme de que estuviera bien.

Era imposible meterme sin recibir ningún golpe, pero lo vi claro en cuanto Iván consiguió ponerse encima de Rubén y le empezó a lanzar enrabietados puñetazos.

Lo embestí sin dudar y, por la fuerza del impacto, ambos caímos con dureza contra la arena.

—Joder, ¡Iván! ¡Ya!

Perdí la compostura cuando, a pesar de la caída, el moreno se levantó para volver a buscar a Rubén, que aún intentaba incorporarse.

—¿Qué coño pasa aquí? —oí que preguntaba Abel mientras yo volvía a detener a Iván con un empujón que lo alejó varios pasos.

—Iván, no me hagas meterme —le advertí—. No lo hagas.

Porque, sí, no dudaba en sacudirle hasta que perdiera la consciencia si era necesario.

—Para, para... —repitió Abel mientras sujetaba a Iván, que respiraba agitado y con la mirada clavada en Rubén; este seguía en el suelo, seguramente con la conciencia abatida.

—¡Sois gilipollas! —estalló Raquel entre lágrimas, y sin que pudiéramos evitarlo, salió a la carrera, adentrándose aún más en la oscura noche.

Hice amago de seguirla, pero Abel me llamó la atención.

—No, dejadla, os necesitamos. Se va a liar en la otra parte de la playa.

—¿Qué cojones pasa ahora? —pregunté.

—Los gilipollas están buscándonos las cosquillas.

No necesitamos más, los cuatro volvimos sobre nuestros pasos.

Ava

Lo primero que noté fueron los gritos. Por un momento no les di demasiada importancia, pero como estaba más concentrada en cualquier cosa menos en el beso de Fran, pronto identifiqué que no eran de diversión.

Coloqué las manos sobre su pecho, separándolo lentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la voz algo ronca.

Estábamos un poco apartados del resto, pero no lo suficiente como para que Fran pensara que yo pretendía impulsar nuestra sesión de besos al siguiente nivel.

—¿No oyes los gritos? —le dije, mirando por encima de su hombro.

Fran se volvió e intuimos que, efectivamente, algo pasaba en la zona de la playa donde se encontraba todo el mundo.

—¿Qué estará pasando? —preguntó Fran; entrelazó su mano con la mía y se dirigió presuroso hacia allí.

En cuanto nos acercamos unos metros más, vimos que se iniciaba una pelea entre los Kaura y los nuevos amigos de Miriam. Tampoco había que ser muy listo para identificar que el ambiente se estaba caldeando, y eso podía salpicar a todo el mundo.

Con urgencia, busqué a Caleb.

—¿Y Caleb? —pregunté a Fran, haciéndome oír entre el griterío de la gente.

Pero Fran no me oyó, se soltó de mi mano para acercarse al revuelo; seguramente intentaría separar a los que se discutían.

Sin embargo, la pelea acabó estallando y los gritos asustados se alzaron junto al tumulto de los primeros puñetazos.

—¡Caleb! —grité entre la gente, que comenzaba a empujarme peligrosamente hacia el centro del disturbio.

El caos me rodeaba, pero tenía la urgencia de encontrar a mi mejor amigo para marcharnos juntos de allí. ¿Dónde estaba Fran? Nerviosa, e incapaz de reconocer a nadie alrededor, advertí que tenía que salir de ahí.

De pronto se oyó el inconfundible sonido de las sirenas de la Policía Local, y la locura se desató en cuanto nos dimos cuenta de que alguien los había llamado. Todos huyeron arrasando con lo que tuvieran delante; en ese caso, varias personas, y yo incluida.

Mi madre siempre me había advertido de los peligros de meterse en medio de una pelea; entre ellos, podía ser golpeada, o aplastada si se producía una estampida de gente.

Chillé dolorida cuando recibí el primer golpe por el choque con un chico más corpulento que yo y más preocupado de huir que de otra cosa. Caí al suelo y supe que, ahí, estaba perdida.

Hugo

La pelea se descontroló muy rápido, pero se desató la locura en cuanto oímos la sirena de la policía.

—¡Fuera, fuera! —grité a los chicos.

Y no necesitaron más: salieron a la carrera, escabulléndose entre la gente y huyendo de allí en cualquier dirección, pero lejos de la poli para que no los pillara.

Yo iba a hacer lo propio, entonces la vi. Fue por pura casualidad. Estaba dispuesto a huir cuando un tipo chocó contra mí provocando, con el impacto, que me girara; al bajar la mirada para no perder el equilibrio, me llamó la atención un bulto en el suelo a escasos metros de mí. Enseguida la reconocí y no pensé, actué.

Me abrí paso entre empujones y codazos, y la alcancé. Nuestras miradas se encontraron y descubrí cierto alivio en la suya, algo que me desconcertó; pero sin perder tiempo, la sujeté de un brazo y tiré para levantarla y sacarnos a la carrera en dirección contraria a la que pensaba tomar, hacia la parte oscura de la playa.

Ava me siguió sin titubear, y cuando nos adentramos entre la hosca vegetación, me detuve a observarla.

—¿Estás bien? ¿Te han pisado...?

Ava negó con la cabeza.

—Me he llevado algún golpe, pero sobreviviré —dijo, recuperando el aliento tras la carrera.

Asentí y, pasando a su lado, eché un vistazo agazapado allí donde la policía empezaba a detener a algunos que no habían conseguido escapar. Mala suerte.

—Gracias —dijo de pronto Ava a mis espaldas—. Si es que estas palabras te sirven para que una persona te agradezca el hecho de haberla ayudado.

Arqueé una ceja y me volví hacia ella.

—Interesante —hablé.

Valoré en qué situación nos encontrábamos. Ni de coña podíamos volver a la playa. Nos cogerían, sin lugar a dudas.

—¿El qué? —oí que preguntaba, nuevamente a mis espaldas.

—Creo que es el peor momento para ponernos a discutir, pero si es lo que quieres... —Le eché un vistazo por encima de mi hombro—. Parece que no te importa que nos pillen y nos detengan.

—No pensaba discutir nada contigo —contestó rápidamente, a la defensiva.

—Ya... —Avancé hacia ella y la sujeté de la mano, instándola a que me siguiera—. Vamos, no creo que tarden en buscar por aquí, y, a no ser que te quieras enrollar conmigo para disimular, lo mejor es que salgamos de la playa.

—¿Por dónde? La policía está justo donde se puede salir.

—¿No vienes mucho por aquí o qué? —le pregunté divertido, adivinando su respuesta sin necesidad de que abriera la boca.

Sí, no tenía pinta de las que se liaban con tipos en la playa. Le pegaban más la cama, la música suave y los pétalos de rosa.

—No sé qué quieres insinuar, pero no suelo pasear por esta playa, no —me contestó cortante.

—Este camino nos sacará de aquí —le indiqué en cuanto localicé el sendero estrecho entre la alta vegetación.

Pero no pude continuar porque Ava tiró de mí, deteniéndome.

—¿Qué pasa? —pregunté, ceñudo.

—No puedo irme sin Caleb, no sé dónde está ni si está bien, si ha conseguido huir... ¿Y si le ha pasado algo? Después de lo que sucedió hace unas semanas, es muy posible que no haya podido reaccionar, que se haya bloqueado... —contestó; empezaba a ponerse nerviosa.

Avancé hacia ella acortando la distancia entre ambos.

—¿Tienes el móvil? —Ella sintió rápidamente—. Puedes probar a llamarle, pero primero tenemos que salir de aquí, Ava. Hazme caso. Tardaremos poco y podrás hablar con tranquilidad.

—¿Y si no lo coge? —preguntó, y sentí la congoja en su tono de voz.

—Si no lo coge, ya nos preocuparemos entonces. Prometo que yo y los chicos lo buscaremos hasta encontrarlo, todo lo que queda de noche si hace falta. ¿Vamos?

Le ofrecí la mano y acabó aceptándola, así que, con un poco más de tacto ahora, recuperamos la marcha a un ritmo más ligero hasta llegar a la caseta de ladrillo roja, a la cual se accedía por el estrecho sendero. No había luz, tan solo podíamos ver gracias a la iluminación de la luna, que, llena, parecía no querer perderse ningún detalle.

—¿Adónde me llevas? —Inevitablemente, noté la preocupación en su voz.

—¿Quieres que nos pille la policía o no?

—Pero no quiero que me detengan por meterme en una propiedad privada —contestó ella, con una vocecilla que me recordó a Pepito Grillo.

Ignoré su comentario y continuamos por el camino, dejando

atrás la caseta, para adentrarnos de nuevo en la vegetación. Se tensó cuando llegamos a la zona del puente; no la culpaba, era uno de los sitios predilectos para trapichear e incluso para esconderse, ese lugar disparaba todas las alarmas, incluso a plena luz del día.

Inconscientemente, le di un apretón en la mano, como si quisiera reconfortarla, y cruzamos a toda prisa por debajo del puente ignorando la cantidad de mierda que había en los rincones. Sabía que entre los restos de plástico, las latas y demás basuras había condones usados e incluso jeringuillas. Tuvimos suerte de encontrarlo desierto, así que lo atravesamos sin percance alguno y por fin llegamos a la zona ya iluminada por farolas, donde sentí que Ava se tranquilizaba.

—¿Esto es un aparcamiento? —preguntó mientras seguía mis pasos y soltándose de mi agarre para observar el entorno.

Nos acercábamos a una explanada completamente asfaltada y vallada en la que ni tan solo había edificios. A nuestras espaldas se encontraba el puente que habíamos cruzado por debajo y unas escaleras para acceder a la carretera que había más arriba.

La zona quedaba resguardada y, como había sospechado, estaba desierta. Tan solo nos rodeaban algunos árboles, el hormigón a nuestros pies y los muros de piedra.

—Creo que quieren hacer un parque de skate —le respondí, recordando cierto rumor.

—Ah... —asintió intrigada Ava mientras observaba alrededor.

Me dirigí hacia una de las paredes que delimitaba la zona y me senté. Lo mejor sería esperar a que las aguas se calmaran, y, bueno, al estar los dos solos, sí que podíamos pasar por una pareja, aunque, tratándose de mí, sabía que los policías no ignorarían mi presencia.

Ocupado con mis cavilaciones, sentí que Ava me imitaba; se me sentó al lado y con prisas sacó el móvil. No tardó en colocárselo en la oreja, enseguida se oyó el tono de llamada.

—¡¿Caleb?! —preguntó en cuanto le contestaron.

—¡AVA! —Desde mi sitio pude oír el grito de su amigo—. ¿Estás bien?

Según parecía, el amigo seguía con vida.

Ava

—Sí, sí. ¿Y tú? —respondí, sujetando con fuerza el móvil.

—Dios, ¡sí! ¿Dónde estás? No te puedes imaginar el susto que me ha dado cuando he visto que llegaba Fran sin ti y no tenía ni idea de dónde estabas. —Oía el sonido de sus pasos—. Ese tío es gilipollas. ¿Cómo se le ocurre dejarte sola?

—Oh, ya... bueno, no es su culpa —comencé a decir, pero me levanté para alejarme de Hugo; mejor que no escuchara esa parte de la conversación.

—Joder, estabais juntos, liándoos antes de que comenzara todo, y ¿en el momento más crítico, va y se separa de ti? Vale que estoy tenso, pero si no cortas tú con él, lo hago yo.

A mi pesar, sonreí.

—Entonces ¿estás bien? —insistí—. Con todo lo de la pelea pensé que te podías haber... —Decidí corregir lo que iba a decir—. Que te podía haber pillado la policía, o... ¡algo peor!

Consideré que no era buena idea expresarle mis temores sobre un posible bloqueo por su parte debido a lo sucedido semanas atrás.

—Nada, tranquila. —Su tono de voz me serenó mucho más que sus palabras. Se le notaba calmado mientras continuaba explicándome los hechos—: Salí corriendo; de hecho, estamos todos en el bar de Mauro. Todos menos tú, porque, claro, pensaba que estabas con tu novio. No veas la cara que se me ha quedado cuando ha aparecido sin ti. Que, por cierto, ¿qué le digo? Porque sabe que me has llamado ahora mismo.

—Nada, dile que estoy bien. —Eché una ojeada discreta a Hugo, que parecía entretenido con su móvil, seguramente

enviando algún mensaje de texto.

—Deduzco entonces que estás con él. —Cuando Caleb dijo esas palabras, me quedé muda—. Lo que me imaginaba. —Supo interpretar mi silencio a la perfección—. Él sí que se ha ocupado de que estés sana y salva. Buenas noches, Ava. Disfruta del resto de la noche.

Y colgó. Caleb me colgó dejándome con la palabra en la boca y miles de insinuaciones que no sabía cómo tomarme.

Volví la cabeza aún con el móvil en la mano y miré a Hugo, que, en cuanto sintió mi gesto, levantó esa mirada de ojos azul hielo hacia mí.

—Entonces ahora, ¿qué hacemos? —le pregunté carraspeando porque me sentía la garganta especialmente seca.

—Esperar. Asegurarnos de que se vayan los polis. Y reza porque no aparezca ninguno, porque si no, ¿te acuerdas eso que te he comentado de tener que enrollarnos? Pues tendremos que rezar porque cuele.

Su respuesta me causó un vuelco en el estómago.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Mi voz sonó ridículamente aguda, delataba que aquella propuesta me ponía nerviosa. Demasiado nerviosa.

Eché un vistazo al camino por donde habíamos aparecido y por donde, según mis deducciones, llegarían los policías en caso de seguir con la búsqueda de implicados en la pelea.

Oí un ruido e inmediatamente me volví a centrar en Hugo, fui testigo del gesto de mofa que recorrió su masculino rostro. Debería ser ilegal que fuera tan guapo. Y también que yo tuviera tiempo de reparar en ello en tales circunstancias.

¿Qué estaba mal en mí?

—¿Se te ocurre algo mejor para parecer menos sospechosos, Ginger? Lo único malo es que, cuando vean que soy yo, seguramente no nos dejarán tranquilos. —Hugo dejó de mirarme y jugueteó con una piedra pequeña—. Es lo malo de haber escogido como compañero de huida a Hugo, el de los Kaura.

Un pesado silencio cayó sobre ambos. Demasiadas cosas había

dejado entrever con esas pocas frases. Siempre lo juzgarían mal por ser quien era, independientemente de que no hiciera nada malo; pensándolo así, y a pesar del pasado que corría a sus espaldas, ¿era eso justo?

Tensa por querer romper el silencio que nos acompañaba, dije lo primero que se me vino a la mente.

—Caleb está bien, y no sé por qué, pero intuía que estaba contigo.

Mi comentario lo hizo sonreír, y yo me quedé pillada sin saber qué interpretación se le podía dar a mis palabras.

¿Por qué narices no pensaba antes de hablar? ¿Y por qué estaba tan nerviosa? Si era justa conmigo, acababa de escapar de la policía. Era normal que todavía estuviera algo alterada. ¿No?

«Fijo que es eso, Ava».

¿En serio mi subconsciente era capaz de hablarme irónicamente?

Intentando no darle más vueltas, me acerqué de nuevo, me senté a su lado y apoyé la cabeza en el muro de hormigón.

—En fin, no tenemos que dar comienzo a la misión de búsqueda —bromeé, en un intento de aligerar el ambiente; me refería a su anterior ofrecimiento de buscar a Caleb.

—Menos lío para esta noche —asintió Hugo sin borrar el rastro de su sonrisa.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —quise saber.

—Los nuevos amigos de Miriam —contestó, y tiró lejos la piedra que había estado haciendo rodar entre los dedos—. Están buscándonos las cosquillas.

La curiosidad me podía y el hecho de que me diera tan pocos datos me empujaba a tomar el papel de entrevistadora.

—¿Por?

—Es aburrido de explicar —contestó él, entretenido con una nueva piedra.

—Bueno, creo que no tenemos nada mejor que hacer. —Lo miré significativamente.

—¿Que no? —Hugo volvió de nuevo la cara hacia mí,

sonriéndome de un modo insinuante.

Puse los ojos en blanco.

—¿No te cansas de repetir las mismas insinuaciones cutres?

Su sonrisa ante mis palabras se acentuó.

—Sabes que ninguna de mis insinuaciones es cutre, Ginger.

—Por favor... además, ¿qué diría tu novia? —La pregunta salió sola; tuve que controlar las ganas de torcer el rostro en un gesto de fastidio.

—¿Ahora tengo novia? —contestó, simulando que se sorprendía—. Creo que te equivocas de persona.

Dejé pasar por alto la indirecta, pero seguí preguntando. Claro que lo hice.

—¿Y esa chica con la que te he visto esta noche? —Le eché un rápido vistazo.

—Sí, he visto que te habías fijado. —Algo en su tono de voz me hizo volver la cabeza hacia él, y su mirada, como era ya costumbre, me atrapó—. ¿Qué pasa, Ginger? ¿Estás celosa?

—¿Por qué iba a estarlo? —le respondí, controlando cada gesto de mi rostro.

Hugo me estudió con la expresión calmada, pero algo en su mirada me prometía una marabunta de emociones totalmente contrarias a lo que manifestaba el resto de su cuerpo. No pude descifrarlo, pues cuando volvió a hablar, cortó nuestra conexión visual para centrarse en el estrellado cielo.

—No soy de novias —dijo por fin—. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—Entiendo. El cliché del chico malo. —Arqueé las cejas—. No crees en el amor.

Mi respuesta originó en Hugo una mueca entre divertida y... ¿angustiada?

—¿Quién no cree en el amor? Claro que creo en él.

—¿Entonces? —pregunté, y algo en el tono de mi voz debió de llamarle la atención porque me echó una rápida mirada.

Por un momento pensé que ignoraría mi pregunta, pero su respuesta llegó:

—No todo el mundo lo merece, lo consigue o lo quiere, Ginger.

Me mordí el labio, porque si no lo hacía, mi siguiente pregunta sería averiguar a qué grupo pertenecía él. Y no debía hacer esa pregunta.

Decidí cambiar de rumbo la conversación.

—¿Cómo me has visto entre tanta gente? En el momento en el que he caído al suelo, he creído que sería imposible que alguien me viera para ayudarme...

—La verdad es que ha sido suerte. Una casualidad entre mil millones.

Su respuesta me hizo mirarlo casi con una sonrisa.

—¿«Una casualidad entre mil millones»? —repetí.

—Bueno, eras una mancha oscura entre un montón de gente huyendo. No sé por qué, pero me ha llamado la atención.

—Pues menos mal. Gracias de nuevo.

Un brillo divertido le recorrió el rostro, pero esta vez decidió no hacer ningún comentario mordaz; sacó otro tema de conversación que me sorprendió.

—¿Y esa sudadera que llevas?

Por la pregunta, la observé extrañada, a la espera de encontrar alguna mancha o desgarrón en la tela.

—¿Qué le pasa? —quise saber al no descubrir nada sospechoso en ella.

—¿De qué es?

—Ah... —Sonreí al tiempo que la estiraba—. De la Universidad de Dublín. Verás, mi padre era irlandés; de hecho, Grace y yo nacimos allí. Así que nosotras también lo somos.

—Vaya. No... no lo sabía.

—Me imagino. —Sonreí contenta de poder contarle algo bonito y relajado—. En fin, cuando mi padre murió, mi madre decidió volver a su tierra, pero, bueno, aunque seguramente el año que viene me vaya a Granada a estudiar, me gustaría hacer un curso en Dublín. En plan Erasmus o prácticas. No sé, volver a mis raíces y a las de mi padre.

Hugo me escuchaba atento, como si de verdad le interesara lo que le contaba.

—Me parece un buen plan. Un buen objetivo. —Asintió como para dar más peso a sus palabras—. ¿Qué quieres estudiar? —siguió preguntando.

Me sorprendí al percibir que realmente estaba interesado en la conversación, me escuchaba atento y hacía las preguntas oportunas para que siguiera fluyendo, no intentaba que terminara de una vez.

—Traducción.

Una expresión divertida le recorrió el rostro.

—¿Qué? —pregunté ante su gesto. Hugo se rio más—. ¿Qué es tan gracioso?

—No sé, me ha sorprendido. Nada más. Esperaba que me dijeras algo así como «Derecho».

—¿Y eso?

Al oír su siguiente respuesta lo miré llena de indignación.

—Bueno, no sé, te veo mandando, así que esperaba que estudiaras Derecho para luego ser juez, o que te metieras en algo del ejército. Algo así.

—¿Me estás llamando «mandona»?

Su sonrisa se amplió, estaba al borde de la carcajada.

—Para nada...

—¡Me estás llamando «mandona»! —repetí, ahora sin ocultar mi indignación.

—No te equivoques, Ginger —negó Hugo sin ocultar su diversión ante mi reacción—. No quería decir eso, sino más bien que eres una chica lista, valiente y decidida. Te veía interesada en algo de ese tipo, pero la traducción parece un campo interesante.

Arqueé una ceja.

—Bueno, está bien. Acepto tus palabras —asentí, algo más apaciguada.

Me sorprendía la conversación tan normal y amena que manteníamos. Incluso había desaparecido cualquier rastro de mis nervios.

—Entonces, Traducción —insistió—. Debe de ser bonito.

—Parece que sí, pero ya te lo confirmaré —sonreí—. ¿Y tú?

—¿Yo? —Me miró intrigado.

—Bueno, ¿qué planes tienes? —Sentí que las mejillas se me sonrojaban violentamente, pero me tranquilicé, pues por la oscuridad no podía verlo bien. Tenía la certeza de que había dejado los estudios, no es que quisiera hurgar en la herida, si es que para él lo era, sino que me imaginaba que algún propósito tendría. Aunque fuera un viaje—. ¿Qué quieres hacer?

—Salir de aquí.

Su respuesta me dejó un poco congelada, pero decidí hacer como si nada.

—¿Un viaje próximo o...?

—Espero que sí, pero solo con un billete de ida. Estoy poniendo todo mi empeño en ello.

Lo miré de soslayo y descubrí que observaba con intensidad el cielo. Según parecía, no quería darme más datos ni volver a hablar, pero, al contrario de lo que pensaba, no permitió que el silencio tomara protagonismo.

—¿Sabes? Desde aquella vez, todas las noches las busco —dijo casi en un susurro, y supe que estaba compartiendo algo que no le había dicho a nadie.

—¿El qué?

—Tus estrellas fugaces. —Su respuesta hizo que el estómago se me estremeciera—. Quiero ver por lo menos una y pedirle mi deseo.

Su mirada de ojos azules me capturó; me sobresalté porque me pilló observándolo. Me quedé muy quieta, casi contenía la respiración.

—No son mías —dije finalmente en un susurro.

Hugo sonrió e hizo amago de contestarme, pero oímos unas voces.

Ambos miramos en la dirección de donde provenían.

—Mierda —murmuró cuando vimos los haces de luz de varias linternas—. Vienen —advirtió, y me cogió de la mano

animándome a levantarme, como él.

Supe que era la policía y me incorporé completamente histérica. Seguí los pasos de Hugo, pero en vez de iniciar una carrera loca, no nos llevó muy lejos, sino a un sitio más oscuro.

Lo miré con los ojos abiertos como platos cuando nos detuvimos y me colocó frente a él, apoyando mi espalda contra una pared de piedra en la que casi ni reparé.

—¿Qué hacemos? —le pregunté sin ocultar mi histerismo mientras intentaba entrever por encima de su hombro dónde se encontraba la policía. Nos iban a pillar en cualquier momento, y más, tan cerca de ellos.

—Venga, Ginger —susurró, acortando la distancia entre ambos—. Todo va a ir bien. Tranquila.

Mi mirada conectó con la suya al oírle decir aquellas palabras, y supe lo que iba a pasar. No había estado bromeando. Ciertamente, tendríamos que parecer una pareja enrollándose en la oscuridad para poder pasar desapercibidos.

El corazón me dio un vuelco y se dispararon todos mis nervios cuando oímos que los policías alcanzaban la zona donde habíamos estado antes, pero era demasiado consciente de que ese estado no solo me lo provocaban los cuerpos de seguridad del Estado.

¡Oh, Dios!

Asustada, miré hacia ellos, pero la mano de Hugo me acarició la barbilla, haciendo con el gesto que lo volviera a mirar.

—Ellos no existen. Vamos, Ginger. —Por el suave tono de su voz, me centré de nuevo en él—. Te prometo que no te besaré, tan solo debe parecer que sí que lo estamos haciendo.

Mis ojos tomaron vida propia y miraron su boca. Involuntariamente tuve que mojarme los labios con la lengua, y Hugo asintió al tiempo que me dedicaba una suave sonrisa. Una sonrisa que me originó una sensación muy extraña en el centro del pecho.

Estaba perdida.

Sentí su mano en la cintura, me acercó suavemente a su cuerpo, ese que me rodeaba aislándome de la situación en la que

nos encontrábamos. De pronto, nada más importaba. Nada salvo Hugo. Hugo y yo.

Su otra mano seguía apoyada en mi rostro, y cuando nuestros cuerpos se acercaron tanto, tuve que apoyar las manos en su duro pecho; nuestras miradas se encontraron de nuevo, casi nariz contra nariz. Había una corriente eléctrica entre ambos, no era capaz de ignorarla y se acompañaba de los fuertes latidos de mi corazón.

—No estés asustada —me susurró Hugo al oído, causándome escalofríos que sentí con más fuerza aún al cerrar los ojos—. Pero tengo que subir de intensidad. ¿Te parece bien?

No me dio tiempo a responder verbalmente; tras un leve asentimiento de mi cabeza, su boca se topó con el lóbulo de mi oreja y jugueteó con él disparándome la respiración y haciendo que las piernas me temblaran.

Mis manos se agarraron con fuerza a su oscura camiseta, completamente convencida de que me fallarían las piernas. Y aunque me mantuvieron, imaginé que algo tenía que ver la mano en mi cintura.

Controlé un jadeo cuando esos peligrosos labios empezaron a juguetear con estratégicos puntos de mi cuello; se me puso toda la piel de gallina. Sentí que me retiraba el pelo para facilitar el acceso, y, mientras yo inclinaba la cabeza para permitírselo, la mano en mi cintura comenzó a descender por mi baja espalda; la otra, la que había estado acariciándome el rostro, jugueteaba ahora con el bajo de la sudadera, prenda que nunca me había sobrado tanto. Tenía tal necesidad de sentir la yema de sus dedos acariciándome la piel que deseé guiarlo con las manos para que se aventurase bajo el trozo de tela.

Entonces fui consciente de que sus gestos eran tiernos, de que sus caricias eran lentas, se tomaba su tiempo, asegurándose de tener mi aprobación. Y aquello resultaba peligroso, mucho, pues me estaba volviendo loca. Me mostraba una faceta suya que yo desconocía, y, en vez de calmarme, lograba todo lo contrario.

Tenía la piel completamente erizada, y la respiración vergonzosamente agitada. Me resultaba imposible acallar la mente

e ignorar mi deseo de que dejara la calma a un lado. Lo necesitaba y, por otro lado, lo temía.

No había quien me entendiera, pero ese bullicio de sentimientos luchaban entre sí para ganar terreno a los otros sin que yo pudiera comprenderlo.

Finalmente, la boca de Hugo dejó de juguetear con mi cuello para buscar de nuevo mi mirada. Un vuelco me invadió cuando descubrí que él también estaba afectado; a pesar de sus acciones calmadas y de la oscuridad, sus pupilas estaban completamente dilatadas, como dos brasas rodeadas por ese hielo tan característico de él. Su delatadora mirada conectó con la mía mientras nuestras temblorosas respiraciones se entremezclaban.

—¿Sabes? —susurró con una deliciosa voz ronca—. Si me lo pidieras, te besaría ahora —terminó por decir tras una pausa, cortándome la respiración.

En ese momento nos deslumbró la luz de varias linternas que nos apuntaban. Una expresión de fastidio recorrió el rostro de Hugo, que se tensó considerablemente.

—¡Ey! Vosotros, ¿qué hacéis ahí? —Un hombre nos hablaba.

Hugo me soltó y se giró para mirar a los policías de expresiones taciturnas que nos apuntaban con las linternas. Vi que eran dos, se acercaban a nosotros enfundados en su uniforme.

—Pues hasta hace un momento, estábamos pasando un buen rato —contestó Hugo con una actitud completamente distinta.

Usó un tono chulo que me inquietó. Intenté mirar a los agentes directamente, pero Hugo se había colocado casi estratégicamente delante de mí, obstaculizándome el campo de visión.

—Vaya, Hugo, ¿de nuevo en líos? —oí que preguntaba uno de los policías.

Desde mi sitio, percibí una clara diferencia de edad entre ambos hombres. Uno rondaba los cincuenta y el otro, claramente, no llegaba a los treinta.

—No sé de qué líos me hablas, Raúl. —Me sorprendió que lo tuteara. ¿Se conocían tanto?—. Nosotros estábamos tranquilos, disfrutando de la noche.

—¿Quién eres? —me preguntó el primer policía, el más mayor.

Hugo se movió para impedir que vieran quién era yo.

—No estamos haciendo nada malo, ¿por qué no nos dejáis?

—Hugo, deja que ella hable. ¿Estás bien, chica? —insistió el hombre, todavía centrado en mí.

—Sí —respondí con lentitud y temiendo que pensaran que estaba aquí obligada—. Solo estábamos... charlando.

Sentí que me sonrojaba violentamente.

—Eso ya lo decidiremos nosotros. Sal de ahí, que te veamos —contestó el segundo policía.

—¿Qué coño pasa? —preguntó entonces Hugo, perdiendo ya la calma.

—Cuidado, Hugo. Tan solo queremos ver que está bien —habló con la misma dureza el primer policía—. Como sigas con esta actitud, te vienes con nosotros. Y bastante jaleo tenemos esta noche.

Asustada de que se llevaran a Hugo detenido, salí de detrás de él y tuve que cerrar los ojos cuando las linternas me apuntaron a la cara.

—¿Eres la chica de Lorena? —preguntó el segundo policía, el más joven. El asombro resultaba evidente en su voz.

Hugo suspiró.

Asentí levemente; percibí las miradas reprobatorias de ambos hombres al suponer lo que Hugo y yo estábamos haciendo. Por lo menos parecía que nuestro plan había surtido efecto.

—Jovencita, deberías estar ya en casa.

—Ya nos íbamos a ir —intervino Hugo, volviendo a colocarse delante de mí para captar nuevamente la atención.

Los policías se miraron.

—En fin, ¿habéis visto a alguien por aquí? —preguntó el policía mayor mientras el joven ya parecía aburrido de nosotros y paseaba la linterna alrededor.

Negamos con la cabeza.

—Está bien. Idos a casa, no quiero tener que pediros

identificaciones y llamar a vuestras familias.

Supe que, en otras circunstancias, Hugo habría contestado, pero al estar yo, se mordió la lengua y, tras buscar mi mano, nos alejamos sin añadir una sola palabra.

Hugo

—¿Cómo? —me preguntó con los brazos en jarras y las cejas arqueadas.

—Lo que oyes. Llámalo y que venga —repetí, conteniendo el tono de voz.

La policía se acababa de ir, pero prefería no volver a llamar su atención, pues seguramente estaban rondando la zona.

Ava negó con la cabeza por segunda vez.

—No necesito que Caleb venga a buscarme. Puedo volver a casa yo sola.

Suspiré cabreado.

—No puedo dejar que regreses sola desde aquí hasta tu casa. —Me resultaba incomprensible que no lo entendiera.

—Pues acompáñame tú.

La respuesta me llegó como si me lanzara desde un acantilado. ¿Quería que yo la acompañara?

Negué con la cabeza.

—No puedo acompañarte yo.

—¿Por?

—Joder, Ava. Bastante ha pasado ya con que te viera la policía conmigo. Eso tendrá consecuencias para ti, y lo sabes. No te hagas la tonta conmigo —gruñí finalmente.

Yo estaba cabreado, pero las oleadas de furia que me lanzaba con la mirada no se quedaban atrás.

¿Qué coño pasaba ahí?

—No piensas eso de verdad. Pero si no me quieres acompañar, perfecto, no te preocupes. Yo, por ahora, tengo dos piernas.

Y sin cortarse un pelo, se giró dándome la espalda y echó a andar; por supuesto, en la dirección contraria a la que debía tomar, porque eso es lo que pasa cuando no tienes ni puta idea de dónde estás.

—Joder —siseé.

Me puse a seguirla. Pero el hecho de verla caminar con toda su mala leche, golpeando el asfalto a cada paso con sus blancas deportivas, tironeó una sonrisa de mis labios.

Ya está. Esa chica estaba volviéndome loco.

—Ava, para. —En dos zancadas la alcancé, la sujeté por el brazo deteniendo su marcha. Por supuesto, se sacudió mi agarre mientras me lanzaba dardos envenenados con la mirada—. Por favor, razona un poco. Son casi las cuatro de la madrugada y tienes que volver hasta el pueblo. Hay más de media hora de camino, y no es seguro. Joder. —Me cabreé al recordar lo que había sucedido hacía tan solo dos semanas—. Lo sabes.

—Pues acompáñame tú —repitió.

La hostia, era terca como una mula.

—Entiendo —dijo, interpretando mi silencio como le daba la jodida gana, y retomó la errónea marcha.

Puse los ojos en blanco y tras alcanzarla de nuevo, perdiendo ya la poca paciencia que me quedaba, le abrí el bolso con una facilidad pasmosa y saqué el Nokia.

—¡Ey! —Se detuvo enseguida, enfrentándome al darse cuenta de lo que acababa de pasar—. ¡Devuélvemelo!

Por supuesto, la ignoré y busqué en la lista de contactos el número de Caleb.

—¿Qué te crees que haces?

En cuanto logré llamar a su amigo, Ava intentó arrancarme la oreja o el teléfono, no estaba seguro de la totalidad de sus intenciones, por sus movimientos bruscos.

Esperaba que no tardara en contestar, y así fue.

—¿Ava? —Oí la voz de Caleb.

La pelirroja se quedó congelada.

—Soy Hugo —contesté.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, claramente asustado.

—Nada, solo era para saber si podías venir a buscarla. No quiero que vaya sola hasta su casa, y yo... —Hice una pausa, porque, sí, me costaba reconocerlo—. Yo no la puedo acompañar.

La busqué con la mirada y la descubrí observándome con evidente indignación, pero se había dado cuenta de que no ganaría la batalla, así que estaba ahorrando las energías.

Chica lista.

—Claro. ¿Adónde voy? —preguntó Caleb, tal como yo esperaba que hiciera, pues comprendía la situación.

—¿Te parece bien frente al instituto? —le propuse.

—Perfecto —aceptó el amigo.

—Genial, gracias.

Y colgué.

—No está bien quitarle el teléfono a la gente. ¿No te lo ha dicho nadie? —soltó mordaz en cuanto le tendí el móvil para que lo guardara en el bolso.

—Soy un Kaura, Ginger. No hago cosas que estén bien, que parece que se te olvida —le contesté yo, agachándome levemente para que nuestras miradas se encontraran a la misma altura.

—Entiendo. Quieres venderme la imagen de tipo duro. Bien. —Ava, tras hablar, me dio la espalda para alejarse nuevamente.

Sonreí a mi pesar, pero seguí sus pasos de nuevo.

—No hace falta que me acompañes. Sé ir sola —advirtió al adivinar que la seguía.

—¿Estás segura de eso de «saber ir»?

El tono de mi voz al hacer la pregunta hizo el resto. Ava se detuvo para girarse nuevamente, con cara de cabreo. Señalé la otra dirección.

—Es por ahí —le indiqué conteniendo la sonrisa, algo que me resultaba en extremo difícil.

—Genial —murmuró al tiempo que pasaba a mi lado a la velocidad del rayo.

Vaya, no le gustaba reconocer sus errores. Había que añadir la palabra «orgullosa» en la lista.

Con tranquilidad, seguí sus pasos a una distancia considerable, la suficiente para asegurarme de que estuviera bien, y para que me considerara un acosador... pues empezaba a parecerlo.

Mi mirada continuó clavada en su figura, esa oculta en la gran sudadera y que mis dedos habían suplicado por acariciar; pero no había querido dejarme llevar, aquello estaba mal, sobre todo porque nuestro acercamiento había sido para escapar de la poli.

Eso resultaba lamentable, pero ¿de qué otro modo iba a ser si se relacionaba conmigo? Además, a pesar de todos mis intentos por protegerla, no había servido de nada. La habían descubierto y, lo peor de todo, reconocido. Una mancha en su impoluto expediente de vida, ¡joder!

Al abandonar esos conflictivos pensamientos, me sobrevino otro de la misma categoría: tenía serios problemas. Fui completamente consciente de ello cuando, al llegar a un cruce, se detuvo y me miró a regañadientes para que le indicara qué dirección debía tomar. Se la señalé con un gesto de cabeza y, mientras ella retomaba la marcha, me di cuenta de que esa sensación de martilleo en el pecho cuando habíamos estado tan juntos era pura ansia por volver a besarla. Aún sentía el chisporroteo de energía recorriéndome el cuerpo, esa electrizante sensación que había aparecido al acortar distancias, cuando había comenzado a saborear la piel de su cuello. Quería sus besos y, joder, quería mucho más. Lo quería todo, así que, sí, estaba bien jodido.

Me encontraba en ese debate interno y con la mirada fija en sus piernas desnudas, en el pelo revuelto y aquel caminar resuelto... Me sorprendió al detenerse y volver sobre sus pasos, es decir, hacia mí. Sus ojos echaban chispas, igual que su lenguaje corporal, así que me detuve y dejé que me alcanzara.

—¿Seguirás haciendo esto? —ladró cuando llegó.

—Sí. —Podría hacerme el tonto, pero sabía que se refería al hecho de acompañarla en la distancia.

—Pues, o caminas a mi lado o dejas de hacerlo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Echar a correr? —Arqueé la ceja, divertido.

—No. Tampoco soy tan tonta como para no saber que me alcanzarías, así que me quedaría aquí sin moverme. Toda la noche —sentenció con chulería, como si fuera una verdad aplastante a la que no se le podía poner remedio.

Fue imposible no sonreír. Ese debate empezaba a ser absurdo. Tenía poca calle.

—¿De qué te ríes? —Ava se cruzó de brazos mirándome ceñuda.

—Si crees que eso va a solucionar algo... Lo único que conseguirías sería que te cargara sobre el hombro, pero si lo que quieres es que te toque, Ginger, solo tienes que decírmelo. Podemos pasar un buen rato en la playa.

Aquello último lo dije para sacarla de sus casillas, y la expresión que recorrió su rostro me indicó que lo había logrado. Un gesto entre indignado y avergonzado, pero estaba jugando con fuego, y ella ni siquiera lo imaginaba. Lo que más me apetecía ahora era hacer exactamente eso con lo que la había amenazado, así que una parte de mí —la masoca— quiso que ella continuara discutiendo, tensando los hilos.

Pero no, volvió a sorprenderme, descuadró todos mis esquemas cuando suspiró y, mirándome con una expresión completamente distinta, lanzó su nueva pregunta:

—¿Por qué haces esto? ¿No puedes acompañarme como una persona normal? —Me ponía en bandeja de plata la respuesta, porque no era una jodida persona normal. Era un Kaura, y solo parecía que a ella se le olvidaba ese dato. Sin embargo, siguió hablando y derrumbó todas mis repuestas—: Me gustaría que lo hicieras.

Joder.

Fue como si me retorcieran las entrañas.

Ella quería que lo hiciera, y yo... yo asentí. Cómo se lo iba a negar.

—Pero solo hasta el instituto, ahí te dejaré con Caleb —dije por fin.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Cómo que «qué pasa», Ginger? ¿Se te ha olvidado ya lo que ha sucedido con los polis y cómo te han mirado al verte conmigo?

—¿Qué más da? Además, en cierto modo, es normal. Estaban buscando gente y estábamos en la oscuridad —contestó Ava.

Negué con la cabeza al tiempo que sonreía de manera amarga.

—No lo entiendes. Si te hubieran pillado con tu novio... —Solté demasiada rabia al decir aquella palabra—. Te puedo asegurar que la escena habría sido totalmente distinta.

Ava me estudió con un gesto que no supe descifrar; no hasta que volvió a hablar, pues, por supuesto, no lo dejaría correr.

—Entiendo, ahora quieres decirme que es mejor mantenerme lejos de ti. ¿Te recuerdo que fue tuya la idea de hacer ese paripé?

—Perdona por querer salvarnos el pellejo.

—Aclárate entonces. ¿Hiciste o no hiciste bien?

Me lanzó una mirada desafiante y, joder, quise acortar la distancia entre nosotros y devorarla entera, no perder el tiempo en una absurda discusión que no llevaba a nada, porque... ¿quién de los dos no tenía razón?

Dejé de mirarla; me llevé las manos a la cabeza y me alboroté el pelo. Tenía que controlarme o al final Ava no llegaría al instituto, porque intuía que no pondría resistencia si me acercaba y la alzaba para arrastrarla conmigo a la oscura playa...

Suspiré echando mano de la poca cordura que me quedaba y la miré de nuevo, lentamente, muy lentamente, como si de ese modo me tranquilizara, como si volviera a ser la versión calmada y sensata de mí mismo; esa que, con una sola mirada, podía controlar la situación.

Cuando creí estar tranquilo, volví a estudiarla. Tenía las mejillas algo alborotadas, teñidas de un leve sonrojo, acentuado por su piel clara. Me miraba, con cierta expectación, con esos ojos que me dejaban hipnotizados. Joder, qué guapa era, y esa noche,

con la tensión de los sucesos vividos, estaba preciosa.

—Hugo. —Dijo mi nombre.

Yo le miré los labios.

Ella... ella continuó hablando:

—Antes has dicho que si te lo pedía...

«Oh, joder».

«Oh, sí. Dilo».

Pero no llegó a terminar la frase. Alguien gritó mi nombre en la distancia.

—¡Hugo!

Ambos nos giramos en la dirección de donde provenía el grito, y me sorprendí al ver a Iván acercándose.

Abril de 2023

Hugo

—¿Crees que las cosas habrían podido ser distintas? —pregunta Ava.

—¿«Distintas»? ¿Cómo? —No entiendo muy bien a qué se refiere.

Ella reprime un suspiro, como fastidiada por tener que dar más datos. En el chiringuito han puesto la música más alta; comienza a llenarse. Se acerca la hora de cenar, aunque nosotros seguimos con la cerveza.

—Si hubiéramos actuado de otro modo, tomado una decisión distinta a la que elegimos, quizá nada habría sucedido tal como pasó —se explica Ava.

Asiento comprendiéndolo.

—Luchar contra el destino, dices. —Resumo su idea.

Ella hace una mueca.

—¿Es que crees en él?

—¿Cómo no lo iba a hacer?

El silencio cae sobre nosotros. No sé qué dice el suyo, pero el mío no sufre ningún titubeo al remover esa idea que siempre había jugueteado en mi mente: estábamos destinados a encontrarnos una y otra vez. Por mucho empeño que pusiéramos en evitarlo, por mucho que nos hubiéramos negado a encontrarnos, algo nos empujaba a hacerlo, y también a separarnos...

—Entonces, según tú —concluye Ava—, daría igual. La historia se habría desarrollado de la misma forma.

—Quizá no exactamente con los mismos eventos, pero sí con las mismas conclusiones.

Y sé que esta vez no estamos hablando solo de nuestra historia, sino también de la de quienes nos rodeaban, porque no solo fueron nuestras ilusiones las que se truncaron, o nuestras historias las que no tuvieron un final feliz...

Sí. No solo fue nuestra historia.

Septiembre de 2011

Ava

Estaba en la cama con la mirada clavada en el techo. No podía dormir, y en la oscuridad tampoco veía mucho; así pues, tan solo me quedé allí tumbada, con los ojos como platos observando lo que suponía que era el techo de mi habitación. Era incapaz de conciliar el sueño y sabía que permanecería así el resto de la noche.

Finalmente, Hugo me había acompañado, pero no solo sino en compañía de Iván, quien, desde que se había unido a nuestra marcha hacia el instituto, me había observado con interés a través del ojo amoratado. Según parecía por las marcas en el rostro, Iván sí que había participado en la pelea, aunque él y Hugo —que habló de cuestiones sin importancia para evitar un silencio incómodo— no sacaron el tema.

Yo había estado tensa todo el camino, casi sin participar en la conversación, pero ¿cómo no iba a estarlo? Era plenamente consciente de que Hugo me gustaba. Hugo, sí, quien no te tenía que gustar bajo ningún concepto. Pues ahí me encontraba yo, entregada por completo a esas alocadas sensaciones, y avergonzándome de un modo arrollador al recordar los ruiditos que había soltado cuando él había estado acariciándome para simular que nos estábamos enrollando.

Oh, Dios. Puros calores me entraban al recordarlo. Además, estaba confundida porque —según parecía— él también se sentía atraído en cierto modo... Sin embargo, ¿quién era esa chica?

Llegados al instituto, donde Caleb me esperaba, se alejaron. Hugo no miró ni una sola vez hacia atrás, hacia mí, pero como yo sí que lo miraba a él, descubrí que varios de los Kaura se les unieron; entre ellos, aquella chica rubia, la misteriosa rubia, que se puso a su lado.

¿Quién era?

Sentí la punzada envenenada de los celos en cuanto vi la sonrisa que Hugo le dedicó. No sabía quién era, pero estaba segura de que era importante para él.

Hugo

Aquella noche no había sido especialmente fría, pero tuve que coger una chaqueta cuando, una vez en el camping, fui a buscarlo. Nos habíamos separado, la mayoría para ir a dormir, pero sabía que él no, y más sin tener noticias de Rubén y Raquel.

No tardé en localizarlo.

Estaba apoyado en el capó de un coche, observaba la oscura noche; aún quedaba un par de horas para el amanecer. Me coloqué a su lado, encendí un cigarrillo y se lo ofrecí, pero él negó con un

brusco movimiento de cabeza; esperé en silencio.

Como supuse, no tardó en romperlo.

—La he cagado. Del todo —dijo Iván—. Y lo peor de todo es que me gusta... que me gusta de verdad. Cuando la observo y su mirada me encuentra, joder, juro que siento que el pecho me va a estallar. Y la he cagado —repitió—. He actuado movido por unos celos tan jodidos como la mirada de odio que me ha lanzado después de la pelea.

Lo estudié cuando habló, y en sus ojos oscuros —uno de ellos hinchado por los puñetazos que había recibido de Rubén— percibí toda la rabia y tristeza que llevaba dentro.

Su historia con Raquel había tomado un rumbo muy distinto al descubrirla con Rubén. ¿Cuándo había entrado nuestro otro amigo en la ecuación? Recordé mis sospechas, aparecieron en el verano por el modo en que lo había visto interactuar con Raquel.

Dejé escapar el humo y volví a centrarme en la oscuridad salpicada por las luces de las farolas desperdigadas en la lejanía.

—Creo que es difícil saber cómo actuar en este tipo de situaciones —dije al fin.

Oí una risa de Iván, una de esas ácidas.

—¿Tú crees? Vaya una mierda de consejo, Hugo.

—No he venido aquí a darte consejos. —Lo miré—. No soy nadie para darlos, solo vengo para que sepas que me tienes aquí.

Iván suspiró.

—Lo sé —aceptó en un tono de voz cansado.

Lejos quedaba esa imagen guasona y vivaracha que nos vendía siempre a todos, y es que, al fin y al cabo, Iván estaba tan perdido como todos nosotros.

—Y a mí también.

Nos giramos cuando alguien habló a nuestras espaldas; era una voz que conocíamos muy bien.

Rubén nos observaba muy serio, su aspecto era mucho peor que el de Iván, y, en cierto modo, transmitía una tranquilidad pasmosa tras lo sucedido.

—¿En serio? —le preguntó Iván.

El tono de voz y su lenguaje corporal no me advirtieron que fuera a saltar sobre Rubén, y a este tampoco, pues no solo le contestó, sino que avanzó hacia nosotros.

—Completamente —aseguró Rubén—. Eres como un hermano para mí, Iván. Lo que ha sucedido esta noche... —Torció el gesto en una mueca entre el dolor y la crudeza—. Mira, independientemente de lo que suceda entre Raquel y nosotros dos, no dejaré que esto se interponga en nuestra amistad.

—Lo dices porque ya tienes a la chica, cabrón —le contestó Iván, con una mueca divertida.

Rubén suspiró negando.

—Sabes de sobra que no tengo a la chica.

Aquella verdad cayó sobre los tres. Algo me decía que a Raquel no le resultaba tan indiferente Iván como siempre nos había hecho ver.

Entonces, para acabar de acortar las distancias, nuestro amigo ofreció su mano, y contuve la respiración hasta que Iván se la estrechó y tiró de él para fundirse en un abrazo. Sonreí.

—Entrañable imagen —solté, irónico, cuando se separaron.

—Lo único que te pasa es que tienes celos del abrazo que hemos compartido, tío. —Iván se rio mientras Rubén hacía amago de abrazarme, pero no le dejé.

—¿Qué va a pasar ahora? —inquirió Iván cuando Rubén se puso a su otro lado.

Este se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lo que sé es que esto no puede acabar con nuestra amistad.

—No lo hará —dije yo.

—¿Cómo estás tan seguro? —me preguntó Iván.

Los miré a ambos.

—Porque somos una familia, de las de verdad, y la familia se enfada, pero no se separa.

Ambos asintieron ante mis palabras, y por un rato guardamos un cómodo silencio en el que se dijeron muchas cosas sin necesidad de pronunciarlas.

—¿Qué haré cuando vosotros os vayáis? —planteó de pronto Iván, y Rubén y yo lo observamos.

—Venir con nosotros —le dije como otras tantas veces.

Iván ladeó la cabeza dibujando una mueca burlona.

—Vosotros vais con un plan, yo solo sería una carga.

—Pues ten tú también un plan. Sal de aquí —añadí.

—No soy tan listo como vosotros, además, ¿qué sería de los Kaura? Alguien tendrá que liderarlos —dijo mordazmente.

Apagué el cigarrillo con la suela de las deportivas y lo miré, pero antes de poder añadir algo más, se me adelantaron.

—Iván, siempre has estado igual de capacitado que nosotros para hacer todo lo que te propongas. Deja de conformarte y, hostia, lucha por lo que de verdad quieres. Empezando por Raquel. —Rubén habló con la emoción contenida.

Iván lo estudió con calma.

—Por supuesto que lucharé por ella, ¿crees que soy gilipollas? Además, aprovecharé que te largas, si es que no lo he conseguido antes...

Siempre con ese tono de broma. Sin embargo, Rubén y yo lo conocíamos demasiado bien, sabíamos que detrás de esa fachada tan solo había un chiquillo asustado que simulaba ser un hombre.

—Mira, siempre hay una manera, siempre —dije—. Lo jodido es que nosotros debemos pelearlo cientos de veces más que el resto, pero ¿sabes? Que les jodan al resto, porque nuestro triunfo sabrá a gloria —le prometí, hablando con determinación y total convencimiento—. Ven al siguiente año.

—¿Cómo? —preguntó, confundido, Iván.

—Entiendo que dé vértigo seguir nuestros pasos sin un plan, te conozco lo suficiente como para comprender que lo que te detiene es no saber qué podrías hacer, que te consideremos una carga. Pero que no vengas de primeras con nosotros no significa que no lo puedas hacer luego.

—¿Me estás proponiendo algo? —Una sonrisa se esbozó en su rostro.

—Claro que sí. Rubén y yo nos vamos, y dentro de unos

meses, cuando estemos establecidos, te vienes tú también.

—¿Y el resto?

—Todo el que quiera avanzar, será más que bienvenido.

Y los tres sabíamos que nadie más seguiría nuestros pasos. Ellos se conformaban con los gritos, las peleas constantes, los delitos y demás violencia. Se conformaban con esa realidad aceptándola como suya, no esperaban que se les abriera otro camino.

—¿Y qué haré allí?

Para eso tenía una respuesta. Una respuesta sencilla y completamente verdadera.

—Encontrar tu camino. No estar aquí.

Supe que mis palabras eran el bálsamo que mi amigo estaba buscando. Aquella noche se firmó un pacto. Un pacto irrompible entre tres hermanos. Los tres saldríamos de aquel lugar plagado de miseria. Nada ni nadie nos detendría.

Poco a poco, el sueño fue apoderándose de nosotros y nos despedimos para ir a dormir. Yo me dirigí a la caravana, pero cuando atravesé la pequeña portezuela, descubrí que no estaba solo en el pequeño y destartalado espacio; me detuve.

Al principio no reconocí su delgada silueta, pero cuando dio un paso hacia mí, la luz de la luna llena de aquella noche me permitió ver a Lara.

—Lara —dije como un saludo interrogante.

—Estaba esperándote —contestó con su dulce voz.

—¿Pasa algo? —le pregunté, aún congelado en la puerta sin avanzar en absoluto.

—Quería verte...

Suspiré.

—Lara —comencé a hablar, pues aquello tenía que...

Ni siquiera fui capaz de organizar los pensamientos. Con unos pasos rápidos, acortó las distancias y, de puntillas, me sujetó la cara entre sus cálidas manos para atraparme con un suave beso entre los labios.

No me retiré al momento porque no quería ofenderla, pero

finalmente di un paso atrás y rompí el beso. Ella pestañeó para abrir los ojos y observarme con un gesto avergonzado.

—Lara, no puede ser. Esto, tú y yo. No puede ser.

Sacudió la cabeza en forma de negación.

—Hugo, te quiero, y sé que tú aún no has reparado en mí de ese modo, pero dame una oportunidad. Sé que...

—Lara, de verdad... —Negué con la cabeza, conocedor de que quizá estaba siendo algo duro, pero, efectivamente, no la veía con los mismos ojos que ella a mí.

Sin embargo, la voz se me atragantó cuando Lara hizo su siguiente movimiento: desanudarse el vestido corto que llevaba, descruzarlo por la parte delantera y dejarlo caer sobre el suelo de la caravana.

Se expuso delante de mí completamente desnuda.

Cogí aire mientras procuraba que mi mirada no vagara por su cuerpo. Joder, joder. Esto estaba mal.

—Por favor, Lara.

—Hugo. —Avanzó hacia mí—. No te pido que me quieras, solo que esta noche me des una oportunidad. No se lo contaré a nadie...

Cerré los ojos un momento antes de actuar. Unos instantes para poder serenarme, pues, al fin y al cabo, era imposible que mi cuerpo no reaccionara ante la situación.

Me acerqué a ella con determinación e, intentando ver lo menos posible, me agaché para recoger el vestido y cubrir su cuerpo desnudo con delicadeza.

—Lara, estas cosas no van así —dije casi en un susurro—. Yo no soy así, y no pienso aprovecharme de la situación, aunque eres preciosa. Seguramente, si alguien se entera me llamará «gilipollas» por desaprovechar la situación, pero yo no soy así. Te quiero, pero como amiga. Me siento muy halagado, pero...

—Ya —me interrumpió Lara, con una mueca tristona y sujetándose el vestido con fuerza—. Perdóname, no sé qué tonterías me había creado en la cabeza. En mi mente, esto era una idea maravillosa.

Le sonreí con cariño y me volví para darle privacidad mientras se vestía. Antes de irse se situó delante de mí para darme un suave beso. Todavía con el calor de sus labios en los míos, me susurró su despedida:

—Buenas noches, Hugo. Y aunque creo que es evidente, tengo que decirlo. —La miré intrigado—. Sé que ahora no me ves de ese modo, pero si en algún momento cambias de idea, no dudes en hacérmelo saber. Te estaré esperando.

Y sin que yo pudiera añadir nada más, salió de la caravana.

Ava

En cuanto bajé a desayunar al día siguiente, supe que se avecinaban los problemas nada más poner un pie en la cocina. Mi madre estaba sentada en un taburete de la isla al lado de Grace, que parecía muy entretenida devorando las tostadas de pan con tomate.

—Buenos días —saludé con voz somnolienta mientras contenía un bostezo.

Había dormido como mucho unas dos horas, así que era imposible disimular el sueño que tenía; sin embargo, juro que se me quitó de un plumazo en cuanto mi madre me dirigió la mirada.

Sus ojos echaban chispas; repasé mentalmente todas las cosas que había podido hacer para que estuviera enfadada conmigo. No había dejado ropa tirada por el baño, mi cuarto tampoco estaba desordenado —vamos, que no era Grace—, al llegar tuve cuidado de no despertarla, y en el transcurso de la noche le mandé mensajes para avisarla de que seguía viva.

Las dudas se disiparon cuando habló.

—¿Hugo? —dijo.

Al oír su nombre, me tensé.

Imposible.

—¿Hugo? —repetí con la voz temblorosa.

—Ava, ni se te ocurra hacerte la tonta —dijo mi madre al tiempo que se levantaba para centrarse en mí.

Grace estaba ahora bien despierta, nos observaba con la boca ligeramente abierta.

—Pero no sé... —comencé a decir, porque era imposible que supiera.

—Eduardo ha venido esta mañana para decirme que encontró a mi hija mayor dándose el lote con Hugo, el de los Kaura. Le he dicho que eso era imposible, que mi hija mayor —me lanzó una mirada falsamente encantadora— tenía novio, y que era Fran, el bueno de Fran. Ese chico que ha estado viniendo a casa a ver películas con nosotras y que respeta a mi hija por no estar segura de querer dar el *gran* paso con él. Así que era imposible que hubiera pillado a mi hija en esa guisa con ese otro tipo.

Sentí que las mejillas me iban a explotar totalmente.

—¿Eduardo? —pregunté.

—Uno de los policías que os pilló ayer —me aclaró mi madre.

—¿Le has dicho todo eso? —quise saber, consternada.

—¡Por supuesto que no! —contestó ella, mirándome muy, pero que muy enfadada y elevando la voz—. Pero eso es lo que tendría que haber hecho, en vez de quedarme con cara de idiota. ¿Qué narices hacías con Hugo?

—Te lo puedo explicar —empecé a decir, pero levantó la mano para indicarme que guardara silencio—. Pero... —intenté de nuevo, pero volvió a hacerlo. Sabía que era mejor callarme.

—Estás castigada hasta no sé cuándo. Ninguna otra salida, y, por supuesto, mucho menos quiero volver a verte o que vengan a decirme que has estado con Hugo. ¿Estás loca, Ava? ¿Hugo? Ese chico...

—Ese chico fue el único que nos ayudó a Caleb y a mí cuando nadie más lo hizo. Y fue el que me ayudó ayer y se preocupó de que estuviera bien cuando estalló la pelea —rebatí; yo también comenzaba a estar enfadada.

—Pelea que empezaron ellos —recalcó mi madre—. Y que, por cierto, te encargaste de no mencionar en tus mensajes.

—¡Es que no fue así! —Casi chillé.

Mi madre me lanzó otra de sus miradas asesinas.

—Mírate. Ni te reconozco. —Suspiró con los ojos cerrados en un intento de serenarse—. Está bien —volvió a hablar, mirándome —, puedo entender que tenga esa aura de chico malo al que crees que puedes cambiar, aunque, cariño, siento decirte que te consideraba más lista que eso. Aun así, vale, sí, lo entiendo. Pero ¿mezclarte de ese modo con él? ¿De verdad? ¿Después de lo de Miriam? ¿De todo lo que os he explicado siempre? Ese tipo de chicos conllevan problemas, y de los gordos, Ava. Así que no me queda más remedio que castigarte sin salir hasta nueva orden. Por lo menos hasta que estés en tus cabales.

Me mordí el labio por las ganas que tenía de rebatir cada uno de los puntos que había dicho, pero supe que era mejor callarme; si no lo hacía, tan solo empeoraría las cosas.

—¿Y sabes qué es lo peor? —añadió entonces, con una expresión triste en la mirada—. Que no me puedo creer que estés haciendo esto al pobre Fran. De verdad que no. Si no quieres estar con ese chico, haz el favor de tener el valor, y déjalo. ¿O estás esperando a que se entere de tus juegos con Hugo por otras personas?

—Yo no estoy haciend...

Pero no me dejó terminar, tan solo salió de la cocina sin volver a dirigirme la palabra, y sentí todo el peso de la vergüenza sobre los hombros y, aún peor, la decepción que había visto en su mirada.

—Madre mía —dijo de pronto Grace, recordándome que estaba en la cocina y que había presenciado toda la bronca.

Levanté la mirada hacia ella. Su expresión era de asombro.

—¿Me lo parece a mí o te acaban de castigar por golfa?

—¡Grace! —chillé. Las lágrimas empezaban a asomar, y mi hermana puso los ojos en blanco.

—Por favor, no dramatices. A mí, mamá me castiga cada dos

por tres, y aquí estoy.

—Cállate, por favor —supliqué, controlando las lágrimas. Y, con la poca dignidad que me quedaba, fui a la barra para preparar un tazón de leche—. Y te castiga porque no sabes callarte, si lo hicieras, no lo haría. —Solté un apunte que le había explicado en incontables ocasiones.

—Eso es cierto —asintió, y dio otro mordisco a la tostada—. Iba a decir que admiraba eso de ti, el modo en que consigues aguantar el chaparrón sin perder los papeles, pero ¿qué sentido tiene la vida si no se puede discutir? Además, parece que sí que te ha tocado un poco la fibra sensible.

No levanté la mirada del microondas, porque había percibido la sonrisa en sus últimas palabras, y sabía lo que tocaba.

—Así que Hugo...

Suspiré justo cuando saltó el aviso de que la leche ya estaba caliente.

—Parece que no iba tan mal encaminada.

Seguí ignorando sus palabras y me senté a desayunar, aunque sabía que no me entraría nada más que aquel tazón de leche.

—Bueno, ¿y cómo ha sido? ¿Apasionado? ¿O es de esos románticos que lo hacen con una delicadeza tal que...?

Miré a mi hermana, que se calló abruptamente. Pero era mi hermana: antes que guardar silencio, se moriría.

—Ya, no le pega nada ser de esos últimos. —Grace hizo un gesto de satisfacción detectivesca—. Así que... todo gruñidos y salvajes jadeos.

—Oh, Dios, Grace, haz el favor de callarte.

—¿Cómo que me calle? Mi hermana mayor, mi referencia para tener todos los datos necesarios ante la pérdida de la virginidad...

Ni la dejé terminar.

—No ha pasado nada.

Grace se quedó congelada, asimilando mis palabras. Incluso sentí que pestañeaba lentamente.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. No pasó nada, ni besos ni nada más. Como le

he dicho a mamá, Hugo tan solo estaba siendo amable.

Bueno, quizá no estaba siendo del todo sincera, pero, en lo importante, sí. La parte en la que, si él hubiera querido, habría dejado que me hiciera de todo... esa, esa me la guardé para mí. Bastante culpable me sentía ya tras el sermón de mi madre.

—No me lo puedo creer. —Grace me miró como abatida—. ¿En serio eres tan lerda que te han castigado por algo que ni has estado cerca de hacer?

Suspiré pesadamente ante sus palabras de decepción.

—Así es la vida, Grace. Vete a interrogar a otro, a mí ya ves que no puedes.

—Vaya faena... pero, bueno. —Se encogió de hombros y aligeró el tono de voz—: Teniendo ya el castigo, ya sabes todo lo malo que puede pasar y sus consecuencias...

Me tensé al escuchar las últimas palabras de mi hermana y, cuando nuestras miradas se toparon, me guiñó un ojo antes de bajarse del taburete para salir de la cocina y dejarme sola.

¿Qué quería decir?

Hugo

A pesar de haberme acostado tarde, me desperté pronto; como sabía que no me podría volver a dormir, decidí darme una ducha fría y salir hacia el taller. Tenía la mente hecha un lío y la sensación de no haber descansado en absoluto, pero en vez de quedarme holgazaneando en la cama, necesitaba despejarme.

Estaba convencido de que gran parte de las imágenes de los sueños de esa noche habían tenido como protagonista a un par de ojos azul oscuro, unos que me comenzaban a volver loco.

Solo cuando llegué al taller, sentí que podía respirar con profundidad. Recorrí con la mirada el pequeño espacio, todo

empañado por la cálida luz de la mañana. No era muy grande, pero tenía lo suficiente para trabajar en él.

Dejé las llaves en la mesita de al lado de la puerta, Javier siempre nos decía que teníamos que dejarlas ahí para no perderlas. Encima había un cenicero de arcilla un tanto extraño, pues su figura no se podía categorizar de ninguna manera; quedaba junto a un paragüero anodino y un perchero grande de madera que en días de lluvia o más frío venía perfecto para colgar los abrigos.

Y ahí acababan el orden y las manías de Javier, el dueño de dicho taller y nuestro mentor. El resto era un «absoluto y delicioso caos» como siempre decía, puesto que, para crear, había que abandonar las reglas establecidas, no poner límites.

En el centro de la sala, sobre el suelo de terrazo, había una peculiar alfombra formada por los cientos de hojas de papel de distintos periódicos; en algunas de las amarillentas páginas casi no se podía descifrar qué había impreso, puesto que los pegotes de óleo, escayola, pintura acrílica y demás materiales descansaban sobre ellas.

Miré la sala vacía y me dirigí a la vieja y destartalada radio situada al fondo, sobre el mueble donde se hallaban los lienzos de muchos de los alumnos de Javier. La voz del locutor anunció enseguida la siguiente canción, cuyos acordes empezaron a sonar, pero apreté el botón de *play* para escuchar el CD de *Absolution*, y la primera canción, «Apocalypse Please», llenó el silencio que me rodeaba mientras me volvía para mirar la ristra de lienzos repartidos por el mueble; se encontraba pegado a la pared frente a la gran mesa de madera llena de chorretones de pintura, igual que la alfombra de periódicos.

Los lienzos eran de tamaños distintos, y presentaban técnicas y niveles distintos, pues Javier no solo se encargaba de dar clases de arte a los del bachillerato de adultos —al que acudía por las noches—, sino también clases particulares a niños y a no tan niños que querían empaparse del conocimiento artístico del peculiar profesor.

Recorriendo con la mirada cada uno de los lienzos, aprecié la

evolución tras semanas de trabajo; localicé el mío, no resultó difícil: su formato era de los más grandes. Con él en la mano, me dirigí a mi zona favorita, ese pequeño rincón que parecía un apéndice de la sala, en el cual la luz natural entraba por un lucernario que, debido al paso de los años y al poco mantenimiento, no se podía abrir, pues la madera de la estructura estaba prácticamente podrida. Pero ese lugar tan pequeño, tan íntimo, tenía un aura especial que me calmaba y me dejaba ser, porque cuando cogía el arte con las manos, era yo. Mi lado más real, más crudo.

Esto no lo supe hasta que Javier me abrió los ojos, y no fue un camino fácil, puesto que siempre había sido un chaval escurridizo que plantaba una barrera de indiferencia para que nadie la traspasara, nadie que yo no quisiera. Y ya con dieciocho años, os puedo asegurar que no quería que nadie —salvo mis colegas— lo hiciera.

A los dieciocho, tras abandonar los estudios y ante un futuro muy negro, fue Javier quien me tendió una mano. Él reparó en mí, en aquel chaval enfadado con el mundo, y no tiró la toalla. Vio algo, creyó en mí o —mejor dicho— logró que yo creyera en mí. Y es que no hay nada más poderoso que tener fe en uno mismo, porque, como repetía Javier, «si lo tienes claro, nada te detendrá».

Y yo tenía la certeza absoluta de que para mí había mucho más que aquel futuro que me habían vendido siempre, pero solo, solo, si salía de allí.

Coloqué el lienzo sobre el caballete situado en el rincón, y tras retirar la tela que lo cubría y protegía del sol, estudié cada detalle. Enseguida sentí el hormigueo en los dedos, así que no tardé en darles lo que me pedían.

Con el pincel en mano, cogí la paleta y, tal como nos había enseñado Javier, coloqué en una perfecta línea cada uno de los colores. Siempre todos, porque si ya desde el principio te ponías límites, te perdías en el camino.

Pronto me llegó el aroma del aceite de linaza y trementina, con los que jugaba sin temor ninguno, y me sentí en paz en cuanto el

pincel tocó el lienzo. Y ahí, en ese rincón de ese taller deteriorado y lleno de ilusiones, el tiempo dejó de importar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero de nuevo sonaba «Time Is Running Out», por lo que sospeché que, completamente ensimismado en mi trabajo y sin darme cuenta del acto, el disco debía de haberse reiniciado. Me alejé un poco del lienzo, dispuesto a examinarlo con una mirada que Javier siempre consideraba exageradamente crítica; entonces oí unos golpes en la puerta que me sacaron de mi peculiar trance.

Miré hacia la puerta, y los golpes se repitieron. No, no me lo había imaginado. Me volví, no sin antes dejar la paleta sobre el suelo junto a los botes de cristal de los aceites y aguarrás, y me dirigí a la salida.

No había dejado la llave puesta en la cerradura, para que no estuviera bloqueada si alguno de los alumnos o el mismo Javier querían entrar, pero cuando abrí, no había ninguno de ellos, sino Ava, con las mejillas sonrojadas y la respiración agitada.

Ava

Estaba loca. Me había vuelto loca definitivamente.

Cuando abrió la puerta y me encontré con él, sentí tal vértigo que me vi capaz de dar media vuelta y salir corriendo. Oh, Dios. ¿Qué estaba haciendo?

Por un momento, en ese breve lapsus mental de lucidez que había tenido mientras golpeaba la puerta, esperé que no contestara

nadie o que, si contestaban, no fuera él.

Todavía no sabía qué hacía ante esa puerta, pero cuando me escabullí de casa, lo único que me vino a la mente fue ese lugar, pues no sabía en qué otro sitio podía encontrarlo.

Mi línea de pensamientos y actos aleatorios me tenían confundida, pero no parecía la única, ya que Hugo me observaba con expresión de sorpresa.

—¿Ava? —preguntó entonces, completamente extrañado.

Cogí aire antes de hablar. Necesitaba todo el valor que pudiera conseguir con esa respiración, porque tenía que explicar mi presencia.

—Estoy castigada.

Hugo arqueó la ceja y miró alrededor en busca de algo, no sé qué, porque yo continué hablando:

—Me han castigado sin salir de casa nunca más.

Su mirada volvió a centrarse en mí.

—Está bien. Estás castigada —asintió con cautela, como haciéndome ver que seguía mis extrañas explicaciones.

—Pero... no está bien. Me han castigado por algo que no he hecho —añadí, y sentí que las mejillas me iban a estallar en cualquier momento.

—Entiendo. —Pero yo sabía que no entendía nada—. ¿Quieres hablar de ello?

Negué con la cabeza en un gesto seco, nervioso. Y entonces, lo solté:

—Me han castigado porque mi madre se cree que ayer te estuve besando en la playa sin importarme nada más.

La expresión de Hugo cambió, se hizo más dura.

—¿Quieres que vaya a hablar con tu madre para explicarle lo que pasó en realidad? —Pero antes de que me diera tiempo a contestar su propuesta, negó levemente con un gesto de cabeza—. Ava, tienes que entender que no soy el típico tío del cual se fían los padres. Que yo vaya allí...

—No —lo interrumpí.

Hugo volvió a mirarme completamente confundido.

Dios, era tan guapo que incluso cortaba la respiración.

—No —repetí—. No he venido aquí por eso. He venido porque, si ya tengo el castigo, por lo menos que lo haya hecho de verdad.

Un segundo. Eso fue lo que Hugo tardó en entender mis palabras. Vi que se sujetaba al marco de la puerta e incluso cómo tragaba saliva.

«Oh, Dios».

«Oh».

«Dios».

No esperé. Acorté la distancia y busqué sus labios.

A plena luz del día, y tras escaparme de casa, lo besé, y que fuera lo que tuviera que ser.

Hugo

En cuanto Ava me besó, mi cuerpo tomó vida propia, y acercándomela con avidez, la metí dentro del taller sin separar nuestras bocas.

Las manos, que al principio me sujetaban el rostro, ahora se encontraban sobre mis hombros mientras yo, agarrándola por la cintura, la aupaba para cerrar la puerta detrás de ella.

Mi corazón bombeaba tan rápido que lo sentía brutalmente contra el pecho. Como desesperado, y ansioso de su contacto, le recorrí el cuerpo con las manos, y cuando llegué al culo, lo agarré con fuerza, acercándola aún más contra mi cuerpo; a ella se le escapó un jadeo que fue directo a mi erección.

Me tenía como una jodida roca en tan solo un instante, y sabía que, si no echaba el freno, la situación se nos iría de las manos.

Así que, con un autocontrol admirable, me separé de ella, y... y cuando Ava abrió los ojos para mirarme, me atravesó un torbellino

de emociones que en ese momento no supe interpretar, pero ya me susurraron, como la melodía de la banda sonora de un tráiler que te pone la piel de gallina, que aquella chica que tenía delante con las mejillas arreboladas y la respiración agitada no sería una chica cualquiera en mi vida.

—Ava... —susurré.

Como si nos fueran a escuchar. Como si alguien nos fuera a ver y a separar.

—Hugo —respondió.

Y juro que no hicieron falta más palabras.

Entendí lo que ese quedo murmullo nombrándome significaba. Y es que a veces sobra añadir algo más.

Sus ojos, esos increíbles ojos que siempre había comparado con el mar y que tiempo después me transportarían a casa, me buscaron con esa mirada de brillo divertido, expectante y de curiosidad.

Reparé en que, bajo la cálida y especial luz del taller, se apreciaban las diminutas pecas que tenía en el rostro, en especial cuando acorté las distancias y mi nariz rozó la suya. Sin darme cuenta, me estaba tomando mi tiempo, y ella, siempre impaciente, me lo recordó.

Se puso de puntillas para salvar la distancia entre nuestros labios y ya no hubo ninguna interrupción más. Nuestras bocas nos tentaron, primero con suaves mordiscos y después, cuando aventuré la lengua, el beso comenzó a subir de intensidad; entonces perdí toda la calma que siempre había intentado mantener cerca de ella.

La devoré. Sin reservas y permitiéndome disfrutar del momento.

Llevaba un peto vaquero corto, y mis manos avariciosas no se cortaron en juguetear con el bajo del pantalón, donde notaba el inicio de la curva de su culo, que me había estado volviendo loco todo el verano.

Quería ir despacio, recuerdo que era lo que quería, pero en cuanto Ava se puso a toquetear mi camiseta —también

aventurando los dedos bajo la tela— y oí su agitada respiración, fui consciente de que me resultaría imposible.

La guie al interior del taller sin despegar nuestros labios en ningún momento. Me faltaban manos para poder recorrerla entera, pero sabía muy bien cuál era mi objetivo.

Ella se sobresaltó cuando llegamos, pues sus piernas chocaron contra ello. Entonces abandoné sus labios y, al encontrarse nuestras miradas, le dediqué una lenta sonrisa, quizá demasiado reveladora, no lo sé, pero solo me faltaba relamerme con satisfacción ante la expresión de su rostro, que era de pura excitación acompañada de curiosidad, pero en ningún caso quiso frenarme.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando la sujeté por las caderas para girarla completamente y que me diera la espalda; la coloqué mirando la gran mesa de trabajo con la que se había chocado.

—Shhh. —Cuando le pedí silencio al oído, pude aspirar su aroma, y le incliné la cabeza a un lado para juguetear con su oreja mientras admiraba las hebras rojizas entre mis dedos al apartarle el pelo.

Suspiró y se dejó hacer, apoyando la cabeza contra mi pecho, pues no me llegaba al hombro por la diferencia de altura. No veía su rostro, pero sí su piel erizada.

Sin dejar de recorrer con los labios la fina piel de su cuello, con una mano le solté uno de los tirantes del peto mientras le apoyaba la otra en el estómago, acercándola aún más a mi cuerpo. Siseé cuando mi erección chocó contra ella, pero no quería ir rápido. Aunque en parte deseara hacerlo, sabía que para ella era totalmente nuevo. No tenía la completa certeza, pero lo intuía, así que cuando el tirante cayó por delante, aventuré hacia abajo la mano apoyada sobre su estómago, esta vez metiéndola dentro del peto.

Cuando alcancé la tela de las bragas, me detuve para centrarme de nuevo en el lóbulo de la oreja. Su respiración me daba las pistas necesarias para saber lo que me iba a encontrar si avanzaba, y su movimiento inconsciente de caderas —que se frotaban una y otra

vez contra mi polla— me estaba volviendo loco, poniendo severamente a prueba mi autocontrol.

Acabé por descender la mano los pocos centímetros que me quedaban para llegar al jodido cielo.

Le mordí el lóbulo de la oreja cuando noté lo empapadas que estaban sus bragas, y cuando con los dedos comencé a dibujar lentos círculos sobre su clítoris, sentí cómo una de sus manos me sujetaba de la muñeca.

—¿Quieres que pare? —le pregunté, con una voz irreconocible por lo grave que sonaba.

—Quiero mirarte —contestó Ava con la voz tan afectada como la mía.

Sonreí con los labios en su cuello, y volvió la cabeza para que nuestras miradas se encontraran.

Entonces, volví. Mis dedos juguetearon de nuevo con ella, que se mordió el labio para contener los jadeos y me pareció uno de los espectáculos más sexis que iba a presenciar.

Poco a poco y a medida que mis dedos ganaban velocidad, se le entrecerraron los ojos, pero no quería que se corriera así. No la primera vez conmigo. Así que, para su disgusto, retiré la mano, seguramente instantes antes de que alcanzara el orgasmo.

Dediqué una sonrisa juguetona a su ceño fruncido, pero la sorpresa y la vergüenza le tiñeron el rostro cuando la enfrenté de nuevo a mí mientras me encargaba de hacer desaparecer el peto, que cayó a nuestros pies al bajarle el otro tirante.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa en cuanto la aupé sobre la mesa, y su extrañeza se hizo más palpable cuando, sentada sobre la superficie, buscó mis labios pero yo me alejé.

Al quitarme la camiseta que llevaba, me quedaron restos de pintura sobre la piel, pero poco me importó. Me sentí un puto Dios por el modo en que Ava me miraba mientras me desnudaba. El contraste entre nuestras pieles resultaba evidente: ella tan blanca, yo tan moreno.

Una vez desnudo de cintura para arriba, le puse las manos en las caderas, sobre sus bragas de algodón granates. Aunque pensé

que la timidez ganaría terreno en este momento, Ava me sorprendió cuando me ayudó a deshacerme de ellas.

Eso sí, su gesto de interrogación no desapareció hasta que me vio inclinarme entre sus piernas, y sé que me habría preguntado qué iba a hacer, pero mi boca fue más rápida. Mucho más.

Ava

En cuanto la boca de Hugo me besó *ahí,* tuve que agarrarme a los bordes de la mesa por temor de escurrirme al convertirme en una versión derretida de mí.

¿Qué era eso?

Jadeé involuntariamente y entrecerré los ojos, como si fuera incapaz de saborear esas intensas sensaciones manteniéndolos abiertos.

Aquello era... ni sabía describirlo con palabras, y aunque nunca me lo habían hecho, sospechaba que con cualquier otro chico no sería así, tan intenso y placentero.

La lengua de Hugo jugueteaba conmigo a tal ritmo que iba a perder la cabeza, en especial cuando, tras darme unos lametones lentos con los que parecía recrearse, empezó a marcar más el ritmo, más...

«Oh, Dios».

El orgasmo no tardaría en llegar. Y es que al bajar la vista y descubrir que Hugo estaba dándose un festín de mí, me excité tanto que llegó. Todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron en una fortísima oleada de placer.

Hugo, tras acariciarme una última vez con la lengua, se separó para incorporarse, mirándome con tal intensidad que toda la piel se me erizó nuevamente. Me resultó imposible no recorrer con la mirada su torso desnudo y cada uno de los recovecos que la

marcada musculatura me descubría. Era... era espectacular.

Bajé la mirada hasta la bragueta de sus pantalones, era imposible ignorar lo abultada que estaba. Dirigí las manos hacia ella, dispuesta a desabotonarle los vaqueros y liberarlo, pero me sorprendí cuando las suyas me atraparon.

—No tienes que... —comenzó.

Pero yo elevé la mirada y, por la proximidad de nuestros cuerpos —él aún estaba entre mis piernas—, nuestros labios casi chocaron cuando le contesté:

—Quiero.

Y claro que quería. Quería verlo desnudo, quería recorrerlo entero y lograr que se estremeciera de placer del mismo modo. Y quería ser yo la que se lo provocara. Me sentía valiente y sexy, dispuesta a experimentar lo que no sabía hacer. Nunca antes me había sentido así, y sospechaba que se debía a Hugo.

Su modo de mirarme, de tratarme, de... devorarme... me hacía sentir la chica más sexy del universo entero.

Hugo retiró entonces las manos, pero no apartó la vista de mi rostro mientras me encargaba del pantalón. Yo, sin embargo, tenía otras cosas que mirar, y contuve un jadeo cuando lo desnudé por completo, liberando su erección.

Lo volví a mirar a los ojos.

—¿Qué hago? —le pregunté.

Hugo me sonrió arqueando ligeramente las cejas al responderme:

—Lo que tú quieras.

Me relamí los labios y volví a besarlo, pero mientras nuestros labios se encontraban, dirigí las manos hacia él, comenzando a acariciar su caliente y dura erección. Aunque nunca había hecho nada parecido —como mucho, tocamientos por encima de la ropa —, tampoco era tonta; había escuchado las experiencias de algunas amigas —como Miriam, por ejemplo—, y, más o menos, sabía qué tenía que hacer.

Empecé, por tanto, a acariciarlo despacio desde la base a la punta, y debía de estar funcionando, porque empezó a besarme con

más intensidad, pero yo quería... yo quería más.

Separé nuestros labios y Hugo me observó congelado cuando lo aparté de un suave empujón. Me bajé de la mesa en la que él me había subido hacía unos momentos y, sin titubear, recorrí con las manos su torso desnudo, maravillándome por el calor que desprendía, el contraste de nuestras pieles, y lo fibroso que estaba su cuerpo. Pero mis manos continuaron descendiendo, y yo con ellas.

Oí que cogía aire en cuanto me puse de rodillas frente a él. Dejé de ver su expresión cuando, sin titubear, pasé la lengua por su erección, de principio a fin, y, bueno, comencé a experimentar, escuchando los jadeos que provenían de su boca.

Sentí que me sujetaba el pelo y sospeché que quería verme bien, pues tras juguetear con la lengua, decidí metérmela en la boca. Lo oí sisear y tensarse, alcé la vista para asegurarme de que estuviera bien y mi corazón dio un brinco en cuanto descubrí su mirada. Me observaba de tal modo que parecía que me iba a devorar entera de nuevo.

Eso me animó a continuar, e incrementé poco a poco el ritmo. Sospechaba que se contenía para no mover las caderas, cosa que agradecí, pero intenté mantener un ritmo rápido y constante, acompañándolo con la mano porque parecía que...

PUM, PUM, PUM.

Ambos brincamos al oír un golpe en la puerta.

—¡Hugo! Abre —se oyó detrás de la puerta.

No reconocí la voz, pero era masculina, y, por el tono, intuí que se trataba de una urgencia. Me separé de él.

—Tranquila —dijo Hugo mientras me ayudaba a recoger las bragas y el peto. Luego comenzó a vestirse—. Voy a ver qué pasa, ¿vale?

Asentí completamente azorada, y Hugo se aproximó a la puerta tras asegurarse de que estaba vestida.

Ante el umbral apareció uno de sus amigos, Rubén; por su gesto, no traía buenas noticias.

—Han cogido a Abel.

—¿Quiénes? —preguntó Hugo.

—Lo hijos de puta esos. Lo han pillado solo y... —No terminó la frase, pero cuando volvió a hablar se entendió todo—. Está en el hospital, Hugo. No había otra manera, si no...

Vi que Hugo sujetaba la puerta con fuerza, pero asintió secamente.

—Dame cinco minutos. Salgo ahora mismo.

Rubén asintió, y al mirar por encima del hombro de su amigo me descubrió.

—Te espero fuera —lo avisó sin añadir más; y dándonos la espalda, se fue calle abajo.

Hugo cerró la puerta; tras alborotarse el pelo oscuro con las manos, me miró con esos ojos azules.

—Perdóname... —comenzó, pero yo negué con la cabeza.

—Tranquilo. Tengo que irme, además. Ya sabes... estoy castigada... —Me obligué a sonreír, pero de pronto me sentía muy nerviosa.

—Ey. —Hugo se me acercó—. ¿Estás bien?

—Sí —le contesté rápidamente—. ¿Tú?

Su respuesta era clave, y la esperé casi conteniendo la respiración.

—Me acaban de dar una noticia muy mala, pero, aunque esté mal decirlo, lo que ha pasado antes de todo eso ha sido perfecto.

Mi corazón volvió a revolucionarse ante su lenta sonrisa y sus palabras. ¿Qué me pasaba con ese chico? En aquel momento empezaba a ser consciente de que me volvía loca, me provocaba un revuelto de sentimientos muy intensos.

Hugo acortó las distancias y me dio un suave beso. Sencillo, calmado, pero me traspasó completamente.

—¿Nos veremos? —Me lo preguntó en un susurro, aún sin separarse de mí, y eso me sorprendió.

—Nos veremos —asentí yo: y sin quitarle más tiempo, me separé y salí del taller.

Tenía que volver a casa antes de que mi madre descubriera mi ausencia.

Ava

El fin de semana pasó en un pestañeo, encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación y pensando en lo que había sucedido con Hugo.

Los recuerdos eran tan intensos que, con el simple atisbo de algunas de las imágenes que se me habían quedado grabadas a fuego en la retina, las mariposas aleteaban en mi estómago, locas por alzar el vuelo. ¿Me había atrevido a hacer todo eso?

En mis recuerdos, quien había tomado las riendas era una Ava valiente, segura de sí misma y de lo que quería, y aunque ahora no estaba tan convencida de si volvería a actuar así, le daba las gracias.

Solo había un problema.

Con la interrupción y los nervios, no habíamos intercambiado nuestros números de teléfono. Yo no caí en ello hasta horas más tarde, y ahora las dudas me asaltaban. Sin embargo, Caleb —a quien se lo había contado todo con pelos y señales cuando me había llamado, y con la música a tope para que Grace no oyera nada— me había dicho que, según lo que le explicaba, Hugo parecía más que interesado en mí.

Pero ¿y si ahora él se arrepentía? O peor, ¿y si pensaba que era una egoísta que no había dudado en irse tras conseguir su orgasmo y dejarlo sin el suyo? ¡Es que ni siquiera había mencionado a Caleb ese *pequeño-gran* detalle!

Qué cagada, Ava.

Caleb, con quien había compartido mis temores, se había reído a mi costa; bien, por lo menos me había alegrado al verlo algo más animado, a pesar de que fuera por mi garrafal metedura de pata.

—Ava, créeme —me había dicho por teléfono—. Ese «¿Nos

veremos?» está lleno de promesas guarras, cero arrepentimientos y cientos de intenciones.

No sabía si tenía razón, pero aquel lunes tenía otra preocupación: dejar de pensar en mí —tal como mi madre me había señalado— y parar de jugar con los sentimientos de cierta persona.

Enseguida lo vi acercárseme con su amplia sonrisa. Estábamos en el instituto, justo en el descanso del recreo. Desde el vestíbulo se oían los gritos de los que jugaban a fútbol en el campo cerca de la entrada del centro. Cuando Fran me vio y empezó a subir las escaleras esquivando a varias personas, negué con la cabeza.

—Vamos afuera —le pedí mientras descendía los escalones.

Vi la incertidumbre en su rostro, pero me siguió al tiempo que me comentaba algo sobre el fin de semana; yo simulé que lo escuchaba, pues era incapaz de no pensar en lo que iba a decirle.

Salimos al patio, pero no me conformé con ello, así que continuamos hasta la calle, dejando el edificio blanco de verjas verdes tras nosotros. Ahí, en la acera y de espaldas a los que estaban jugando al fútbol, me volví para mirar a Fran, que se calló *ipso facto* en cuanto vio mi rostro.

—Es malo —adivinó—. ¿Qué pasa? —quiso saber.

Solté el aire levemente, pero no desvié la mirada. Por lo menos la mantendría en sus ojos, con los que siempre me había observado cariñosamente, incluso en ese instante en que se palpaba la tristeza.

—Lo siento, Fran, pero creo... creo que lo nuestro no funciona —dije en un susurro cobarde y roto; sabía cómo se sentiría tras mis declaraciones—. Has sido el novio perfecto en todo...

—Perfecto, pero no para ti —añadió él de un modo tal que mi corazón se resquebrajó del todo.

Busqué su mano y la sujeté con cariño.

—Perdóname —le pedí, sintiendo que las lágrimas aparecían en mis ojos mientras él hacía una mueca, como si mi petición le hubiera propiciado un mazazo contra el pecho—. No has hecho nada mal. Tan solo he... tan solo he sido yo. —Desvié la mirada,

completamente acongojada por la expresión de tristeza que comenzaba a recorrer su rostro—. Ojalá esto hubiera funcionado.

—Puede funcionar —dijo entonces él, con determinación y haciendo que lo mirara—. Sé que es normal tener dudas, Ava. Yo también las he tenido. Nuestra relación se ha quedado estancada, pero sé que...

Negué con la cabeza.

—Te mereces a alguien que no tenga ni una duda. Que tan solo quiera estar contigo y no le importe nada más —añadí.

—¿Y esa persona no eres tú?

El tono de su voz, casi rota, me dolió. Nunca lo había visto tan vulnerable.

—Perdóname —repetí.

Fran me soltó la mano, asintiendo en un movimiento casi mecánico, como si procesara la realidad de mis palabras. Su mirada esquivó la mía y, sin añadir nada más, me dio la espalda para alejarse sin volverse ni una sola vez hacia mí.

Observé cómo se alejaba para entrar en el recinto del instituto; aunque me sentía muy mal por él, sabía que todo podría haber sido mucho peor. Por lo menos, algunas verdades se habían quedado conmigo.

Cuando Fran desapareció de mi vista, paseé la mirada hasta toparme con una escena que me puso en alerta.

Miriam me observaba desde la distancia, dentro del instituto. A pesar del trecho que nos separaba, sabía, sin lugar a dudas, que había sido testigo de mi ruptura con Fran. No pude descifrar qué me quería transmitir con su serio semblante, si es que quería decir algo. Dejé de mirarla para volver a entrar en el instituto.

Octubre de 2011

Hugo

Las dos semanas que quedaban de septiembre pasaron casi sin darnos cuenta y, con ello, la rutina nos comenzó a acompañar. Ava seguía castigada; eso complicaba las cosas, pero no las imposibilitaba, sobre todo gracias a su amigo Caleb, quien me facilitó su número de teléfono y el perfil de Messenger.

Sin embargo, este último medio casi no lo utilizábamos porque yo solo disponía de internet cuando me enganchaba al wifi del camping, y, al ser mis clases en horario nocturno, cuando llegaba a casa yo estaba roto y ella dormía desde hacía horas.

Así pues, usábamos, sobre todo, los mensajes de texto. Aún recuerdo que tenía que abreviar las palabras para que cupiera todo lo que quería decir en un único mensaje. Pronto se normalizaría el uso del WhatsApp, pero mientras tanto nos comunicábamos a base de llamadas perdidas y mensajes de texto, ayudándonos de nuestro ingenio para decir mucho con la menor cantidad posible de letras.

Gracias a esos mensajes, comenzamos a conocernos, y descubrí que su batido preferido era el de galleta oreo que preparaba su madre; que su primera cerveza la había probado con su abuelo paterno en un pub de Dublín; que siempre que una película la cautivaba tenía que leer el libro en el que estaba basada —en caso de haberlo—, y que guardaba como un tesoro los pétalos de las margaritas que había deshojado, pues, según ella, si te daban la respuesta que anhelabas, tenías la responsabilidad de conservarlos.

Descubrí que era curiosa; que, bajo esa personalidad de chica responsable, se ocultaba un lado salvaje que intentaba controlar, y me confirmó las cosas que ya sabía: era inteligente, orgullosa y tenía una determinación que la llevaría lejos. A ella, algunas de esas cualidades le pasaban desapercibidas, pero siempre he pensado que resulta más fácil verlo todo desde fuera.

Ava era imparable, y pronto me di cuenta de que, muchas veces, su única arma era su sonrisa. Alguna gente nacía para tener el mundo a sus pies, y ella era una de esas personas.

En definitiva, las dos semanas que siguieron a nuestro encuentro en el taller —ese que intentaba mantener a raya para

que mi mente no me bombardeara con imágenes que me ponían en un aprieto si estaba en algún lugar público— nos sirvió para acercarnos, para conocernos más.

Ella averiguó lo que hacía en el taller de arte, que en el bachillerato para adultos había escogido la rama de artes, y que esto se debía a los sabios consejos de Javier. También sabía que mi pandilla tenía problemas con el grupo de su antigua amiga, por lo que tampoco me pareció mal no vernos, pues esperaba que las aguas se calmaran o pudiéramos solucionarlos de una jodida vez.

Tras el ataque a Abel, aquellos hijos de puta habían desaparecido, a pesar de que los habíamos buscado. Por su bien, era mejor que no los encontráramos. Y quizá no lo lograríamos, puesto que aquella panda de cobardes —que solo habían sido capaces de enfrentarse a uno de los nuestros cuando estaba solo— no eran tan tontos como para ignorar que tendrían serios problemas si se cruzaban con nosotros.

Mi hilo de pensamientos se interrumpió cuando me llegó un mensaje de Ava. Me limpié la pintura de las manos y cogí el móvil.

Sonreí.

Seguía castigada, y aburrida porque estaba sola en casa. Su madre tenía guardia aquella noche.

Se me ocurrió una idea loca.

Ava

Estaba en mi cuarto tirada sobre la cama y, aburrida, miraba el móvil. Había escrito a Hugo con la esperanza de iniciar una conversación, pero debía de estar demasiado concentrado en la clase de arte como para contestarme.

Al día siguiente, Caleb tenía examen de física, así que tampoco

lo podía molestar. Había oído a Grace llegar a casa, y ahora veía una película abajo, pero ese plan no me apetecía especialmente.

Barajé la idea de repasar para el examen de historia que tendría la semana próxima y que llevaba muy bien; entonces llamaron al cristal de mi ventana.

Me sobresalté por dos cosas.

Primero, porque era posible acceder a mi ventana escalando la fachada: desde la celosía de las plantas de la vecina se alcanzaba la estructura de nuestro porche, y desde allí se podía subir al techo de este, que quedaba justo bajo mi ventana.

Y segundo, porque la forma en la que habían llamado a mi ventana la conocía, y hacía tiempo que no sonaba.

Cuando me volví hacia el vidrio, la descubrí.

Miriam me sonrió con suficiencia; conocedora de que no se podía mantener aupada mucho tiempo, corrí hacia la ventana para abrirla.

—Por un momento he pensado que me dejarías fuera, por cómo me has mirado —dijo Miriam mientras entraba en mi habitación, y se sacudió las manos.

—Es que me ha sorprendido verte ahí... ¿Por qué no has usado la puerta?

—Creo que estás castigada, ¿no?

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté, extrañada de que lo supiera, pues no se hablaba con Caleb.

—Intuición femenina. Pero, bueno, digamos que tampoco me apetece que sepan que he estado aquí.

Arqueé una ceja ante su comentario, y Miriam se rio de mi gesto.

—Tonta, no por ti, sino que... —se recolocó la melena negra antes de soltar la bomba, como si quisiera asegurarse de estar perfecta para darme la noticia— me largo.

—¿Cómo? —le pregunté a bocajarro.

—Que me largo de mi casa, de Mojácar —me explicó como si tal cosa.

—Pero, Miriam, ¿qué dices? ¿Adónde vas a ir?

Miriam hizo un gesto como para quitar importancia al asunto.

—En unos meses cumpliré la mayoría de edad. —Eso era cierto, en enero cumpliría los dieciocho años—. Y estoy cansada de las broncas de mis padres. No tengo que darles explicaciones sobre nada. Ellos hicieron con su vida lo que quisieron. Yo pienso hacer lo mismo.

—No entiendo nada —confesé. Tenía la sensación de que me había quedado dormida en mi habitación y ahora mismo estaba soñando—. Pero ¿de qué vas a vivir, Miriam? ¿Y los estudios? ¿Dejarás de estudiar?

Se me acercó para abrazarme. Yo, en *shock*, ni siquiera respondí el gesto. Tan solo me dejé hacer.

—Tranquila, Ava. No todos tenemos los mismos sueños y aspiraciones en la vida. —Se separó, y su mirada de ojos verdes me encontró para dedicarme una dulce sonrisa, de las de antes, de las que siempre habíamos compartido—. Solo venía para despedirme, no para preocuparte. Todo va a ir bien —me aseguró con solemnidad—. Tan solo quiero divertirme.

—Pero ¿te volveremos a ver? ¿Y qué les digo a tus padres? —Disparé las preguntas sobre la marcha, según tomaba conciencia de la realidad de la situación.

—Me dejaré caer de vez en cuando, pero me imagino que tú, irlandesa mía, no estarás por aquí. En fin —suspiró, ya alejándose de mí—, despídete de Caleb de mi parte. Sé que no es muy fan de mí, pero, bueno, fuimos grandes amigos, ¿verdad?

—Miriam... —susurré con una punzada en el pecho. Sentía que debía retenerla, impedir que cometiera aquella locura, sobre todo cuando atisbé el brillo emocionado en sus ojos—. No tienes por qué irte. A veces discutimos con nuestros padres. Fíjate. —Me señalé a mí misma—. Sin ir más lejos, aquí me tienes a mí, superenfadada con Lorena.

La morena se rio mientras echaba un vistazo a mi habitación, en la que habíamos pasado incontables horas y noches los tres, viendo películas, cuchicheando y compartiendo nuestros sueños.

—Está igual que siempre —dijo, más para sí que para mí.

—Claro —asentí. Estuve a punto de añadir que nada había cambiado, pero eso sería mentir. Todo había cambiado desde la última vez que había estado aquí.

Miriam ladeó la cabeza con una lenta y tristona sonrisa, como si hubiera oído el eco de mi último pensamiento.

—Cuídate, Ava. —Entonces se acercó a la ventana, y cuando la abrió, se volvió hacia mí—. Y no te fíes ni un pelo de Tamara.

—¿De Tamara? —le pregunté confundida.

Miriam asintió.

—Lleva tiempo rondando a Fran. De hecho, se liaron; según parece, en la fiesta de Lucas.

Sorprendida, cogí aire.

—¿De Lucas?

Miriam asintió.

Esa fue la fiesta en la que Fran me propuso jugar en la oscuridad y al final acabé con Hugo en el baño.

«Vaya».

No fui la única que hizo cosas que no debía esa noche, aunque, ¿qué se nos podía reprochar? Por aquel entonces ni siquiera estábamos juntos, y al final... nuestra historia no cuajó.

—Aunque me imagino que a ti eso no te importa mucho —soltó Miriam, trayéndome de vuelta a la realidad.

La miré asombrada, y descubrí una sonrisa ladina.

—Vi que dejabas a Fran, pero, aunque lo vi triste, no estaba devastado, ni furioso... Creo que te guardaste para ti el pequeño detalle de Hugo, ¿cierto?

Fui incapaz de abrir la boca.

—No te juzgo, Ava —añadió con un suspiro—. La vida está llena de prejuicios agotadores, especialmente aquí. Disfruta de tu historia con él.

Y no añadió nada más, se volvió y sacó el cuerpo por la ventana. Yo me acerqué con urgencia en cuanto la vi salir para desaparecer en la oscuridad.

—¡Miriam! —La llamé y alzó la mirada—. Fuimos los mejores. A tu pregunta de si fuimos grandes amigos, fuimos los

mejores.

—Gracias, Ava —contestó, dedicándome una gran y feliz sonrisa.

Y ese instante, ese momento, quedaría grabado en mi memoria, y años atrás y gracias a ello, cuando pensara en Miriam, siempre me vendría a la mente esa imagen de ella, feliz y pletórica.

Hugo

Estaba meditando si era una idea de locos; con el móvil en la mano y en mitad de la estrecha calle que subía hasta la casa de Ava, me preguntaba si no me estaba pasando. Yo, que en mi puñetera vida me había tenido que plantear eso respecto a ninguno de mis rollos, me sentía jodidamente confundido.

¿Llamaba a la puerta para sorprenderla? ¿O mejor le enviaba un mensaje para avisarla sobre la idea que se me había ocurrido?

¡Joder!

¿Qué cojones me pasaba y por qué me sentía como un niñato?

Refunfuñando para mí, anduve con determinación, pero a cada paso fui cambiando de opinión. Sin embargo, la respuesta a mis dudas llegó de un modo inesperado.

Enfundada en lo que parecía un chándal negro, Miriam me sorprendió, casi chocando contra mí. Me sobresalté porque no la vi venir, ella tampoco parecía haberme visto, pues se llevó una mano al pecho.

—¡Dios! ¡Qué susto! —dijo al tiempo que retrocedía un poco.

—¿De dónde cojones has salido? —le pregunté yo, sin entender de dónde había aparecido—. ¿Del jodido techo?

Miré por encima de nuestras cabezas, al cielo estrellado. ¿Había salido de la ventana de una casa o había saltado desde una

de las cubiertas?

—Hola para ti también, Hugo —me saludó en un tono mordaz.

—¿Qué haces aquí? —El tono de mi pregunta indicaba que no era una de mis personas favoritas. Por su culpa, las cosas se habían complicado demasiado.

—Te iba a preguntar lo mismo, pero es tan obvio que...

Miriam no terminó la frase porque acorté las distancias y, fulminándola con la mirada, le hablé muy claro:

—No quiero verte cerca de ella. Ni a ti, ni a ninguno de tus amigos.

—Aléjate —me gruñó—. Y ni se te ocurra volverme a hablar así. Me acercaré a Ava todas las veces que quiera, y, sobre mis amiguitos... ya no me junto con esos estúpidos.

Al oír esas últimas declaraciones, me alejé de ella con cierta desconfianza. ¿Era verdad lo que escuchaban mis oídos?

—Vaya, ¿ahora son estúpidos? —la pinché.

Miriam puso los ojos en blanco.

—La gente me aburre con facilidad, ¿qué quieres que te diga?

Sin embargo, el gesto amargo que le recorrió el rostro me reveló mucho más que su sarcasmo. Según parecía, Miriam también había salido escaldada de esa panda de hijos de puta.

La estudié en silencio, supuse que eso no le gustó a la morena, pues se agachó para recoger una mochila.

—Mira, solo venía a despedirme, y ya lo he hecho.

«¿Despedirse?», pensé.

Pero Miriam continuó hablando y no puede preguntarle nada al respecto, porque dijo algo que también captó mi atención.

—... a ella no he querido decírselo porque, bueno, sí, no quería empañar el momento, pero quiero que sepas que su ex, Fran, sabe que estáis liados y no le ha hecho ninguna gracia.

Arqueé las cejas en un gesto de desconcierto.

—¿Y cómo lo sabe?

—Cuando él y Tamara comenzaron a propagar su amor hace unos días, me encargué de borrar su sonrisa de idiota. —Yo cuadré la mandíbula al ver que ella había aportado otro granito de arena a

todos los últimos problemas que se me presentaban—. No me mires así, lo vuestro era un secreto a voces. Si yo me di cuenta de cómo la mirabas, ¿de verdad crees que nadie más lo hizo?

No dije nada, preferí guardar silencio, porque ¿para qué? A ese problema nos tendríamos que enfrentar más tarde. No me preocupaba que aquel rubiales se hubiera enterado; de hecho, mi parte más primaria se regodeaba de ello. Pero sí que me preocupaba lo que podía implicar para Ava; y, aún peor, si los rumores se extendían, podían llegar a oídos de su madre.

—Por cierto —continuó Miriam—, yo me voy ya, pero, por tu cara de *pasmao* de antes, creo que desconoces que puedes llegar a la ventana de cierta pelirroja subiendo por la celosía de esta casa y escalando por el porche. —Miriam señaló el recorrido y yo seguí sus indicaciones con la vista. Así que eso había hecho ella. Me volví para mirarla, y me guiñó un ojo mientras se iba—. Lleva unos pantaloncitos cortos que creo que te volverán majara. ¡Ya me darás las gracias si nos volvemos a ver!

Observé cómo se alejaba, y me sorprendí al sentir la sonrisa que se me escapaba; no podía creerme que aquella chica me hubiera brindado la respuesta a todas mis dudas en un solo instante.

Dejé de mirarla para estudiar aquella celosía. ¿Aguantaría mi peso?

Ava

Encendí el ordenador para chatear con Caleb, quería contarle todo lo sucedido con Miriam; él estaba estudiando, por tanto, vería los mensajes antes de acostarse, cuando yo ya estuviera durmiendo, pues Caleb era como un búho, sobre todo cuando había exámenes de por medio.

Una vez arrancado el ordenador, abrí el programa. Yo aún estaba procesando lo que acababa de pasar... Entonces oí un suave golpe en la ventana.

Me volví sobresaltada, y me quedé congelada al descubrir a Hugo. Cuando nuestras miradas se encontraron, me saludó con una sonrisa que me pareció algo tímida, pero... ¿Hugo estaba en mi ventana?

Me levanté rápidamente de la silla del escritorio mirando por encima del hombro hacia la puerta; esperaba que Grace hiciera acto de presencia en cualquier momento. ¡Oh, si Grace se enteraba de esto!

Abrí la ventana en silencio, y pensé que era ridículamente alarmante cuán solicitada estaba mi ventana esa noche. Por no mencionar que todo parecía irreal. ¿Aquello sucedía de verdad?

—Hola. ¿Puedo pasar? —preguntó cuando abrí la ventana y aparté el suave visillo que caía hasta el suelo.

Aún algo abrumada, asentí levemente y me aparté para dejarle espacio de maniobra. Lo observé entrar con gráciles movimientos, y contuve el gesto de morderme el labio; con Hugo era casi imposible no hacerlo. Llevaba un simple vaquero desgastado de un color gris oscuro y una sudadera blanca, sencilla, sin ningún dibujo; pero ese look, el pelo negro algo revuelto y sus ojos, que ahora parecían brillar en la oscuridad, provocaban que a una le temblaran las piernas e incluso el habla, porque fui incapaz de pronunciar palabra. Tan solo lo observé dentro de mi habitación.

Porque, atención: Hugo estaba *en mi habitación*.

Esa verdad cayó como una losa sobre mí, una dosis de realidad que no podía ignorar, sobre todo cuando vi que no llevaba mis mejores galas. Sin embargo, por la mirada de Hugo clavada en mis piernas desnudas mientras en su rostro asomaba una ligera media sonrisa, supe que él sí que lo había notado. Y no parecía disgustado.

—Hola —repitió, capturándome con la mirada.

Si dijera que estaba sonrojada, me quedaría corta. Era nuestro primer encuentro tras ese intenso y apasionado día en su taller;

aunque habíamos hablado desde entonces, incluso nos habíamos visto en la lejanía porque, curiosamente, Hugo había pasado por la zona cuando yo salía del instituto, ahora estábamos a escasos pasos de distancia, y solos. Muy solos.

—Hola —le respondí casi en un susurro.

—¿No estabas sola? —preguntó rápidamente Hugo, en el mismo tono de voz y mirando también la puerta cerrada, algo alarmado.

Sonreí.

—Solo está Grace —le aclaré. Noté el alivio en su mirada e insistí—: Pero *es Grace*. —Utilicé la entonación como advertencia —. Hay que tener cuidado con ella. No sé si recuerdas a ese torbellino que te comenté que tenía por hermana pequeña.

—No, no me olvido —asintió Hugo, bajando la voz conforme se me acercaba.

Y con ese simple gesto, me olvidé de mi hermana, de mi castigo y de los ridículos pantalones cortos que llevaba, en especial cuando Hugo se inclinó para besarme con suavidad. Una descarga eléctrica me recorrió entera y entreabrí los labios para profundizarlo, acerqué mi cuerpo al suyo, y me estremecí cuando apoyó las manos en mi cintura y su lengua comenzó a juguetear con la mía.

Supe que podría quedarme así para siempre, besándolo sin prisas, con la canción de Coldplay sonando de fondo en ese instante, desde mi ordenador, «The Hardest Part». Pero Hugo cortó el beso, y se puso a estudiar con interés lo que nos rodeaba.

—Así que estoy en tu cuarto, Ginger. —Su sonrisa pícara se amplió mientras giraba sobre sí mismo para no perderse ningún detalle.

Conocía bien lo que estaba mirando, pues era mi lugar, en el que me resguardaba cuando mi madre y Grace eran demasiado para mí, o cuando quería estar sola conmigo misma, perdida entre las páginas de un buen libro, o tan solo acompañando a mis pensamientos.

El dormitorio no era demasiado grande, pero sí que devino el

más especial de todos. Con el transcurso de los años, cada vez que regresaba a él, me trasladaba en el tiempo; a un periodo en el que las preocupaciones eran otras, la vida se presentaba como una aventura llena de infinitas posibilidades y los días y las horas parecían no tener fin.

La ventana se encontraba en la pared a nuestra izquierda y, a continuación, la cama nido, que quedaba a mis espaldas, con esa colcha blanca de flores en tono frambuesa que me encantaba.

Encima del cabecero de la cama había tres baldas, repletas de libros y con alguna figura, que daban paso a mi lamparita de pared de hierro, cuyo estilo *vintage* me encantaba: había sido un regalo de mi abuela paterna.

Justo a su lado se encontraba la librería, no solo contaba con numerosos libros amontonados de cualquier modo para que cupieran, sino también con algunas fotos que Hugo se había acercado a examinar con interés.

—¿Ves mucho a tu familia de Irlanda? —me preguntó al ver una foto de Grace y yo con nuestros abuelos y tíos.

El paisaje y el aspecto de las cabelleras pelirrojas y rubias de mis familiares eliminaban cualquier duda sobre su identidad. Me acerqué para observar mejor la foto, y se me dibujó una sonrisa mientras asentía.

—Casi todos los veranos —le aclaré—. Y, los que no, vamos en Navidades.

—¿Este año pasaréis entonces las fiestas allí? —dedujo mirándome.

Yo asentí.

—Algún día, si quieres, te puedes venir.

Al soltar dicha frase, sentí que me quería morir. La vergüenza empañó mi rostro, porque, vamos a ver, ni siquiera llevábamos dos semanas juntos, y ¿le estaba proponiendo un viaje para conocer a mi familia? Dios, podía imaginar a mi hermana y mi madre poniendo los ojos en blanco al oírme meter tanto la gamba. ¡Ni siquiera éramos novios!

—Es decir, no me refiero a conocer a mi familia ni nada de eso

—le aclaré atropelladamente—, sino a ver el país. Es precioso.

Hugo sonrió y, con una sencilla frase, disipó mi tormento.

—Me encantaría, tiene que ser espectacular.

—Lo es —dije desviando la mirada.

—Ginger, no hagas eso —me pidió Hugo.

—¿El qué? —le pregunté, mirándole sin entender a qué se refería.

—Avergonzarte por ser espontánea conmigo. Me gusta mucho eso de ti.

Una emoción me bulló en las entrañas, y me recordó a una pequeña bengala encendida, que te sorprende con la cantidad de chispas que rompen la oscuridad alrededor, empañándolo todo con esa luz especial.

Torcí el gesto en una mueca divertida.

—¿Incluso cuando por eso te asalté en tus prácticas? —lo pinché, algo atrevida.

—Joder, especialmente por eso.

Logré escucharlo antes de que me buscara para besarme de nuevo, esta vez apoyando las manos en mi culo. Entonces se me disparó el ritmo cardiaco.

Sin embargo, se separó de mí nuevamente, y la decepción se me instauró en el estómago al verlo tan poco perjudicado.

Se acercó como si tal cosa al escritorio, donde examinó con curiosidad mis libros y cuadernos, incluso echó un rápido vistazo al ordenador, pero todo con una calma que distaba mucho de la agitación interna que sentía yo.

—¿Examen de historia? —adivinó al ver los apuntes.

—La semana que viene —asentí al tiempo que intentaba alejar mis pensamientos de *eso* que no dejaba de pensar.

—¿Sabes?, para mí también está siendo difícil —dijo de pronto, toqueteando mis apuntes.

Y me sentí confundida.

—¿El qué? —le pregunté sin adivinar a qué se refería.

Luego levantó la mirada y se me atravesó la respiración.

—Intentar no abalanzarme sobre ti. —Sus palabras hicieron el

resto.

¿Por una mirada se podía sentir cómo te querían devorar? En ese preciso instante podía asegurar que sí.

—Así que —dijo con una tranquilidad que distaba mucho de lo que se apreciaba en su mirada— vamos a portarnos bien e intentar no cometer una locura, porque, en el caso de que alguien nos pillara, seguramente no volverías a salir de esta habitación en lo que queda de año. Me imagino que eso no está en tus planes, ¿verdad?

Suspiré mientras negaba con la cabeza en un gesto entre la indignación y la diversión. Hugo, satisfecho con mi respuesta, se acercó de nuevo a mi librería.

—Esto está lleno de libros... —comentó, revisando los títulos. Tras unos instantes frunció el ceño—. ¿Los tienes repetidos?

Me miró intrigado al descubrir varios volúmenes, efectivamente, repetidos; se lo expliqué tras ponerme a su lado, a pesar de que su olor me envolvió de nuevo y mi cuerpo, mi alborotado y traicionero cuerpo, reaccionó a su cercanía.

—¿Recuerdas que quería estudiar Traducción? —lo pinché mientras sacaba un ejemplar con el lomo azul plomo—. Algunos los tengo en inglés y en español. Al conocer ambos idiomas, me parece fascinante leer la historia en el idioma del autor y luego compararlo con el trabajo del traductor.

—¿Se pierden muchos matices al traducir? —quiso saber él, y me pareció curioso.

Cuando hablaba sobre ello, la gente solía asentir sin mostrar interés y sacaba otro tema de conversación, dejando en el olvido aquello que a mí tanto me fascinaba.

Pero con Hugo no fue así, nunca lo fue. Descubrí que era de naturaleza curiosa, siempre ávido de conocimiento, atento a lo que había alrededor. Y también atento a lo que me importaba a mí. Supongo que aquello no solo formaba parte de su encanto, sino que constituía un rasgo que delataba a su artista interior.

—Si la traducción es buena, no —contesté tras olisquear las amarillentas páginas del tomo particularmente viejo que había

sacado para enseñárselo—. Esa es la magia de la traducción. —Jugueteé con las cejas, y esbocé una amplia sonrisa mientras él examinaba la portada del ejemplar que le había tendido.

—*Peter Pan*. —Leyó las letras doradas del título, arqueando la ceja antes de mirarme, divertido—. «La segunda estrella a la derecha». Vaya, Ginger, parece que comienza a ser una obsesión.

Me reí negando con la cabeza.

—Ha sido una mera casualidad que sacara este libro.

—Una casualidad, ¿eh?

Nuestras miradas conectaron y supe que él estaba rememorando aquella noche: la de la lluvia de estrellas, y la conversación que tuvimos semanas atrás, cuando me confesó que todavía las buscaba. Mis estrellas fugaces.

Hugo carraspeó y miró de nuevo los libros.

—Entonces —dijo—, ¿cuál es tu libro favorito?

—Esa pregunta es fácil —le respondí.

Me incliné bajo su atenta mirada, lo cogí y se lo ofrecí mientras él me devolvía el ejemplar de *Peter Pan*; observaba el libro que ahora tenía entre las manos. La mayor parte de la portada naranja quedaba cubierta por una ilustración que, en tonos verdosos, mostraba las figuras de varios edificios un tanto peculiares. En la esquina derecha había una niña de espaldas, con un abrigo inmenso y algo andrajoso del mismo color naranja que el borde de la cubierta. Debajo, se adivinaban una falda en un tono verde más intenso y los pies descalzos de la niña.

Hugo estudió en silencio la ilustración y luego se fijó en el título en letras grandes, sencillas y negras.

—*Momo* —leyó.

—Así es —asentí.

Hugo le dio la vuelta para leer la sinopsis y se sorprendió.

—Está en español.

—El escritor era alemán, y todavía no me manejo con el idioma —bromeé.

—No lo manejas, ¿eh? —Iba a añadir algo más, pero se quedó pillado cuando, al abrir el libro, descubrió que no era uno

cualquiera.

—Te dije que era mi favorito. —Sonreí al ver que, cautivado, examinaba las páginas.

—¿Haces esto con todos? —preguntó despegando por fin la mirada del libro.

Yo negué.

—Solo con mis favoritos, y este lo es por excelencia.

—Ya veo.

Se refería a la cantidad de anotaciones, pósits, frases enmarcadas y subrayadas en diferentes colores. Incluso me había atrevido con alguna pequeña ilustración.

—Cada año es un color —le expliqué—. Creo que, aunque se trate del mismo libro y ni una sola frase haya cambiado, lo que cambia es el lector. Dependiendo del momento en el que lo leas, varían tus reflexiones al respecto, te emocionan unas u otras escenas, descubres mensajes distintos.

—Vaya. ¿Y todo eso lo apuntas?

—Sí.

—¿Para que luego lo lean...?

—No, para luego leerlo yo. Es una manera de ver cómo voy cambiando con el paso del tiempo.

—Quizá llegue el momento en el que te quedes sin hueco para apuntar —señaló, volviendo a observar las amarillentas y frágiles páginas que tantas horas de sueño me habían robado.

De pronto, tuve un impulso.

—Llévatelo.

Hugo me miró de inmediato.

—He de reconocer que cuando he preguntado por tu libro favorito era precisamente para eso, leerlo y luego comentarlo, pero viendo lo realmente especial que es...

—Sé que lo cuidarás, y si no... —me acerqué a él— tendré que matarte —susurré contra su boca.

—Juro que lo protegeré con mi vida —respondió, con una lenta sonrisa plasmada en los labios.

Y se los besé con calma, deleitándome con su contacto.

Para dar más énfasis a sus palabras, Hugo se apoyó el libro sobre el pecho y nuestras sonrisas se ampliaron, pero bajo ese momento tierno y divertido, fui muy consciente de que Hugo era especial y de que, si seguía así, descubriendo todas esas facetas tan fascinantes de él, acabaría completamente enamorada.

Si es que no lo estaba ya...

Hugo

Era viernes al mediodía. Acababa de comer cualquier cosa al salir de trabajar y, tras evitar los gritos e intentos de discusión por parte del borracho de mi padre, me encontraba en el sofá de mi caravana completamente sumergido en la historia de Momo, los hombres grises y la tortuga, que acababa de descubrir que se llamaba Casiopea.

La sinopsis no hacía justicia a aquel libro, ni siquiera a su principio, pues al comenzarlo pensaba que sería una sencilla historia infantil con un bonito transcurso de los acontecimientos, pero aquello estaba muy lejos de la realidad; esa historia constituía un complejo mensaje para los adultos, para que tomáramos conciencia del acelerado mundo que estábamos creando.

También incluía un detalle muy singular, y es que en casi cada página encontraba a Ava. Me fascinaba leer las anotaciones que había escrito en los márgenes, las frases que subrayaba sin temor alguno; en particular, porque no siempre se refería a frases que a mí me llamaran especialmente la atención, y eso me intrigaba. Muchas veces resolvía el motivo al leer su explicación en el margen, pero otras me quedaba con la duda. En cuanto se lo devolviera, se lo preguntaría.

Me faltaba poco para terminarlo; de hecho, sospechaba que llegaría a la última página esa misma noche, si es que no salía, o

incluso antes de asistir a clase de pintura.

Sin embargo, el inconfundible sonido de unas pisadas me sacó de la lectura.

Algo malo de vivir en el camping era que no solía haber calma alguna en temporada alta, mientras que, en ocasiones, la quietud en temporada baja no resultaba nada beneficiosa. Eso mismo le ocurría ahora a Iván, que era quien estaba fuera, en la parte trasera de mi caravana.

—Puedes continuar alejándote, pero esta vez vamos a hablarlo.

Al oír aquellas palabras en boca de mi amigo, dejé el libro de lado, dispuesto a salir para avisarlo de mi presencia, pero cuando la otra persona habló, me quedé congelado.

—¿Y de qué quieres hablar, Iván? —Percibí la consternación en el tono que usó Raquel.

¿Iván y Raquel? ¿Qué ocurría?

—De nosotros.

—No hay ningún «nosotros» —habló ella secamente.

—Lo hay, sabes que lo hay. Siempre lo ha habido.

¿Qué pasaba aquí? Estaba completamente confundido porque, a pesar de que no los veía, la conversación y sus voces me indicaban que, en realidad, Iván no iba tan mal encaminado.

Miré alrededor, tomé conciencia de que estaba siendo testigo de una conversación privada, pero, ante todo, importante. Si desvelaba mi presencia, la interrumpiría, y no podía hacerle eso a Iván.

—Te equivocas —repitió Raquel—. Tan solo has estado tú, y tu idea loca de...

—¿De quererte? ¿Eso es de locos? —la interrumpió Iván.

Raquel se rio de un modo amargo; tantos años de amistad me permitieron vislumbrar nítidamente el gesto que acompañaba a esa risa sin necesidad de verla.

—Tú no me quieres —le contestó nuestra amiga.

—Ni siquiera tú te crees esas palabras —la cortó Iván, en un tono más duro.

—Yo no te quiero... —Su voz se rompió.

Algo dentro de mí se removió, pero Iván puso voz a mis pensamientos, que me estaban sobrecogiendo.

—Raquel, deja de esconderlo. Deja de hacernos daño.

—¿Yo? —volvió a la carga Raquel, esta vez mostrando de nuevo su rabia—. ¿Yo soy la única que nos ha hecho daño?

—¡Joder! —estalló Iván—. ¿Quién me ha estado alejando? ¿Quién ha estado luchando contra nosotros? ¿Quién ha sido?

—Eres un gilipollas.

—Sí, un gilipollas que tiene mucha más fe en nosotros que tú.

—¡Por supuesto, Iván! —Raquel bajó la voz, pero se podía apreciar el enfado. Me la imaginé acercándose a él, acortando las distancias para lanzar sus duras acusaciones—. ¿Qué esperabas? ¿Que iba a tirarlo todo por la borda por un encaprichamiento absurdo?

—No piensas eso en realidad —murmuró él.

—No eres maduro. Estás... estás continuamente en tu mundo absurdo, lleno de ilusiones que nadie comprende —siguió acusándolo Raquel.

Estuve tentado de salir, de impedir que continuara soltando toda esa marabunta de palabras que solo echaban más mierda y resquebrajaban aquello que parecía unirlos. Pero no tuve valor de interponerme. Intuía que esa conversación tenía que darse desde hacía tiempo.

—Y llegará un momento en que estarás tan hasta el cuello de problemas que no podrás salir de allí. Y a mí no me va a arrastrar nadie al fango. Nadie.

Se hizo el silencio, un silencio de esos densos, de los que se sienten incluso en los huesos, ¿qué digo, «huesos»?, incluso en el alma. Supuse que alguno de los dos abandonaría el lugar, pero Iván volvió a hablar:

—Con Rubén entonces no tienes ese problema.

Cerré los ojos, porque sentí el dolor de sus palabras. Pero se estaba exponiendo demasiado, le enseñaba todas sus cartas. Y yo nunca había sido partidario de eso. ¿Qué pretendía?

—Con Rubén ha sido... —comenzó a responder Raquel.

Pero Iván no la dejó terminar.

—¿Lo quieres?

—¿A qué viene esa pregunta? —Noté la alarma en el tono de voz de Raquel.

—¿Lo quieres? —insistió Iván—. Dímelo y te juro que me apartaré, que no me volverás a ver, que no volveré a buscarte.

—Esto... esto es absurdo —susurró ella.

—No, solo es sencillo. ¿Lo quieres?

—No es tan fácil —contestó ante su calmada pregunta.

—Joder, sí lo es.

Oí unos pasos y, de pronto, un movimiento brusco, como de zarandeos. Me levanté rápidamente, asustado por lo que podría estar haciendo Iván, pero cuando me asomé por la ventana y vi la escena, me detuve, con cuidado de no descubrirme.

Iván había acortado las distancias para besar a Raquel, quien de un empujón lo separó de ella y le cruzó la cara con un bofetón. Sin embargo, unos jodidos segundos después, tras su cruce intenso de miradas, Raquel acortó las distancias y fue ella quien besó a Iván.

En ese punto, decidí que era mejor alejarme de la ventana y concentrarme en la lectura, si es que podía.

Ava

El castigo llegó a su fin tras una charla con mi madre que debí de olvidar a los pocos minutos, tras cruzar la puerta hacia la libertad. Me imagino que estaba completamente emocionada de recuperar las riendas de mi vida social, dispuesta a incumplir su petición: que no volviera a ver a cierto chico. Dicen que cuando se nos prohíbe algo, aquello adquiere de inmediato un aura de atracción especial, pero creo que yo ya estaba perdida respecto a

Hugo, incluso sin esa prohibición.

Vamos a ver, con mis tiernos diecisiete años y atisbando la mayoría de edad en pocos meses, me consideraba una persona madura y sensata. Mis notas eran notables; yo, responsable en cuanto a los deberes en casa y a mi hermana pequeña; no me metía en problemas, y, bueno, sí, quizá me había encaprichado más de la cuenta de Hugo, el peligroso cabecilla de los Kaura, pero yo lo conocía. Sabía que bajo esa coraza había un chico sensible, inteligente, protector, a quien la sociedad trataba injustamente. Y aunque todo aquello era cierto, la realidad se acercaba mucho más a lo que mi madre —sabia ya no solo en edad, sino en experiencia — me quería advertir y yo no quería escuchar.

Aunque en su momento no lo sabía ver, tan solo era una chiquilla perdida en eso que llaman «vida» y en los intensos sentimientos que afloran con el primer amor. Crees que vas a comerte el mundo, que ya lo sabes todo, a pesar de los reveses que te van avisando: el alejamiento de Miriam, la situación de Caleb...

Estaba convencida de que mi madre exageraba. Que sí, incluso yo comprendía quién era él, pero sabía poner límites, podía controlar la situación. Mi madre tan solo empezaba a resultarme asfixiantemente protectora.

Y la dosis de realidad llegó mucho antes de lo que habría podido imaginar. Comenzó en una tarde de principios de octubre.

Caleb no había ido a clase ni había contestado a ninguno de los mensajes en que le preguntaba qué había pasado. Llamé a su casa al regresar del instituto, y su madre me dijo que se había pasado toda la mañana en la cama porque se encontraba mal y que después lo había visto salir; que imaginaba que había ido a verme o a dar una vuelta... no lo sabía.

Colgué el teléfono con una mala sensación en el estómago. La madre de Caleb siempre se hacía la ciega, nunca veía nada extraño ni fuera de lo normal. Permitía el duro trato por parte del padre a Caleb, así que no tuve ninguna duda de que algo malo le había sucedido a mi mejor amigo.

Salí de casa tras avisar de que volvería cuando encontrara a

Caleb, y le escribí un mensaje advirtiéndolo de que iba en su búsqueda, y que, si no quería tenerme vagando horas sin rumbo, lo mejor sería que me dijera dónde estaba.

Comencé a recorrer el pueblo asustada porque no me llegaba su respuesta. ¿Habría vuelto a su casa?, ¿o quizá había dejado el pueblo para pasear por la playa?

Y por fin, me llegó.

Leí el mensaje y giré sobre mis talones.

No tardé en llegar. Lo vislumbré cabizbajo, sentado en las escaleras que llevaban a la gruta, a ese montón de piedras cuya leyenda conocía desde pequeña y siempre me había parecido, en cierto modo, siniestra: ¿qué había de bonito en saber que el alma de aquella joven que había querido salvar al pueblo quedó atrapada para siempre en esa cueva?

Subí los escalones para acercarme a mi mejor amigo, y ni siquiera levantó la mirada, pero no necesité de palabras para apreciar la tristeza que lo acompañaba.

Me senté a su lado y guardé silencio. Lo mejor que se podía hacer en esos casos era esperar a que el otro se abriera y contara lo que le atormentaba.

Los días se volvían notablemente más cortos; no eran aún las ocho de la tarde y el cielo ya se teñía de los colores del anochecer, como si quisiera brindarnos un espectáculo privado a ambos, pues casi no había transeúntes por la calle.

Estaba absorta en el cielo, cuando por fin habló.

—Me ha dejado —susurró—. Ya no quiere saber nada más de mí.

Lo busqué con la mirada y observé su semblante, crispado por un dolor incomprensible para mí, pues iba mucho más allá de la ruptura con Karl. Mucho más.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Caleb me miró; sus oscuros ojos transmitían tristeza.

—Se ha cansado de esperar.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría por la dureza de aquella sencilla frase, e inevitablemente me recorrió un

sentimiento de tristeza al sentir toda la presión y el desconsuelo de mi mejor amigo, que había estado tan ilusionado el último verano. Pero parecía que todo se empeñaba en estropearse, una y otra vez.

Lo abracé y dejé que llorara en mi hombro sin decir nada, porque, en ocasiones, las palabras estorban. Sabía que para Caleb esa relación había sido especial, y que su llanto era por lo que pudo y no llegó a ser, porque él había echado el freno desde el inicio, siempre precavido, y, sí, siempre temeroso. Pero ¿tenía él la culpa?

—¿Qué voy a hacer? —me preguntó, separándose—. Ya no me contesta los mensajes ni responde a las llamadas. Ya es como si no hubiera existido...

—Caleb... —susurré cuando escondió la cabeza entre las rodillas.

—Es porque soy un cobarde. Lo puedes decir. —Me mantuve en silencio, atenta a sus palabras—. Si hubiera tenido el valor suficiente ya habría comprado los billetes para pasar el puente de diciembre con él y se lo habría dicho a mis padres... ¡Claro que se lo habría dicho! Pero hago todo lo contrario: estoy oculto, callado, como las ratas... Soy un puto cobarde.

—Eh, no, no. —Lo obligué a mirarme y le eché una mirada severa—. No hables así de mi mejor amigo.

—¡Por favor, Ava! Si ni siquiera tuve el valor de denunciar la paliza, joder, ¡ni capaz he sido de contar en casa el motivo, cuando es un secreto a voces!

—Caleb...

—No sabes ni qué decirme.

Negué con la cabeza.

—Claro que sé qué decirte, pero ¿me escucharás?, ¿de verdad? ¿O tan solo te quedarás oyendo sin dejar de martirizarte con esos pensamientos tan malos, es decir, sin escuchar?

Caleb tragó saliva, y tras suspirar, asintió.

—El chico que tuvo la sangre fría de enfrentarse a esos cuatro no es ningún cobarde, ¿sabes? ¿Eres consciente de que poca gente habría sabido reaccionar como tú? Si hubiera sido por mí,

habríamos seguido corriendo hasta que nos hubieran pillado, y... a saber qué habría pasado, Caleb. Así que deja de recriminarte algo que no merece esas duras acusaciones. —Sus labios se torcieron en un gesto que sabía interpretar perfectamente, pero continué hablando—: Cada uno necesita su tiempo, y no puedes martirizarte por ello. Karl tiene sus circunstancias, y tú las tuyas. Es lícito que se haya cansado de esperar, ¿sabes? —Un gesto de dolor le recorrió el rostro, y yo busqué sus manos para acunarlas entre las mías—. Él está en otro punto de la historia.

—¿Qué historia?

—La de la vida. —Lo miré con cariño antes de continuar—: Ahora Karl quiere disfrutar de su vida sentimental sin barreras, sin temores, pero está así porque ha recorrido su camino, distinto o no al tuyo, eso solo lo sabe él, pero lo que tienes que entender es que Karl está ahora en otro punto. Y tú estás en este y nadie puede obligarte a acelerarlo. Te pueden ayudar a recorrerlo, pero nunca obligarte. —Guardé silencio—. Así que, sí, es triste que haya decidido dejarte, Caleb, pero tienes que ver que antes que él, estás tú.

—Joder, tal como lo cuentas, suena como si tuviera todo el sentido del mundo —murmuró.

—Porque lo tiene —respondí con una sonrisa tierna.

Caleb también sonrió, aunque algo tristón, y se centró en el paisaje que teníamos delante, una extensión de montañas con luces salpicadas en distintos puntos, pues la noche iba tomando más protagonismo.

—¿Crees que estará bien? —preguntó entonces.

Me encogí de hombros.

—Bueno, acaba de perder al mejor chico que podía tener en su vida...

—No —me interrumpió Caleb—. Me refiero a Miriam.

Miré a mi amigo, que me devolvió el gesto. Hacía tiempo que no hablábamos de ella, incluso cuando le conté lo de la última vez que la había visto.

Suspiré.

—Espero que sí. Su madre llamó el otro día a la mía, y, bueno, no le ocultó su visita a casa para despedirse.

—Es muy fuerte —dijo Caleb, observando de nuevo el paisaje. Hice lo mismo.

—Lo es —asentí—. A veces recuerdo el inicio del verano y todas las cosas que nos prometimos vivir este último año. Resulta tan extraño sentir con normalidad que ella ya no esté aquí...

—Sí, no negaré que lo es. —Entonces compartió un pensamiento que supuse que llevaba tiempo fraguando en su mente—. No sé por qué, pero creo que no volverá.

—¿En el mal sentido? —le pregunté, preocupada.

Entonces fue Caleb el que se encogió de hombros.

—No lo sé.

Hugo

Aquello se estaba yendo de las manos, y no entendía por qué. El chivatazo me lo había dado Jacobo, aquel niño perdido que siguió mis pasos mientras me acercaba a nuestro rincón.

Primero oí las risas, que se acallaron en cuanto me vieron llegar y descubrieron mi dura expresión.

Estaban todos menos Rubén, que hoy se había tenido que quedar más tiempo en las clases nocturnas. Y, aunque todos me miraron con cierta cautela, solo uno fue lo suficientemente gilipollas como para romper el silencio.

Por supuesto, era el gilipollas al que venía buscando.

—¿Qué te pasa con esos aires? —preguntó Rafa, volviéndose hacia mí.

La fogata que tenían encendida tiñó su hosco rostro de duras sombras.

—¿De qué coño vas? —le increpé sin irme por las ramas

mientras me acercaba a él con paso firme y con una intención bien clara.

Todos se levantaron de sus asientos al olerse los problemas. Joder, éramos expertos en adivinarlos.

—¿Qué pasa? —preguntó Abel. Incluso alguno más se hizo eco de aquella pregunta, pero los ignoré.

Rafa tenía toda mi atención, y sabía —joder si lo sabía— a qué me refería con aquella pregunta. Su puta sonrisa, esa que comenzaba a recorrer su chulo rostro, me lo decía.

—Alguien tenía que tomar cartas en el asunto —contestó por fin—. Y ahora parece que tengo que ser yo, ya que tú no tienes los huevos suficientes para hacerlo.

Por supuesto, no quise perder tiempo dialogando con él, así que, sí, llegamos a las manos, o eso intenté, porque los chicos enseguida nos separaron.

—¿Qué pasa, Hugo? ¿¡La verdad escuece!? —me pinchó Rafa mientras intentaba zafarse del agarre de Abel y César.

Mikel e Iván se encargaban de mí mientras que Jacobo se encontraba en medio, observándonos con expresión de asombro.

—¿Qué mierdas pasa, Hugo? —siseó Iván, colocándose frente a mí en un intento de que lo mirara.

—Este gilipollas nos está buscando problemas —respondí al fin, mirando a mi amigo.

—¿«Gilipollas»? —estalló Rafa—. ¿A mí me llamas «gilipollas» cuando dejas que esos niñatos nos marquen?

—El problema aquí...

—El problema aquí es que ya no te importa el grupo. —Rafa se hizo oír por encima de mí—. Ahora tienes puestas tus miras en largarte de aquí sin mirar atrás, pero ¿sabes qué, Hugo? Que aquí nos quedamos unos cuantos. Y nos tenemos que salvar las espaldas.

—¡Ir a buscarlos no os salvará de nada, Rafa! —estallé de nuevo. Sentí las manos de Mikel sujetándome por los brazos—. Lo único que vas a conseguir es que esto nunca termine, o, peor, que alguno acabe peor de lo que estamos.

—No tienes ni puta idea —soltó Rafa.

—Sabes que sí la tengo. —Fue mi respuesta, pero cuando miré al rostro de los demás, supe que ninguno, ni siquiera Iván, estaba conmigo—. ¿Es eso lo que queréis? —les pregunté asombrado—. ¿Estar continuamente enterrados en esta mierda? ¿Alerta? ¿Metiéndoos sin cesar en nuevos problemas?

—No todos tenemos las mismas posibilidades que tú —contestó Abel.

—¿A qué posibilidades te refieres, Abel? —Lo miré con rabia, sabía que todos compartían aquel pensamiento—. ¿A las que me estoy intentando construir sin puto descanso? —Me solté de Iván y Mikel con brusquedad—. No pienso disculparme por ello, como tampoco pienso dejar que me juzguéis, ninguno de vosotros. No tenéis ningún derecho a mirarme así. Yo he comido la misma mierda que todos vosotros, o más, y lo sabéis. No pienso ponerme a enumerar las cosas que he tenido que sufrir... las que he tenido que hacer. Si lo que pretendéis es seguir así... perfecto. —Me retiré unos pasos, alejándome de ellos—. Esta vez no contéis conmigo.

—Hugo... —intervino Iván.

Pero mi dura mirada lo dijo todo. Se calló. Y en el fondo era lo mejor, porque, llegados a este punto, ¿qué? ¿Qué podíamos hacer?

Tenía la certeza de que esta vez no sería como las otras, y me dolía, claro que lo hacía. No lograba entender por qué ellos no luchaban como Rubén y yo estábamos haciendo. Todos veníamos de situaciones duras, algunos más que otros, por supuesto. No todos contaban con un historial como el de Rafa, cuya madre había huido con él de las palizas de su marido; o Jacobo, cuya madre era una yonqui y vivía prácticamente fuera de su casa, con nosotros. Iván, que todavía tenía que ayudar en casa para conseguir algo que llevarse a la boca, recibía con ilusión las cartas de su padre desde la cárcel. Mikel y César tenían las familias más estructuradas del grupo; y Abel, aunque tampoco se abría del todo para desvelar su particular mierda.

A pesar de todo, a mí me quedaba claro que siempre había

opciones. Siempre. Y estaba cansado de escoger las que parecía que nos brindaba nuestro contexto.

Nadie iba a echar por tierra todo el esfuerzo que estaba poniendo para cambiar el rumbo de mi historia.

Nadie.

Ava

—Entonces ¿quieres que te deje otro libro? —pregunté.

—¿A qué viene ese tono divertido?

Hugo volvió la cabeza para mirarme e, inevitablemente, la sonrisa se me hizo más amplia; iba acompañada de un revoltijo en el estómago, cuando me dedicaba esas medias sonrisas que, sí, me derretían.

Aquel chico de pelo negro y ojos azul claro era la personificación de lo atractivo. La determinación con la que movía las manos sobre el lienzo, su porte seguro y sin titubear captaban mi atención sin proponérselo; sus amplios hombros, la mandíbula marcada y el rostro masculino hacían el resto.

Nos encontrábamos en el taller. Al no estar ya castigada, las tardes que podía iba, después del instituto, a verlo trabajar. Por supuesto, había más personas que la primera vez que estuve en el taller, alumnos que impartían clases con Javier, aquel profesor de sonrisa amplia, mirada alegre y pasos desacompasados que arrastraban unos zapatos enormes conforme se acercaba a cada alumno para darle las indicaciones correspondientes.

Aunque había alumnos de diferentes niveles, estaba claro que Hugo tenía un don. Y me alegraba que Javier lo hubiera visto y guiado, marcándole los pasos a seguir hasta llegar a ese punto.

Los colores de la paleta se transformaban en el lienzo de tal modo que me quedaba varios minutos observando cómo lograba

los degradados, cómo manejaba las sombras y conseguía aportar profundidad a la escena.

Estaba trabajando sobre una fotografía que Javier le había dado. En ella aparecía una chica fumando frente a un balcón. El humo del cigarrillo ocultaba parte del rostro, pero discerní sus ojos, que miraban a cámara. Una foto sencilla, ni siquiera me parecía bonita, pero... pero en el cuadro de Hugo me surgía la necesidad de preguntarle qué le sucedía, por qué fumaba casi con desesperación.

Con lo que parecían unos sencillos trazos y pinceladas, Hugo había conferido una atmósfera distinta a aquella anodina foto, y eso —suponía— no lo lograba todo el mundo.

—¿Y bien? —insistió Hugo, sacándome de mi embobamiento con su chica fumadora.

—Es increíble —dije sin responderle a lo que claramente era un reclamo a la lectura—. Parece que tenga vida propia —insistí, señalando la pintura—, que vaya a moverse en cualquier momento. Dan ganas de hablar con ella.

Hugo hizo una mueca burlona.

—A mí me están entrando ganas de echar un cigarrillo.

Arqueé la ceja ante su intento de... no sabía muy bien de qué. ¿Quizá quería quitarse mérito o desviar la atención?

—Entonces, un libro nuevo. ¿Cuál? —Decidí retomar ese asunto, pues debía irme, si quería terminar los deberes y estudiar.

—Tu segundo favorito —respondió él rápidamente.

—¿Mi segundo favorito? —repetí, divertida.

—Sí, me apetece leer acompañado.

Lo miré confundida por su comentario.

—¿«Acompañado»?

Hugo asintió vagamente mientras continuaba regalando rápidas pinceladas al lienzo de un modo que parecía aleatorio.

—Por tus anotaciones, tienes pensamientos peculiarmente curiosos —desveló al tiempo que me buscaba con la mirada.

—¡Oye! —Sentí que me sonrojaba, y, sin querer, le dediqué un gesto de indignación.

—Lo digo como un cumplido —me aclaró él, con la sombra de una sonrisa—. Te fijas en cosas que yo nunca vería, y eso es... muy interesante.

Nuestras miradas se entremezclaron de nuevo, no podía describirlo de otra manera. Al fin y al cabo, todavía éramos dos desconocidos que se querían conocer, descubrir cada uno de los recónditos lados secretos del otro.

—Me lo pensaré —hablé al final.

—¿El libro?

—Si dejártelo —le respondí, arqueando una ceja, y él soltó una divertida carcajada.

Puse los ojos en blanco y empecé a recoger mi mochila y el ejemplar de *Momo* que me había devuelto, con la mala suerte de arrastrar conmigo la mochila entreabierta de Hugo, así que no solo cayó su mochila, sino también la carpeta que tenía dentro y se desparramaron algunos folios; cuando me agaché a recogerlos, descubrí que eran fotografías de tatuajes.

—¿Y esto? —pregunté, curiosa.

Hugo se agachó conmigo para ayudarme. ¿Era normal que sintiera un chispazo cuando sus manos me rozaron? Al menos debería estar un poco acostumbrada a ello, ¿no? No era la primera vez que nos tocábamos...

Alcé la mirada y descubrí a Hugo observándome a una distancia muy poco prudencial, sabiendo que teníamos testigos.

Disimuladamente, retrocedí un poco sin que me pasara desapercibida su sonrisa canalla; imaginé que él era consciente de que yo no quería llamar la atención sobre nosotros, tras los requerimientos que me había hecho mi madre.

—Son fotos de los tatuajes que he hecho —dijo tras sujetar de nuevo la paleta que había dejado sobre el taburete para ayudarme a recoger el lío.

—¿También haces tatuajes? —le pregunté maravillada.

—Bueno, tampoco he hecho tantos, pero es un buen plan B para sacarme algo de dinero cuando esté en la universidad.

Levanté la mirada ante su comentario. ¿Así que tenía pensado

ir a la universidad? Me recriminé esa absurda pregunta. Se estaba sacando el bachillerato de adultos, así que tenía todo el sentido del mundo.

—¿Adónde quieres ir?

Hugo me miró de soslayo, pero no despegó su atención del lienzo. Cuando me contestó, lo hizo sin mirarme, concentrado en su chica del cigarro.

—No lo sé. Ni siquiera sé qué quiero estudiar.

—Creo que eso es algo obvio, ¿no? —contesté, mirando significativamente su trabajo.

Hugo detuvo el pincel a escasos milímetros.

—Que se me dé bien no significa que pueda vivir de ello.

—Entiendo... bueno, no. No lo entiendo —dejé caer, y él me miró de nuevo—. ¿En serio piensas ignorar ese don que tienes?

—No, solo voy a pensar con la cabeza. Está muy bien tener pasiones, pero no te pagan las facturas ni la comida. —Su respuesta fue dura y torcí el gesto al escucharlo.

—No si desde el principio te cortas las alas, por supuesto —le dejé claro, y me crucé de brazos.

Hugo sonrió, pero no era una sonrisa sincera: le faltaba brillo en los ojos.

—No sabes nada, Ava. Tan solo vives en la ilusión de la vida, bajo las gafas de los que nunca habéis tenido un mísero problema.

Arqueé las cejas.

—Deberías dejar de presuponer las circunstancias en las que se encuentran los demás, y, por supuesto, no tratarlos con esa condescendencia.

Iba a añadir algo más, pero quizá no tenía demasiado sentido, así que me eché la mochila al hombro y fui hacia la salida. Había sentido su respuesta como un bofetón y no pensaba dejar que viera el daño que me habían ocasionado sus palabras.

—Oye, espera. —Hugo me retuvo sujetándome por la mochila. Me volví a regañadientes hacia ese par de ojos que habían protagonizado mis sueños en las últimas semanas—. No quería que sonara así, ¿vale? Perdona. —Hugo suspiró al no notar cambio

alguno en mi actitud—. Mira, he tenido algunos problemas con los chicos y estoy especialmente tenso. De verdad, no quería sonar como el gilipollas que he sido.

Asentí, ya algo relajada.

—Está bien, no pasa nada. Todos tenemos un día torcido —acepté, no quería darle más importancia—. ¿Estás bien con los chicos? —añadí.

—Sí, tranquila. Solo son tonterías. Al ver los tatuajes me he acordado de ellos... en fin —se explicó, titubeante—, es a ellos a quienes tatué. Les hice el diseño perfecto a cada uno... fue como un pequeño homenaje a nuestra amistad.

—Qué bonito —sonreí. La curiosidad me picaba, quería ver de nuevo las fotografías y estudiarlas con la nueva perspectiva que me daba ese dato—. ¿Y tú no tienes ningún tatuaje?

Una divertida sonrisa asomó, y los calores me subieron en cuanto volvió a hablar:

—Sabes de sobra que no.

Miré alrededor, alarmada de que alguien —alumno o el mismísimo Javier— hubiera oído su insinuación. Y esa vergüenza vino acompañada de *flashbacks* muy nítidos de las cosas que habíamos hecho en aquel sitio.

—Me encanta cuando te sonrojas, ¿sabes? —Hugo se inclinó levemente sobre mí para que sus palabras solo llegaran a mis oídos. Su mirada me recorrió con ese brillo divertido (y, sí, pervertido) que ahora provocaba de un modo muy preocupante a mi joven corazón—. Daría lo que fuera por entrar en tu mente ahora mismo y averiguar qué estás pensando.

Retrocedí un paso para poner distancia e impedir que me diera un sofoco ante la intimidad que de pronto había creado.

—Vuélveme a hablar de tus tatuajes —le pedí con la voz contenida.

Hugo me dedicó una amplia sonrisa.

—¿Y eso?

—Es: eso, o huyo.

Ante mi franca contestación, se rio de nuevo. Me resultó raro

que, en todos esos años viéndole en la lejanía, nunca lo había imaginado como una de las personas que se ríen con tanta facilidad, sin reservas.

—Yo no tengo tatuajes porque considero que, cuando me haga uno, tiene que significar algo.

—¿Algo importante?

—Algo mío.

Fue curioso, porque esas palabras no eran muy distintas a las que había dicho mi madre hacía un tiempo; ahora, la que sonrió fui yo.

—¿Quieres decir que los otros tatuajes no son importantes? —lo pinché.

Hugo ladeó la cabeza.

—No todos. Iván le ha cogido el gusto y no para de pedirme cosas un tanto incongruentes, pero, ignorando su caso, sí, diría que todos tienen en su piel algo que los identifica. Parte de su historia, de nuestra... amistad.

Asentí lentamente, como si reflexionara sobre sus palabras, pero en realidad observaba esa tristeza que parecía querer salir a flote.

¿Qué le había pasado con los chicos? Me habría gustado preguntárselo, pero opté por la prudencia. Al fin y al cabo, no me lo había contado, y ¿quién era yo para preguntárselo?

Tiempo después consideré que, si lo hubiera hecho, quizá Hugo se habría abierto un poco, y todo... todo habría sido diferente.

Sin embargo, me obligué a alejar esos pensamientos y dejar a un lado aquella acuciante sensación, como quien ve las nubes de la tormenta en el horizonte y tan solo admira el olor a petricor mientras tiende la ropa recién lavada.

Así pues, volví a hablar de los tatuajes.

—Seguro que algún día lo encuentras, Hugo —afirmé al fin.

—No tengo prisa. Dicen que lo bueno se hace esperar.

Me sonrió con esa sombra de picardía que me provocaba, y quise acortar la distancia entre ambos para besarlo, pero se volvió

hacia su lienzo. Entonces recordé que era momento de irme.

—En fin, me voy a casa, pero ¿saldrás por Halloween? —quise saber.

—¿Qué pasa en Halloween? —Arqueó una ceja, intrigado.

—Seguramente se hará alguna fiesta con hogueras y demás... —Me encogí de hombros.

—¿Tú no vas? —inquirió.

—No suelo ir, prefiero quedarme en casa viendo una peli de terror. —Sonreí encantada, y juro que me picó la lengua por invitarle, pero sospechaba que a mi madre no le parecería buena idea.

—Entonces ¿cómo te voy a ver? —preguntó divertido.

—Algo se nos ocurrirá.

Y sin darle tiempo a añadir más, me puse de puntillas para besarlo suavemente en la mejilla antes de salir del taller.

Hugo

Me di cuenta de que empezaba a quererla cuando no hubo ni un solo día que no quisiera verla; estaba pendiente de cada sonido de mi escacharrado móvil por si recibía un mensaje suyo. Lo esperaba como un yonqui a su camello, y cuando llegaba, por absurdo que pareciera, joder, se sentía como un subidón, como un pico de la mierda más pura.

Buscaba hacerla sonreír constantemente, incluso me había sorprendido queriendo contar cada una de las pecas que recorrían su piel. No había tema que no pudiera hablar con ella, siempre aportaba una nueva perspectiva a todo, y eso me parecía fascinante. Nunca me había encontrado a alguien cuya alma hiciera vibrar la mía, y eso —tal como me susurraba una voz interior— era peligroso. Mucho.

Los pocos momentos que habíamos compartido a solas se habían convertido en una tortura, pues, aunque le robaba alguna caricia o un beso, no podía ir más allá y dejarnos llevar. No podía o, más bien, no quería. No quería acabar follando como animales contra una pared cualquiera, y no era por falta de ganas.

Juraba que mi polla respondía con vida propia con tan solo verla en la lejanía, así que, cuando me dedicaba su sonrisa, me besaba de forma juguetona o conseguía sacarle un contenido jadeo con el simple roce de mis caderas, sentía que iba a explotar. Me sentía como un jodido quinceañero, pero, a pesar de ello, no quería que fuera de cualquier forma.

Quería que fuera... especial, y joder, ¿eso no significaba algo? En mi vida me había importado ese tipo de gilipolleces. Sin ir más lejos, yo había perdido la virginidad con una tía dos años mayor que yo cuando tenía quince en un baño de mala muerte y ni siquiera me acordaba de su cara. Sí, nunca me había importado. Siempre lo había considerado algo únicamente físico. Y, hostia, comenzaba a sentir que me tendría que tragar mis palabras...

¿Estaba enamorado de aquella pelirroja?

Hasta las jodidas trancas.

¿Y eso era posible? Sentía que nos empezábamos a conocer, y, a la vez, que la conocía de siempre.

Todavía no lo sabía, pero el tiempo me colocaría en mi lugar, demostrándome una y otra vez que, en cuanto a sentimientos, la cordura racional era imposible.

Mi mirada se dirigió con vida propia hacia ella, porque, a pesar de la cantidad de gente, la localizaba en segundos: una nueva habilidad que había adquirido.

Sí, hasta ese punto me tenía.

—¿Y esa sonrisa que tienes de *agilipollao*? —preguntó Iván mientras me echaba toda la humareda de su cigarrillo para llamar mi atención.

Lo fulminé con la mirada por su gesto, y me dedicó una sonrisilla de disculpa que no era nada real.

Aquella noche nos encontrábamos en el aparcamiento del

Mandala; sin embargo, no estábamos todos. Desde el enfrentamiento con Rafa, la situación se había tensado, así que solo contaba con la compañía de Rubén, Iván y César, pero, por triste que pareciera, ya no me importaba. Si no entendían que lo que les había dicho era por su propio bien, no me quitarían el sueño.

Así que esa noche, y contra todo pronóstico, Rubén había propuesto ir a la fiesta temática de Halloween en la discoteca más famosa del pueblo y como sabía que nos lo pedía para divertirnos sin más, no pude negarme, sobre todo cuando recordé que cierta pelirroja también acudiría con sus amigos, aunque al ser menores solo se quedaran pululando por fuera.

—Debe de ser la que tengo —dije, arqueando una ceja, a Iván, que seguía con su sonrisa divertida.

—Ya, claro. No sé por qué, pero me da que estás mirando algo que te interesa mucho, ¿no?

Rubén y César se rieron por mi cambio de semblante.

—¿Qué? —preguntó Iván ante mi gesto de mosqueo—, ¿tenemos debilidades, Hugo?

—Vete a tomar por culo —le contesté, y dejé de prestarle atención para dársela a quien realmente me interesaba.

Ava se reía de algún comentario que había hecho Caleb, quien —como ella misma me había contado— ya no sonreía del mismo modo. Decía que seguía sin ser completamente él, que se había cerrado y no quería hablar más de aquel episodio; no obstante, ella estaba convencida de que la situación que tenía en casa era lo que más estaba minando a su amigo.

Había varias personas disfrazadas, y Ava no iba a ser menos. Observé de nuevo su peculiar disfraz; entre los típicos Dráculas, los vaqueros zombis, las brujas e incluso alguna momia, destacaba ella, que iba de hada. La corona de flores en un tono rosa palo destacaba en su melena, también gracias a las hojas verdes y las diminutas flores blancas que le rodeaban la cabeza, incluso vi alguna perdida entre su largo pelo, quizá fuera un descuido suyo. Según parecía, el detalle de la cabeza iba acompañado de un

vestido de color verde, pero quedaba bastante oculto bajo el abrigo que llevaba. Sí que destacaban las alas, que colgaban en su espalda y le aportaban un toque cómico y tierno a la vez, pues se la veía preocupada porque nadie se las estropeara.

Estaba con su grupo de amigos, entre los que distinguí a su ex rubio —a quien ya había pillado en varias ocasiones lanzándole miradas— y el supuesto nuevo ligue del ex.

—Oye, ¿entramos de una vez? —propuso César—. Se me están congelando las pelotas y me apetece un poco de acción.

—Sí, me parece un buen plan. He visto a un grupo de enfermeras asesinas que no podemos pasar por alto —se animó Iván.

Lo miré con disimulo. No le había dicho que había sido testigo del encuentro entre él y Raquel, ni siquiera lo había hablado con ella. Claramente, el tema era lo bastante complicado como para enredarlo más mediante preguntas, a pesar de que, por el último comentario de Iván, parecía que las cosas continuaban como siempre.

Dejamos atrás nuestro coche con las litronas de cerveza y nos dirigimos a la puerta, por tanto, íbamos a pasar frente al grupo de Ava y compañía. Sin poder evitarlo, la busqué con la mirada, y una sensación jodidamente agradable se me instauró en el pecho cuando descubrí que la suya, de marinos ojos, estaba fija en mí.

Desvié la mirada para coger el móvil. Mis dedos se movieron solos al escribirle un mensaje. Fue sencillo y corto: si no la veía dentro porque al final no se podían colar, la vería fuera.

Ava

Conseguimos entrar. Lo hicimos, y ni siquiera nos lo creíamos. Habíamos seguido la táctica propuesta por Adrián y había salido

bien. Nos habíamos dividido en grupos de tres o cuatro como mucho; en cada uno, la mayoría éramos chicas, por lo que no nos habían pedido en ningún momento el DNI, tan solo pagar la entrada.

Estaba tomando mi segunda copa —que te regalaban al pagar la entrada, y bailaba con las chicas la canción que sonaba, esa de Rihanna en la que pedía ayuda en el estribillo. Y mientras me reía con las chicas con nuestros pasos improvisados y contoneos de caderas, entendía a la perfección todas las estrofas de aquella animada canción: realmente sentía que esa noche iba a perder la cabeza, y no precisamente por el alcohol, sino por aquel chico de mirada penetrante que me observaba con detenimiento desde la distancia.

Hugo se encontraba a varios metros de mí; de hecho, yo estaba en la pista central y él en una de las barras situada en la parte izquierda de la discoteca. No se hallaba cerca, no, además, el local se había llenado a reventar; aun así, me resultaba demasiado excitante sentir su mirada sobre mi piel, sobre todo cuando, más atrevida, hacía algún movimiento sensual.

Él, en la distancia, simulaba estar pendiente de la conversación de sus amigos; sin embargo, absorbía cada uno de mis movimientos con tal concentración que me hacía sentir poderosa. Y más aún cuando —no una ni dos, sino varias veces— algunas chicas se le acercaban para llamar su atención. Pero él solo parecía tener ojos para mí.

Por supuesto, algunas tan solo bailaban cerca, intentando situarse en su campo visual, pero otras, mucho más osadas, iban directas a entablar una conversación que yo imaginaba repleta de insinuaciones, como la de algunos de los chicos que se aproximaban a mí y que yo declinaba.

—Joder, Ava, ese disfraz de hada es toda una revolución —comentó, divertida, Claudia cuando otro chaval entendió que no le prestaría ninguna atención por mucho que bailara a mi lado.

Las chicas se rieron cuando me encogí de hombros, todas menos Tamara, pero ya estaba acostumbrada a su tensión cuando

me encontraba cerca de ella. Relacionaba esa tensión con las palabras de Miriam la noche que vino a despedirse.

¿Era entonces verdad que tonteaba con Fran?

—¡Señoritas, un baile! —gritó Adrián, y de un salto estuvo en el centro de nuestro pequeño círculo.

Todas nos reímos, sobre todo cuando se puso a contonear la cadera de manera exagerada, pero dejé de mirarlo cuando noté que alguien me tironeaba de las alas.

Me volví en un movimiento rápido, con miedo a que me las rompieran, y descubrí a Fran, que me dedicó una tímida sonrisa.

—Quería saber de qué eran. Molan mucho —señaló, haciéndose oír por encima de la música.

Sonreí, estaba contenta de que no se tratara de ningún tonto que quisiera estropeármelas, y dejé de mirarlo para observar a los chicos, que se habían reunido con nosotras.

—¿Caleb? —pregunté extrañada.

—Está ahí, hablando con no sé quién —me contestó Enrique mientras señalaba un lugar concreto.

Me sorprendí al ver que Caleb hablaba relajadamente con otro chico.

—Es un amigo de la familia o algo así, nos ha dicho. Ya sabes cómo es Caleb, conoce a todo el mundo.

Asentí ante la explicación, especialmente contenta porque él utilizaba esa excusa para hablar con otros chicos sin que los demás descubrieran sus intenciones reales.

—Ah, sí, me suena —asentí con una sonrisa—. Voy a saludar, y aprovecho para ir al baño —comenté antes de alejarme sin dar pie a que alguien se me uniera.

No tenía intención de interrumpir lo que fuera que Caleb se trajera entre manos. Era muy buena señal que se atreviera a hablar con algún chico, pasara o no pasara nada; así que no me arriesgaría a estropearlo.

Mi intención era otra. Perdiéndome entre la gente que bailaba y disfrutaba de la noche, me dirigí a la parte más alejada de la pista de baile; entonces tiró de mí con suavidad para arrastrarme

con él a un rincón oscuro. Mis favoritos.

Sonreí contra sus labios en cuanto entraron en contacto.

—Hola —susurré—. Te noto ansioso —dije, divertida.

Hugo me apretó el culo, provocándome un rebote que lo hizo sonreír.

—Te has preocupado de provocarlo —respondió él.

—No sé de qué hablas —le dije, sin poder contener mi sonrisa, encantada de estar entre sus brazos.

—Interesante disfraz —señaló, y tocó la corona sobre mi cabeza.

—¿No te gusta? —pregunté, sorprendida.

Me miró con picardía.

—Se supone que es Halloween y que el disfraz tiene que dar miedo.

Arrugué la nariz con desagrado; era el típico comentario.

—No me gusta dar miedo. Además, te puedes disfrazar de lo que quieras. Si hubiera ido de bruja, habría ido como la gran mayoría de las chicas.

—Créeme, eso es imposible.

No dijo nada más, pero supe interpretar qué quería decir y mi estómago dio un vuelco. De los deliciosos, de los que solo él me provocaba.

—¿Y tú? ¿De qué vas? —susurré.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—De chico malo, mi especialidad.

Iba a responder, pero Hugo acortó más las distancias y me besó arrastrando a la nada cualquier otra cosa que no fuera el placer de aquel beso que comenzó lento, como si se deleitara del roce de nuestros labios, del contacto y suave baile de nuestras lenguas, y se me erizó todo el cuerpo en cuanto con la mano me empezó a acariciar la piel.

Cuando se aventuró por debajo de mi falda y yo jugueteé con la calidez de la piel de su estómago, el ritmo del beso se volvió más frenético, como nuestros pulsos.

Me sujeté con fuerza de uno de sus brazos cuando,

casualmente, con un dedo trazó una rápida caricia sobre la tela de mi ropa interior, la cual sentía completamente húmeda. Un jadeo involuntario se me escapó entre los labios, que no importó mucho, pues la música estaba muy alta, pero mis caderas buscaron de nuevo ese toque moviéndose contra él, y cuando volvió a acariciarme del mismo modo pero mucho más contundente, corté el beso.

—Vámonos de aquí —le pedí en un susurro.

Hugo me estudió.

—¿Estás segura?

Sabía a qué se refería, pero eso era lo que quería. Lo quería a él, completa y sencillamente a él. Quería estar a solas, sin interrupciones, dedicándonos el tiempo que quisiéramos, deleitándonos con nuestros cuerpos. Descubriéndonos.

Asentí, y Hugo no necesitó más.

—Tengo las llaves aquí mismo. Solo déjame avisar...

—Entonces ¿es cierto?

Ambos nos giramos al oír a un nuevo integrante en escena: Fran, que, boquiabierto, nos miraba. Por su expresión, supe que había visto más que suficiente. Fue como si nos hubieran lanzado un cubo de agua fría, congelada.

—Fran... —comencé tras separarme de Hugo y dando un paso hacia él.

Mi exnovio negó con la cabeza y mantuvo la distancia, como impidiéndome, con el gesto, que me acercara, pero no se fue. Buscó explicaciones:

—¿Es verdad lo que decía Miriam? ¿Que estabais liados incluso cuando estábamos juntos?

A pesar de que la música estaba muy alta y aunque él intentaba mantener el tipo y la expresión neutra en el rostro, noté que se le rompía la voz.

—Fran, yo...

—Contesta —me exigió, cortándome de nuevo.

—No le hables así —intervino Hugo en un amago de colocarse delante de mí.

Pero yo se lo impedí y me acerqué a Fran, que esta vez no se movió.

—Tú no te metas —le contestó este a Hugo.

Y aprecié la rabia en su rostro, cómo la tensión le recorría todo el cuerpo.

Nunca lo había visto así.

—Me meteré donde me dé la puta gana, chaval.

La respuesta de Hugo me puso en alerta, y tuve que despegar la vista de los ojos de Fran para observarlo a él. Parecía tranquilo, pero su mirada lo delataba. No le gustaba la actitud de Fran, y aquello me asustaba.

—Por favor —volví a hablar, captando nuevamente la atención de ambos. Me volví hacia el rubio—. Lo siento, Fran, no quiero hacerte daño, pero ahora estoy con Hugo.

—No es lo que te he preguntado, Ava —respondió mi ex.

Podía hacer dos cosas. Una de ellas era seguir como hasta entonces: mentir y fingir que lo de Hugo acababa de suceder, que no cargábamos unos meses a nuestras espaldas. Quizá no solo habría sido la forma más fácil, sino la menos dolorosa, pero decidí ser sincera.

—Lo siento. No lo hice para causarte daño... no pude evitarlo, y aunque intenté alejarme, no salió bien. Así que, ante tu pregunta, sí —confesé.

Una expresión de dolor atravesó el rostro de aquel chico por el que había suspirado durante años; pero rápidamente fue sustituida por la cólera.

—¿En serio? ¿¡Lo sientes!? —habló con la voz contenida—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Me engañaste, y todo lo que sueltas es que lo sientes, que no pudiste evitarlo?

Guardé silencio; aceptaba toda la furia, pues sabía que no me había portado bien con él.

Ante mi silencio, el enfado de Fran aumentó. Buscaba alguna reacción en mí, no estaba satisfecho con mi expresión de culpabilidad, y el hecho de que yo estuviera callada no saciaba su enfado.

—Que te jodan —dijo entonces.

Hugo volvió a adelantarme, pero esta vez mucho más rápido, tanto que no pude detenerlo. Alcanzó a Fran, que parecía encantado de que fuera a por él, pero su expresión cambió en cuanto Hugo lo arrinconó contra una pared con un duro golpe.

—Hugo, no —le pedí al acercarme a ambos.

—Retíralo —gruñó Hugo, ignorándome.

—Que os jodan a los dos —repitió Fran mientras intentaba soltarse.

—¿Sí? ¿Eso es lo que quieres? —Hugo ladeó la cabeza con una mirada divertida que me puso los pelos de punta. Aquella situación se nos iba de las manos. Nerviosa, barajé la idea de buscar ayuda; sin embargo, cuando Hugo volvió a hablar, me quedé congelada en el sitio—. ¿No es un poco hipócrita montar toda esta escena sabiendo que cuando empezasteis la relación tú te estabas follando a la que ahora es tu novia? ¿O esa parte la suprimimos de la historia?

Abrí lo ojos como platos. ¿Fran y Tamara eran novios oficiales? La expresión helada de Fran me dijo que todo aquello era cierto, que lo que Miriam me había contado era más real de lo que había supuesto. Pero lo más fuerte de todo era que Hugo lo sabía. ¿Por qué lo sabía? ¿Y no me había dicho nada?

—¿Qué pasa, chaval? Esa parte mejor te la guardas para ti, ¿cierto? —insistió Hugo.

Y, con un rápido movimiento, se separó de Fran, como si se lo hubiera sacudido de encima. Cuando mi ex habló, solo me miró a mí.

—Todavía no éramos novios. Y, joder, no me la follé... tan solo nos dimos unos cuantos besos tontos. Tamara llevaba todo el verano buscándome, y tú, de pronto, parecías distante. Esperaba que en el juego de las tinieblas todo se solucionara, pero fue ella la que me buscó y se encerró conmigo...

—Está bien —lo interrumpí.

No quería conocer más detalles, y ahora entendía otros, como la extraña actitud de Tamara cuando yo me encontraba cerca.

Suspiré, era consciente de la surrealista situación. Yo, con mi disfraz de hada, frente a esos dos chicos no disfrazados que me estudiaban, atentos a mis próximas palabras. Pero me sorprendí cuando Fran tomó la iniciativa.

Se separó de Hugo y se dirigió hacia mí.

—Ava, eres una chica lista. Él no es de los buenos, es mucho mayor que tú y se está aprovechando de la situación. Deja de...

—¿Quieres hacernos el favor a todos de pirarte y dejar de arrastrarte más? —habló entonces Hugo, en un tono de voz congelado, tenso, y taladrando con la mirada a Fran, que se cuadró de hombros.

Este me miró de nuevo, con determinación.

—Vente conmigo, Ava —me pidió, y me sorprendí—. Deja los problemas atrás. Te arrastrarán con ellos y...

—Te he dicho que te largues. —Hugo nos sobresaltó a ambos, apartándolo de mi lado con un fuerte empujón—. Déjala en paz.

Se acercó a Fran y supe qué vendría a continuación, así que actué.

—Se acabó. —Sujeté por la camiseta negra a Hugo, que se quedó congelado al notar mi agarre—. Para ya.

Hugo se volvió hacia mí.

—¿Me estás diciendo...?

—Que pares. Que dejes de meterte en esto —hablé con voz firme—. No quiero más problemas.

—Ava. —Me llamaba Fran.

—Vuelve con los demás —le respondí—. Yo voy ahora.

Esta vez Fran me hizo caso; tras lanzar una mirada a Hugo, se alejó para dejarnos solos.

Hugo rompió el silencio mientras observaba cómo yo recogía las alas que, con habilidad, me había quitado él mismo minutos antes para arrinconarme contra la pared sin romperlas.

—Entonces ¿te vas con ellos? —quiso saber.

Las oleadas de cabreo que emanaba eran muy evidentes.

Asentí sin querer establecer contacto visual con él, y simulé que me cercioraba de que las estúpidas alas no se hubieran roto.

De pronto sentí un nudo en la garganta difícil de ignorar.

—¿Así, sin más? —insistió.

Noté su sorpresa. Con la mirada, busqué la suya.

Su expresión era tensa, aún se discernía la sombra del enfado que había mostrado hacía unos instantes.

—Vuelvo con mis amigos, no con Fran —le aclaré.

Sin embargo, no se dio por vencido.

—Hace un momento, antes de que ese gilipollas nos interrumpiera, ibas a venir conmigo. —Cuadró la mandíbula.

—Creo que la noche no puede dar más de sí, Hugo —contesté —. Voy a buscar a Caleb y me marcho a casa. Es lo mejor.

—Lo mejor... —repitió Hugo—. Esto es increíble. Viene el gilipollas ese, y ya no quieres...

—No —lo interrumpí—. Ya no me quiero ir contigo. No me ha gustado tu actitud.

—Mi actitud... —repitió. La sorpresa recorría su rostro.

—Sí, tu actitud.

—Te estaba hablando fatal.

Hice una mueca ante sus palabras.

—Sé defenderme sola, y Fran estaba dolido. Tú mismo lo has podido ver. —Me resultaba incomprensible que no lo viera, que no entendiera la situación de Fran; que, en esta historia, él no era el malo.

—No parecía tan dolido mientras se follaba a la otra, ahí no tenía problema —soltó con rabia.

Negué con la cabeza.

—Creo que ha sido sincero con sus palabras.

—Claro, lo crees. —Casi escupió esas palabras. Aun así, sabía que estaba conteniéndose.

—Sí. No tengo por qué dudar de él, no es él quien ha estado mintiendo.

Sus ojos azules se abrieron; claramente, mi último comentario le había dolido.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no solo va por ti? — La tensión y el asombro asomaron en su expresión, a pesar de sus

intentos por controlarlo.

—Podrías habérmelo contado. Si lo sabías, podrías habérmelo dicho. —Finalmente solté lo que me carcomía.

—¿Es que acaso importa?

Lo miré sin comprender su actitud. ¿Cómo que si importaba?

—Es increíble que me digas eso. Claro que importa. Si yo supiera algo así, te lo diría.

Un brillo centelleó en los ojos de Hugo, que no tardó en responderme en su tono de voz más duro.

—Entonces el rubiales te importa —asintió bruscamente—. Perfecto. Ve con él entonces, Ava. —Señaló la dirección por donde Fran había desaparecido—. Cúrale las heridas. No tengo tiempo para esta mierda.

—No voy a curar las heridas a nadie... —le indiqué, afectada por su actitud.

—Déjame decirte que no es lo que parece, cuando me has pedido que dejara de meterme en esto.

El tono de su voz al repetir mis palabras me dejó claro que estaba dolido, pero yo también. ¿Por qué se comportaba así? ¿No comprendía que para mí no resultaba fácil ni agradable? El hecho de que Fran lo supiera lo ponía todo en peligro. Además, me dolía que Hugo hubiera guardado tal secreto. Bastantes había ya entre nosotros como para añadir cosas que me atañían a mí.

Pretendía hablar de nuevo, pero él suspiró mientras retrocedía varios pasos, alejándose.

—Está bien, si es lo que quieres... Nunca me han ido las chiquilladas, Ava. No voy a empezar ahora.

Sentí sus palabras como un puñal en las entrañas. El nudo de la garganta volvió a punzarme, arañándome brutalmente sin piedad. Lo miré a los ojos, pero sabía que no podría aguantarlo mucho más. No sin desmoronarme.

Desvié la mirada y, dándole la espalda, me alejé entre la gente.

Hugo

No la seguí. Sin dudarlo, dejé que se fuera, sintiendo cómo me bullía la sangre por el cabreo que llevaba. Finalmente tomé mi camino y, a pesar de que intenté evitarlo, tuve la puta mala suerte de pasar frente a su grupo; noté la mirada de uno de los integrantes, pero no me molesté en hacerle caso.

Crucé la pista de baile esquivando a gilipollas y pesadas que intentaron llamar mi atención, y llegué hasta los chicos.

Gruñí cuando César arqueó las cejas como gesto de interrogación, pero Rubén pronunció las palabras que el otro evitaba soltar:

—¿Problemas en el paraíso? —Probó suerte, y yo lo fulminé con la mirada al tiempo que le arrebataba la cerveza.

—Parece que sí. Joder, qué complicadas son las mujeres —añadió César.

Ignoré sus comentarios, la mala leche aún me carcomía. Recorrí con la mirada alrededor de nosotros.

—¿Iván?

—¿Tú dónde crees? —Rubén arqueó la ceja para dejarme bien claro qué se traía entre manos o, más bien, entre las piernas.

—Pues no pienso esperar hasta que termine de follar a la del turno de esta noche —gruñí mientras buscaba las llaves. Necesitaba salir de allí.

No sabía cómo reaccionaría si la veía salir del local con aquel gilipollas, y lo último que necesitaba ahora era tener problemas. Casi la había liado cuando aquel niñato...

—¡Ey! ¿Cómo que no me esperas? —me preguntó Iván, que hizo acto de presencia golpeando mi espalda—. Un poco de compañerismo, tío, no tengo la culpa de que sea el único capaz de mojar el churro, panda de inútiles.

Me aparté su mano de un manotazo.

—No tengo tiempo para tus idioteces, Iván —le solté,

sorprendiéndolo.

—¿A ti qué coño te pasa? ¿Te la ha picado un pollo? —preguntó él, ofendido.

Me volví hacia él completamente cabreado.

—Basta, chicos. Parad. El segurata nos está mirando —intervino Rubén, cauto.

—Díselo a este —comenzó Iván sin desviar su mirada de oscuros ojos de la mía—. Últimamente estás insoportable, tío. No hay quien te entienda.

Me reí sarcásticamente.

—¿Y me dices eso a mí? —Señalé con furia hacia la pista, a ningún lugar en concreto y a todos en general—. ¿De qué vas, con tanta palabrería a Raquel, si luego te follas lo primero que se te pone delante?

—Chicos... —dijo César, pero ninguno le hizo caso.

Iván dibujó una mueca de decepción en el rostro.

—Cómeme la polla, Hugo.

—Creo que ya estás más que servido en ese punto.

Iván me sujetó por la camiseta acercándome a él, aunque sabía que no iría a más. No si no quería meternos en un buen lío.

—Que tengas problemas con la pelirroja no te permite hablar de cosas de las que no tienes ni puta idea —me susurró, y luego me soltó—. Al final tendré que dar la razón a Rafa. Estás cambiando, y, aunque no lo creas, no para bien.

Sin añadir más, nos dio la espalda para alejarse entre el bullicio.

Levanté la mirada hacia César y Rubén, que me estudiaban cautos.

—Quien quiera irse, que me siga. Ya he tenido noche suficiente.

Ava

Cuando llegué a casa, cerré la puerta con cuidado y apoyé la cabeza sobre la fría superficie en un intento de controlar la respiración. Ahora que no tenía a nadie delante, las ganas de llorar me oprimían, y es que me parecía increíble que la noche se hubiera estropeado de ese modo.

De pronto oí un ruido a mis espaldas y, sorprendida, me giré en la oscuridad de mi casa. Se me había disparado el pulso, pero enseguida descubrí que no estaba sola.

—Mamá, ¿qué haces? ¿Estás bien?

En el sofá, con el móvil en la mano, se encontraba mi madre, que también se asustó cuando hablé.

—¡Oh, Dios! Ava —dijo, llevándose una mano al pecho mientras yo encendía la lamparita de al lado del sofá—. No te había oído entrar.

—¿No podías dormir? —le pregunté inquieta mientras ella dejaba el móvil sobre la mesita frente al sofá.

—Me iba justo ahora. Acabo de apagar la luz. —La miré extrañada por su explicación, pero mi madre centró rápidamente la atención en mí—. ¿Y tú? Has vuelto muy pronto. ¿Estás bien?

Iba a mentirle, a afirmar que estaba estupendamente, pero el ardor en la garganta me lo impidió. Además, las lágrimas retomaron protagonismo en cuanto, de nuevo, lo recordé todo.

—Ava... —Mi madre abrió los brazos y me refugié en ellos—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Si fuera verdad, no creo que estuvieras llorando, cielo.

—Prefiero no hablar de ello —hipé.

Ella me acarició la espalda y poco a poco pude tranquilizarme, envuelta en su olor y su calor.

Su móvil se encendió, como anunciando la llegada de un mensaje, pero ella tan solo lo puso bocabajo y siguió pendiente de mí, acunándome. Al principio dejé que saliera todo, esa mezcla de tristeza y rabia, pues lo que había prometido ser una noche

especial se había truncado completamente. Y esas últimas palabras de Hugo... esas habían escocido mucho, en especial cuando lo vi marcharse sin mirar atrás.

—Cielo, ¿seguro que no lo quieres hablar? ¿Has discutido con alguien? —tanteó mi madre cuando notó que mi llanto se había serenado.

—Es una tontería, de verdad —dije al tiempo que me separaba de ella y sentía su escrutadora mirada sobre mí. Fui incapaz de mirarla.

—¿Qué hacéis aquí las dos? —preguntó de pronto una pelirroja maraña de pelos; debajo estaba mi hermana.

—¿Te hemos despertado? —quiso saber mi madre.

Grace negó con la cabeza sacudiendo sus rizos, y fue hacia el sofá. Cuando se dejó caer bruscamente, me quejé.

—Estaba leyendo, pero he oído cuchicheos y he venido a cotillear.

—Parece que esta noche nadie duerme —comentó mi madre mientras nos acomodábamos en el sofá para dejarle espacio.

—¿Y qué hacíais cuchicheando? —preguntó Grace.

—Nada en especial —le respondió mi madre, que se inclinó para alcanzar el mando del televisor—. ¿Os apetece que veamos una película?

—Pero escojo yo —canturreó Grace, demasiado emocionada para las horas que eran.

Miré de soslayo a mi madre, y cuando me pilló observándola, me dedicó una de sus dulces sonrisas; sin embargo, esta vez vislumbré algo que no supe identificar. No era como siempre. Quizá porque estaba demasiado centrada en mi propio dolor, fui incapaz de interpretar que también a ella la empañaba la tristeza. Una tristeza muy similar a la mía.

Noviembre de 2011

Hugo

Estaba en el taller. Era miércoles, o jueves. Sinceramente, no tenía ni puta idea de en qué día me encontraba, tan solo me quedaba absorto en lo que tenía entre manos. ¿Ahora mismo?, una llave cuadrada con la que ajustaba el tensor del coche que estaba arreglando para cambiarle la correa de distribución.

Esa tarde no teníamos acceso al taller de pintura porque había una clase especial de escultura, así que había ido a echar unas horas extras; el dinero nunca venía mal.

A pesar de portar guantes, llevaba grasa incluso en las cejas, y el murmullo constante de la radio me estaba poniendo de mala leche, sobre todo porque no encontraba la puñetera llave Allen.

Salí de las tripas del coche para que Rubén, que estaba cambiando una batería, me oyera.

—¿Tienes tú la llave Allen? —le pregunté, captando su atención.

Rubén se volvió y, arqueando una ceja, miró hacia mis pies. Maldije al descubrir allí la escurridiza herramienta.

—¿Estás bien? Llevas un día de perros.

Oí la pregunta, pero me había vuelto a concentrar en el coche. No tenía ganas de cháchara.

Sin embargo, Rubén no se dio por vencido; se puso a mi lado, bajo el coche que teníamos sobre nuestras cabezas.

—Venga, tío. Sabes que puedes hablar conmigo.

—No tengo nada que decir.

—No has vuelto a hablar con ella, ¿cierto?

Me jodía que no fuera necesario especificar quién era «ella». ¿Cuándo había sucedido eso en mi vida?, ¿que todo girara en torno a una única «ella»?

—Mira... quizá sea lo mejor —continuó Rubén. Y al oír aquellas cinco palabras, detuve las manos—. No quiero ser el malo de la historia, ese que evidencia la situación, pero, joder, Hugo, pertenecéis a dos mundos completamente distintos. Y, sí, suena a cliché barato, pero por algo es así. La misma vieja historia que

nunca termina bien. Ahórrate el disgusto y pon tierra de por medio.

Me tensé, pues sabía a qué se refería. Lo miré y asintió.

—Sí, también ha hablado conmigo Javier.

—¿Y?

—Me parece lo mejor que se puede hacer. Era lo que buscábamos, la oportunidad que queríamos.

—¿Y los demás? ¿Los dejamos atrás?

El semblante de Rubén se tensó, mostraba una mezcla de culpabilidad y resignación. Acabó encogiéndose de hombros.

—Como tú siempre has dicho, todos tenemos derecho a escoger nuestro camino.

Hice una mueca.

—¿En serio?

—Joder, Hugo. ¿Ves como no hay quien te entienda? Sabes tan bien como yo que Javier ha movido muchos hilos y que, en realidad, esto no lo está haciendo por mí, sino por ti. ¿En serio que ahora te echarás atrás?

Maldije.

Dejé caer la llave Allen sin cuidado, me saqué los guantes llenos de grasa y fui a la neverita que había al fondo del taller, dispuesto a sacar una botella de agua. Por supuesto, estaba vacía, y la cerré malhumorado.

Fui a la salida del taller, notaba que Rubén me observaba desde el mismo sitio donde lo había dejado.

—¿Adónde vas? —oí a mi espalda cuando pasé frente a él.

—Voy a comprar agua —le contesté mientras me encendía un cigarrillo; esperaba que el paseo disipara todo el jaleo que me arrastraba.

Ava

Estábamos en el pueblo ultimando algunas compras mientras hacíamos tiempo para recoger a Grace de su nueva clase de baile. Se había apuntado, dispuesta a «dejar al universo anonadado ante mis grandes e insospechadas técnicas de danza». Por supuesto, eran las palabras textuales de mi hermana; resultaba digna de admirar la determinación y arrobo que profesaba hacia sí misma.

—¿Qué te parece si esta noche, en vez de cenar en casa, vamos a la pizzería? —me propuso mi madre de manera distraída mientras observaba un collar que le había llamado la atención.

Nos encontrábamos en el centro, cerca del ayuntamiento, y con algunas bolsas de la compra. Sabía que mi madre había entrado en aquella tienda para intentar animarme un poco, buscaba algo que me llamara la atención, pero yo no tenía ganas.

—¿A La Muralla? —propuse sin demasiado entusiasmo.

—Es una buena idea —dijo con alegría, como si la propuesta de cenar fuera no hubiera sido suya.

Intenté sonreír; de hecho, creo que lo hice de manera perfecta, pues mi madre, satisfecha, examinó de nuevo la colección de collares que tenía delante.

Dejé vagar la mirada por el pequeño establecimiento mientras recordaba una y otra vez que no me había escrito. Ni llamado. Nada. Ni siquiera había aparecido a la salida del instituto.

Cuatro días sin saber nada de Hugo.

No mentiría si dijera que varias veces había estado a punto de escribirle, pero Caleb me hizo ver que él debía dar el primer paso; al fin y al cabo, era él quien había perdido las formas. Los primeros días estuve convencida de ello, vamos, incluso me enfadaba al recordar algunas de sus dolorosas frases; sin embargo, poco a poco, la tristeza ganó terreno, porque ¿cómo me habría sentido yo si la situación hubiera sido al revés?

Imaginarme a una exnovia enfrentándonos por puros celos, y que luego él le diera la razón y se marchara tras sus pasos... sí, aquello resquebrajaba mi determinación. Mucho.

Además, ese... ese sentimiento que se había solapado a mi

pecho no ayudaba. Me hacía tomar conciencia de cuánto lo echaba de menos y de la importancia que había adquirido en mi día a día. ¿De verdad que Hugo se había colado tanto bajo mi piel?

Quería verlo, volver a sentir el modo en que me miraba, me escuchaba. Su olor rodeándome y sus manos acariciándome...

—¿Ava? ¿Me escuchas?

Parpadeé confusa al oír a mi madre entre mis deprimentes pensamientos.

—Sí, perdona.

—Ya.

Mi madre me miró con *su* mirada, como recordaría e identificaría años más tarde. Ese gesto era capaz de desentrañarnos a Grace y a mí capa a capa, sacando hasta nuestros más oscuros secretos. ¿Cómo lo hacía? Siempre había dicho que por algo era nuestra madre, y que con el título venían ciertas cualidades innatas.

Esa vez no me dijo nada, pero supe que adivinaba mis pensamientos, los que no quería compartir con ella; adivinaba que mi estado se debía a la situación del fin de semana anterior, cuando acabé llorando desconsolada entre sus brazos.

—Vámonos.

Asentí y la seguí. Cuando salimos a la calle, el frío viento removió nuestros cabellos, tan distintos.

Mi madre se volvió para dedicarme una amplia sonrisa; seguramente, dispuesta a soltar uno de esos comentarios mordaces que la caracterizaban que Grace había heredado. Sin embargo, su sonrisa se esfumó de inmediato. Rápidamente seguí la dirección de su mirada, y lo que descubrí me dejó... descolocada.

Pero tan solo los primeros segundos; luego, cuando mi madre comenzó a hablar atropelladamente y se tuvo que agachar a recoger una bolsa que se le había escurrido de las manos, lo comprendí todo.

Fue como una clarividencia que vino acompañada de varios *flashbacks* que, para mi sorpresa, empezaron a cobrar todo el sentido del mundo al tiempo que rellenaban huecos en nuestra

historia que hasta entonces había ignorado. Algo que Grace no había hecho.

Dejé de mirarlo. Desvié la atención del semblante de Eduardo, aquel policía joven que me había pillado con Hugo esa noche de principios de septiembre que ya parecía tan lejana. Ese hombre uniformado que todavía seguía con la atención puesta sobre mi madre, quien la había advertido de mi supuesta amistad con Hugo... Me centré en mi madre, agachándome para ayudarla. Su mirada —con esos ojos tan parecidos a los míos— me buscó e, intentando disimular, soltó una falsa risita.

—Qué torpe. En cuanto hace un poco de frío, pierdo facultades, ¿eh?

Me obligué a sonreírle y cogí la bolsa de las zanahorias para tendérsela. Cuando nos incorporamos, no había rastro de Eduardo ni de su compañero, y me pareció que mi madre se había tranquilizado un poco.

Me sentí tentada a preguntarle si estaba bien, pero me di cuenta de que no estaba lista para aquella pregunta. O... ¿o quizá sí?

Fue en ese momento cuando me hice cargo de la dura situación de aquella mujer que lo había dado todo por sus dos hijas pequeñas. Hacía muchos años que el gran amor de su vida había desaparecido, y ella se había dedicado hasta la extenuación a darnos lo mejor, para que no nos faltara de nada. Aquella noche en que yo llegué llorando, mi madre, a oscuras en el salón, también lloraba. Y a pesar de su pena, de la ruptura claramente reciente con aquel hombre que, según parecía, había vuelto a ilusionarla durante un tiempo, había antepuesto mis sentimientos a los suyos, consolándome a pesar de su dolorido corazón.

—Mamá, ¿estás bien? —le pregunté al fin.

Porque, sí, porque todo el mundo necesitaba que le hicieran esa pregunta, aunque fuera una hija adolescente. Mi madre frunció los labios levemente, pero me sorprendió cuando me habló:

—Estaré bien.

Se me encogió el pecho ante su respuesta, y tuve tentaciones

de buscar a ese tipo y exigirle explicaciones. ¿Quién se creía que era para hacerle daño a mi madre?

—¿Te parece si te adelantas y vas a reservar una mesa en el restaurante? Espéranos allí tomando algo, yo voy a por Grace.

Asentí porque entendí que me estaba pidiendo un poco de tiempo a solas, para serenarse, y obviamente no se lo negué. Ni siquiera podía culparla por no compartir aquello conmigo. Estaba aprendiendo demasiado pronto que en las relaciones todo era complicado.

—Me parece. —Me obligué a sonreír; mi gesto fue un intento de animarla y hacerle ver que tenía todo mi apoyo.

Después, nos separamos, tomamos distintas direcciones, y no tan solo de forma literal.

Hugo

Estaba considerando si ir por la calle de las tiendas o subir por las empinadas escaleras hasta la plaza del Frontón —donde se encontraba la tienda de ultramarinos a la que me dirigía—, y un grupo de ancianas se plantó en mitad de la calle ofreciéndome la solución. Rápidamente y sin dudar, subí por las escaleras; aunque ese era el camino más directo, también el que más pereza me daba, pero aún menos me apetecía enfrentarme a un grupo de cotillas y a los últimos chismorreos.

Sin embargo, una vez arriba, anduve por la estrecha y desierta calle —salvo por un gato, que me miró sin casi inmutarse mientras se limpiaba a lengüetazos—. Eché todo el aire de los pulmones cuando me topé con ella cara a cara; bien, realmente, ella no me había visto todavía.

Maldita casualidad.

Entendía que el pueblo era pequeño, pero ¿tanto como para

cruzármela? Tendría que haber escogido el otro camino, así que, sí, maldije al grupo de viejas y a mi suerte. O más bien al maldito destino, que parecía empeñado en...

Mis pensamientos se esfumaron cuando nuestras miradas conectaron. Nos quedamos unos segundos en silencio; seguramente, ella aún estaba asimilando que me tenía delante.

—Hola. —Rompió el silencio, y, joder, su saludo me llegó directo al pecho.

Como una bala.

—Hola —le respondí.

Y, aunque no quería hacerlo, me faltó voluntad para no recorrerla entera: desde su ondulado cabello, pasé la vista por la larga chaqueta de punto en color mostaza, los sencillos vaqueros y los botines marrones. Muy lejos de la última imagen que guardaba de ella.

—No hay rastro de tus alas —dije al fin.

Ella asintió encogiéndose de hombros al tiempo que me dedicaba una sencilla y contenida sonrisa que me mató.

No quería nada contenido. Quería romper la distancia entre nosotros y volver al punto anterior a que aquel gilipollas se interpusiera entre ambos, pero eso era imposible.

—¿Cómo estás? —me preguntó entonces.

—Lleno de grasa. Estaba en el taller e iba a por una botella de agua —expliqué, sintiéndome realmente extraño por la marabunta de sentimientos que me arañaban en su lucha por salir.

—Ah —asintió. Me recorrió con la mirada, seguramente apreciando las manchas de grasa en mi piel y en la ropa.

El ambiente era tenso, incluso se podía palpar, pero ¿de qué otro modo podría haber sido, encontrándonos así? Yo no lo había decidido, pues reconocía que aún no tenía las ideas claras como para enfrentarme a ella, porque sabía que esa conversación se convertiría en eso, un enfrentamiento.

—Mira...

—Hugo...

Los dos hablamos a la vez, y a la vez nos callamos.

—Di —la invité antes de que ella volviera a hablar, pero negó con la cabeza.

—No, dime.

—Tan solo te iba a decir que, si no me doy prisa, me cierran la tienda...

La sorpresa apareció en su mirada junto con algo que supe reconocer perfectamente; Ava era demasiado expresiva, aunque no quisiera admitirlo. Sin embargo, enseguida salió a flote.

—¿Y eso es todo? ¿Ya está? ¿Te vas? —explotó.

Suspiré.

—Ava... —Estuve a punto de decir cualquier gilipollez, como recalcar que estaba trabajando, pero, joder. No pude, no teniéndola enfrente—. ¿Qué quieres?, ¿que simulemos que todo sigue igual después de esa noche?

El asombro se reflejó en su rostro.

—La gente discute, Hugo. Discute y después lo arregla.

—¿Y tú quieres arreglarlo a pesar de todo?

—¿De verdad que me estás diciendo esto? ¿A pesar de qué?

Me miró sin comprender nada, y yo estaba tan, pero tan tentado a acercarme a ella... Sin embargo, usé cada gota de fuerza de voluntad para no hacerlo.

—De que preferiste escogerlo a él —respondí.

—Eso no es cierto. Y lo sabes. —Ava se me acercó un poco.

—No literalmente. Sé que ese rubio no tiene ninguna posibilidad.

—¿Entonces? —Me escrutó sin ocultar que no entendía mis palabras.

—Te fuiste —dije al fin, tras unos instantes en silencio en los que había meditado si soltarlo o no.

Aunque no lo dije todo. Me guardé una parte para mí, la que más me dolía, la que me carcomía por dentro. Esa que me repetía que, realmente, yo no era bueno para ella, que la gente tenía razón y que pertenecíamos a dos mundos distintos.

Suspiré nervioso. Montar una escena en mitad del pueblo no iba conmigo, pero ella desbarataba cada uno de mis pensamientos,

provocándome de un modo que nadie más lograba.

—Y tú también —recalcó ella.

Solté una carcajada irónica.

—¿Qué pretendías que hiciera, Ava? ¿Arrastrarme? Lo siento, pero eso no me va. En especial cuando alguien decide apoyar al bando contrario.

Ava suspiró.

—Hugo, si no te hubiera detenido, ¿qué habría pasado?

—Entonces es eso. ¿Me crees capaz de liarme a hostias en mitad de una discoteca por una piltrafa como ese? —Solté la pregunta sin controlar el tono de voz, y, por su mueca, supe que mis palabras le habían dolido. Joder.

Suspiré.

—Mira, Ava. Creo que no es el momento ni el lugar para hablar de esto...

—Ya, veo que no darás el brazo a torcer —me interrumpió ella, y me sorprendí al ver su mirada centelleante.

—Ninguno de los dos lo ha dado, solo nos hemos encontrado por casualidad.

—Está bien, puedes irte, pero antes me gustaría decirte algo. —Y sin esperar a que pudiera asentir o negarme a ello, empezó a hablar—: Lo siento. Perdona, porque ahora entiendo que en el fondo estás completamente dolido. Entiendo que allí, en la discoteca, en cierto modo, intentabas defenderme porque conocías el secreto de Fran, y siento que en ese instante no supe gestionarlo bien. Lo único que no quería era que la situación se nos fuera de las manos. Me preocupaba Fran, sí, no porque me importe, y lo sabes. Y no pienso disculparme por ello, porque ¿crees que si me hubiera importado no me habría afectado que él hubiera estado con Tamara? Lo viste tú mismo. No, no lo hizo. ¿Y por qué? Porque él no es el chico que me gusta. No es el chico al que llevo echando de menos todos estos días mientras miro el maldito móvil a la espera de algún mensaje, una llamada, lo que fuera... —Se le rompió un poco la voz, pero rápidamente se serenó—. Así que, sí, siento la parte que me toca, solo la que me toca a mí, y como

imagino que tú no quieres añadir nada, Hugo, que te den. Eres un capullo y no mereces ningún segundo más de mi atención.

Su centelleante mirada me observó unos breves instantes al terminar de hablar; después, sin darme tiempo de reacción, giró sobre sí misma dándome la espalda, y se alejó con paso firme.

Y lo supe. Supe que, si la dejaba marchar, si no la retenía, no la volvería a ver. Y no podía, joder. No. Era un puto egoísta, porque esa era la oportunidad de dejar que las aguas volvieran a su cauce, que aquella pelirroja de futuro brillante siguiera el curso de su historia, sin mí, sin su lastre particular.

Pero fui tras ella. Claro que seguí sus pasos, la alcancé con facilidad y la sujeté del brazo, la arrastré conmigo a la callecita a nuestra derecha que no tenía salida porque daba acceso a una vivienda de puerta azul cielo.

—¿Qué haces? —oí que me preguntaba. Y se intentó soltar cuando la arrinconé contra la pared.

El pecho se le elevaba por la rápida respiración, y me miró todavía furiosa.

—¿Qué narices, Hugo?

—Ginger...

—¿Ahora soy Ginger?

Sonreí a mi pesar.

—Te has ido sin dejarme hablar a mí.

—No tenías pinta de añadir nada más —insistió, aún intentando separarse de mí; pero cuando lo consiguió, le corté el paso apoyando una mano en la pared.

La tenía completamente rodeada. Sus ojos me buscaron, y, joder, prometo que mi intención era hablar primero y actuar después, pero, como siempre, ganaron los impulsos, sobre todo cuando quiso hablar de nuevo.

No la dejé. La acallé con un beso.

Ava

Hugo golpeó sus labios contra los míos, moviéndose con fuerza contra mi boca, y causó un estallido de emociones que no deberían hacerme sentir tan bien, pero así fue.

Su lengua rozó la mía, subiendo la intensidad del beso y transmitiendo toda esa urgencia que percibía en él. Debería haberlo detenido, pero en el momento en que oí su jadeo ronco, mi mente dejó de pensar y se encargó únicamente en sentir. Aprecié su gran cuerpo contra el mío y me di cuenta, de nuevo, de cuánto lo había echado de menos.

De pronto, se separó, nuestras bocas quedaron a escasos milímetros, nuestros alientos se entremezclaban, y al conectar nuevamente las miradas, entendí que se había dejado llevar, que no había pretendido acorralarme de ese modo y devorarme con tal intensidad.

Algo me escoció en el pecho, como un pinchazo de realidad, y debió de notarlo en la expresión de mi cara, porque apoyó una mano en mi mejilla y me acarició con extrema delicadeza.

—Ginger... —susurró.

—No te puedes ir ahora —le dije—. No puedes besarme de esa forma y luego desaparecer sin más.

Sus labios esbozaron una media sonrisa.

—¿Crees que es lo que pienso hacer?

—Si no es así, ¿por qué me miras como si fueras a hacerlo? —insistí.

Me recorrió con la mirada, incluso se molestó en colocarme un mechón de mi rebelde pelo detrás de la oreja. ¿Cómo podía un gesto transmitir... tanto? ¿Es que estaba volviéndome loca? Porque, por un lado, sentía que se daba por vencido, pero... pero por el otro, sentía que estaba dispuesto a todo.

—No me voy a ir —aseguró por fin—. Aunque dicen que es lo que tendríamos que hacer. Los dos, no solo yo.

No me molesté en preguntarle a quién se refería, estaba claro

que la lista no era corta: mi madre; seguramente, gente de su entorno... incluso mi propio yo del inicio de esa historia.

—¿Podríamos vernos esta noche? —Me sorprendió con aquella pregunta, y me observaba con cautela.

—¿Esta noche? —Mi pregunta fue casi como un suspiro contenido.

Hugo asintió.

—Sí, esta noche. Me gustaría hablar con tranquilidad. Sé que mañana tienes clase, bueno, yo tengo clase esta noche, pero creo que...

—Vale, sí, me parece bien —lo interrumpí.

Hugo asintió de nuevo y retrocedió un paso.

—Te recogeré en la fuente —dijo sonriendo.

Tras guiñarme el ojo, me dio la espalda para marcharse; entonces di un paso hacia él.

—¿En la fuente?

Supe que se refería a esa fuente en la que le hablé de mis estrellas fugaces. Donde pedí mi deseo, el deseo de vivir mi propia historia de amor.

Sin poder evitarlo, sonreí yo también.

Hugo

Cuando la recogí en el coche estaba relajado, tranquilo. Sentía que tenía la situación bajo control. Habíamos hablado de temas superfluos, de cómo nos iban las clases, de mis últimos avances en la pintura... pero al llegar al camping, un nudo me atenazó.

Cuando nos bajamos del vehículo y ella me siguió observándolo todo con ávido interés, me sentí frágil, completamente expuesto. Ava iba a descubrir toda mi verdad, lo que significaba ser realmente yo y... y tenía miedo, porque ¿y si no

le gustaba lo que veía? ¿Y si se daba cuenta de que merecía algo mucho mejor que esa versión de mí?

A pesar de todo, seguí caminando. El camping estaba desierto y tranquilo. No había ni rastro de nadie. Los chicos habían salido a dar una vuelta, y cuando volvieran, irían directos a dormir, por eso había decidido traerla aquí. No tendríamos que dar explicaciones, tampoco habría interrupciones.

La había recogido pasadas las doce de la noche, pues quería asegurarse de que su madre y su hermana estuvieran dormidas. Y ahora nos encontrábamos aquí, en la puerta de mi caravana.

Contuve un suspiro cuando, al abrirla, nos acompañó el familiar chirrido de las bisagras. Me hice a un lado para que pudiera entrar, y encendí la luz que tenía a mano derecha; lo bañó todo con su luz amarillenta.

Ava estudió el entorno, y en su mirada solo pude apreciar pura curiosidad.

—¿Vives aquí? —preguntó. Yo asentí, y carraspeé al notarme, de pronto, la garganta seca—. ¿Tú solo?

Asentí de nuevo, y Ava me sonrió.

—Está muy chulo.

Ante sus palabras, arqueé la ceja, y ella se rio.

—A ver, sabiendo que eres un chico y que, además, vives solo, no sé... me esperaba una pocilga. Y, oye, lo tienes todo muy recogido y limpio. Los chicos no tenéis buena fama respecto a estos temas.

—Vaya, Ginger. Eso es soberanamente sexista —dije.

Sentí que la presión se desinflaba rápidamente ante su broma y divertida sonrisa.

Ava giró sobre sí misma para continuar estudiando el entorno. No había mucho que ver: el sofá quejumbroso con la tapicería llena de quemaduras de cigarrillo por cortesía de mi padre y hermanos; la mesa cuadrada en una esquina con tan solo dos sillas y, al lado, la neverita y el hornillo; la alfombra raída, las plantas que tenía para aportar algo de alegría a aquel lúgubre lugar; mi pared de fotos, aquella que en ese instante examinaba la pelirroja.

Dejó de mirar las instantáneas de los chicos y yo —algunas, de hacía varios años— y avanzó; corrió la cortina azul marino que había colocado para separar los espacios y conseguir algo de intimidad. Se le sonrojaron las mejillas al descubrir mi dormitorio, si es que se podía llamar así a un colchón en el suelo y unos estantes torcidos con algunos libros.

—¿No tienes baño? —preguntó, volviéndose hacia mí.

Negué con la cabeza.

—Tengo que usar el del camping, el común.

—Oh... —Ahí estaba, la primera decepción. Sin embargo, me sorprendió cuando se encogió de hombros—. Así no tienes peleas constantes para ver quién lo usa primero, yo estoy todo el día discutiendo con Grace por eso.

Sonreí.

—En verano es un poco complicado no discutir con nadie. Esto se llena de gente.

—Así es más animado —concluyó ella.

Hice una mueca y desvié la mirada.

—¿Quieres tomar algo? —Miré la neverita. Como sabía que vendría esa noche, me había encargado de llenarla.

Ava sacudió la cabeza a modo de negación.

—Quiero que me cuentes lo que querías hablar. —Volví a centrarme en ella—. Venga, Hugo, ya no me queda nada más por mirar en tu casa.

Carraspeé y me alboroté el pelo con la mano.

—El lunes, Javier, mi profesor, me dio una noticia: ha movido varios hilos para trasladarnos fuera de aquí, de Almería, para que podamos sacarnos la titulación y hacer las pruebas de acceso a la universidad. —Ava guardó silencio, pero su tensión se hacía evidente. Me senté en una silla frente a ella para poder continuar explicándome en una postura más relajada—. Entiendo su punto de vista. Sabe que aquí nos encontramos en una situación que nos arrastra a... a lo de siempre —preferí decir—. Sin embargo, si nos trasladamos a una nueva ciudad, con las becas que nos ha conseguido por nuestra... situación... —odiaba tener que nombrar

todo aquello, pero debía hacerlo si quería ser sincero— estaremos en un ambiente mucho más favorable para sacarnos la titulación y entrar en la universidad.

—Vaya... eso es una muy buena noticia —dijo ella. Yo asentí —. Y te agradezco que me lo cuentes. —Ava se levantó del sofá lentamente y pasándose las manos por encima de los vaqueros—. Es decir, no me tienes que dar ninguna explicación; aun así, has querido contármelo... —Se calló abruptamente cuando me levanté y me acerqué a ella.

—No voy a aceptar, Ginger.

—¿Cómo? —preguntó, con un completo y absoluto asombro.

—Puede esperar. Mi plan original era terminar aquí, en Almería, y luego ir a la universidad. Y quiero que siga así, porque quiero seguir aquí contigo si... si te parece bien.

—¿Cómo? —repitió—. Pero... ¿y las consecuencias?

Sonreí más ampliamente.

—Ginger, no las hay, y si las hubiera, me gustas lo suficiente como para asumirlas, todas y cada una de ellas.

Dos palabras bailaban en la punta de mi lengua, pero, por cobardía a abrirme del todo, me las tragué. Sin embargo, no tuve mucho tiempo para pensar en algo más, porque Ava, poniéndose de puntillas, selló nuestros labios y levantó una vorágine de sensaciones en mi pecho.

La abracé, acercándola hacia mí. Mi cuerpo, reaccionando rápidamente a su contacto, a su olor, exigió un ritmo que no quise frenar.

Me ocupé de profundizar el beso, y con las manos, ávidas por el contacto de su piel desnuda, le acaricié la baja espalda, pero medité cada caricia, controlé cada movimiento.

Ava se separó para mirarme. Sus ojos, del azul más profundo de los mares, me dejaron sin habla, y cuando se me acercó al oído para susurrarme aquella frase, tuve que tragar saliva pesadamente.

—¿Me llevas a tu cama?

—Ginger, no te he traído aquí para eso —conseguí decir, con el corazón retumbándome en el pecho.

Ella me sonrió, y juro que me quedé paralizado, hasta que rompió el silencio.

—Lo sé, pero creo que llevamos demasiado tiempo esperando. Si aquella noche Fran no nos hubiera interrumpido...

—Sobre la otra noche, siento cómo me comporté, Ginger, yo...

Pero no me dejó terminar, volvió a besarme, y después, dejando escasos centímetros de distancia entre nuestros labios, me susurró:

—¿Tendré que suplicarlo?

Jodidamente, no.

Pero no llegué a decírselo, sino que me lancé a por ella, con todo. Con las ganas que llevaba conteniendo desde hacía demasiado tiempo. La elevé, le coloqué una mano en el culo para que sus piernas me rodearan, y cuando su entrepierna chocó contra mi erección, siseé, aunque tuve el cuidado de no dejar de besarla.

Fui hacia la cama, apartando la cortina de malas maneras, pero tuve toda la delicadeza el mundo al dejarla sobre el colchón. Esa zona estaba a oscuras, solo se colaba la luz de la farola de fuera, y me quedé hipnotizado a los pies de la cama cuando ella comenzó a desnudarse.

Ava se sacó el jersey por la cabeza, y con el gesto, aparte de esparcir su pelirrojo pelo sobre mis sábanas blancas, dejó al descubierto los pechos hinchados, que suplicaban mi atención.

Ella, consciente de mi hambrienta mirada, me sonrió; su sonrisa se encontraba entre el atrevimiento y la timidez, y, joder, me estaba volviendo loco, me sentí tentado de abalanzarme sobre ella, pero quería disfrutar del espectáculo. No teníamos prisa, quería darme el banquete visual que me brindaba. Dirigió las manos a los vaqueros, y cuando contoneó las caderas para bajárselos, me di cuenta de que me estaba aguantando la respiración.

Con la garganta seca, observé cómo finalmente deslizaba las bragas negras. Me ofrecía una visión completa de ella, y, aunque noté que se le empezaban a sonrojar las mejillas, la recorrí entera con la mirada. ¿Era consciente de lo preciosa que era?

Resultaba digna de ser retratada, pero por uno de los grandes, dejando obnubilado a todo el que viera la imagen; seguramente, se catalogaría entonces como una auténtica obra de arte, y sería admirada y analizada durante años. Pero eso... eso me lo guardé para mí, y tan solo pude suspirar pesadamente, como el bombeo de mi corazón, que se encargaba ahora de llevar toda mi sangre hacia una única dirección.

—¿Te vas a quedar ahí? —preguntó ella al tiempo que apoyaba los codos sobre el colchón.

Solo sonreí, pues mis acciones hablaron rápidamente. Me quité la camiseta y empecé a desabotonarme los pantalones. Tenía tantas ganas de llegar a ella, que creo que cuando empezaba a bajarme los calzoncillos, ya me había abalanzado sobre Ava.

Nuestras bocas chocaron como deberían haberlo hecho en incontables ocasiones, como una onda expansiva que contra todo podía, desmoronando todas las creencias que había tenido hasta entonces, porque con un solo roce de sus labios, Ava me tenía. A su merced, para lo que ella quisiera.

Las respiraciones agitadas se entremezclaban, rompían el silencio de la noche que nos rodeaba, y aunque había querido ir despacio, sabía que la intensidad de mi beso no iba de acuerdo con mis intenciones, pero su respuesta era igual o aún más intensa, así que la devoré sabiendo que aquella vez no me tendría que detener. Separé nuestras bocas y fui directamente a su pecho, mi lengua jugueteó con un pezón mientras acariciaba el otro con la mano libre.

Ava estaba inclinada con la cabeza hacia atrás, y sus gemidos me estaban metiendo en apuros, sobre todo cuando su intrépida mano me acarició la polla y tuve que detenerme, dejando de lamer su pezón para concentrarme y no correrme por esa sencilla caricia.

Nuestras miradas se encontraron, no pude pasar por alto que nuestros pechos se movían muy rápido y en sincronía, y me recordé que tenía que echar el freno, puesto que era su primera vez. Me lo había dicho a mí mismo en incontables veces. Deseaba regalarle una gran primera vez, no quería que resultara un desastre.

Entonces, Ava me sonrió y sentí que por dentro me derretía. Una sensación de calor se me extendía por el pecho, recorriendo y reconfortando cada rincón de mi ser. Joder, la quería, pero en vez de decírselo con palabras, se lo dije entre besos y lametones que dibujaron un sendero hasta su coño. Y qué glorioso festín me di.

No me detuve hasta que ella se corrió con violencia, con las manos enredadas en mi pelo, y, cuando me incorporé, la vi lánguida sobre mi cama, haciéndome sentir el tipo más rico del puto universo.

No tardé en besarla en la boca, hinchado de orgullo y de puro deseo. Sus manos y piernas me acunaron, y una vez que me hube colocado el preservativo, me adentré en ella.

Primero fui despacio, siseando de puro esfuerzo por no dejarme llevar, hasta que empecé a deslizarme como me pedía el cuerpo, pero sin quitar ojo a su expresión. Busqué sus labios y, poco a poco, comenzamos a movernos ambos al son de una de las danzas más antiguas que existía, fundidos en el deseo de que aquella noche no terminara nunca.

Ava

—Creo que debería volver —susurré, aún entre sus brazos.

—Pero ¿estás bien?

Sonreí ante su preocupación. Había sangrado un poco y, ciertamente, sentía cierta quemazón, pero el segundo orgasmo que me había regalado había hecho aquella sensación mucho más llevadera.

—No estaré bien si mi madre se levanta para trabajar y no me encuentra en la cama —le advertí a mi pesar.

Hugo se estiró, desperezándose con un sosiego que me pareció excesivamente íntimo. No creía que mostrara con facilidad esa

faceta tan atenta, cariñosa y cuidadosa que me había enseñado aquella noche. Sonreí cuando me tendió la ropa que había dejado caer mientras me había desnudado para él.

Me vestí con rapidez, no solo por la vergüenza que afloraba absurdamente, sino también por el frío: ahora que había recuperado mi temperatura normal y sentía la del interior de la caravana, me preguntaba qué sucedería ahí en diciembre o enero.

Hugo se estaba terminando de vestir cuando recordé cierto detalle que había traído conmigo; me levanté y fui a coger mi bolso, lo había dejado en el sofá de la entrada.

—¿Pasa algo? —me preguntó entonces.

—Es que... te había traído algo —respondí, volviendo hacia él para ofrecérselo.

La curiosidad asomó en su rostro, que todavía mostraba claras señales de lo que habíamos hecho, pues llevaba el pelo despeinado y tenía ese brillo pícaro en los ojos. Tan solo recordar sus gemidos de unos instantes atrás, me alborotaba entera; pero ahora no era momento para eso.

—¿Qué es?

Hugo se acercó. Lo cogió maravillado, como la primera vez.

—Me pediste, hace un tiempo, mi segundo libro favorito.

—¿*Peter Pan*?

—Ciertamente, al final sí que soy la chica de las estrellas —sonreí.

Hugo examinó el libro, una edición con preciosas ilustraciones, en un tamaño pequeño.

—Este no tiene anotaciones. —Lo descubrió al pasar las páginas con delicadeza.

—Lo sé. Las tiene la edición en inglés, pero... Me he imaginado que sería mejor en español, ¿no?

Hugo asintió.

—Entonces tendré que aprenderlo para poder leer esa edición. —Enarcó una ceja.

—Seguro. Es una promesa, ¿eh? —asentí. De nuevo, esa emoción me recorrió al notar su interés por mis cosas.

—Lo es. —Hugo lo cerró y lo dejó con cuidado sobre la mesa que tenía al lado, la única en la caravana.

Yo aún estaba en *shock* por su forma de vivir; no obstante, había intentado que no se me notara. Al ver el contexto en el que se encontraba, me pareció asombroso su modo de luchar para labrarse un buen futuro. Qué injusto era que no todo el mundo partiera de las mismas posibilidades... Pensé entonces en su idea de rechazar la oportunidad que le habían brindado; no me parecía bien, pero sabía que eso lo tendríamos que hablar otro día. ¿Y si se venía conmigo a Granada? Era una buena opción. Hugo me sacó de mis cavilaciones cuando se movió hacia el dormitorio.

—Yo tengo algo para ti también.

Al oírlo, la curiosidad me invadió.

—¿Qué es? —Me puse de puntillas intentando ver por encima de su hombro; estaba sacando un papel de una carpeta.

—No seas impaciente, Ginger —murmuró, y cuando se volvió para mirarme, supe que estaba nervioso.

¿Hugo estaba nervioso? Ahora me sentía especialmente intrigada.

—¿Qué es? —insistí, completamente interesada en el papel que tenía sobre el pecho.

—Te he dibujado un tatuaje. Tu tatuaje —dijo rápidamente—. Quiero dejar eso claro: no es nada relacionado con nosotros, sino algo que, cuando lo veas, te verás a ti misma, y la gente te verá a ti... O eso es lo que he intentado —explicó.

Yo lo escuché casi sin parpadear.

—¿Me... me has diseñado un tatuaje? —repetí, como si lo necesitara para procesarlo.

—En tu tono de voz percibo demasiadas expectativas que creo que...

No le dejé terminar.

—¡Quiero verlo! —exclamé, observando con auténtica avidez el papel.

Hugo carraspeó y, con una timidez completamente desconocida para mí, me lo tendió con delicadeza.

Cuando lo descubrí, sonreí maravillada.

—Sé que es una estupidez... —empezó a decir, pero no le permití acabar la frase.

—No. Es perfecto —dije mientras lo buscaba con la mirada.

—¿De verdad te gusta?

—Me encanta.

Hugo me regaló una de sus amplias sonrisas, una de esas que casi no mostraba; yo era consciente de que me las regalaba especialmente a mí.

—Házmelo —dije entonces.

Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, ahora. Lo quiero... no, lo necesito —le insistí.

—Ginger, no te puedes hacer un tatuaje a las dos de la mañana.

—¿Por qué? ¿Acaso no estoy frente a alguien que lo puede hacer perfectamente? —lo pinché, muy convencida.

Hugo me observó, primero a mí y, de vuelta, miró el precioso diseño que me había regalado. Era perfecto. Lo necesitaba en mi piel.

—Por favor... —pedí de nuevo.

No tardé en convencerlo, y me sentí maravillada cuando supe sin necesidad de pensarlo mucho dónde lo quería. Me quité el jersey y aparté el pelo a un lado para descubrir el hombro derecho. Hugo se puso los guantes, me esterilizó la piel y, con una facilidad pasmosa, calcó su dibujo sobre mi piel.

—¿Ahí te parece bien? —se aseguró.

Miré el espejo que me tendía y sonreí al ver, en color azul, lo que luego la tinta negra teñiría. Eran estrellas. Estrellas de distintos tamaños, unas diez en total. Las más diminutas parecerían una simple peca oscura sobre mi blanca piel. Otras eran aspas delicadas y pequeñas que parecían destellar, y las más grandes, con sus finos trazos de líneas cruzadas, destacaban sobre una media luna discreta que quedaba a la izquierda de la composición. Las más grandes eran dos, y sonreí ampliamente.

—«Segunda estrella a la derecha...» —susurré, y los ojos

azules de Hugo me buscaron—. Era la historia favorita de mi padre.

—No... no lo sabía —dijo en un quedo murmullo.

Yo me incliné para besarlo, ya que estaba en cuclillas frente a mí.

—Me has hecho el mejor de los regalos, Hugo. —Y guardé silencio, porque estuve a punto de soltar dos palabras, un «te quiero» que temía que fuera demasiado precipitado.

Hugo

Hay momentos que se te quedan grabados en la retina y en la memoria y que te acompañarán toda tu puta existencia. Yo tengo varios, muchos de ellos impactantes, y otros que incluso se te encoge el alma por lo anodino que fue el hecho en cuestión.

Recuerdo cómo justo cuando me despedí de Ava, a eso de las tres de la madrugada, sabiéndola segura en el interior de su casa, recibí la llamada. Miré el móvil y vi que era Rubén; por un instante, uno solo, barajé la idea de no contestar.

Los conocía. Habían salido aquella noche y me querían arrastrar. Pero el hecho de que fuera Rubén me hizo dudar, pues creía recordar que él no había salido; así pues, acepté la llamada. La jodida llamada que nos cambiaría las vidas para siempre.

—¿Rubén? —pregunté, por el barullo intenso que se oía donde él se encontraba—. ¿Dónde coño estáis? —dije con una medio sonrisa divertida al llegar al coche.

—¡Hugo!

La desesperación en el tono de su voz me hizo detenerme.

—¿Qué ha pasado? —Sujeté el móvil con fuerza.

—Los han... los han apuñalado... ¡Hugo, joder, Hugo!

Los gritos me invadieron como una sensación vertiginosa que

de pronto me rodeó, me metió en el ojo del huracán quitándome todo el aire, la apreciación de la realidad.

Rápidamente entré en el coche, una temeridad, pues tenía a Rubén al teléfono, que entre lloros intentaba explicarme lo sucedido.

Aquellos hijos de puta... aquellos hijos de puta los habían acorralado, joder. Lo sabía, sabía que eso no se quedaría así, y mucho menos tras la acción de Rafa.

Lloré cuando oí las sirenas. Cuando supe que no debía ir a la zona donde habían estado sino al hospital.

Todo se tornó extraño. Como si no estuviera en mi cuerpo, como si lo que acababa de suceder no fuera real. Conduje y, aún a día de hoy, no entiendo cómo no tuve un accidente o no me detuvieron, pero, por una vez, creo que el universo se apiadó de mí, dándome un último instante con esa persona.

Llegué al hospital al mismo tiempo que la ambulancia. Recuerdo que dejé el coche de cualquier manera, que se abrieron las puertas de par en par, que varios médicos corrieron y ayudaron a bajar la camilla de la parte trasera del vehículo junto a los otros dos sanitarios que estaban con...

Con Iván.

El mundo se me cayó encima. Rubén no me había dicho a quiénes habían apuñalado, pero nunca, bajo ningún concepto, me imaginé que Iván se encontrara entre ellos. Joder, era él. Uno de mis mejores amigos, y nunca pensamos que las cosas malas suceden a la gente que quieres.

Nunca.

Corrí como un loco hacia él, sabía que me iban a detener, pero necesitaba verlo, asegurarme de que estaba bien.

—¡Iván! —grité desgarrándome la garganta, desesperado por saber si seguía vivo, si...

—Chico, no puedes estar aquí —oí.

Intentaban retenerme mientras se dirigían al interior del centro, pero Iván me oyó e incorporó la cabeza para buscarme.

—¡Hugo!

Creo que entonces se apiadaron de ambos, porque, sorprendentemente, pude llegar hasta Iván y le sujeté la mano; procuré no ver la cantidad de sangre que tenía encima.

—Estás aquí —dijo, dedicándome una sonrisa mientras dejaba caer la cabeza como si hubiera hecho el mayor de los esfuerzos.

—Y todo irá bien —le prometí, intentando mirarlo solo a los ojos, a sus empañados ojos, mientras el mundo seguía girando sobre nosotros; mientras oía las instrucciones de los médicos, que dejaron... que dejaron que me despidiera de mi mejor amigo.

—Jacobo... ¿Jacobo está bien? —preguntó, dándome pistas de lo que había pasado—. Se abalanzaron sobre el crío, Hugo...

—Sí, está bien. Rubén me lo ha confirmado —le mentí al tiempo que sentía que el mundo se me caía encima.

Iván cerró los ojos mientras avanzábamos hacia el quirófano del área de urgencias.

—Tengo miedo... tengo...

—Vamos a salir de esta, Iván —logré decir, y vi que dibujaba una sonrisa, su última sonrisa.

—A Raquel no le digas que estaba cagado de miedo, ¿eh? —consiguió bromear.

Yo negué con la cabeza, incapaz de responderle.

—Lo siento, tienes que quedarte aquí —me detuvo un médico finalmente.

Los ojos se Iván se abrieron con urgencia.

—Luego nos vemos, tío —dije, controlando el tono de voz y obligándome a mostrarme seguro—. Luego...

E Iván desapareció tras esas puertas blancas sin que yo pudiera terminar la frase, pero es que ¿cómo podía terminarla? ¿Qué se le dice a tu mejor amigo, con quien has crecido, con quien has compartido cada mala experiencia y cada esperanza?

Me quedé allí quieto, aún con la sensación de que lo que estaba pasando era una pesadilla, una realidad que en verdad no existía, que no podía existir, porque ¿cómo iban a apuñalar a Iván? Él era demasiado listo para eso. No podía morir.

No. No moriría.

Sentí de pronto que una mano sujetaba la mía, y descubrí a Raquel a mi lado. Bueno, una versión destrozada de ella.

—Ya está, Hugo. Es hora de irse a casa.

Pestañeé confundido. ¿Cuánto... cuánto tiempo había pasado? Sentía que tan solo habían transcurrido unos instantes desde que había dejado a Iván en mano de los médicos, esos que tenían que salvarle.

Sin embargo, cuando miré a mi amiga, cuando vi el crudo dolor en sus ojos, lo entendí.

Me dejé caer, llorando desconsolado, saqué toda la rabia y toda la tristeza que tenía encima.

Iván, mi amigo Iván. Mi compañero. Mi hermano.

Había muerto.

Él. El de las sonrisas canallas. El que siempre tenía una broma a punto, el que siempre nos animaba. El que se las llevaba de calle. El que creía que no se merecía nada en esta vida. El que por una vez había decidido tener esperanzas.

Él.

Y ya no estaba.

Ava

Habíamos quedado en la playa, siempre lo recordaré. Esa mañana nos brindaba un cielo encapotado que anunciaba tormenta, y no veía a ningún alma en toda la extensión de arena. Ni una salvo a él, que, de espaldas, parecía concentrado en el infinito del que eras consciente una vez que mirabas al horizonte frente al mar.

Hacía dos semanas que nos habíamos visto por última vez, y prácticamente no habíamos hablado. Lo entendía. Su mejor amigo había muerto de un modo terrible. En un pueblo pequeño, las noticias corren como la pólvora, pero los medios informativos

también se encargaban de ello.

Me acerqué a él conteniendo el aliento, pues no era estúpida, sabía entender las señales, esas que me había enviado con su silencio, con su alejamiento.

—Hola —dije casi en un susurro detrás de él.

Llevaba un abrigo negro largo —las manos, dentro de los bolsillos— y una sudadera cuya capucha le caía sobre la espada, por encima del abrigo. Se volvió lentamente hacia mí, y esa vez no fueron sus ojos cristalinos los que captaron mi atención, sino el vendaje que llevaba sobre la mandíbula, cerca del mentón. Era como una tirita gigante, y cogí aire sorprendida al apreciar también la sombra amoratada en varias partes de su rostro.

—¿Qué te ha pasado?

Di un paso hacia él, pero él dio otro para alejarse.

—Nada. En unos días me quitan los puntos. No es nada.

Supe qué era. Los había ido a buscar.

—¿Qué has hecho, Hugo?

Su mirada conectó con la mía y, por un instante, sentí que era la de una persona aterrada y profundamente triste, pero se encargó rápidamente de hacerla desaparecer bajo un brillo frío, incluso cruel.

—Venía a despedirme —comenzó, ignorando mi pregunta—. No me parecía justo hacerlo mediante un simple mensaje.

«¿Su voz se acaba de romper?». Fue lo que me pregunté al pensar que todo aquello era irreal. No obstante, cogí un poco de aire antes de volver a intentarlo, pues, según decían, la esperanza es lo último que se pierde.

—Has aceptado la propuesta de Javier. Es eso, ¿verdad? —Esperé su respuesta, pero no llegaba—. ¿Cierto? —insistí con una brizna de esperanza y los nervios ganando terreno; deseaba que fuera ese el motivo por el que se marchaba—. Dime algo, Hugo.

—No quieres oír la respuesta, Ava.

Cerré los ojos ante sus palabras, sentí cómo el pecho se me partía.

—Hugo. —Volví a intentarlo acercándome a él. Esta vez no se

alejó, incluso permitió que lo tocara, sujetándolo por las solapas del abrigo—. No lo hagas. No lo eches todo por tierra. Sé que lo que ha pasado... lo de Iván es devastador, pero...

—Por favor, Ava —me interrumpió. Y ese instante de vulnerabilidad que se filtró por su dura fachada me hizo guardar silencio—. No me lo pongas más difícil, por favor.

—Hugo... —Casi me sentí suplicando, por nosotros, por él.

—Lo siento. No puedo serlo.

—¿El qué? Puedes ser lo que quieras. —Lo miré sin comprender.

Sus labios se curvaron en una triste sonrisa, muy acorde con las sombras de su mirada.

—No puedo ser lo que tú necesitas... —explicó al final—. A pesar de todo, soy lo que todos decían. Tenían razón.

—No, no —negué, sabiendo que mis lágrimas caían—. Hugo, por favor, escucha.

Me sujetó con delicadeza por el rostro, y al unir nuestras frentes cerró los ojos.

—Ginger —susurró, rompiéndome del todo.

—Nunca me has explicado por qué me llamas así —murmuré; las lágrimas me acompañaban. Había tantas cosas que todavía no nos habíamos dicho, que no conocíamos...

Me besó suavemente sobre la frente antes de separarse de mí.

—Ten. —Sacó algo de su abrigo. Enseguida lo reconocí: el libro de *Peter Pan*.

Negué con la cabeza.

—No. Quédatelo —le pedí.

—Pero...

—Ya sabes que tengo otro. Este te lo regalo.

Intenté hablar tranquila, pero el ardor de la garganta me lo dificultaba. Hugo desvió la mirada, y supe que a él también le dolía. ¿Realmente iba dejarlo todo atrás? Ya no solo a mí, sino su brillante futuro. ¿Adónde iría? ¿Con quién? ¿Por qué?

Observé cómo se alejaba varios pasos.

—Adiós, Ava.

Con aquellas palabras, una oleada de dolor chocó contra mí y me entrecortó la respiración; entonces lo miré con urgencia. ¿De verdad que iba a desaparecer de mi vida? ¿Para siempre?

—¿No volveré a verte? —le pregunté; logré que se detuviera.

—Es lo mejor.

—¿Para quién? —inquirí entonces, mirándolo con determinación.

—Para los dos. Sobre todo, para ti, Ava. No quieres que te arrastre a mi mundo.

—¿De qué mundo hablas? —insistí, entre desesperada e incrédula. ¿De verdad estaba sucediendo esto?—. Deja que te ayuden, seguro que hay formas...

—Casi matan a Jacobo también —me interrumpió, dejándome helada—. No puedo darles la espalda. No es tan fácil, y yo no soy ese tipo de persona.

De nuevo nos quedamos en silencio. El viento, cada vez más fuerte por la cercanía de la tormenta, nos despeinaba y azotaba mientras ambos seguíamos observándonos. Algo me dijo que Hugo me estaba grabando en su memoria. ¿Me dibujaría? Entender que no lo sabría me derrumbó por dentro.

—Entonces... —rompí el silencio con la voz contenida— esto es un adiós.

Hugo me dedicó otra bonita sonrisa. No era del todo real, era consciente de ello, pero se esforzó.

—Quizá sea un «hasta luego» —contestó él.

Y no añadió más, tan solo se volvió. Y yo me quedé allí, observando cómo se alejaba con todos nuestros recuerdos y promesas cargados sobre su espalda. Todos sus sueños e ilusiones. Toda nuestra historia.

La que pudo ser y al final no fue.

Abril de 2023

Ava

—Creo que es el momento de pedir la cuenta —digo, y siento que un escalofrío me recorre.

Hugo asiente y se frota las manos. Prácticamente es de noche y hace algo de frío, así que no tardo en hacer un gesto a la camarera para que nos traiga la cuenta. Tras pagar, ambos nos levantamos de la mesa para salir del garito, que está lleno de gente disfrutando de la fresca noche.

Cuando me vuelvo, descubro a Hugo guardándose el móvil en el bolsillo del vaquero y sus ojos me encuentran.

—Vienen a buscarme, ¿necesitas que te acerquemos a algún lado?

Niego con la cabeza.

—Gracias, no hace falta. A mí también me vienen a buscar —sonrío; agradezco su preocupación.

Noto algo en su mirada. ¿Quizá aún se tambalea una pregunta entre ambos? No lo sé, pero al mirar por encima de su hombro, algo capta mi atención; más bien, alguien.

Es un instante, pero cuando mi mirada se entrecruza con la de ella, lo sé. No necesito confirmaciones. Miro de nuevo a Hugo, que no parece haberse dado cuenta de lo que acaba de suceder.

—Lara está muy guapa —digo, rompiendo el denso silencio que nos rodea. Y a pesar de que es absolutamente cierto porque la mujer en la que se ha transformado Lara es preciosa, la frase me sabe a falsedad.

Hugo vuelve la cabeza y descubre a la chica convertida en mujer, porque los años pasan no solo para nosotros, sino para todos. Aquella chiquilla delgada que seguía a Hugo mirándolo con absoluta devoción tiene ahora un cuerpo de mujer apabullante, una pose segura y una sonrisa preciosa, llena de dulzura.

—Lo está, sí —contesta Hugo, volviéndose a centrar en mí.

—Salúdala de mi parte —digo de pronto, deseando salir de allí. ¿De verdad que duele después de tanto tiempo?

—Lo haré —asiente él—. Oye, Ava —dice entonces—,

gracias por aceptar el café. Me ha gustado mucho haber pasado este rato juntos después de todo este tiempo.

—Sí —asiento, y me obligo a sonreír, pero cuando dice sus siguientes palabras, no puedo continuar haciéndolo.

—Y siento mucho lo de tu madre. Lorena era una persona especial.

Intento asentir, pero sé que el gesto se queda entremedias, porque, aunque ha pasado tiempo, la muerte de mi madre aún duele demasiado, sobre todo en este lugar.

—Si necesitáis cualquier cosa... —añade, pero yo niego con la cabeza—. Me imagino que habéis venido a...

—Sí —lo interrumpo, pues adivino su hipótesis—. A vender la casa. Al no vivir aquí, mantenerla no tiene sentido. Yo, ya sabes que no vivo en España, y Grace... bueno, no tiene sentido.

Duele tanto decir aquello que no soy capaz de terminar la frase con coherencia, pero mantengo la compostura.

Hugo asiente.

—¿Has venido entonces con Grace?

—Y con Caleb —confirmo.

Él sonríe.

—Salúdalos de mi parte.

—Claro.

Sé que podría preguntarle por qué está él aquí, pero me imagino la respuesta. Sin embargo, Hugo habla, como si hubiera escuchado mis pensamientos.

—Yo, por trabajo; tengo que ir a Granada en unos días, y en el último momento decidimos pasar por aquí, ver cómo iban las cosas. Un plan improvisado, ya ves.

Me escuece ese «decidimos», que suene tan natural, el modo en que lo dice y lo siente, así que tan solo asiento con un gesto de cabeza.

Noto que me vibra el móvil y sé que me ha llegado un WhatsApp. Grace me está esperando con Caleb en el Arlequino para cenar, y ya llego tarde. Vuelvo a toparme con esos ojos azul hielo, y sonrío con cariño. Aunque duela. Aunque siempre duela.

—Adiós, Hugo.

Me despido repitiendo las últimas palabras que le dije hace ya muchos años, frente al mismo mar que nos vio separarnos por primera vez...

Febrero de 2015

Epílogo

— ...Pero allá en el templo del Apóstol Santo, una niña llora ante su Patrón, porque la capa del tuno que adora no lleva la cinta que ella le bordó... porque la capa del tuno que adora no lleva la cinta que ella le bordó. Cuando la tuna te dé serenata, no te enamores, compostelana...

Me reí mientras intentaba abanicarme por el excesivo calor que hacía dentro de aquel antro al que nos había arrastrado Caleb a todos. Era viernes y, como él siempre decía, «la noche *granaína* no espera».

Y ahí nos encontrábamos, en un local en el que había irrumpido la tuna de la universidad, volviendo loco a todo el mundo. Choqué el botellín de cerveza contra el de Andrea, que coreaba encantada a pesar de que parecía tener mucho más calor que yo, y me uní a las palmadas que marcaban el ritmo de la centenaria canción.

Pronto terminaron, y, como era tradición, se pasearon entre la gente tendiendo esas panderetas llenas de cintas —como sus capas — para que se les diera propina. Cuando uno de ellos se acercó a nuestro grupo, clavó sus ojos castaños sobre mí mientras le tendía un billete de cinco euros.

—A ti no te puedo aceptar el dinero —dijo de pronto, sorprendiéndome.

—¿Cómo? —le pregunté algo pillada.

Él sonrió.

—No puedo aceptarlo y luego pedirte el teléfono.

Me reí divertida.

—¿En serio? ¿Así es como entráis los de la tuna? —Andrea se hizo oír por encima de la música, que volvía a sonar a todo trapo.

El chaval le guiñó un ojo y se centró de nuevo en mí.

—¿Qué me dices? ¿Me lo das?

—¡Ni siquiera te conozco! —me reí de nuevo, negando con la cabeza.

—Miguel —se presentó rápidamente, haciendo que siguiera riéndome—. ¿Tu nombre?

—Ava.

—Ava... —repitió como saboreándolo—. Ava, ya no somos desconocidos. Puedes darme tu teléfono.

—¿De verdad que esto te funciona? —insistió Andrea. Pero esta vez, el supuesto Miguel no despegó la mirada de la mía.

Tiré de una de sus muchas cintas de colores.

—Según sus canciones, sí que le funciona, sí —dije yo. Cada cinta, una chica, o eso era lo que decían.

—Esto es pura fachada —explicó él, quitando hierro al asunto.

Entrecerré los ojos. Me lo estaba pasando bien, y no era un tipo feo. Pelo castaño algo ondulado y lo suficientemente largo como para pasar los dedos por él. La nariz, angulosa; los labios, algo finos, y la sombra de una barba que se acentuaba porque su piel era tan clara como la mía.

Agrandando mi sonrisa, cogí un trozo de servilleta y, tras sacar un boli del bolso, apunté mi número.

—¿No me haces una perdida? —me preguntó, sabiamente receloso.

—Lo tomas o lo dejas —reí.

No me apetecía explicarle que le había prestado el móvil a mi querida hermana pequeña porque esta había roto el suyo y no me sentía tranquila si ella salía de fiesta sin un teléfono a mano.

Miguel asintió, guardó el trozo de papel y tuvo que salir a toda prisa del local porque sus compañeros de tuna lo llamaban a gritos. Seguramente, esa noche tenían que recaudar.

Seguía con la sonrisa dibujada en los labios y la vista fija en la puerta del local, cuando entró en escena. No apareció solo. Fui consciente de que iba acompañado de dos personas, pero no vi más allá.

Tan solo sé que todo dejó de existir y pasó a formar parte rápidamente de un segundo plano cuando sus ojos azules me encontraron entre esa multitud.

Porque Hugo siempre me encontraba.

Siempre.

El recuerdo es más podersoso que cualquier final. Y para ellos fue tan solo el principio.

Ava creció feliz en un pueblo costero junto a su madre y su hermana, con el rumor de las olas como testigo de que el mundo era infinito y el salitre, que lo vuelve todo salvaje, pegado a la piel. Hasta que un día todo cambió y se hundió en medio de la tempestad.

Hugo también vivía en ese lugar marcado por el mar, pero su ilusión era marcharse lo más lejos posible, a un lugar que no le impusiera límites, donde el futuro fuera prometedor. Lejos de una familia y un entorno que siempre había remado en su contra.

Estos eran los planes de Ava y Hugo, pero cuando se miraron a los ojos y vislumbraron un mismo horizonte, uno capaz de volver el mar en calma y de cambiar todos sus objetivos, supieron que mantenerse a flote era solo cuestión de saber nadar a contracorriente.

¿Dejarán Ava y Hugo que el destino, las olas y el mar dibujen su camino?

¿Encontrarán una tabla en la que surcar juntos otros mares? ¿Llegarán al puerto que tanto anhelan?

Paula Ramos nació en Madrid en 1989. Amante de la lectura, comenzó a escribir sus primeras historietas a los doce años, y desde entonces no ha parado de crear mundos y personajes. Graduada en Bellas Artes y Diseño, compagina estas dos grandes pasiones con la escritura. Su primera novela autopublicada, *Caminos cruzados*, salió a la luz en 2013. Después se adentró en la novela juvenil romántica con la bilogía de «Abril» (*Firmado, Abril* y *Cartas para Abril*) y *Pinkies Girls* (2020). Dentro del género fantástico publicó *Los cuatro reinos* (2018) y su continuación, *Los reinos olvidados* (2019). Con la trilogía formada por *Manual para días rojos*, *Instrucciones para días rosas* y *Consejos para días azules*, se adentró en el género romántico adulto.

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Paula Ramos
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: © Elsa Suárez / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6531-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Instagram: @penguinenamora
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

[1] Protagonista femenina de *Dirty Dancing*. *(N. de la A.)*
[2] Protagonista masculino de *Dirty Dancing*. *(N. de la A.)*
[3] Programa de MTV. *(N. de la A.)*

Índice

Cuando fuimos fugaces

Abril de 2023
Ese verano, julio de 2011. Ava
Ava
Ava
Abril de 2023. Ava
Ese verano, julio de 2011. Ava
Ava
Ava
Abril de 2023. Ava
Ese verano, julio de 2011. Ava
Ava
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Abril de 2023. Hugo
Julio de 2011. Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava

Hugo

Ava

Hugo

Ava

Abril de 2023. Ava

Julio de 2011. Ava

Hugo

Ava

Hugo

Ava

Hugo

Ava

Hugo

Abril de 2023. Ava

Agosto de 2011. Ava

Ava

Hugo

Ava

Hugo

Ava

Ava

Hugo

Ava

Hugo

Ava

Abril de 2023. Ava

Septiembre de 2011. Ava

Hugo

Ava

Ava

Hugo

Ava

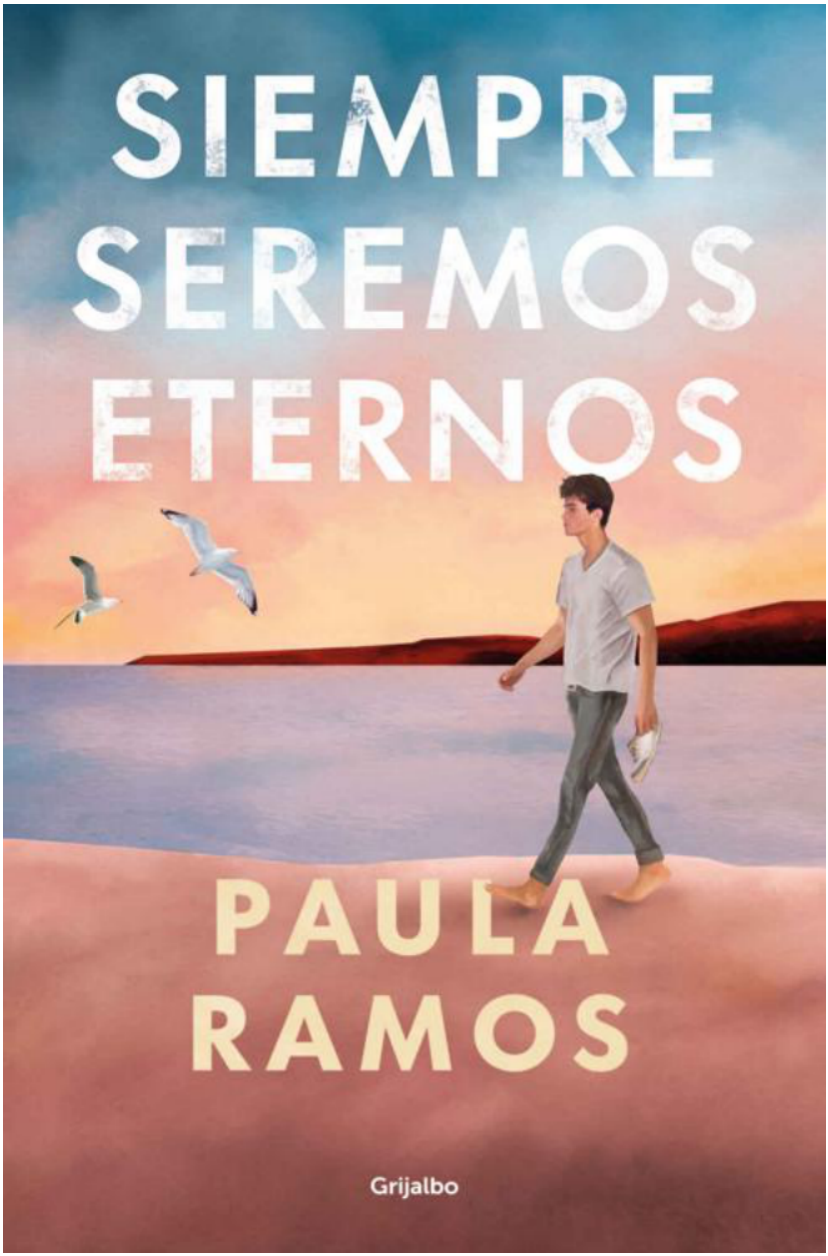
Hugo

Ava

Hugo

Ava
Hugo
Ava
Hugo
Abril de 2023. Hugo
Septiembre de 2011. Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Ava
Octubre de 2011. Hugo
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Hogo
Ava
Hugo
Ava
Noviembre de 2011. Hugo
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Hugo
Ava
Abril de 2023. Ava
Febrero de 2015. Epílogo

Sobre este libro
Paula Ramos
Créditos
Notas


SIEMPRE SEREMOS ETERNOS
PAULA RAMOS
Grijalbo

PAULA RAMOS

Siempre seremos eternos

Grijalbo

Para todas las Lorenas, que siempre
ponen su granito de arena para hacer
de este mundo un lugar más mágico.
Y para Sergio, por ser el primero en leer
esta historia y emocionarte con ella.
Cómo no iba a ser para ti

Todos estamos en el pozo, pero algunos
miramos las estrellas.

OSCAR WILDE

Dime, ¿qué piensas hacer con tu única,
salvaje, preciosa vida?

MARY OLIVER

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Doy un paso tras otro. Sin mirar atrás. Sin titubear, y a cada paso que doy, soy consciente de que esta vez va a ser diferente. Quizá sea porque nos hemos separado en el punto donde terminó todo por primera vez, si es que esa frase tiene sentido… aunque, sí, para nosotros lo tiene. Nuestra historia empezó ese verano, cuando éramos unos críos, y finalizó en el mismo lugar que había presenciado el inicio.

Sin embargo, hoy… hoy esta despedida es diferente. Lo siento. Lo sé.

Por eso no me doy la vuelta. Por eso no hago caso a esa vocecilla tan irresponsable que siempre toma protagonismo cuando él entra en escena, porque… ¿para qué?, ¿para qué quiero ver cómo se aleja?

«Además —me susurra mi consciencia—, ya no está solo. Ahora… ahora todo es distinto».

No me vuelvo, no. Pero sí que levanto la mirada hacia el frente, y veo a Grace observándome a pocos pasos de distancia. Me sonríe cuando nuestras miradas se encuentran, pero sé que la alegría no le llega a los ojos oscuros, esos que heredó de papá, y sé que se debe a la tristeza que aún la invade, igual que a mí. De todos modos, sé que mirarnos le duele más a ella que a mí. Al fin y al cabo, heredé los ojos de mamá…

Camino hacia mi hermana pequeña; aunque el término siempre la acompañará, no es real. Grace hace tiempo que dejó de ser esa mocosa diablilla que nos volvía locas. Se ha convertido en toda

una mujer de veinticinco años que, cruzada de brazos, me espera con paciencia apoyada en el capó de su coche. Sigue teniendo la larga melena alborotada del mismo pelirrojo intenso que el mío, la pálida piel salpicada por las pecas que solo los más valientes se atreverían a intentar contar, y una figura esbelta, ahora enfundada en unos vaqueros rotos y una chaqueta de cuero.

—¿Ese de ahí es…? —pregunta cuando la alcanzo.

Pero la interrumpo:

—Entra en el coche, por favor.

Grace enfatiza la expresión de los ojos en un gesto muy suyo, pero obedece, algo que le agradezco desde lo más profundo de mi ser. Pero, claro, no deja de ser Grace, así que, cuando cerramos las puertas del vehículo una vez dentro y arranca el motor, vuelve a hablar. Por supuesto que lo hace.

—Entonces, era cierto, ¿no? Hugo, en Mojácar. —Mi hermana saca el coche del estacionamiento y se incorpora a la carretera para ir al pueblo, alejándonos de la costa y los chiringuitos.

—Ya ves —logro decir mientras intento por todos los medios no mirar hacia donde debe de estar Hugo en compañía de Lara.

Hugo. En compañía de Lara. ¿Cuándo demonios había sucedido eso?

—Y tú, en Mojácar —sigue comentando Grace como si tal cosa.

La miro ceñuda, la mala leche va ganando terreno.

—Todos en Mojácar, sí —digo, y me inclino para encender la radio del coche, esperando que así capte el mensaje.

—¿Has estado toda la tarde con él? —continúa Grace al tiempo que detiene el coche.

Nos encontramos en el ceda el paso de la rotonda a la que nos vamos a incorporar para salir de la zona costera y subir al pueblo.

—… y haz el favor de no mentir, que sé la verdad —añade.

—Entonces ¿para qué preguntas? —le contesto, cruzándome de brazos.

Grace suspira.

—Te pones inaguantable cuando hablamos de él —murmura.

Decido que es buen momento para guardar silencio, porque, sí, tiene razón.

Negarlo sería absurdo.

Opto por centrarme en el exterior mientras el coche avanza por esa carretera de curvas que asciende hasta la montaña, hacia el pueblo que nos vio crecer.

Y, en cierta forma, nos veo.

Recuerdos nítidos me permiten contemplar a una Ava mucho más joven que camina por esa acera en dirección contraria, seguramente hacia alguna de las quedadas de la playa. No va sola, la acompaña un Caleb adolescente. Hablan, se ríen de alguna tontería, incluso Miriam va con ellos…

Una punzada me atraviesa el corazón. ¿Cómo ha podido pasar el tiempo tan rápido? ¿Dónde quedan esos recuerdos?, ¿guardados siempre en ese mismo lugar?, ¿o siempre bajo mi piel?

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla y contengo un suspiro, pues hemos llegado al pueblo y ya no solo me avasallan los recuerdos de nosotros creciendo allí, sino que también aparece ella. Mamá.

Odio Mojácar. Odio todo lo que me hace sentir. Odio que me haga tomar conciencia de todo lo que dejé atrás, de todo lo que perdí.

Ava

Volver a atravesar la puerta sabiendo que mi madre no estará duele demasiado, pero mantengo una expresión neutra por Grace, a quien se le escapa una lágrima que intenta disimular cuando cerramos detrás de nosotras.

—¿Estás bien? —quiero saber.

Mi hermana simplemente asiente mientras deja el bolso sobre el mueble de la entrada; todavía no lo hemos empezado a vaciar como el resto de las cosas de la casa.

Recorro con la mirada las numerosas cajas esparcidas por el salón-comedor, en el que pasábamos incontables noches haciendo sesiones de cine, las tres atrincheradas y apretujadas en el sofá mientras teníamos reveladoras conversaciones, regañinas, risas y llantos.

Oigo que Grace se mueve por el salón y me dirijo a la cocina, entonces me doy cuenta de que da igual hacia dónde mire. Mamá está en cada rincón de la casa.

Un familiar nudo ya no solo me atenaza con dureza la garganta sino el mismísimo pecho, pero tengo que mantener el tipo. Por Grace, por mí y por… y por mi madre.

Ya han pasado ocho meses y sé que le horrorizaría vernos abatidas. Somos sus chicas, sus valientes y fuertes chicas… Pero, mamá, ¿cómo me puedo sobreponer a tu marcha?

Sé que me contestaría con alguna de sus frases ácidas y sarcásticas que me haría poner los ojos en blanco; daría lo que fuera por escucharla una sola vez más.

Cierro los ojos antes de abrir la nevera para sacar una botella de agua y servirme un vaso bien frío.

—¿Y Caleb? —me pregunta Grace.

Carraspeo para alejar todos esos pensamientos y oigo que se acerca a la cocina con paso firme.

—¿No está arriba?

—No —niega Grace—. ¿No íbamos al Arlequino a cenar?

—Ese era el plan —asiento, y saco el móvil del bolsillo de mis pantalones—. Quizá nos esté esperando ya allí…

Justo en ese momento, se oye un portazo en la entrada.

—¿Chicas?

La inconfundible voz de Caleb llega a nuestros oídos, y ambas sonreímos.

—Ya pensábamos que nos habías dado plantón.

Ese es el saludo de mi hermana, yo tan solo me vuelvo para ver a mi mejor amigo entrar a la cocina.

—¿Yo? ¿Plantón a mis pelirrojas favoritas? —contesta, llevándose una mano al pecho con teatralidad.

—Ni que tuvieras muchas pelirrojas en tu vida —lo sigue pinchando Grace.

Caleb la mira con un gesto de inconfundible indignación.

—Bonita mía, vivo en tu querida Irlanda, por supuesto que *tengo* muchas pelirrojas en mi vida.

Por la entonación de mi amigo, sé por dónde van los tiros de la conversación, así que intervengo:

—Bueno, ¿dónde estabas?

—En el Arlequino.

—¿Ves? —Grace sonríe como el ser maligno que es—. Eso huele a intento de plantón.

—No. Eso huele a previsión —le contesta Caleb, que se cruza de brazos.

—¿Y bien? —insisto, adivinando lo que está a punto de desvelar el moreno que se apoya en la isla de la cocina.

—No hay sitio. Tendríamos que haber reservado.

—¿Qué? —se queja Grace.

Caleb se encoge de hombros.

—Es lo que hay, monada —contesta él al tiempo que se sacude los rizos.

Ahora solo los lleva en la parte de arriba, pues se ha cambiado el peinado, y los laterales los tiene tan cortos que no se le forman tirabuzones; la imagen del Caleb adolescente que recorría las calles de este pueblo queda muy lejos de la actual.

Sí, ante mí hay ahora un hombre de casi treinta años que ha abandonado cualquier signo de la niñez; un hombre con el que he crecido, con quien nos hemos acompañado en los buenos y malos

momentos, y que no ha dudado ni un instante en dedicar días de vacaciones a acompañarnos a Grace y a mí hasta el que fue nuestro hogar, dispuesto a ayudarnos a vaciarlo para la venta. Caleb dirige su mirada de oscuros ojos hacia mí, y ese insignificante detalle me basta para adivinar que hay algo más. Nos conocemos demasiado bien como para malinterpretar nuestros gestos.

Me tenso.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Grace nos mira intrigada, sobre todo cuando Caleb tamborilea los dedos sobre la superficie de la isla, claramente nervioso, debatiéndose entre una respuesta y el silencio.

—¿Caleb? ¿Cómo es de malo? —quiero saber.

Caleb se yergue de nuevo y toma aire antes de soltar la bomba:

—Hugo está aquí, y con «aquí» me refiero a «aquí mismo», en Mojácar.

—Ah… —digo antes de que Grace estalle en una carcajada.

—Llegas un poco tarde para la exclusiva —comenta mi hermana mirando significativamente a Caleb, cuya expresión pasa de la preocupación a la estupefacción.

—No —niega él. Sus ojos me estudian, pero como la risa de Grace sigue, no queda espacio para las dudas—. No, joder, Ava. No.

—¿«No»? —repito—. No es lo que piensas.

—Ha estado toda la tarde con él —le desvela Grace, con una insoportable entonación de redicha.

—¡AVA! —me regaña Caleb, mirándome horrorizado.

—Por favor, estás sacando las cosas de quicio —le contesto mientras intento dar una colleja a mi hermana.

Sin embargo, la pelirroja me esquiva con una sonrisilla de duende que me insta a perdonarle su actitud. Hacía tiempo que no veía esa sonrisa, y si es a mi costa, que así siga. Pero no tarda en cambiar la expresión, porque me lee los pensamientos —imagino — o porque piensa lo mismo que yo.

Se aclara la garganta —de pronto, preocupada por una arruga

invisible en su sencillo jersey fino— y se dirige hacia la salida de la cocina.

—Bueno, chicos, os dejo —nos aclara—. Voy arriba, a ver cómo puedo organizar las cajas de mi habitación, que casi no he empezado.

Y sin darnos tiempo a añadir nada, sale de la cocina. Me quedo congelada, no sé si intentar que se quede para hablar con ella o si pretender que no pasa nada. Siento que lo estoy haciendo todo mal, que…

—Poco a poco, Ava. Poco a poco. No te martirices —habla Caleb, interrumpiendo mis negativos pensamientos.

Desvío la vista del sitio por donde ha desaparecido Grace, y me topo con la mirada comprensiva de Caleb.

—¿Dolerá menos? —quiero saber.

—Dolerá diferente —me promete él.

Suspiro, esperando que tenga razón, y lo miro de nuevo mientras me sujeto la larga melena en una coleta alta.

—¿Qué cenamos entonces? En la nevera no hay nada. ¿Pedimos algo? —le propongo.

—Sí, claro —asiente Caleb.

Consulto en el móvil en qué restaurantes se podría pedir. Hace mucho tiempo desde la última visita a Mojácar, y no tengo ni idea de qué locales envían comida a domicilio. La mejor opción son unas pizzas. Mientras estoy concentrada en el pedido, Caleb danza por el salón, inmerso en la labor que nos atañe en este viaje. Cuando mi amigo habla de nuevo, descubro que no se había alejado.

—Así que has visto a Hugo…

Levanto la mirada y lo pillo estudiándome con cierta seriedad. Por un instante mantengo el duelo de miradas, pero después asiento; ¿para qué negarlo?, si realmente necesito esta conversación.

—¿Cómo está? —me pregunta Caleb.

—Igual y… distinto.

Mi amigo medita mis palabras con la cabeza ladeada

suavemente.

—Esta respuesta me suena. —La sombra de una sonrisa aparece en su semblante.

A él también le cuesta estar de nuevo en pueblo. Pero eso es otro tema, así que me centro en lo que estamos tratando.

—Pero ahora es distinto —insisto.

—¿Sí? ¿Y eso?

Noto la ironía en su voz. Pero es cierto, esta vez lo es… ¿verdad? Desvío la mirada cuando me llega el aviso de que el restaurante ha aceptado el pedido.

—¿Ava? —me llama la atención Caleb.

Cuando levanto la mirada nuevamente, decido decírselo:

—Está con Lara.

La sorpresa invade su expresión.

—¿Con Lara, Lara? —quiere asegurarse.

Y lo entiendo, claro que lo hago.

—Sí.

—Joder. —Es lo único que dice.

—Lo sé.

Volvemos a sumirnos en un silencio denso, cargado de recuerdos y momentos que inútilmente procuras que no salgan a flote.

—¿Sabes? Eso no tiene que significar nada. —Los ojos de Caleb me buscan.

Lo miro y le sonrío.

—Caleb, sabes que eso lo significa todo.

—Hay historias que están…

—Condenadas a repetirse —lo corto, y a su frase añado una anotación que quizá diste de lo que quería decir él—: Por lo menos, hasta que se decida poner el punto final.

—¿Y es que ahora vas a ponerlo?

Hago una mueca al escuchar su pregunta, pero él sabe dónde hay que indagar.

—Sí.

—¿Sabes?, esa respuesta también me suena.

No puedo evitar otra mueca. Al fin y al cabo, en cierto momento de nuestra historia, siempre tendremos que recordar…

Febrero de 2015

Granada

Ava

«Copacabana», de IZAL.

Es la canción que comenzó a sonar cuando nuestras miradas se encontraron casi de un modo inverosímil entre la muchedumbre que ni siquiera era consciente de lo que acababa de suceder.

Hugo.

Yo.

Hugo y yo.

En el mismo bar.

Salí del trance al despegar la mirada de la suya, pues me había asustado un súbito movimiento; tan solo era nuestra amiga Leticia, que se unía a la mesa con un nuevo suministro de botellines de cerveza y un bol de golosinas sospechosas que no pensaba tocar ni con un palo.

Andrea y Caleb comentaron algo que provocó la risa de todos, pero yo volví a dirigir la mirada hacia la entrada del bar.

Ya no había ni rastro.

Como si hubiera sido un espejismo, estaba completamente despejada, sin señal alguna de un joven de veinticuatro años al que hacía demasiado tiempo que no había visto, incluso en mis sueños, porque, sí, Hugo me había visitado en sueños.

—Ahora vengo —dije a nadie en particular.

Me separé del grupo y me interné entre los que bailoteaban con un gran subidón el tema de IZAL.

Recuerdo ese momento como si hubiera entrado en un trance especial. Es decir, era consciente de lo que había alrededor, pero en cierta forma, no. Tenía la sensación de haberme metido en una película, de las antiguas, en blanco y negro, y casi de cine mudo. Recuerdo que la música me retumbaba en el pecho, que la gente me impedía andar en línea recta; el juego de luces parpadeante que nos zambullía a todos en una atmósfera *underground* entre sombras y luces me permitió descubrirlo de nuevo. Mirándome. Estudiándome en la distancia. Acortándola.

Mi corazón aleteó y el estómago me sacudió con esa peligrosa y adictiva sensación que hacía tiempo que no me asaltaba.

Era como lanzarte al vacío, como gritar a todo pulmón en medio del silencio, como acelerar en una carretera de un solo sentido.

Como ver una estrella fugaz.

Continué avanzando entre esa bruma en la que dudas de que tu vivencia sea real. Esquivé a un grupo de chicas que brincaban felices. Bordeé a otro grupo de rostros invisibles.

Hugo hizo lo mismo hasta que, por fin, nos encontramos en medio de la marea de gente.

El tiempo se detuvo.

La distancia entre nosotros chisporroteó.

Y no éramos los únicos que lo notamos, porque a pesar de la multitud que nos envolvía, nadie, absolutamente nadie, se interpuso entre ambos. Todo el mundo respetó el espacio vacío que quedaba entre los dos.

—Eres tú. —Fue lo primero que le dije.

Hugo sonrió; supe que era una sonrisa sincera, pues no siempre lo eran, pero yo podía identificar y reconocer cada uno de sus gestos.

—Hola, Ava.

Sentí la tentación de cerrar los ojos para disfrutar de su voz

pronunciando mi nombre. Solo Hugo tenía la capacidad de erizarme la piel con sus palabras.

Nos quedamos en silencio, a dos escasos pasos, sin decirnos nada pero contándonoslo todo. Examiné con detenimiento sus rasgos, más masculinos, más marcados que la última vez que nos habíamos visto. Sin rastro de barba debido al minucioso afeitado; el pelo oscuro, siempre corto, pero con mechones rebeldes en la parte superior que procuraban ocultar sus ojos azules que esa noche me parecieron electrizantes.

Qué guapo era. Y no era la única que lo apreciaba. Algunos a nuestro alrededor lo repasaron bien, o quizá tan solo nos miraban intrigados porque éramos dos personas de pie en mitad de la pista, sin moverse, sin hablar. Solo mirándose.

Mis ojos vagaron por su cuerpo. Me sorprendí al intuir trazos de tinta en su cuello. ¿Ahora tenía más tatuajes?

Inmediatamente me asaltó una batería de preguntas: «¿Cuántos tenía? ¿Qué dibujos decoraban su piel? ¿Se los había hecho él? ¿Alguien se los había visto?». Y… y la más definitiva: «¿Por qué estaba ahí?».

—¿Qué tal estás? —rompió de nuevo el silencio.

Recuerdo que estuve tentada de tocarle para comprobar si era real, pero ¿y qué más daba si no lo era? Podría disfrutar de esa alucinación, ¿para qué estropearlo?

Sonreí genuinamente y vi que estudiaba el gesto de mis labios.

—Bien. Muy bien —respondí.

—He visto a Caleb por ahí al fondo —comentó, y yo asentí—. Él no me ha visto, pero parece estar bien.

—Está mejor que nunca —asentí de nuevo.

—Me alegra saberlo.

Me dedicó una sonrisa contenida. No pude esperar más.

—Hugo. —Pronunciar su nombre provocó que mi cuerpo reaccionara, en especial cuando él guardó silencio y me contempló prestándome toda su atención—. ¿Qué haces aquí?

—¿Aquí o…?

—En Granada.

Tenía que hacerle esa pregunta.

—Tan solo estoy de paso.

No era la primera vez que me daba esa respuesta, y mi fuero interno, que se disparaba ante su presencia, sabía que tampoco sería la última.

Asentí lentamente mientras asimilaba e intentaba descifrar sus palabras, cuando alguien me empujó desde atrás, perdí el equilibrio y me abalancé hacia él. No llegué a tocarlo, el empujón no fue tan fuerte, pero sí que acortó la distancia entre nosotros, y… y nuestras manos se rozaron.

Alcé nuevamente la mirada, esta vez tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder conectar con la suya.

—Ava…

—Sabías que estaba aquí.

No fue una pregunta, o quizá sí; tan solo lo dije, y que él lo interpretara como quisiera.

Hugo cogió aire y sus labios esbozaron una lenta sonrisa que no tomó todo el protagonismo, pues se estaba conteniendo; y él sabía que yo también.

—No sabía que estabas aquí…

—Ha sido una casualidad. —Terminé la frase por él.

Y ahora sí que sonrió, como yo, porque era imposible no hacerlo.

Tenía miedo. Oh, sí, sí que lo tenía. Pero a la vez lo sentía correcto, dándome cuenta de que esto era lo que tenía que suceder. Hugo debió de leer en mi expresión el rumbo de mis pensamientos, incluso en el lenguaje corporal. Unió nuestras frentes.

—Joder, Ava… no he venido solo.

Su confesión no me alteró en absoluto. Quizá fuera por el alcohol, no lo sé, pero busqué su mirada.

—Entonces ¿por qué has venido a buscarme?

No dijo nada, porque no había una respuesta que ninguno de los dos no supiéramos ya. No perdimos más tiempo. Nuestros labios se encontraron. Desconozco quién acortó finalmente la

distancia, pero nos besamos. Nos besamos como hacía tiempo que nadie me besaba, y sabía que tampoco a él lo besaban así.

Saltaron chispas. Como cada vez, como en cada encuentro que nos deparaba el destino. Parecía que se empeñara en entrecruzar nuestras vidas, e invadiéramos cada rincón sin temor ninguno y sin reservas, pero, a la vez, sin mezclarnos.

Éramos como el aceite y el agua, uno danzando alrededor del otro pero sin llegar a fundirnos por mucho ímpetu que le pusiéramos.

Al principio fue doloroso.

Después, dejamos las preguntas a un lado.

Al final, nos dimos cuenta de que no era posible.

Esa noche, en medio de gente desconocida, nos besamos con cierta desesperación; habíamos decidido dejar las preguntas para otro momento, pero eso siempre es un error, como pronto aprenderíamos.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy solo en la habitación, completamente a oscuras. Sentado en el borde de la cama de matrimonio, descanso las manos sobre las rodillas, presionándolas como si el gesto sirviera de algo, y… y estoy agradecido de haberles dicho que fueran saliendo sin mí, que me uniría a ellos en un momento.

Ni siquiera he podido mirar a Lara a los ojos. ¿O sí que lo he

hecho? No lo sé, y me siento mal por ello, porque lo sabía, en el fondo sabía que esto pasaría.

Me levanto de la cama y salgo afuera, a la terraza, donde la fresca noche me acuna mientras intento ordenar mis pensamientos.

Enciendo de manera casi enfermiza un cigarrillo, y por un instante fijo la atención en la calada larga, en el modo en que el humo entra y sale de mi cuerpo, en cómo me calienta los pulmones; a pesar de ello, la nicotina no disuelve ese nudo que me atenaza el pecho.

Y es que… ¿qué pretendía?

Cuando en el último momento propuse pasarnos por Mojácar para ver cómo estaba todo, en el fondo lo hice por ella. No para encontrármela, pues ni siquiera sabía que estaba aquí, tan solo… tan solo tuve una corazonada muy parecida a las numerosas corazonadas del pasado. Y… tal como me había preguntado en tantas otras ocasiones, si estaba, ¿no quería verla una vez más?

Sé que tengo que alejar esos pensamientos, dejar de martirizarme con ellos. Mis ojos se pierden en la oscuridad que me envuelve, en las vistas de la terraza del hotel de un Mojácar muy distinto al que conocí, pero es que ya no soy el mismo Hugo. Todo ha cambiado tanto que no parece real.

Me termino el cigarrillo admirando la tranquila noche mientras alejo la mente de aquellos ojos azules oscuros y cabellera rojiza. Pero sé que, a pesar de mis intentos, volverá, como siempre.

Salgo de la habitación con determinación, como si el gesto de cerrar la puerta fuera mucho más allá, como si con ello lo dejara todo atrás. Aun sabiendo que esa es una de mis mentiras más antiguas.

En el ascensor, una pareja está inmersa en una conversación privada; al darse cuenta de mi presencia guardan silencio y siento sus miradas sobre mí. Sé lo que sucede: les sueno, pero no saben de qué. Una vez llegados a la planta principal, salgo sin establecer contacto visual con ellos, dispuesto a cruzar el pequeño *hall* del bonito hotel en el que nos alojamos.

Oigo que me llama un empleado. Me vuelvo, y con una voz

atropellada y algo avergonzada me comunica que la dirección del hotel quiere invitarnos a una cena de degustación, invitación que declino con educación. No me gusta este tipo de trato especial, pues a pesar de los años transcurridos, no llego a acostumbrarme a que continúen haciéndolo.

Es irónico.

¿Ahora, que es cuando menos necesito, más me ofrecen? La vida parece una puta broma, constantemente. Y de las de humor negro.

Salgo del hotel y me saco el móvil del bolsillo. Podría llamarles y preguntarles dónde están cenando, pero prefiero mandar un mensaje para tener tiempo de caminar y despejarme mientras espero a que me indiquen el lugar. Necesito volver a ser yo. O la versión de mi «yo» sin ella…

Sé que acabaré yendo a la playa, la echo de menos; demasiado como para negarlo e intentar alejarme del mar cuando tengo la posibilidad a escasos metros de mí.

Ahora que puedo decir que conozco mundo, ahora que tengo un lugar al que llamar «hogar»… Ahora puedo decir que Mojácar siempre será ese lugar, ese sitio especial sobre el cual siempre diré que nunca quiero volver, del que siempre renegaré; sin embargo, en el fondo, seré consciente de que es mi lugar. Porque en él tengo los recuerdos de mi «yo», no sé si real, pero sí la versión de mí que ha dado sentido a todo lo que ha ido persiguiendo y conformando mi vida.

Me detengo para mirar el cielo estrellado mientras escucho el mar de fondo. Aunque sé que no debo, busco en el cielo una estela —como de costumbre—, esa huella que siempre me lleva a ella. Sin embargo, sospecho que el hecho de no ver ninguna desde hace tanto tiempo es una señal.

La señal de que las fugaces ya no son las estrellas, sino nosotros.

Ava

Una vez cenados, mi hermana y yo nos sentamos en el sofá —todavía no sabemos qué vamos a hacer con él— mientras Caleb ronda por la cocina. Ni idea de lo que está haciendo, pero por el ruido de cajones abriéndose y cerrándose, busca algo que desconozco, pero tampoco se lo voy a preguntar, pues estoy francamente agotada.

Suspiro y reclino la cabeza en el respaldo del sofá; espero que, con el paso de los días, mejore mi congoja.

Me sorprende la determinación de mi hermana al hablar:

—Me lo llevo a casa.

—Te llevas ¿el qué? —le pregunto sin entender a qué se refiere.

—El sofá, ¿qué va a ser? —Grace me responde como si me faltara un tornillo.

Me vuelvo para mirarla sin ocultar mi gesto de incredulidad.

—Venga, Grace —niego con la cabeza—. ¿Cómo te lo vas a llevar? Déjate de tonterías.

—Llevándomelo —me contesta con tozudez—. Y no es ninguna tontería. No sé si lo recuerdas, pero esa vez que mamá lo vendió, se arrepintió tanto que salió a buscarlo. No lo pienso abandonar. ¡Es nuestra herencia!

Pestañeo.

—¿Có… cómo? —logro decir mientras procuro procesar sus palabras.

—Lo que oyes. Vale que vamos a vender todas las cosas. Está

bien, tiene sentido que nos deshagamos de la mayoría; pero como nos llevamos otras… esta será una de ellas.

—Grace, a ver. No lo estás pensando bien… —continúo rebatiéndola.

Entonces entra Caleb al salón, con una bandeja en las manos y algo que nos llama la atención.

—¿Baileys? —Grace se estira para alcanzar el vaso con hielo y la cremosa bebida que él le tiende.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto extrañada.

—¿De verdad que tengo que responder?

Caleb me guiña el ojo y se sienta entre nosotras tras depositar con cuidado la bandeja sobre las dos cajas de cartón que nos sirven de mesa.

Sonrío levemente antes de inclinarme y tomar un vaso. Caleb coge el que queda y brindamos sin añadir nada; en silencio, simplemente damos un trago a la dulce y espesa bebida, la crema irlandesa nos trae algunos recuerdos, ahora que estamos los tres juntos en el salón.

Grace rompe el silencio, verbalizando los pensamientos de los tres:

—¿Os acordáis de la cogorza que nos cogimos esas Navidades?

Se me escapa una sonrisa y los miro; Caleb también sonríe, con la mirada perdida en algún punto del techo del salón. Esas Navidades resultaron duras para él, fueron las primeras que pasó sin sus padres, pero mi madre le abrió las puertas de casa de par en par, y los cuatro celebramos las fiestas juntos.

Esa Nochebuena, mi madre preparó un delicioso cóctel navideño a base de la famosa crema irlandesa, y estaba tan bueno que se nos fue de las manos.

—Era mi primera borrachera —se ríe Grace.

—Por favor, Grace. No mientas —bufa Caleb.

Me río.

—Me refiero —concreta mi hermana— a la primera borrachera en casa con mamá.

—Lo recuerdo —contesto mientras niego con la cabeza y me muerdo el labio en un gesto entre disgustado y divertido—. No paraba de decirle a mamá que no te dejara beber.

—Solo tomé una copa, aguafiestas. ¿Verdad, Caleb?

—Sí, señorita. Una detrás de otra —asiente, haciéndonos sonreír.

Sin embargo, el silencio de él tras la automática queja de Grace me invita a observarlo, y descubro que sigue perdido en sus pensamientos.

Grace me mira y después dedica un vistazo significativo al moreno sentado entre nosotras. Sí, ella también sabe que le pasa algo.

—¿Sabéis? Me voy a la cama —anuncia de pronto Grace antes de ponerse en pie.

—¿No te terminas la copa? —Caleb la mira confundido.

Mi hermana niega con la cabeza.

—Os la dejo a vosotros. Me voy a dormir pronto, que mañana tiene que ser un día productivo.

Su mirada de ojos oscuros encuentra la mía y no hace falta que diga más. Está dejándome vía libre para que hable con Caleb.

—Buenas noches —nos despedimos ambos.

Ella nos dedica un gesto algo difuso con la mano y desaparece por las escaleras.

Al oír que se cierra la puerta de su cuarto, nos giramos como por un resorte para mirarnos y hablar a la vez.

—¿Qué te pasa? —le pregunto yo.

—¿Me vas a explicar de una vez de qué habéis hablado Hugo y tú? —dice él.

—¿Es eso? —Lo miro sorprendida—. ¿Estás preocupado por eso?

Caleb enarca las cejas.

—Cómo decírtelo. Que me hagas esa pregunta ya es un aviso de alarma.

—Caleb… —me quejo.

—Ava —replica él, mirándome—. ¿De verdad pensabas que

dejaría a medias la conversación que hemos tenido en la cocina?

—Es que no hay nada nuevo que añadir. Está en el pueblo, sí. Otra maldita casualidad de las muchas que llevamos a rastras. Pero esta vez… —Callo, no estoy muy segura de querer terminar la frase.

Caleb inclina la cabeza para verme mejor, pues conforme hablaba he ido escondiendo la cara.

—¿Esta vez?

—Ya te lo he dicho. Esta vez es distinto. Está con Lara.

—No es la primera vez que alguno de vosotros está con alguien, y eso, bonita mía, nunca os ha detenido.

Su sarcasmo me hace arquear la ceja.

—Pretendes hacer daño. ¿Qué pasa?

Caleb suspira y da un largo trago a su bebida hasta terminársela; entonces coge la copa de Grace.

—¿Caleb? —insisto.

—Es este puto pueblo, que está cargado de fantasmas.

La frase es como un calambrazo para ambos, porque, sí, tiene razón, esta visita está removiendo demasiadas cosas, y algunas hacía tiempo que habían quedado enterradas.

—Pero no todos son malos —digo al fin, pues me niego a que todo lo que nos duele sepulte lo bueno.

Caleb me mira dedicándome una sonrisa tristona.

—Eso es cierto —asiente.

Coloca entonces el brazo detrás de mí, en el sofá, para que me acomode a su lado con la cabeza apoyada en su hombro. Volvemos a sumirnos en un silencio cómodo, pero rápidamente lo rompo de nuevo.

—¿No es de locos pensar en todas las cosas que han pasado aquí? —murmuro, y noto cómo los dedos de Caleb juguetean con mi pelo—. Es que, si lo piensas, ¿no te da la sensación de que somos mucho más viejos por la cantidad de recuerdos que tenemos a nuestras espaldas?

Caleb se ríe.

—Eso significa que tenemos unas vidas muy agitadas —

coincide él—. Y, ¿sabes?, creo que eso es cojonudo.

Pongo los ojos en blanco.

—Creo que por fin el alcohol te está haciendo efecto.

Se me mueve la cabeza debido a la vibración de su pecho al reírse.

—¿Qué vas a hacer?

Al fin formula la pregunta que ha estado bailando por la casa desde que yo he mencionado su nombre.

—Nada. Esta vez, nada.

—¿Lo recuerdas? —dice entonces Caleb.

Confundida por su respuesta, me inclino para mirarlo.

—¿El qué?

—El verano en que me contestaste lo mismo.

La mirada de ojos oscuros de mi mejor amigo encuentra la mía, y sí. Lo recuerdo.

Claro que lo hago.

Julio de 2013

Mojácar

Ava

Tan solo llevaba una semana en Mojácar. Después del final del curso y tras algunos exámenes de recuperación, había partido directamente a Irlanda junto a mi hermana estar unas semanas con la familia de mi padre, pero tras el viaje, pasaría el resto del verano en Mojácar con mamá y Grace.

Aquella mañana, mamá estaba en la farmacia trabajando y nos

había encargado algunos recados. Y ahí estábamos Grace y yo, recorriendo las calles estrechas de nuestro particular pueblo; mientras ella me bombardeaba con constantes chismorreos, suposiciones y más de un suspiro por… Andrés: su último flechazo y, por ese momento, el protagonista de todas sus fantasías, las cuales quería relatarme mi hermana con todo lujo de detalles.

—Es que cuando lo veas —comentaba mientras yo seleccionaba una sandía en la frutería—, me darás la razón. Tiene la mirada más impactante y varonil que vas a encontrar.

Sonreí ante su descripción.

—¿No tiene tu edad? —Arrugué la nariz en un gesto entre divertido y de contrariedad.

Grace bufó.

—Por supuesto, pero es supermaduro —me aseguró sin disimular ni un ápice esa mirada soñadora.

Yo asentí lentamente mientras me dirigía hacia las naranjas.

Quizá tenía algo de suerte y pasaba como en las películas de *El Padrino*, pero algo me decía que no habría ninguna muerte y que aún me quedaba un buen rato con sus anécdotas.

—Espera —le dije al detenerme frente a los mangos, y casi provoqué que Grace chocara contra mí porque seguía mis pasos—. ¿Y Rodrigo?

—¿Qué pasa con Rodrigo? —La expresión de Grace cambió notablemente.

Entrecerré los ojos.

—¿No era Rodrigo el gran amor de tu vida?

Grace sacó la lengua en un gesto de desprecio y desvió la mirada.

—Bah. Rodrigo, nada.

—¿Y Javier? —la pinché mientras recordaba la ristra de nombres.

Grace puso los brazos en jarras y me miró mal.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a echar en cara cada una de mis historias?

—¿«Historias» o «coleccionables»?

—¿Ahora una mujer no puede experimentar?

Tras lanzarme la pregunta, desapareció con tal digno aspaviento por un pasillo del supermercado que me resultó imposible contener una sonrisa. Sí, Grace coleccionaba corazones rotos, pues bien sabíamos mi madre y yo que era ella la que dejaba a esos chicos, y sin ningún tipo de remordimiento. Aunque también estábamos seguras de que llegaría el día en que uno la dejaría a ella. A veces hay que sentir un poco en tus propias carnes lo que causan tus actos, para ser capaz de ponerte en la piel de las otras personas.

Grace no lo hacía con maldad, pero había nacido «con demasiadas mariposas en la cabeza», como decía mi madre.

Dieciséis años tenía la criatura, y no solo había crecido en edad y estatura, sino también en dramatismo.

Cuando estaba en el pasillo de limpieza del hogar, Grace volvió a asaltarme.

—¿Me dejarás entonces tu top rojo?

—¿Para qué? —le pregunté, ceñuda.

Mientras tanto, buscaba entre los botes de friegasuelos el que mi madre me había detallado en su particular lista de la compra: no ponía los nombres de las cosas o las marcas, no. Dibujaba los productos y tú tenías que interpretarlo. A veces era divertido; otras, querías asesinarla.

—¿Cómo que «para qué»? ¿No has escuchado todo lo que te he contado? —dijo Grace con su característico tono indignado.

Suspiré, ya cargada, y la miré sin ocultar que empezaba a molestarme.

—¿Para ver a Alejandro esta noche?

—Andrés, se llama Andrés —me corrigió ella.

—Lo que quieras, siempre que no te lo quedes —cedí, conocedora de que no pararía hasta que se lo prestara.

—Por cierto, ¿y tú?

—¿Y yo?

Grace puso los ojos en blanco.

—Venga, Ava. Céntrate un poco, parece que esté hablando con un eco.

—Pues, concreta. No paras de soltar preguntas inconexas.

Por fin identifiqué el bote de friegasuelos, lo eché a la cesta y volví a concentrarme en la lista mientras retomábamos la marcha.

—Oye, esto… ¿crees que es una fregona o…? —quise saber.

Grace inclinó la cabeza sobre el trozo de papel que tenía entre las manos.

—O es eso, o un peluquín. Y creo que ninguna de nosotras lo necesita todavía. —De pronto me quitó la lista de las manos y, antes de que pudiera quejarme, continuó hablando—: Pero, dime, ¿qué tal *él*?

Por supuesto, se preocupó de conferir una entonación especial al pronombre. Sabía a quién se refería: a Roberto, mi amigo Roberto. Me mordisqueé el labio en un intento de contener una sonrisilla nerviosa.

—¿Y bien? —pinchó de nuevo, imitando mi mueca, justo cuando nos adentrábamos en el pasillo por excelencia, el del azúcar en sus múltiples versiones, y el del chocolate—. ¿Vas a soltar prenda? Porque sé que delante de mamá te guardas información jugosa.

Miré significativamente a mi hermana, que inspeccionaba con mirada golosa un paquete de galletas.

—A mamá le cuento muchas cosas, lo que ocurre es que tú tienes un problema de verborrea. Sabes que puedes guardarte información para ti y tus amigas, ¿cierto? —apunté.

La miré con cariño al oír su respuesta.

—Pero vosotras sois las mejores que tendré nunca, así que, sí, os cuento muchas cosas, pero si prefieres que actúe como tú y me guarde información… —me recriminó.

—Yo no me guardo información.

—Claro, claro… ¿y Roberto? —insistió.

—¿Roberto? Igual que siempre.

Grace se rio ante mi sencilla respuesta mientras dejaba sobre la cesta una tableta de chocolate.

—¿Ya os habéis besado por lo menos? —quiso saber entonces.

—¡Grace! —Miré acusadoramente a mi hermana mientras nos dirigíamos a la cola para pagar—. ¿Puedes bajar el tono? —Lo malo de estar en un supermercado tan pequeño es que se oye todo.

Mi hermana me dedicó una mueca de hastío.

—Vamos, que ni un roce de manos —me regañó, adivinando con demasiado tino.

—Grace, somos amigos.

—Caleb y tú sois amigos. A Roberto le quieres comer los morros.

Mis manos se crisparon cuando Grace soltó la frase y noté que la cajera, una mujer que rondaba los treinta, reprimía una sonrisa mientras nuestra compra se deslizaba por la cinta.

—Vamos a dejar el tema, ¿vale? —le pedí, y asintió.

Mi hermana me concedió una tregua; yo sabía que sería corta, pues nada más salir del súper retomaría el incesante interrogatorio sobre Roberto.

Sin embargo, poco quedaba por añadir, porque, efectivamente, mi historia con Roberto no había avanzado mucho. Pertenecía al grupo de amigos de Granada, el de la universidad, y durante ese curso, mi segundo en Traducción e Interpretación, había surgido una electricidad especial entre él y yo; según Caleb, era innegable. Lo mismo opinaban Andrea y Leticia, también del grupo. Lo llamaban «el secreto a voces».

Yo no sabía hasta qué punto era verdad, sin embargo podía confirmar que Roberto me gustaba: la timidez, que desaparecía una vez que te cogía confianza; el modo en que lo pillaba mirándome con esos ojos castaños; la sonrisa ladeada, y su forma desenfadada de vestir, incluso de enfrentarse a cualquier problema.

Sí. Podía a decir, sin lugar a dudas, que Roberto me gustaba. Había comenzado como un «solo somos amigos», «solo me cae bien», pero ahora meditaba si sería muy precipitado mandarle un wasap esa noche, para ver qué tal le iban las vacaciones por el norte.

Con esos pensamientos rondándome en la cabeza al salir del

supermercado… lo vi.

—Joder, Ava —se quejó mi hermana, y me empujó al chocarse conmigo porque me había detenido abruptamente—. ¿Podrías tener un poco más de cuidado? ¿Oye?, ¿qué pasa?

Oí su retahíla de preguntas, pero fui incapaz de responder. Sin embargo, la agarré con fuerza con la intención de arrastrarla hacia cualquier dirección, a cualquier lugar, pero fui incapaz. Seguí clavada en el sitio, con la mirada fija en…

En Hugo.

¿Qué hacía ahí, en Mojácar?

—Oh… —exclamó Grace, incapaz de formar frase alguna.

No hacía falta ser un genio para adivinar que, al seguir la dirección de mi mirada, había descubierto a aquel chico que me había roto el corazón hacía dos años.

Por su parte, Hugo no me había visto, y no parecía que lo fuera a hacer.

La escena frente a mí me trasladó a unos años atrás, a pesar de la evidencia de su cambio. Tenía los hombros más anchos, su piel no estaba tan bronceada como cuando vivía aquí. Llevaba el pelo más corto que nunca, pero sus ojos… sus ojos seguían igual: tambaleando mi mundo, tal como comprobé cuando alzó la mirada y me descubrió.

La sonrisa divertida, que en ese momento dedicaba a su grupo de amigos, a los de siempre —bueno, a los que quedaban—, se le congeló al reconocerme.

Sentí cómo todo mi ser se sacudía, en una sensación vertiginosa que me cortó la respiración.

¿Qué hacía aquí? ¿Por qué… por qué me miraba?

Un pinchazo demasiado familiar me atravesó el pecho, pero al contrario que en esos últimos años —que había logrado disminuir la intensidad cuando algún recuerdo bullía o salía a flote—, ahora era tan profundo y violento que cogí aire y me sentí incapaz de soltarlo, de respirar con normalidad.

—Vamos, Ava. —La dulce voz de Grace me devolvió a la realidad, lejos de ese peligroso torbellino de sentimientos—.

Mamá nos está esperando.

No sé cómo, pero logré despegar la mirada de esos iris del hielo más profundo, unos ojos que creí que no volvería a ver nunca más.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Si os parece bien, yo ya me voy a la habitación a descansar —dice Lara, levantándose de la mesa.

—Claro —le contesta Rubén mientras observa que Lara se inclina para darme un suave beso en los labios.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunto.

Aún está inclinada sobre mí, embriagándome con su olor perfumado. Lara me sonríe, y descubro su hoyuelo en mitad de la mejilla derecha.

—No, tranquilo. Quedaos aquí. Hace una noche estupenda como para terminarla tan pronto. Luego nos vemos.

Me guiña un ojo, divertida, y se aleja sin mirar atrás, primero sorteando las mesas alrededor, para desaparecer calle abajo.

Miro a Rubén, que se entretiene dando un trago a su copa de vino.

No necesito más.

—Suéltalo —le pido.

—¿El qué?

—No te hagas el tonto, Rubén, que son muchos años —sonrío

a mi pesar.

La mirada de mi amigo, hasta ahora esquiva, me encuentra.

—Así que Ava está también en el pueblo. Qué casualidad.

Me inclino sobre la mesa para alcanzar la copa y saboreo el vino mientras procuro controlar mi expresión. La ironía de sus últimas palabras es evidente.

—No me creerás si te digo que es así, ¿verdad?

Rubén bufa.

—¿A Lara también le has soltado ese cuento?

—No vayas por ahí, Rubén… —aviso.

—¿Que no vaya por ahí? —Su tono de voz se eleva, con claros signos de cabreo—. ¿Cómo crees que se siente tras veros juntos en la playa?

—Estábamos hablando, y se lo he explicado. Lara conoce la historia que hay detrás.

Tras mi pausada explicación, Rubén reclina la espalda sobre el asiento y deja escapar un pesado suspiro.

—A veces, cuando quieres hacerte el gilipollas, lo haces de manera sublime.

Sonrío.

—Ya sabes lo que dicen: cuando me propongo algo, no paro hasta conseguirlo —respondo, jodido, pero no es su actitud lo que me escuece, sino la verdad presente tras sus palabras.

Nos quedamos en silencio en medio del calmado ambiente de esta fresca noche; hay algunos clientes, pero no son suficientes como para que resulte incómodo, y se puede disfrutar de la quietud.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta entonces Rubén.

Miro a mi mejor amigo. Aunque hayan pasado los años también para él, aún soy capaz de discernir, debajo de sus capas, a ese chaval perdido que luchó con uñas y dientes para salir del pueblo en el que ahora nos encontramos.

No puedo juzgarlo, porque sé que a él también le pesan los recuerdos.

—Nada. Solo hemos mantenido una conversación y nos hemos

despedido.

—Joder… —murmura Rubén.

Esta vez no me encuentro con fuerzas para rebatirle. Cuando cojo aire con pesadez en un intento de serenarme, noto que alguien se acerca a nuestra mesa. Es el dueño del local, acompañado por uno de los camareros. Sonrío al adivinar en su actitud qué viene a decirme.

—Buenas noches, no queremos molestar, pero para mí sería un gran honor tener una foto con usted. —Está nervioso, pero ante mi respuesta, toma confianza para acercarse del todo.

—Por supuesto, faltaría más.

El hombre mayor se sitúa a mi lado, agachándose para quedar a mi altura. El camarero no tarda en hacer la foto, y los ojos me lagrimean un poco debido al flash, pero no borro la sonrisa. Acto seguido, el dueño se separa de nosotros.

—Muchas gracias, de verdad. ¡Qué honor! Estará colgada en el interior del restaurante para que todo el mundo vea que realmente estuvo cenando aquí.

—El honor es mío —le respondo algo cortado.

No me he acostumbrado a tales efusividades a pesar de los años. Rubén me tiende entonces una servilleta y un boli.

—Hombre, tendrás que firmar para que lo puedan colgar al lado de la foto, ¿no?

El capullo lo hace para picarme, porque sabe que no me acostumbro a este tipo de atención, pero mi sonrisa no titubea ni un segundo.

—Por supuesto —asiento, cogiendo el boli.

En la servilleta de papel, sencilla y suficientemente gruesa como para dibujar en ella, dejo mi marca, mi sello, mi identidad: la que me ha acompañado estos años.

Se la tiendo al dueño, que parece que le vaya a estallar la cara por la amplia sonrisa que dibuja; agradecido y sin querer robarnos más tiempo, se aleja entre halagos y agradecimientos.

En las manos lleva la servilleta con la firma «El Kaura» escrita en un trazo fino y alargado. Como sucede cada vez que dejo mi

firma, recuerdo cómo comenzó todo.

Y, sí, cuando pienso en los inicios, pienso en ella.

Julio de 2013

Mojácar

Hugo

No la volví a ver hasta unos días después. Pero en cada uno me martiricé con el recuerdo de ella mirándome, congelada, a escasos metros de distancia; hasta que Grace, que ahora no se asemejaba mucho a la última imagen de niña que conservaba de ella, le hizo retomar la marcha y alejarse.

No era tonto. Sabía que uno de los riesgos de volver al pueblo era encontrármela, y más por esas fechas, que tenía vacaciones en la universidad. Y a pesar de haberme mentalizado para ello… *joder*.

Era lo único que podía decir, pues su imagen me había quitado el habla. Sin embargo, se me había grabado a fuego, porque en los días posteriores recordaba con todo lujo de detalles su mirada hipnótica a pesar de la distancia; su larguísima melena pelirroja, de ese color que no había vuelto a encontrar por más que lo había buscado. Porque, sí, la había buscado estos dos años entre la multitud de las calles de Madrid, como si un golpe de suerte la hiciera aparecer entre aquella gente anónima y apresurada que había por doquier.

En definitiva, la había visto, y, aunque me había preparado para ello, me había removido por dentro. Qué decía,

«removido»…, nuestras miradas habían chocado como la colisión de dos vagones de tren, como el estallido de los fuegos artificiales.

Como la visión de una estrella fugaz.

Estaba jodido, mucho, sobre todo cuando —sin motivo aparente ni necesidad alguna— me perdí de nuevo entre las calles del pueblo a pesar de que esos días estaba instalado en el bungaló de Rubén, que también había regresado antes de nuestro viaje.

Tranquilamente caminé sorteando a los típicos turistas que fotografiaban cada rincón del pueblo, y de forma inevitable rememoré demasiados momentos con los chicos; me escoció el pecho por la ausencia de Iván. No pensé que tendría el valor de perderme solo por esas calles, pero algo me había empujado a ello; descubrí qué era cuando, al levantar la mirada, me topé frente a una puerta muy familiar.

El taller.

Me quedé estudiándola unos segundos, me sentí tentado a llamar a la puerta, pero había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que había tenido un pincel entre las manos. Me sorprendía que mi subconsciente me hubiera llevado directamente allí, puesto que ya ni pensaba en ello.

Cuántas cosas habían cambiado. Cuánto…

No terminé de formular mis pensamientos, porque cuando me obligué a despegar la mirada del taller, me topé con unos ojos marinos que me cortaron bruscamente la respiración.

Ava se encontraba a escasos metros de mí.

Me quedé congelado. Ella también.

Esa vez iba sola, y no era extraño verla por la zona, pues su casa no quedaba lejos.

Mi mirada ganó la batalla contra el autocontrol, y la estudié con avidez.

Sus rasgos estaban más afilados, empezaba a dejar atrás los de la niñez y me ofrecía pistas sobre la mujer en la que se convertiría. No pasaría desapercibida, porque ¿quién podía ignorar esos ojos marinos, esa cabellera tan larga, esa piel clara salpicada de pecas a la que una vez dediqué besos y caricias? Pero, ante todo, era una

mujer valiente y decidida, que siempre iba hacia delante y sin reservas, como en ese momento, pues fue Ava la que acortó la distancia entre ambos.

—¿Es que no piensas decirme nada? —Ese fue su saludo, su regañina.

E inevitablemente sonreí ante su ceño fruncido y gesto contrariado.

Joder, qué guapa era.

—Hola, Ava —dije al fin.

Arqueó las cejas pelirrojas de perfecto ángulo marcado con un gesto de sorpresa que me retorció las entrañas peligrosamente.

—¿Hola, Ava? —Se cruzó de brazos en un gesto tan característico suyo que parecía que no hubiera pasado el tiempo—. ¿Y tanto lloré por un «Hola, Ava»?

—¿Has llorado? —le pregunté entonces, confundido.

Torció los labios en un gesto indignado delicioso. Recordaba nuestros besos… sí, los recordaba. Nunca unos labios me habían hecho perder tanto la cabeza.

—Ahora no, pero ¿cuando te fuiste? Lloré mucho, sí. —Lo soltó como quien habla del tiempo.

Al ver mi desconcierto, sonrió con un brillo divertido en su mirada espectacular.

—Alguien me recomendó que, si nos veíamos, lo mejor sería sacar el tema rápidamente y con naturalidad.

—¿«Alguien»? —quise saber.

—Mi madre —desveló.

Sonreí. Sí, podía ser un consejo digno de esa peculiar mujer. Ava aún sonreía, y le correspondí irremediablemente antes de que volviera a hablar.

—En fin —suspiró—, ¿qué tal estás? ¿Cómo es que estás aquí, en Mojácar?

—Te podría preguntar lo mismo, ¿no? —contesté, arqueando una ceja de manera inquisitiva.

—Yo he venido a pasar las vacaciones. Lo hago todos los veranos, pero a ti no se te ha visto desde…

No terminó la frase, y eso me indicó que no estaba tan tranquila como aparentaba; aunque suene fatal, me gustó.

Era un cabrón, porque debería haberme alegrado de verla bien, feliz, y de que hubiera superado nuestra historia. A pesar de que yo no lo había hecho —pues no pasaba un día sin que pensara en ese verano de hacía dos años—, tendría que apreciar que al menos ella hubiera pasado página; sin embargo, al percibir su titubeo, intuí que no me había olvidado.

No del todo, por lo menos. Y, sí, joder, me reconfortaba.

—¿Entonces…? — Ava me miró intrigada al notar mi silencio.

Carraspeé.

—Bueno, he estado liado.

—Oh.

Hizo una mueca de decepción cuando interpretó que no quería contarle nada. Yo estaba demasiado acostumbrado a dar respuestas vagas, por lo que enseguida volví a hablar, pues si alguien requería respuestas era ella. Nadie las merecía más que Ava.

—Al final terminé el bachillerato.

Se le iluminó la mirada.

—Esto es fantástico —respondió, con la alegría inundándole la expresión.

Tuve que inspirar profundamente para no acortar la distancia entre ambos y fundirme en un abrazo con ella.

—Pero no conseguí la beca para la universidad —continué, en un intento de alejar la mente y el subconsciente de ideas peligrosas —. Así que he hecho una FP de grado superior en Publicidad.

—Eso es genial, Hugo —asintió ella.

Su sonrisa no titubeó lo más mínimo, algo que a mí sí que me había sucedido, pues, de nuevo, mis circunstancias me habían limitado.

—Sí, ha estado bien. Ya he terminado. Son solo dos años.

—Entonces estás aquí por unas merecidas vacaciones, ¿no? ¿O vas a quedarte ya indefinidamente?

La miré tentado, por un momento, a obviar información, pero debía ser sincero, por lo que… por lo que pudiera suceder. Ella

tenía que tener todos los datos para poder decidir, porque supe que si seguíamos viéndonos en esos días, yo perdería la fuerza de voluntad. Con ella, seguro.

Miré su hombro derecho, ese trozo de piel que había intentado evitar a toda costa, y ahí se encontraba: el tatuaje que le diseñé y grabé bajo su piel ese verano.

Un torrente de emociones me recorrió de los pies a la cabeza con tal intensidad que, agitado, elevé la mirada hasta sus ojos. Y al final, hablé sin titubeos:

—En realidad, me voy. A Londres. En quince días.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Me despierto por un ruido que no sé identificar. Pestañeo y, confundida, ruedo sobre la cama, hasta que recuerdo que estoy aquí, en mi antigua habitación, en mi antigua casa. El hecho de que Caleb, dormido a mi lado, ronque suavemente me ha ayudado; y las siluetas de mis antiguos muebles, que se intuyen por la poca iluminación, no dejan lugar a dudas.

Oigo de nuevo el misterioso sonido, así que me levanto con cuidado para no despertar a Caleb y salgo de mi cuarto de puntillas mientras me pongo uno de los jerséis que hay fuera de la maleta. Al salir de la habitación, percibo que proviene de una de las puertas que tengo enfrente. La de la izquierda ni la miro, duele demasiado.

Me dirijo a la derecha, al dormitorio de Grace, y la descubro sentada en el suelo, abatida y circundada por varias cajas de cartón vacías, con algo sujeto entre las manos.

—Grace —susurro, y cierro detrás de mí.

Mi hermana alza la mirada, sorprendida al verme en su habitación.

—¿Te he despertado? —me pregunta compungida.

Me siento junto a ella tras apartar una de las cajas.

—¿Qué pasa? —Sé que es absurdo preguntarlo, pues sé perfectamente lo que sucede.

Mi hermana fija de nuevo la mirada en el peluche que tiene entre las manos. Lo reconozco. Es el Señor Conejo, de quien Grace no se separaba de pequeña. Siempre estaban juntos allá adonde fuera, y cuando creció le hizo un hueco especial y predilecto en una estantería.

Observo cómo mi hermana le acaricia las largas orejas de pelaje blanco mientras las lágrimas recorren sus mejillas.

—No… no puedo, Ava —logra decir antes de que su voz se rompa; la abrazo en un intento de llevarme todo su dolor—. Hay tantos recuerdos que…

—Lo sé. Lo sé, Grace —digo, todavía abrazándola.

En esa postura, me doy cuenta: hemos vuelto para vender la casa, sí, y para vender las cosas que no podemos llevarnos con nosotras, para dejarlo todo en orden y cerrar finalmente esa etapa. Efectivamente, pero al ir recorriendo cada una de las habitaciones y los rincones de la casa, afloran numerosos recuerdos; con eso, lo entiendo todo.

Es el modo correcto de despedirnos, recordando lo felices que fuimos las tres aquí. Por eso mamá quería que la vendiéramos.

Mientras sigo acunando a mi hermana, que comienza a tranquilizarse, también tomo conciencia de que todo tiene un orden y de que todavía no estamos preparadas para ponernos a recoger las cosas de esta planta de la casa.

Me separo de Grace para dedicarle una sonrisa.

—¿Sabes? Creo que es mejor que empecemos por abajo, por el

salón, la cocina…

—¿Y dejar nuestras habitaciones para el final? —Grace lo interpreta correctamente; se seca el rastro de las lágrimas.

—Sí, creo que es lo mejor. Ir poco a poco, ¿no?

Mi hermana deja de mirarme para examinar con lentitud su habitación; yo la imito, y con ello logro retroceder en el tiempo. Su dormitorio es tan distinto al mío… pero es que Grace y yo siempre hemos sido distintas, y nuestras diferencias nos «complementan», como decía siempre mamá.

Sus paredes, en color gris topo, son el lienzo perfecto para la cantidad de cosas que tiene colgadas: fotografías polaroid, pegatinas coloridas, alguna matrícula decorativa, pósters… y en el techo, un pareo de soles y lunas, dibujadas en un estilo que siempre me ha recordado a las ilustraciones de las cartas del tarot.

En definitiva, el cuarto de Grace siempre ha sido… abrumador, como ella misma y su personalidad.

En ese momento oímos ruido abajo y nos miramos.

—¿Caleb? —tantea Grace.

—O es Caleb o alguien se ha colado en la casa. Pero algo me dice que está preparando cantidades ingentes de café.

—Lo necesitaremos, la verdad —dice con un suspiro al levantarse.

Yo la imito, pero antes de que se encamine hacia la puerta, la sujeto de la mano.

La mirada de mi hermana me busca.

—Todo irá bien, Grace. Créeme. Esto es duro, pero también una oportunidad para despedirnos adecuadamente.

—¿De mamá?

—De mamá nunca nos vamos a despedir. Ella siempre estará con nosotras.

—Lo sé, es cierto. —Grace vuelve a desviar la mirada—. ¿Entonces?

—Despedirnos de la casa, del pueblo. Los recuerdos también nos los llevamos con nosotras, pero creo que esto es… una oportunidad especial de hacerlo.

—No sé qué hay de especial en deshacernos de las cosas, Ava.

—No es «deshacernos», es darles otra oportunidad. Alguna familia también será feliz en esta casa y creará sus propios recuerdos. Eso es maravilloso. Y lo mismo ocurrirá con las cosas que ya no usamos y vendamos.

Grace sonríe, no muy convencida.

—De verdad, créeme. Cuando terminemos, lo verás todo desde otra perspectiva.

—¿Sabes? Me estás recordando a ella. Mucho. A ella y a sus maneras originales de hacernos ver las cosas. De celebrar incluso lo más absurdo.

—¿Como las fiestas que hacíamos cuando rompíamos con algún novio? ¿O la de la despedida de las Navidades? ¿Las de la temporada alta de café? —Mi enumeración acentúa la sonrisa de Grace.

—Sí…

—Pues esta será la despedida de la casa. Y va a ser de las especiales, de las que recordaremos siempre, por muchas más que le sigan.

—¿Tú crees que continuarán existiendo?

—Esta es nuestra primera fiesta sin ella, y no será la última. Está en nuestro ADN, el de las chicas Brennan.

Grace vuelve a suspirar con la sombra de una sonrisa que duele demasiado. Entonces suelta una bomba:

—He estado pensando en dejar Edimburgo e irme a vivir contigo, y, bueno, con Caleb.

Abro los ojos como platos.

—¿En serio?

—Sí —asiente al tiempo que juguetea con su pelo—. Ya sabes que se me hacía muy cuesta arriba, sobre todo desde que mamá enfermó… y, bueno, lo he estado pensando. Me resultará muy duro estar separadas ahora… ahora que ya estamos solas.

Mi cuerpo me pide abrazarla, pero me contengo porque sé que Grace no quiere derrumbarse.

—Si es lo que te apetece, a mí me parece perfecto —declaro, y

me obligo a sonreír.

Sin embargo, me aprieta de nuevo el característico nudo en la garganta, que me acompaña desde hace ya demasiado tiempo.

—Sí. Lo único que me podía echar atrás era el trabajo, pero gracias al teletrabajo no hay problema. Quizá algún día tenga que ir para allá, pero...

—Irá bien —asiento, enérgica y completamente segura de ello —. Más que bien. Además, siendo la crac que eres, no tardarás en encontrar otra oferta más jugosa en Dublín. Me imagino que necesitan a la mejor ingeniera de informática del universo entero.

—Si te refieres a mí, es del software, pero gracias por el piropo —sonríe, y finalmente abandona la habitación.

Soy la última en salir, y antes de cerrar la puerta miro con cariño el cuarto; recuerdo entonces a Grace de adolescente, con los cascos de música y el pelo alborotado, tumbada en la cama mientras devoraba alguna de esas historias románticas.

No hace tanto tiempo de ello. Esa alocada adolescente que nos traía de cabeza.

Julio de 2013

Mojácar

Ava

—Voy a perder la virginidad hoy. Bueno, esta noche.

Ese fue el saludo que me dedicó Grace al entrar en mi cuarto. Yo, como toda respuesta sensata ante aquellas impactantes declaraciones de mi hermana pequeña, me quedé a medio camino

de pasar la página del libro y clavé la mirada en ella.

—¿Que qué?

Creo que incluso solté el libro de mala manera, dejándolo caer sobre la colcha, pues estaba sentada en la cama.

—No me mires así, no he venido para que me des tu opinión, solo para avisarte —contestó ella, con una mueca completamente ilógica en combinación con sus palabras.

¿Esa calma era real?

—¿Mamá lo sabe? —Fue lo siguiente que solté, aún incapaz de procesar lo que sucedía.

—Claro. —Grace sonrió, mirándome como si me faltara un tornillo. A mí.

—¿Cómo que «claro»? ¡Mamá!

Salí de la cama y Grace puso los ojos en blanco mientras yo la pasaba de largo para bajar al salón, donde mi madre se hallaba inmersa en una sesión de pedicura.

—¿Qué son esos gritos? —protestó mi madre.

Me miró con una mascarilla pringosa en el rostro. Estaba sentada en el sofá, con un albornoz que le quedaba algo grande, los pies sobre la mesa, y entre los dedos llevaba los separadores para poder echarse el esmalte sin ningún percance. Además, una cinta le apartaba el negro pelo de la cara.

—¡Grace dice que esta noche va a perder la virginidad! —Fui consciente de que lo pronunciaba en mi tono de voz de chivata, pero no me lo podía creer.

La respuesta de mi madre no tardó en llegar y, por supuesto, contribuyó a mi asombro y a la certeza de que, en aquella casa, era la única cuerda.

—Sí, eso parece. Hay caballero ganador.

—¿Cómo que «caballero»?

—Hija, no va a ser un caballo. Creo que, dadas las circunstancias, hay que adaptar el dicho —contestó mi madre, con la atención puesta de nuevo en sus uñas.

—Por favor, ¿podemos centrarnos un momento? ¿Con quién narices vas a perder la virginidad? —Escandalizada, miré a mi

hermana y luego me volví hacia mi madre para lanzarle la siguiente pregunta—: ¿Y cómo que la dejas irse tan pancha?

—Es obvio con quién voy a hacerlo, Ava —me respondió con cierto hastío Grace, cruzándose de brazos—. Lo sabes de sobra.

—¿Alejandro, se llamaba?

—¡Andrés! —contestó indignada.

—¿Cómo narices voy a recordarlo, si cambias de novio como de calcetines? —le repliqué en el mismo tono.

—¡Mamá! ¡Dile algo! —se quejó mi hermana, fulminándome con su mirada de oscuros ojos.

—Ava… —me llamó mi madre con su tono de voz condescendiente.

—¡Dile algo a ella! —me quejé yo.

—Grace…

—¡Mamá! —repetimos las dos a coro.

Mi madre suspiró y cerró el esmalte.

—Vamos a ver, vamos a calmarnos todas un poquito, ¿de acuerdo?

Ambas nos callamos en cuanto vimos que se ponía más seria, mirándonos con su característico gesto de sermón. Bien. Por fin algo de orden. Aquella situación era de pura locura. Grace no podía perder la virginidad con uno cualquiera y, además, ir aireándolo. Eso era algo íntimo e importante.

Pero resultaba claro que mi madre no estaba sintonizada conmigo, puesto que finalmente me dirigió su mirada seria a mí.

—¿Por qué tanta alarma, Ava?

Boqueé sorprendida por el giro de los acontecimientos.

—¿Cómo que «por qué»? —pregunté estupefacta. Señalé a Grace, que estaba algo alejada de nosotras, más bien fuera del salón—. No sé si te das cuenta, mamá, pero tu hija pequeña se va a desvirgar con un tío idiota y, además, lo anuncia a los cuatro vientos, un signo claro de que no le da la importancia que requiere ese hecho.

—¿Qué dices? —dijo mi hermana detrás de mí.

—Grace, esto es importante, ¿vale? —Me volví hacia ella y,

con toda la calma del mundo, intenté que lo comprendiera—: Perder la virginidad es un paso importante, y tú vas a hacerlo con un idiota del que ni recuerdo su nombre porque…

—Ava. —Mi madre me impidió que continuara hablando.

Entonces tomé conciencia de que era lo mejor, pues un gesto de dolor ensombrecía el semblante de Grace.

—Andrés no es ningún idiota —dijo.

—Por favor, Grace, es un tío de dieciséis años. Claro que es un idiota.

—¿Es que tengo que hacerlo con uno mayor que yo? —Enfadada, soltó verdaderos dardos envenenados—. ¿Para que luego me deje tirada?

Su acusación cayó sobre el salón como una pedrada, y un denso silencio nos rodeó.

—Retira lo que acabas de decir —susurré completamente dolida.

—Ya está bien —intervino de nuevo mi madre con seriedad—. ¿Qué os pasa? No os he educado para que estéis echándoos trapos sucios una sobre la otra. —La mirada de ojos color azul oscuro de mi madre se dirigió a mí—. Y mucho menos, para que no respetéis las decisiones importantes de los demás.

Volvimos a sumirnos en el silencio, hasta que Grace murmuró un quedo «lo siento» y yo la miré; intenté imitarla, pero no pude. Volví a la carga, muy segura de mis convicciones.

—Pero, mamá, es que ni lo ha pensado —me quejé, y me volví hacia Grace, mirándola con cariño para mostrarle mi preocupación, sin juzgarla—. Eres una cabra loca, te lo digo con cariño, no faltando, de verdad. Pero no piensas las cosas con calma, Grace.

Mi hermana esbozó una mueca.

—Es como la vez que robaste el gato de Maribel porque decías que nosotras teníamos que tener un gato negro —añadí.

Irremediablemente, las tres sonreímos al recordar aquel episodio.

—Bueno, a ver, tenía diez años y estaba convencida de que

éramos un aquelarre, y como buen aquelarre, necesitábamos un gato negro —se justificó Grace—. Ahora, esto es distinto. De verdad, lo he estado meditando. Andrés es el chico adecuado. Me gusta mucho, y yo le gusto a él.

—¿Gustar? Gustar, te gusta el helado. ¿De verdad que quieres eso para tu primera vez? —la pinché al ver que no daba su brazo a torcer.

—Ava, no todos tenemos que darle un toque épico a las cosas —me rebatió.

—Pues eso es vivir a medias, mi Grace —intervino entonces mi madre.

Mi hermana miró a mi madre, que continuaba sentada en el sofá.

—Por supuesto que solo tú puedes tomar la decisión, como solo tú puedes decidir el grado de importancia que quieres dar a determinadas cosas. Te agradecemos que compartas con nosotras esa noticia, pero déjame decirte que solo tenemos una vida, supuestamente, y como os he dicho muchas veces, casi nunca es como la planeamos. Muchas cosas os saldrán mal, habrá decepciones, desengaños y sueños no alcanzados; así que ponerte bajas expectativas de primeras, Grace, creo que no es un buen plan. Está muy bien tener los pies en el suelo, pero siempre, siempre, mirando al cielo. Todo en vosotras, señoritas, es épico, así que no os conforméis con menos. ¿Y sabéis qué es lo más importante? Saber reconocer qué lo es.

—¿Lo épico? —pregunté yo.

Mi madre asintió.

—Sí. —La mirada de mi madre se centró en mi hermana—. ¿A ti, Grace, ese chico te gusta?

—Mogollón. —Tal fue la respuesta de mi hermana, sin ningún titubeo.

Mi madre sonrió.

—Pues ahí tienes lo épico en esta ecuación: acostarte con el chico que te gusta mogollón por primera vez.

Mi madre no esperó a que habláramos. Se levantó tras quitarse

rápidamente los separadores y subió a su habitación; nos dejó solas en el salón sin añadir nada más.

No hace falta decir que, finalmente, esa fue la noche en que Grace dio el paso; y aunque semanas después cortó con Andrés afirmando que era el ser más aburrido que había conocido en la faz de la tierra, supe que había sido la decisión correcta para ella. Lo vi claro cuando vino a relatarme emocionada el encuentro, y es que cada persona tiene sus tiempos y, lo más importante, sus momentos épicos.

Sí.

Aquellas palabras de mi madre calaron hondo.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy sentado en la butaca frente a la gran cama de matrimonio que tiene la habitación. La luz del nuevo día ha comenzado a colarse por las cortinas de las ventanas, especialmente por las que dan paso a la terraza privada.

Podría haber bajado a desayunar, sin embargo, estoy sentado con la vista fija en ella, que duerme plácidamente. A pesar de que no me haya comentado nada, sé que ha sido duro saber que Ava está aquí también. Que ayer estuvimos hablando a solas, seguramente rememorando nuestra historia, porque ella, Lara, también fue testigo de ello, así que no me resulta indiferente lo que le pueda rondar ahora por la mente.

Estudio su rostro tranquilo, que logra sumarte en la misma quietud con tan solo rozarla con la mirada. La melena rubia, que sigue igual de clara tras estos años, está esparcida por la almohada, como un abanico dorado que —lo sé— será un espectáculo cuando el sol la bañe, y me es imposible no sonreír al contemplar la adorable manera en la que la boca se le queda entreabierta ahora que duerme.

Como siempre, su imagen me da una paz que pocas personas me transmiten, y me da rabia, porque no puedo ignorar el daño que le ocasioné en el día de ayer.

Soy consciente de que no puedo sincerarme totalmente con ella, pues la destrozaría, y no es el camino que quiero llevar, porque Ava es mi pasado, sí, pero Lara, mi presente y futuro. Estoy… estoy seguro.

Sigo martilleándome la cabeza con estos pensamientos, cuando se mueve en la cama y finalmente se despierta. Su mirada, de ojos castaños enmarcados por las delicadas cejas rubias, conecta con la mía, y una sonrisa adormecida le decora los labios. Es bonita como el rayo de sol que cae en la nieve más pura; cuando miro a Lara, es esta la imagen que su belleza me evoca.

—Ey… —saluda, estirándose en la cama.

Me resulta imposible apartar la mirada.

—Buenos días —le respondo.

—¿Qué haces? —Lara se incorpora apoyando la espalda en el cabecero y me mira con interés, ahora que poco a poco se va despejando.

—¿No puedo mirarte mientras duermes? —No soy capaz de formular la pregunta sin una entonación insinuante.

Hace una mueca divertida.

—Es un poco de psicópata…

—No. Sabes que no.

Y guardo silencio, pero entre nosotros pesa lo que, de repente, soy incapaz de decir.

Me odio, pero me prometí que si hacía esto iría al doscientos por ciento, así que prefiero callar. No porque de pronto no la

quiera, sino porque merece que no le oculte sombras entre las palabras, las sombras de un pasado que ella comienza a percibir más presente —lo sé—, pues es conocedora de que, en el fondo, lo he ido a buscar.

—¿Sabes lo que no sé? —dice en cambio, dedicándome una sonrisa que no alcanza sus bonitos ojos.

—¿El qué? —pregunto, tentando a acercarme a la cama y disiparlo todo con el sencillo roce de nuestros labios.

Sin embargo, su respuesta me descoloca:

—Tu historia.

—¿Cómo? —Extrañado, enarco una ceja—. ¿Cómo que no sabes mi historia? La conoces de sobra…

Pero Lara niega con la cabeza, no me deja terminar.

—Conozco tu historia a medias. No sé cómo comenzó.

Sonrío contrariado porque sí que la conoce. Claro que sí, así que no llego a comprender a qué se refiere.

Lara, entendiendo mi gesto a la perfección, se ríe.

—Me refiero a que sí, sé que siempre pintaste, que fue tu guarida hasta que saliste de aquí, pero también sé que pronto dejaste apartada esa ilusión. Por lo que, no, Hugo, no sé cómo comenzó tu historia. Cómo te convertiste en uno de los artistas más relevantes de la época actual. Cómo volviste a ello, cómo el arte volvió a tu vida.

Mi sonrisa se congela, y la de ella… titubea. Me conoce, me conoce demasiado para saber que…

—¿Fue por ella?

Su voz me alcanza cuando desvío la mirada, pero rápidamente vuelvo a buscarla.

Lara intenta que su sonrisa siga allí, divertida y despreocupada, pero le está costando. Sin embargo, nuestra historia funciona porque no hay mentiras ni medias verdades, así que suspiro y asiento.

Después le respondo, conocedor de que es el momento de recordar otras partes de mi pasado que tengo muy enterradas.

—Sí, volvió por ella, aunque eso nos separara.

Julio de 2013

Mojácar

Hugo

—¿Ahora me sigues?

Sonreí al oír su voz; me había descubierto a pesar de que yo no la había alcanzado y de que ni siquiera se había dado la vuelta para mirarme cuando me lanzó la pregunta.

—Son unas acusaciones fuertes, Ginger —contesté al tiempo que me colocaba a su lado.

La había llamado por su apodo sin pensarlo, pero Ava siempre sería «Ginger» para mí.

Su mirada me buscó en la oscuridad de la noche que nos envolvía.

—Vaya… hacía tiempo que no oía ese apodo —comentó.

Me regocijó que no lo pasara por alto, pero fue lo único que dijo antes de desviar la mirada para fijarla en el infinito que teníamos enfrente, con el sonido del mar acompañándonos.

Mojácar y sus noches estrelladas.

Habían pasado varios días desde nuestro último encuentro, en el que la pelirroja había decidido romper el silencio para ponernos al día, en cierto modo.

Después de ese breve momento, no nos habíamos vuelto a ver.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin permitir que el silencio entre ambos tomara protagonismo.

La miré de reojo, no muy seguro del grado de sinceridad que quería otorgar a mi respuesta.

—¿No puedo saludar a una antigua amiga?

Ante mi respuesta, Ava me miró de soslayo, pero hubiera lo que hubiese tras esos ojos de un azul oscuro, decidió no añadir más.

—¿Y qué haces aquí tú sola? —pregunté entonces.

Y eché un significativo vistazo a nuestras espaldas, hacia el grupo de gente reunida en la playa, con la música y las bebidas, dispuesta a disfrutar de la calurosa noche veraniega.

—Me apetecía estar un momento a solas.

—Entiendo…

Asentí levemente y me alejé varios pasos. Ava me miró negando con la cabeza.

—No quería decir que te fueras. Es que… ha sido un día… extraño. —Suspiró pesadamente.

Pude leer la preocupación en su expresión.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

No dudé ni por un momento en preguntárselo, en acercarme a ella, ni si convenía hacerle esa pregunta. Malas presunciones que no tendría que haber ignorado.

Ava volvió a desviar la mirada, pero esta vez no ocultó el gesto contrariado. Tras unos instantes, desveló qué la atormentaba, pero nunca me habría esperado lo que sus siguientes palabras desvelarían:

—Miriam ha vuelto.

—¿Miriam? —repetí sorprendido.

Rápidamente me acudió a la mente la imagen de aquella morena de ojos verdes claros y belleza arrebatadora, junto a Ava y Caleb de adolescentes. La Ava actual, un par de años mayor, asintió mientras se mordisqueaba el labio en un claro signo de nerviosismo.

—¿Y está bien? —tanteé, a pesar de que no necesitaba saber mucho más, pues intuía que la respuesta no sería precisamente positiva.

Las sorpresas siguieron sumándose.

—Está embarazada.

—Entiendo.

Fue lo único que logré decir, porque me imaginé que tenía más por añadir.

—Está embarazada, y no comprendo nada. —Comenzó a hablar, casi como si mantuviera un debate interno, como si con ello pudiera desvelar todos los entresijos que escapaban a su entendimiento—. No sé cómo, pero… no es Miriam. Es decir, Miriam siempre ha sido la aventurera el grupo, la que más ideas locas tenía, pero cuando aquel verano se largó, pensé que sería algo pasajero… y…

Ava cerró los ojos justo al rompérsele la voz. Me quemaron las manos por tocarla, por abrazarla y reconfortarla, pero me mantuve en mi sitio.

—¿Qué ha sido? —Sabía hacia dónde dirigir la pregunta.

No tardó en llegar la respuesta:

—Sigue con las drogas. Con las malditas putas drogas. —Soltó cada palabra con pura rabia, cerrando las manos en puños.

Y yo, al recordar a aquella morena que siempre la había estado acompañando, sentí su decepción, su tristeza. Si su amiga había continuado tonteando con las drogas hasta ese punto, poco más podía decirle. Demasiados casos parecidos había visto como para ignorar su desenlace. Lo vaticiné hacía unos años, pero la gente más cercana siempre tiene la esperanza de equivocarse, sobre todo en esos casos.

—Está con sus padres, que intentan controlar que no se drogue en su estado… Oh, Dios… —Ava cerró los ojos, como si con ello pudiera arrastrar todo lo que la martilleaba por dentro.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y ha sido demasiado. Es como la sombra de ella. Ni siquiera se molesta en disimular que, una vez que tenga el bebé, se largará abandonándolo.

—Ese niño, o niña, lo que vaya a ser, estará mejor sin ella —afirmé sin titubear.

Ava se volvió para mirarme y asintió levemente.

—Eso es lo que me duele, que lo sé, y sé lo que significa: que

Miriam, mi mejor amiga, se fue para siempre esa noche en la que vino a despedirse, ¿entiendes?

—Por lo menos tuviste una bonita despedida —contesté yo en un intento de reconfortarla, aunque con ello me dolió el pecho duramente.

Fue entonces cuando me sorprendí, pues sentí que me sujetaban una mano. Bajé la mirada para descubrir su mano entrelazada con la mía, y la busqué rápidamente con la mirada. Ella tan solo asintió levemente, y estuve tan, pero tan tentado a decirlo, que esa vez fue la garganta la que me atenazó duramente. Pero moría por decirle que la había echado tanto de menos que siempre la buscaba. Siempre la soñaba, y ahora que la tenía delante… ahora, no me veía capaz de apartarme, de guardar las distancias, de tratarla como a una conocida más. Porque no lo era.

Nuestras miradas se mantuvieron conectadas; yo parecía tranquilo, pero, en mis adentros, se desencadenaba una dura batalla por discernir qué debía hacer. Fue ella la que dio el primer paso.

—He de confesar que, a veces, he hablado conmigo misma de ti.

Mi corazón dio un vuelco, bombeó sangre en las venas aceleradamente, casi con violencia, pero ella prosiguió:

—Me he preguntado cómo estarías. Si serías feliz allá donde vivieras, y si la seguías teniendo.

—¿La qué? —logré preguntar.

—La capacidad de sacar lo bonito del mundo. —Me dio tal respuesta casi en un íntimo susurro.

La miré contrariado, sin entender a qué se refería.

—¿Cómo? —pregunté sin disimular mi confusión.

Entonces me regaló la sonrisa más bonita que había visto en mucho tiempo, y supe sin ningún atisbo de duda que Ava nunca dejaría de estar debajo de mi piel, arraigada en cada rincón de mi ser, pasara el tiempo que pasase. Y también afloró una sensación que, por el tiempo que llevaba ahogada, no supe identificar.

Sus palabras me ayudaron a recordar.

—Tus pinceles. Tus pinceles y tu don. El de sacar el lado cautivador de algo anodino. El de hacernos ver lo que nosotros no somos capaces de apreciar.

—Vaya. No sé qué decir —contesté mientras sentía que algo caliente me invadía el pecho. Sus ojos brillaban de emoción y tuve que apartar la vista—. Pero hace ya tiempo que no pinto.

—No, Hugo —negó—. Tú no pintabas. Tú dabas vida a las cosas.

Volví a mirarla en el momento justo en el que ella desvió la mirada para centrarse en el oscuro firmamento. Supe que volvía a pensar en su amiga, martilleándose la mente con dolorosos pensamientos, pero en ese camino no la podía ayudar mucho. ¿Cómo iba a consolarla alguien que todavía se lamía sus heridas?

Guardamos silencio de nuevo, uno de aquellos que solo compartía con Ava. Esos que son de todo menos vacíos.

Yo… yo no dejaba de pensar en cómo enredarnos de nuevo en una conversación. Y ella… ¿y ella qué?

Julio de 2013

Mojácar

Ava

Era consciente de que estaba mal, pero la tristeza que me engullía desde el encontronazo con Miriam se había depositado en un segundo plano en cuanto Hugo se había acercado a hablarme.

Ambos callados ahora, era consciente de su cercanía. No podía ignorar el modo en que me había mirado, escuchado e, incluso,

dedicado tiernas sonrisas contenidas durante la breve conversación.

Y ahí me encontraba, sin saber muy bien qué decir ni qué hacer, avergonzada por esa vorágine de sentimientos y emociones que no debería sentir. Inoportunamente recordé la breve conversación con mi madre unos días antes, cuando se había enterado —por supuesto, por parte de Grace— de la vuelta al pueblo de cierto joven.

Me preguntó cómo estaba, cómo lo llevaba, y no pude guardarme para mí las intensas emociones que me inundaron cuando, acompañada de Grace, lo vi: ese momento que había parecido que el universo entero se hubiese detenido al ver al chico que rompió mi corazón hacía dos años.

Dos años me había estado lamiendo las heridas, dos años me había costado aceptar que no sabría nada más de él. Mi madre me había aconsejado que lo tratara con normalidad, pero ¿qué normalidad podía haber cuando con solo tenerlo cerca todo se tambaleaba?

—Hola —dijo de pronto una voz a nuestras espaldas.

Al volvernos, descubrimos a Caleb, que sonreía a Hugo; este se le acercó a saludarlo con un choque de manos y medio abrazo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Hugo, devolviéndole la sonrisa.

—Todo como siempre, buscando a Ava, que me abandona en las fiestas.

—¿Te deja tirado en las fiestas universitarias? —preguntó, divertido, Hugo mientras me lanzaba una mirada.

Yo arqueé la ceja y ambos se rieron.

—Si te contara… —dejó caer mi mejor amigo—. Aunque normalmente es por un buen motivo, ¿verdad, pelirroja?

La insinuación hizo el resto, y yo no me atreví a mirar a Hugo; sin embargo, la curiosidad me pudo y, pasados unos segundos, fui testigo de su sonrisa desinflada tras haber interpretado las palabras de Caleb. Este, de pronto, parecía muy interesado en algo de su móvil.

—Bueno —carraspeó Hugo—, ha sido genial verte. Quizá nos

volvamos a encontrar antes de que me marche.

—Sí, algo he oído. Londres, ¿no? —respondió Caleb.

—Sí.

—Será una gran oportunidad —le dije yo, obligándome a sonreír como si no pasara nada.

Hugo me miró de nuevo, pero, esta vez, algo para mí inidentificable acompañó sus ojos de un azul hielo.

—Sin inglés no se va muy lejos.

—Eso dicen —le respondió Caleb por mí.

Hugo no perdió más tiempo.

Dedicándome un leve movimiento de cabeza se alejó. Fulminé a Caleb con la mirada, pero, sorprendida, vi que él me dedicaba ese mismo gesto.

—¿Por qué me miras así? —quise saber.

Caleb acortó la distancia entre ambos y miró por encima del hombro, como si a alguno de nuestros amigos o demás personas que se encontraban en la playa le interesara nuestra conversación.

—Creo que lo puedes deducir bien solita, Ava —dijo finalmente, con esa mirada acusadora clavada de nuevo en mí.

—No. No sé qué narices pretendes, soltando esos comentarios delante…

—¿De tu ex, el que te tuvo llorando por las esquinas hasta hace bien poco? —Caleb hizo un gesto brusco y burlón con la boca—. Sí… no sé en qué estaría pensando. O, mejor dicho —Caleb volvió a mirarme con reprobación—, ¿en qué cojones estabas pensando tú, Ava?

—¡No pensaba en nada!

—¡No! ¿De veras?... —preguntó teatralmente.

Puse los ojos en blanco ante su exageración.

—Porque esas miradas que os lanzabais indicaban todo lo contrario —añadió—. ¿Pretendes volver a ser la versión cutre de Bella Swan?

Arrugué la nariz al oír tal símil.

—¿Cómo que «cutre»?

—Como siempre, centrándote en lo importante.

Suspiré y Caleb me imitó.

—Venga, Caleb, sabes que no. Tan solo estábamos hablando —recalqué al verlo con las cejas enarcadas—. Y de Bella Swan no tengo nada. Esa chica tenía una codependencia muy grave.

—Por favor… —Caleb chutó una piedra que fue directa al agua de la orilla—. Yo solo espero que recuerdes que ahora nos gusta Roberto. El bueno de Roberto.

—Da escalofríos que hables como si fuéramos un solo ser —repuse, y arrugué la nariz.

Sin embargo, en el fondo me reprochaba a mí misma que en ningún momento de aquella conversación hubiera pensado en Roberto.

—Es que lo somos, monada. —La respuesta iba acompañada de un guiño absurdo que pretendía aliviar el peso a sus últimas palabras.

Sonreí a mi pesar, y adiviné que Caleb también lo hacía, pero volví a centrarme en el oscuro mar ante nosotros. Era el momento de explicarme.

—Le he contado lo de Miriam —comencé a hablar—. Él se ha acercado al verme sola y, bueno, ha notado que no estaba muy allá.

—Entiendo. ¿Y luego?

Miré de reojo a Caleb, que, situado ahora a mi lado, contemplaba también el mar calmado; allí en la orilla, a veces nos alcanzaba el agua por el suave romper de las olas.

—Y luego tan solo le he preguntado si estaba bien, si seguía pintando… nada por lo que alarmarse.

—Ava, que te conozco, y tú también a ti misma. Sabes que no ha sido una conversación común con un viejo amigo. A mí puedes mentirme si quieres, pero ¿a ti? El autoengaño es lo peor que puedes hacerte.

Abrí la boca para rebatírselo, pero volví a cerrarla, y el gesto no le fue indiferente.

—A ver, ven. —Caleb me sujetó suavemente por los brazos para volverme y que quedara frente a él—. Lo entiendo, de verdad.

Fue una historia de esas que marcan y, aunque no he vivido ninguna, entiendo que sea muy difícil de ignorarla. Pero, mi chica, se va. En menos de diez días se marcha a Londres. Y aunque no sabemos qué planes tiene, debes ser consciente de que, efectivamente, *tiene* sus planes. Para *su* futuro, como tú tienes los tuyos.

Asentí levemente mientras una punzada me atravesaba el pecho, y me dolió que fuera tan evidente. Caleb me dedicó una sonrisa reconfortante.

—Eres fuerte, Ava. Y te mereces vivir sin reservas, intensamente y sin miedos, vivir una de esas historias de amor que Grace nos relata cada semana tras devorar otra de sus empalagosas novelas románticas. —Sonrió ampliamente cuando me reí—. Pero si te dejas atrapar por el pasado, todo lo que has avanzado en este tiempo no servirá de nada, porque lo que dejaste atrás te atrapará. Y no quieres. No quieres dejar escapar a ese chico que te espera emocionado en Granada. Quieres estar a tope en tus clases y seguir sacando insultantes buenas notas para poner a tu mejor amigo en un compromiso cuando le toque a él decirte las suyas. No quieres dejar de ser tú, feliz, llena de retos y persiguiendo emocionantes metas.

Sonreí de nuevo, pero me mordisqueé el labio. Caleb ladeó la cabeza, como si oyera el incesante martilleo de mi mente intentando controlar todo lo que había sentido hacía escasos minutos junto a ese chico a quien creí que no volvería a ver.

—Tienes razón —asentí al fin.

—¿Pero?

—No tendría que haber ningún «pero» —continué, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras miraba el negro cielo salpicado por esas estrellas eternas que parecían reírse de mí—. *Pero* —recalqué— ojalá fuera todo tan sencillo, Caleb.

Mi mejor amigo asintió y me pasó un brazo por los hombros para arrimarme contra él.

—¿Qué vas a hacer entonces? —quiso saber.

Volví a observar el cielo a la espera de alguna señal, algo, pero

en el fondo conocía la respuesta adecuada, así que se la di:

—Nada. Esta vez, nada.

Ambos supimos que, a pesar de que yo lo quisiera fervientemente, no era la respuesta más sincera.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

—Esto de recoger es un coñazo —suelta Grace, dejándose caer en el sofá.

—Oye, monada, nada de procrastinar —la regaña Caleb con el ceño fruncido mientras me ayuda a precintar otra caja.

—¿Y si hacemos una pausa y vamos a tomar una cervecita? —propone mi hermana.

—Grace… —La miro significativamente mientras aparto la caja a un lado y Caleb empieza a montar la siguiente.

—¿Qué? Tenemos que aprovechar este sol. Allí no tenemos dosis de vitamina D a borbotones, ¿recordáis?

—Mueve el culo, Grace —le insiste Caleb.

A mi hermana no le queda más remedio que levantarse como si su cuerpo pesara toneladas; continúa refunfuñando:

—Creo que es mucho más divertido guardar la vajilla que revisar las revistas y demás cosas acumuladas durante años en los cajones de esta casa.

—Si te parece, luego bajamos a algún chiringuito para comer —le ofrezco mientras arrugo el papel de periódico sobre una de las

copas que estoy guardando.

—La verdad es que no me parece mal comer en el pueblo —conviene Grace, que de nuevo está concentrada en su tarea frente al aparador, junto al mueble del televisor—. Después de todo, también nos vamos a despedir de él.

Caleb y yo nos detenemos e intercambiamos una mirada.

Me duele, porque no podemos quedarnos la casa; al fin y al cabo, vivimos fuera, aunque siempre veníamos para estar con mamá. Pero ahora que ella ya no está, nos es imposible mantenerla, pues nuestros sueldos no alcanzarían para tantos gastos.

Y es una mierda, sí, pero, tal como nuestra madre nos enseñó, la vida es eso: hacer elecciones entre cosas de las que no queremos prescindir.

—Vaya —dice de pronto Grace.

Levanto la mirada.

—¿Qué pasa? —quiero saber.

Deja varias revistas antiguas que mi madre guardaba porque en ellas había una apetecible receta, algún artículo destacable o cualquier cosa que considerase digna de conservar.

Las palabras que mi hermana pronuncia a continuación me dejan congelada. Congelada y completamente alarmada, una mezcla extraña que me insta a recurrir a Caleb. ¿Él sabía algo? Pero, por su expresión —seguramente, un reflejo de la mía—, no debe de saber nada.

—¿Qué has dicho? —le pregunta Caleb, en un intento de asegurarse de que la hemos oído bien.

Pero no hay dudas, en especial cuando mi hermana se vuelve hacia nosotros con aquello entre sus delicados dedos.

—Una postal. De Londres. Para mamá.

Mi hermana me mira únicamente a mí, y sé que su gesto de estupefacción es sincero: para ella también es una sorpresa.

—No… no puede ser… —logro decir.

Los miro a ambos, no sé qué hacer.

Caleb es el que reacciona; emprende la acción y, acercándose a

mi hermana, le coge la postal de las manos.

Lee en silencio, y de pronto alza la mirada hacia mí.

—No —repito en cuanto descifro el significado de su expresión.

—Solo hay una frase, más bien una pregunta, pero, Ava…, no da lugar a dudas.

Volvemos a guardar silencio. Mi mente va a mil y siento frío en las extremidades. Aun así, sé lo que debo hacer, porque me niego a ignorar lo que hay ahí escrito.

Me dirijo hacia Caleb, que me tiende el grueso papel. En él se nota el paso del tiempo; cuando me fijo en la ilustración, me siento temblar, pues reconozco el estilo del dibujo.

Pero no es lo único que se ha alterado.

El corazón me golpea pesadamente el pecho de tal manera que me cuestiono si quienes tengo alrededor pueden oírlo; pero no alargo más el momento, doy la vuelta a la postal, y ahí, en una caligrafía sencilla, algo alargada e inclinada, leo la pregunta:

«¿Ella está bien?».

Levanto la mirada sin disimular el gesto.

—No puede ser —digo, o repito. Ya no sé ni qué he dicho.

—Tú misma lo tienes entre las manos —contesta Grace.

—¿Hay más? —digo yo, acercándome al cajón del que deduzco que lo ha sacado.

Mi hermana me sigue.

—No lo sé, esta se ha caído de una de las revistas…

—¡Pues ayúdame a revolver en todas! —le exijo con brusquedad.

—Ey, baja el tono, ¿quieres? —se queja mi hermana.

Sé que tengo que disculparme, pero ahora mismo estoy demasiado nerviosa.

Mi madre no me ha podido ocultar esto. No habría sido capaz. Imposible. Estos pensamientos se repiten en mi mente mientras rebusco entre las cosas de un modo tal que roza el histerismo. Es Caleb quien me detiene, sujetándome con fuerza.

—Ava, para.

Intento soltarme de su agarre.

—Necesito saber si hay más… necesito…

Lo aparto y, desquiciada, me lanzo, pero Caleb me retiene de nuevo.

—Ahí no hay más, Ava —me avisa mi amigo, y me obliga a mirarlo.

Es entonces cuando percibo que incluso tengo la respiración agitada.

—No parece que haya más. Tienes que relajarte —añade él.

—Pero ¿mi madre me ha ocultado que él le escribió? ¿Cuántas postales le envió? ¿Ella le respondió?

Siento que afloran las lágrimas; no quiero derrumbarme, no delante de Grace, pero me es imposible.

—No podemos decírtelo, nos acabamos de enterar, como tú —se atreve a hablar mi hermana; me estudia con cierta cautela, como si fuera a estallar en cualquier momento, como si no lo hubiera hecho ya.

Con pesadez, cojo aire, y Caleb se atreve a soltarme.

—No entiendo nada —declaro finalmente, volviendo a centrarme en ese trozo de papel tan anodino y a la vez tan importante.

—Solo una persona puede darte las respuestas.

Alzo la vista para mirar a Caleb, que es quien ha formulado estas últimas palabras.

Julio de 2013

Mojácar

Ava

Supe que aquella noche sería distinta a las demás, y, a su vez, no sentí nada extraño. Como siempre desde que aquella costumbre se había instaurado en el pueblo, salí vestida completamente de blanco para la ocasión, y en compañía de mi madre y Grace, que enseguida se pusieron a parlotear de nada en especial y de todo en general.

Ya no debatíamos sobre dónde prenderíamos nuestros deseos, pues desde el primer año que se celebró la Noche de las Velas, escogimos nuestro lugar y con ese nos quedamos. Yo tampoco dejé de tener mi propia y privada costumbre.

La había guardado para mí todos esos años.

Así que, una vez que juntas hubimos encendido nuestras velas, nos perdimos en la fiesta de nuestro mágico pueblo, y en cuanto nos separamos —Grace para reunirse con sus amigos y mamá con los suyos—, yo fui directamente a un lugar en concreto antes de juntarme con la pandilla.

Nunca lo había compartido con nadie… bueno, eso no era del todo cierto, pues con una persona sí que lo había compartido. Una vez, unos años atrás; y a pesar de que debería haber advertido que no era muy buena señal que siguiera acudiendo allí, me autoengañaba diciéndome que él no ocupaba mi mente cuando llegaba a la fuente.

La Fuente Mora, con sus trece caños, su espacio cerrado, y —cada año, en aquella noche especial— adornada con varias velas encendidas.

Como siempre, cuando llegué no había ni rastro de nadie. Seguramente se debía a que la gente, a esas horas —ya pasadas las doce—, prefería pasear por las calles del pueblo y disfrutar de los espectáculos, la música en vivo y lugares donde beber en esa noche especial.

Entré en el recinto cerrado acompañada por el ruido del agua que caía sobre la fuente, y me detuve frente a los trece caños con la mirada puesta en el cielo. Al estar apagado todo el alumbrado

eléctrico del pueblo, el cielo estaba asombroso, pues mostraba un espectáculo digno de presenciar, en especial porque aquella celebración siempre coincidía con la lluvia de estrellas, las lágrimas de San Lorenzo.

Y yo regresaba cada año para pedir mi deseo a la primera estrella fugaz que surcara el cielo. Esa noche, el deseo me tenía bloqueada, porque, ahora que lo había vuelto a ver, ¿qué era lo que quería?

Aún con la cabeza inclinada hacia atrás para vislumbrar el firmamento, cerré los ojos en el instante en que vi el destello característico. Los cerré con fuerza porque era demasiado pronto, pues todavía no había meditado qué deseo pediría.

El año anterior me había prohibido a mí misma pensar en él. Y a pesar de los intentos por ocupar la mente en otra cosa, mis pensamientos tomaron vida propia en cuanto vi la estrella fugaz. Pero ¿qué pretendía? Era como cuando te decían que no pensaras en un elefante de color rosa… ¿o era azul? ¿Qué más daba?, si ya estabas pensando en él. Así pues, temía que, a pesar de haber puesto todo mi empeño, aquel peligroso pensamiento y deseo se hubiera escurrido entre otros más adecuados.

Y ahí me encontraba ahora: un año después y con aquel prohibido deseo cumplido.

¿Qué iba a desear en esta ocasión? Sí, nuestros caminos se habían cruzado otra vez, pero ¿con qué sentido? Hugo se marcharía en dos días… Efectivamente, había contado los días a pesar de nuestros escasos encuentros.

—Un deseo un poco largo, ¿no?

Esa voz…

Abrí los ojos sobresaltada, y al volver la cabeza descubrí a Hugo estudiándome desde la entrada de la fuente. Las manos, guardadas en los bolsillos de unos vaqueros rotos y desgastados que, junto a esa sencilla camiseta blanca, lograban que su piel aceitunada y sus increíbles ojos fueran imposibles de ignorar.

Cohibida, desvié la mirada al advertir que llevaba demasiado tiempo estudiándolo en silencio.

—No estaba pidiendo ningún deseo —dije sin mirarlo, pero conocedora de que se me acercaba.

—No creo que hayas cambiado tanto en estos dos años, Ginger.

Contuve las ganas de cerrar los ojos cuando habló a mis espaldas y tan cerca de mí que mi cuerpo reaccionó como solo hacía en su presencia. Y eso era cierto, cruelmente cierto, porque, después de él, conocí a algún otro chico, pero ninguno despertaba esas sensaciones que Hugo sí me originaba con tan solo mirarme o hablarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con un mal disimulado hilo de voz.

—¿Qué quieres escuchar?

Su respuesta me extrañó, y me di la vuelta para interrogarlo con la mirada. Sus ojos, que me miraban con cierto desafío, me capturaron. Entonces lo supe. Estaba metida en un problema. Ambos, realmente.

Aquellos ojos me observaban reservándose unos secretos que conocía demasiado bien, porque… porque también eran los míos.

Inconscientemente retrocedí un paso justo cuando él lo dio hacia delante. Qué gran señal.

—¿Quieres oír lo que se supone que debo decir, o la verdad?

Ante su susurro aterciopelado, negué con la cabeza.

—No sé de qué hablas, Hugo. —Nerviosa, revisé el entorno en busca de algo que interrumpiera el momento.

—Joder si lo sabes, Ava —gruñó él, provocando entonces que lo mirara.

Sentía la atracción de nuestra energía, esa tan característica y que creía muerta. Pero ahí se encontraba, tirando entre ambos, chisporroteante, demandando que no se la ignorara, y es que, ¿cómo podía ignorarse? Así que me quedé estática, clavada en el sitio mientras Hugo volvía a romper la distancia entre ambos de un modo tanto peligroso como doloroso.

Lo podía leer en sus ojos, en esa expresión punzante que los atravesaba con un anhelo que provocaba que mi respiración —

agitada de pronto— saliera atropellada de mis pulmones danzando provocativamente contra la suya, y es que estábamos a escasos centímetros de que nuestros labios se encontraran.

—Hugo… —logré decir, y no sabía si era un aviso o un ruego.

Un ruego porque se detuviera o, al contrario, que eliminara de una vez por todas la distancia entre ambos, y ya… ya pensaríamos después en las consecuencias.

Sin embargo, no hizo ninguna de ambas cosas. Me acarició el pelo y lo apartó a un lado para despejar parte del cuello y del hombro; curiosamente, el del tatuaje. Dirigió la mirada al dibujo que años atrás me había tatuado sobre la piel, y tuve que contener el aliento al sentir la suave caricia de su dedo sobre él.

—No sé si te lo he comentado ya —dijo Hugo, sujetando uno de mis largos mechones entre los dedos mientras con la mirada seguía el movimiento y me estudiaba el pelo antes de volver a conectarla con la mía—, pero estás preciosa.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —logré decir.

Y una sonrisa sutil tironeó de sus labios.

—No estoy mal, ¿eh? —repitió divertido.

—Lo sabes de sobra, no vayas de humilde —puntualicé—. No te queda bien.

Hugo soltó el mechón al tiempo que contenía una sonrisa más amplia; y al hacerlo, me acarició deliberadamente el rostro, robándome un segundo de respiración ante la sorpresa.

—Mañana es mi último día en Mojácar —dijo entonces.

Nuestras sonrisas se esfumaron.

—Lo sé.

—Y sabía que esta noche te encontraría aquí —confesó.

Y yo asentí.

—Una parte de mí también sabía que pensarías eso.

—¿Por eso has venido? —quiso saber sin disimular la esperanza camuflada.

—Por eso he venido cada año desde entonces.

Mi confesión salió sola, pero era absurdo seguir con aquella farsa, siendo conscientes de lo que ambos sabíamos.

Hugo dio un paso atrás y se alejó de mí, causando que una sensación de vacío me envolviera.

—No podía irme sin verte. Pero también sé que no podré irme si nos dejamos llevar. No es justo. Para ninguno de los dos.

Asentí, pues tenía razón. A él lo esperaba Londres, nuevas oportunidades para labrarse ese futuro por el que había luchado. Igual que Granada me esperaba a mí. Granada y…

—Caleb me ha hablado de él.

—¿«De él»? —repetí sin ocultar la sorpresa y mis alarmas.

Hugo asintió levemente, dedicándome una sonrisa desenfadada.

—No ha querido entrar en detalles, me imagino que para no invadir tu intimidad; pero se aseguró de aclararme que hay un chico, un buen chico, que te está esperando en Granada. Esperando a que te decidas a dar el paso. A apostar por vosotros.

—No tenía derecho a contarte nada —dije contrariada.

—Es cierto, pero entiéndelo. Está asustado de que yo la pueda cagar. Lo que no sabe es que prefiero sacrificarme y saber que con ello eres feliz en tu historia.

Sentí que sus palabras me desgarraban por dentro, y supe que mi expresión me delató, pues la tristeza tiñó sus cristalinos ojos.

—Ava, es lo mejor —me prometió—. Y tú también lo sabes. Es mejor que no nos mezclemos más, que te deje seguir tu camino, que me olvides. Si esta noche me permito bajar la guardia, tan solo nos masacrará por dentro. Yo tengo… yo tengo que ir allí y conseguir que todo esto haya tenido sentido. Y ya no solo por mí, también por los chicos: por los que ya no están y por los que todavía siguen perdidos…

Entonces, Hugo rebuscó algo en la parte trasera de los vaqueros; el corazón me dio otro sobresalto cuando vi que me tendía el libro que le regalé de *Peter Pan*.

—Yo… lo leí millones de veces. Y… ha sido especial, demasiado. En cierto modo me conectaba contigo, pero también con ellos, no sé si me explico.

—Claro que sí —asentí con un nudo en la garganta.

Entendí que, para Hugo, Peter Pan y los niños perdidos habían sido mucho más importantes de lo que yo nunca llegaría a comprender.

—Algunas veces hasta respiré como Peter, a la espera de que fuera verdad lo que decía, entendiendo esa rabia y el odio hacia los adultos…

Una sonrisa tristona asomó en su semblante y estuve tentada de abrazarlo, pero de pronto me tendió el libro y añadió:

—Creo que es el momento de devolvértelo.

—No, ya te lo dije. Quédatelo. Era… es un regalo.

Miramos el pequeño cuento que aún sujetaba entre las manos, y ambos recordamos ese momento, dos años atrás.

—Yo solo quería verte otra vez, y soy jodidamente afortunado por ello. No sé si nos volveremos a encontrar, porque no sé si regresaré, pero…

—Cuéntamelo —lo interrumpí con urgencia, sin pensarlo.

—¿Cómo? —preguntó sin entender a qué me refería.

Di un paso hacia él, ignorando deliberadamente la voz que me advertía de que era una mala idea.

—Cuéntamelo cuando estés ahí. Cuéntame cómo te va…

—¿Quieres mantener el contacto? —Hugo entendió por fin a qué me refería.

—Sí —asentí con una gran sonrisa.

—No creo que sea una buena idea, Ginger.

—¿Por? Tan solo para saber cómo nos va —le aclaré.

Ante su gesto torcido, mi entusiasmo se desvaneció, y comencé a negar con la cabeza; rectifiqué:

—Sí, bueno. Quizá no lo he pensado muy bien, y…

—Ey, espera. —Hugo no me dejó terminar la frase, y sorprendiéndome, me agarró suavemente de la mano—. Encontraré la manera, ¿vale?

—¿La manera de qué? —pregunté confundida.

—La de contarte cómo me va sin arriesgar que sigas adelante.

Recuerdo que me quedé callada, contrariada por sus palabras, pues no era lo que quería. Quería seguir teniéndolo en mi vida, ¿no

lo entendía? Pero su sonrisa lenta y algo triste me impidió el habla, en especial cuando se inclinó para depositarme un suave beso en la frente.

Después, sin añadir nada más, se alejó volviéndome a dejar sola, y en algún momento incluso me pregunté si lo que acababa de suceder aquella noche me lo había imaginado.

Sin embargo, pasados unos meses, llegó la primera.

La primera postal sin remitente.

Noviembre de 2013

Londres

Hugo

Podía decirse que definitivamente odiaba la lluvia. Llevaba ya unos meses en aquella ciudad gris y todavía no me acostumbraba a su tiempo tan característico. Así cualquiera podía entrar en depresión, raro era ver un mísero rayo de luz.

Ciertamente, el comienzo de mi vida en Londres no fue demasiado bueno, quizá por eso mi apreciación estaba un poco empañada; pero según las cosas fueron mejorando, mi opinión sobre la ciudad cambió considerablemente.

A pesar de haberme mentalizado de que los inicios resultarían duros, no pensé que lo serían tanto. Al fin y al cabo, mi vida no había sido un camino de rosas, pero siempre hubo algo que la apaciguaba: los chicos.

Sí. Siempre había estado acompañado de ellos; también cuando dejé Mojácar, tras la muerte de Iván, pues Rubén vino conmigo a

Madrid. Sin embargo, ahora… ahora me sentía jodidamente solo.

El plan era que Rubén se me uniera al terminar las prácticas, así que, sí, estaba solo, y ser extranjero en una ciudad donde ni tan solo dominas el idioma es… difícil, mucho más de lo que podría haber imaginado.

Al llegar, me puse a vivir en un motel en el que compartía habitación con varias personas; no cruzamos más de dos frases, pero pasé varias noches en vela por los ronquidos de unos, los malos olores de otros y debido a la desconfianza que me generaba guardar ahí mis escasos bienes —aunque esto último tenía, quizá, más que ver con mi experiencia en la vida que con aquellas personas—. Por todo eso puse mucho empeño en encontrar un empleo que me permitiera pagar algún sitio más decente donde vivir.

No me costó conseguir trabajo, aunque solo podía aspirar a un mal sueldo como friegaplatos en restaurantes de mala muerte, en los que no tenían escrúpulos en timarte con los contratos, las nóminas y demás cerdadas que se les ocurrieran.

Si no aprendía el idioma, sería imposible avanzar.

El verano pasó, y con el otoño llegó un poco de esperanza. Conseguí un puesto en un pub del barrio de Harlesden: Oliver —un hombre de tupida barba y calva brillante— se apiadó de mí y acabó aceptándome como camarero a pesar de la nefasta entrevista que tuvimos.

Pronto hice buenas migas con mis compañeros: Ranjit, un joven indio que tras tres años en la ciudad no dominaba aún el idioma, y Joe, el joven de ojos tristes que en un primer instante me recordó a Jacobo y al que por ello cogí un cariño especial. Acababa de cumplir los dieciocho años y sus padres le habían echado de casa por haber alcanzado la mayoría de edad; así que allí se encontraba, procurando sobrevivir.

El pub de Oliver era un local pequeño y con nada especialmente reseñable, pero me sirvió para abandonar el motel de mala muerte y mudarme con Ranjit y sus tres compañeros de piso. Pagando la friolera de novecientas cincuenta libras al mes,

disponía por fin de una habitación para mí solo, aunque tuviera que compartir el baño con cuatro tíos más, y —lo que era peor— la nevera. Raro era el día en que no hubiera discusiones por la comida desaparecida.

Tuve que hacer de tripas corazón, como me aconsejó Ranjit. A fin de cuentas, la alternativa era dejar libre esa pequeña pero privada habitación, algo que no me podía permitir. Estaba situada en el barrio de Kensal Green, o lo que era lo mismo, a diez minutos escasos del pub de Oliver. Así que, sí, me tragué las ganas de hostiar a alguno de los gilipollas con los que me tocaba convivir, y eso disparó mi ingenio: terminé comprando una nevera pequeña para colocarla en mi habitación e instalé un cerrojo en la puerta.

Por supuesto, no era idiota, sabía que no caía del todo bien; pero, al fin y al cabo, solo me relacionaba con Ranjit. Con todo, finalmente logré que pasaran de mí y vivir tranquilo.

Septiembre dio paso a octubre, y este a noviembre. El frío me calaba los huesos, pero no era lo único que lo hacía. A medida que transcurrían las semanas, era capaz de mantener conversaciones más largas, incluso bromeaba con frases y expresiones típicas. Me había apuntado a clases de inglés; eran pocas horas, pues entre la habitación y el sustento, el sueldo no daba para mucho más. Sin embargo, también las horas extras en el pub cosechaban sus frutos.

Y un jueves que libraba y fui a hacer un poco de turismo en uno de los barrios más pijos de Londres —Mayfair—, la suerte hizo acto de presencia.

Y fue allí cuando el azar hizo que decidiera pasar por la calle Hill y, en la esquina con Hay's Mews, me llamó la atención un pub de fachada blanca que resaltaba en la planta baja del edificio de ladrillo rojo.

Contrastada con el color de unas plantas colgantes, la madera negra de las ventanas y la puerta de entrada del bonito local captaba notablemente las miradas de los transeúntes; sin embargo yo me detuve al descubrir un pequeño cartel colgado junto a la puerta: se buscaba barman.

Si aquello hubiera sucedido unos meses atrás, habría pasado de largo por mi falta de experiencia y por el idioma, pero en ese momento no lo dudé. Abrí con determinación aquella puerta que pronto me cambiaría la vida por completo.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Pero eso no es lo que te he preguntado —señala Lara, aún sentada en la cama, arrebujada bajo las sábanas blancas.

Seguimos en la habitación del hotel; cuando he empezado a contarle mis comienzos en Londres he pedido el desayuno, así que ahora hay sobre la cama, entre ambos, una gran bandeja con café, zumo de naranja, bollos caseros, tostadas, mantequilla, diversas mermeladas en botes pequeños y alguna pieza de fruta.

—¿Cómo que no? Me has preguntado cómo volví a pintar, tan solo estoy empezando la historia por el principio… —Sonrío y simulo un poco de indignación mientras jugueteo con una uva antes de comérmela.

Lara ladea la cabeza, divertida, y se queja:

—Esta no es ninguna de esas entrevistas que te hacen, así que haz el favor de ir a la parte…

—¿Y saltarme lo de Coach & Horses? —digo, acompañándome de un gesto de sorpresa.

Con ello, se le acentúa la sonrisa.

—Me sé perfectamente esa parte de la historia.

—¿La de Sally y Archie?, ¿ese matrimonio que resultaron unos de los mejores jefes que he tenido en mi vida? —continúo recalcando, también divertido.

—No es que hayas tenido muchos jefes, Hugo —contesta puntillosa.

Entonces, una de mis manos se cuela debajo de las sábanas para buscar su piel y hacerle cosquillas. Me detengo por temor a derramar el desayuno; no negaré que tengo algo de hambre.

—Sabes que eso no es cierto. He tenido muchos jefes.

—Es verdad, te lo concedo —accede en un tono ameno—. Así que, sí, Sally y Archie han sido los mejores —repite entonces, mientras coge un vaso con zumo de naranja—. Te acogieron como si fueras uno más, incluso a pesar de que su hija se encaprichara contigo.

—Oh, Karoline… ¿cómo olvidar esos ojazos azules? —bromeo, simulando estar pensativo.

Recordé entonces a aquella chica que no dejaba de insinuárseme, siempre apoyada en la barra de madera de roble oscuro y repleta de botellas de distintos licores y bebidas que su padre Archie me había enseñado a mezclar usando «uno de los artes más memorables», según sus palabras.

Por supuesto, al oír tal broma, cierta rubia se lanza a por mí.

—Tranquila, tranquila, fiera. Que solo tengo ojos para ti —me río junto a Lara, que, satisfecha, se reclina de nuevo en el cabecero y recupera el vaso que había dejado para atacarme.

—Bueno, ¿entonces? —pregunta.

—«Entonces» ¿qué?

—¿Seguirás narrando tu historia?

—Vaya, ¿no estaba aburriéndote? Pensaba que ya te la sabías —la pincho, juguetón, y relajadamente cruzo las piernas antes de morder la tostada con mantequilla.

—Bueno, he de reconocer que esta parte de la historia es… es interesante. —Una sonrisilla asoma en sus labios mientras me mira de soslayo.

Asiento levemente, soy consciente de que la parte que viene

ahora es mucho más que eso.

Cambió mi vida o, más bien, le dio sentido. Y, sí… en cierta forma fue por ella, por esa persona que va tomando cada vez más protagonismo entre estas cuatro paredes; y me pesa no saber cómo explicarlo sin hacer daño, sin mentir… porque, ¿no se merece Lara toda la sinceridad? Sin embargo, ¿no es a veces mejor ocultar la verdad para no lastimar?

—Venga, Hugo. —Lara me saca de mis cavilaciones mirándome con dulzura—. Cuéntame la parte de cuando llegó Rubén. Pero, esta vez, comparte conmigo ese secreto.

La miro confundido.

—¿«Ese secreto»?

Lara asiente.

—Sí, el de por qué comenzaste a pintar de nuevo.

Diciembre de 2013

Londres

Hugo

Finalmente llegó diciembre y la ciudad se vistió con sus mejores galas, las de la Navidad.

Me impactó que cada rincón exudara festividad, que las luces ya no solo decoraran las calles más importantes, sino que en cada escaparate, en cada rincón, encontraras motivos navideños que, sinceramente, te dejaban con la boca abierta. Nunca me habían llamado demasiado la atención aquellas cosas, pero debía reconocer que la ciudad lucía especialmente bonita, casi mágica.

Sin embargo, aquel mes no solo trajo las luces, sino también la llegada de Rubén, y eso supuso varios cambios.

El primordial era que no podía seguir viviendo con Ranjit y los demás compañeros. Todas las habitaciones estaban completas y no quedaba sitio para uno más; de todos modos, yo tampoco lo habría querido así. Cuando llegó Rubén, lo esperaba en nuestro nuevo piso de dos habitaciones.

No me había mudado de barrio, por lo que seguía dedicando casi cincuenta minutos al desplazamiento con transporte público para acudir al trabajo; pero lo bueno de trabajar como barman en Coach & Horses ya no solo era el buen ambiente de trabajo, sino el sueldo. Partía de mil trescientas libras, y en un barrio como Mayfair se les sumaban propinas cuantiosas.

Alguna noche había alcanzado las cuatrocientas libras, y como me las daban directamente a mí, no tenía que compartirlas.

Política de Archie y Sally.

Cada barman se quedaba lo que los clientes le extendían al recibir sus cócteles, y algo que Archie me enseñó fue que, cuanto más fluidos fueran mis movimientos y especiales mis cócteles, más llamaría la atención, sí, pero cuanta más psicología dominara, más cuantiosa sería la cantidad de billetes que me darían.

Un buen barman sabía escuchar, ver y callar; lograr que sus clientes se sintieran escuchados, atendidos y como si fueran los únicos protagonistas del pub.

Pronto empecé a conocer a los clientes más habituales: hombres y mujeres que trabajaban por el barrio —por lo general, ejecutivos de empresas internacionales, banqueros, asesores financieros— y que querían desconectar de sus ajetreadas y estresantes vidas.

Aprendí que Maggie Davies —aquella mujer que rondaba los cincuenta y siempre vestía traje de chaqueta combinado con imposibles tacones— odiaba los cócteles dulces, así que para ella siempre tenía preparado un Long Island con tequila, ron blanco, vodka, ginebra y triple seco, y me ocupaba de exprimir zumo natural para darle un toque de acidez.

También, que John Portman —a quien veía relamerse cada vez que le preparaba mi gin-tonic de canela y naranja por debajo de su bigote canoso, ese que se atusaba cuando pedía otra nueva consumición— disfrutaba estando sentado en el extremo interior de la barra para contarme anécdotas de su juventud.

Muchos de los clientes eran habituales, por lo que pronto entendí que eran, ante todo, maniáticos del orden y de mantener sus rutinas, algo que me facilitaba la tarea de atenderlos satisfactoriamente. Si te aprendías sus horarios y gustos, te los llevabas de calle, aunque, como Sally me decía, no resultaba «tan sencillo como yo lo hacía parecer».

—Lo que tienes es un don, Hugo —me decía siempre que se asomaba desde la cocina.

Y es que en el pub también se servía comida, comandas que servía Karoline, la hija que, con las mejillas ruborizadas, siempre me dedicaba tímidas sonrisas. Con el transcurso del tiempo, esas sonrisas dieron paso a breves conversaciones que finalmente se convertirían en invitaciones directas de lo que le gustaría hacer conmigo.

Yo tan solo le sonreía mientras, escondido tras la barra, secaba las copas recién salidas del lavavajillas, limpiaba las cocteleras, preparaba cócteles o me aseguraba de que los licores y las especias estuvieran bien frescos.

Se acercaban las fiestas de Navidad y eso ocasionaba el apogeo de la clientela en el oscuro pub, que adquiría un ambiente distinto gracias a las guirnaldas de luces que Karoline colocaba en la parte superior del techo de la barra de madera oscura, donde el leve fulgor de las luces acompañaba los escudos y las etiquetas de bebidas y cervezas que desde hacía años decoraban esa parte alta de la barra.

Ese día sonaba de fondo un hilo musical de villancicos cantados por Sinatra, y a mí no se me borraba la sonrisa, tal como me repetía Archie.

—Esa sonrisa tiene que ver con una mujer, estoy seguro —me repitió con una mueca burlona.

Él acababa de servir varias pintas a un grupo de turistas sentado a una de las mesas al fondo del pequeño local. Cuando me reí, me gané que me lanzara un trapo a la cara.

—¿Es que no me vas a contar nada?

—A ti te voy a contar —respondí finalmente, conteniendo el gesto mientras colocaba una copa.

Sin embargo, mi jefe tenía razón. Aquel buen humor se debía a que, una vez finalizado mi turno, me encontraría con Marie, una chica francesa que trabajaba en una tienda de ropa no muy lejos del pub y con quien había coincidido varias veces en el trayecto de vuelta a casa.

No fui yo el primero de ambos que se fijó en el otro, sino que ella, sin ningún tipo de vergüenza, se me acercó en un vagón del metro para extenderme un trozo de papel con un número de teléfono. El suyo.

Era una chica menuda, de ojos castaños y enmarcados por unas tupidas pestañas que pronto descubrí postizas, con labios siempre pintados de carmín rojo, y el pelo oscuro recogido en una coleta tirante.

Primero mantuvimos conversaciones por WhatsApp, y tras un tiempo me recriminó que no la invitara a salir. Así pues, acabé haciéndolo; aquella era justo la noche en la que nos veríamos.

Habíamos quedado para cenar cerca de mi barrio y, si todo iba bien, esperaba que termináramos en mi casa. Rubén salía esa noche con sus compañeros de trabajo —lo habían contratado en una tienda deportiva—, así que tendría la casa para mí solo.

Marie no me habría llamado la atención de no haber sido por su carácter lanzado, su interesante acento y las insinuaciones que dejaba caer entre mensaje y mensaje. Ya me había percatado de que allí las chicas eran mucho más lanzadas de lo que estaba acostumbrado. Y me parecía estupendo. O quizá se debiera a que éramos extranjeros, tan diferentes a los chicos ingleses. Fuera por el motivo que fuese, no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Hacía demasiado tiempo desde la última vez que había estado con alguien. Una chica, en la última noche que salí por Madrid

antes de volver… de volver a Mojácar para emprender el viaje hacia Londres.

Tuve la fuerza necesaria para controlar que mis pensamientos no tomaran aquella peligrosa dirección que me había prometido evitar. Sí. Me tenía altamente prohibido pensar en… joder, en *ella*.

Mi turno llegó a su fin, y un par de horas después, tras una cena rápida en una hamburguesería, Marie y yo terminamos, efectivamente, en mi casa. Tal como había sospechado, Marie no perdía el tiempo: antes de darme cuenta, estábamos completamente desnudos, yo entre sus piernas mientras la sujetaba contra la pared del salón y ella jadeaba soltando cortas frases en francés que no entendía pero que, por sus gestos y su forma de agarrarme el culo, me indicaban que lo disfrutaba.

Fue rápido y brusco, y me pareció que era justo lo que necesitaba. Esto dio pie a enredarnos de nuevo, pero esta vez en mi cuarto.

—Me gusta tu habitación —me dijo una vez que terminamos.

Se sentó sobre el colchón apartando las sábanas sin ningún tipo de vergüenza.

—Gracias —contesté, encendiéndome un cigarrillo con tranquilidad.

—¿Esta noche estás solo? —quiso saber.

Me incliné sobre el colchón para alcanzar la mesilla de noche, donde descansaba mi móvil.

—No. Mi amigo Rubén llegará en algún momento de la noche —le aclaré.

—¿Así que entonces no me puedo quedar a dormir?

—Así que entonces no te puedes quedar a dormir —asentí.

Y observé cómo se levantaba completamente desnuda para examinar el entorno.

El cuarto era pequeño; el suelo, recubierto de moqueta y con algunas manchas de anteriores inquilinos, una única ventana ofrecía vistas a otro bloque de pisos; había un escritorio con una lámpara flexo y algunos libros, y una puerta del armario no cerraba bien.

Descontando la cama de uno treinta y cinco junto a la mesilla de noche de pintura desconchada, no tenía nada más, pero si lo comparaba con mi última habitación, aquello era un palacio.

Cuando me puse a escribir un mensaje de texto a Rubén para avisarlo de que podía regresar a casa en cuanto quisiera, algo llamó la atención a Marie.

—¿Lees cuentos?

Al oír su pregunta, dejé el móvil de lado y a medias la frase que respondía a las bromas socarronas de Rubén; alcé la vista y encontré a Marie con un libro entre las manos. No un libro cualquiera, sino *el libro*.

—Es *Peter Pan*, ¿no? —me preguntó; una sonrisa divertida le tironeó de los labios.

Y no me gustó ni un pelo.

—¿No sabes que es de mala educación husmear entre las cosas de la gente?

Me levanté sin cuidar el tono, y advertí mi brusquedad en su expresión dolida, pero Marie la ocultó rápidamente para dejar el libro en su sitio, entre los otros títulos que reposaban sobre el escritorio, apoyados contra la pared.

—Perdona, no era mi intención invadir tu intimidad —dijo mordaz, pero se alejó de mí en busca de su ropa interior para vestirse.

Sentí alivio al entender que se marchaba ya, y también comencé a vestirme. Eso sí, antes de salir del piso, me besó suavemente en los labios.

—Nos vemos.

Esa fue su despedida, no sin antes guiñarme el ojo y salir del piso.

Con Marie nunca tuve nada serio, pero, efectivamente, no fue la última vez que salió de mi piso a altas horas de la noche. Nunca nos mezclamos más de lo necesario, y todo resultaba fácil y sencillo con ella, algo que no siempre pude decir de las demás chicas que en Londres entraron en mi vida.

Cuando se fue, volví a mi habitación y, casi

inconscientemente, mis manos viajaron hacia el cuento. Estudié la cubierta y hojeé las páginas.

Irremediablemente pensé en ella, en nuestro último encuentro esa Noche de las Velas y en las cosas que le dije, la promesa que le lancé. Y es que, ¿qué pasaría si por una vez, solo por una vez, me permitiera pensar en ella?

Me senté en la cama y sentí entonces todo el peso de mis decisiones sobre los hombros.

Había hecho bien. Tanto por mí como por ella. Pero… pero ¿tan malo sería…?

Dirigí la vista a la mesa, concretamente, al correo que reposaba en la superficie. Y entre dos facturas y el panfleto de una lavandería que habían abierto dos calles más abajo, había una postal; en su anverso se anunciaba alguna bebida alcohólica, pero el reverso estaba completamente vacío, y abría un peligroso mundo de posibilidades.

No lo pensé, me senté en la silla frente al escritorio y escribí; después, haciendo honor a mi promesa, me cuidé mucho de no anotar mi dirección, para evitar que ella me respondiera.

Sin embargo, ¿realmente la enviaría? Giré sobre mis dedos el cacho de cartulina rectangular para estudiar la imagen del anuncio y… una sensación que me resultaba perfectamente conocida a pesar de llevar años dormida me hormigueó no solo en la punta de mis dedos sino en el pecho.

En efecto, no envié esa postal cutre, sino que días después me sorprendí comprando una; tras escribirla de nuevo, me hice con unos acrílicos y pinceles sencillos para pintar una ilustración en esa postal que se llevaría una parte de mí.

Y es que, una vez terminado, y tras haber batallado con los tonos anaranjados y rojizos de un cielo y del mar que imaginaba en el atardecer, fui consciente de cuánto de menos echaba esa sensación.

La de dejarme perder y encontrarme en un mismo proceso.

La de tan solo querer hacer de este mundo algo bonito.

La de simplemente ser.

Diciembre de 2013

Mojácar

Ava

Todo tiene ahora más sentido, y con la llegada de Rubén ya no me siento tan solo. Creo que por fin veo con otros ojos esta ciudad.

Gracias al pub, estoy conociendo a gente interesante, incluso algunos se interesan por mis estudios, mi formación y mis ideas de futuro.

No sé qué pasará, pero estoy dispuesto a descubrirlo.

¿Y tú, cómo estás? No sé si las Navidades las pasarás en casa con tu madre o si habéis ido a tu adorada Irlanda. ¿Puede que la distancia entre ambos sea más pequeña de la que me imagino?

¿Cómo estás, Ava? Te imagino muchas veces ensimismada entre los libros, las horas pasando alrededor mientras tu mente viaja lejos, muy lejos, huyendo casi sin esfuerzo de esos hombres grises.

Sujeté la postal con fuerza. Hacía pocas horas que había llegado a casa —pues empezaban las vacaciones de Navidad— y mi madre me había avisado de que unos días antes había llegado un sobre para mí.

Cuando lo abrí y descubrí qué era, un torrente de emociones me inundó. ¿Hugo me había escrito desde Londres?

En ningún sitio aparecía su dirección; tan solo los sellos londinenses indicaban de dónde procedía la postal que me había enviado dentro de un sobre para que sus palabras no se pudieran leer directamente. Y eso me parecía muy *muy* injusto.

¿Quién se creía?

¿Que él me podía escribir, pero yo a él no?

Por supuesto, mi enfado duró un tiempo —es decir, varias postales—, pero poco a poco fue cambiando. Inconscientemente esperaba el aviso por parte de mi madre de que había llegado otra postal; al fin y al cabo, era un modo de saber algo de él.

Algunas veces no me contaba nada, tan solo anotaba alguna frase misteriosa: «Quizá los distintos mundos en que vivíamos no fueran tan distintos. Veíamos los mismos atardeceres». Y al ponerme a investigar, descubría que pertenecía a algún libro, quizá el que estaba leyendo; así pues, imaginé que compartía conmigo esas frases que le llamaban la atención o le hacían pensar. Tal como le había enseñado que yo hacía.

Otras veces me lanzaba una pregunta de esas que no podía responderle pero que me indicaba que pensaba en mí mucho más de lo que yo habría sospechado. Como esa vez que tan solo me escribió para mencionar que, desde hacía un tiempo, miraba siempre el nombre de los traductores, a la espera de que algún día uno le sonara.

Eran frases breves, muchas veces, pero siempre, siempre, removían algo en mí sin querer pretenderlo, porque todo me iba bien, mucho más que ese mero adjetivo: la carrera, mis amistades en la universidad, Roberto…

Sí, finalmente, Roberto y yo dimos el paso y comenzó nuestra sencilla y bonita relación. Era calmada, en cierto modo especial; y segura. Mucho más de lo que estaba acostumbrada.

Roberto era el chico perfecto. Divertido, atento, con el punto justo en cada cosa que hacía. Y a pesar de ello, no dejaba de pensar en las postales, en lo que decían entre frase y frase, y, sí, también entre espacios y puntos y aparte.

Tampoco podía ignorar la ilusión que sentía con cada nueva

ilustración que las acompañaba. Me quedaba embobada con los trazos, los colores, y muchas veces quería saber si los paisajes que me mostraba eran lugares que había visitado o si partían de su imaginación, pues —según parecía— la había recuperado.

Sin embargo, todo ello tenía un lado negativo del que rápidamente tomé conciencia.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Al final no salimos a comer a ningún lado, sino que Caleb convence a Grace para que prepare algo sencillo, pues es la más cocinillas de los tres. Y ahí nos encontramos, en la cocina, mientras mi hermana prepara su especialidad culinaria: macarrones con queso.

—¿Piensas seguir con esa cara larga? —me pregunta Grace mientras cocina frente a la vitrocerámica.

—¿Y qué cara pretendes que tenga, Grace? Acabo de descubrir que mamá se escribía con Hugo.

—Por favor… —Grace se vuelve hacia mí, exclusivamente para poner los ojos en blanco—. Deja de…

—Ni se te ocurra decir que deje de dramatizar —la encaro—, porque es un puto drama. Lo es. Díselo, Caleb.

—Es un drama, sí —repite mi mejor amigo, pero su tono de voz no va acorde con la intención.

Y lo fulmino con la mirada.

Está sentando junto a mí en la isla y atento a Grace, que termina de preparar la comida mientras picotea de la bolsa de patatas que ha comprado en el súper.

—¿Por qué siento que no me tomáis en serio? —me quejo.

Caleb suspira y vuelve la cabeza para mirarme con cierto cariño condescendiente.

—Sí, cierto. Es una putada. Pero tienes dos opciones, y déjame decirte que no estás escogiendo la correcta.

—Estoy con Caleb —asiente mi hermana.

—Es que siempre tengo razón. —Sonríe puntilloso a Grace.

Ella se ríe de su comentario, y yo tengo ganas de asesinarlos.

¿En serio que no pueden dejar las bromas para otro momento?

—Por favor, ¿nos podemos centrar? —les pido, lastimosa.

Grace se aparta de la cacerola humeante —cuyo olor delicioso me hace rugir las tripas— y me lanza esa mirada que las chicas Brennan hemos heredado de nuestra madre; sé lo que me espera: un sermón de mi hermana pequeña.

—Ava, ya te lo ha dicho Caleb. Tienes dos claras opciones. O quedarte en casa relamiéndote esas heridas que se te infectarán por el dale que te pego que llevas, y continuar elaborando teorías conspiratorias, o la otra opción sensata.

—La que debería ser —asiente con determinación Caleb, casi igualando la mirada de Grace, casi.

Suspiro.

—¿De verdad insinuáis que vaya a buscarlo para confrontarlo?

—Oh, no —niega Grace—. Me refería a que hiciéramos una sesión de espiritismo para molestar a mamá y preguntárselo todo. ¡¿Qué coño si no, Ava?! —me contesta Grace en un tono sarcástico.

Entrecierro los ojos y gruño:

—Haz el favor de dejar de ser tan bruja.

—Y tú tan idiota. No te pega ni un pelo —me responde rápidamente.

—Venga, niñas, haya paz —interviene Caleb.

Escondo la cabeza entre los brazos cruzados sobre la fría

superficie de la cocina.

—Pero ¿cómo voy a ir a buscarlo? Además, ¿para qué?, ¿para que me confirme que sí, que habló con mamá? —lloriqueo entre mis brazos.

—Bueno, por eso estás aquí gimoteando desde hace un buen rato —añade Caleb mientras se pone en pie para servir la comida.

—De verdad, dais unos ánimos que… ¿para qué tener enemigos si os tengo a vosotros?

—Gracias, cielo —sonríe orgulloso Caleb.

Guiña el ojo a Grace, a quien se le escapa una de sus risitas cortas y animadas. Y a mí, un quejido.

—Venga, Ava. Tienes que ir a buscarlo y confrontarte a él —insiste mi hermana—. Si no, te quedarás siempre con la eterna duda, y si de verdad quieres cerrar el capítulo de vuestra historia… —una expresión rara se le dibuja en el rostro— tienes que dar ese paso. Parece que los astros se hayan alineado para que os encontréis una vez más. Por algo será.

—¿Por qué tengo la sensación de que no eres del todo sincera en tus palabras? —pregunto contrariada.

Grace se encoge de hombros justo cuando Caleb le tiende el plato con una generosa ración de macarrones. Mi hermana se acerca a la isla y se sienta a mi derecha; Caleb, a mi izquierda, y me deja delante otro plato con esa deliciosa pasta.

—Si tengo que decirlo a estas alturas de la historia… —murmura Grace sin mirarme.

Y yo la vuelvo a mirar mal.

—¿Podrías ser más directa? Quizá no eres consciente de que este es un momento tenso. Este pueblo…

—Este pueblo remueve demasiadas cosas —interviene Caleb, acallándome—. A todos.

Tan solo puedo asentir, porque es cierto. Este lugar está cargado de recuerdos intensos para cada uno de nosotros, así que comenzamos a comer en silencio, hasta que mi hermana vuelve a romperlo:

—Puedo averiguar dónde se queda estos días.

Casi dejo caer el tenedor sobre el plato mientras boquiabierta miro a mi hermana. Aquella frase solo puede significar una cosa.

—¿Cómo?

«¿Quiero…? ¿Quiero saberlo?».

Por favor, no pueden sumarse más dramas.

—Como siga boqueando, aprovecharé para quitarle parte de los macarrones —dice la sinvergüenza a Caleb.

Él, encima, se ríe.

—¡Grace! —digo escandalizada.

—Ese es mi nombre, sí —contesta ella, cerrando los ojos para saborear los macarrones que se acaba de llevar a la boca.

—¿Tú sabías algo? —pregunto a Caleb.

Pero, por cómo mira a mi hermana, no hace falta que me conteste. Tampoco tenía ni idea.

—¿Desde cuándo te hablas con él? —insisto, porque, sí, hay un gran *él* tomando protagonismo en la habitación.

Finalmente, Grace se digna a mirarme.

—No me estoy hablando con él, Ava. Simplemente no soy tan dramática cómo tú. Para pasar página no necesito borrar todo rastro, así que aún tengo su teléfono, y no me supondrá ningún esfuerzo escribirle para saludarlo y preguntarle, como de pasada, si sabe dónde se aloja Hugo…

Entre horrorizada y patidifusa por sus palabras, miro a mi hermana sin pestañear y tan solo salgo de este trance cuando Caleb comienza a carcajearse a nuestra costa.

—Madre mía, vaya dos que estáis hechas.

Nos volvemos para mirarlo, y él sigue riéndose.

—No sé de qué habláis —contesta la caradura de Grace.

—Por favor, me apuesto lo que quieras a que ayer, en ese paseíto tuyo, no solo viste a tus amigas —deja caer Caleb.

Al volver la cabeza hacia Grace, veo que oculta una sonrisilla demasiado sospechosa tras el vaso de agua antes de dar un largo trago.

—Esto es lo que nos faltaba —murmuro mientras ataco de mala manera los macarrones, como si los pobres tuvieran culpa de

algo.

—No hay nada malo en haber visto desde lejos.

Echo la cabeza atrás y miro al techo como si este fuera a brindarme las soluciones a todos nuestros problemas.

—Bendito Mojácar —murmura Caleb en un tono divertido.

Sin embargo, sé que a él también le persiguen sus propios fantasmas. A todos en la sala, sí. Aunque, bueno… a algunas no parecen afectarlas tanto los suyos.

—¿Cómo puedes están tan pancha? —pregunto incrédula a Grace.

Ella continúa zampando como si nada, cuando a mí se me está quitando el apetito.

—Cada uno batalla de la mejor manera que sabe.

Con su respuesta, me relajo un poco, pues recuerdo unas palabras de mamá, tan nítidas como si ahora mismo estuviera frente a nosotros tres para dedicarnos ese consejo que nos dio hace unos años:

«A veces, para cerrar las historias, hay que enfrentarse a los fantasmas, cierto, pero a veces también vale con tan solo enterrarlos. Y no hay nada malo en ello. Al fin y al cabo, la solución más fácil es la más certera».

Comienzo a sospechar que quizá habría sido mejor contratar una empresa externa y habernos ahorrado el viaje hasta aquí. No sé si estamos preparados para todo lo que va saliendo a flote.

Abril de 2014

Granada

Ava

—No entiendo cómo lo lográis, pero siempre me dejo engañar —murmuré mientras contenía un bostezo.

Sin embargo, las penas se me quitaron cuando Leticia llegó con una bandeja repleta de porras.

—Han dicho que ahora mismo traen el chocolate —nos comunicó nuestra amiga, con una amplia sonrisa que se adecuaba a tal frase.

—Así se nos quitan todos los males —dijo Caleb, frotándose las manos y admirando las porras sobre nuestra mesa.

Desde la terraza cubierta del Gran Café, que daba a la plaza de Rib-Rambla, se apreciaba con mayor detalle el humo que desprendían las porras. Todos empezamos a relamernos y a atacar la comida en cuanto el camarero trajo las cuatro tazas de chocolate caliente.

—Con esto ya no tenemos resaca, os lo digo yo —prometió Andrea, haciéndonos reír.

Eran las ocho de la mañana y volvíamos de fiesta. Íbamos de camino al colegio mayor cuando Andrea propuso que nos sentáramos a desayunar. Nadie se negó salvo yo, aunque ahora me alegraba que no me hubieran hecho caso, pues aquellas porras estaban deliciosas, y el chocolate tenía el espesor justo para volverte loco.

—Oh, Dios —se quejó Caleb, llamándonos la atención a las tres—. No miréis, pero está el gilipollas de Julio.

—¿Dónde? —preguntó Leticia.

Obviamente, se volvió para ver al archienemigo de Caleb.

—Leticia, ¿qué parte no has entendido de lo de no mirar? —repitió él malhumorado al tiempo que daba un puntapié a nuestra amiga por debajo de la mesa.

—Eh… —se quejó la otra mientras se frotaba.

Yo levanté la vista también y descubrí a Julio acompañado de su grupo de amigos.

—Parece que han tenido la misma idea que nosotros. —Andrea

me quitaba la frase de la boca.

—Eso parece —asintió Caleb con un gesto de condescendencia, y se centró de nuevo en su taza de chocolate.

Julio y Caleb eran compañeros de clase. Ambos estudiaban Ingeniería Química y habían discutido más de una vez a causa de las entregas grupales en talleres y prácticas de la carrera.

—Oh, vaya. Parece que nos ha visto —anunció Andrea, para el disgusto de Caleb.

Él procuró controlar el gesto, porque —como bien suponía— Julio se acercó a nuestra mesa.

—¿Desayunando?

Ese fue el saludo del moreno que se nos acercó. Vestía unos pantalones vaqueros agujereados a pesar del frío, botas negras y una camisa abierta que dejaba entrever la camiseta de algún grupo de rock que yo desconocía. Sí, Julio tenía el típico aspecto del roquero grunge.

—Esta mañana te veo algo más avispado que de costumbre.

Las sonrisas de Andrea, Leticia e incluso la mía propia se congelaron ante el desagradable comentario de Caleb, que, además, lo fulminó con la mirada. Julio no se quedó atrás y, borrando de inmediato su educada sonrisa, miró con desdén a mi mejor amigo.

—Espero que duermas un poco para no cagarla en el cálculo que te toca hacer en la práctica de hoy. Es agotador tener que revisar todo lo que pasa por tus manos.

—¿Qué coño dices, gilipollas? —soltó Caleb.

Y dejó caer la porra sobre la mesa con un gesto de cabreo que empeoró cuando Julio se puso a sonreír como un auténtico capullo.

—Buenos días, chicas —se despidió Julio.

Y sin añadir nada más, se dio la vuelta para entrar en el bar, donde debían de estar sus amigos.

—Realmente es un capullo —asintió Andrea, con la vista fija en la puerta por donde había desaparecido.

—No pienso dejar que me afecte, pero juro que el curso que

viene hablo con los profesores para que no me pongan con él. Puta maldición, apellidarse igual.

Al tener el mismo apellido —López—, casi siempre acababan juntos en los grupos de prácticas, y la monumental hecatombe duraba hasta que la finalizaban.

—Oye, cambiando de tema radicalmente —dijo Leticia mirándome a mí—, ¿tu hermana Grace vendrá entonces el fin de semana?

Sonreí asintiendo:

—Eso parece. Pero esta vez viene sola, no la acompaña ninguna amiga.

—Menos problemas a la hora de que se quede durmiendo en la habitación —señaló Andrea.

De vez en cuando, mamá dejaba que Grace viniera a pasar un fin de semana conmigo en Granada para que le enseñara la ciudad y se fuera aclimatando a la vida universitaria.

Por supuesto, el torbellino de mi hermana se había ganado el corazón de mis amigas y compañeras de habitación, así que no tenían problema alguno en que se quedara con nosotras, algo que facilitaba la operación.

—Yo no estaré —dijo Caleb con una mueca tristona mientras devoraba otra porra.

—Es lo que tiene echarse novio y organizar un fin de semana romántico en París —señaló, puntillosa, Andrea.

Las demás suspiramos con nostalgia.

—No me miréis así, pencas —sonrió Caleb, encantado con nuestros gestos—. Que bien sabéis que no ha sido un camino de rosas encontrar a Luis.

—Anda, cállate. —Leticia lo golpeó suavemente—. Eres el único del grupo a quien quedar con alguien de una aplicación no le ha salido rana.

—Eso es cierto —asentí yo.

Y Caleb se encogió de hombros.

—Sé localizar a un buen galán —sentenció.

—¿La Semana Santa también la pasaréis juntos? —le preguntó

Andrea.

En ese momento crucé una rápida mirada con Caleb, pues era un tema peliagudo. Él negó con la cabeza en un intento de camuflar la tormenta interior que había desencadenado esa sencilla pregunta.

—Qué va, yo vuelvo a Almería. Él se queda aquí.

—Por eso hacéis el viaje a París —intervine rápidamente con una sonrisilla contagiosa.

—Por eso hacemos el viaje, sí —asintió Caleb.

A pesar de su sonrisa, aprecié la preocupación que de pronto empañaba su mirada.

Luis le importaba. Mucho. Y eso conllevaba que una cosa lo preocupara especialmente mientras que en relaciones anteriores no lo había afectado tanto o, por lo menos, no tanto como durante la relación que tuvo con Karl, su primer amor.

Sin embargo, con Luis todo era diferente.

Efectivamente, se conocieron por medio de una aplicación de citas, pero conectaron tanto que desde el día en que se vieron por primera vez supieron que lo suyo sería algo especial. Y ahí estaban: tras casi un año de relación, tan enamorados como al principio, incluso más.

A pesar de toda esa felicidad, algo martilleaba a Caleb: sus padres. Seguían sin aceptar que Caleb fuera gay. Tal era el rechazo que ni siquiera se había atrevido a revelárselo, pues —como él siempre decía— si se abría con ellos, habría terribles consecuencias. Y aún no estaba preparado para asumirlas.

Inmersa en la conversación sobre los sitios que visitarían en ese viaje exprés a la ciudad del amor, vi a alguien que me resultaba familiar; acompañado de su nuevo grupo de amigos, cruzaba la plaza.

Leticia también lo vio, porque lo señaló con un gesto de cabeza. Todos se centraron en Roberto, que caminaba sin darse cuenta de nuestro escrutinio.

—¿Crees que si lo saludamos saldrá corriendo? —preguntó Andrea con maldad.

Caleb y Leticia no tardaron en unirse a sus risitas crueles, y yo los miré con desagrado.

—¿Debo recordaros que esto que hacéis está mal?

—A ver, no —aceptó Leticia—. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Fue un exagerado —añadió Caleb, y cogió otra porra.

—Caleb, haz el favor de parar de comer porras o te pondrás malo de la tripa —lo avisé con severidad—. El alcohol y la harina con aceite debe de ser una combinación deliciosa.

—Ya no estoy borracho —gruñó mi amigo mientras la mordisqueaba.

—Claaaro que no —se rio Andrea al tiempo que le quitaba un trozo de la generosa porra.

—Fue un exagerado y un mal amigo —retomó Leticia.

También ella se estaba poniendo fina, pero con el chocolate; ahora se estaba bebiendo el mío. Yo no tenía cuerpo para seguir con esa bebida dulzona.

—Eso es cierto —asentí.

Eché un nuevo vistazo a Roberto, pero como había continuado su marcha, quedaba ya demasiado lejos para verlo bien; al poco rato desapareció de nuestro campo de visión.

—¿Lo de «exagerado» o lo de «mal amigo»? —quiso que concretara Andrea.

La miré con gesto de tedio.

—Sabes perfectamente que me refiero a lo de «mal amigo», porque, bueno, lo otro… acabé por entenderlo.

—Sí. Fue un pedorro al separarse del grupo porque lo dejaras —asintió Caleb, terminándose milagrosamente la porra—. Bueno, era comprensible que le resultara algo violento. Pero… ¿quitarnos la palabra? Fue feo y ridículo.

Las chicas convinieron con gestos de cabeza, pero sus expresiones cautas me indicaron qué pensaban en ese momento.

—¿Has vuelto a recibir una postal? —dijo Andrea, animándose finalmente a formular la pregunta.

Yo negué con ligereza, como si aquello no me importara, y sentencié:

—Al fin y al cabo, es lógico. Tiene que ser aburrido escribir sin recibir respuesta.

Mientras tanto, contemplé a quienes pasaban por la plaza; según transcurrían los minutos, se iba llenando de gente madrugadora, dispuesta a disfrutar de la mañana del domingo.

—Siempre podría haberte puesto su dirección para que le respondieras —señaló Leticia.

Pero Caleb negó con la cabeza.

—Esa no era la idea. Hugo no quería atar a Ava.

—Interesante forma de evitarlo —le replicó, mordaz, Andrea —. Es como el perro del hortelano, ni come ni deja comer.

—Ya no me envía más —dije, por la necesidad.

—Pero sabes que no es la última. Si no se habría despedido.

Esbocé una mueca ante las palabras de Leticia; al fin y al cabo, el motivo por el que Hugo me enviaba postales aún era un misterio.

¿Se debía a que todavía me quería?, ¿a que no quería que lo olvidara? Entonces, tal como decían las chicas, ¿por qué no me lo decía claramente o me proporcionaba una dirección para poder responderle?

Si quería que pasara página, que no me atara a él, ¿por qué me enviaba postales?

Una vocecita interior —que solo compartía con Caleb— me decía que llegaría un día en que me la daría o que incluso aparecería él en persona para entregarme la última postal.

Quizá tan solo buscaba un modo de poder regresar, aunque, según las últimas postales que había recibido, seguía trabajando de barman y, a pesar de que le gustaba, planeaba dedicarse a la publicidad.

Pero, bueno… hacía tiempo que no me llegaba ninguna postal. Quizá hubiera encontrado un nuevo trabajo y no tenía tiempo para escribirme o incluso ya no le viera el sentido…

Leticia me sacó de aquel hervidero de pensamientos peligrosos.

—¿Pues sabes lo mejor? Que de esa forma podrás avanzar.

—¿«De esa forma»? —le pregunté con la nariz arrugada.

—Sí, Ava. No nos pongas ese gesto tan feo —contestó, divertida, Andrea—, pero ese chico y sus bonitas postales no te hacen ningún bien. Estropeó tu relación con Roberto, y era un buen chico que estaba coladito por tus huesos.

—Yo creo que aún lo está —añadió Caleb—. A veces lo veo por el comedor mirándote con ojos de cordero degollado.

Puse los ojos en blanco y todos se rieron como hienas.

—No os riais de él —les pedí al percibir tal mala leche.

—Fue un cerdo, por mucho que Andrea todavía vea su lado bueno —dejó caer Leticia—. Vale que no le sentara muy bien que tu ex te mandara postales de vez en cuando, pero joé, ¿dejar que la relación se fuera al traste por eso? ¿Cómo ibas a pedirle a Hugo que dejara de enviártelas si no tenías los medios para contactarlo? Con esa señal, Roberto debería haber visto que no podías tener un acercamiento real con tu ex.

—Leticia, encanto —intervino Caleb, siempre con su sabiduría meticulosa—. Ese no era el problema. ¿O es que a ti te gustaría estar con alguien que se emociona más por las breves postales de su ex que por una cita contigo?

—Caleb, siempre dando en el clavo —acertó a decir Andrea.

Y chocó su taza de chocolate contra la de Caleb, quien le dedicó un gesto de agrado.

Yo suspiré y, sin remedio alguno, pensé en él. Me pregunté qué estaría haciendo en esos momentos, si estaría bien, si la ausencia de postales en los últimos meses significaba que todo le iba bien y que no tenía tiempo de escribirme, no que me hubiera comenzado a olvidar…

Marzo de 2014

Londres

Hugo

Mi vida cambió aquel mes frío en el que, poco a poco, se podía empezar a soñar con temperaturas un poco más amigables, y como todo cambio real, llegó sin avisar.

Las cosas me iban bien, aunque no tanto como quería. Seguía trabajando en Coach & Horses; a pesar del sueldo y el buen ambiente, mi sueño no era permanecer detrás de una barra. Junto con Rubén —que ahora era el encargado de aquella tienda de ropa deportiva—, empezaba a barajar la idea de volver a España.

Ya hablábamos el idioma y habíamos adquirido la experiencia de vivir fuera de nuestro país. A pesar de que no teníamos muchos ahorros debido al coste de la vida en la capital, yo barajaba la idea de entrar en la universidad y sacarme finalmente una titulación que me asegurara un buen puesto de trabajo, pues, por lo menos aquí, no parecían muy entusiasmados con mis estudios.

Cuando aquel jueves lluvioso me bombardeaba la cabeza ese torbellino de ideas, entró por la puerta del pub un hombre cercano a los sesenta. Embutido en su traje de chaqueta a medida de un color azul petróleo y con unos zapatos Monk impolutamente brillantes, podría haber pasado desapercibido de no haber sido por el puro que se encendió al sentarse en el extremo de la barra.

Miré de soslayo a Johan —un compañero que llevaba ya unos meses allí—, y con un leve movimiento de cabeza le indiqué que no se preocupara, que yo me encargaba del cliente problemático que se avecinaba.

Aquella tarde estábamos sin Archie, así que las responsabilidades recaían sobre mí.

Me dirigí con tranquilidad hacia aquel caballero, y fui directo:

—Buenas tardes, lamento informarle sobre la política de no fumadores dentro del pub.

El hombre alzó la mirada y, tal como había supuesto, me echó una buena humareda en la cara. Ni me inmuté.

—¿Eres tú el de los cócteles gloriosos?

Aquello no me lo esperaba, así que mi movimiento de cejas fue casi involuntario. Una sonrisa bien amplia iluminó el rostro del hombre, que, sin añadir mucho más, apagó bruscamente el puro sobre la madera reluciente de la barra.

Era un gilipollas, así que no me molesté en ocultar que su gesto no me había gustado lo más mínimo. Sin embargo, aquel hombre de pelo plateado, casi blanco, perilla recortada al milímetro y penetrantes ojos oscuros ni se inmutó y continuó hablando como si nada:

—Me presento, soy George Wright, y le haré una oferta que no podrá rechazar.

De pronto, el supuesto George se puso a reír escandalosamente y llamando la atención de los clientes, pues se hizo oír por encima de la música y del sonido ambiente.

—Joder, siempre he querido decir esa frase —añadió entonces —, pero, chico, te prometo que es cierto.

Sin darme tiempo de reacción, deslizó una tarjeta sobre la barra con el impulso necesario para que se detuviera a escasos centímetros de mí.

Nada más verla, me cuidé mucho de no mostrar ninguna expresión. A pesar de no haberla visto nunca personalmente, sabía perfectamente lo que era o, más concretamente, de dónde era.

De un intenso color verde, la tarjeta tenía dibujados en un dorado reluciente dos criaturas —semejantes a los hipogrifos— sujetando un sencillo escudo con una A en el centro que contrastaba con el enrevesado y rocambolesco dibujo de ambas criaturas. Debajo se leía la palabra «Annabel's».

—Espero que sepas qué es esto, pero te puedo asegurar, chico de los cócteles, que tu vida va a cambiar radicalmente.

Levanté la mirada hacia ese hombre al que acabaría conociendo muy bien y cuyas palabras fueron la afirmación más real que nunca me habían vaticinado, a pesar de que él no fuera

consciente de aquel hecho.

Sin embargo, me cambiaría de una manera tal que ninguno de los dos podría haber imaginado… nunca.

Abril de 2014

Londres

Hugo

Si vivías en Londres, conocías Annabel's. Incluso si no lo hacías, porque Annabel's era —y es— jodidamente famoso.

En sus inicios fue el club de caballeros más selecto de la ciudad londinense, y poco a poco, con el paso de los años y el cambio en las costumbres, se convirtió en el club social más elitista de la capital.

Todo el mundo lo conocía, pero poca gente podía atravesar las puertas del 46 de Berkeley Square. Las normas eran sencillas: o eras miembro o recibías una invitación como *guest* directamente de uno de los miembros.

Y ninguna de ambas cosas resultaba sencilla.

Annabel's había sido el escenario de la despedida de soltero del príncipe Guillermo, de fiestas con invitados como Mick Jagger, Kate Moss, Madonna y un largo etcétera acompañado de muchísimo misterio, pues una vez traspasadas las puertas del emblemático club, las fotografías y los móviles están prohibidos…

Así que, sí, conocía el misticismo, el misterio y el glamour que envolvían ese lugar. Por eso sabía que, a pesar de no ser un ambiente de mi gusto, me convertiría en un auténtico estúpido si

rechazara la oferta de trabajo de George, pues ese hombre bromista era uno de los que se encargaban de que en aquel lugar todo funcionase correctamente.

Mi primer día en el club me recibió Helen, una mujer en la treintena y pulcramente vestida, en acorde con el recibidor, el cual ya indicaba que aquel lugar dejaba el País de las Maravillas de Alicia como un mundo lúgubre y aburrido.

Nada más entrar, te topabas con un Picasso. Tal como habíamos investigado días antes Rubén y yo, el dueño y señor del Annabel's —llamado Richard Caring— le había cambiado el nombre original por el de «Annabel». Algo que, por supuesto, generó mucha controversia en su momento, pero tras haberse gastado treinta millones en aquella pieza, Caring había decidido que podía hacer y deshacer lo que quisiera.

Me gustaría saber qué opinaría Pablo de aquello si levantara la cabeza…

Tras firmar los contratos de confidencialidad —George se había encargado de aclarármelos unos días antes—, me adentré en el club mientras la seria Helen me mostraba aquel rocambolesco lugar que se convertiría en el escenario habitual de mi vida.

A mano derecha encontrabas el Rose Room. Así se llamaba el restaurante; tenía el suelo de madera, una barra de ónix rosado, las paredes de color verde pistacho y adornadas con papel pintado a mano con ilustraciones de rosas, además de cuadros campestres bordeados por cenefas. El techo dorado con artesonado y lámparas colgantes florales se sumaban a esa decoración barroca y de mezclas casi prohibidas, como la gran chimenea de mármol blanco que asomaba tras la barra, las cortinas de seda y los cristales traslúcidos de las ventanas.

No obstante, ese no era, ni de lejos, el lugar más llamativo del local. Pronto averigüé que cada sala lucía más llamativa que la anterior, y en conjunto formaban un ambiente ecléctico que, efectivamente, merecía su fama y —¿por qué no?— su misticismo.

Una gigantesca escultura de Pegaso colgaba del centro de la

pomposa escalera principal, figura que destacaba a pesar de las majestuosas cenefas que decoraban las paredes de ese espacio; o la discoteca —en el piso menos uno— decorada con motivos tropicales, que contaba con palmeras de bronce y vidrio, y una tenue iluminación que le otorgaba elegancia.

Annabel's era extraño en cada rincón, como los baños de señoras del último piso —creí que solo los vería en esa visita guiada por Helen—, con sus grifos de cisnes dorados, con los lavabos de ónix en forma de concha y las paredes con rosas de seda cosidas a ellas.

Los baños de caballeros no se quedaban atrás, con sus paredes de diminutos azulejos de vidrio colorido, cuya colocación dibujaba cientos de hojas tropicales que te trasladaban al mismísimo Amazonas acompañado del espectacular lavabo en forma de caimán.

Pero más chocante que el llamativo ambiente era la cantidad de normas que había ahí dentro.

—Recuerda siempre pedir la identificación antes de cada consumición —me explicó Piero.

Era mi compañero en la barra de la discoteca, lugar donde trabajaría.

—Pero no te preocupes, llegará un momento en que conocerás ya a algunos miembros y no necesitarás pedirla, porque te aviso que es un coñazo muchas veces, en especial cuando están *ubriaco*. [1]

Piero era un italiano de pelo azabache, cejas prominentes y sonrisa de hoyuelos que encandilaba a los clientes por su carácter amigable y algo guasón. Su obvio acento italiano y algunas palabras en su idioma natal hacían el resto, aportándole ese toque exótico que los miembros del club claramente adoraban.

—Por supuesto, no olvides la regla de «no teléfonos, ni dispositivos electrónicos» —recalcó, tironeando de los tirantes del absurdo uniforme que llevábamos.

La sala todavía estaba vacía, pero pronto llegarían los clientes con las primeras cenas. Nos encontrábamos en la zona menos uno,

en la que, aparte de la discoteca, había un restaurante y esa espectacular barra de bar donde nos encargaríamos de servir los mejores cócteles.

—Bajo ningún concepto olvides esta norma —añadió—. Si te pillan con tu móvil, te echarán sin preguntar ni darte tiempo a que te expliques. Y también si pillan a algún miembro con el teléfono estando delante de ti.

—Sí, lo he entendido —asentí con seriedad mientras estudiaba cómo cortaba las limas y luego se ponía a doblar servilletas.

Allí, todo había que hacerlo de una manera determinada. A las mezclas de las bebidas correspondientes, cada barman tenía que darles su propio toque, pero en el resto, éramos calcamonías.

—Y recuerda que nada de lo que veas aquí se cuenta, aunque, bueno, eso ya lo sabes porque está en el contrato. Pero tenlo siempre en mente. —Piero me lanzó una mirada seria, como para dar más peso a sus palabras—. A veces… a veces te costará no contarlo, y te recomiendo que no lo compartas ni con tu gente. Te puedes meter en un *guai*.[2]

Eso llamó mi atención, pues me habían recalcado varias veces ese asunto. Lo miré intrigado mientras me aseguraba de que el hielo picado estuviera bien preparado.

—¿Es que se ven cosas… llamativas? —pregunté en un tono casual, en el último momento.

No sabía hasta qué punto había oídos en las paredes.

Piero sonrió divertido y se echó hacia atrás un mechón rebelde de su largo pelo engominado.

—Es un club social con unas normas muy estrictas en cuanto a la conducta —me explicó sin borrar esa sonrisa—, así que, sí, de alguna cosa serás testigo. Aunque, tranquilo, por regla general, el ambiente es bastante aburrido.

Algo me indicó que Piero no era del todo sincero, pero estaba convencido de que tarde o temprano llegaría a descubrirlo por mí mismo.

—Sin embargo —continuó, acentuando peligrosamente la sonrisa—, a veces oirás rumores, *cosas* —recalcó— que suceden

en la sala vip, en la que ni tú ni yo entraremos nunca.

Me quedé pensativo. Ni siquiera me habían enseñado el interior de dicha sala situada al final de esa planta.

Por supuesto, tal misterio llamaba mucho más la atención, pero las siguientes palabras de Piero me sacaron de mis cavilaciones.

—Aunque nunca se sabe, *ragazzo*,[3] quizá los escándalos te encuentren a ti.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy acariciando las hebras doradas del pelo de Lara. Siempre me ha maravillado su suavidad y el contraste de ese color tan claro con el mío, tan distintos. Siento la suave respiración en el hombro desnudo, pues tiene la cabeza apoyada sobre mí.

Seguimos en la cama, pero esta vez ambos estamos desnudos, nuestros cuerpos entrelazados y relajados después de que me haya buscado con una sonrisa juguetona a la que mi cuerpo sabe responder a la perfección.

Permanecemos en silencio, cada uno con sus pensamientos. Yo, debido a mi relato anterior, estoy perdido en las calles de Londres. Ella… ella no lo sé, pero parece tranquila, y tengo el impulso de besarla en la cabeza.

Lara la alza para mirarme, deslumbrándome con su dulce sonrisa.

—Te quiero —me dice sin titubeos.

Respondo a su sonrisa con otra, pero no hablo, tan solo me inclino para besarla en los labios.

Justo en ese momento, llaman con determinación a la puerta de la habitación y ambos nos volvemos a mirarla. Llaman de nuevo y con insistencia antes de que podamos reaccionar, y suspiro.

—Es Rubén —murmuro al separarme de ella, y salgo de la cama completamente desnudo.

De camino a la puerta, oigo que Lara se mueve a mis espaldas y adivino que va al baño. Antes de abrir la puerta principal, oigo que otra se cierra con suavidad.

Rubén arquea las cejas cuando me ve abrir completamente desnudo y sin ningún titubeo.

—¿Qué quieres? —le pregunto sin ocultar mi irritabilidad.

—Deberías andar con más cuidado. ¿Y si resulta que no soy yo quien llama a la puerta? —me pincha Rubén.

Me aparto para dejarlo pasar. Por supuesto, mi mejor amigo me ha visto demasiadas veces desnudo como para que me dé pudor, y como sé que Lara se está arreglando en el baño, puedo permitirle el paso.

—Imagino que sería una situación incómoda —respondo con una sonrisilla.

Entonces me dirijo a uno de los armarios de la habitación para coger ropa y vestirme. Mientras tanto, Rubén escoge una de las numerosas cápsulas de café y manipula la cafetera para prepararse uno. Justo cuando me enfundo en el bóxer, Rubén me mira por encima del hombro.

—Podrían hacerte un robado… —comenta—. Ya me imagino las publicaciones por todos lados —se ríe mientras la cafetera empieza a vaciarse en la taza.

—No veo nada malo en eso. Seguro que me sirve para vender más —bromeo al abrocharme los vaqueros.

Mi mejor amigo me lanza una mirada de condescendencia.

—Por favor, Modesto, baja, que sube Hugo —me pincha para sacarme una sonrisa—. En fin, ¿cuánto te falta? Ya han llegado los de la entrevista.

Murmuro una maldición.

La entrevista.

Ni me acordaba.

—Parecen majos —deja caer Rubén, que sabe lo poco que me gustan estas cosas.

—No tendría que haber aceptado —refunfuño al tiempo que me pongo una camiseta.

—Sí, la imagen de pintor gruñón y ermitaño es de lo más atractivo para las galerías y demás. Por cierto… —Mira significativamente las sábanas revueltas de la cama—. Espero que hayáis comido.

Asiento levemente. De pronto me duele la cabeza y necesito cafeína en vena, así que me preparo una taza de café. Puede que no hayamos salido de la habitación, sin embargo, no nos hemos saltado ninguna comida.

—Te puedo asegurar que a los galeristas les suda tres cojones… —hablo, retomando el asunto sobre mi carácter retraído respecto a las entrevistas y todo ese circo.

—No seas así —dice Lara al salir del baño perfectamente arreglada con unos sencillos pantalones blancos y un fino jersey beige, y me lanza una mirada conciliadora—. Sabes que no te hace ningún mal, y aquí les hace ilusión entrevistarte, saber de tu triunfo.

Desvío la mirada porque con «aquí» sé que se refiere a «España», y, en cierto modo, me jode. Me jode que ahora le interese a tanta gente cuando antes, cuando estaba en la puta mierda, no le importara a nadie.

Pero, sí, sé que esta entrevista no me hace ningún mal. Al contrario, así que, tras terminarme el café en dos sorbos rápidos, me dirijo al baño.

Ahí, con el cepillo de dientes en la boca, oigo la primera bomba del día.

—¿Vas a estar en la entrevista? —le pregunta Rubén a Lara.

—No. Voy a ver… a Raquel.

Me detengo cuando oigo el nombre de nuestra amiga, y no

puedo contener más la respiración, a la espera de una respuesta de Rubén que no llega. Así pues, me aclaro con agua y salgo.

Lara me mira con un gesto de disculpa, preguntándome con ello si debería haberse guardado tal información. Sin embargo, sé que no, que no ha hecho mal.

Raquel sigue en nuestras vidas, a pesar de que ya no nos veamos tanto, a pesar de su historia con Rubén.

Echo un vistazo a mi mejor amigo, que de pronto está muy ocupado contemplando la taza de café, y por un momento siento que cambiará de tema radicalmente o se quedará perdido en su absoluto silencio. Pero me sorprende mirando a Lara para preguntarle:

—¿Cómo está?

Lara sonríe con contención y se dirige al armario para coger el bolso.

—Está como siempre. Bien.

—¿Vendrá al pueblo? —Formulo la pregunta que Rubén no se atreve a hacer.

Lara lo mira de reojo al contestarle:

—No. Me acercaré yo a Níjar.

Asiento, sé interpretar esa sencilla frase: Raquel sabe que Rubén está aquí y prefiere no verlo. Me duele que las cosas sean así, pero… pero lo entiendo.

Algunas historias duelen demasiado como para removerlas. Joder, soy experto en ello, así que comprendo la decisión de Raquel. Sin embargo, me apena que no nos veamos tras tanto tiempo a pesar de encontrarnos a escasos cuarenta minutos de distancia.

Rubén deja la taza de café. Sé que no le ha gustado lo que ha oído pero que contiene las palabras, pues siempre ha sido prudente, mucho más que cualquiera de nosotros, y por eso sabe cuándo callar.

—¿Vais ahora a la entrevista?

Su pregunta rompe entonces el breve pero intenso silencio que ha caído en la habitación. Lara se cuelga el bolso del hombro.

—Si no queda más remedio… —gruño.

Rubén vuelve a mirarme con una ceja arqueada al tiempo que Lara añade:

—Pues entonces os acompaño.

Yo suspiro y voy tras sus pasos hacia la puerta.

—¿Están esperando en recepción? —quiere saber Lara.

—Sí —responde Rubén detrás de nosotros.

Salimos de la habitación e, inmersos en una conversación tranquila y relajada, comentando los distintos planes del día de hoy, recorremos el pasillo hasta el ascensor que nos lleva a nuestro destino.

Al llegar a recepción, Rubén toma la delantera para guiarme hacia dos individuos que esperan sentados en un agradable rincón. No tardan en vernos, y se ponen en pie sonrientes.

Son jóvenes, deben de rondar nuestra edad. Uno lleva unas grandes gafas de pasta, y la barba recortada le da un toque hípster, con los vaqueros y la americana azul marino, mientras que el otro, que sujeta una cámara grande de vídeo, va mucho más desapercibido en el vestir.

Rápidamente reconozco el rol de cada uno, y se confirma cuando el hípster me estrecha primero la mano dedicándome unas palabras:

—Hola, Hugo. Un placer que nos dediques un poco de tu tiempo. Sabes que somos de *La Voz de Almería*, y que nos gustaría hacerte algunas preguntas. Te prometo que será una entrevista rápida.

—Tranquilo —respondo sonriente mientras le acepto la mano —, es un placer.

—Grabaremos para obtener material para la web y las redes. ¿Te parece bien? —dice el hípster, que todavía no se ha presentado, y señala a su compañero.

Este se coloca la cámara sobre el hombro y yo asiento porque no me queda otra, pero me ocupo de lanzar una breve mirada asesina a Rubén. Por supuesto, el capullo intenta disimular ahora una sonrisa detrás de la mano, apoyada estratégicamente sobre la

barbilla.

—Peeerfecto —remarca el periodista.

Al oír que arrastra la palabra como para dar un énfasis que debe de parecerle divertido, maldigo por dentro el momento en el que he accedido

—Pues si te parece bien, los del hotel nos han cedido una pequeña sala para hacer la entrevista.

Me hace un gesto con la mano para que avance, y miro a Lara y Rubén.

—Podéis venir sin problema —dice rápidamente el hípster, dedicándonos una amplia sonrisa.

—Ella es mi pareja, Lara —los presento—, y él mi amigo Rubén, el que me ayuda con las entrevistas, los eventos y demás.

—Encantado. Somos Paco —dice, señalando al cámara— y Miguel —se presenta por fin.

El movimiento seco —a modo de saludo— del cámara me indica que le apetece hacer esto menos que a mí. Lara y Rubén los saludan con una amplia sonrisa y finalmente nos dirigimos a la sala.

Solo pienso en el momento en que esto termine. Imagino que será la típica entrevista: «¿Cómo empezaste? ¿Cuáles son tus principales referencias? ¿Por qué pintas?...». Vamos, lo estándar, así que repaso mis ya más que manidas respuestas mientras el tal Miguel comienza a hablar a cámara dando la entradilla en la que me presenta y aporta unos breves datos sobre mi carrera, las galerías en las que he expuesto, las exposiciones internacionales que he hecho y los premios que he obtenido.

Sin embargo, será una entrevista fuera de lo común. Lo noto porque, tras grabar la entradilla y mientras Paco coloca el trípode para enfocar al entrevistador con una cámara fija, este se enciende un porro como un puto zepelín de lo gordo que es.

—No os importa, ¿verdad? —pregunta Miguel.

Yo niego sin ocultar la sonrisa, pero se me esfuma a la primera pregunta:

—Hemos visto que eres amante de los tatuajes. De hecho, si

mis fuentes no se equivocan, tú mismo te has tatuado y diseñado varios de los que tienes en la piel. Algunos llaman especialmente la atención, como los que te surcan el pecho, pero a mí, personalmente, me gustaría que nos hablaras, si es que se puede —aventura, dedicándome una sonrisilla divertida—, sobre el que tienes en el codo, en el izquierdo, si no me equivoco… el que dicta «Lost boy».

Me tenso. Pero sonrío. Me obligo a sonreír. Joder.

—No es nada en particular. Lo vi por algún lado y, no sé… —Me encojo de hombros para quitarle importancia—. Debió de gustarme y ahí lo tengo.

Miguel sonríe como una hiena, sabe que le estoy mintiendo, por lo tanto, conoce mi pasado.

¿Quién coño es este tío?

—Si lo tengo bien entendido, tu nombre real es Hugo, y tu nombre artístico proviene del grupo que tenías aquí con tus amigos, en Mojácar. Los Kaura.

El periodista de las narices, con esa sonrisilla que me comienza a tocar los cojones, saca entonces una libretita que hojea sin soltar el canuto de entre los dedos. Y continúa:

—¿Ese tatuaje tiene que ver con el grupo al que abandonaste sin mirar atrás después de la muerte de vuestro amigo Iván Vargas?

Alzo la vista en busca de Rubén, que tiene la mirada fija en el periodista; su expresión debe de ser un calco de la mía, por la preocupación que distingo en Lara, algo más apartada, seguramente para cuando se tenga que marchar a ver a Raquel.

—Corta —dice de pronto Miguel al cámara.

Este obedece sin mirarnos a ninguno de los dos.

—¿Quién coño te crees? —pregunto, fulminando con la mirada a este despojo humano que tengo enfrente.

Miguel alza las manos en un gesto de paz que me cabrea aún más.

—Mira, tío. ¿No estás harto de las mismas entrevistas de siempre? Tu historia va mucho más allá de la del chico con don

que triunfa. Mucho más. Eres inspiración, y puedes serlo para muchos de esos chavales que están perdidos.

Calla y espera en silencio mientras mi mente va a mil. Miro a Rubén, que tan solo me devuelve la mirada porque, realmente, soy yo quien debe decidir. Y miro a Lara, pues sé cuál será mi respuesta. Es fácil; comencé la entrevista pensando que sería otra más. Otro coñazo al que enfrentarme. La mirada de ella conecta con la mía y siento el miedo que ha estado intentando camuflar desde que llegamos aquí; sin embargo, me sonríe para indicarme que está de acuerdo con ello, que me apoya.

Me centro en Miguel, que sigue esperando. Él sabe mi respuesta antes de que abra la boca.

—Está bien.

No añado más. Solo espero a que la cámara se encienda de nuevo.

Entonces hablo. Hablo de ello. De los niños perdidos; especialmente, del que se perdió antes de encontrarse.

Y me resulta imposible que un chispazo de mi mente no se dirija hacia… hacia ella.

Ava

Cojo aire al cerrar la última caja de cartón que hay en el salón. Alzo la mirada para ver todas las que nos rodean. Las de la izquierda están divididas en dos grupos: las de cosas para vender,

y las que serán para donar o regalar.

Las de la derecha nos las llevamos; tras una dura batalla con Grace, he logrado reducirlo a dos cajas, pues, aunque odio convertirme en la mala de la película, debemos ser realistas: no nos lo podemos llevar todo con nosotras, solo las cosas más significativas…

Suspiro de nuevo y contengo una maldición; con los brazos en jarras, vuelvo a revisar la estancia para asegurarme de que no nos dejemos nada sin catalogar.

Por supuesto, mi mirada encuentra la postal que reposa sobre una de las cajas cerradas frente al sofá.

Sé dónde está, y, sí, me refiero a Hugo.

Grace se ha encargado de decírmelo de pasada mientras iba a la cocina a catalogar con Caleb todo lo que hay allí. No he querido pensar mucho en el asunto de que, para averiguar dónde se aloja Hugo estos días, haya tenido que escribir a cierta persona; tan solo sigo fusilando con la mirada ese trozo de papel o cartulina —me da igual de qué narices esté hecha—, cuando el cabreo bulle de nuevo en mí.

Esta vez no pienso.

Solo actúo, y… y a tomar por culo.

Cojo con rapidez la postal y me dirijo a la puerta que atravesé durante años, la de casa. La casa que en unos días ya no la llamaré así, la que me ha visto reír, crecer, llorar… y alguna vez por él, sí. Salgo e ignoro la voz de Caleb que me llama. Debe de haberme visto, pero me da igual.

Ahora mismo solo tengo entre ceja y ceja llegar a ese hotel y pedir unas cuantas explicaciones.

—¡Ey, ey! ¡Fiera!

Es Caleb, intenta alcanzarme a la carrera.

— ¿Adónde diablos vas? —quiere saber.

—A pedir explicaciones.

—¿No crees que sería una buena idea… no sé, meditarlo antes un poco?

—¿Por qué tengo que meditar nada? Tan solo quiero saber por

qué narices escribía a mi madre —le respondo.

Pero no dejo de andar y me pongo a juguetear con las llaves del coche que hemos alquilado para la ocasión.

—Mira, sí. Está bien que quieras preguntárselo, pero no pareces muy… calmada.

Necesito echar un vistazo a mi mejor amigo, que se obliga rápidamente a sonreírme cuando me descubre, y procura ocultar cualquier signo de alarma. Me detengo abruptamente; juraría que he sentido cómo suspiraba.

—¿Qué pasa? —lo increpo, cruzada de brazos.

—Creo que esa pregunta tienes que responderla tú.

Como respuesta, arqueo una ceja, y Caleb murmura algo que no logro entender, hasta que al fin me habla directamente a mí, con mucha cautela:

—¿Cómo decirlo, Ava? En vez de ir a preguntarlo de manera civilizada, parece que vayas a degollar y cortar cabezas.

—¿Qué dices? Estoy muy calmada —respondo con dignidad.

La respuesta de Caleb consiste en mirarme de arriba abajo, y yo bufo.

—Bueno, *quizá* estoy un poco enfadada —admito, controlando el tono de voz; pero se me eleva a medida que continúo hablando —, pero ¡es que no entiendo qué narices hacía escribiendo a mi madre! Ya lo habíamos dejado. Lo dejamos bien claro. ¿Para qué narices sigue hurgando en la herida? Además, ¿por qué ella me lo ha ocultado?

—Ava…

—Caleb —le impido continuar—, es un engreído estúpido, y pienso decírselo a la cara.

Y retomo la marcha con más mala leche que antes. Sin embargo, con un hábil y sorprendente movimiento, Caleb me roba las llaves del coche.

—¿Qué haces? —le pregunto alarmada.

—Mira, no impediré que vayas a hablar con él. Creo que tienes todo el derecho a preguntarle, a no quedarte con la duda.

Me esquiva cuando intento recuperar las llaves.

—Pero creo que podemos ir dando un paseo para serenarnos, ¿vale? —sugiere.

Miro a los ojos castaños de mi amigo.

—Venga, Ava —me insiste, con una mueca suplicante—. Solo te pido que te tomes un tiempo para serenarte.

—No podemos perder tanto rato —señalo.

Si vamos andando hasta el hotel, que está en la costa, tardaremos casi una hora en llegar; además, luego habrá que volver.

—Grace ha prometido poner el turbo con la cocina.

Esbozo una mueca.

—No sé cuál es la mentira más gorda de esta conversación, que me vendrá bien andar por el pueblo o que Grace se encargará de tenerlo todo listo.

—Dejemos constancia de que mis palabras exactas no han sido que finiquitará la cocina, sino que se pondrá a tope —puntualiza Caleb con una sonrisa.

Es contagiosa, también yo sonrío. Finalmente suspiro con la cabeza hacia atrás para mirar el cielo.

—Está bien. Andaremos —accedo.

—Siempre escoges la mejor opción —contesta el pelota de Caleb, que se sitúa a mi lado para emprender la marcha.

Lo bueno de la fecha en la que nos encontramos es que el pueblo está prácticamente desierto. Hay pocos turistas, y no me molesta que nos crucemos con alguna persona de vez en cuando. Me relajo. Aun así, ocurre lo que me temía: cada esquina está repleta de recuerdos.

—¿En qué piensas? —pregunta Caleb cuando cruzamos la zona de la plaza Nueva.

Ahí quedábamos muchas veces para tomar algo antes de ir a la playa, al Mandala o de fiesta a cualquier otro lugar.

Me encojo de hombros.

—En cómo ha pasado el tiempo. En la de historias que hay tras cada rincón de este pueblo.

Siento la mirada de Caleb sobre mí, pero no se la devuelvo.

Tan solo sigo andando.

—Y en mi madre. Me gustaría saber qué pensaría de todo esto, de nuestras decisiones… si le parece bien lo que estamos haciendo. No sé… nunca quise imaginarme un mundo en el que no estuviera ella para abrazarme o para consultarle las cosas. Y ahora… fíjate.

Hago una mueca casi involuntaria, y siento un brazo reconfortante de Caleb sobre mis hombros.

—Estaría orgullosa de vuestras decisiones. Lorena nunca os dictaba lo que debíais hacer, Ava. Siempre os dejó pronunciaros en vuestras decisiones…

—Siempre tenía alguna reflexión o… yo qué sé, Caleb —digo, y apoyo la cabeza sobre su hombro mientras andamos—. Me siento algo perdida.

—Todos lo estamos, Ava. Lo que ocurre es que lo disimulamos.

Sonrío levemente, recordando esa frase de mi madre, hace años. Una vez que la vida de mi mejor amigo cambió radicalmente, una vez en diciembre…

Pero no me puedo permitir ese recuerdo, aún no. No tengo ni la fuerza ni el valor para enfrentarme a ello.

Recorremos el tranquilo y pintoresco pueblo y, tras un rato, Caleb rompe el silencio.

—Así que vamos a ver a Hugo —tantea como quien no quiere la cosa.

—Ya ves —logro decir.

Limito mis palabras porque no quiero darle muchas vueltas, no sea que me lo repiense y decida regresar a casa. Pero Caleb me obliga a reflexionar sobre mis actos.

—Vamos a verlo, así, a pelo —insiste.

Finalmente elevo la vista para estudiarlo.

—No sé por qué tengo la impresión de que quieres decir algo.

—¿Yo? —Caleb se lleva la mano al pecho—. ¡Qué va!

—Venga, suéltalo —le pido—. Desde aquí puedo oír las vueltas que le das.

Caleb se rasca la cabeza pensativo, como si ahora que por fin ha captado mi atención estuviera considerando si hablar o no.

—Caleb… —insisto.

—Sabes que no está solo, ¿no?

Controlo mis gestos al oír la pregunta, pues lo conozco y sé que está escrudiñando cada una de mis muecas.

—Por supuesto que lo sé. Por si no lo recuerdas, ayer estuve con él y sé que algunos de ellos…

—No me refiero a eso —me interrumpe mi mejor amigo.

—Lo sé —contesto, alzando la mirada para encontrar esos ojos castaños que siguen atentos a mi expresión—. Sé que no te refieres a los chicos.

Sino a Lara. Pero, debido a algo en lo que no quiero pensar, soy incapaz de pronunciar su nombre.

—No hemos hablado mucho de eso, de lo que has sentido al respecto —continúa tanteándome.

Y acabo torciendo la boca en una mueca sarcástica, a la que acompaña un comentario:

—Me encanta cómo ha cambiado el cuento, ahora tú eres el de «hablemos de todo».

Caleb me sonríe con encanto y mi sonrisa se vuelve real.

—Sí, bueno, ¿qué te voy a decir? He madurado.

—¿Has «madurado»? —pincho, divertida.

El moreno contiene una sonrisa. Ahora alcanzamos la calle de la Fuente para recorrer la carretera principal que conduce del pueblo a la costa.

—O quizá mi historia con Luis me enseñó que las cosas hay que hablarlas, vaya a salir bien o no.

Asiento ante las sabias palabras de mi mejor amigo, e irremediablemente le pregunto por su ex:

—¿Sabes algo de él?

—Que está bien y feliz. Poco más —responde calmado y mirando el cielo despejado.

—Eso es mucho.

—La verdad es que sí. —Al recordarlo, su sonrisa es sincera

—. Me alegra saber que está bien, después de cuánto me ayudó.

Asiento lentamente ante sus palabras.

—Te ayudó a luchar por lo que querías.

—Me ayudó a ser fiel a mí mismo —me corrige antes de lanzarme una mirada de advertencia—. Pero no me cambies de tema, pelirroja, y dime qué has sentido al saber que Lara está con Hugo.

Me encojo de hombros y me retiro algunos mechones que el viento ha colocado sobre mi cara.

—Tendríamos que haber ido en coche —me quejo.

—Ava… no esquives el tema. Resultas demasiado obvia.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga, Caleb? Parece que al final uno de los dos tiene su final feliz.

—Entonces ¿crees que Lara es su final feliz?

No digo nada, tan solo vuelvo a encogerme de hombros.

—¿Sabes? Siempre me ha gustado eso de ti —añade Caleb.

—¿El qué? —Lo miro intrigada.

—Que siempre intentes ver el lado positivo de las cosas, y te diría, también, el hecho de que no seas una persona celosa; pero creo que en este caso estaría mintiendo.

—¡No soy una persona celosa!

—Cierto, no lo eres. Cuando no implica a Hugo —me aclara.

Guardo silencio porque he estado a punto de decir que nunca he sentido celos por Lara; sin embargo, enseguida me vienen los feos sentimientos que me recorrieron ayer, cuando la descubrí esperándolo. Por no hablar de esa ponzoña que se apodera de mí ahora, al preguntarme cuánto tiempo lleva en su vida de esa forma…

Por supuesto, Caleb conoce a la perfección qué camino están tomando mis pensamientos.

—No te fustigues. Los celos son algo muy humano. Lo que te honra es que nunca te dejas llevar por ellos, que sabes manejarlos.

—Unas palabras muy inspiradoras, Caleb —murmuro con ironía.

Juguetón, mi mejor amigo choca el hombro contra el mío.

—Es cierto, porque no es la primera vez que sientes celos por alguien cercano a Hugo, ¿recuerdas?

Claro.

Claro que me acuerdo.

¿Cómo iba a olvidar aquello que desencadenó el desastre?

Hugo

—Ahora me gustaría, si te parece bien —sugiere Miguel, y hace una pausa para soltar el humo entre los labios—, centrarnos en esa época de la que no hablas mucho. Justo la anterior a que se te conociera.

Observo a Rubén, que me mira divertido.

Es una entrevista muy distinta a las que nos acostumbran a hacer, y me sorprende estar disfrutándola, a pesar de tener que callarme varias cosas.

Desvío ahora la mirada hacia la izquierda de Rubén y me topo con la de Lara, que sigue aquí. Me sonríe, pero noto que no es una sonrisa completa, una de las suyas. No tengo tiempo para añadir nada, porque Miguel, ajeno a mi debate interior, reemprende las preguntas:

—Trabajaste en Annabel's, uno de los clubes privados más antiguos y famosos, en Londres…

—Así es —asiento relajado, aunque intuyo el nuevo rumbo de

la entrevista.

—¿Cuánto hay de verdad sobre la prohibición de utilizar teléfonos ahí dentro?

Ante la absurda pregunta, simplemente sonrío, pues me cuesta creer que desperdicie el tiempo en preguntas cuyas respuestas se pueden obtener en internet. Sin embargo, antes de que pueda contestarle, Miguel lanza otra, dejándome claro que no pretende ir por ahí, y pronto se le ve el plumero.

—¿Tuviste que guardar muchos secretos? ¿Cuál es el mayor escándalo que has visto entre esas paredes? Si es que nos puedes decir algo, porque, según mis investigaciones —declara mientras mira de nuevo la libreta—, todos los empleados firmáis un contrato de confidencialidad. ¿Eso es cierto?

Miguel me busca con la mirada y una codiciosa curiosidad que no puedo satisfacer.

—Sinceramente, no sé de qué me hablas —le contesto.

Ni siquiera me permiten declarar algo sobre los contratos; en esto no puedo ayudarle. Sin embargo, Miguel va más allá, lo intuyo por su sonrisa maquiavélica.

—Entiendo que no puedas decir nada sobre las normas y las cosas ocurridas en Annabel's, pero creo que sí que nos puedes hablar de algunos asuntos que sucedieron ahí y atañen a tu vida privada.

Me tenso sin disimulo para que intuya que sé por dónde va y que no quiero hablar de ello. Pero no parece captarlo. No lo parece o no quiere, pues continúa:

—Hubo muchos rumores sobre ello, y nunca se confirmaron las consecuencias de esos hechos, pero, cuéntanos, Hugo, ¿es cierto que cuando Rosie Kerr entra en la vida de uno, también lo hacen los problemas?

Le dedico una sonrisa fría, pues no es un tema del que hable abiertamente, y tengo por seguro que no entraré en los detalles de esa parte de mi vida, porque, efectivamente, Rosie… Rosie entró en mi vida como un huracán que arrasó con todo.

Septiembre de 2014

Londres

Hugo

Llevaba ya seis meses trabajando en Annabel's. Tal como George —con quien tenía ahora una gran camaradería— había predicho, mi vida había cambiado notablemente.

Aquel lugar era un hervidero de dinero, y las propinas me habían hecho perder la cabeza más de una vez, o, lo que era lo mismo, tenía reparos en ir por la calle con esa cantidad de dinero encima. Trabajar allí aceleraba a pasos agigantados todos nuestros planes. En pocos meses había ahorrado el dinero suficiente para pagar la carrera a Jacobo —como me había prometido a mí mismo al marcharme de Mojácar en busca de una vida mejor—, incluso para estudiar yo también. Y no pensábamos volver aún, así que, por primera vez en mucho tiempo, podía decir que no tenía problemas de dinero.

El piso en el que vivíamos Rubén y yo estaba bien; y a pesar de que podríamos mudarnos, no queríamos derrochar el dinero sino guardarlo para ese plan de ahorro que sería el billete de salida… y de vuelta a nuestra vida en España.

Porque nuestra idea era volver… claro que sí.

Es curioso el modo en que la vida se empeña en llevarte la contraria, o en sorprenderte, según se mire.

Por el momento no tenía un plan distinto al que había forjado al mudarme a Londres, y aunque en el trabajo empezaba a conocer a mucha gente importante, estaba convencido de que aquellos peces gordos que disfrutaban de mis cócteles y mi conversación tan solo me veían como el joven barman que les caía bien. No

llegaría a ser alguien a quien ofrecer un puesto de trabajo en una de sus prestigiosas empresas; tampoco me recomendarían para algún otro puesto.

Así que, a pesar de sentirme satisfecho con el sueldo y las propinas, me había presentado en diversas agencias de publicidad para entregar mi currículum. Por el momento, aquel plan no parecía tener éxito, pero era mejor que esperar de brazos cruzados a que me saliera alguna oferta.

—¿Qué, *bambino*? —Piero llamó mi atención en un momento de extraña tranquilidad en la barra—. ¿Seguimos suspirando por el móvil?

Lo miré y descubrí que me estudiaba con una sonrisa socarrona.

—¿No te cansas de ser tan idiota? —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

Logré que se carcajeara, aunque el sonido quedó camuflado por la música que nos envolvía.

Había terminado el turno de las cenas y se empezaba a despejar el espacio para la discoteca, aunque, por el momento, el ambiente no estaba muy animado: unos cuantos clientes sentados con las bebidas que les habíamos preparado.

—Siempre que te quedas así, mirando al horizonte, es que *stai pensando a lei*.[4]

Me rasqué la barbilla en gesto pensativo, y la mirada de Piero se iluminó.

—No sé de qué me hablas, Piero —negué como siempre que sacaba el tema.

—Siempre hay un *lei* —aseguró el italiano, girándose para cerciorarse de que no hubiera nadie al otro lado de la barra.

Desde mi posición, veía que estaba desierto. ¿Qué narices sucedía aquella noche?

—¿Es que nunca me vas a hablar de ella? —insistió.

Supuse que estaba aburrido. A mi compañero le encantaba el chismorreo; pronto descubrí que si querías saber algo de entre esas paredes, por absurdo que pareciera, Piero era tu hombre.

Conocía cada cotilleo, tanto de clientes como de empleados; quién se había liado con quién, quién odiaba a quién… Fue el que me advirtió de las personas que debía evitar, y me mostró a quiénes convenía acercarse. Podía decirse que no me había ido mal, así que, sí, interesaba tener a Piero a favor. Y no resultaba difícil, era un buen tío.

—De verdad, Piero. No hay un «ella» —le aseguré de nuevo.

Sin embargo, cada vez que lo hacía, se materializaba en mi mente y con una nitidez dolorosa la imagen de cierta pelirroja, pero no quería hablarle de Ava a mi compañero, porque ¿con qué fin?

Ava estaba demasiado lejos en mi vida, incluso había dejado de enviarle postales, como me había animado Rubén. Hablar de ella solo removería más mierda, no serviría para nada.

—Sé que no eres gay, *ragazzo*, y esa mirada solo significa una cosa —afirmó Piero, rompiendo mi hilo de pensamientos.

—Lo que tú digas —asentí.

Rápidamente borré la sonrisa, pues Helen entró en la zona con su mirada fulminante. Helen —«persona non grata a la que evitar», como me explicó Piero al poco de haber empezado— se creía superior a todos, simplemente porque trabajaba en la zona del recibidor chequeando a los clientes.

Por supuesto, me odiaba; había sido testigo de la alta estima en que me tenía George —quien sí que era alguien importante dentro de Annabel's—, y por eso procurábamos evitarla a toda costa. Como el sentimiento era mutuo, verla allí abajo me resultó raro.

Helen fue directa a nosotros. La postura regia, el pelo pulcramente peinado y rozando la tirantez en la parte de las sienes, y un maquillaje que me sobrecogía. ¿Para qué diablos se rapaba parte de las cejas si luego se las maquillaba? Cuando llegó a la barra y reposó esas manos de larguísimas uñas sobre la superficie, Piero la saludó con una muy bien disimulada aversión:

—Hola, Helen.

—Dame un trago —le ordenó con esa desagradable voz seseante.

—¿Cómo? —preguntó Piero, incluso parpadeando.

Molesta, Helen achinó los ojos, pero yo, que había entendido lo que quería, le serví rápidamente un trago de whisky. No tardó en cogerlo con cierta urgencia y se lo bebió de un trago.

—Gracias —me dijo, procurando controlar una mueca de desagrado por la fuerte bebida.

Acto seguido, me devolvió el chupito con rapidez, seguramente para que nadie lo viera, y soltó las palabras que impulsarían la rueda de los acontecimientos más absurdos y extraños de mi vida.

—Tenemos un problema.

La fatídica frase llegó acompañada de la aparición de Rachel y Blake, unas de las camareras del restaurante Mateo's, el más caro y serio de todo Annabel's. Ambas tenían una expresión contenida de tal horror, que Piero y yo nos miramos alertados.

—¿Y por qué recurrís a nosotros? —Piero pronunció la pregunta que me rondaba.

—Necesito fuerza, y sois los únicos que por ahora no tenéis jaleo.

Piero hizo amago de abrir la boca, pero Helen se lo impidió con otra de sus miradas asesinas acompañada del espasmo —ya más que conocido— en su mandíbula. La estábamos poniendo aún más nerviosa.

—Luke y Adam no pueden dejar sus puestos —añadió ella, refiriéndose a los porteros—, por no mencionar que llamarían exageradamente la atención.

—Está bien —asentí yo para que dejara de dar vueltas al tema —. ¿Qué ha pasado?

La mirada de Helen se dirigió a mí.

—No sé si eres consciente de que este problema nos puede costar nuestro puesto de trabajo.

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco y me incliné hacia la barra para acortar la distancia entre la estirada Helen y yo.

—Vamos, Helen. No tenemos todo el día. ¿Qué sucede?

No me pasó desapercibido el brote de sonrojo en sus mejillas,

pero rápidamente se recompuso y nos dedicó su repelente mirada característica.

—Necesito que me acompañéis a los baños de mujer.

No esperó a ver nuestras reacciones, tan solo se encaminó hacia aquella dirección y, tras un momento de duda en el que Rachel y Blake la siguieron, Piero y yo acabamos por imitarlas.

—Parece que a doña lengua *di serpente*[5] no le importaría que te enredaras con ella —me susurró Piero con absoluto disfrute.

Tampoco a él le había pasado por alto el sonrojo de Helen. Mantuve la expresión de serenidad, pero cuando empezamos a subir la escalera, me aseguré de que nadie nos viera y asesté un certero golpe en las costillas del italiano, que estuvo frotándose un buen rato.

Recorrimos varias salas en las que algunos miembros disfrutaban de la diversión que les brindaba Annabel's, como copiosas cenas o salones privados donde se celebraban fiestas particulares... Varia gente empezaba a dirigirse hacia la discoteca, donde encontrarían la barra desierta porque Piero y yo no estábamos en nuestro puesto.

Ya en el último piso, Helen y las demás se detuvieron frente a la puerta del baño de mujeres; antes de que la primera nos dedicara sus absurdas recriminaciones, la puerta se abrió y salió, muy agitada, Lacey, con quien Piero y yo nos llevábamos bastante bien.

La joven de piel clara como el mármol, pelo oscuro y ojos rasgados debido a su ascendencia asiática suspiró aliviada al vernos.

—Menos mal —dijo al vernos tras las chicas—. Siento haberos metido en esto, pero sé que sois los indicados. Pasad.

Lacey se dio la vuelta para entrar de nuevo en el baño, y yo —aún más intrigado por el hecho de que nuestra compañera nos hubiera hecho venir expresamente a nosotros— avancé sin esperar a que Helen añadiera más.

Sabía que Piero me seguía. Una vez dentro, recorrí con la mirada el baño de mujeres, ese lugar que creía que no volvería a ver tras la visita que me dieron en mi primer día.

El baño era una rocambolesca estancia con rosas blancas de seda en los techos, suelos de mármol y paredes empapeladas con dibujos de rosas sobre un fondo vainilla. Parecía desierto, pero al dirigirnos a los lavabos, varias chicas que debían de rondar nuestra edad cercaban el último cubículo de los inodoros, cuya puerta estaba abierta; entre asustadas y resignadas, las chicas miraban en su interior.

Lacey les pidió con amabilidad que nos dejaran pasar, y al mirar con más detenimiento sus delgados rostros, me di cuenta de que me sonaban de algo.

Como encabezaba la comitiva, fui el primero en descubrir quién nos esperaba sentada de mala manera en el inodoro.

—Como salga a la luz algo de lo que sucede aquí, os podéis despedir de vuestros puestos de trabajo —dijo una de las chicas, que debían de ser sus amigas—. Y no me refiero a solo este. No encontraréis trabajo en vuestra vida.

Ante tal amenaza, estuve a punto de volverme y decirle cuatro cosas a esa niñata que no había tenido que preocuparse de nada en su puñetera vida, pero Piero, con un sutil golpe, evitó que echara por la borda todo lo que había logrado.

Así pues, simplemente me agaché para quedar a la altura de aquella chica que tantas veces había visto en portadas de revistas de moda, escaparates, anuncios gigantes en las fachadas de los edificios de Piccadilly Circus, e incluso —estaba seguro de ello— en los autobuses. Y por qué negarlo, también la había observado bailando y disfrutando por todo lo alto en la discoteca del club.

Y es que frente a mí se encontraba —muy bebida o drogada— Rosie Kerr, una de las modelos y actrices de moda del momento. Y era hija del magnate de la prensa, el multimillonario Bill Kerr, y de la aclamada actriz Daisy Yates. ¿Y eso por qué narices lo sabía?

Fácil.

Por Piero, pues cada vez que Rosie hacía acto de presencia, mi compañero se encargaba de repetirme lo importante que era esa chica de almendrados ojos, figura de excesiva delgadez y risa

cantarina que muchas veces se hacía oír por encima de la música.

—Oye, ¿cómo estás? —pregunté mientras le buscaba el pulso.

Aún tenía consciencia, pero por la manera en que estaba sentada, no descartaba que la perdiera en cualquier momento. Como el pulso era lento, le aparté el pelo sedoso y de un castaño claro para verle los ojos.

—¿Me oyes? —le pregunté.

Al oír la voz, me miró; las pupilas excesivamente dilatadas casi impedían ver el color verde agua de sus ojos enmarcados por las largas pestañas. Esos labios carnosos —ya casi desprovistos de pintalabios porque el color rosado estaba esparcido por la barbilla — dibujaron una sonrisa, y Rosie Kerr levantó una mano para acariciarme el rostro con delicadeza.

—Qué ojos tan bonitos tienes. ¿Nunca te lo han dicho? —me preguntó con una voz algo gangosa mientras se tambaleaba debido al esfuerzo de habérseme acercado.

—¿Qué ha tomado? —pregunté mirando por encima del hombro a las tres amigas, que examinaban la escena con gesto de desagrado.

—Nada —contestó rápidamente la que estaba más cerca de mí.

Le dediqué una sonrisa desagradable.

—Si queréis que os ayudemos, tendréis que colaborar.

—¿Qué más te da lo que se haya tomado? —soltó entonces otra.

Por el tono de voz, supe que era la que nos había amenazado hacía unos minutos. Fijé la mirada en su semblante taciturno, dispuesto finalmente a decirle cuatro cosas, cuando Lacey intervino:

—Hemos llamado ya a una ambulancia. No creo que tarden, pero necesitamos sacarla para que la recojan. Si alguien ve…

—Entendido —dije.

Sabía que ningún cliente podía ser testigo de lo que sucedía; lo mejor era llevar a Rosie a un lugar de fácil acceso para los médicos, pues la trasladarían en camilla, y eso resultaba algo difícil de disimular.

—Lo que podemos hacer entonces —añadí— es darle un poco de agua y procurar que aguante despierta para poder bajar antes de que lleguen a recogerla.

—Ha tomado dos pastillas de color —soltó nerviosa otra de sus supuestas amigas.

Sin embargo, esta debía de serlo de verdad, porque, al contrario de las otras dos, realmente parecía preocupada.

Miré a Piero, quien habló a la vez que yo:

—Anfetas.

Asentí, y volví la cabeza para mirar a aquella belleza, porque, sí, Rosie Kerr llamaba la atención hasta en aquel estado tan lamentable

—Imagino que las habrá mezclado con bastante alcohol. Efectivamente, tiene que beber agua —dije mirando a Lacey—, y hay que aflojarle la ropa. Vamos a sacarla de aquí.

Y así es como Rosie Kerr entró en mi vida; sin embargo, cuando finalmente se la llevaron, pensé que no volvería a verla. Por lo menos, no tan de cerca.

De nuevo, me equivoqué estrepitosamente.

Septiembre de 2014

Londres

Hugo

Unos días después del incidente, cuando estaba trabajando junto a Piero, apareció George entre la clientela.

Aquel elegante hombre de pelo canoso y trajes impolutos se

hacía notar casi sin proponérselo, aunque también contribuía el hecho de que lo detuvieran cada dos pasos para saludarlo.

George siempre tenía una amplia sonrisa y un momento de conversación para quien lo había parado, y eso lo convertía en alguien muy apreciado. Debo decir que, a pesar de la mala impresión que me dio cuando lo conocí, apreciaba a George en casi todos los sentidos.

Me parecía un hombre sincero y que nunca se iba por las ramas. Iba de frente, por lo que no tenías que buscar un doble significado a sus palabras ni a sus gestos. Esa amplia sonrisa se acompañaba de bromas ácidas y, sobre todo, de un gran corazón.

Muchos de los que se le acercaban le pedían también algún favor; si George te apreciaba, te ayudaba, y eso no era algo con lo que ser indiferente.

George se codeaba con la gente más influyente del país; de hecho, pertenecía al círculo de Richard Caring, por lo que, efectivamente, se podía considerar a George un pez gordo. Y, sin embargo, y al contrario de la forma de ser de mucha de la gente de su estilo, incluso con mucho menos poder, George era un hombre común que, salvo por sus peculiares trajes, no tenía aires de grandeza. Se trataba de un hombre con los pies en el suelo, algo que yo admiraba notablemente en él.

—¿Dónde están mis *ragazzi* favoritos? —nos saludó cuando por fin llegó a la barra.

Piero y yo estábamos sirviendo varios cócteles y le sonreímos sin dejar de atender a los clientes. George se sentó en uno de los extremos, de espaldas a quienes, inmersos en el ambiente de aquella noche, disfrutaban de la música y las bebidas.

—¿Lo de siempre, George? —quise saber tras servir una tanda de gin-tonics.

George asintió y me dispuse a prepararle un manhattan.

—¿Cómo estás? —le preguntó Piero tras unos minutos.

—No tan bien como vosotros. —Sonrió ampliamente atusándose la perilla, perfectamente perfilada—. ¿Las chicas aún dejan caer las servilletas con sus números?

—Y no solo ellas —apuntó Piero, divertido, y le guiñó el ojo —. Ya casi podemos hacer un listín telefónico.

—No seas tan humilde, Piero —lo pinché sarcásticamente al tiempo que dejaba la bebida frente a George.

Me lo agradeció con un gesto de cabeza.

—Pero si la mayoría son para ti —se quejó el italiano, e inclinándose hacia la barra simuló que compartía un secreto con George, en el tono adecuado para que llegara a mis oídos—. Los días que libra, no sabes la cantidad de gente que me pregunta por el *bello* Hugo.

George se carcajeó encantado; yo puse los ojos en blanco y decidí cerciorarme de que la barra estuviera impoluta.

—No parece que tenga tiempo para esas cosas, ¿eh, Hugo? —siguió bromeando Piero.

Finalmente se me acabó escapando una sonrisa.

Sabía de sobras que no era buena idea mezclar la vida privada con el trabajo, así pues, nunca prestaba atención a las insinuaciones de las clientas; ni de los clientes, porque, como bien había dado a entender Piero, no solo se me insinuaban las féminas.

—Eso es que hay alguien por ahí que no nos menciona —intervino George.

Entonces me obligué a reír para restar importancia a ese comentario que escocía.

Joder si lo hacía.

—Lo que le ocurre que está más centrado en sus pinturas que en otra cosa.

Levanté la mirada cuando Piero soltó aquella frase, pues era algo que guardaba para mí; sin embargo, después de que descubriera en varias ocasiones restos de pintura en mis manos, me había visto obligado a confesárselo. Por eso me sorprendió que se atreviera a mencionarlo; y más aún, delante de George.

Por un momento, confié en que el hombre pasara por alto el comentario, pero no lo hizo.

—¿«Pinturas», dices? ¿Qué es eso de «pinturas»?

Antes de volverme completamente hacia George para contestar

a su pregunta, lancé una dura mirada al italiano. Este tan solo me guiñó el ojo y, lejos de estar contento con la bomba que había soltado, añadió más leña al fuego.

—Que pinta, George. Nuestro Hugo pinta —le aseguró con una sonrisa.

George me miró intrigado, y yo me tensé.

—¿Es cierto? —George me estudió con su mirada de ojos oscuros, enmarcados por las arrugas de la edad.

—En mi tiempo libre, sí. Ya conoces mi formación… estudié Publicidad. —Quizá era un buen momento para recordarle a qué me quería dedicar—. Y, bueno, siempre he pintado.

—Solo recuerdo que tu entrevista no fue como la de los demás. Te busqué por tu fama para preparar cócteles —dijo George—, no me centré mucho en tu pasado. Vamos —apuntó, ahora inclinado y dedicándome una mueca divertida—, ni siquiera me puse a investigar el origen de esta cicatriz que tienes.

Me tensé ante esas declaraciones y reprimí el gesto de tocarme la cicatriz que me cruzaba la barbilla; era la que me hice tras la muerte de Iván, cuando decidí enfrentarme a esos hijos de puta que acabaron con la vida de mi mejor amigo.

George debió de notar mi tormento interior, pues me palmeó la mano que tenía apoyada en la barra y, guiñándome un ojo, cambió de tema:

—Pero eso no me interesa, ahora quiero saber qué es lo que pintas.

—No es nada… —comencé.

Pero Piero me interrumpió:

—Hace encargos, y se está sacando un sobresueldo.

Estuve tentado a contradecir las palabras del italiano, porque realmente solo había tenido un encargo en todo ese tiempo: un sencillo paisaje del puente de Westminster, desde donde se veían el Big Ben y el palacio. Sin embargo, el cambio en el brillo de los ojos de George me llevó a guardar silencio.

Aunque fueron sus palabras las que me sobrecogieron:

—Tráeme algo que merezca la pena, chico, y veremos qué

podemos hacer.

Así es como George me pidió que pintara para Annabel's. Mi primer gran encargo.

—¿Puedes, por favor, prepararme un French 75?

Levanté la mirada tras aceptar la propina de un caballero —el último al que había servido su ronda de ron seco—, y me topé con una cara conocida.

Rosie Kerr estaba apoyada en la barra con un billete de cincuenta libras doblado y con su mirada de ojos verdes clavada en mí. Miré a su alrededor y descubrí que no la acompañaban su grupo de amigas ni su séquito habitual. Me acerqué adonde estaba y, dispuesto a prepararle su cóctel, exprimí primero un limón natural.

Rosie llevaba el pelo largo peinado en suaves hondas, y su semblante no mostraba secuelas de la última gran fiesta que se había dado y de la que yo había sido testigo. Ni rastro de ojeras, bolsas ni cansancio en su anguloso rostro. Imaginé que eso se debía a la demasía de dinero, pues podías darte grandes bacanales y al día siguiente acudir a algún centro de estética para que te mimaran y borraran las huellas de los excesos.

—No te había vuelto a ver —dijo con firmeza a pesar del tono dulce en su voz.

Al levantar la vista, me sorprendió que continuara mirándome fijamente, por lo que deduje que me hablaba a mí.

—Me imagino que habrás tenido unos días libres… —dejó caer.

Yo volví a concentrarme en el cóctel, esta vez buscando el cava que combinara bien con la mezcla ya agitada.

—¿Y bien? —insistió con un deje de molestia.

Inevitablemente esbocé una sonrisa ladeada y, tras servir el coctel y acercárselo, me digné a contestarle:

—Sí, tengo días libres en el trabajo.

Rosie Kerr me contempló con seriedad; a pesar de sentirme tentado a hacer lo mismo porque aquella chica era realmente espectacular y mi fuero interno me exigía que la repasara con la mirada, me dispuse a atender a otro cliente que se había acercado a la barra.

Me habría gustado ignorar la presencia de la actriz y modelo, pero resultaba complicado cuando todo el que estaba en la barra acababa lanzando miradas en aquella dirección, y también porque ella se había empeñado en mantener una conversación.

—¿No te interesa saber por qué te he estado buscando estos días? —me preguntó cuando recibí la propina del último cliente.

Alcé la mirada y mis ojos tomaron vida propia, recorrí la pálida piel de su cuello hasta el pronunciado escote en pico del vestido negro de satén que llevaba.

—Discúlpeme, señorita, pero estoy trabajando —dije finalmente.

Topé de nuevo con su mirada cristalina, y me emocioné cuando se reflejó en ella un brillo crispado.

Estaba cansado ya de ese perfil: niñata excesivamente rica, acostumbra a tener a todo el mundo bajo sus pies. Tan solo necesitaba abrir la boca para que cualquier cosa se le sirviera en bandeja. Cero preocupaciones, salvo las de mostrarse impoluta, tener cuidado con las drogas que mezclaba y simular que no estaba enganchada a la mierda que se metía cada noche porque ya nada la estimulaba lo suficiente como para intentar alejarse de ese mundo de excesos, falso y superficial.

Así pues, tuve los santos cojones de continuar trabajando concentrado en cada bebida que preparaba mientras ignoraba a Rosie Kerr, aquella deliciosa criatura que enseguida se dio por vencida y salió de la sala.

No le di más importancia a ese acontecimiento —simplemente

se lo contaría con pelos y señales a Piero y Rubén—, y dediqué el resto del turno a mis cavilaciones, pensando en si George cumpliría realmente su palabra y encontraría un lugar en el club para colgar la pintura que le había entregado hacía unos días.

Sin embargo, desconocía que Rosie Kerr no se daba por vencida con facilidad, en especial cuando se encaprichaba de algo o de alguien…

Hugo

Septiembre llegaba a su fin y, con las Navidades a la vuelta de la esquina, Rubén y yo habíamos quedado en solicitar las vacaciones para después de las fiestas; no solo porque en nuestros trabajos fuera difícil cogerlas en fechas marcadas, sino también porque nos interesaba: habría más ventas, por tanto, más comisiones en el trabajo de Rubén y más propinas en el mío.

Habíamos elegido las fechas de nuestro regreso a España para estar con Jacobo —con quién hablábamos todas las semanas— y el resto de los amigos. Y especialmente para ver a Raquel, a pesar de que Rubén nunca lo aceptaría; sin embargo, yo no era nadie para recriminárselo, pues tras decidir que volvíamos, mi mente había volado hacia cierta pelirroja de la que llevaba demasiado tiempo sin saber nada.

Hacía muchos meses desde la última postal que le había enviado, y… Ni siquiera sabía terminar esa frase.

Ava seguía en mi pensamiento a pesar del tiempo transcurrido,

la distancia y las demás chicas que se cruzaban en mi vida.

—Helen te está buscando —me avisó Phil cuando entré en la zona de cocinas.

Me estaba arreglando para acudir a la planta menos uno y empezar mi turno.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a mi compañero.

Phil se encogió de hombros y, antes de desaparecer tras la puerta de las cocinas, contestó:

—Ni idea, pero parecía cabreada.

—Qué novedad —soltó Lacey, que estaba allí porque entraba a la misma hora que yo.

Imaginé que tendría que ir hacia el recibidor, donde normalmente se encontraba Helen; sin embargo, apareció frente a nosotros con su característico gesto de mala leche. Había acudido en mi busca.

—Hugo.

Ese fue su saludo. Entonces se dio la vuelta, y supuse que quería que la siguiera. Miré a Lacey antes cambiar mi trayectoria. Al entender mi gesto, mi compañera asintió:

—Aviso a Piero.

Se lo agradecí con un gesto de cabeza y fui tras los pasos de Helen, que se dirigía a uno de los despachos.

Annabel's tenía una parte privada —solo para empleados— en la que, además de los despachos, se encontraban las cocinas de los restaurantes, y los vestidores y aseos para trabajadores.

—¿Cierro la puerta? —le pregunté al entrar.

La línea ecléctica del pequeño despacho iba acorde con el edificio: suelos de madera oscura, paredes con papeles pintados de colores fuertes que le daban un aspecto algo asfixiante, y una monumental chimenea de mármol que debía de costar más que toda mi casa con sus pertenencias incluidas.

—No, si no voy a robarte mucho tiempo —respondió Helen, apoyada en el escritorio de madera maciza de caoba y mirándome por fin.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

No me apetecía entrar en el despacho, así que me quedé apoyado relajadamente en el marco de la puerta.

—Te solicitan en la sala vip —soltó Helen con rapidez e indicando mediante el gesto que le molestaba darme esa información.

—¿Cómo? —le pregunté extrañado.

La sala vip de Annabel's era algo casi prohibido. Nunca la había visto por dentro, tampoco los compañeros con los que más me relacionaba, pues solo aquellos trabajadores que llevaban una eternidad en el club habían entrado en ella.

Así que aquella petición era rara. Mucho, porque yo tan solo llevaba unos meses en el puesto.

—No sé qué habrás hecho para lograrlo, pero espero que no metas la pata —soltó Helen, ignorando mi pregunta.

Arqueé una ceja.

Helen me era tan indiferente que hasta me daba pereza responder a sus absurdidades y patéticas amenazas. También resultaba demasiado obvia: rabiaba porque me habían solicitado en la sala vip mientras que a ella no.

Interesante.

—¿Me esperan ya? —le pregunté entonces, cruzándome de brazos.

—Sí, puedes irte.

—Pero ¿qué…?

—Puedes irte —repitió con desdén para impedirme que indagara en el motivo de mi reclamo.

Con la poca paciencia que me quedaba, me piré de allí antes de que se me escaparan de la boca cuatro cosas que habrían propiciado mi despido.

Con la idea de explicarle a Piero lo que sucedía, fui directamente a la planta del sótano —donde se encontraban la discoteca, nuestra barra y la sala vip—, pero en el angosto recorrido, un tío en un traje negro me indicó que lo siguiera, de modo que no me pude dirigir a Piero, que me miró confundido.

El tío —que parecía que trabajara en la seguridad de alguna

discoteca problemática de la ciudad—, se hizo a un lado cuando estuvimos frente a la puerta de acceso a la sala, y con un gesto me indicó que pasara.

Desconocía qué me encontraría y quién me había hecho llamar, pero la oscuridad me impidió descifrar el misterio con rapidez.

La sala era amplia y seguía aquella línea decorativa tan peculiar del Annabel's. El suelo de mármol negro reflejaba el destello de las inmensas lámparas doradas de araña, que alumbraban las rocambolescas molduras de escayola en paredes y techos; estos últimos contaban, además, con iluminación led de un tono verde oscuro que bañaba la zona brindándole un ambiente singular.

Por supuesto, no pasaban desapercibidos diversos rincones con sofás de cuero —la mayoría, vacíos— dispuestos alrededor de mesas de centro. El área que llamaba especialmente la atención era, sin embargo, el de la zona central, ya que estaba bordeado por una especie de jaula de pájaros gigante cuyos barrotes —según descubrí más adelante— no eran de metal sino de cuerdas negras. Destacaba aquella zona, además, porque ahí sí que había gente.

No pude discernir quiénes formaban aquel pequeño grupo que empezaba a disfrutar de la exclusiva fiesta privada, pues Edward —uno de los compañeros que se encargaba de la zona vip cuando se lo solicitaban— se me acercó enseguida con una sonrisa cortés.

—Hola, Hugo. ¿Puedes, entonces, encargarte de la barra?

—¿«De la barra»? —repetí mirando a mi izquierda.

Ahí estaba la barra —también de mármol negro y con detalles dorados—, que pasaba desapercibida debido a la inmensa exposición de bebidas que había detrás.

—¿No te lo ha explicado Helen? —me preguntó extrañado Edward mientras me acompañaba hacia allí.

—No —le contesté, sin querer entrar en muchos detalles.

—Bueno, han pedido tus espectaculares cócteles —me respondió amablemente y sin borrar la sonrisa.

Asentí y me coloqué tras la barra para examinar el material que había.

—La suerte es que no tendrás mucho jaleo. Me han dicho que no habrá más de veinte personas —continuó explicándome Edward.

—¿Estaré yo solo en la barra? —quise saber.

El gesto de mi compañero me confirmó que así sería, pero me lo aclaró:

—Yo estaré por aquí también, con Colin, pero han especificado que te querían a ti en la barra, y han solicitado varios cócteles en concreto. Ve preparándolos, y así no tendrás mucho jaleo. No tiene pinta de que se te complique la cosa, ya verás.

Asentí —no muy conforme con lo que me comentaba— porque no me quedaba más remedio. Escuché lo que habían pedido y me tranquilizó, pues eran cócteles sencillos; sin embargo, imaginé que —contrariamente a lo que pensaba Edward— al tratarse de una fiesta privada no tardarían en pedir más bebidas

Me puse manos a la obra mientras iba arrancando la fiesta. Pronto vi las diferencias con las fiestas de la zona de la discoteca, pues esta era más selecta.

Si bien ahí no había interacción alguna con los invitados porque tan solo se acercaban a la barra a recoger los cócteles que ya estaban preparados, la diferencia más notable residía en que algunas de las cosas que los invitados hacían sin ningún tipo de disimulo no eran legales en absoluto, como esnifar cocaína sin ningún tipo de apuro, ya fuera en las mesas, en la pista de baile o en la barra.

Aquella gente actuaba como si yo no existiera, y pronto me di cuenta de que la gran mayoría eran especialmente conocidos, mucho. Y lo peor de todo era que ninguno superaba los treinta años.

Toda mi vida había sido testigo de lo que conllevaban las drogas y demás sustancias dañinas. Y a pesar de estar ya más que curado de espantos, aún me sorprendía que la gente se entregara a ellas sin reparo alguno y lo tirara todo por la borda. Sin embargo, entendía que ese tipo de gente —en particular los que aquella noche tenía frente a mí, que nunca habían tenido una preocupación

real— no le diera el valor necesario a la vida.

Aun así, me repugnaban, y esperé que aquella insulsez de fiesta no se alargara hasta el final de mi turno.

—Parece que ya has preparado una buena tanda de cócteles como para quedar libre —dijo de pronto una voz, haciéndose oír por encima de Calvin Harris, que sonaba a todo volumen.

Levanté la mirada y ahí estaba Rosie Kerr, con una sonrisa seductora y marcada por sus carnosos labios en un rojo sangre a juego con el vestido amoldado a su delgada figura como si de una segunda piel se tratara.

—¿Es que no te has preguntado quién te ha solicitado? —volvió a hablar ante mi silencio, apartándose el pelo a un lado.

El gesto, acompañado del movimiento de sus manos al acariciarse la piel del escote deliberadamente, y de sus ojos enmarcados en esas sombras ahumadas que remarcaban una mirada felina, debía de ponérsela dura a todos los tíos a un kilómetro a la redonda.

Yo tan solo sonreí y seguí a lo mío. Pero ¿aquello era real? ¿Aquella chica solo tenía que chascar los dedos para tenerme donde quisiera?

Sí. Estaba cabreándome.

—Yo solo quería darte las gracias por lo del otro día —habló de nuevo.

Y alcé la vista hacia ella. Esa vez no pude guardar silencio.

—¿Y para ello necesitabas montar una fiesta privada?

La modelo arqueó una de sus cejas perfiladas.

—No te vi dispuesto a escucharme en tu trabajo.

—Esto es mi trabajo —recalqué.

—Pero aquí dentro todo es distinto —declaró.

Me sorprendió cuando, sin dudarlo un segundo, se movió para meterse dentro de la barra junto a mí. Pero eso no le bastaba, y con un impulso se sentó sobre ella con las piernas cruzadas, que quedaron descubiertas por la pronunciada raja que tenía la falda del vestido.

—¿Miras algo que te guste? —preguntó entonces, casi

ronroneando.

Levanté la mirada porque, efectivamente, mis ojos habían decidido admirar sus largas piernas, y me topé con la suya y una expresión de satisfacción.

—Ya me has dado las gracias, ¿puedo irme entonces? —le dije con dureza, a la espera de que con la pregunta y el tono de voz captara mi desagrado.

Sin embargo, ladeó la cabeza y, divertida, me lanzó otra pregunta:

—¿Cuál es tu nombre? —ronroneó, ahora sí; y me repasó de la cabeza a los pies con aquella mirada de ojos verdes que debía de hacer suspirar al público.

Quien sonrió entonces fui yo, que desvié la mirada para pasar un trapo sobre la superficie de la barra.

—¿No has podido averiguarlo con el chascar de tus dedos? —quise saber, y con satisfacción le dediqué una rápida mirada.

Era una jodida mierda, nadie vendría a interrumpirnos. Por supuesto, ella lo había tenido en cuenta y por eso me había solicitado en esa fiesta.

¿De verdad que le interesaba tanto?

Le eché un rápido vistazo. Seguía estudiándome, a pesar de que ahora su sonrisa titubeara.

—¿Por qué tengo la sensación de que no te caigo muy bien? —añadió mientras jugueteaba con las manos sobre la superficie de la barra, donde continuaba sentada.

Suspiré y dejé el trapo para centrarme en ella. Quizá debía ser más directo…

—Mira, no me caes ni bien ni mal. Para eso tendrías que importarme algo, y voy a ahorrarte tiempo: no lo haces.

Asomó una sonrisa divertida que intentó contener mordiéndose el labio. Eran unos gestos tan sensuales que en un principio pensé que estaban ensayados al milímetro. Luego descubrí que Rosie era así, sensual en cada uno de sus movimientos. Resultaba algo innato en ella.

—¿Sabes? Pues a mí sí que me caes bien —dijo,

sorprendiéndome cuando se puso a juguetear con mi corbata sin titubeo alguno.

Al sentir el contacto de sus manos, me quedé congelado, algo que ella aprovechó para tirotear de mí, obligándome a acercarme a ella.

—Pero ¿sabes algo más? —Rosie acercó la boca a mi oído derecho—. Me gustas —confesó, y sus labios me rozaron la piel de la oreja.

Me separé de ella. Sería un ingrato si no reconociera que aquello me resultaba menos indiferente de lo que quería aparentar, pero no pensaba caer ante aquel proyecto de mujer que lograba todo lo que se proponía.

—No soy lo que crees que soy. No soy igual que los chicos con los que has estado jugando hasta ahora —le prometí, sujetándole las manos para que me soltara la corbata—. Así que deja de perder el tiempo y vete con tus amigos a drogarte y a despilfarrar. En este lado de la barra no encontrarás nada.

A pesar de mis duras palabras, Rosie no borró la sonrisa y, sorprendiéndome de nuevo, se inclinó para depositarme un suave beso en la mejilla; después se bajó de la barra. Eso sí, antes de alejarse, me volvió a hablar:

—Yo tampoco soy como ninguna de esas chicas con las que has estado.

Y sin esperar mi respuesta, me dio la espalda y se encaminó hacia la pista, donde se puso a bailar sola. Esta vez no despegué la vista de su figura, observé cada movimiento y sospeché que era completamente consciente de mi mirada sobre ella.

Noviembre de 2014

Londres

Hugo

Rosie Kerr se convirtió en una constante en mi vida. Después de aquella fiesta hubo más, y en todas ellas Rosie siempre se escabullía para reunirse conmigo en la barra. Gracias a esos encuentros, empezó a aflorar aquella rara relación en la que, sin proponérmelo, conocí detalles de ella que nunca habría imaginado, como cuál era su color favorito —el púrpura—, que le gustaban tanto las gominolas ácidas que siempre llevaba una bolsa a rebosar en bolso, que tenía facilidad para grabar escenas dramáticas porque siempre recurría al triste recuerdo de la película de *Dumbo*, que la relación con su madre era casi inexistente y que en realidad se sentía muy sola a pesar de la cantidad de gente con la que trataba.

Ella también tuvo la oportunidad de conocerme, pues, sorprendentemente, con Rosie Kerr se podía hablar y ser escuchado. Enseguida descubrió de dónde era: le hablé de los atardeceres en Mojácar; le conté que mi familia la formaban Rubén y algunas personas que me esperaban en aquel pueblo, del que logré que se enamorara mediante mis descripciones; descubrió mi trayectoria en Londres —su ciudad natal—, y me hizo prometer que algún día, cuando realmente fuéramos grandes amigos, le enseñaría el lugar donde crecí.

—¿Seremos grandes amigos? —le pregunté aquel día, con una sonrisa ladeada, ante su ocurrencia.

Rosie se encogió de hombros y, mientras se soltaba la alta coleta con la que había estado jugueteando, me guiñó un ojo antes de darse la vuelta para alejarse.

—Si es que no quieres que seamos otra cosa, Hugo… —dijo antes de perderse entre el gentío.

Únicamente nos encontrábamos en Annabel's, a pesar de que

yo siempre la veía fuera: en los anuncios de las marquesinas de los autobuses, en los escaparates, incluso en las portadas de revistas de corazón, que irremediablemente captaban ahora mi interés.

En las revistas la emparejaban a menudo con otros famosos; yo no sabía qué había de cierto en ello, pues ella no me hablaba de aquellos asuntos ni yo se lo preguntaba. A pesar de su coqueteo constante, yo no daba ninguna muestra de interés, por eso entendía que ella continuara con sus conquistas. Sin embargo, en ninguna fiesta la había visto con alguien, y aunque cabía la posibilidad de que me lo ocultara yo no encontraba mucho sentido a esa opción, pues tampoco se molestaba en disimular cuando se drogaba, aun sabiendo que yo lo aborrecía.

Me decía que ella podía estar con quien quisiera. Yo empecé a preocuparme por si llegaba el momento en que la vería con algún otro tío: ella le concedería las sonrisas que ahora me lanzaba a mí, le susurraría sus ácidos y sugerentes comentarios en busca de alguna reacción por su parte o, joder, le dedicaría esos bailes con los que me deleitaba en mitad de la pista mientras la gente la circundaba y admiraba, pues cuando Rosie Kerr lo daba todo bailando, nadie se atrevía a interrumpir aquel momento.

Una noche, mientras yo me arreglaba para acudir al trabajo, apareció en la tele el tráiler de la última película de Rosie. Entonces Rubén lo soltó:

—Lo que deberías hacer es follártela de una vez por todas. Por lo menos, antes de que entienda que no mereces tanto la espera y su interés caiga en otro.

Yo me reía ante sus comentarios, pero por más que se lo explicaba, Rubén no quería entender que no podía suceder nada entre ambos, a no ser que quisiera perder mi trabajo.

Por supuesto, me preocupé al percatarme de que aquel se había convertido en mi argumento principal, mientras que habían pasado a un segundo plano los que mencionaba al inicio: que era espectacular, sí, pero también una persona frívola, consentida, mimosa; y que era imposible ignorar el mundo de excesos que la acompañaba…

Todos esos argumentos se desinflaban conforme la conocía, y no porque fueran suposiciones erróneas, sino que Rosie era mucho más. Rosie era un cómputo de sombras y luces que me resultaba difícil de manejar.

Sin embargo, mientras entraba en esa espiral peligrosa, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, pues nunca habría imaginado lo que me comunicarían cuando acepté aquella llamada de teléfono justo antes de salir de casa hacia el trabajo.

—Hugo.

Enseguida reconocí la voz de George. Me pareció raro que tuviera mi número personal, incluso que me llamara, pues nuestros encuentros siempre eran en el trabajo.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté confundido mientras buscaba las llaves de casa.

—¿Que si ha pasado algo, chico?

George se rio tan fuerte que llamó la atención de Rubén, quien dejó de comer el sándwich que se había preparado para cenar algo rápido.

—¿Estás sentado? —añadió.

Sujeté el móvil con fuerza y miré a mi mejor amigo, que me escrutó intrigado.

George no esperó a que hablara, sino que soltó la bomba:

—El cuadro, tu cuadro, Hugo. El que tengo en casa, que aún le estoy buscando un lugar donde colocarlo y ya ha llamado la atención. —George se rio de nuevo—. Chico, ¿tienes más?

—¿Más cuadros?

—¡Claro que sí! Quieren conocerte, quieren ver más, y, chico, te prometo una cosa: como les guste lo que les enseñes… puedes ir preparándote.

Permanecí en silencio, escuchando y procesando las palabras de George, que parecía un niño en la mañana de Navidad.

Obviamente, con el paso del tiempo lo entendí, porque, sí, mi vida cambió, pero George se llevó una buena porción de ello. Y nunca me pareció mal, al fin y al cabo, fue él quien apostó por mí sin reservas, y desde el principio.

Cuando conocí a George, rápidamente descubrí que se codeaba con gente importante, pero nunca le di mayor relevancia. Sin embargo, un día hizo una llamada que me cambió la vida; resulta que había almorzado con su gran amigo Charles Saatchi, quien vio entonces mi cuadro, el que le había dado a George con la esperanza de que lo colgara en Annabel's; con ello pretendía ganar algo de dinero, no que me cambiara la puñetera vida tan radicalmente.

Charles Saatchi era —y es— un magnate del arte, un coleccionista clave del arte inglés y del panorama internacional que había descubierto y patrocinado a grandes artistas como Tracey Emin y Damien Hirst.

Cuando semanas después me reuní con George para seleccionar algunas de las obras que tenía hechas y exponerlas en la Saatchi Gallery, Rubén tuvo que ir a buscar algo más fuerte que el vino para brindar.

Era de locos tener a George en nuestra casa y, aún más, que estuviera revisando aquellos lienzos que había esparcidos en mi habitación.

Tenía la constante sensación de que estaba en un sueño, y la urgencia imperiosa de recordarme a mí mismo que también podría quedar en nada. Por mucho que mis pinturas hubieran llamado la atención de aquel enigmático y poderoso hombre, podía quedarse solo en eso, porque ¿quién se iba a interesar por la breve obra de un joven español perdido en el mundo?

La exposición, de hecho, no sería de mi obra, sino de la de varios fotógrafos, pero Saatchi había decidido aprovecharla para mostrar cuatro cuadros míos.

George, que decidía en ese momento cuáles elegir, no paraba de canturrear animado y especialmente esperanzador. Yo… yo tan solo quería sentarme y, joder, pellizcarme.

¿Estaba sucediendo de verdad?

Independientemente de si aquello desencadenaría algo más, tenía que concederme el derecho de asimilar que grandes expertos y entendidos del mundo del arte encontraban llamativo lo que había creado, esa colección de mar y cielo que había pintado por la necesidad de recordar Mojácar.

Aquellos lienzos cubiertos con los colores más sobrecogedores que había visto en los atardeceres de mi lugar, del sitio en el que crecí y del que eché a volar, habían removido algo en la percepción de aquellos que, de pronto, decidían apostar por ese chico insignificante y perdido, porque, sí, seguía siendo un niño perdido.

Diciembre de 2014

Londres

Hugo

Todavía no habían llegado las señaladas fiestas cuando George me dio la noticia: mis cuadros habían llamado la atención, y, sí, se habían vendido. Me extendió un cheque con el porcentaje que quedaba para mí tras sustraer la comisión de la galería y la suya, y me dio el consejo que me tatué no solo en la piel sino en el alma, como un mantra que debía repetir:

—Ahora, chico, entrega tu carta de despido. Es el momento de

apostar por ti, porque, ¿y si después es nunca?

Efectivamente, ¿y si perdía la oportunidad a causa del miedo? A veces había que tirarse de cabeza. Algunas saldría mal, pero otras…

Así que, haciendo caso de aquellas certeras palabras de George, al día siguiente presenté mi carta de despido en Annabel's; lo hice lleno de miedo, pero también de determinación: dispuesto a comerme el mundo o que me comiera él, si hiciera falta.

Tras presentar la dimisión, iba dispuesto a darlo todo en el turno de aquella noche, a contarle a Piero lo que había sucedido y disfrutar de los últimos días que me quedarían en aquel lugar al que, pasara lo que pasara, no iba a volver, por lo menos para trabajar.

Justo bajaba por aquellas escaleras adornadas con el impresionante Pegaso que colgaba del globo repleto de flores y motivos navideños, cuando… cuando la vi.

No sabía que estaría allí aquella noche, de hecho, hacía varios días que no sabía nada de ella, ya que —según me había contado — tenía una campaña de publicidad con Dior en París. Así que, cuando la descubrí ataviada en aquel vestido dorado de lentejuelas largo que parecía absorber el destello de toda la luz de la estancia, me atravesó una jodida determinación que no quise detener.

Deshice el camino para subir los escalones mientras Rosie me observaba, sujeta a aquel pasamanos —también decorado con guirnaldas navideñas— y sin despegar la mirada de la mía. Debía de leer algo en mi expresión, porque no llegó a sonreírme, solo noté cómo cogía aire cuando acorté un poco la distancia y, quizá, que su pecho parecía agitado por la respiración.

La expectación con la que me miraba hizo el resto, porque juro que mi intención era hablar primero y actuar después, pero no pude seguir esos pasos.

Me daba igual quién hubiera allí, quién nos pudiera ver, subí otro escalón para acortar más la distancia —Rosie se encontraba ahora unos escalones por encima de mí— y busqué su mano para

sujetarla con fuerza.

Nunca, en todo aquel tiempo, me había atrevido a tocarla. Con sus ojos fijos en nuestras manos entrelazadas, rompí el silencio:

—¿Vienes?

Una sencilla pregunta, con una respuesta aún más sencilla que, por supuesto, ella me brindó sin titubear.

Joder las ganas que nos teníamos…

Tras su leve asentimiento, nos guie a ambos hacia un destino claro. Nos detuvimos en el desierto y angosto pasillo con la famosa figura del orangután, y a pesar de que siempre solía haber miembros e invitados por esa zona debido a la peculiar figura, no tuve ningún reparo en arrinconar a Rosie y besarla como llevaba tiempo deseando.

Sus gemidos no tardaron en llegar y se entremezclaron con mi respiración fuerte cuando deslicé la mano bajo aquel carísimo vestido, deleitándome en acariciarla sin titubeos ni barreras de ropa interior. Mis dedos frotaron y juguetearon con su húmedo coño hasta que se corrió con violencia. Pero yo necesitaba más, mucho más.

Y eso es lo que hicimos. Tras colarnos en aquellos baños donde la conocí, follé a Rosie Kerr como había querido hacerlo desde el primer momento en que entró en mi vida, aunque me hubiera empeñado en negarlo.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

—Lo que no entiendo es por qué narices siguió con las postales. ¿Qué pretendía, enviándoselas a mi madre? —suelto de nuevo tras el intento fallido de Caleb de pasar a otro tema.

Ya nos acercamos a la zona costera.

—Ava… —suspira Caleb.

—¡Lo sé! Pero no puedo evitarlo. Si quería saber de mí…

—No es tan fácil, y lo sabes —me interrumpe mi mejor amigo —. ¿Es que acaso, con todo lo que pasó, le habrías contestado?

—Sabes… sabes que al final sí.

No hago contacto visual con Caleb, aunque siento que me mira.

—¿Y qué habría surgido de eso?

Me detengo abruptamente ante su pregunta, y lo miro interrogante. A nuestras espaldas tenemos el mar y la playa desierta, salvo por alguna persona que pasea con el perro.

—¿Qué quieres decirme, Caleb? —le pregunto entonces.

Él suspira.

—Pues algo bien sencillo: ¿qué pretendes con esto, Ava?

—Saber por qué escribió a mi madre. —Repito la explicación de antes, la que le di al salir de casa.

—Quería saber de ti —me responde Caleb, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más lógico del mundo.

Pero no lo es. No.

—¿Por qué? —le pido entonces.

Esta pregunta me carcome de una forma casi enfermiza.

Caleb tan solo me devuelve la mirada, y yo, desesperada, reemprendo la marcha. Sé que él sigue mis pasos, así que hablo de nuevo:

—¿Y mi madre le respondió?, ¿qué le decía en sus postales? ¡Joder!

Tras la queja, vuelvo a detenerme, siento que estoy perdiendo los nervios, así que busco un lugar donde sentarme, en el murete de piedra frente a la carretera que da a la playa. Caleb me imita, y me destroza esta escena tan familiar. Él, yo y el mar.

—¿Estás segura de que quieres ir y hablar con él? —tantea de nuevo.

Y asiento sin titubear:

—Si no le hago estas preguntas, no dejaré de repetírmelas a mí misma.

—Eso es cierto —asiente él.

—¿Sabes? —hablo tras unos instantes de silencio que me han servido para calmarme—. A veces pensaba que Hugo lo sería.

—¿El qué?

—Mi gran historia de amor.

—¿Y es que no lo fue?

Ante su mirada de sorpresa, sonrío.

—A ver, me refiero a esa gran historia de amor… de las de final feliz —le aclaro, haciendo hincapié en la última palabra.

—Ya entiendo —dice Caleb.

Y esboza una mueca que no tardo en imitar: un gesto de absoluto conformismo dolido.

—No todas las grandes historias de amor tienen un final feliz, pero yo creía que… que la nuestra sería de las que sí —insisto.

Volvemos a guardar silencio mientras meditamos mis últimas palabras, cada uno reservándose sus propios pensamientos; o, por lo menos, eso hace Caleb.

—Pero si te confieso más —vuelvo a la carga sin creerme lo que estoy a punto de confesar— (y te pido, por favor, que una vez que nos levantemos y echemos a andar olvides que mantuvimos esta conversación y lo que voy a decir), cuando ayer lo vi en la playa, me sacudió tan, tan adentro que… —me miro las manos al darme cuenta de las palabras que voy a pronunciar— que pienso que tiene que significar algo, que el destino no es tan cruel y que no tiene ese empeño en juntarnos para después separarnos, cada vez, una tras otra. Que es una casualidad tan remota… porque, ¿qué posibilidades había de encontrarnos en este pueblo? Sí, al fin y al cabo, es *nuestro* pueblo, pero llevábamos años sin coincidir, al vivir ambos fuera…

Por un momento, me siento tentada a parar, a callarme y no

destapar más de lo que llevo guardado; pero entonces decido que es el momento de decirlo, y luego… luego ya se verá.

—Ayer —continúo—, lo vi y pensé que tenía que significar algo, porque nadie… nadie es como él, Caleb. Nadie me remueve como lo hace él, y sabes que he tenido otras historias intensas, como la de Liam. Y a pesar de ello —cojo aire—, incluso cuando lo de Liam iba tan bien, nunca dejé de pensar en Hugo.

Guardo silencio a la espera de algún tipo de reprimenda por parte de Caleb, pero me sorprende cuando busca mis manos con la suya y, atrapándolas, me da un suave apretón.

—Lo sé, Ava. Lo sé —me confiesa.

—¿De verdad? —Lo miro sin ocultar la sorpresa ante su respuesta.

—¿Que lo sigues queriendo? ¿Que aún tienes esa esperanza que solo mantiene la gente enamorada? —Caleb me sonríe con cariño—. Me sorprende que te sorprenda, la verdad, porque, si no lo recuerdas, cada una de esas veces estuve ahí. En todas las idas y venidas, en todas las esperanzas y los corazones rotos.

—Es una mierda —murmuro.

—Joder, Ava, no. No lo es. Has vivido y amado intensamente. Poca gente puede decir que lo haya hecho.

—¿Pero? —quiero saber.

Percibo que hay un «pero», y Caleb no tarda en dármelo.

—Pero a veces llega el momento en que es mejor dejar de insistir. El momento de decirle al destino que ya está, que, a pesar de las nuevas oportunidades…

—¿Qué oportunidades? —lo interrumpo con una sonrisa amarga—. Si está con Lara.

—Pero ¿cómo te mira, Ava?

Niego con la cabeza.

—Esta vez es distinto, Caleb. Lo sé. Y es lo que te quiero decir… de verdad pensaba que esta vez, al encontrarnos de nuevo de este modo tan casual que raya en lo irreal, sería la definitiva. Pero siempre hay algo… así que, sí, llevas razón. Tengo que cortar esa esperanza de una vez. Hugo no es para mí, ni yo soy para él.

Siento que Caleb me aprieta las manos nuevamente, y me permito cerrar los ojos por un momento. Y siento que, a pesar del dolor que retumba como un eco, lo que acabo de decir, la conclusión a la que he llegado es realmente lo mejor para mí.

Sí, voy a verlo y voy a averiguar esa parte de la historia que me falta. Sé que, si no lo hago, no podré ponerle punto final. Y también sé que, una vez que nos vayamos de aquí tras vender la casa, no habrá más oportunidades para que se ponga en contacto conmigo a través de sus postales.

Esas dichosas postales que llegaban en los momentos que menos me lo esperaba. Esas que paralizaban mi mundo, estuviera en el momento que estuviese…

Enero de 2015

Londres

Hugo

Había cambiado mis turnos nocturnos en Annabel's por rodearme de lienzos, pinturas y variadas manchas sobre mi ropa y piel; era la sensación más jodidamente maravillosa. En especial porque, de pronto, eso que había sido un *hobby* era ahora mi trabajo, o, por lo menos, estaba en vísperas de serlo.

Mi habitación ya no servía como almacén, se me había quedado pequeña, así que nuestra casa se había convertido en una galería improvisada de lienzos que yo observaba sobrecogido y Rubén celebraba con entusiasmo.

Aunque me habían brindado una pequeña presentación y había

ido bien, aún me quedaba mucho trabajo por delante, mucho que demostrar. Así que procuraba ahora dejar preparada una nueva colección de cara a la siguiente exposición, pues —como George me había comentado— pensaban preparar algo privado y que se traducía en un tanteo por parte de la galería, para ver si eso iba bien encaminado.

En otras palabras, me lo jugaba todo.

Aquella fría mañana me estaba terminando el café frente a una de las ventanas del salón mientras miraba al exterior, donde la gente acelerada recorría la calle para acudir a su trabajo, coger el metro, ir a hacer algún recado… Entonces recibí un mensaje en el móvil.

Casi sin pensarlo, miré el teléfono, era un mensaje de Rosie. Rosie…

Junto a la marabunta de emociones surgidas a raíz de la nueva oportunidad que se me brindaba, me había dejado arrastrar por aquello que casi no sabía definir, a pesar de tener nombre y apellido: Rosie Kerr.

En definitiva, Rosie me había envuelto en un torbellino de sexo y deseo desenfrenado del que no estaba muy seguro.

Porque había más, claro que lo había. Como aquella noche que se había presentado en mi casa sin titubear a pesar de que el mío fuera un barrio humilde, a pesar de mi reticencia; y eso nos había llevado a follar de nuevo, de manera salvaje, como solo se podía follar con Rosie. Intenso, hasta el último esfuerzo. Como si fuera el último polvo que echaría. Como si llevara años sin hacerlo.

La mañana siguiente habíamos despertado en mi habitación y habíamos desayunado desnudos mientras hablábamos de cosas insignificantes, algo que me confundía, pues descubría facetas de ella que no todo el mundo parecía ver. Y eso me gustaba, como su modo de contemplarme mientras pintaba…

Frente a la ventana, decidí no ver qué ponía en su mensaje y volví a fijarme en el exterior. Porque parecía que Rosie se estaba entregando al cien por cien. Porque era alguien de quien te podías enamorar, pero a mí ese sentimiento no me llegaba, de hecho, no

me llenaba. Y conocía el motivo.

Sabía lo que sucedía.

A pesar de lo que estaba viviendo, tenía la sensación de que no era del todo real si… si no lo compartía con *ella*.

Mi *ella* particular que me acompañaba desde las sombras todo ese tiempo.

En unas semanas volvería a España; desde el momento en que compramos los billetes, mi mente no dejó de atormentarme, sobre todo cuando Jacobo nos pidió que hiciéramos algún viaje, que no solo nos quedáramos por Mojácar.

Había comentado de pasada que podríamos viajar a Granada. Y Granada era ella, era Ava.

Me separé de la ventana y tuve un impulso. Eso es lo que me dije, pero ¿cuánto de impulso había en enviar esa postal que había preparado para ella la noche en que George me había dado la noticia?

La postal que tenía guardada en un cajón del dormitorio. Esa que no dejaba de recordar en cada nuevo día.

Sí. Podía autoengañarme tanto como quisiera, pero era muy consciente de lo que hacía cuando aquella mañana bajé a enviar esa postal.

Enero de 2015

Granada

Ava

Había estado tranquila. Aquellos meses me había centrado en la

carrera, en disfrutar de las salidas con los amigos, y estaba receptiva para vivir nuevas aventuras en el «panorama romántico», como decía siempre Grace. Así que, tras la visita de mi madre y Grace aquel último fin de semana, pensé que todo seguiría igual. Pero no, no lo hizo.

—Prométeme que el próximo fin de semana vendrás a Mojácar —dijo mamá mientras me recolocaba con cariño varios mechones de pelo que se habían escapado de la coleta que llevaba.

Nos habíamos quedado solas en la habitación del colegio mayor porque Grace, animada al tener las llaves del coche en su posesión, se había despedido con rapidez para arrancar el vehículo. Acababa de iniciar las prácticas para sacarse el carnet y no desaprovechaba ningún momento.

—Este que viene dependerá de si he terminado la entrega, pero si no puede ser, el siguiente —le prometí mientras nos fundíamos en un abrazo.

Las despedidas aún me costaban, y más al finalizar las vacaciones, tras haber convivido de nuevo con ellas.

Mi madre me sonrió con cariño y después, sin ningún tipo de aviso, soltó la bomba:

—Llegó una carta la semana pasada.

Me olvidé de respirar, y la mirada cauta de mi madre hizo el resto. Sin embargo, no podía ser... ¿cierto?

Llevaba tiempo sin saber de él, y había aceptado que por fin Hugo había podido cerrar el capítulo, ese que yo me empeñaba en olvidar sin mucho éxito a pesar de mis continuas afirmaciones.

De su bolso —esa bandolera que durante todo el viaje me había parecido inofensiva y que ahora escudriñaba con temor—, mi madre sacó un sobre blanco.

Cuando me lo tendió, mi mirada buscó la de ella, tan parecida a la mía; sin embargo, en vez de reflejar lo que sentía, en ella solo encontré una tranquilidad envidiable.

—Ava, siempre puedes optar por no abrirla, cerrar de una vez ese episodio —dijo, todavía con la mano extendida y sujetando el sobre.

—¿Y quedarme con la duda? —respondí—. Es imposible, mamá.

—Entiendo que debe de ser muy difícil, pero nada bueno hay en algo que tan solo te está encadenando.

—Quizá esta vez se quiera despedir. Ha pasado mucho tiempo desde la última.

Sin añadir más, sujeté con decisión el sobre porque sabía que sería incapaz de dejarla sin abrir. Podía pedirle a mi madre que se la llevara, pero me carcomería esa decisión.

—Como tú quieras, cariño.

Mi madre me dio otro rápido abrazo y un beso de despedida, y alcé la vista justo antes de que saliera de la habitación para dejarme sola con aquel sobre.

No tardé ni un minuto en decidir si abrirla o no. Lo hice, y pronto descubrí una postal sencilla, esta vez sin rastros de pintura real: era una fotografía del puente de Londres. Al darle la vuelta, mi pulso retomó esos bombeos casi enfermizos contra el pecho, que se aceleraron aún más cuando la leí.

No había ni un saludo, ni una despedida. Tampoco una explicación de su ausencia en aquellos meses.

Tan solo una cifra de nueve dígitos.

No hacía falta ser un genio para saber qué era: su número de móvil.

Recuerdo que me quedé congelada de nuevo, sintiéndome en un torbellino vertiginoso.

Hugo me ofrecía la opción de escribirle un mensaje, de retomar el contacto. ¿Y qué haría?

Por un lado, me repateaba que tras aquellos meses de ausencia no me diera explicación alguna, tan solo aquel número. ¿De verdad que no merecía una sencilla explicación?, ¿creía en serio que le escribiría sin que importara nada más?

Sin embargo, por el otro lado —el que determiné como mi lado más racional—, me decía a mí misma que Hugo no sabía si había leído sus postales con ferviente expectación, que desconocía si yo había echado de menos sus mensajes, incluso si había leído todas

las que me había mandado.

En el fondo, mis actos serían un acto de valentía, ¿verdad?

Me regañé, pues resulta ridículo el modo en que nos agarramos a cualquier resquicio de respuesta ante la necesidad de justificarnos.

Sí. Hugo no sabía si yo había recibido las postales ni si las había leído. No sabía si yo, nada más recibirlas, pedía a mi madre que las tirara. Pero no lo sabía porque no me había dado la posibilidad de comunicarme con él, y eso… eso me había dolido y enfadado a partes iguales.

Y ahora… ¿ahora se dignaba a proporcionarme un medio para poder comunicarnos?, ¿ahora que yo avanzaba y estaba dejándolo atrás?

—Ahora te puedes ir a la mierda —susurré, como para enfatizar más mis pensamientos.

Y por supuesto, guardé el número en mi agenda de contactos y abrí el chat para hacérselo saber.

Sí, así de sensata era.

Enero de 2014

En la red de telefonía móvil

Desconocido
Puedes irte a la mierda

Hugo
Quién eres?

Desconocido
No hace falta que sepas quién soy.
Tan solo quería dejar constancia de ello, de lo que deberías hacer

Hugo
Ava?

Que no me contestes ahora confirma mi teoría de que eres tú, Ginger…

Ginger
No me llames así!

Hugo
Tarde.
Ya te tengo hasta guardada…

Hugo
Cómo estás, Ginger?

Ginger
No quiero hablar contigo

Hugo
Curiosa manera de demostrarlo

Ginger
Creo que mi primer mensaje ha sido bastante claro

Hugo
Ahora que lo comentas, por qué debo irme a la mierda?

Ginger
…….

Hugo

Entiendo entonces que no hay un motivo en concreto

Ginger

Cómo que no?

Y esa postal?

Hugo

Qué sucede con ella?

Ginger

Es una forma un tanto pretenciosa.

Llevas meses sin dar señales, y cuando lo haces, es de esa forma?

En mi vida he conocido a nadie tan prepotente como tú

Hugo

No es prepotencia

Tan solo quería darte la opción de ponernos en contacto o no.

De saber de mí o de no hacerlo.

Tener tu propia elección

Ginger

Pues una forma muy interesante de demostrarlo

Hugo

Ginger, no era mi intención

Tan solo quería ser cauto…

Cómo estás?

Ginger
No debería contestarte a esa pregunta

Si de verdad te hubiera interesado saberlo, quizá me habrías ofrecido la posibilidad de contestarte dándome una dirección a la que responder tus postales

Hugo
Vale

Estás enfadada. Lo comprendo.
Pero no era mi intención, Ginger

Ginger
Y cuál era?

Hugo
Ya te lo he dicho

Ser cauto

Te lo prometí

Ginger
El qué?

Hugo
Que encontraría un modo de mantener el contacto sin poner en peligro que avanzaras

Que avanzaras sin mí

Ginger
Y por qué querría avanzar sin ti, Hugo?

Hugo
No puedo responderte a esa pregunta, Ginger, porque no tengo una respuesta que no sea egoísta

Ginger
No debiste escribirme en este tiempo…

Hugo
Y tú no debiste escribirme ahora

Ginger
Y aquí estamos…

Hugo
Joder, Ginger,
cómo estás?
Cuéntame. Cuéntamelo todo

Ginger
De verdad piensas que voy a contarte algo?

Hugo
Cierto, estás enfadada

Me imagino que tu plan de venganza es tan solo torturarme

Ginger
Por qué ahora?

Hugo

Por qué ahora, qué?

Ginger

Por qué ahora sí que me has escrito para darme un medio para comunicarme contigo?

Hugo

Qué quieres?

Lo que se supone que tengo que decir o la verdad, Ginger?

Ginger

Dime las dos, porque sinceramente, no sé qué es lo que se supone que tienes que decirme

Hugo

Buena respuesta

Ginger

Y bien?

Hugo

No es tan fácil estructurar una mentira.

Pero, sí. Te daré las dos respuestas, tú tendrás que averiguar cuál es la verdad y cuál es la mentira…

Aquella postal no era para ti, y, joder, Ava, han pasado cosas que solo quiero compartir contigo, y no saber tu opinión era una tortura

Ginger

Te odio, Hugo

Hugo

Yo también me odio, Ginger

Ginger
Qué es lo que te ha pasado?

Hugo
Primero cuéntame tú, todo.
Cuéntame tu historia, Ginger

Luego, te prometo que yo te cuento la mía

Enero de 2015

Granada

Ava

Tras su último mensaje, necesité todo el valor del mundo para salir del chat con él y no abrirlo en el resto del día.

Sentía un torbellino de emociones que me guardé para mí. No dije nada a nadie; ni a Leticia cuando llegó a nuestra habitación refunfuñando porque había suspendido una práctica, ni a Caleb cuando me escribió para salir a tomar algo a pesar de que al día siguiente tuviéramos clases.

Me lo guardé para mí, pero, como era habitual, en cuanto unos días después mi mejor amigo me vio la cara, supo que algo sucedía.

—¿Qué te pasa, con esta cara tan larga? —me preguntó.

El camarero justo se alejaba de nuestra mesa tras dejarnos unas cervezas y las correspondientes tapas.

—¿«Cara larga»? —repetí.

—Sí, yo también lo he notado —asintió Andrea mientras atacaba la tapa de croquetas sin titubear.

Nos encontrábamos en la terraza exterior de La Chicotá, donde gracias a las estufas se podía tomar asiento fuera del pequeño restaurante en la calle Navas, la cual estaba a rebosar de gente con el mismo plan que nosotros.

—¿Qué ha pasado? —insistió Caleb.

—¿Algún suspenso a la vista? —quiso averiguar Andrea—. Como sea eso… de verdad, no puede afectaros tanto un suspenso. —Me miró con reprobación—. Porque no me habéis dejado, pero habría arrastrado a Leticia hasta aquí… no sirve de nada quedarse en la habitación lamiéndose las heridas.

Negué con la cabeza.

—No he suspendido nada.

—¿Entonces? —quiso saber Andrea.

—Entonces sucede algo, efectivamente —añadió, perspicaz, Caleb.

Cogí aire y, en un rápido movimiento, coloqué el móvil sobre la mesa con la conversación abierta. Caleb y Andrea se inclinaron para descubrir qué les enseñaba, y se pusieron a leerla.

—Oh, vaya… —dejó caer Andrea, que había sido la primera en terminar—. Me imagino que es él, *Hugo*. —Utilizó una entonación especial para referirse a él.

Asentí y miré a Caleb, que estaba sospechosamente callado.

—¿Caleb? —insistí ahora yo. Necesitaba saber qué opinaba sobre ese intercambio de mensajes.

—No le has contestado —apuntó entonces, mirándome.

—No.

—¿Por?

—¿Cómo que por qué? Porque es un estúpido engreído. —Lo miré sin entender que me hiciera esa pregunta.

—Entonces ¿por qué le escribes? Podrías haber borrado su número y haber evitado esta conversación.

Me mordí el labio.

—¿Por qué eres así? —le reproché.

—¿«Así», cómo? —Caleb me miró interrogante.

—De duro —le aclaré tras un suspiro.

Caleb abrió los ojos como platos.

—¿Estoy siendo duro?

Se volvió hacia Andrea, quien se recolocó sobre el asiento en un claro signo de incomodidad.

—¿Estoy siendo duro? —repitió él.

—Eso, Andrea. ¿A que está siendo duro? —pregunté yo a nuestra amiga.

Y ella enseguida se excusó:

—A mí no me metáis en vuestras discusiones.

—Pero…

—No tengo opinión, lo siento.

Se cerró en banda, y Caleb y yo nos miramos de nuevo. Fui yo la primera en hablar.

—Soy incapaz de bloquearlo y borrar la conversación —confesé—. Y me fastidia mucho. Pero…

—Es tu debilidad. —Caleb completó la frase por mí—. Y no te culpes, Ava, también eres la suya, o ¿por qué crees que te escribe?

Suspiré y di un trago largo a la cerveza antes de atacar una de las tostas de anchoas.

Caleb y Andrea me examinaron en silencio, una con cara de circunstancias y el otro con el semblante serio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Caleb.

—Nada. No voy a hacer nada —declaré, encogida de hombros.

Por supuesto, era una gran mentira, como todas las que me dispensaba a mí misma cuando se trataba de Hugo. Días después, al recibir otro mensaje, me propicié un nuevo autoengaño: tras intentar ignorarlo varias horas, lo abrí; ante mí apareció una imagen, una foto que me había enviado.

Eran unos pinceles manchados sobre un trapo con restos de pintura. La sorpresa se potenció cuando me fijé en que estaban apoyados sobre el bastidor de un lienzo. Sabía lo que significaba, así que, rápidamente y sin siquiera pensarlo, le escribí:

Yo
Estás pintando de nuevo?

No tardó en llegarme su respuesta.

Indeseable engreído
Si tú me cuentas algo tuyo de todo este tiempo, yo te cuento algo mío

Maldiciendo, salí inmediatamente del chat e intenté —de verdad que lo intenté— no caer en la trampa. Procuré no pensar en ello, pero tras esa imagen llegaron otras, como la fotografía de un cóctel de color rojizo que llamó mi atención o la puerta de una casa que debía de ser su piso, ese que compartía con Rubén; también me envió la foto de un edificio llamado Annabel's… Y así, con tal desenvoltura, al paso de los días Hugo logró entablar conversación conmigo. Sí, podría achacarlo a que era una estúpida, pero cuando intentas evitar a alguien a quien realmente quieres en tu camino… no le pones mucho empeño.

Cierto es que no le resultó tan sencillo. No cedí con facilidad, pues solo le contaba pequeños detalles, como la nota que me habían puesto en el último examen o lo que había desayunado aquella mañana; sin embargo, conforme Hugo me picaba la curiosidad con imágenes y las historias que había detrás de ellas, nuestras conversaciones iban fluyendo, hasta tal punto que, cuando me llegaba una notificación, sabía que era suya.

Hugo conocía ahora mis últimas aventuras y desventuras con las asignaturas de la carrera, mi amistad con Leticia y Andrea, incluso la nueva costumbre de ir yo sola a la playa para ver el atardecer cuando estaba en Mojácar.

Nuestras conversaciones se alargaron tanto y se volvieron tan cotidianas que incluso se aprendió mis horarios de clases y sabía qué exámenes y entregas tenía, del mismo modo que yo era conocedora de cómo iba con los lienzos, de los nervios que lo carcomían y las dudas que le asaltaban. Y no entendía cómo era posible que esas malditas dudas hicieran flaquear a alguien con

tanto talento.

Sin embargo, todo dio un giro cuando una mañana de finales del mes recibí una nueva foto.

La abrí imaginando que sería el cuadro finalizado en el que había trabajado los últimos días, pero me quedé congelada.

Recuerdo que estaba aún en la cama y Leticia roncaba suavemente a mi lado, profundamente dormida. Sujeté con fuerza el móvil, casi sin parpadear, sin poder creer lo que mis ojos presenciaban.

Dos billetes de avión en su masculina mano. Uno para Rubén y otro para él. Origen, Londres. Destino, Madrid.

Debajo de la foto, una breve explicación: venían unas semanas a España. Pasarían unos días en Madrid, pero, luego, irían a Mojácar.

Sentí que el mundo se había congelado.

Febrero de 2015

Mojácar

Hugo

Cuando apagué el motor del coche que habíamos alquilado, Rubén fue el primero en bajarse con rapidez para reunirse con Jacobo, y con entusiasmo se fundieron en un sonoro abrazo.

Yo continuaba ahí dentro, y no por ganas, pues el viaje en coche de cuatro horas desde Madrid bastaba para tener una necesidad imperiosa de estirar las piernas; pero algo me había retenido y me mantenía con la vista al frente, entre los árboles

donde un tiempo atrás —y no hacía tanto, a pesar de sentir que habían transcurrido siglos— había un bungaló que conocía demasiado.

Ahora no quedaba ni rastro, pero era lógico. Mi padre ya no vivía allí. Había muerto dos años atrás y los del camping retiraron aquella choza destrozada. ¿Qué necesidad tenían de mantener esas cuatro paredes derruidas?, al fin y al cabo, solo habían albergado miseria entre ellas…

Alguien golpeó fuertemente el cristal de la ventana del conductor, y, sobresaltado, volví la cabeza para descubrir a un feliz Jacobo.

—¿No vas a salir o qué? —dijo.

Respondí con una amplia sonrisa, y tras soltarme el cinturón salí del coche para abrazar a aquel chiquillo a quien recordaba siguiéndonos a todos lados y que ahora, a los diecisiete años, era más alto que Rubén y que yo.

—¿Me puedes explicar qué cojones ha pasado aquí? —le pregunté al separarme y mirándolo de arriba abajo.

—En las fotos no parecía tan grande, ¿eh? —se rio Rubén al tiempo que le palmeaba la espalda.

Jacobo nos dedicó esa amplia sonrisa que hacía tiempo que no veía en él.

Aparte de la altura, era evidente que los signos de la niñez lo estaban abandonando. El cabello oscuro le caía desordenado sobre la frente y los ojos, también oscuros; él nos miraba con un brillo divertido mientras Rubén bromeaba sobre cuánto había crecido. Los hombros se apreciaban amplios bajo la sencilla camiseta negra que llevaba y, aunque todavía le quedaba por crecer, se intuía que practicaba deporte. Su físico evidenciaba lo que ya sabíamos gracias a las numerosas conversaciones telefónicas: entre las cosas que hacía, destacaba el baloncesto, que le servía de refugio para alejarse de los problemas que siempre, siempre, perseguían a los chicos como nosotros.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Rubén—. ¿Y Mikel?, ¿César?

—Están trabajando, como Abel y… Rafa. —Al pronunciar el nombre del último, Jacobo me miró en un gesto involuntario.

Lo entendía. Las cosas entre Rafa y yo habían cambiado mucho. Realmente, había cambiado la relación que yo tenía con todos ellos, pero con Mikel, César y Abel mantenía el contacto, y las veces que yo había ido a Mojácar nos habíamos visto. Sin embargo, con Rafa… con Rafa no. Y era mejor así. Sabía que seguía metido en la misma mierda. Los demás se dejaban arrastrar de algún modo u otro; no como antes —cuando éramos unos auténticos gilipollas—, pero, al fin y al cabo, en algo andaban.

Odiaba que Rafa fuera el detonante de todo, pero por el momento dejaba tranquilo a Jacobo, y con eso me sentía en paz.

—Bueno, luego nos veremos, claro —dijo Rubén para quitar hierro al asunto—. ¿Vamos a tomar algo? —le propuso a Jacobo.

Este asintió y sonrió de nuevo.

—De hecho, hemos quedado con alguien —dejé caer.

Y Rubén me miró extrañado.

—¿Con quién? —quiso saber.

Pero algo llamó su atención por encima de mi hombro, e incluso antes de volver la cabeza adiviné, por el cambio en su expresión, que ahí estaba ella.

Raquel, a quien hacía demasiado tiempo que no veíamos; parecía que el tiempo no hubiera pasado para ella.

—Así que os vais el fin de semana a Granada… —dijo Raquel, dejando escapar el humo entre los labios.

—Eso nos ha pedido Jacobo. Ha insistido en ver aquello, también él quiere disfrutar de una salida sin que nadie nos juzgue ni mire por encima del hombro.

Raquel sonrió al oír mis palabras.

—Es curioso cómo, a pesar del tiempo, todos siguen con el mismo cuento.

—No ha pasado tanto tiempo realmente… —dejé caer yo.

Continuábamos en el camping, sentados en aquel lugar que había sido nuestro sitio. Ya estaban ahí Abel, Mikel y César, que parloteaban animados con Jacobo y Rubén mientras preparaban el fuego para una barbacoa improvisada.

Por un instante me pareció que habíamos retrocedido en el tiempo, y se me encogió el pecho al tener que recordarme que Iván no llegaría en cualquier momento soltando alguna de sus bromas.

Raquel y yo estábamos más apartados, sentados en unas sillas de plástico mientras contemplábamos la escena y hablábamos con tranquilidad, tal como siempre habíamos hecho nosotros dos.

—Así que la vas a ver —habló ella, mirándome con sus grandes ojos.

Sabía a quién se refería, a Ava, y me encogí de hombros.

—No le he dicho que iría allí, así que no sé si la veré o no —confesé.

—Vas, curiosamente, a Granada, donde ella estudia —comentó Raquel al tiempo que sacudía la ceniza del cigarrillo.

Negué con un gesto de cabeza.

—Ha sido por la insistencia de Jacobo…

—Por favor, Hugo. —Raquel puso los ojos en blanco, descartando con el gesto mi explicación—. Deja ya de hacerte el tonto.

—No lo hago. Solo estás dando por hecho que la voy a ver. Pero, ni la he avisado, ni sé dónde estará. Granada es muy grande.

—Y tu tontería también —sentenció ella, y volvió a echar el humo, pero esta vez creando formas de oes.

Sonreí. Raquel siempre tan directa.

—Te echaba de menos, joder. ¿Por qué no te vienes? —le pregunté.

La sonrisa que había comenzado a esbozar se apagó lentamente.

—No creo que sea buena idea, Hugo.

Me fijé en que dirigía la mirada hacia Rubén.

—¿Por qué? Eso es del pasado… —No pude ignorar que se tensaba, y entonces me di cuenta—. ¿O no lo es?

Mi amiga me buscó con su mirada de grandes ojos y sentí todo el tormento que en ella había.

—Es complicado.

—Pues cuéntamelo —le pedí con determinación.

Raquel me miró ladeando la cabeza, con suspicacia.

—¿Como tú me hablas de Ava? —contraatacó ella sin dilación —. ¿O como me hablas de la chica de Londres?

—¿Cómo? —pregunté sorprendido.

Ahora era Raquel quien sonreía.

—¿De verdad crees que no sé que allí te espera una chica? No me tomes por tonta, Hugo, porque no lo soy, y lo sabes de sobra. Además, te conozco demasiado como para pasar por alto que no hayas escrito directamente a Ava. Algo te carcome.

—¿Y has deducido que es una chica porque…? —quise saber.

—Instinto femenino. —Sonrió orgullosa de sí misma.

—¿Tienes otro cigarro? —le pedí, algo derrotado.

Raquel soltó una corta carcajada que llamó la atención de todos, en especial la de Rubén, quien la miró con ojos de cordero degollado.

—¿Quién es ella? —inquirió Raquel, simulando con gran maestría que no había notado la mirada.

Guardé silencio mientras ella me tendía el cigarro, y poco después, los chicos, al ver que estábamos hablando entre nosotros, se centraron en sus conversaciones; también Rubén, a pesar de lanzarle una mirada de vez en cuando.

—No me está esperando en Londres —le dejé claro.

Sin embargo, al decirlo no me sentí muy seguro de esas palabras, pues desde que había emprendido mi viaje, Rosie me había mandado varios mensajes casuales, yo se los había contestado.

—Hugo… venga, háblame de ella —insistió Raquel—, y ya

decidiré yo si te está esperando o no.

Me callé de nuevo, pero esta vez era un silencio distinto: sí que necesitaba compartir aquella parte de la historia con mi mejor amiga. Así pues, eso hice.

Le hablé de Rosie, de su extraña historia entremezclada con la mía. Le hablé del enigma que para mí envolvía a aquella chica que parecía tenerlo todo, incluso la soledad aplastante y cruel, pues Rosie sabía que aquellos con quienes trataba no la acompañaban de verdad. No la gran mayoría. Como ella me decía, solo eran «secundarios en su vida».

Raquel escuchó sin interrumpirme, incluso cuando, irremediablemente, entró en escena la parte de Ava.

—Entonces —dijo Raquel— ¿por qué has vuelto a escribir a Ava si no vas a verla?

Guardé silencio y aparté la mirada de la suya, que interpretó mi gesto:

—Vas a verla.

—No lo sé, Raquel. Como bien sabes, es complicado. No tengo nada con Rosie… nada serio. Y por otro lado, efectivamente, ¿qué sentido tiene haber retomado el contacto con Ava? Si al menos mi futuro próximo está en Londres…

Suspiré con pesadez.

—Pero, joder —proseguí—, no hay un segundo que no piense en ella, Raquel. Incluso cuando me dieron la noticia, cuando George hizo esa llamada, cuando estuve con él seleccionando los cuadros, cuando me extendieron el cheque… siempre la tuve a ella en mente. Siempre quería compartir aquellas noticias con ella, incluso no me parecieron reales hasta que se lo pude contar hace unos días…

Raquel me estudió en silencio, y finalmente dibujó una lenta y sincera sonrisa, me agarró con suavidad del mentón para volverme el rostro hacia el suyo.

—La quieres. Siempre la has querido y siempre la querrás. Lo que ocurre ahora es que otra persona está adentrándose en tu vida, colándose bajo tu piel y, déjame decírtelo, eso es algo complicado

que no podrás controlar; además, ¿para qué? A veces debemos entender que algunas cosas no están destinadas a ser. —Raquel me dio unos instantes para que sus palabras cuajaran—. No te cierres en banda, Hugo, puede que Rosie sea la persona que te ayude.

—¿Que me ayude a qué?

—A olvidar a Ava.

—Pero ¿y si no quiero?

Raquel suspiró.

—Solo tú puedes tomar la decisión; al fin y al cabo, tendrás que escoger. Quieras o no. O tu pasado, o tu futuro.

Justo en ese instante, alguno de los chicos debió de decir algo sumamente gracioso, pues todos estallaron en carcajadas rompiendo el momento entre Raquel y yo.

Ambos fijamos la atención en ellos, que ya ponían la carne sobre la parrilla, ajenos a nuestra intensa conversación. Sin embargo, Raquel todavía tenía cosas que decir:

—Ya no es lo mismo estar aquí, ¿sabes?

La miré cuando volvió a hablar, y no pude ignorar el dolor en su voz.

—Cuando os fuisteis —continuó, con la vista al frente—, fue insoportable. Vuestra ausencia señalaba aún más la de él…

Sabía que se refería a Iván y, sin pensarlo, busqué su mano, pero me sorprendió cuando a mitad de camino fue la suya la que encontró la mía para apretármela con fuerza.

—Lo sé, Raquel. Ya lo sé —susurré.

—Por eso tuve que irme, no podía soportarlo.

—Tendrías que haberte venido con nosotros; de hecho, todavía puedes hacerlo. Ven con nosotros a Londres.

Su mirada —con esos ojos tan grandes que de pequeños la chinchábamos tildándola de dibujo animado— se clavó en la mía.

—No puedo, y lo sabes. Rubén y yo… no puede ser.

—¿Por qué no? —quise saber.

Sin embargo, no necesité que lo dijera; al fin y al cabo, estaba presente en nuestra conversación: por Iván.

—No sería justo para Rubén. Nunca seríamos dos en esa

relación, y no se merece eso.

—Ni tú, Raquel —le dejé claro.

Raquel se incorporó de la silla deshaciéndose del cigarro prácticamente sacudido.

—En efecto. ¿Por qué crees que no voy a Londres? —Me dedicó una sonrisa tristona—. En fin, me vuelvo a Almería. Mañana trabajo y me queda un interesante camino de regreso.

La imité y me puse en pie con una sensación agridulce. Entendía su decisión, pero no la compartía. Raquel se merecía mucho más de lo que se estaba dando.

Sin darme tiempo a añadir nada, me abrazó con fuerza y apreté su pequeño cuerpo contra el mío. Noté que se ponía de puntillas para apoyarme el mentón sobre el hombro.

—Alcanza tus sueños, Hugo. Eres el único de todos nosotros que lo va a conseguir. Lucha por ellos como solo tú sabes hacer. Hazlo por quienes éramos, por los Kaura, ese grupo perdido que ya está casi olvidado.

No me permitió decir mucho más, tan solo se separó de mí y, tras dar una rápida despedida a los chicos, también a Rubén, se alejó.

Me quedé pensativo tras sus últimas palabras, y me di cuenta de que, aunque siempre había querido huir de todo lo que habíamos formado justo en aquel lugar, no podía permitir que los Kaura quedaran en el olvido. Porque parte de lo que era se debía a esos chicos que, años atrás junto al fuego de un contenedor, se prometieron estar juntos y protegerse de aquel mundo que había decidido cerrarles las oportunidades, y otorgarles solo decadencia, violencia y una mala vida.

Ahí fue cuando recordé que esos chicos que tenía delante eran realmente los únicos que podían entenderme, pues mis experiencias habían sido las suyas. Fueron los que estuvieron ahí en los peores momentos, y estarían en los mejores.

Los Kaura no se olvidarían.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Bueno —continúa Miguel—, todo esto es muy interesante. De hecho, es una de las entrevistas más curiosas que he hecho —me asegura, lanzando una mirada al cámara.

Este asiente a regañadientes.

—Me alegro —sonrío.

Sin embargo, supongo que muchas, lo que se dice muchas, no ha hecho. Pero me da igual, he de reconocer que esta resulta diferente y divertida.

—Me gustaría ahora que me contaras ese momento clave.

—¿Perdón? —Lo miro sin comprenderlo.

—Sí. A ver, nos has contado cómo te descubrieron de casualidad, pero ahí todavía no estabas consolidado como ahora. Debió de haber un momento, un instante, ese momento clave en el que ya no hubo vuelta atrás.

Asiento lentamente al entender por fin la pregunta.

—¿Nos lo puedes compartir?

Por supuesto, tuve que retroceder de nuevo en el tiempo.

Febrero de 2015

Granada

Ava

—Venga, Ava, no me hagas esto —lloriqueó Grace.

Me volví para mirarla, colocando los brazos en jarras.

—Grace, de verdad, no entiendo que no lo comprendas —me quejé—. ¿Tengo que explicarte por qué no puedes salir sin mí, ahora que se te ha roto el móvil?

—¡Pero no voy sola! —insistió mi hermana pequeña.

—Oh, claro. Me siento mucho más tranquila sabiendo que estás con tus otras tres amigas.

—Si pasa algo, ellas tienen móvil —contraatacó la incansable de Grace.

Estábamos en mi habitación del colegio mayor. Era sábado y Grace había llegado aquella mañana para estar conmigo, aunque no tardé en descubrir que en realidad habían venido con ella sus tres mejores amigas —Ángela, Lourdes y Esther— para pasar un desenfrenado fin de semana de fiesta.

Por supuesto, habían ocultado convenientemente esa parte de la información, hasta que descubrí a mi querida hermana rebuscando en mi armario algo sexy para ponerse aquella noche.

Podría haber usado la baza de llamar a nuestra madre, pero ¿a quién quería engañar? Sabía perfectamente que estaría de acuerdo con el plan alocado de mi hermana, vamos, no me extrañaría que hubiera sido ella el engranaje clave de la dichosa idea.

En el fondo no tenía problema en que mi hermana saliera con sus amigas. Siempre que estuviéramos comunicadas, por supuesto, por lo que no pensaba pasar por alto el pequeño detalle de que su móvil se hubiera roto.

—Venga, Ava. Es importante —insistió Grace una vez más, ahora cambiando de táctica. Pasó de chillar a suplicar—. No puedo quedarme sin salir.

—Siempre podéis salir por donde salgamos nosotros —le propuse.

—¡Sí, claro! —bufó Grace—. Con mi hermana mayor y sus amigos. ¡Lo que faltaba!

—¿Por qué siento que debería ofenderme tu reacción?

Grace puso los ojos en blanco y se dejó caer con mala leche en la cama. Fulminé con la mirada las arrugas que su gesto había causado en mi impoluta colcha.

—Porfa, Ava. De verdad. Te doy lo que quieras.

—Grace, no quiero nada. ¿Y por qué esa desesperación? —pregunté, suspicaz.

—¿Cómo que «por qué»? Han venido todas mis amigas, ¿y voy a fastidiar el plan yo? ¡ME MUERO!

—Venga, venga. Deja de dramatizar. Te estoy proponiendo mogollón de opciones.

Grace arqueó la ceja en clara indignación.

—Sí, claro. O no salir, o salir adonde narices vayáis vosotros, los viejos.

—¿Me acabas de…?

—No sé si te has dado cuenta, pero yo empiezo la universidad el año que viene, y tú ya la terminas, Ava. ¡Por Dios! Estamos en distintos ambientes. ¡Si ni te gusta la misma música que me gusta a mí!

Grace volvió a los lloriqueos.

Suspiré, empezaba a notar cierta molestia en la cabeza. Sí. Tratar con una adolescente resultaba más difícil de lo que había imaginado.

Entonces se me ocurrió la idea:

—¿Y si te dejo mi móvil?

El lloriqueo cesó al instante, y Grace me miró atenta, con los ojos como platos.

—¿Sí?

—Bueno, puedo dejarte mi móvil, metes tu tarjeta SIM y…

—¡Sí, sí! —Grace se levantó de la cama y corrió hacia mí—. ¡Eres brillante, Ava!

—Espera, espera —le dije, procurando que no nos cayéramos al suelo cuando se puso a saltar tras el abrazo—. Si hacemos eso, yo me quedo sin móvil, así que tendrás que escribir a…

—A Caleb, Leticia, Andrea, a quien quieras —me interrumpió ella, completamente alterada.

Se separó de mí para rebuscar en el bolso, de donde sacó su inservible móvil. Yo, ya resignada del todo, mandé un mensaje a Leticia para que no se retrasara, y luego avisé a Caleb y a Andrea de que escribieran a Leticia en caso de querer contactar conmigo.

Acto seguido, me dispuse a apagar el teléfono para pasárselo a mi hermana, quien de pronto tenía la urgente necesidad de rebuscar en mi maquillaje para pintarse los labios.

Mientras Grace se emperifollaba, me resultó inevitable no pensar en él. Sabía que se encontraba en España, que había pasado unos días en Madrid, y que ahora seguramente ya estaría en Mojácar.

Después de que me pasara una foto de la plaza del Sol de Madrid, no nos habíamos escrito más; según su último mensaje, estaría ya en nuestro pueblo. Lo que yo no sabía era cuántos días se quedaría allí, y no pensaba preguntárselo.

Yo había sido la última en escribir en nuestro chat, así que…

Joder. ¿Y si me escribía esa noche?

No quise darle más vueltas. Sujeté el móvil con fuerza, saqué mi tarjeta SIM sin titubear y se lo tendí a Grace para que metiera la suya.

Debía aceptar que Hugo ya nunca más formaría parte de mi presente, incluso ahora que la distancia entre nosotros era mínima, con respecto a la de unas semanas atrás.

Pasados esos días, volvería a Londres, donde continuaría con su vida, luchando por su sueño. Y estaba convencida de que lo lograría…

Sin pensar más en él, me dirigí al armario mientras Grace informaba a sus amigas de que su teléfono ya estaba operativo.

Esa noche sería tranquila, una noche más de nuestra vida en Granada.

Tenía que dejar de pensar en aquel chico de ojos como el hielo…

Febrero de 2015

Granada

Hugo

Nunca nada es como te lo esperas. Por lo menos, la mayoría de las veces.

Habíamos cedido al ruego de Jacobo de ir a Granada, y no lo habíamos hecho solos. A Rubén, a Jacobo y a mí nos acompañaban César, Mikel y dos amigos de Jacobo: Raúl y Mario.

Habíamos llegado por la mañana, y nos habíamos pateado la ciudad para conocerla, disfrutando de su arquitectura y gastronomía; por supuesto, también de su gente. Era inevitable compararlo con Londres; sí, poco a poco habíamos cogido cariño a la ciudad, pero nada había como la gente y el ambiente de las ciudades y los pueblos de España…

Nos sentíamos como en casa, a pesar de estar conociéndola. Evidentemente, se respiraba un ambiente universitario, y ya por la tarde —que nos detuvimos en algunos bares—, varios grupos de chicas se entremezclaron con nosotros, tonteando y prometiendo que nos veríamos más tarde; y sin darnos cuenta, la noche nos había recibido con los brazos abiertos.

Sin embargo, en algún momento de la noche, Jacobo desapareció con sus dos amigos. Rubén, Mikel, César y yo acabamos en una calle estrecha —Azacayas—, repleta de pubs con

mucho ambiente y, entre bromas y anécdotas, nos adentramos en una calle aún más estrecha; tras descender por unas escaleras, nos metimos todos en un club que estaba a reventar.

Cosas del jodido destino, pero a Rubén le pareció un buen lugar en el que pasar el resto de la noche. A César lo convenció el grupo de rubias que iba delante de nosotros y que se adentró en el local sin titubear; y a Mikel y a mí nos convencería siempre que tuvieran cerveza bien fría.

Entramos.

Y el jodido mundo se paralizó.

Al echar un vistazo entre el bullicio de la gente, una mirada conectó con la mía. Una que conocía muy bien.

Una que hacía demasiado tiempo que no veía salvo en mis recuerdos.

Los chicos dejaron de existir para mí. Qué digo, «los chicos»; alrededor, todo desapareció. Salvo ella; ella y la distancia que nos separaba.

Aún sin poder creerlo, acorté las distancias mientras observaba cómo ella, entre la multitud, también se me acercaba, esquivando a la gente que disfrutaba de la fiesta.

No podía apartar la mirada de la suya a pesar de la cantidad de gente que había en el local, a pesar de la música y de la iluminación parpadeante que en ocasiones me dificultaba la identificación de lo que tenía enfrente.

Nos detuvimos cuando quedaban escasos pasos entre nosotros. El tiempo también se detuvo, como si nos permitiera estudiarnos con calma, como si nada más importara, y es que no lo hacía.

Ava estaba delante de mí, y, joder, ¿de verdad había dudado en

volver a verla?

Sin embargo, lo entendía. Mi subconsciente sabía que, si la veía de nuevo, ya nada más importaría.

—Eres tú. —Fue ella quien rompió nuestro silencio.

Sonreí, joder. La había echado tanto, tanto de menos…

—Hola, Ava —respondí, controlándome.

Debía ser cauto. Si decía lo que pensaba en ese instante, podría asustarla, así que estudié sus rasgos, esos que era capaz de pintar casi con los ojos cerrados a pesar de que, desde la última vez que nos habíamos visto, algunas diferencias sutiles se perfilaban en su cuerpo: Ava ya no era una adolescente.

Su figura era un poco más curvilínea, lo había notado mientras nos aproximábamos entre la gente, y los rasgos faciales se le habían afilado. Joder, seguía tan guapa que quitaba la respiración.

Sus impresionantes ojos de color azul marino; la piel pálida salpicada con esas pecas que se le notaban más en verano; su largo pelo pelirrojo, del cual incluso en la oscuridad se apreciaba el brillo… Y sabía que, si me inclinaba, podría percibir ese olor que me hacía la boca agua.

—¿Qué tal estás? —rompí de nuevo el silencio, temeroso de cometer alguna locura si no lo hacía, porque ¿qué pasaría si me dejara llevar y la besara sin más?

Ava sonrió y mi mirada fue directamente a estudiar el tentador gesto.

—Bien. Muy bien —respondió, puede que ajena a todo lo que me hacía sentir.

¿De verdad que se te podía poner dura con una sola sonrisa? Jodidamente cierto.

—He visto a Caleb por ahí al fondo —comenté en un intento de distraerme con una conversación cordial—. Él no me ha visto, pero parece que esté bien.

—Está mejor que nunca —dijo Ava, todavía sonriente.

¿Era consciente de que sentía su mirada en la piel?

—Me alegra saberlo —respondí.

Contuve las ganas de tragar saliva, pero antes de encontrar

algún otro tema absurdo, Ava, como siempre, fue directa:

—Hugo, ¿qué haces aquí?

Joder.

—¿Aquí o…?

—En Granada.

Por fin, la pregunta. La puta temida pregunta.

—Estoy de paso.

Esa fue mi respuesta, y no era mentira. No formaba parte de nuestros planes iniciales pasar por Granada, y no lo habríamos hecho de no haber sido por la insistencia de Jacobo; sí, ese que de pronto había desaparecido con sus colegas.

Ava asintió ante mis palabras, como si meditara si creerme o no, cuando alguien la empujó hacia delante debido a un paso de baile entusiasta. Ava no llegó a chocar conmigo, pues recuperó el equilibrio casi al instante, pero… pero nuestras manos se rozaron.

Un sencillo gesto, incluso inofensivo. Sin embargo, fue como un fogonazo intenso que se originó en el contacto y me recorrió todo el cuerpo, disparándome las pulsaciones, los pensamientos y… y mis ansias por ella.

Nuestras miradas conectaron como si fueran imanes.

—Ava…

—Sabías que estaba aquí —añadió ella entonces.

Aunque sentí que era más bien una pregunta. Cogí aire.

¿Sabía que estaba ella aquí? Joder, era imposible ignorar esa casualidad entre… ¿cuántos bares había allí?

Puñetero y caprichoso destino.

Sonreí lentamente antes de responder con sinceridad.

—No sabía que estabas aquí… —comencé a decir.

Pero antes de que terminara de hablar, Ava me interrumpió completando la frase por mí:

—Ha sido una casualidad.

Ambos sonreímos abiertamente, porque era imposible ignorar aquel hecho, porque de pronto nuestra relación se sentía siempre así, como una casualidad tan imprevista, tan… fugaz.

La expresión de Ava cambió, y pude leer perfectamente en sus

ojos —esos que me tenían a sus pies desde el momento en que nos hablamos directamente años atrás en aquel aparcamiento— la determinación que yo estaba intentando contener.

Estábamos metidos en problemas pues, ¿podíamos mandarlo todo a la mierda y dejarnos llevar? Junté mi frente con la suya y su olor me envolvió, poniéndome dolorosamente a prueba.

—Joder, Ava… no he venido solo —dije al fin.

Me refería a los chicos, sí; pero en el fondo también me refería a Rosie, que, como bien me había hecho ver Raquel, me esperaba en Londres.

—Entonces ¿por qué has venido a buscarme?

Su pregunta tenía una clara respuesta, y es que cuando se trataba de ella, no había otra elección. Solo ella. Así que, dispuesto a no estropearlo con palabras, guardé silencio y no perdí más el tiempo; o más bien no lo perdimos, porque yo la busqué a ella, pero ella también a mí.

Nuestros labios se encontraron y fue como cada vez. Intenso, arrollador, diciéndonoslo todo con aquel beso que parecía saciar una sed imposible de combatir si no era con ella.

Depositamos a un lado cualquier cosa que no fuera ese instante, y necesité todo el autocontrol para no dejarme llevar y clavarme entre sus piernas contra la primera pared que encontrara en aquel local atiborrado de gente, pero ¿a quién le importaba la gente, cuando ella te estaba besando de aquella manera?

Podría habernos detenido.

Podría haber sido la voz sensata, pero preferí dejarme llevar. Y cuando ella interrumpió el beso únicamente para cogerme de la mano y tirar de mí, la seguí sin dudar.

Tampoco podría haber hecho otra cosa.

Cuando se trataba de Ava y de mí, resultaba muy difícil anteponer la razón a nuestros sentimientos. O eso era lo que yo pensaba…

Febrero de 2015

Granada

Ava

Aún lo pienso y no sé cómo llegamos hasta mi habitación sin perdernos.

Granada y sus calles fueron testigo de nuestras innumerables paradas protagonizadas por los largos e intensos besos, junto a caricias rápidas, de esas que están deseosas de más.

En algún momento de aquella fiebre que nos entró, Caleb y las chicas cruzaron mi mente, pero Hugo y sus deliciosos besos se encargaron de borrar cualquier cosa que no fuera él.

Así que cuando chocamos contra la puerta de mi habitación dentro del colegio mayor, oímos un reproche a nuestras espaldas, pero Hugo y yo lo ignoramos, y una vez abierta la puerta del dormitorio, entramos con urgencia, violentamente, como nunca antes nos había ocurrido.

No hubo palabras, solo el sonido de nuestras respiraciones y de nuestra ropa al caer al suelo con desorden, por cualquier lado. La luz de la habitación estaba apagada, pero la única ventana quedaba frente a una de las farolas que alumbraban la calle de esa zona prácticamente desierta, así que podíamos vernos gracias a la luz dorada que se colaba tras el visillo blanco.

Nuestros labios se separaron cuando yo me quité el jersey y Hugo la sudadera, y ahí ralentizamos el ritmo, quizá porque sospechábamos que teníamos que grabar a fuego cada gesto, cada caricia, cada mirada.

Hugo me contemplaba atento, atendía a cada rincón de mi cuerpo expuesto, pero en vez de intimidarme, me sentí la chica

más sexy del universo. Y es que cuando Hugo te observaba así, entre hambriento y reverencial, no podías sentirte de otra forma.

No era el único que contemplaba, pues yo también me deleité con avidez ante su cuerpo expuesto, descubriendo la tinta que le cubría el pecho y hasta casi la mitad del cuello.

Di varios pasos hacia él y con los dedos reseguí aquellos nuevos trazos, descubrí esos dibujos desconocidos para mí; sin embargo, Hugo me sujetó de la mano para reposarla sobre su pecho.

Levanté la mirada para encontrarme con sus ojos, y por fin habló:

—No tenemos que seguir, Ava. Nos hemos dejado llevar, pero podemos…

—¿Es que tú no quieres seguir? —pregunté.

Y de pronto, las manos de Hugo me sujetaron por las caderas para acercarme aún más a él.

—¿De verdad que debo contestarte a eso? —susurró, y unió nuestras caderas, permitiéndome notar su excitación.

Decidí continuar donde nos habíamos quedado y, buscando de nuevo sus labios, que me recibieron con auténtica hambre, dirigí las manos a la cremallera del vaquero.

Sus manos me imitaron, y cuando las últimas piezas de ropa cayeron al suelo guie a Hugo hacia mi cama para obligarlo a tumbarse; no puso especial resistencia.

Y ahí, tumbado en la cama de aquella pequeña habitación compartida, ese lugar donde yo pasaba tardes y noches estudiando, observé a Hugo completamente desnudo al tiempo que él me examinaba con esa mirada hambrienta; sin embargo, bajo esa lujuria había algo más, algo que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía ahí, intacto.

Era ese sentimiento que nunca habíamos nombrado pero que nos mantenía unidos a pesar de la distancia, a pesar de los años.

Debí de quedarme quieta más tiempo de lo normal, pues Hugo se incorporó y se sentó en la cama; antes de que rompiera el silencio, me acerqué a él, le acaricié el oscuro pelo y con el gesto

incliné su cara para volver a besarnos.

El beso fue más lento esta vez, quizá porque los pensamientos empezaban a martillearme; al fin y al cabo, resultaba imposible ignorar la intensidad de nuestras miradas, de nuestras caricias.

Las lenguas danzaron en unión y finalmente me puse a horcajadas sobre Hugo, rozando su dura erección contra mí y haciéndonos sisear por el contacto, sobre todo cuando empecé a mover las caderas con suavidad, en un ritmo constante y delicioso que nos disparó el pulso y la respiración.

Noté la urgencia de Hugo, pues ahora acompañaba con sus caderas el trayecto de las mías, y al sentir sus manos apoyadas en las nalgas para apretarme con fuerza, se me escapó un jadeo.

—Ava… —ronroneó él al tiempo que deslizaba esa peligrosa boca por mi cuello, mandando escalofríos por todo mi sistema nervioso.

No dejé que continuara, aparté el cuello de sus atenciones y lo empujé por el pecho; al pillarlo desprevenido, quedó nuevamente tumbado sobre el colchón.

Me miró entre confundido y convenientemente intrigado, como me indicaba la sonrisilla canalla que se esbozó en su masculino rostro y que avivó esos sentimientos a los que yo no quería prestar atención.

Prefería centrarme en la pura necesidad que me invadía, esa que me mantenía la piel erizada, la respiración agitada; prefería saciar levemente esas punzadas de necesidad entre las piernas, con un nuevo movimiento de mis caderas contra las suyas.

Hugo siseó mientras me sujetaba de las caderas y me miraba con absoluta lujuria, y a pesar de morirse de ganas por tomar el control —lo sabía—, me dejó hacer. Así disfrutó del roce de nuestros cuerpos hasta que yo, incapaz de soportar más aquella necesidad, le puse el preservativo y, sin más preámbulo, lo introduje poco a poco dentro de mí, regalándonos uno de los momentos más sensuales que habíamos vivido juntos.

Hugo seguía con sus manos sobre mí, acompañándome en el movimiento constante que yo marcaba, con las miradas

conectadas; y conforme me movía, logrando que su erección entrara y saliera de mí con contoneo, nuestras respiraciones se agitaban más y aumentaba la necesidad de acelerar. Así lo hice.

Al sonido de nuestras respiraciones se le unió el de los muelles del viejo colchón, lo que nos hizo reír. Hugo me sonrió y, sorprendiéndome, se incorporó permitiendo que nuestros labios se volvieran a encontrar.

Con las manos me sujetó de la cintura para acompañar el constante movimiento que nos estaba conduciendo a la gloria.

Un jadeo se me escapó cuando Hugo jugueteó con el clítoris, y me incliné levemente hacia atrás para propiciarle el acceso.

Eso fue mi perdición, porque al inclinarme, Hugo tuvo más facilidad de maniobra con sus caderas, y en tres sencillos empujes alcancé el orgasmo más intenso que podía recordar.

Cuando terminé, volví lánguidamente a sus brazos en busca de los labios, todavía con él dentro de mí, dispuesta a continuar para que él también se corriera.

—¿Cómo quieres…? —le pregunté comenzando a separarme.

Pero Hugo impidió que terminara la frase.

—Te quiero exactamente como estás, Ginger, cabalgándome y dándome el mejor espectáculo que he podido ver.

Sus palabras me provocaron la risa, pero Hugo se encargó de sustituirla por gemidos. Se ocupó de ello durante media hora.

Febrero de 2015

Granada

Ava

Por supuesto, la lucidez acabó por llegar.

Tras tres orgasmos por mi parte, para ser exactos. Y es que, cuando Hugo dijo que debería escribir a sus amigos para avisarlos de lo que había sucedido, decidí acordarme de que también yo los tenía, y, peor aún, de que tenía a una hermana pequeña despendolada por Granada y a la que no había prestado la mínima atención.

Salté de la cama como una histérica; tanto, que, tras darle a Hugo una acelerada y simplificada explicación sobre lo que ocurría, me ofreció su teléfono para llamar a Caleb.

Respondió al segundo tono.

—¿Sí? —preguntó.

Se oía música de fondo.

—Caleb, soy Ava —respondí.

—¿Ava? ¿Dónde cojones te has metido? Llevas casi dos horas sin dar señales…

—Lo sé, lo sé, y perdóname, pero…

—Pero tenías una urgencia, ¿no? —me interrumpió, picajoso.

De pronto lo oía mejor, supuse que había salido a la calle o se había metido en los baños.

—Una urgencia llamada Hugo —añadió.

Levanté la mirada, y la media sonrisa de Hugo mientras se vestía me indicó que oía la conversación o parte de ella.

—Eh… —comencé.

Pero, de nuevo, mi mejor amigo me interrumpió:

—Ni te molestes, pelirroja. Os hemos visto en el local. Era imposible ignoraros, con toda esa energía lujuriosa y animal que nos rodeaba.

—¿Qué dices? —me quejé.

Me di la vuelta para quedar de espaldas a Hugo, pues sentía que mis mejillas tenían más calor del habitual.

—Ahora me dirás que os habéis ido a charlar tranquilamente por la Alhambra, ¿verdad?

Suspiré.

—Bueno, te llamaba para informar de que estoy bien…

—Ajá —pronunció simplemente.

Imposible no imaginar la sonrisa de sabiondo que Caleb debía de dibujar en ese momento.

—… y también quería saber si Grace ha dado señales de vida.

—Ah, sí. Nos ha escrito hace una media hora, así que puedes estar tranquila. Están todas juntas en un garito y nos ha pedido que cuando nos marchemos la avisemos para esperarnos por la catedral.

—Vale, vale —respondí aliviada.

—¿Vas a venir o prefieres esperar en la habitación, bonita?

Puse los ojos en blanco porque sabía que ese sarcasmo divertido y picajoso camuflaba el sermón que me caería más tarde por no pensar en las consecuencias cuando tenía a Hugo delante.

—Pues en un instante te lo digo —le comenté.

Me volví hacia Hugo, que me esperaba sentado en la cama.

—Dile a Hugo que sus amigos están con nosotros.

Abrí los ojos como platos.

—Me han reconocido —continuó Caleb— y nos han venido a saludar en cuanto habéis desaparecido del local. Muy majos; y, entre tú y yo, a Rubén le mola Leticia, está entrándole a saco.

Me reí sin poder creérmelo.

—Luis dice que está a punto de lanzarse, yo creo que Leticia se hará de rogar. Te voy contando.

Y sin darme tiempo a añadir nada, Caleb me colgó. Sonriente, miré el teléfono y me acerqué a Hugo para devolvérselo.

—Gracias. Tenía que avisarlo y saber de mi hermana.

—Nada —asintió Hugo mientras lo cogía y se incorporaba de la cama.

—¿Sabes?, Rubén está intentando ligar con Leticia.

—¿«Intentando»? —Un brillo divertido emergió en los ojos azules de Hugo.

Y su modo de observarme provocó en mí el inicio de un aleteo burbujeante que me pareció absurdo por lo que habíamos hecho escasos minutos atrás.

—Eso parece, aunque no sé qué…

No terminé la frase, pues de pronto oímos que se abría la puerta de la habitación.

La sorpresa fue monumental cuando en el umbral apareció Grace, sí. Pero no venía sola.

Tras ella se encontraba alguien que tanto Hugo como yo conocíamos muy bien.

Jacobo.

—¿Qué significa esto? —pregunté histérica.

Mi hermana y compañía se habían quedado congelados por la sorpresa de encontrarnos a Hugo y a mí en la habitación.

—¿Ups? —tuvo la caradura de decir Grace.

—¿Cómo? —le contesté en tono amenazador.

Fui hacia la puerta, que aún estaba entreabierta y, fulminándoles con la mirada, les hice un gesto para que pasaran.

Ambos mostraron su inteligencia al obedecer en silencio.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —le pregunté cuando cerré la puerta detrás de mí.

Hugo miraba a Jacobo sin ocultar que la escena le había dejado alucinado, como a mí.

—Acabo de hablar con Caleb y me ha dicho que le habías dicho que estabas con tus amigas, que te avisáramos cuando… —No terminé la frase, pues yo misma me di cuenta de la absurda mentira que nos había colado a todos—. Oh, Dios, Grace.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, mira, sí, lo siento, pero es que se suponía que no tenías que enterarte —dijo la sinvergüenza.

Miré pasmada a Hugo, quien ante la respuesta de mi hermana

procuró ocultar —sin éxito— una sonrisa. Por lo menos Jacobo —que, ¿desde cuándo se había convertido en ese tío alto y musculado?— parecía arrepentido de la pillada.

—Grace, ¿qué mierda de disculpa es esa?

—¿Qué quieres que te diga, Ava? No iba a hacer nada que no hayáis hecho vosotros dos antes. —Grace se cruzó de brazos con chulería.

—Estoy en mi habitación y… —Contuve el enfado en busca de la mejor selección de mi vocabulario—. Y soy una adulta que puede tomar decisiones. Tú no.

—Nos llevamos cuatro años, Ava. No te hagas la madura.

Suspiré, tenía ganas de estrangularla.

—A ver, esto. —Los señalé a ambos—. ¿Qué narices es esto?

—¿Perdón? —Grace me miró como si me hubiera salido otra cabeza.

—Me imagino que tu hermana se refiere a si esto es algo imprevisto, una casualidad de esta noche, o si es predeterminado —intervino Hugo con acierto.

Lo malo fue que desencadenó más caos porque continuó hablando:

—Aunque imagino que tiene mucho que ver con la insistencia de venir este fin de semana a Granada, ¿cierto?

Me quedé muerta, en especial cuando Jacobo, a quien iba dirigida la pregunta, asintió levemente. Por lo menos alguien parecía avergonzado, no como una que yo me sabía.

—¿En serio? ¿Estáis juntos? —pregunté sin poder creérmelo del todo.

Jacobo y Grace se miraron, y por fin mi hermana mostró signos de vergüenza en sus sonrojadas mejillas.

—En Mojácar es difícil vernos —explicó Jacobo con una voz profunda.

Arqueé la ceja. Podía entender que mi alocada hermana se hubiera quedado prendada de él, pero… oh, Dios…

¡No me lo podía creer!

—¿Por qué no me has dicho nada? —pregunté entonces a

Grace.

—¿Y que reacciones así? —respondió.

—No estoy reaccionando así por vuestra historia, sino por tu mentira —le aclaré.

Efectivamente, no tenía ningún problema con que Grace estuviera con Jacobo. La época de los Kaura se había diluido con el paso del tiempo, y sabía —por mis conversaciones con Hugo— que Jacobo estaba estudiando y luchando por labrarse un buen futuro, como Rubén y él mismo habían hecho.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió de nuevo y todos nos volvimos para descubrir a Leticia seguida de Rubén.

—Oh —dijo esta al vernos a todos—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Y tú? —le pregunté yo completamente atónita y sin poder ignorar a Rubén.

Él nos observaba entre intrigado y divertido.

—Joder, pensaba que tú estabas en un hotel —soltó mi amiga, sin un ápice de vergüenza—. Y tú —añadió, mirando a mi hermana—, de fiesta con tus amigas.

—Madre mía —concluí.

Y suspiré cuando Hugo me miró y comenzó a reírse. No tardé en unirme a sus risas.

Febrero de 2015

Granada

Hugo

Tras aquel extraño y peculiar fin de noche, me despedí de Ginger

sin poder entrar en muchos detalles; sin embargo, me prometí a mí mismo que le escribiría o llamaría al cabo de unas horas.

Los chicos y yo habíamos alquilado un apartamento para todo el fin de semana, y no pensaba dejar las cosas así con la pelirroja. Necesitábamos hablar de lo que había ocurrido, y también de lo que pasaría a partir de aquel momento.

Imposible ignorar lo que había sucedido, pues no habíamos follado únicamente. Con Ava nunca era solo eso, y resultaba increíble cómo, con una sola mirada suya o con un simple roce, aquellos fuertes sentimientos salían a flote de un modo tal que me negaba a ignorarlos.

Cuando nos vimos al día siguiente en la cafetería que ella propuso —un tal Bohemia Jazz Café—, y su mirada me encontró mientras me esperaba sentada en un rincón de aquel peculiar lugar repleto de fotografías y junto a un batido enorme de oreo —supuse —, su favorito, supe que yo no pensaba tirar la toalla.

Y su mirada al acercarme me dijo que ella tampoco.

Fue entonces cuando comenzó uno de los periodos más felices de mi vida, pues, sorprendiendo a todo el mundo, decidí quedarme en vez de regresar a Londres con Rubén.

A George le expliqué que tenía un lugar en que trabajar —el taller de Mojácar, donde Javier me había abierto las puertas otra vez— y que, pintando allí, mi obra para la exposición que preparaban en la galería estaría lista mucho antes que si seguía trabajando en Londres dentro de mi asfixiante piso.

Por supuesto, y muy convenientemente, suprimí la parte en que me quedaba en compañía de una pelirroja que me tenía loco, y tampoco le confesé que no me importaba dejarme una pasta en las noches de hotel cuando iba a Granada, es decir, casi todos los fines de semana —que para mí empezaban en jueves—. Merecía la pena, por los momentos que viví junto a ella.

Fuimos unos inconscientes, pues no quisimos mirar de frente a la verdad. Lo camuflamos con nuestras confidencias, con conversaciones, caricias, y con los orgasmos que nos dimos durante aquel tiempo, porque febrero dio paso a marzo; y este, a

abril.

Volvimos a ser el día a día del otro. Ella me mostraba su vida en Granada, enseñándome sus calles, sus recuerdos y vivencias durante el día, y en las noches nos dejábamos llevar por esa pasión que no parecía tener fin.

Pero no hablábamos de qué pasaría cuando llegara el momento en que me tuviera que ir. Nos hacíamos los tontos, los ciegos; incluso los sordos, porque, tal como Rubén me sacaba el tema a mí cada vez que hablábamos, sospechaba que a ella también se lo comentaban sus amigos, incluso su madre.

Sin embargo, abril finalmente llegó, y, con ello, la fecha de mi regreso a Londres.

Era miércoles, recuerdo que quedamos en la plaza de la Trinidad para despedirnos. Yo había pedido un taxi para que me recogiera en la plaza en una hora e ir al aeropuerto, desde donde volaría hasta Madrid; allí haría escala hacia Londres.

La vi junto al quiosco de prensa, situado en el costado de aquella plaza salpicada de grandes árboles y gente atareada que no era consciente de que me iba a despedir del amor de mi vida, porque, joder, Ava lo era.

Y no se lo había dicho porque no me atrevía a hacerle eso. ¿Cómo, si ahora tenía que despedirme?

Ella, ensimismada con el móvil, no notó mi presencia hasta que llegué a su altura, y aunque me sonrió, me dolió en el pecho.

¿De verdad que a partir de día siguiente no volvería a verla?

Se inclinó para darme un suave beso, y su olor me envolvió.

—¿Lo llevas todo? —me preguntó al separarnos.

Miré la maleta de mano y asentí.

—De los cuadros se encargó George, me los hizo enviar por mensajería —le expliqué.

Ava asintió.

—Entonces… ¿nervioso? —dijo sin borrar la sonrisa.

Me encogí de hombros.

—No mucho…

—Hugo, esta exposición puede significar el cambio que

estabas buscando.

—Yo, realmente, no buscaba eso.

—Es lo que te mereces. Con el talento que tienes, sería algo terrible que el resto del mundo no lo supiera —contestó, acariciándome dulcemente.

Y yo incliné la cara hacia su mano.

—¿Sabes? —continuó—. He estado pensando que… si me envías una invitación, estaré allí para la exposición.

Abrí los ojos como platos y Ava se rio de mi expresión.

—¿Cómo?

—¿De verdad pensabas que me perdería esto tan importante para ti?

Le sonreí ampliamente, pues no me lo esperaba; sin embargo, la pelirroja continuó hablando, sorprendiéndome aún más.

—Y también he pensado que podemos intentarlo, Hugo. Tú, yo, y, sí, la distancia. Podemos organizarnos para vernos, y también… podría buscar unas prácticas allí…

Me quedé congelado ante sus palabras.

—No sé muy bien cómo se puede organizar, pero déjame investigarlo —añadió.

—Joder, Ginger —dije yo sin poder reprimir la amplia sonrisa —. Te ayudaré en todos los ratos que tenga libres para ver cómo puedes encontrar practicas allí.

Ella respondió al gesto, pero soltó un gritito cuando, tras dejar la maleta, que cayó como un ruido sordo a mi lado, la cogí entre mis brazos y nos hice girar entre risas y besos que le deposité en el rostro.

Nunca se lo podría haber pedido y, sin embargo, había salido de ella.

Todo tenía sentido. Todo tenía esperanza.

Ava y yo teníamos el mundo a nuestros pies.

Abril de 2015

Londres

Ava

Todo iba bien. Hacía algunas horas que Hugo nos había dejado a Rubén y a mí en su piso, al que había llegado dos días atrás y donde ambos me habían acogido con los brazos abiertos.

La relación entre Hugo y yo iba viento en popa, y estaba orgullosa de él y de poder compartir aquel día tan importante.

Hugo había ido a reunirse con George en la galería unas horas antes de la inauguración. Vestido con unos sencillos chinos negros y una camiseta del mismo color, se había marchado sereno y tranquilo tras repetirme que no estaba nervioso; sin embargo, Rubén y yo lo conocíamos bastante como para saber que, debajo de aquella fachada y serena mirada, los nervios lo carcomían.

Y era algo lógico, pero ninguno de nosotros era consciente de lo que implicaría realmente ni de cuánto podía cambiar su vida. Ninguno, salvo Rosie, aquella amiga de la que me había hablado y a quien conocía del curioso local donde había estado trabajando.

Rosie lo había llamado varias veces, y por lo que pude escuchar en todas las conversaciones —puesto que Hugo nunca se había alejado—, ella le había ofrecido ayuda, una ayuda que Hugo rechazó cada vez.

No sabía muy bien quién era Rosie; para mí, tan solo una joven que había conocido en aquel club selecto, por eso deduje que debía de tener contactos interesantes y que ella se ofrecía para invitarlos a la exposición; sin embargo, Hugo lo rechazaba tajantemente.

Intenté hablar con él sobre eso, quería entender por qué era tan cortante con ella; pero Hugo me explicó que si aquello iba bien, quería que fuera por su propia valía, no gracias a enchufes y

favores.

Así que allí me encontraba, en la calle Turk's Row junto con Rubén, tras avisar con un rápido mensaje a mi madre de que ya estábamos allí; a punto de entrar en la galería Saatchi sin ser consciente de que, al salir de aquel lugar donde tantas esperanzas habíamos puesto, ya no sería la misma chica ilusionada.

La galería era enorme, pero la exposición de Hugo estaba en una zona en la que había más afluencia de público.

Miré a Rubén en cuanto vimos el cartel publicitario indicando la entrada a la exposición.

—Estoy hasta nervioso —confesó Rubén, dedicándome una mueca graciosa.

Yo le sonreí.

—Irá bien —le prometí.

Porque, sí, estaba segura de ello. Estaba dispuesta a dar todos los motivos de peso por los que sabía que a Hugo le iría bien, pero en cuanto nos adentramos en la zona de la exposición, me quedé muda o, lo que era lo mismo, embriagada por lo que mis ojos veían.

La sala era amplia, el suelo de tarima de un blanco crudo iba a juego con las paredes lisas, pero todo aquello pasaba a un segundo plano por… por el arte de Hugo.

No había muchos cuadros, diez en total, y la mayoría no eran de gran formato; salvo uno, que, colocado en mitad de la sala sobre un paramento móvil que a su tiempo estaba anclado en el centro, propiciaba la circulación del público alrededor de las diferentes obras.

Sabía que debía seguir el circuito establecido para ver los

cuadros, pero mis pies se encaminaron hacia el central.

Oí que Rubén comentaba algo, sin embargo, no le presté atención. Seguí hacia mi objetivo hasta situarme a pocos pasos de la gran obra.

Con el corazón sobrecogido, estudié con detalle el cuadro. Era imposible no quedarse completamente embobado frente a él, puesto que Hugo tenía un estilo tan característico de pintar, de fundir los colores en pinceladas marcadas, que daba la sensación de que la ilustración se movía… Y es que aquel atardecer en esa misteriosa playa, con sus mágicos colores anaranjados, parecía real.

Desde allí podía sentir el olor a mar, el viento que rompía suavemente las olas en la orilla. Desde mi posición, casi tenía que entrecerrar los ojos por los destellos dorados del sol sobre el mar tranquilo. Podía oler el ambiente salado, y… y podía ver el movimiento del pelo largo y pelirrojo de aquella chica, casi una niña, que se encontraba de espaldas a quien había pintado la escena.

Dirigí la mirada hacia la chapa que había en el lateral:

«Ginger».

Así se llamaba el cuadro.

—Es espectacular, ¿verdad? Hugo me ha contado que es la nueva versión del primer cuadro que hizo, muchos años atrás; cuando comenzó a pintar. Le dieron la fotografía de aquel atardecer con esa chica pelirroja de espaldas y tuvo que pintarlo. Ahí fue cuando su profesor, al que creo que ha invitado hoy, le dijo que no podía dejar de pintar, que tenía un don.

Me volví para mirar a la dueña de aquella voz que acababa de darme la explicación de algo que yo no sabía y que sospeché que Hugo iba a explicarme ese día.

Mis ojos se abrieron como platos al descubrir detrás de mí a Rosie Kerr, aquella modelo y actriz tan de moda que no paraba de ver en anuncios y revistas. Rosie se apartó la larga melena castaña e impolutamente lisa hacia detrás de los delgados hombros que se intuían a través del fino jersey, y me sonrió con calidez.

—Hola, debes de ser Ava, ¿verdad? —me preguntó al tiempo que me extendía una mano sin borrar su bonita sonrisa.

Yo, saliendo del *shock*, se la estreché y sentí que se me sonrojaban las mejillas.

—Eh… sí, sí. Soy Ava… Tú, tú eres Rosie.

La Rosie de Hugo. Tendría que haberme dicho que era *esa* Rosie. Ahora entendía que tuviera tantos contactos. La sorpresa emergió en su espectacular rostro.

—Vaya, ¿Hugo te ha hablado de mí?

—Sí, claro —asentí, sin entender su duda.

La sonrisa de ella titubeó un poco, pero rápidamente se recompuso y orientó la conversación hacia un rumbo diferente, un gesto que no me pasó desapercibido.

—Impresionante, el trabajo que ha hecho, ¿verdad?

De nuevo me volví hacia el cuadro que tenía a mis espaldas.

—Lo es. Siempre lo ha sido, la verdad —confesé, volviendo a quedar cautivada por aquel mágico atardecer.

—Hugo lo está haciendo genial —continuó hablando Rosie.

Y eso me llamó la atención.

—¿Has podido estar con él?

—Sí, pero muy poco. Enseguida ha tenido que irse con George y algunos miembros de la galería.

Asentí ante su explicación.

—Pero, si no me equivoco —añadió Rosie con una sonrisita cómplice—, creo que ha vuelto a la galería. Seguro que puedes acercarte para saludarlo o darle la enhorabuena —planteó.

Asentí agradecida y miré alrededor para ver si descubría a Hugo en algún lado.

—Bueno, un placer, Ava. No todos los días conoce una a la musa de su artista favorito, ¿cierto? —dijo Rosie, y me guiñó el ojo indicando que se alejaba. Sin embargo, antes de volverse del todo y moviendo el vuelo de la falda larga que llevaba, se centró de nuevo en mí para añadir—: Sería genial que lo hicieras entrar en razón. Entiendo que se niegue, en cierto modo, pero aquí ha demostrado ya su valía. Le podría venir muy bien conocer a los

contactos que quiero presentarle…

Y Rosie me dejó ahí.

Yo la estudié mientras se alejaba; mi mente iba a mil revoluciones porque había algo que no lograba entender.

—Por fin te encuentro —dijo Rubén al entrar en escena—. Te estaba buscando… ¿Estás bien?, te veo algo pálida.

No lo miré, pues estaba más pendiente de otra cosa; más bien, de otra escena.

Por fin Hugo había aparecido.

Efectivamente —y tal como Rosie había predicho—, estaba con George y otros dos hombres mayores que debían de encargarse de la galería. Hugo no me había visto, puesto que estaba conversando con George y compañía hasta que Rosie —que debía haberlo encontrado al alejarse de mí— se dirigió hacia el grupo sin titubear.

Era imposible no notar cómo todo el mundo la contemplaba mientras ella se acercaba, y eso que vestía una sencilla falda camel larga de vuelo y un jersey de cuello alto negro. Sin embargo, Rosie Kerr era de esas personas que cuando entraban en cualquier lugar se convertían en el centro de atención debido a su magnetismo, elegancia y sensualidad.

Así que, sí, todo el mundo ponía la vista en ella, pero fue en el instante en que su mirada de ojos azules —esos dos iris de hielo que tanto adoraba— se elevó para mirarla, cuando me di cuenta.

Rosie no era una amiga cualquiera de Hugo. Había sido algo más.

No había ninguna duda. Lo noté en la forma en la que la miraba, en la seguridad de ella al inclinarse para besarlo en la mejilla frente a aquella gente tan importante; y, por supuesto, me lo confirmaba la sorpresa que Rosie Kerr había mostrado cuando le había comentado que Hugo me había hablado de ella.

No había que ser muy lista para darse cuenta de aquel detalle.

—¿Ava? —preguntó de nuevo Rubén.

Y me obligué a despegar la mirada de ellos dos y dedicarle una sonrisa al amigo de Hugo, que me observaba preocupado mientras

iba echando vistazos a la escena que tenía delante.

—Perdona, es que no sabía que Rosie fuera Rosie Kerr. Hugo no me comentó nada —le dije.

Y la mirada de ojos marrones de Rubén se desvió de nuevo hacia aquel peculiar grupo.

—Ya sabes cómo es Hugo. No da importancia a esas cosas —dejó caer.

—Claro —asentí—, pero quizá debería dársela…

Rubén volvió a mirarme.

—Dime una cosa, Rubén, ¿estaban liados todavía cuando os fuisteis de viaje a España?

La sorpresa se reflejó en su semblante, y negué enérgicamente con un gesto de cabeza.

—Espera. No te quiero poner en esa situación, perdóname, Rubén. Olvida lo que he dicho.

—Pero, Ava —comenzó contrariado.

Y sentí un pinchazo doloroso a la altura del pecho cuando no pude obviar que la manera en que Rubén me miraba era completamente reveladora.

Rubén no terminó de decir lo que iba a explicarme, porque Rosie estalló en una carcajada que captó la atención de todos.

Al dirigir de nuevo la atención hacia ellos, vi cómo Hugo sonreía mirándola, con una intimidad difícil de disimular; y esa transparencia tan evidente me dolió muy adentro, en especial cuando alzó la vista y me descubrió examinándolos.

Su reacción de congelar la sonrisa hizo el resto.

Hugo se disculpó con el grupo para acercarse a Rubén y a mí; por el gesto de disgusto de George y los otros hombres, supe que su actitud no había sido acertada.

—Ey, os había estado buscando —dijo con una sonrisa cuando nos alcanzó.

Se inclinó para besarme suavemente en la mejilla y yo me obligué a sonreírle, como si no pasara nada. Como si no sintiera que mi mundo se resquebrajaba, como si no hubiera demasiada gente de público ante mi tormento.

—Enhorabuena, tío, todo tiene una pinta espectacular —dijo Rubén mientras le daba unas amigables palmadas en la espalda—. ¿Te han dicho algo?

—Gracias —asintió algo cohibido—. En eso estaban…

—Ve entonces —dije, manteniendo mi sonrisa—. No te preocupes por nosotros, estaremos por aquí cuando termines o nos encontraremos en casa. Hoy, el importante eres tú —insistí, porque, efectivamente, así era.

—¿Segura? —me preguntó.

Yo asentí con un nudo en la garganta, pero no titubeé en ningún momento.

—Por supuesto. Luego nos vemos. Ve con ellos.

Hugo no necesitó más, con una expresión de completa expectación y maravilla, volvió donde estaban George y compañía, y vi que Rosie acababa de añadir a alguien al grupo: un hombre acompañado de una mujer, ambos elegantemente vestidos. Rosie se los presentó a Hugo de inmediato.

Imaginé que serían algunas de esas personas que la modelo y reciente actriz se había empeñado en presentarle, así que una parte de mí se tranquilizó cuando Hugo les estrechó la mano con una cordial y profesional sonrisa en el rostro.

Al ver aquella escena, lo entendí.

Tuve uno de los monólogos internos más tristes y sinceros que había mantenido conmigo misma, pero sabía lo que debía hacer.

Sería lo mejor para él, y nunca me lo perdonaría si no lo hacía, pues supe que, si me quedaba, Hugo intentaría distanciarse de Rosie; sin embargo, sabía también que Rosie sería, si no la clave, un buen trampolín para su carrera. Y Hugo se merecía cumplir su sueño, porque a pesar de que él mismo hubiera dicho muchas veces que únicamente quería labrarse un futuro fuera de cuanto había sido su vida hasta entonces, yo conocía la verdad.

Yo lo había visto con los pinceles en los dedos, había visto su mirada mientras se entregaba a los lienzos; es más, había sido testigo de esa entrega.

No podía. No podía impedirle su sueño por… por nosotros.

—Ava, Hugo te quiere —dijo entonces Rubén, recordándome que no estaba sola.

Elevé la mirada hacia el amigo de Hugo, y volví a sonreír.

—Lo sé, y yo también a él. Por eso… por eso es lo mejor, Rubén.

Él negó con urgencia y volvió a mirar a su amigo, como si fuera a llamarlo, pero lo sujeté del brazo para captar nuevamente su atención.

—Hugo necesita a Rosie —hablé con seguridad.

Y él me miró con cierta urgencia.

—No, Ava. Hugo no necesita…

—Rubén, sabes que es cierto. Es imposible negarlo. Si yo me quedo… —La voz se me rompió un poco, pero no iba a despedazarme ahí. Todavía no—. Si yo me quedo, Hugo intentará alejar a Rosie, y no puedo permitir eso. Ella es la clave.

Rubén me observó en silencio, abatido. Entendió mis palabras, pero también mis silencios.

Porque claro que había otra vía, e implicaría que yo me quedara y Hugo no se alejara de Rosie; pero viendo ese magnetismo entre ambos… no.

También tenía que pensar en mí. En mi corazón.

Rubén, como si hubiera escuchado mis últimos pensamientos, asintió levemente.

—Le diré que lo llamarás —concluyó, conocedor de que iba a irme ya.

—No —lo contradije—, dile que le escribiré. Él lo entenderá —añadí antes de darme la vuelta y alejarme, no sin antes echar un último vistazo al amor de mi vida.

Lo sabía.

Nunca querría a nadie como lo había querido a él.

Y partí de su vida, en silencio, casi de puntillas, y, sí, puede que en un acto de cobardía, pero segura de que era lo mejor para él.

Para mí.

Para los dos.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Mientras bajo la atenta mirada de Lara y Rubén les cuento a Miguel y a su cámara esa primera exposición en la que mi obra empezó a llamar la atención de coleccionistas, críticos de arte e incluso periodistas, me recuerdo irremediablemente ese mal sabor de boca.

Era una sensación tan aplastante que se apoderó de mí al descubrir que Ava se había marchado, llevándose por delante toda la emoción casi eufórica de cuando había estrechado la mano a Charles Saatchi, quien, junto a George, me había dedicado en aquel momento una amplia sonrisa diciéndome: «Vas a llegar lejos, chico». Y que alguien como Saatchi te dedicara ese augurio era algo grande. Muy grande.

Aun así, todo aquello desapareció de un plumazo, se desvaneció y escurrió para quedar en un segundo plano cuando —tras rechazar las copas que George insistía en tomar para celebrarlo— me encontré a Rubén esperándome en casa, solo y con el semblante serio.

Todo perdió el sentido al descubrir que Ava se había ido, y aunque algo dentro de mí me susurraba que era el principio del fin, no quise escucharlo.

Por supuesto que no.

Yo lo quería todo. Quería el éxito, y la quería a ella.

Pero, por supuesto, la jodida vida se encargó de mostrarme que

para mí no había un todo, aunque luchara con todas mis fuerzas por ello.

Abril de 2015

Mojácar

Hugo

La fui a buscar. Por supuesto que lo hice. Rubén me había transmitido sus palabras, pero y una puta jodida mierda que iba a esperar una postal, y mucho menos aceptaría que se fuera sin dignarse a mirarme, sin hablarlo, sin poder explicarme, porque, joder, sabía lo que su mente había maquinado y lo que dedujo cuando vio a Rosie.

Joder.

Joder. Joder.

No tenía sentido. ¿De verdad que confiaba tan poco en mí? ¿De verdad creía que solo por una cara bonita tiraría por la borda lo que había entre nosotros?

¿Es que no sentía lo mismo que yo? Porque en mi jodida vida nadie había removido tanto en mí. NADIE.

Nadie, a pesar del tiempo, de la puñetera distancia… nadie había penetrado tan bajo mi piel.

Cada vez que la veía, mi mundo… mi mundo dejaba de ser gris. Mi mundo tomaba esos colores que solo conseguía en la paleta, esos colores que me removían, que me obligaban a detenerme y admirar todo alrededor.

Ava le daba sentido a todo… y, joder, ¿de verdad que… que

confiaba tan poco en mí? ¿Le importábamos tan poco que ni siquiera iba a pelear por nosotros? ¿En absoluto?

¿No me merecía por lo menos una explicación?

Mi primer instinto había sido ir a Granada, pero… pero cuando conseguí el número de Grace gracias a Jacobo, esta me advirtió de que no se encontraba allí.

Ava estaba en Mojácar. Se había marchado unos días allí con ellas.

Y hacia allá iba yo.

No le escribí para comunicarle que iría a verla, y esperaba que su hermana pequeña tampoco se lo hubiera dicho.

Recuerdo que el viaje desde el aeropuerto de Almería —al que había llegado tras una escala en Madrid— fue rápido. En menos de una hora llegué a Mojácar, y tras pagar el taxi, fui de inmediato hacia una dirección.

El pueblo no estaba plagado de turistas por aquella época, y era de agradecer, puesto que se apreciaba mejor su belleza sin tantos transeúntes que se detuvieran a cada segundo para fotografiar una calle o una esquina.

No tardé en cruzar el estrecho y laberíntico pueblo de fachadas blancas y calles de pizarra, y al llegar a la cuesta que conducía a su casa, decidí no titubear; una vez que estuve frente a la puerta de color azul turquesa llamé sin siquiera pensarlo.

La puerta se abrió al rato, y ante mí me encontré a Lorena, su madre, que no parecía muy sorprendida cuando me miró con esos ojos que Ava había heredado de ella. Pero ahí terminaban sus parecidos, pues Lorena era de tez morena y pelo negro azabache, de ese tono tan oscuro que a veces te daba la sensación de que tenía reflejos azulados. Su complexión era delgada como la de sus hijas, aunque algo más alta que ellas.

—Hugo —me saludó—. Ya imaginé que no tardarías en aparecer —confesó con una sonrisa cauta.

—¿Grace…? —quise preguntar, pero ella negó con la cabeza.

—Qué va. La alocada de la familia no ha soltado prenda. Puedes estar tranquilo. Mis chicas saben guardar secretos… la

mayoría de las veces —añadió tras un leve titubeo—. ¿Quieres pasar? —Y se apartó para dejarme entrar.

—¿Está Ava? —le pregunté al tiempo que hacía amago de pasar.

Pero su respuesta me dejó congelado a mitad de camino.

—No.

Mis ojos la buscaron temerosos de que no se encontrara en Mojácar, y Lorena debió de leer a la perfección mi expresión, porque rápidamente me aclaró el paradero de su hija.

—Pero puedes estar tranquilo. Está aquí, en Mojácar… —me aseguró.

El alivio me recorrió

—No ha dicho exactamente adónde iba, e imagino que se piensa que es algo secreto, pero lo que desconocéis es que las madres lo sabemos todo de nuestros hijos. —Lorena me sonrió—. Últimamente, cada vez que viene a pasar unos días a casa le gusta ir a la playa, para pasear… y supongo que también para pensar.

Asentí levemente.

—Yo… yo necesito hablar con ella —comencé a explicar.

Pero Lorena negó con un gesto suave de cabeza.

—A mí no me tienes que explicar nada, cielo. Esto es entre ella y tú.

Asentí en un gesto cordial mientras daba un paso atrás para salir de la casa, dispuesto a despedirme, pero Lorena tenía algunas cosas que añadir:

—Eres un buen chico, Hugo, y me alegra saber que estás aquí. Ava… Ava es como su padre, y él era… —Una bonita y cálida sonrisa se le reflejó en el rostro— tozudo, tendía a seguir escrupulosamente las reglas con ese terrible sentido del deber y con cierto dramatismo. —Se rio con cariño—. Eso, muchas veces, me hacía querer mandarle a freír espárragos, pero te aseguro que también eso aportaba siempre una pizca de chispa a nuestra relación, en especial porque yo soy todo lo contrario.

A mi pesar, me reí, y me sorprendí cuando me di cuenta de que era porque Lorena había logrado tranquilizarme.

—En fin —continuó—, pero también tiene sus cosas buenas. Aunque, qué te voy a decir a ti, ¿verdad?

Mi sonrisa se borró lentamente y desvié la mirada para, después, suspirar con pesadez.

En efecto, ¿qué me iba a decir a mí, si estaba perdidamente enamorado de su hija?

—Sé que va a la playa a pensar en sus cosas, y estoy segura de que una de esas cosas eres tú, Hugo. —Hizo una breve pausa, como para que sus palabras calaran en mí—. ¿Sabes? Acude allí desde mucho antes de estos últimos meses, desde cuando tan solo recibía postales esporádicas, incluso cuando dejó de recibirlas…

Volví a elevar la mirada, entendiendo el mensaje que aquella mujer me quería transmitir con sus últimas palabras.

Lorena no añadió más, tan solo asintió mirándome con cariño y cerró la puerta cuando me di la vuelta, dispuesto a buscar a su hija.

Mojácar puede ser un pueblo pequeño, pero no su playa. Así que me dirigí a la costa teniendo presente que podría llevarme un tiempo encontrarla, incluso que cuando yo llegara, ella ya se hubiera marchado.

Sin embargo, no fue así.

Tuve un presentimiento o, más bien, el chivatazo del destino, que —supuse— nos quería brindar ese encuentro, esa última despedida.

Una vez en la playa, anduve por la arena hasta la orilla, y tras contemplar el calmado mar que me daba una cálida bienvenida, fui hacia la playa de Rumina, donde años atrás una chica pelirroja se había dejado guiar por un chico perdido para huir de la policía.

Joder, parecía que habían pasado siglos desde aquella noche…

Mientras caminaba, una idea me cruzó la mente: podría haberla llamado directamente, sin embargo, algo dentro de mí me decía que la encontraría. Pisaba la arena de la playa sin importarme que el agua del mar me mojara los zapatos; y ahí, admirado por el espectáculo que me envolvía con el cielo que comenzaba a ponerse anaranjado, la vi.

Iba en dirección opuesta, o, lo que era lo mismo, hacia mí.

Abrazándose a sí misma, caminaba con la mirada al suelo mientras el suave viento le cubría la cara con algunos largos mechones.

En uno de los gestos para apartárselo, elevó la vista y me descubrió.

Se quedó congelada, se detuvo abruptamente, y aunque fui yo quien acortó la distancia, fue ella la primera en hablar:

—¿Qué haces aquí? —Sus expresivos ojos no podían ocultar la incredulidad ante mi presencia.

—¿Cómo no iba a venir después del modo en que te fuiste, Ava? —le contesté en un intento de mostrarme sereno.

Sin embargo, ni sabía cómo me sentía ahora que la tenía delante.

¿De verdad que se había ido así de Londres?

—Es… es complicado, Hugo.

—Joder, Ava. ¡Y tanto que lo es! ¿Es que ni siquiera pretendías despedirte? ¿No merezco, aunque sea, una mínima explicación?

Ava abrió la boca para rebatirme, pero la cerró de nuevo sin haber encontrado las palabras exactas. Sus ojos comenzaron a empañarse.

—Ava… —volví a hablar, esta vez en un susurro e intentando alcanzarla.

Pero fue ella la que me buscó con rapidez para chocar contra mi pecho.

Sin pensarlo, la rodeé con los brazos y besé su cabello mientras notaba que rompía a llorar.

Le acaricié la espalda, pues odiaba verla así. Además, no

comprendía la situación.

—¿Por qué te fuiste? Habla conmigo, por favor —le pedí—. ¿De verdad piensas que siento algo por Rosie? ¿Que hay algo entre ambos? ¿De verdad piensas que te haría algo así?

Ava se separó de mí negando con la cabeza mientras apartaba las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Claro que no —me aseguró—. ¿Cómo voy a pensar eso?

—¿Entonces? No comprendo nada, ¿por qué te fuiste?

La pelirroja cerró los ojos por un momento, como si estuviera armándose de valor, y finalmente, habló:

—Ninguna historia de amor tiene que cortar las alas, Hugo. Ninguna.

—Por supuesto que no, Ginger —le contesté sin entenderla—. ¿Quién las está cortando?

Su respuesta me dejó muerto; y su explicación, sin habla.

—Yo. Decididamente, yo. Y lo vi con claridad el otro día en tu exposición.

—Pero ¿qué dices? No me cortas ningunas alas, Ginger, al contrario…

Pero ella no me dejó terminar.

—¿Por qué estás evitando los contactos de Rosie, incluso a ella? —preguntó a su vez.

Y retrocedí un paso para alejarme, completamente anonadado por las conclusiones que había sacado.

—Sé que lo negarás, que me repetirás que no quieres que tu éxito sea gracias a otros sino tuyo, y por supuesto que lo será; pero no puedes ignorar que Rosie ha entrado en tu vida. Ella es la clave, Hugo. Ella y toda esa gente importante que conoce…

—¿Me dices que te has ido porque he estado evitando a Rosie?

—No —negó con una firme determinación muy alejada de los instantes anteriores en que había estado llorando—. Te digo que me he marchado porque te conozco bien y sé que, por mucho que digas, una de las razones por las que no accedes es por mí. Por nuestra relación, y… —La voz le tembló de nuevo, y los ojos se le aguaron—. Hugo, te mereces todo esto. Si me quedo a tu lado, te

cortaré las alas y nunca, nunca me lo podría perdonar.

—Ava, venga, por favor. Vamos a hablarlo con calma —le supliqué, empezando a entender lo que sucedía.

Pero la pelirroja negó con la cabeza, y todos los pasos que di para acercarme, ella los dio para alejarse.

—Vuelve a Londres, Hugo. Ve y cómete el mundo.

—Joder, Ginger. No tiene sentido si tú no estás a mi lado para ello. Por favor —insistí al tiempo que notaba la desesperación en el pecho, pues sospeché que no daría su brazo a torcer—. Por favor, no nos hagas esto, Ginger. Te quiero, joder.

—Y yo te quiero a ti, pero sabes que en el fondo tengo razón. Si me quedo, no facilitará las cosas.

Me llevé las manos a la cabeza y le di la espalda sin creer todo lo que sucedía. Su determinación, y la manera en que eso me estaba matando por dentro.

—Podemos hacer que esto funcione, Ava —le insistí de nuevo —. Los dos juntos podemos hacerlo. ¿Quieres que acceda a que Rosie me presente a todo el mundo? ¡Está bien! Lo haré, pero contigo a mi lado.

Una sonrisa triste le ensombreció el bonito rostro, y acercándose a mí se puso de puntillas para besarme con suavidad. Fue corto, una leve caricia antes de que acabara de destrozarme el corazón.

—No tienes que hacer las cosas porque yo quiera, sino porque tú lo sientas. Por eso tengo que desaparecer. Efectivamente, podría quedarme, aunque sabes que tengo que volver a Granada y tú a Londres, y si te mueves entre ambas ciudades no estarás centrado en lo que ahora realmente toca. Sé que duele, a mí me está…

—No —la interrumpí, retrocediendo un paso—. No digas más, Ava.

No podía escuchar más. No daría su brazo a torcer, la conocía demasiado como para saberlo, y miles de sentimientos estallaron dentro de mí. Rabia, dolor, impotencia, y, ante todo, una gran frustración porque Ava desaparecía de mi vida sin que yo pudiera hacer nada.

Y no lo iba a hacer.

Si para ella no merecíamos la pena…

Como acababa de decir, no teníamos que hacer las cosas porque el otro quisiera, y Ava me había dejado bien claro que ya no existía un nosotros. Cuadré la mandíbula y, tras transformar las manos en puños, dirigí mi mirada a sus ojos como el océano.

—Entonces, adiós, Ava.

Una frase de tres palabras, pero, joder. Dolieron como si cada una de ellas me desgarrara el mismísimo corazón.

No esperé a su reacción, porque si ella se derrumbaba de nuevo, yo también lo haría y volvería a suplicarle. Así que le di la espalda, pero antes de alejarme más, oí su voz, que debía de ser casi un susurro, pero el viento se encargó de que sus palabras llegaran hasta a mí.

—Adiós, Hugo.

Abril de 2015

Mojácar

Ava

Creo que nunca había llorado así en mi vida; tanto, y con tal desconsuelo, que hasta Grace estaba sentada a mi lado acariciándome la espalda mientras yo abrazaba a mi madre, quien me susurraba palabras de cariño que no me consolaban.

—Pero ¿si lloras tanto, por qué no lo llamas y vuelves con él? —preguntó Grace sin entender nada.

Logró hacerme llorar más.

—Grace —dijo mi madre.

Seguramente se acompañó de un gesto de advertencia que yo no podía ver porque tenía la cabeza enterrada en su hombro.

—Pero…

—Es complicado —susurró mi madre.

Y Grace, con un suspiro, se puso en pie para dejarnos finalmente solas a mi madre y a mí en la cocina.

La noche había caído y la casa se sumía en un completo silencio, salvo por mis lloros, que, poco a poco y debido al agotamiento, comenzaban a mermar.

Con un gran esfuerzo me separé de mi madre, que me estudió cauta.

—¿Quieres que hagamos unos batidos y pidamos unas pizzas? —propuso.

—Pero ¿no habías sacado pescado para cenar? —le pregunté al tiempo que me sorbía los mocos.

Mi madre me apartó con suavidad el pelo de la cara.

—Creo que esta noche podemos pasar del pescado, ¿no crees?

Asentí levemente, e intenté responder a la sonrisa de mi madre con otra, pero mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Venga, cariño —dijo mi madre.

—Esto es… terrible —contesté, ocultando la cara entre las manos.

—Pasará, ya lo verás —me prometió.

—Mamá, ¿tú crees que estoy cometiendo una locura? —me atreví a preguntarle, ahora con la mirada puesta en ella.

Me dedicó una mueca que no supe interpretar hasta que habló.

—En el tema de las relaciones, son los implicados los únicos que pueden saberlo, porque, sí, me puedes pedir mi opinión o un consejo, pero tú y Hugo sois los que realmente conocéis vuestra situación y las circunstancias en las que os encontráis —me contestó—. Si tú estás convencida de ello, será la mejor decisión.

—Pero es que… —Procuré explicarme—: Creo que sí, que tiene que ser así, pero también me asaltan las dudas, quizá me estoy equivocando definitivamente y mandándolo todo a la

mierda. Yo… yo… —No pude finalizar la frase porque me puse a llorar otra vez.

—Ava, nadie te puede asegurar que salga bien o mal, cariño… En la vida, a veces nos equivocamos incluso cuando estamos convencidos de algo al cien por cien. Son esas las lecciones que nos enseñan de verdad.

—¿Y si nunca más me vuelvo a enamorar de esta forma…? ¿Y si Hugo es el único del que me enamore, al que quiera?

Mi madre me sonrió al tiempo que me secaba algunas lágrimas.

—Eso sí que te lo puedo asegurar. Volverás a enamorarte. Volverás a querer y volverás a sentir todas esas sensaciones y sentimientos maravillosos —sentenció.

—Lo dices muy segura, pero mírate a ti con papá. No has vuelto a estar con nadie —dije.

Y, para mi sorpresa, mi madre se rio.

—Que tú o Grace no hayáis sido testigo de ello, no significa que no haya existido nadie más.

La miré confundida porque no recordaba a ningún hombre en la vida de mi madre aparte de Eduardo —uno de los policías del pueblo— hacía unos años.

—Pero… —comencé.

Mi madre negó con la cabeza.

—Después de tu padre, he tenido alguna otra historia, Ava. Sin embargo, ninguna fue lo bastante interesante como para que conocierais a alguno de esos hombres.

—Entonces me estás dando la razón —murmuré.

Y mi madre me sujetó del mentón con suavidad para que la mirara.

—No, Ava. Cada uno tenemos nuestras propias experiencias y también nuestros propios deseos. Después de tu padre, yo ya no quise ni quiero otra gran historia de amor.

—¿Y si me pasa eso a mí? Desde que he conocido a Hugo, ningún chico…

—Cariño —me interrumpió mi madre—, eres muy joven y

tienes toda la vida por delante. Te aguardan millones de experiencias, y te aseguro que, sin lugar a dudas, volverás a encontrar el amor. Cuando menos te lo esperes.

Una única lágrima se me escapó al escuchar sus últimas palabras, porque no estaba tan segura de que me enamorara alguna vez más.

Por supuesto, me equivoqué, porque unos años más tarde Liam entró en mi vida.

Noviembre de 2017

Mojácar

Ava

Cuando terminé la carrera, pensé que tendría suerte y que con mi buen expediente encontraría trabajo rápidamente. Por supuesto, la vida tenía otros planes, y mientras el resto de mis amigos conseguían deplorables puestos de trabajo —aunque ya dentro de su sector—, yo no tuve tanta suerte. Por no decir ninguna.

Sí, trabajos con sueldos y horarios terribles sí que encontraba, pero en una pastelería, una tienda de ropa o de camarera. Y eso no ampliaba mi currículum.

Quería trabajar como traductora; puede que no alcanzara de primeras mi sueño de trabajar en una editorial, pero siempre había pensado que conseguiría algún empleo equiparable a los de mis amigos, no aquella ristra catastrófica de trabajos que apenas me permitían pagar mi parte del alquiler del apartamento al que nos habíamos mudado Caleb, Andrea y yo.

Leticia había echado el vuelo a Madrid, donde había encontrado un puesto como becaria en un bufete de abogados. Así que, tras probar suerte y no encontrarla en Granada, decidí intentarlo en Madrid, «capital de oportunidades», o así me lo vendía mi amiga.

Sí, tampoco fue así.

Junto a ese drama —que sucedía en 2017—, aparecía constantemente, además, la pareja del Kaura y la actriz Rosie Kerr: la chica, lejos de pasar de moda, parecía cada vez más consolidada en su carrera. Cada dos por tres me llegaban fotos de ellos cogidos de la mano y tapándose los rostros frente a la horda de *paparazzi* que les seguían a cualquier fiesta a la que acudieran; o veía fragmentos de entrevistas que le hacían a ella y acababan preguntándole por su actual pareja, y a ella se le iluminaba la mirada; por no hablar de los artículos de revistas de moda y cine, en los que más de una vez me topé, sin querer, con fotos de ambos posando en la alfombra roja o en los estrenos de Rosie.

Sí, no era una época fácil, y menos lo había sido el año anterior, cuando a principios de 2016 habían comenzado los rumores sobre el corazón de la actriz, pues parecía tener dueño… y todo apuntaba a un joven pintor que iniciaba su carrera con el mayor de los éxitos.

Aquella noticia me había caído como un jarro de agua helada, pero cuando al cabo de unos meses se confirmó y al año siguiente se convirtieron en la pareja de moda —puesto que el éxito de Hugo se había disparado—, me resultó muy difícil simular que no pasaba nada y que mi corazón no se agrietaba al toparme con una imagen, una noticia o un post informativo.

Aun así, me obligué a seguir adelante sin titubear, porque yo quería pasar página; además, también me alegraba que todo le fuera bien. Al fin y al cabo, yo había hecho mi elección y sacrificio, y parecía que a Hugo no le podía ir mejor.

A la postre, yo tenía razón cuando vaticiné que aquella actriz y modelo que aparecía en cada rincón era la clave para que la carrera de Hugo echara a volar.

Por una parte, me sentía orgullosa del éxito cosechado por Hugo, aunque mentiría si dijera que no me dolía ver que al final ambos habían acabado juntos.

No había vuelto a saber de él, y —como Caleb me solía recordar— era lo mejor para pasar página; porque, bueno, no la estaba pasando muy bien.

Sí, habían aparecido algunos chicos, pero nada importante. Algunos líos esporádicos que no llevaban a más de unas pocas citas.

Fuera como fuese, mi tiempo en Madrid tampoco conllevó un gran cambio, y acabé por regresar a Mojácar, perdida y sin saber cuál sería mi siguiente paso, pues temía continuar gastando mis pocos ahorros para sobrevivir en ciudades como la capital.

—Tienes que dar un giro de trescientos sesenta grados a tu vida, mi chica —dijo mi madre en una tarde de otoño de ese fatídico año.

—¿No me digas? —le contesté, algo rancia.

Sí, últimamente estaba malhumorada.

Nos encontrábamos en la terraza de casa, era fin de semana, y mi mejor plan consistía en jugar a las cartas con mi madre y Grace, que había venido a pasar el fin de semana con nosotras, ya que ahora era ella quien estudiaba en Granada, Ingeniería Informática.

—Vamos a trazar un plan —propuso mi alocada hermana.

Aquel año se había cortado muchísimo el pelo, de modo que los rizos se marcaran mucho más y parecía una seta roja, como me ocupaba de recordarle cada vez que me sacaba de quicio, es decir, muy a menudo.

—¿Y qué propones? —quise saber, mirándola mientras hacía mi jugada.

Deduje que me quedaban pocas manos para ganar.

Por supuesto, cuando Grace soltó el gran plan, todo aquello quedó en un segundo nivel.

—Irte a Irlanda y buscar allí la aventura —dijo mi hermana al tiempo que nos enseñaba su mano de cartas.

—¿Cómo? —le pregunté, casi trabándome.

—Pues lo que has oído. Aquí en España está claro que no encontrarás nada. Vete a Irlanda, que seguro que hay mejores oportunidades. El idioma lo tienes, por no hablar de la familia, así que hasta que te salga un trabajo tienes donde vivir…

—Pero… —comencé.

Sin embargo, mi madre me interrumpió con su entusiasmo habitual, hasta se levantó de la mesa.

—¡Me parece una idea fantástica! —soltó.

Y nos dejó solas en la terraza al meterse con prisas en nuestra casa.

—¿Adónde vas? —le preguntamos casi al unísono.

Pero nuestra madre nos ignoró completamente. Eso, o ni nos oyó.

Grace y yo nos miramos.

—¿Qué hace? —quise saber.

Y Grace, como toda respuesta, se encogió de hombros. Entonces retomó el asunto.

—¿Qué me dices? —tanteó—. Creo que es una idea muy buena. A los abuelos y a los tíos les encantará tenerte una temporada en el caso de que al final no encuentres nada que te convenza, y en el caso de que sí… *Voilà!* —Chasqueó los dedos.

—No creo que sea tan fácil, Grace —murmuré mientras recogía todas las cartas y me disponía a barajarlas.

—Pues yo creo que, independientemente de eso, es una buena idea. Cambiar de aires, recargar pilas… Aquí estás como apagada, sin saber qué hacer… —me rebatió ella.

No podía negarlo. Era cierto.

—… e Irlanda también es nuestra casa —prosiguió—, y siempre decías que querías estudiar allí una temporada, donde papá lo hizo.

—Mi tiempo de estudio ha terminado, por si no recuerdas.

—¡Por eso! ¿Te vas a quedar con esa espinita clavada? —Grace sonrió malvadamente, como si fuera consciente de que sus palabras iban calando en mí y poco a poco cobraban sentido.

De repente, un estallido interrumpió nuestra conversación y ambas chillamos asustadas; pronto descubrimos que procedía de la botella que mi madre acaba de descorchar.

—¿Qué…? —quise preguntar.

Pero mi madre se nos acercó con la botella y tres copas.

—¡Brindemos! ¡Por nosotras, por Irlanda y los nuevos comienzos!

Grace cogió la copa encantada, y yo la cogí a regañadientes. Sí, entendía el sentido de lo que mi hermana había planteado, pero ¿y si salía también mal? Era el último cartucho que me quedaba.

—No va a salir mal, Ava —dijo de pronto mi madre, como si hubiera pronunciado mis pensamientos.

—Eso no lo puedes saber, ni tú ni nadie —le aseguré.

Sin embargo, mi madre sonrió ampliamente y me llenó la copa con esa espumosa bebida.

—Va a ser una gran experiencia, porque, ¿acaso Granada y Madrid no lo han sido? —planteó—. Independientemente de que no hayas encontrado lo que buscabas, has vivido grandes momentos con tus amigos, y experiencias que te han hecho crecer como persona, ¿o no?

Me mordí el labio.

—Visto así… —asentí a regañadientes.

Mi madre y Grace rieron al unísono y elevaron las copas hacia el centro.

—Venga —dijo mi hermana—. ¡Por nosotras, Irlanda y los nuevos comienzos!

Acabé brindando y uniéndome a sus risas porque eran contagiosas, y porque estaban tan convencidas de mi nuevo comienzo que esa certeza me caló.

Una vez que la espumosa bebida bajó por mi garganta, las tres nos sentamos, y mientras Grace nos rellenaba las copas nuevamente, mi madre se fijó en mí.

—¿Qué? —pregunté ante su escrutinio.

Mi madre ladeó la cabeza y dio otro trago a la bebida sin despegar su mirada de la mía.

—Estoy pensando…

—¿En…? —quise saber, intrigada por su modo de mirarme.

—Antes de llamar a tu abuela para organizar todo lo de Irlanda… —comenzó.

Pero la interrumpí.

—Mamá, que haya brindado no significa que me vaya mañana mismo —me quejé, mirándola con incredulidad.

Ella siguió a lo suyo.

—Estoy pensando que necesitamos algún tipo de celebración —continuó, ignorándome vilmente—. ¡Oh, ya! —Se le iluminaron la mirada y el gesto, como si hubiera tenido una epifanía—. ¿Cómo no había caído antes?

—¿El qué? —quiso saber Grace, igual de emocionada.

—Me da miedo preguntar —murmuré yo, y dejé las cartas en un montón apartado al darme cuenta de que no continuaríamos jugando.

—Lo que usted, señorita, necesita —empezó a explicar mi madre, con la mirada puesta en mí—, es un funeral.

—¿Cómo que «un funeral»? —repetí yo.

—¿Quién ha muerto? —añadió Grace.

Y ambas miramos a mi madre sin entender nada; ella puso los ojos en blanco.

—No ha muerto nadie, pero, sí, lo que Ava necesita es un funeral. —Mi madre se levantó con entusiasmo—. Y no uno cualquiera, sino uno para las cosas que quiere sacar de su vida, o que la atan y no la dejan avanzar. Vamos a buscar una caja en la que guardar cosas que te recuerden a eso, para enterrarlo para siempre y emprender tu viaje como una persona totalmente renovada.

Por supuesto, ante tal explicación, mi hermana y yo tuvimos reacciones completamente dispares.

—¡Oh, me encanta! ¡Voy corriendo a buscarla, creo que tengo la caja perfecta para eso!

—¿Esto es en serio? Mamá, sin ánimo de ofender, ¿cuántas copas has bebido?

No hace falta señalar quién dijo qué.

Mi hermana salió disparada a buscar esa caja perfecta, y yo, a regañadientes, fui a mi habitación a desempeñar la ardua búsqueda de cosas que quisiera dejar atrás para emprender ese maravilloso futuro que me esperaba en Irlanda.

Aquello tomó más tiempo de la cuenta porque al rato —cuando mi hermana apareció con una caja de zapatos blanca y vacía que dejó sobre mi cama— empecé a guardar en ella algunas cosas; finalmente dejó de parecerme una tontería, en especial cuando revisé las postales que guardaba en el primer cajón del escritorio.

A las postales las acompañó una camiseta negra de Hugo que en los meses que estuvimos juntos en Granada había usado como pijama y que al final me había quedado. También deposité en la caja unas fotos de polaroid en las que aparecíamos juntos, aunque me cuidé bien de no mirarlas demasiado; las siguieron un mechero que se me quedó en el bolso tras mi visita a Londres, el maldito folleto de su primera exposición y aquella pegatina en forma de estrella que había en una estantería y que milagrosamente no se rompió al retirarla.

Por supuesto, el tatuaje en el hombro siempre me acompañaría, pero no quería borrar a Hugo por completo de mi vida. Al fin y al cabo, formaba parte de mi historia y, como mi madre siempre decía, «no todo lo que ha tenido un mal desenlace ha carecido de su parte buena, bonita y memorable».

Alejándome por fin del fantasma de Hugo, guardé entonces la chapa con mi nombre de la tienda de ropa donde trabajé, el delantal de la cafetería y el décimo de lotería que no me tocó, ese que compré con toda la intención puesta en abrir mi propio negocio y dedicarme a lo que ansiaba.

Una vez que lo tuve todo listo, cerré la caja y salí de mi habitación; pensaba que mi madre prepararía algún paripé, pero me sorprendió que ella y Grace me obligaran a salir de casa con ellas y la caja a cuestas, subir al coche y dirigirnos a la playa, concretamente, a la zona de nuestro antiguo instituto.

Ya había caído la noche; aunque no habían tocado las nueve, el

sol en esa época siempre se ponía mucho antes que en verano.

Cuando mi madre apagó el motor del coche, me asusté.

—¿Mamá?

—¿Tienes la caja? —preguntó ella al soltarse el cinturón.

—¿Qué hacemos aquí? —quise saber.

—Vamos a hacer el funeral, obviamente —contestó Grace.

Salieron del coche y yo no tuve más remedio que seguirlas, porque ni loca me quedaba sola allí.

—Pero ¿aquí?, ¿en el instituto? Sois conscientes de que está cerrado y no podemos entrar, ¿verdad? —tanteé, pues con ellas toda precaución era poca.

La reacción de ambas fue reírse, pero pronto vi que su objetivo no era el instituto sino el campo de la calle paralela, donde en vez de construcciones había vistas al mar.

Encendieron las linternas de sus móviles, y cuando llegamos al campito —en una de las situaciones más absurdas y surrealistas de mi vida—, mi madre sacó una pequeña pala de jardinería, con la que seguramente trabajaba las macetas de las plantas y flores de casa.

Me la tendió.

—¿Tengo que cavar yo? —le pregunté.

—A ver, no voy a ser yo —dijo rápidamente Grace—. Es tu funeral.

—No digas eso, Grace —contesté yo—. Da mal rollo.

—Venga, chicas, no queremos que nadie nos pille —nos apremió mi madre, que con ceremonia cogió la caja.

Pero tras su comentario, la miré histérica.

—¿Qué pasa? ¿Esto que vamos a hacer es ilegal? —pregunté nerviosa.

—A ver, ilegal, ilegal… pues no creo, hija —respondió ella.

Grace, atenta a mis reacciones, me quitó la pala y tras un suspiro se puso a cavar la tierra.

Mientras tanto, yo miraba tensa alrededor, a la espera de que en cualquier momento nos apuntara el foco de luz de un helicóptero y nos cercara la policía.

Sí, quizá exageraba.

—¿Habéis oído ese ruido?

—Ava, por favor. Cálmate —me pidió mi madre—. No vendrá nadie.

—Ya está —dijo, por fin, Grace.

Las tres observamos el agujero a nuestros pies. Por suerte, la tierra era blanda y en poco rato obtuvo el hueco perfecto, lo bastante profundo para meter la caja y que no se encontrara con facilidad.

Entonces miré a mi madre.

—¿Y ahora?

—Ahora —dijo mi madre al tiempo que me pasaba un brazo por encima de los hombros—, coges esta caja y la entierras. Pon todo el sentimiento en ello, hija. Que son cosas que estás dejando atrás…

—… para que te dejen continuar con tu fabulosa vida en Irlanda —añadió Grace.

Volví a mirar hacia abajo, con la caja entre las manos.

—Venga, te dejamos sola. Te esperamos aquí atrás, vigilando que no venga nadie.

—Madre mía… —murmuré para mí cuando ambas se alejaron y me quedé a solas con la caja y una sensación extraña.

Tuve la impresión de estar en una película, por lo surrealista que había sido el día. Pero, a ver, había sido idea de mi madre, y eso cabía dentro de sus parámetros. Mi especial y alocada madre, quien con los mínimos detalles confería a la vida un color especial, tal como era ella.

Así pues, mientras enterraba la caja, no solo pensé en lo que estaba soltando, sino en que mi madre, con esa idea, había logrado que finalmente dejara de lamentarme.

Vale, quizá había pasado de la lamentación al histerismo, pero una vez que la caja quedó cubierta con la tierra amontonada, se me dibujó una amplia sonrisa. Emocionada corrí hacia ellas, que me recibieron vitoreando, y, entre risas, nos fundimos en un abrazo desordenado pero lleno de ilusión y esperanza.

Y es que todo daba igual, porque las tenía a ellas conmigo, siempre. Tanto en lo bueno como en lo malo.

Era profundamente afortunada.

—Iréis a verme a Irlanda, ¿verdad? —les pedí mientras caminábamos hacia el coche.

—Por supuesto —respondió mi madre con una amplia sonrisa.

—¿Sabes? —dijo mi hermana al llegar al coche—, estoy convencida de que esto funcionará, y de que Irlanda comportará un antes y un después en tu vida.

Recuerdo que puse los ojos en blanco al reírme, y que intenté alborotarle el pelo mientras mi madre nos proponía que saliéramos a cenar a algún lado.

Tengo esa escena grabada en la memoria, tanto la cotidianidad del momento como la sensación que me embargaba al saber que, efectivamente, les haría caso e iría a Irlanda, que me marcharía a pesar de desconocer qué sucedería allí, y lo haría acompañada de esa emoción que empezaba a burbujear dentro de mí.

Y, al fin y al cabo, el vaticinio de mi hermana no erró, pues, para mí, Irlanda fue la clave. Tanto profesional como personalmente.

Allí encontré mi profesión.

Allí conocí a Liam…

Marzo de 2018

Dalkey, Irlanda

Ava

Llevaba cuatro meses viviendo en Irlanda, concretamente en el pueblo de Dalkey, donde vivían mis abuelos y algunos de mis tíos.

Era un pequeño pueblo costero y muy tranquilo situado al sur de Dublín, desde donde podías llegar a la capital en media hora de tren; no me pareció mal plan instalarme en la casa de mis abuelos hasta que viera qué tal me iban las cosas por allí.

Recuerdo que fui cauta al principio, no estaba muy convencida de que mi experiencia allí distara mucho de las que tuve en Granada y Madrid. Sin embargo, mi familia —concretamente, mi abuela Aisling— se encargó de que todo saliera bien rodado; y es que, como me decía con su encantadora sonrisa, «no hay nada mejor que conocer a la gente indicada», por lo que en menos de un mes estaba trabajando en la librería del pueblo.

Atender en aquella librería no era el trabajo que había soñado, ni siquiera tenía algo que ver con la traducción, pero estaba en contacto con los libros, y eso me encantaba. Además, se hallaba en una de las calles comerciales del pintoresco pueblo —Railway Road—, cuyos comercios tenían fachadas de distintos colores que daban un toque peculiar y bonito a ese lugar que no parecía tener mucha vida.

Me recordaba un poco a Mojácar, donde la mayoría de las personas se conocían, y rápidamente me familiaricé con la cotidianidad de allí.

Tenía dos compañeras en la librería con quienes hice buenas migas: Maeve, que junto a un pulcro orden en el aspecto laboral, llevaba una desordenada vida personal; y Saide, la tímida y dulce Saide. Por supuesto, echaba mucho de menos a mis amigos, especialmente a Caleb, con quien intentaba hablar todos los días. Sin embargo, aquellas dos chicas pronto se convirtieron en buenas amigas mías.

Evidentemente, la vida en Irlanda era distinta que en España. En parte, porque a la gente le resultaba raro que —a mis veinticuatro años— no estuviera casada ni tuviese novio; me lo dejaban ver en cada una de las conversaciones que mantenía con amigos de la familia que se detenían a saludarme y me

preguntaban sobre mi vida privada.

Sospechaba que en Dublín no me habrían incomodado con ese tipo de conversaciones. Salvo esos tensos interrogatorios que ponían a mi madre hecha una furia cuando se lo relataba por teléfono, estaba bien.

Sin embargo, ese adjetivo cambió rápidamente por uno mucho mejor cuando en una tarde lluviosa entró en la librería un hombre que rondaba mi edad. Iba trajeado y tenía pinta de haber entrado en la tienda debido al fuerte chaparrón que caía, pero cuando al darle la bienvenida sus ojos color avellana conectaron conmigo, algo debió de captar su interés, porque los siguientes días volvió a aparecer.

—Vaya, Liam —dijo Maeve tres días después, cuando le cobraba la nueva novela que se llevaba—. No conocía yo este afán tuyo por las novelas policiacas. ¿Ya te has terminado las dos que te llevaste ayer y antes de ayer?

—Eh, sí… sí. Leo rápido —contestó aquel.

Según mi compañera, era el hijo de unos amigos de sus padres; del pueblo, de toda la vida. Se llamaba Liam Walsh, trabajaba en la inmobiliaria del pueblo —la cual pertenecía a su padre— y era el mayor de tres hermanos. También debía saber que estaba soltero —un dato que Maeve me había recordado hasta la saciedad—. Y, por mi parte, habría sido ingrato declarar que no me interesaba especialmente esa información, pues aquel rubio con reflejos pelirrojos, barba recortada, sonrisa amable y nariz recta que aguantaba unas gafas redondas captó mi atención desde el día en que cruzó la puerta de la librería maldiciendo para sí.

Liam aceptó la bolsa que le tendía Maeve y salió con rapidez de la librería, no sin antes dirigir casualmente la mirada hacia donde yo estaba atendiendo a otra clienta.

Sonreí para mí, halagada, aunque también deseosa de que se atreviera a hablar conmigo directamente.

Pero Liam se hizo de rogar, porque, como decía Caleb, «lo bueno se hace esperar».

Eso exasperaba a Maeve, mientras que a Saide le hacía suspirar

la galantería de Liam y el hecho de que buscara un acercamiento lento conmigo.

Yo me reía de sus eternas discusiones sobre aquel tema —cada una en un bando opuesto—, sin confesarles que esperaba con emoción la hora en que se presentaba en la librería —siempre a las cinco en punto de la tarde—, y cómo poco a poco lograba acercarse a mí.

Estaba acostumbrada a hombres que no se iban por las ramas, y con Liam todo fue distinto, hasta la manera de pedirme para salir. Que lo hiciera a través de los libros fue, quizá, un plus especial.

Tras unas semanas, dejó de comprar libros, tan solo se paseaba entre las estanterías repletas y echaba algún vistazo a las novedades mientras mantenía una breve conversación con Maeve —que era la única que se atrevía a hablarle directamente—; después, antes de marcharse, dedicaba un rato a hojear algún otro libro que, curiosamente, siempre depositaba en otro sitio, por lo general en la mesa circular al lado de la entrada de la librería, donde teníamos expuestas las ofertas especiales o novedades de autores best seller.

Liam no era el típico cliente que desordenara los libros, así que aquello captó mi atención. Y un día, y mientras Maeve lo maldecía, me dio por abrir el libro. Cayó un trozo de papel.

Mi corazón se volvió loco al descubrir que en el papel había escrito una frase:

Me gusta cómo miras concentrada el ordenador.

Nada más.

Tan solo aquellas palabras. Que, bueno, podían estar dedicadas a cualquiera de las tres, porque todas usábamos el ordenador y lo mirábamos concentradas cuando teníamos que consultar el *stock*, hacer pedidos o las terribles devoluciones.

Sin embargo, no fue la única, y, día tras día, me iba dejando notas; en ellas alababa cualidades de aquella chica inconcreta, pero

de quien le encantaban el sonido de su risa, las pecas en el rostro, la calidez de la voz y que llevara el pelo trenzado. Con esa última pudimos descartar a Maeve, pues ella tenía el pelo corto y rizado, y aunque mis compañeras estaban convencidas de que los mensajes eran para mí porque Saide tenía novio y Liam lo conocía, y también por la manera en que él me buscaba siempre en la librería, yo no estaba segura al cien por cien.

No hasta que un día, por fin, se atrevió a dar el paso.

Llevábamos al menos dos semanas entretenidas con las notas misteriosas, y aquel día iba a salir más pronto de lo normal. Tenía que ayudar a mis abuelos con algunas compras en la capital, y no me habían puesto problemas a la hora de cambiar el horario.

Tras despedirme de las chicas, que estaban atendiendo a varios clientes que se encontraban en la librería, salí con prisas y sin mirar, por lo que me choqué con alguien o, más bien, con Liam.

—Perdona —le dije avergonzada.

Sin embargo, fue él el que se sonrojó por completo al ver que era yo quien había chocado.

—No pasa nada —logró decir.

Y tras un instante de silencio incómodo, le sonreí y continué mi camino.

No tardé en oír unos pasos detrás de mí; me sorprendí al sentir que me tocaban suavemente la espalda. Me di la vuelta y lo descubrí, todavía sonrojado pero dispuesto a no perder más el tiempo.

—Hola… no sé… no sé si has visto las notas… pero… me preguntaba si… ¿Te gustaría ir a tomar un café conmigo?

Lo preguntó con atropello, pero al final me dedicó una sonrisa ladeada que podía poner a más de una en problemas. ¿Cómo un chico tan guapo podía ser tan vergonzoso?

—Perdona, pero justo voy a Dublín…

—¿A vivir? —preguntó horrorizado.

Y yo me reí.

—No, a ayudar a mis abuelos con unas compras. Así que, si el café puede esperar a mañana, estaré encantada de tomarlo.

Liam me respondió con una de sus sonrisas más amplias y, tras intercambiarnos los teléfonos, continuamos nuestros caminos. Y así comenzó nuestra historia, que fue un adelanto de lo que me esperaba, puesto que Liam era un hombre dulce, calmado y atento, y, pese a lo que había creído tiempo atrás, me enamoré rápidamente de él, hasta los huesos.

Nuestra relación resultó tan fácil que sospeché que estuviéramos predestinados. No había discusiones ni constantes impedimentos, solo nos dejábamos fluir y disfrutábamos. Cuando llevábamos unos meses conoció a Caleb en una de sus visitas exprés, y mi amigo quedó tan cautivado por él como lo estaba yo, igual que Grace. Así que solo le faltaba por conocer a mi madre, que vendría seguramente en verano a pasar unos días.

Sí, no podía estar más feliz.

Sin embargo, no todo sería tan maravilloso.

Enero de 2019

Dublín

Ava

Principios del nuevo año.

Un momento lleno de propósitos y emociones. De nuevos comienzos. «Olor a deseos», como decía mi madre. Y ahí me hallaba yo, huyendo con un billete de última hora hacia París para encontrarme con mi mejor amigo en una escapada repentina con la esperanza de poder reorganizarme la vida.

¿El impulsor de aquel viaje? Se podría decir que estaba en mi

mano izquierda, concretamente, en mi dedo anular: un anillo entregado hacía unos días con una propuesta de la que no sabía qué pensar ni qué decir, a pesar de haber dado ya una respuesta.

Pánico.

Eso era lo que sentía. Pánico y asfixia, porque, aunque todo iba bien, ¿había tanta necesidad de poner el turbo?

Liam, el chico de los domingos con paseos en la naturaleza, el de «mejor perros que gatos», el del café con extra de espuma y la perdición por la masa de galletas, había comenzado el año pidiéndome matrimonio tras volver de la fiesta de fin de año en nuestro pequeño apartamento de Dublín, donde nos habíamos mudado tras cinco meses de relación en un acto de locura cuando conseguí un puesto como traductora técnica en la capital.

Liam no dudó en seguirme, y yo, enamorada como estaba, pensé fervientemente que no podía irme mejor.

Él mantenía el puesto en la inmobiliaria de su padre, ya que tan solo tardaba media hora en llegar al pueblo, y yo inicié mi carrera como traductora. No fue tal como soñaba, pero sí con un buen sueldo y un horario aún mejor.

¿Y seis meses después me pedía matrimonio? No solo eso, sino que él intentaba convencerme de que lo mejor era volver a Dalkey, donde podríamos comprarnos una vivienda unifamiliar en la que formar nuestra familia de tres hijos y un perro.

¿Cuándo… cuándo habíamos decidido eso? Yo tan solo tenía veinticinco años. Por mucho que lo quisiera, mis planes no consistían en casarme cuando tan solo llevábamos un año de relación, y, mucho menos, formar ya una familia.

Tenía millones de planes antes que «ponerme a jugar a las casitas», como se refirió Caleb al asunto cuando lo llamé en un estado de pánico absoluto la misma noche en la que Liam me pidió matrimonio y en la que yo, por no montar una escena, le contesté que sí.

Caleb propuso la escapada a París, y —gracias a que no hubo inconvenientes en el trabajo para cogerme unos días libres— allí me encontraba: en el asiento junto a la ventanilla, rezando por

poder dormirme en vez de continuar machacándome con esos pensamientos que me ahogaban.

Y en ese tumulto de cavilaciones, sin remedio alguno, pensé en él. En mi *él* particular, ese que tenía guardado bajo llave en la mente, en los recuerdos… y en el corazón.

¿Cómo estaría?

¿Qué estaría viviendo?

¿Pensaría en mí?

Enero de 2019

Londres

Hugo

Oí que la puerta se cerraba, pero no me molesté en darme la vuelta para cerciorarme de ello.

Estaba más ocupado en saborear el amaderado whisky con la vista fija en el fuego de la chimenea, que me tenía embelesado y captaba mi atención durante unos instantes que parecían eternos pero que me llenaban de paz, pues mi mente quedaba en blanco.

Había tomado una decisión y aquello era definitivo, porque en los últimos años, cuando había tomado decisiones con tal determinación, no había errado; así que, sí, no iría a Berlín para aquella exposición, no aceptaría nuevas entrevistas, no haría nada, aparte de descansar.

Lo necesitaba.

Llevaba cuatro años sin parar. Vivía atropelladamente, y a pesar de que no me había ido nada mal, notaba que era el

momento de echar un poco el freno.

Seguía viviendo en Londres, ahora en un piso para mí solo; era un ático en Mayfair y tenía a Rubén de vecino, quien, tras la muerte de George, se había convertido en mi representante/acompañante/mano derecha.

George nos había dejado tras un segundo infarto; a pesar de la tragedia, sabíamos que se había ido tras haber exprimido la vida a tope, rodeado de gente que lo quería y admiraba, y tras haber ayudado y dado grandes lecciones de vida.

En su funeral volví a ver a Rosie; desde nuestra ruptura a finales del 2017 no nos habíamos vuelto a encontrar. Seguramente, ella se había cuidado mucho de no hacerlo, porque, para ser franco, a mí me daba igual.

A Rosie le guardaba un gran afecto, a pesar de los problemas que encontramos al final de nuestra historia, que tampoco fue un drama para mí, porque ¿qué puedes sentir al finalizar una relación que en teoría debía ser romántica pero que para ti consistía únicamente en cariño y sexo?

Nunca la engañé; fui claro cuando, tras mi regreso a Londres, ella puso todo el empeño en hacerme saber que estaba interesada en mí. Le advertí que solo la veía como una amiga, pero Rosie sabía buscarte las cosquillas, y era difícil resistirte cuando eras un hombre libre ante tal belleza y tanta pasión.

Finalmente nos enredamos más de lo que me habría gustado, y de manera gradual me dejé hacer —o «querer», como decía Rubén —, pero Rosie abría ante mí un abanico de experiencias que no vivía cualquier mortal común, aunque pronto comencé a cansarme de sus excesos, fiestas sin fin y persecución de *paparazzi*.

La fama conlleva un riesgo para la gente como Rosie, que poco a poco se dejó cercar y asfixiar, y se convirtió en una chica insegura, exigente y pasada de rosca. En más de una fiesta había tenido que sacarla en brazos porque era incapaz de andar por sí misma. Y ese era un mundo que yo odiaba.

Así que fue inevitable que terminara nuestra relación. Pocos meses después, la prensa la relacionó con un cantante de pop, y a

mí, por lo menos, me dejó de perseguir esa panda de sabuesos en busca de cualquier cotilleo absurdo con el que marear a su audiencia.

A pesar de toda la marabunta que resultó ser Rosie, mi carrera continuó cosechando éxitos; no puedo afirmar lo mismo de mi vida personal, que —como decía Rubén— comenzaba a ser «demasiado desquiciante no verme con la misma chica más de dos días seguidos».

Y yo no lo iba a negar, pues, al fin y al cabo, mi mejor amigo tenía razón. Necesitaba hacer una pausa. Detenerme, respirar hondo y ver qué sucedía.

Aunque me hiciera recordar. Aunque fuera doloroso. Porque quizá, así, encontraría la paz que buscaba.

Enero de 2019

París

Ava

—Bueno, pues aquí estamos —se quejó Caleb—. En la puñetera ciudad del amor, ambos solteros, y ¿no tienes mejor plan que arrastrarme a una exposición de una panda de artistas muertos?

—Venga, anda, déjate de llantos, que es un plan genial —canturreé mientras me ponía la boina.

Me la había comprado tras verla en el escaparate de una tienda cerca del hotel en el que nos alojábamos. Era roja y completaba a la perfección el look de chica parisina. Mientras tanto, Caleb se

recolocaba las orejeras con una sola mano, ya que la otra le quedaba inmovilizada porque yo estaba colgada de su brazo.

—Oh, sí —continuó quejándose Caleb—. ¿Y por qué cojones hace tanto frío?

—Es París en enero, ¿qué pensabas? ¿Sol y temperaturas agradables? —lo pinché—. Además, te advertí que te compraras ropa térmica, pero como eres un rata…

—Para tres días que voy a estar aquí, ¿qué necesidad?

—Pues no te quejes ahora —me reí a mi pesar.

Caleb, con la nariz roja por el frío, maldecía por lo bajo.

—¿Y queda mucho para llegar a la maldita exposición? —volvió a gruñir.

Yo, como respuesta, le sacudí el gorro de lana que asomaba por debajo de las enormes orejeras.

—No sabes cuánto te he echado de menos —dije al tiempo que apoyaba la cabeza sobre su hombro.

Caminábamos por las heladas calles de París, que, a pesar de las bajas temperaturas, estaban repletas de personas.

Caleb refunfuñó de nuevo, pero acabó sonriendo, y volvió la cabeza para depositar un beso sobre mi boina.

—Vaya una manera más fantástica de empezar el año —dijo.

Y lo tuve que mirar para descifrar si lo decía con ironía o en serio. Como si entendiera mi debate, se explicó:

—Sí, yo lo terminé fatal, con toda esa crisis, y el inicio del nuevo año no ha sido el mejor, con la ruptura con Luis. Tampoco tú has empezado bien, huyendo de tu vikingo…

Puse los ojos en blanco por el apodo que le había otorgado a Liam, porque estaba yo más cerca que él de parecerme a un vikingo.

—… pero aquí estamos. Los dos juntos, dispuestos a darlo todo estos días, a comernos la noche de París, aunque comencemos con esta exposición; es que no sé por qué me he dejado arrastrar, cuando podría estar poniéndome hasta el culo de cruasanes.

—Siempre tan poético —sonreí, negando con la cabeza.

Levanté la vista y señalé con el dedo—. Mira, ahí está.

—*Oh là là!* —canturreó, ironizando su entusiasmo.

Nos acercábamos por la estrecha calle a la fachada del Atelier des Lumières, un centro artístico con exposiciones de grandes obras en un formato inmersivo, con proyecciones multimedia y música, que lograban envolver a los visitantes con el arte.

La exposición que había llamado mi atención *a priori* fue la de Cézanne, sin embargo, cuando me puse a ver las demás exposiciones que tenían, me resultó imposible ignorar la que venía bajo el título del «Arte guiado por estrellas».

—Oh, por fin —exclamó con alivio Caleb cuando entramos en el museo—, creía que nos convertiríamos en cubitos de hielo, ¿cómo pueden vivir con esta temperatura?

Le clavé el codo en las costillas para que se callara. Sí, era poco probable que hablaran español, pero prefería prevenir que curar; aunque, siendo sincera, con la cantidad de gente que había dentro, era imposible que alguien estuviera atento a nuestra conversación.

Primero visitamos la de Cezánne; tal como había imaginado al elegir ese tipo de exposición, a Caleb le gustó la puesta en escena y le parecieron interesantes la información y las obras del artista. Sin embargo, llegados a su fin, declaró que ni loco se metía en otra, que prefería esperarme tomando un café en alguna cafetería, o en el cementerio del Père-Lachaise, pues quedaba a un corto paseo del museo y le llamaba especialmente la atención.

Así que, sola, me encaminé a la siguiente exposición, donde se prometía un recorrido en la historia del arte sobre la representación de las estrellas, algo imposible de ignorar.

El comienzo de la exposición era muy parecido a la anterior: un recorrido por pasillos en cuyos altos techos se proyectaban las obras, pinturas rupestres, frescos del siglo II, la Edad Media, el Renacimiento… se mostraban distintas corrientes y movimientos artísticos, y cada uno representaba las estrellas de una forma diferente.

Contemplé una inmensa proyección de *La noche estrellada*, de

Van Gogh, donde las estrellas y ese cielo peculiar se movían sinuosamente, siguiendo los trazados de su creador; me vi envuelta por el peculiar arte de Pollock y su obra titulada *Estrella fugaz*, uno de sus primeros cuadros, con el que dejaría de lado la pincelada para comenzar a crear en tan característico estilo; Joan Miró y sus veintitrés Constelaciones me mantuvieron atenta a cada detalle, proyectadas a gran tamaño.

Sin embargo, me quedé completamente cautivada por el *Infinity Mirror Room*, de la artista Yayoi Kusama. Era uno de tantos, porque —como leí en la información proporcionada— la artista tenía una serie, y este mostraba una pequeña parte de lo que para ella representaba el universo infinito realizado con miles de luces diminutas que parecían no acabar nunca debido al reflejo de los espejos que circundaban la escena.

Yo di vueltas sobre mí misma maravillada, admirando la manera en que los tonos de la sala pasaban de un frío azul polar a un cálido rojo y luego a un mágico dorado, y cuando cambió a un oscuro púrpura, lo vi.

Y parecía que él me había visto hacía rato.

Enero de 2019

París

Hugo

Ahí estaba, aquella chica de boina roja ladeada, permitiendo que el largo cabello ondulado le cayera con gracia por su espalda, con una sonrisa emocionada mientras daba vueltas sobre sí misma,

dejándose cautivar por el arte de aquella sala mágica.

Allí estaba Ava, mi Ginger.

Y yo tan solo me quedé ahí, a escasos metros de distancia, admirando su belleza y felicidad ante lo que sus ojos presenciaban, y juro que no había nada ni nadie que pudiera dejarme de esa manera, como lo hacía ella.

Ese fue un instante de completo autoconocimiento, de saber que, pasaran las personas, momentos y circunstancias que pasaran por mi vida, Ava siempre tendría esa capacidad.

La de silenciarlo todo alrededor, la de saber que nada más tendría tanta importancia y relevancia en mi vida como aquella pelirroja que, de pronto, me descubrió entre esa lluvia de estrellas, entre ese universo infinito.

Qué jodida ironía.

Qué puta maravilla.

Cuando Ginger me reconoció, me dedicó una de sus sonrisas, esas que podían congelarme el corazón durante un microsegundo, para luego bombear con desaforo, como si saltara al vacío.

Respondí a su sonrisa con la mía y —eso sí— acorté la distancia entre ambos mientras ella, con el juego de estrellas salpicándole la cara, me seguía mirando y dejaba que fuera yo el que se acercara.

Cuando llegué a su altura, Ava, tan bonita, aún sonreía. Joder, qué guapa era, y eso estuve a punto de decirle, pero fui cauto y me contuve.

—¿De verdad que eres real?

Su pregunta me hizo reír, en especial cuando alargó una mano para tocarme el brazo derecho.

—Soy un producto de Kusama. Mi holograma solo se aparece a las chicas guapas —contesté divertido.

Ava se rio con ganas, y algunas de las personas que disfrutaban de la exposición nos miraron con mala cara; pero los ignoramos.

—¿Qué haces aquí, en París? —preguntó entonces Ava, mirándome con interés—. ¿Estás exponiendo o es que ahora vives aquí?

Negué con un gesto de cabeza, y me martiricé al tomar conciencia de que ella, la persona más importante de mi vida, supiera tan poco de mi día a día. Pero así eran las cosas…

—Unas vacaciones. Quería alejarme de todo. —«Y entonces te encuentro», pensé para mis adentros—. ¿Y tú, Ginger?

Su sonrisa se entristeció un poco, y no supe si fue porque recordó entonces el cuadro al cual debía su sobrenombre, por el motivo por el que estaba aquí, o porque había tenido el mismo pensamiento que yo.

—Una escapada de tres días —respondió sin resolver mis dudas.

—¿Sola?

La miré sorprendido, pero ella negó y logró que mi corazón se apretara en un gesto injusto.

Era imposible que Ginger siguiera sola.

—Con Caleb.

Volví a sonreír, encantado de saber que no había otra persona, por lo menos en ese viaje.

—Vaya, ¿y tenéis guía turístico? —pregunté guasón.

Ava me estudió intrigada.

—¿No has dicho que estabas de vacaciones? —remarcó entonces.

—Pero es que resulta que me compré una casa aquí, en la ciudad de las luces.

«Y del amor», me dije mientras observaba su rostro y admiraba cada leve cambio que el tiempo había depositado en ella.

—Ya no está —señalé sorprendido.

—¿«Ya no está» qué? —repitió sin entenderme.

Pero cuando le toqué suavemente la punta de la nariz, no necesitó que añadiera nada más.

—¡Uff, sí! No sé cómo me dejé convencer por Leticia y Andrea, pero cuando empecé a trabajar en una cafetería, me obligaron a quitármelo, y nunca más me lo volví a poner —me explicó, refiriéndose al *piercing* que había llevado en su respingona nariz durante la época universitaria.

—¿Tú, trabajando en una cafetería?

—Ey, lo hice muy bien —contestó dolida.

Y yo me reí.

Volvieron a mirarnos mal, y examiné alrededor.

—¿Qué me dices?, ¿queréis un tour?

—¿Gratis? —Ava arqueó una ceja.

Joder, tuve ganas de besarla.

—Ya me pensaré el cobro —contesté sin dudarlo.

No se me escapó que ella contuvo una sonrisa; y acabó por asentir.

—Está bien. Enséñanos París.

Extendí la mano, y me la estrechó sin titubear, así que nos saqué de la sala estrellada, para vivir uno de los fines de semana más mágicos de mi vida.

Cuando salimos del museo, no nos resultó difícil encontrar a Caleb; devorando una caja de *macarons*, se dirigía al cementerio. Su sorpresa al verme fue recibida con cariño, y me bombardeó con preguntas sobre mi vida como artista y escuchó mis respuestas realmente interesado.

Tenía cariño a Caleb. El tiempo había demostrado que era un buen amigo de Ava, alguien que siempre estaría ahí para ella, y eso era algo inmensurable.

Aceptó encantado que fuera su guía por lo menos aquella tarde, y, como no podía ser menos, los insté a coger el metro para dirigirnos al barrio de Montmartre; al bajarnos en la parada de Blanche, lo primero que nos recibió fue el Moulin Rouge, el famoso cabaret donde Caleb nos obligó a fotografiarlo en varias poses divertidas.

Les enseñé la famosa cafetería de *Amélie* y el muro de los *Te amo*, de los artistas Frédéric Baron y Claire Kito. Allí estuvimos admirando aquella pared de baldosas negras con más de trescientos «Te amo» escritos en distintos idiomas. También allí miré de soslayo a cierta pelirroja que estudiaba maravillada todas esas lenguas, y percibí un anillo en su anular izquierdo.

Pero pronto descubrí que no era el único que había estado observando a alguien, pues Caleb se arrebujó bajo la bufanda de lana al tiempo que apartaba de mí esa mirada de oscuros ojos.

—Es increíble que se pueda decir «te quiero» de tantas formas, ¿verdad? —preguntó Ava a nadie en particular.

Y ninguno de los dos le contestamos, porque nos centramos de nuevo en ese muro especial, conscientes de la magnitud de lo que teníamos enfrente.

De cuántas maneras podíamos decir esas dos sencillas palabras que significaban tanto…

Después les enseñé Le Moulin de la Galette y continuamos con la escultura dedicada al escritor Marcel Aymé; caminamos hasta La Maison Rose y, por supuesto, Caleb propuso que nos detuviéramos ahí para tomar un café, pero le prometí que conocía un lugar mejor. Accedió solo tras hacer un *book* completo de Ava ante la fachada rosa del peculiar y coqueto restaurante; entendí su empeño, pues Ginger estaba especialmente guapa con su boina y abrigo rojos.

Finalmente llegamos a la famosa cafetería Le Consulat, que, con su emblemático toldo de rayas rojizas y verdes, nos esperaba repleto de turistas y clientes, como siempre. Pero la espera merecía la pena —tal como insistí a Caleb—, y allí, en la plaza de Tertre, frente a los artistas ocupados con sus acuarelas y carboncillos, nos dedicamos a descansar rodeados de arte.

Estaba ya ocultándose el sol, y Caleb nos sorprendió despidiéndose.

—Yo creo que me voy al hotel. Me apetece darme un baño caliente y descansar del trote de todo el día.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —preguntó Ava.

Y mantuve una expresión de serenidad, porque sabía que con eso llegaba la despedida de aquella tarde que no quería que terminara nunca.

—No. Yo me voy. Tú quédate —le contestó Caleb, sorprendiéndonos—. Cojo el metro tranquilamente y nos vemos luego en el hotel.

—Pero… ¿cómo te voy a dejar solo? —insistió ella.

Decidí guardar silencio, pues algo me decía que la marcha de Caleb era intencionada, que lo había macerado en silencio desde el momento en que yo había aparecido.

—Mujer, no te voy a estropear la maravillosa visita que está haciendo Hugo. Disfruta de lo que queda, y luego nos vemos en el hotel. Ya sabes que a veces soy un poco penco y prefiero descansar. —Caleb le guiñó el ojo y se acercó a abrazarla para despedirse—. Mañana será otro día, ¿sabes?

No pude interpretar en profundidad esa despedida, pero luego Caleb se dirigió a mí para despedirse.

—Gracias, Hugo. Eres el guía turístico más interesante que he tenido nunca, y, sí, me refiero a «guapo».

Me reí ante sus palabras y nos abrazamos.

—Yo también me alegro de verte —dije, todavía abrazados.

—Cuida de ella, ¿eh? —me susurró; después se separó, no sin antes lanzarme una mirada que tampoco supe cómo interpretar, o quizá… sí.

Caleb nos dejó solos; cuando, siguiendo mis indicaciones para pillar la boca del metro más cercana, desapareció de nuestra vista al doblar la esquina, Ava se centró en mí.

—Bueno, al final solo somos tú y yo —dijo encogida de hombros.

—A mí no me parece nada mal —contesté.

Y fui testigo de cómo sus mejillas se sonrojaban al entender con ello que había captado la intención de aquella sencilla frase.

—En fin —carraspeó Ava, mirando alrededor—, ¿adónde me llevarás ahora?

«Al fin del mundo, si me lo pidieras», pero eso también me lo

guardé para mí.

—Puedo enseñarte el Sagrado Corazón y ver el atardecer desde ahí.

—Me encantaría. —Volvió a sonreírme.

Y a mí se me olvidó respirar.

Así que eso hicimos; desde la plaza se tardaba unos escasos minutos en llegar a la basílica, solo había que subir la empinada y curva carretera empedrada con numerosos turistas que, como nosotros, no querían perderse aquel espectáculo.

Admiramos la basílica desde fuera y disfrutamos de las impresionantes vistas sobre la ciudad; sin embargo, la atmósfera había cambiado desde que Caleb nos había dejado solos, estaba cargada, y ambos lo notábamos.

Dejé que Ava tomara la iniciativa y decidiera qué camino tomar. Cruzó la fachada principal de la basílica y nos llevó a uno de los costados —el de la derecha—; tras descender unas empinadas escaleras de piedra con altos árboles a los lados que se mecían por el viento helado, y acompañados de la música de fondo de un saxofonista que pedía dinero frente a la basílica, Ava me sujetó por la solapa del abrigo y me atrajo hacia ella sin preguntar, tan solo besándome con esas mismas ganas que yo había mantenido al margen.

Desaparecieron el frío, la música, París.

Solo quedamos nosotros, devorándonos como cada una de las veces que el destino hizo que nos cruzáramos.

Enero de 2019

París

Ava

Podría excusarme en que fue un acto inconsciente, completamente espontáneo e impulsado por una locura transitoria que… que no existía, porque desde el momento en que Hugo apareció en aquella sala donde las estrellas infinitas nos envolvían, desde el instante en que se ofreció a acompañarnos ese día… desde ese momento no hubo un segundo que no me imaginara acortando definitivamente la distancia para besarlo como necesitaba. Como quería.

Así que, sí, lo besé. Y él respondió al gesto con el mismo entusiasmo, reencontrándonos contra todo pronóstico.

Sabíamos que ese encuentro era un regalo, como una tregua, un paréntesis en nuestras vidas. Yo no sabía qué le esperaba a su vuelta, en Londres. Él tampoco quién me esperaba en Dublín; sí, lo había pillado observando mi anillo de compromiso varias veces a lo largo de la tarde.

Pero eso daba igual. Ahora estábamos nosotros dos, ese beso en el atardecer y un París mágico que siempre me recordaría a Hugo, con quien todo era fácil y natural como el respirar. Como el juguetear de nuestras lenguas, como nuestras respiraciones entremezcladas.

Habían pasado años desde la última vez que nos habíamos visto en esa triste tarde en Mojácar, pero el tiempo no había transcurrido, con nuestras almas danzando al reconocerse, al estar de nuevo juntas…

Nos subimos a un taxi y Hugo, en un exquisito francés, dio unas indicaciones al conductor. El camino me resultó eterno pero completamente excitante, porque a distancia, nos estudiábamos con avidez, sin tocarnos y siendo conscientes de lo que nos esperaba en cuanto llegáramos a nuestro destino, que era la vivienda de Hugo.

Irremediablemente, sonreí ante su intensa mirada, y le oí maldecir mientras me devolvía la sonrisa. Me reí, conocedora de que ponía todo su empeño en no lanzarse sobre mí para evitar un

espectáculo dentro el taxi. Mientras tanto, aquel conductor canturreaba al ritmo de la música que emitían por la radio, acompañándonos suavemente en nuestro dulce tormento.

Al final llegamos; de la mano, bajamos del taxi y tras cruzar el portal antiguo y de altos techos que en otras circunstancias me habría detenido a observar con admiración, Hugo volvió a atraparme entre sus brazos, guiándome hacia el ascensor, que nos llevó al último piso.

Y ahí dejé de prestar atención a todo lo que no fueran los besos de Hugo o sus manos recorriendo mi cuerpo, erizándolo, volviéndolo loco.

Nos desnudamos capa a capa, con calma pero sin dejar de robarnos besos, contra una pared que fue testigo de nuestra pasión, de cómo rodeé con una pierna las caderas de Hugo, de cómo él me sujetó por la cintura impidiendo que perdiera el equilibrio. De cómo los besos quedaron interrumpidos por nuestros jadeos cuando él entró en mí, de cómo susurró mi nombre antes de que nos devorara el clímax a los dos.

—Entonces ¿aquí también pintas? —le pregunté.

Estaba envuelta en una sábana blanca que me había prestado mientras recorría desnuda el pequeño piso. Me había entretenido en la zona del taller, más grande que el resto del *loft*, donde unos grandes ventanales franceses de madera antigua permitían oír el silbido del fuerte aire de fuera al filtrarse; sin embargo, no se pasaba frío gracias a la calefacción de pellet que Hugo había hecho instalar en la casa.

—A veces —contestó detrás de mí, observándome—, pero no estos días. He venido a descansar, ¿recuerdas?

Yo estudiaba los lienzos y botes de pintura repartidos sin orden alguno, y al percibir su mirada volví la cabeza para encontrarlo; inevitablemente, recorrí su pecho desnudo, nuevos tatuajes decoraban su piel y le bajaban por el brazo derecho. Ladeé la cabeza y solté un pensamiento que burbujeó en el aire.

—Nunca me has pintado a mí.

Dejé que la sábana escurriera por mi hombro, descubriéndolo, y su mirada de ojos azules se dirigió hacia esa porción de piel desnuda.

—En realidad, sabes que sí. Hace muchos años… —Me buscó con la mirada con tal intensidad que la diversión pasó a un segundo plano—. De ahí viene tu mote, «Ginger».

—Pero ¿tú estás seguro de que era yo?

—¿Lo dudas? —preguntó, acercándoseme—. Aun cuando no nos conocíamos, el destino se empeñaba en cruzarnos, Ginger.

Tras volverme completamente hacia él, estudié su rostro y levanté una mano para acariciárselo, esa cara que tantas veces rebuscaba en mis recuerdos.

—Me habría gustado explicarte aquella anécdota personalmente, pero ya sé que alguien se encargó de hacerlo por mí —declaró.

Y yo sonreí tristemente.

—No pasa nada. Fue muy bonito conocerla —dije.

Nuestras miradas volvieron a enredarse de esa forma en la que nos decíamos demasiadas cosas durante unos silencios que tanto significaban.

Carraspeé, desvié la mirada y retrocedí un sencillo pero significativo paso.

—¿Y has pintado a muchas más chicas? —bromeé, y me divirtió ver su ceja arqueada.

—¿Y si te digo que a unas cuantas?

—¿De veras? ¿Posaron para ti? —quise saber, y dejé caer muy intencionadamente la sábana al suelo, mostrándome de nuevo totalmente desnuda.

Su mirada no perdió el tiempo, me recorrió con avidez. De un

modo tan suyo que encogió mi corazón de una manera… de una manera bonita, recordándome los especiales momentos que vivimos juntos en Granada, y los escasos días en Londres, antes de que todo volviera a separarnos.

—¿Quieres posar para mí, Ginger? —tanteó él al tiempo que empezaba a caminar hacia mí, sin poder disimular su excitación.

—Bueno, si han posado muchas mujeres para ti, no creo que…

Hugo no me permitió terminar la frase.

—Aunque hubieran posado un millón, ninguna sería como tú.

Me volvió a besar lentamente, de ese modo que me hacía perder la cabeza, entre su olor, sus caricias tentativas, y su cuerpo duro contra el mío.

Mientras yo me dejaba hacer, me guio hacia una de las mesas de trabajo y, tras colocar la sábana sobre ella, me indicó que me sentara.

Observé cómo preparaba las pinturas, acercando varios botes junto a mí; pero mi confusión llegó al ver que extendía una nueva sábana blanca sobre el suelo en vez de preparar un lienzo.

—¿Y el cuadro? —pregunté al fin.

—El cuadro, Ginger, eres tú —contestó, llegando de nuevo donde me encontraba sentada.

Y no lo entendí hasta que lo vi meter varios dedos dentro de un bote de pintura acrílica roja antes de acariciarme desde el cuello y bajar por mi pecho derecho, para robarme el aliento con el cambio de temperatura.

No necesité más explicaciones, me dejé hacer, disfruté de sus caricias, que me recorrían la piel cubriéndola de nueva pintura que mezclaba sobre el rojo, consiguiendo así nuevos tonos. Poco a poco, me atreví a hacerle lo mismo, y una vez incorporada, comencé a dejar marcas de pintura sobre su piel.

Había tantos colores, tantas emociones…

Acabamos de la única manera posible —y como él bien había imaginado—, haciendo el amor sobre aquella sábana blanca que recogió las marcas de nuestros cuerpos embadurnados.

Enero de 2019

París

Ava

—¿Quién es él? —Finalmente, llegó la pregunta.

Estábamos dándonos un baño caliente, tras habernos quitado los restos de pintura sobre nuestros cuerpos.

Había escrito a Caleb para informarlo de que cogería un taxi hacia el hotel en una hora aproximadamente, y como respuesta me había enviado una foto de una copa de vino junto a su cena, en algún restaurante. Con eso me indicaba que no me preocupara, que me tomara mi tiempo; pero yo era consciente de que no podía alargar más aquel día… no si no quería ocasionarme más daño.

Alcé la mirada para centrarme en Hugo, que me estudiaba desde el lado opuesto de la bañera.

—Un buen tipo —le contesté, dirigiendo mi mirada al anillo de compromiso.

—¿Y te vas a casar con él? —preguntó Hugo.

—Sinceramente, ¿quieres saberlo? —Volví a mirarlo a él.

—Realmente, no; al fin y al cabo, nada de esto cambia nada, ¿no?

Fue imposible no notar el tono ácido en aquella pregunta. Sumergí la mano dentro de la bañera, y de pronto me sentí perdida, pero también cansada de luchar contra marea.

—¿Sabes? Nunca he conocido a nadie con quien todo fuera tan fácil. Una persona a quien, a pesar del poco tiempo compartido como pareja, sintiera como mi casa, como el verdadero hogar…

Hugo me escuchaba atentamente y yo seguí abriéndome:

—Estoy segura de que nadie conoce tan bien mis silencios, ni

discute mis pequeñas manías, aceptándolas como si fueran una verdad universal, como esa de guardar los pétalos de las margaritas que me han dado la respuesta que quiero; como la de no soportar ver cómo se doblan las páginas de un libro, pero no tener problema en garabatear pensamientos, subrayar frases y pegar pósits…

—Es una manera de hacerlo tuyo, no de romperlo —añadió él, dolido.

Asentí.

—Efectivamente, Hugo. Nadie entiende que no me guste la menta pero que me pirren los After Eight…

—Bueno, es que juntos tienen un sabor distinto —continuó anotando él sin entender lo que quería decir.

—Ni que me encante discutir apasionadamente sobre la trama de un libro aunque sepa a la perfección que esos personajes no existen. Ni que, aunque llegue a ser capaz de matar por mis galletas favoritas, como no se haya cerrado bien la caja las odiaré con toda mi repulsa…

—Sí, cierto —afirmó, ahora riéndose.

Pero yo continué, silenciándolo con mis últimas palabras:

—Esas absurdas cosas que nadie entiende salvo tú, Hugo.

Y abrió los ojos al darse cuenta de que me refería a él.

—¿Cómo?

Sonreí.

—Sí, lo que has oído. Y, bueno, no sé si tú sientes lo mismo, pero a pesar de todo el tiempo transcurrido, de nuestras duras separaciones, siempre…

—Sí, siempre eres tú —me interrumpió él ahora.

Guardamos silencio, uno de nuestros silencios, pero él volvió a hablar.

—Pero tú ahora estás con el tío más afortunado del planeta, y yo… aunque me encantaría que lo dejaras todo atrás, que lo abandonaras para venir conmigo, sé que tienes una vida en Dublín, una historia que vivir y contar. ¿Qué hacemos, Ava?, ¿te corto ahora yo las alas a ti?

Sentí que una lágrima me caía por la mejilla, pero no hubo más palabras. Solo un beso de despedida y un silencio que, esa vez, no resolvía nuestros sentimientos.

Volví al hotel donde Caleb y yo nos hospedábamos esos tres días; sin arrepentimientos ni dudas respecto a lo que Hugo y yo habíamos hecho. Caleb escuchó el relato de nuestra última conversación en la bañera, que terminó con él perjurando, pues no entendía por qué no nos dejábamos de tonterías y huíamos juntos, pero, como le contesté yo: «¿En qué dirección?».

¿En la mía, y que el trabajo de Hugo tuviera que cambiar drásticamente, rompiendo las bases que tenía establecidas? ¿O en la de Hugo, lo cual me impediría seguir viviendo en mi ciudad soñada y buscar ahí un puesto en una editorial?

A veces había que ser consciente de que el amor no todo lo podía, y nosotros éramos un ejemplo claro de ello.

—No sé por qué dices eso. Nunca, en todos estos años, os habéis atrevido a daros una jodida oportunidad, Ava. Siempre habéis antepuesto los sueños o las situaciones del momento a vosotros.

—Eso que estás diciendo es muy feo, Caleb —contesté dolida.

—¡Joder! Pero es la verdad, y alguien tiene que encargarse de decir las cosas feas, esas que no os atrevéis a pronunciar.

—¿Para qué?, ¿para que tengan un fatal desenlace que todos conocemos? Por lo menos no nos odiamos… —respondí yo.

Mi amigo me miró con gesto de auténtica lástima.

—Vivir así, Ava, no. ¿Por qué tienes las agallas de tirarte a la piscina en momentos como esta tarde, pero no de terminar la jugada cruzando el charco y dejándolo todo atrás? ¿Qué te ata a

Dublín? —Hizo una pausa breve, incluso dramática, para luego continuar—: Yo te voy a decir qué es, el miedo a que, si te lanzas y sale mal, ya no habrá ningún «vosotros», pero ¿de verdad merece la pena vivir así, sin tener la certeza plena? ¿Y si no sale mal?, ¿y si lográis que funcione? Joder, Ava. Lucha por lo que quieres. Pelea con garras y dientes, y si al final no funciona, por lo menos sabrás que lo diste todo.

Tras el monólogo, Caleb salió de la habitación; excusándose con que iba a buscar hielos, me dejó sola. Y me quedé en silencio frente a la ventana del hotel, mirando la vida nocturna con el móvil en la mano, sujetándolo con fuerza, y con un vértigo que nunca creí que sentiría.

Finalmente, y soltando el aire, desbloqueé la pantalla para buscar su nombre en el chat perdido tras el paso de los años.

Comencé a escribirle, estaba dispuesta a mandarle uno de los párrafos más largos de mi vida, en el que me declararía dispuesta a luchar. Le diría que no quería a nadie que no fuera él, que quería arriesgarme con él, a todo, que…

Pero la pantalla se bloqueó cuando apareció su nombre en el centro. Me estaba llamando.

Hugo me llamaba.

—¿Sí? —Descolgué aturdida.

—Joder, Ginger. Tenía miedo de que hubieras cambiado de número, después de tanto tiempo.

Me reí ante su sencillo alivio, pero las siguientes palabras de Hugo me quitaron la respiración:

—Mira, yo… yo he estado pensando en el día de hoy y en todas las cosas que nos hemos dicho, y en las que no, y… perdóname el atrevimiento, pero ¿podemos volver a vernos en Dublín?

—¿Cómo? —pregunté sin entender nada y comprendiéndolo todo mientras una enorme sonrisa me iluminaba el rostro.

—No quiero estar más sin ti. No quiero ni puedo. Apostemos por nosotros, sin cortarnos las alas. Sé que conseguiremos trazar nuestro camino juntos mucho mejor que separados. Joder, Ava,

¿es que no lo sientes?...

Sonreí con lágrimas en los ojos y alzando la mirada hacia el cielo estrellado, donde la media luna parecía atenta a nuestra conversación

—Juntos siempre seremos eternos. Déjanos intentarlo, sé que podemos —finalizó.

—Lo sé, yo… yo también pienso lo mismo. Justo te estaba escribiendo para decírtelo —le confesé mientras oía su agitada respiración al otro lado de la línea y notaba su júbilo.

Y me reí cuando lo oí vociferar loco de entusiasmo:

—Te quiero, Ginger.

—Y yo te quiero, Hugo.

Y así fue como yo, al volver a Dublín días después, le devolví el anillo a Liam, rompiéndole el corazón. Le dije que era lo mejor, que se merecía a una chica que no tuviera dudas, que su sueño fuera el de él; el de vivir en una casita de campo, con sus hijos y eternamente enamorados de su sencilla vida.

—Pero ¿tú no me quieres? —me preguntó con un hilo de voz que dolió.

—Te he querido mucho, mucho, pero yo no soy quien tú necesitas.

—¿Y a quién necesito, si no es a ti, Ava? —me preguntó mi chico de sencillas sonrisas y placeres tranquilos.

Y aunque me habría gustado aliviar el sufrimiento de quien había sido un estupendo compañero, yo no era esa chica que anhelaba.

A mis veinticinco años, no quería tener una calmada vida a las afueras de la ciudad en una casita de campo, y, por supuesto, ni siquiera sabía si quería tener hijos. Tan solo estaba segura de que quería vivir millones de aventuras junto al gran amor de mi vida, ese que el destino me había devuelto de nuevo, ahora en un encuentro fortuito en París, y finalmente nos lanzábamos juntos a la búsqueda de nuestros sueños.

Recuerdo que me arrodillé delante de Liam —quien lloraba desconsolado—, apoyándome en el suelo del salón del piso que

ambos compartíamos y que habíamos llenado de recuerdos y de un amor bonito y sincero, ese que había empezado a apagarse antes de que él me pusiera el anillo en el dedo.

Porque hay amores que son intensos y cortos, otros que son dolorosos, y otros que a pesar de los años nunca se terminan. Hay muchas historias de amor, y yo sabía que la mía con Liam había sido de las bonitas y breves, de las que sirven para curar y creer de nuevo en el amor, algo que yo, fervientemente, necesitaba.

Después de esa triste despedida, Liam recogió sus cosas de nuestro apartamento y, a pesar de todo el sufrimiento que le ocasioné, me deseó lo mejor antes de salir de mi vida.

Fue la mejor decisión que salió de aquel viaje exprés, porque, de nuevo, el destino caprichoso decidió jugar un poco más con nosotros.

Hugo no pudo reunirse conmigo. Ni semanas, ni meses después.

Le salió una gran oportunidad. Una gran exposición en Japón; un nuevo horizonte a la vista para un artista muy joven que se estaba comiendo el mundo con su arte. Por supuesto, su idea no había sido dejarme tirada por aquella gran oportunidad, pero primero me pidió unas semanas para poder viajar a Tokio y conocer aquello, ver qué ambiente se respiraba y de qué iba todo eso.

Las semanas se alargaron hasta cuatro, y aquella apasionante cultura lo atrapó, pues le brindaban la oportunidad de mostrar su arte a esa parte del mundo; y no solo eso, sino lo que le podían enseñar.

Así que un mes se convirtió en varios meses, y pronto entendimos que nuestra historia tan solo estaba destinada a un entrecruce de caminos infinito, porque cuando pudo ser, cuando me volvió a escribir para reunirse conmigo finalmente, la enfermedad de mamá borró todas las otras preocupaciones.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—¿Piensas entonces que Japón supuso un antes y un después en tu carrera? —pregunta Miguel.

Yo me encojo de hombros obligándome a sonreír.

—Podría decirse que sí. Al fin y al cabo, fue una oportunidad que no todos los artistas contemporáneos han tenido. Me brindaron la posibilidad de conocer su país, sus costumbres y, por supuesto, su arte, y eso ha influido claramente en mi arte. Así que puede decirse que sí, la estancia en Japón se convirtió en una época clave en mi vida.

Me obligo a sonreír, aunque temo que mi sonrisa no sea tan amplia y sincera como cabría esperar al oír mis últimas palabras, pero ¿qué puedo hacer?

Japón significó muchas cosas. Muchas buenas, pero también una única mala y que siempre me ha pesado.

Fue uno de los momentos más decisivos en mi carrera, y tuve que pronunciarme sin apenas meditarlo. Como en ese instante que de pronto el camino se bifurca en dos, y tú, que vas a toda hostia, tienes que escoger entre la derecha y la izquierda.

Llevas todo el jodido camino tomando el desvío de la derecha; por eso, sin pensarlo mucho, continúas en esa dirección, convencido de que —en caso de no verlo claro— aparecerá en cualquier momento un cambio de sentido que te permita regresar. Pero ese puto cambio no asoma, sino que se presentan salidas únicas, siempre hacia la derecha, y no te queda más remedio que tomarlas. De todos modos, ese es el camino que llevabas…

Eso sucedió con Japón y Ava. Decidí aceptar; tanto Rubén como yo tomamos conciencia de que esa era la clave en mi profesión, y no precisamente para asentarme en el mundo del arte —puesto que eso ya lo tenía—, sino para marcar historia, la jodida gloria de sentir que tus actos permanecerían incluso cuando tú ya no estuvieras. Pero nunca pensé que me arrastraría lejos de ella.

Hablábamos y la mantenía al corriente de todo lo que sucedía, siempre con la idea de que en unas semanas nos reencontraríamos para retomar, por fin, nuestras vidas, nuestra historia. Pero no fue así, la exposición comenzó a crecer, la propuesta se volvió más desafiante, ¿y quién no quería retos?

Aquello me cegó, y al final pasó lo que tenía que suceder. Ava encontró un puesto en una editorial internacional que tenía una de sus sedes en Dublín, y Caleb decidió irse a Irlanda con ella.

No hubo más.

Ella me escribió para preguntarme qué me parecía que Caleb se instalara en su piso. Yo, demasiado ocupado con mis propuestas en la exposición, le contesté vagamente que era una buena idea, sin darme cuenta de que ella esperaba que le dijera que yo también iría. Que ya volvía.

Ginger se cansó de esperar, y yo de fingir que mi regreso estaba a la vuelta de la esquina.

—Imagino que eso dará sus frutos —continúa Miguel, sacándome de mis tristes cavilaciones—, ¿ves posible un Praemium Imperiale?

Me río. Es irremediable, ante tal pregunta.

—Sería algo sublime, aunque todavía tengo mucha carrera por delante. Aunque, en un futuro, nunca se sabe. —Respuesta estándar a pregunta absurda.

Oigo movimiento delante de nosotros, y al elevar la mirada, veo que Lara, con el móvil en la oreja, sale de la sala hablando entre susurros.

—¿Cómo definirías tu arte? —prosigue Miguel.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Llegamos por fin al hotel, pero parece que algunas cosas de las que salen en las películas son de verdad. En recepción preguntamos por Hugo, y la respuesta del empleado es clara: no nos pueden dar esa información. Bla, bla, bla, protección de datos, bla, bla, bla.

Así que ahora mismo me encuentro en el puñetero hotel sin saber muy bien qué hacer. Me siento enfadada, frustrada y a la vez asustada, pues me doy cuenta de que, efectivamente, estoy aquí para exigirle explicaciones.

—La verdad, chica —comienza Caleb, mirando alrededor y con los brazos en jarras—, no sé a ti, pero a mí este camino se me ha hecho eterno. No sé ya ni a qué veníamos —bromea, aunque su risa se congela cuando lo fulmino con la mirada—. Venga, va. Ya paro.

Suspiro y examino de nuevo el entorno.

¿Cómo narices voy a encontrar a Hugo? No puedo ir preguntando de habitación en habitación; además, hace mucho tiempo que borré su número, y aunque sospecho que podría escribirlo de memoria, no quiero establecer el contacto de esa manera. ¿Y quién no dice que me bloqueara después de…?

Mi hilo de pensamientos se interrumpe cuando aparece una chica que conozco muy bien y a quien el paso de los años la ha transformado en una preciosa mujer; ahora habla muy seria por teléfono y se aparta la larga cabellera de un color rubio platino.

Lara no tarda en localizarme, entonces se queda congelada en

el sitio; tanto, que no estoy segura ni de que pestañee. Entonces habla.

—Ahora… ahora te llamo —dice, y corta la conversación a través del móvil para dirigirse hacia nosotros.

Abro la boca para saludarla educadamente, pero Lara habla de nuevo, ahora mirándome directamente a los ojos.

—Estás aquí.

—Eh, sí —asiento algo cortada.

Y lanzo una rápida mirada a Caleb, quien me mira a mí de la misma manera.

—¿Por qué has venido?

—Necesito hablar con Hugo. Tengo que…

Por un momento me da la impresión de que su pregunta va más allá del «estar aquí», en el hotel donde se alojan, pero no puedo averiguarlo porque, antes de terminar mi explicación, aparece Rubén, que se sorprende al vernos allí; poco después, le sigue Hugo.

Este no puede ocultar su expresión de sorpresa al vernos a Caleb y a mí frente a Lara, de hecho, despega la mirada de la mía para dirigirla a su novia: un interrogante baila entre ellos.

—Hola, Ava —me saluda Rubén—. No sabía que también os hospedabais en el hotel —comenta con inocencia.

Y dudo de si lo que dice es verdad o tan solo una gran actuación.

—Hola. ¿Cómo estás? —Me callo la parte de «Cuánto hace que no nos vemos», porque no lo encuentro necesario.

Dirijo la vista hacia cierto par de ojos azul hielo, y no me sorprendo cuando descubro que tiene la mirada nuevamente centrada en mí.

—La verdad es que muy bien, no me puedo quejar —contesta Rubén, que debe de ser el único que no palpa el ambiente de tensión general.

Voy a añadir algo, pero Lara interviene:

—Ahora vuelvo.

—¿Ha pasado algo? —le pregunta Hugo.

—Nada —responde ella antes de girar en redondo y alejarse de todos sin titubear.

Es imposible no notar la mirada que ha lanzado a Hugo antes de separarse, como también que ese «nada» significa todo lo contrario, pero no parece captar la atención de su destinatario, pues este la tiene, de nuevo, puesta en mí.

—¿Qué hacéis aquí? —me pregunta.

Yo no quiero dar más rodeos ni perder más tiempo.

—¿Le mandaste postales a mi madre?

Oigo que Caleb carraspea y siento la curiosidad de Rubén, que nos estudia a ambos.

Hugo coge aire antes de contestar, y sé que será sincero. Nunca se ha ido por las ramas. No somos de esos. Ninguno de los dos.

—Sí, hace un tiempo.

—¿Por qué? —Ahora me resulta imposible controlar el tono de voz.

—Voy un momento a por agua, chicos —dice Caleb en voz baja.

Un apresurado «te acompaño» de Rubén se oye a continuación, así que Hugo y yo nos quedamos solos.

—Sabes perfectamente el motivo, Ava —comienza a decir este con una calma que me desespera.

Doy un paso hacia él y lo apunto con el dedo índice.

—¿Para qué narices, Hugo? Podrías haberme escrito a mí directamente en vez de meterla a ella de por medio.

Hugo arquea una ceja y da un paso para acortar peligrosamente la distancia entre ambos.

—¿A ti, Ginger? ¿Después de ese mensaje tan claro que me lanzaste?

Me separo de él, lo necesito al ver la llamarada en sus ojos. Su fachada se ha resquebrajado y puedo ver lo que hay detrás. Eso me asusta. Me asusta y todo se tambalea.

—No tenías derecho a meterla en esto.

Hugo suspira, serenándose un poco.

—Ginger…

—No me llames así, por favor —le pido en un susurro quedo porque siento que las lágrimas, esas dolorosas y amargas, asomarán en cualquier momento.

—No lo hice con mala intención, Ava —continúa cauto porque nota mi cambio de actitud—. Solo quería saber de ti, solo…

—¿Te contestó? —pregunto; y cuando Hugo se dispone a responder, retrocedo negando con la cabeza—. Déjalo. No me contestes.

Hugo me observa confundido, lo intuyo por su expresión.

—Ava, ¿para qué has venido?

No puede hacer mejor pregunta. Y es que, ¿qué puedo contestar?

Puedo decirle que he venido hasta aquí para enterarme de esa parte de la historia que desconocía y que —para mi dolor— mi madre se guardó para sí. Que quiero y necesito comprender por qué lo hizo, pues él es ahora el único que me lo puede explicar.

Puedo añadir, además, que el objetivo final es cerrar bien la historia, nuestra historia fugaz y a la vez eterna.

Él, en París, donde se daría nuestro último encuentro, me dijo que siempre seríamos eternos. ¿Y si es que nos maldijo con esas palabras?

Nos contemplamos en silencio, seguramente él se esté preguntando qué cruza por mi mente; estoy tentada a soltar eso que me guardo para mí desde hace mucho. Demasiado. Está guardado bajo llave y protegido para no toparme con ello. Es una manera de protegerme, aunque hoy, hablando con Caleb, me he abierto, permitiéndome bajar la guardia al sacar a la luz ese gran secreto que, de alguna forma, no lo es.

Vuelvo a centrarme en él, estudio cada uno de sus rasgos, cada centímetro de su rostro, aunque realmente, a pesar de los cambios fijados por el tiempo que hemos estado sin vernos, me los sé de memoria.

Estudio al chico que miré por primera vez años atrás, ese que creí que solo nos traería problemas, tanto él y como sus amigos, el que se coló debajo de mi piel ese verano, a pesar de que tan solo

parecía una historia más de entre tantas de los miles de amores de verano que terminan junto al fin de la estación…

Este hombre que tengo frente a mí, que no dejó de aparecer en mi vida, siempre para sacudirla, para hacerme sentir lo que nunca he logrado sentir con otra persona.

El que, aunque yo no lo quiera así, no abandona mis recuerdos ni mis sueños.

Al que siempre querré.

Al que nunca olvidaré.

Me dispongo a hablar, sintiéndome aún insegura de qué versión escogeré: si la versión real o la tapadera.

Sin embargo, no puedo decir nada. Alguien nos interrumpe, como si una señal del universo me advirtiera de que no luche más.

—Al final Raquel no puede quedar…

Doy un respingo cuando oigo a Lara, que de pronto está al lado de Hugo, quien la escucha en silencio y asintiendo con la cabeza.

—… así que me quedo con vosotros.

Lara me mira y siento una gran vergüenza.

¿Qué narices estoy haciendo?, ¿qué pretendo, persiguiendo fantasmas que ya deberían estar enterrados? Hugo está con Lara. Parecen felices.

¿Qué hago?

Me obligo a sonreír y los miro a ambos con una tranquilidad simulada; creo que me he convertido en una experta en interpretar este papel.

—Nosotros nos vamos ya. Gracias, Hugo. Si encuentras alguna cosa de mi madre, puedes hacérmela llegar estos días antes de que regresemos a Irlanda.

Dejo de mirarlo y me centro entonces en la bonita rubia que me escucha con atención, sin prejuicio alguno; no sé si yo sería capaz de hacerlo si me encontrara en su posición, porque estoy convencida de que Lara conoce nuestra historia; quizá no al detalle, pero la conoce.

—Me alegro mucho de verte, Lara. A los dos —añado, y me obligo a mirar de nuevo a Hugo, aunque duela—. Os veo muy

bien.

Lara me devuelve la sonrisa, y yo no espero más. Me doy la vuelta y salgo del hotel mientras busco el móvil para escribir a Caleb, que salga de allí, que yo no tengo fuerzas para quedarme un minuto más.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

—Parece triste —dice Lara.

Despego la mirada de la pelirroja que se aleja de mí, y sé que todo está mal, porque mi instinto es ir detrás de ella, pedirle que no se marche, que se quede conmigo. Y el hecho de que estos pensamientos afloren al lado de Lara indica muchas cosas. Sin embargo, es absurdo hacerme el sorprendido. Lo he sabido siempre, y siempre lo sabré.

O si no, ¿por qué narices propuse parar en Mojácar?

—¿Cómo es que al final Raquel y tú no os veis? —Decido cambiar de tema.

No es el momento ni el lugar para tener tal debate interno.

Lara me quita una pelusa —o un pelo, no lo sé— del jersey y me mira.

—¿Podemos ir arriba? —me pregunta.

—¿A la habitación?

Cuando ella asiente levemente y se dirige hacia los ascensores sin esperar mi respuesta, miro alrededor.

—¿Y Rubén? Tendremos que…

Pero Lara me interrumpe, hablándome por encima del hombro:

—Estará con Jacobo, no te preocupes. Seguramente haya ido a buscarlo, esté donde esté.

Me muestro conforme porque me parecen lógicas sus palabras, y me dispongo a seguirla.

Entramos en el ascensor en silencio, aunque Lara se me acerca para que la abrace, y mientras lo hago, siento que sus labios me besan. No hay nada raro en la escena; de hecho, si alguien más entrara tan solo vería a una pareja de enamorados, uno en los brazos del otro, dándose muestras de cariño.

Pero yo lo sé.

Lo siento. Y es que, ¿cómo no hacerlo? La conozco desde siempre, entró en mi vida casi de puntillas, sin preguntar ni pedir permiso, pero llenando de luz cada rincón de mi ser.

Y así se va a ir, lo veo claro. De puntillas y sin preguntar ni pedir permiso.

Cuando entramos en nuestra habitación, encuentro las maletas preparadas, sus maletas. No digo nada, qué puedo decir, si es que ni siquiera me sorprende.

La busco con la mirada, y mientras se encoge de hombros me dedica una sonrisa triste que está conteniendo todo lo que siente en sus adentros, lo sé.

—Tiene que ser así —dice Lara, rompiendo el silencio.

Vuelvo a fijarme en sus cosas, y hablo, porque hay que hacerlo, y porque ella se lo merece.

—¿De verdad te irás ahora?

—He escrito a Raquel para pedirle que me acoja unos días en su casa.

Alzo la vista y hago amago de hablar, pero ella cierra los ojos al tiempo que levanta levemente la mano derecha, como un gesto de ruego al que pronto acompañan sus palabras:

—No me pidas que me quede, porque me destrozaría.

Vuelve a mirarme y yo asiento, pero me llevo las manos a la cabeza y me dejo caer en el colchón de nuestra cama, donde hace

unas pocas horas la desnudaba y la hacía gemir.

No sé qué decir, no me atrevo a preguntarle el motivo. Porque lo sé, pero Lara se me acerca y, acariciándome el pelo, me da eso que soy incapaz de pedirle.

—Siempre ha sido ella, Hugo. Siempre.

La miro mientras le sujeto la mano para impedir que me acaricie más.

—Nunca te he ocultado mi historia con ella, y…

—Lo sé. Lo sé. Como también sé que cuando llegué a tu vida te centraste en mí, y que me has querido —dice ella en un tono de voz tranquilo, pausado—. Me has querido mucho y bien, Hugo. Hemos tenido una historia preciosa.

—¿Pero? —pregunto con una mueca, como si tuviera derecho a expresarla.

—Pero yo quiero que me quieran como tú quieres a Ava. Y me lo merezco. No quiero corazones a medias, no quiero relaciones bajo la sombra de recuerdos de otras. Sé que no lo has hecho, que todo este tiempo hemos sido tú y yo, pero he estado en esa entrevista, he oído tu historia, muchos de los hechos ya los conocía, pero había otras partes que no. Además, soy consciente de que te has guardado muchos detalles. Y tus ojos, tus malditos ojos, cantan por sí solos, Hugo, porque solo con su recuerdo… —Su voz se parte un poco, pero mantiene el tipo y la dulce sonrisa —. Puede que no hayáis hablado, que haya pasado tiempo desde la última vez, pero el modo en que la miras… y tu manera de recordarla… Ava está en cada momento clave de tu vida, Hugo.

—Pero no estoy con ella, Lara —declaro; y me incorporo, pues sus últimas palabras me han escocido, y me remueven.

Lara únicamente se enfoca en sus maletas y, cogiéndolas, vuelve a decirme una verdad absoluta:

—Ese ya no es mi problema.

No espera una respuesta por mi parte. Se acerca, me besa suavemente en los labios y se aleja. De mí y de mi vida.

Solo cuando está en la puerta, a punto de cerrarla, se atreve a mirarme a los ojos.

—Adiós, Hugo. Hasta siempre.

Cierra dejándome solo, y, en cierto modo, tranquilo. Porque Lara tiene razón en cada una de las cosas que ha dicho.

Así que, en mi soledad, me permito recordar el día que entró en mi vida.

Es mi manera de despedirme de ella.

De nosotros.

Noviembre de 2019

Londres

Hugo

El local estaba a reventar; claro, era uno de esos días lluviosos y fríos, apetecía guarecerse disfrutando de unas pintas. Y ese plan teníamos también nosotros.

Rubén se hacía hueco entre la gente para acercarse a la barra del Ye Olde Mitre, ese emblemático e histórico pub al que se llegaba tras atravesar un estrechísimo callejón casi oculto desde Hatton Garden.

Recuerdo las risas, las conversaciones a voces, y todo enmarcado en una realidad en la que se empezaba a hablar de un tal COVID al que nadie prestaba especial atención, pues no sabíamos la que se nos venía encima.

Recién aterrizados de nuestra estancia en Japón. Aquellos meses nos habían brindado una experiencia brutal, pero también habíamos echado de menos el bullicio que ahora nos engullía.

Pensaba en lo sorprendente que es el choque de culturas

cuando sentí que algo frío me caía por la espalda, salpicándome el cuello y colándose bajo mi jersey de lana y bajo la camisa.

Alguien me había tirado su cerveza, lo adiviné por el olor y por lo fría que estaba.

Maldije girándome rápidamente, dispuesto a despotricar por la cagada, cuando la rubia que tenía delante y que había comenzado a disculparse en un inglés algo chapucero me dejó congelado.

Ella, que tardó un segundo más en reconocerme, también se quedó estupefacta.

—¿Lara? —me aseguré ante aquella mujer que casi nada tenía que ver con la chiquilla que conocía.

Y de un solo vistazo, su imagen me trasladó a las playas y al salitre sobre mi piel.

—¡Hugo! —contestó ella al tiempo que se lanzaba a abrazarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, una vez que nos separamos.

La sorpresa quedó ahí como la gran protagonista en el encuentro.

—Pues aprender inglés. ¡O eso intento! —respondió con una gran sonrisa.

Y cuando un hombre pasó a su lado con gesto de fastidio porque Lara estaba en medio del paso, ella, divertida, le guiñó un ojo.

Efectivamente, noté que Lara ya no era esa niña que conocía, y pudimos conocer su parte de la historia cuando se nos unió Rubén. Para él, la sorpresa también fue monumental, y así lo expresó: «que de todos los pubs que hay en Londres, hayamos coincidido los tres de Mojácar…».

Las amigas de Lara se encontraban en un rincón del local, frente a una nueva tanda de cervezas. Se habían conocido mientras cursaban una formación profesional en maquillaje, y al terminarlo, se habían lanzado a la aventura juntas, para aprender inglés.

Llevaban cuatro meses en Londres, y cuando le reprochamos que no nos hubiera avisado, nos confesó que Raquel le había advertido que nos encontrábamos en Tokio, así que para ella era

toda una sorpresa vernos allí.

Aquella conversación llena de recuerdos y anécdotas se nos quedó corta, así que, sin dudarlo, la obligamos a buscarnos un hueco para quedar otro día los tres.

Intercambiamos los números de teléfono, fijamos un día para la semana siguiente, y Lara se unió de nuevo a sus amigas.

Recuerdo que, a pesar de ello, la curiosidad me tironeaba, y a cada poco rato me descubría a mí mismo estudiándola desde la distancia: vi cómo se reía a carcajadas con sus amigas, cómo bebía e incluso que declinaba los intentos de acercamiento de varios tipos.

Lara estaba cambiada, y el hecho de que nuestras miradas se cruzaran más de una vez esa noche convirtió nuestro encuentro en algo excitante que, además, me hizo tomar conciencia de que no la veía con los mismos ojos que años atrás.

No obstante, sabía que no podía meterme en ese jardín. No podía ni debía, y menos con Lara. Raquel me mataría si sucedía, sobre todo porque yo no estaba preparado para tener ninguna relación.

—¿Y quién te ha dicho que yo la esté buscando, Hugo? —me preguntó Lara una semana después, cuando volvimos a quedar y Rubén tuvo que marcharse antes.

Lara ya era una adulta y sabía lo que quería. Y, joder, lo que me ponía.

Esa noche follamos como animales; sin embargo, nunca nada sale como te imaginas o piensas.

Nuestros encuentros se volvieron más frecuentes, y las conversaciones por WhatsApp empezaron a ir mucho más allá de los diálogos picantes.

Luego llegó el COVID, y el confinamiento, y yo, conocedor de que ella vivía en un minúsculo y terrible piso que tenía muy pocas ventanas, le pedí que viniera a vivir conmigo.

El resto… el resto es historia.

Lara entró en mi vida de puntillas, sin preguntar ni pedir permiso.

Igual que se fue.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Caleb y yo andamos el camino de vuelta sumidos en un silencio cómodo pero consciente, sin cruzar comentarios ni miradas.

Él comprende que no quiero hablar de lo sucedido hace unos minutos, y lo respeta. Yo, de verdad que no tengo ganas de darle más vueltas. Se siente como el hurgar en una misma herida, esa que no cicatriza por completo, que no acaba de sanar.

Curiosamente, el trayecto de vuelta se me hace mucho más corto. Quizá se deba al silencio que mantenemos, aunque no se corresponda con mi nivel de actividad cerebral. Por mucho que no quiera hablar de ello, por mucho agotamiento mental que arrastre, mis pensamientos se ocupan de revisar todo lo sucedido en la recepción del hotel.

¿Por qué no puede ser todo más sencillo? Chica conoce a chico. Se enamoran. Nunca más se separan. Fin.

No parece tan complicado.

Pero si hicieran un esquema de lo que ha sido nuestra historia… sería un entrecruzar de líneas sin sentido alguno.

Entramos ya en el pueblo, atrás queda la parte costera. El sol empieza a ocultarse, y siento algo de frío. Caleb parece estar cómodo, perdido en sus pensamientos. Cuando estoy a punto de preguntarle por ellos, algo capta mi atención y me olvido de lo que

iba a hacer.

Frente a nosotros, a una distancia que nos permite pasar desapercibidos, hay una mujer que conozco muy bien. Ella no me ve, pues está centrada en esa personita que la acompaña.

Una niña que, si mis cálculos no fallan, debe de rondar los cinco años. Caleb, que nota mi repentina parada en mitad del camino, no tarda en averiguar el motivo, y ambos nos miramos antes de centrarnos nuevamente en la hija de Miriam.

Aunque estemos lejos, reconocemos en ella los rasgos de su madre: cabellera negra, tez morena y unos grandes ojos verdes.

La niña se ríe mientras parlotea con su abuela, que la mira con gran cariño e ilusión. Tras unos instantes, como no hay casi nadie en la calle, la madre de Miriam nos ve.

Yo me quedo algo cohibida y sin saber qué hacer, pero Caleb decide por los dos y, tomando la iniciativa, se les acerca sin titubear; evidentemente, me apresuro a seguir sus pasos.

—¿Cómo estás, María? —le dice Caleb con una amplia sonrisa.

—Hola, chicos —responde la mujer, que realmente parece muy feliz de vernos—. No sabía que estabais en el pueblo.

Nos saluda a ambos dándonos un par de besos, pero a mí me sujeta para que no me separe mucho de ella y, con una mueca triste, me da el pésame. El que lleva persiguiéndonos desde la marcha de mamá.

—Cuánto lo siento, niña. Tu madre era una grandísima persona, muy querida en el pueblo. No es justo.

Me obligo a sonreír en un gesto de gratitud.

—Gracias —logro decir.

Entonces todos miramos hacia abajo, a esa niña que nos contempla entre avergonzada y curiosa, ocultándose tras las piernas de su abuela.

—Hola, Carol —la saludo yo, sonriéndole—. Estás muy muy mayor.

La niña se ríe, encantada por la atención.

—No sabes quiénes somos, ¿verdad? —le pregunta entonces

Caleb, acuclillándose para hablarle con cariño.

Aún medio oculta, Carol niega con la cabeza, pero da igual que se esconda. Es clavada a su madre.

—Eran unos amigos de mamá —le explica entonces su abuela.

Pero esas palabras tampoco captan tanto su atención como para que deje de ocultarse.

—Se parece mucho a ella —digo entonces.

Y María me mira, asintiendo con esa nostalgia y tristeza que la caracterizan y que están ancladas en su ser.

Pero ¿qué se le puede decir a una madre que perdió a su hija por una sobredosis, a quien el único recuerdo que le queda es su nieta?, aquella niña que su hija abandonó para seguir chutándose en las calles de vete a saber qué pueblo o ciudad.

Nunca se supo muy bien por dónde andaba Miriam. Tan solo conocíamos esa terrible parte de su vida, y que su familia intentó sacarla de ahí, pero no lo consiguió. Su historia fue un desenlace que no sorprendió a nadie, aunque sí que dolió.

Igual que duele ahora ver a esta niña inocente, y apreciar el parecido con quien fue nuestra mejor amiga. Nuestra compañera de sueños y fatigas en el pueblo. El lugar que nos vio crecer y tomar las decisiones que marcarían nuestras vidas.

—Me imagino que no estaréis mucho tiempo por aquí —tantea María.

Yo niego mientras Caleb interactúa un poco con la niña, logrando que se ría y le diga algo.

—No, solo estamos unos días, para poner a punto la casa.

La mujer asiente justo cuando Caleb se incorpora, y se centra ahora en él.

—Les diré que estás guapo y hecho todo un hombre —lo halaga María.

Y mi mejor amigo niega:

—No les digas nada, María. Esa historia ya pasó y no va a volver.

Ante sus duras palabras, que no el tono de voz, la madre de nuestra mejor amiga me mira, claramente no sabe muy bien qué

decir. Considero que es el momento apropiado para irnos.

—Nos alegramos mucho de verte, María.

Ella sonríe, y de nuevo me fijo en esa niña que me mira fascinada. Entiendo que se debe a mi pelo rojizo.

Al fin tengo el valor de agacharme para quedar a la altura de Carol, que me sonríe.

—Hasta luego, Carol. Ha sido genial volverte a ver, porque la última vez que te vi, eras muuuy pequeña.

Carol se ríe y yo le sonrío, aunque duele, porque es tan parecida…

—Despídete de ellos, Carol —insiste su abuela.

—Adiós —dice al fin, volviendo a esconderse detrás de su abuela.

—Adiós, Carol —susurro al incorporarme.

Observamos cómo la abuela y su nieta se alejan de nosotros y de nuestra vida, estoy segura de que no nos volveremos a ver más.

Siento quemazón en el pecho y la garganta, pero esta vez no se debe a una absoluta tristeza, sino a la certeza de que la hija de Miriam es feliz. Las cosas habrían sido muy distintas si la morena de ojos gatunos se la hubiera llevado con ella.

Dentro de sus adicciones e inconsciencia, al final Miriam veló por su hija.

—¿Crees que sabrá que está bien?, ¿que es feliz? —pregunto entonces, refiriéndome a un conocimiento metafísico.

—Lo sabía desde el instante en que volvió al pueblo embarazada —me responde Caleb, sin necesitar demasiadas aclaraciones para comprender mi cuestión.

Lo miro, y aprecio el semblante serio, duro, entonces busco su mano para apretársela con cariño.

—Todo está bien, Caleb.

Y él me mira sonriéndome, aunque sé que su mente está lejos. En ese diciembre en que su vida cambió.

Diciembre de 2017

Mojácar

Ava

Aquellas Navidades las pasamos en casa, no en Irlanda. Siempre que las disfrutábamos en Mojácar, mamá se encargaba de que fueran mágicas y de que no nos parecieran tristes a pesar de estar las tres solas. Esas fiestas contrastaban con las animadas Navidades en Irlanda, donde la numerosa familia de mi padre nos acogía a las tres con los brazos abiertos; eran una auténtica locura por la cantidad de personas que éramos, lo que se traducía en unas festividades muy divertidas y alegres.

En las vísperas de esa Nochebuena, Grace y yo revoloteábamos por la cocina mientras mi madre preparaba la cena del día siguiente. Nos mandaba hacer cosas, como si fuéramos sus pinches, y a nosotras nos encantaba porque lo hacíamos a ritmo de los villancicos, picoteando de las provisiones que había esparcidas por la isla de la cocina y charlando de los cotilleos más jugosos.

Yo estaba especialmente emocionada porque, pasadas las fiestas, partiría por fin hacia mi nueva vida, a Irlanda; así que me sentía a rebosar de energía, de esa que contenía emoción y terror a partes iguales. O lo que venía a ser lo mismo, esa que te indicaba que algo te importaba y, por tanto, que era importante, como siempre decía mi madre.

Grace nos hablaba de su última conquista: un pobre chico inocentón que no parecía saber dónde se estaba metiendo y al que Grace había convencido para pasar el día de Navidad en Mojácar.

—Y este, cielo, ¿tiene más posibilidades de durar un poco? ¿O me lo harás conocer para después arrancarle el corazón y hacerme

sufrir a mí? —le preguntó mi madre, dejando de mirar las patas del cordero para fijarse en ella.

Grace puso los ojos en blanco, pero yo asentí porque estaba de acuerdo con las palabras de nuestra madre. Continuamos pelando las patatas que irían al horno junto al cordero.

—Por favor, me hacéis parecer una *femme fatale* —dijo la sinvergüenza.

—Buen francés —asintió mi madre, orgullosa.

Yo me reí por el gesto de satisfacción de Grace.

Dejando las bromas aparte, el comentario de nuestra madre no iba desencaminado. Y es que desde que el mundo era mundo o, más concretamente, desde que Grace había comenzado a explorar los terrenos pantanosos del amor, no paraba de cosechar corazones rotos; y lo que al principio parecía una broma recurrente, se convirtió en el *modus operandi* de mi hermana.

No todos acababan siendo novios de ella, es decir, Grace estaba perfectamente capacitada para «jugar sin complicarse», como siempre decía; de todos modos la gran mayoría de los chicos lloriqueaba detrás de ella cuando, al poco tiempo, desaparecía de sus vidas.

Todos menos uno, porque Jacobo —«el guapetón de Jacobo», como lo había bautizado mi madre— fue el único por el que pareció afectada cuando dejaron de verse o cortaron…

Nunca le sonsacamos mucha información sobre lo que había sucedido entre ellos; sin embargo, yo, conocedora de que había estado mezclado con los Kaura, sospeché que su historia fue breve pero intensa.

Esperaba que no corrieran la misma suerte que yo y…

—Me he comprado una crema nueva que anunció Kim Kardashian.

Grace interrumpía así mi hilo de pensamientos; captó mi atención y la de mi madre.

—¿Cuál? —quise saber.

—Pues una que hace que todo el cuerpo te brille, y además huele a vainilla. Se te hace la boca agua.

—Vaya, parece interesante —asintió mi madre, centrada de nuevo en nuestra futura cena.

—Pero ¿cómo que «te brille»? ¿Como los iluminadores? —inquirí curiosa.

—Tiene como *brillibrilli.* Aún no la he probado, pero queda espectacular.

—Si no la has probado, no sabes si te queda bien. Ya sabes que al ser tan blancas de piel… —me quejé con un mohín.

Pero Grace quitó importancia a mi comentario con un gesto de la mano.

—Seguro que queda bien. Da igual el tono de piel.

—¿Caleb viene hoy a cenar? —cambió de tema mi madre.

—No, qué va. Hoy está con Luis, que va a su casa.

Ante mi respuesta, Grace y mi madre se quedaron congeladas, observándome como si acabara de decir una de las mayores locuras; no las culpaba.

Lo que sucedería en unas horas sería impactante, pues Caleb siempre había ocultado su homosexualidad a sus padres. Por temor, por motivos de causa, pero estaba determinado a enfrentarles, a decirles quién era de verdad, fueran cuales fueran las consecuencias.

—Me alegro mucho de que finalmente se atreva a dar el paso —dijo mi madre, sonriendo con orgullo.

—Pues yo no —discrepó Grace.

—¿Cómo puedes decir eso? —le pregunté sin entenderla.

Mi hermana me dedicó un gesto tristón.

—Se lo van a comer. Las barbaridades que le van a decir lo destrozarán —explicó, refiriéndose a la reacción que, según ella, tendrían sus padres.

Yo iba a replicarle, pero mi madre se encargó de hacerlo.

—Caleb va a ser libre. Se quitará aquello que lo está ahogando, Grace. Y es un acto de valentía admirable. No. No será fácil, pero él no quiere guardarse más ese secreto. Quiere mostrárselo al mundo entero.

—¿El mundo entero son sus padres? —preguntó Grace, con

auténtica ironía—. Yo, si fuera él, pasaría de ellos.

—Claro que el mundo entero no son sus padres, pero la familia, Grace —continuó mi madre—, pesa. Y a veces, para avanzar realmente, necesitas enfrentarte a las cosas, aunque estés casi al cien por cien seguro de qué es lo que te encontrarás.

Mi hermana y yo guardamos silencio, sabíamos que ya no solo hablábamos de Caleb, sino de mi propia madre, que tuvo que enfrentarse a toda su familia muchos años atrás.

Era duro que no todo el mundo tuviera una buena familia a la que recurrir, con la que poder mostrarse como uno es, y sentirse feliz y querido.

Éramos unas afortunadas.

Como Grace había intuido, el encuentro de Caleb con sus padres no fue bien.

Todo lo contrario.

Estábamos en el salón decidiendo qué canal ver cuando me vibró el móvil. Las tres guardamos silencio en cuanto descubrimos el nombre de mi amigo en la pantalla del móvil.

No era muy tarde, pero mis alarmas saltaron.

Podría llamar para decirme que todo había ido bien, que acababan de cenar todos juntos tras haber pasado una velada maravillosa, pero algo dentro de mí me dijo que no, que no escucharía precisamente eso cuando aceptara la llamada.

Pero me equivoqué.

Fue peor de lo que pensaba.

—¿Caleb? —contesté con rapidez y simulando tranquilidad.

Miré con horror a mi madre, que dejó caer el mando del televisor, pues también ellas oyeron los gritos al otro lado de la

línea.

—Ava. —Era Luis, con voz de estar aterrado.

—¿Luis?, ¿qué pasa?

—El padre, está loco. Me ha echado… me ha echado de la casa… no deja salir a Caleb. ¡Oigo gritos!

Mi madre y Grace se levantaron rápidamente del sofá, yo aún no había reaccionado.

—¡Ava!

—Luis —dije ante su llamada histérica—. Vamos, vamos para allá.

No añadí más y salí detrás de mi madre y mi hermana, quien estaba llamando a urgencias con una calma envidiable. Yo temblaba entera, y tan solo era capaz de seguirlas.

Solo al entrar en el coche, cuando mi madre arrancó, me di cuenta de que lloraba con histerismo.

—Tranquila, Ava. Tranquila.

—¡Lo va a matar! —contesté, aterrada; e intenté llamar de nuevo al móvil de Caleb, pero Luis no contestaba.

—Seguro que la policía llega antes que nosotras —prometió Grace, que estaba sentada en la parte trasera del coche.

—Vamos, vamos —murmuró mi madre mientras aceleraba más de la cuenta para llegar a casa de Caleb.

Tomamos una de las calles que bordeaban el pueblo, ya que por el interior era imposible; además, la casa de Caleb quedaba hacia las afueras.

El camino fue breve, pero a mí me resultó eterno. Llamé unas cuatro o cinco veces, todas sin respuesta, y el terror me estaba machacando, pues imaginaba distintos escenarios. Todos terribles.

Cuando al fin llegamos, mi madre dejó el coche de cualquier manera y las tres corrimos por la calle en cuesta. A causa de los gritos, varios vecinos habían salido de sus casas y se congregaban en la entrada de la de Caleb, pero no hacían nada más que cotillear.

Identifiqué rápidamente al único que hacía algo: Luis golpeaba con desesperación la puerta de la casa y llamaba a gritos a Caleb.

—Ava, Grace, quedaos aquí —nos pidió mi madre sin mirarnos.

Y se dirigió hacia la puerta. Intenté seguirla, pero Grace me lo impidió.

—Vamos a tranquilizar a Luis —susurró.

Pero yo solo podía fijarme en cómo mi madre buscaba la llave que tenían guardada dentro de la segunda maceta, colgada de la fachada; tras intercambiar unas breves palabras con Luis, mi madre entró en la casa con una determinación increíble, momento en que él nos miró.

Los gritos que se oían eran de la madre de Caleb, y, por lo que se entendía, estaba pidiendo a alguien que se detuviera, que dejara al niño.

Caleb, Caleb, Caleb.

Oí que mi hermana intentaba hacerme reaccionar, que la siguiera a ella, pero yo no podía, solo quería ir tras los pasos de mi madre. Pronto oí la voz de Luis, que se había reunido con nosotras, con la misma idea que yo: entrar en la casa. Pero Grace intentó hacerle entrar en razón, prometiéndole que mi madre podía controlar la situación.

Por fin, la policía hizo acto de presencia y varios vecinos intentaron explicarles la situación; sin embargo, los dos agentes fueron directos al interior de la casa.

Esos minutos me resultaron agónicos, me parecieron horas; hasta que, finalmente, los agentes salieron, pero no lo hicieron solos, sino que llevaban consigo, y esposado, al padre de Caleb.

Nunca en mi vida había mirado con tanto desprecio a una persona. Todo mi cuerpo reaccionó con repulsa, rabia, y miles de insultos se agolparon para salir y lanzárselos a ese hombre despreciable, ese que no despegaba la mirada del suelo. Y detrás de los policías, apareció mi madre junto a Caleb.

Así que lo olvidé todo y me acerqué a la carrera junto con Grace y Luis hacia mi magullado amigo.

—Caleb —dije al alcanzarlo, y asustada por las marcas en su cara.

—Vamos al hospital —dijo mi madre.

Todos asentimos. Luis se colocó al otro lado para ofrecer a Caleb también su apoyo, pero este podía caminar bien.

—No es para tanto, de verdad —murmuró Caleb, desviando la mirada de los vecinos que murmuraban a nuestro paso—. Tan solo estoy tocado… tocado y, joder, hundido.

—Nunca —respondió Grace—. Pueden haberte tocado, pero nunca hundirte.

Sus palabras me sorprendieron. Y Caleb miró a mi hermana pequeña a través de sus tristes y doloridos ojos, pero supe que sus palabras habían calado.

—Efectivamente, enana. Nunca hundido —asintió al fin.

Caleb se había negado a ir al hospital, pero mi madre no cedió. Después de que allí nos confirmaran que todo estaba bien, llegamos a nuestra casa, y Luis y él se quedaron rezagados en el salón. Mi madre, Grace y yo les dejamos a solas para que pudieran hablar.

Lo que acababa de suceder nadie se lo podría haber imaginado, y ambos necesitaban hablarlo, dedicarse palabras de consuelo y comprensión.

Pasadas las doce de la noche, decidí salir de mi cuarto. Pretendía bajar al salón, pero vi luz en nuestra terraza y fui hacia allí; creía que encontraría a mi madre, pues Grace estaba en su dormitorio.

Y en la terraza descubrí a mi madre con Caleb, estaban hablando.

—Sabes que con el parte médico puedes denunciar —le decía mi madre.

Me detuve porque no quería interrumpirlos, y fui incapaz de revelarles mi presencia.

Caleb negó.

—Solo quiero dejar todo esto atrás.

—Ese hombre se merece un castigo, ¿qué habría pasado si la policía no hubiera llegado? —insistió mi madre.

Estaban sentados mirando el cielo estrellado, y la escena quedaba tenuemente iluminada por la guirnalda que colgaba de la pared.

Caleb negó con la cabeza.

—Habías llegado tú, Lorena. No puedo borrar el recuerdo de su cara cuando apareciste enfrentándote a él…

—Caleb —lo interrumpió mi madre para insistir—: no puede salir impune.

Mi mejor amigo se volvió hacia mi madre y le pude ver el rostro, hinchado y magullado.

—No voy a verlos más. Para mí han muerto. Tan solo quiero… tan solo quiero olvidar lo sucedido.

Su voz se rompió y supe que estaba llorando.

Mi madre lo abrazó, reconfortándolo, y entonces sí me atreví a acercarme.

Sin decir nada, me senté al otro lado, de modo que Caleb quedó entre mi madre y yo. Dejamos que llorara, pero las palabras de cariño no cesaron. Aunque no había consuelo, pues ¿qué se le podía decir a un hijo cuyo padre lo había golpeado por descubrirle quién era, por revelarle a quién quería? Buscaba aceptación y amor, y había recibido todo lo contrario.

—Ojalá pudiera ser normal —soltó entonces Caleb.

Me quedé helada.

—¿Y qué es «ser normal», Caleb? —le pregunté, dolida al apreciarlo tan abatido como para decir aquello.

—Pues alguien que no tuviera problemas por ser como es. Alguien que tuviera una familia que…

Entonces mi madre lo interrumpió:

—Yo te puedo decir que ser normal no es ninguna virtud,

Caleb, sino más bien una falta de valor. Entiendo que lo que has pasado es muy duro, y es algo que siempre estará contigo. Pero no te puedes culpar por las acciones de otros y, mucho menos, menospreciarte. No te dejaré que hagas eso, Caleb. Ni yo ni mis chicas.

Yo asentí para aportar más énfasis a las palabras de mi madre, y Caleb sonrió levemente.

—Cada día dolerá menos y te hará aún más fuerte —le prometió mi madre—. Es muy injusto que tenga que ser así, lo sé, pero hay días que nos enseñan más que otros. Y esas grandes lecciones pesan, a veces, pero piensa que mañana será otro día.

Guardamos silencio, éramos conscientes de que lo que había sucedido quedaría guardado en nuestra memoria, pero especialmente ese instante, en el que nos envolvía el amor inmenso de mi madre hacia nosotros, y el nuestro hacia ella.

El instante en que tomamos conciencia de que realmente éramos una familia, aunque no nos uniera la sangre.

El instante en que Caleb supo que nunca estaría solo porque nos tenía a nosotras. Para siempre.

Sin embargo, el emotivo momento se rompió cuando llegó a trompicones una histérica Grace.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi madre asustada.

Y Caleb y yo nos levantamos en busca de cualquier señal que nos indicara por qué mi hermana pequeña había venido corriendo desaforada y completamente desquiciada.

—¡La crema! ¡La crema! —gritó Grace.

—¿Qué pasa con la crema? —preguntó mi madre, ya más tranquila porque no era algo de vida o muerte.

—¡Me ha dado una reacción terrible! —lloriqueó Grace.

Miré a Caleb, parecía buscar esa espantosa reacción que prometía mi hermana.

—Yo te veo bien —dijo él.

—Y yo —asentí.

Grace pataleó el suelo.

—Eso es porque no me ha dado reacción en la cara, sino en el

cuerpo. ¡Tengo el jodido culo lleno de espantosos granos!

—Oh, bueno, cielo. No pasa nada, vamos a ver… —comenzó mi madre.

Pero mi hermana negó.

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Jorge viene mañana! ¿Cómo voy a estar llena de granos espantosos?

Grace volvió a exaltarse, como si estuviera ante una de las mayores catástrofes de la humanidad, y yo, consciente de lo sucedido hacía tan solo unas horas, puse los brazos en jarras; estaba dispuesta a regañarla por su falta de tacto, sin embargo, no pude hacerlo por la gran carcajada que soltó Caleb.

Lo miré, e inevitablemente sonreí ante sus risas.

—¡Caleb! —lo regañó Grace.

A lo que Caleb se rio más y al final me uní yo a las risas.

—Venga, Grace. No pasa nada —dijo mi madre, procurando reprimir una sonrisa.

—Oh, Dios… —continuaba ella, dramatizando—. Todo el culo lleno de granos, mamá. ¡Entero! ¿Qué voy a hacer?

—Creo que esa parte de tu anatomía es complicada de ver en esta época del año por lo abrigada que vas —comenzó a decir Caleb—, ¿o es que tenías pensado enseñársela?

Yo me reí por el gesto de mi hermana, una mezcla entre la frustración y la vergüenza, algo raro de ver en ella.

—¡Menos cachondeo! —dijo Grace.

—Venga, vamos —la apremió mi madre, dispuesta a entrar en casa—. Vamos a ver si tengo algo para esa reacción.

Antes de abandonar la terraza, mi madre nos lanzó una mirada divertida mientras aún oíamos las quejas de Grace.

—¡Qué bueno, por Dios! —dijo entonces Caleb—. Esto solo le podía pasar a Grace.

—La verdad es que sí —asentí con una sonrisa.

Caleb suspiró y recuperó la compostura, ahora sonriente.

—¿Quieres entrar? —le pregunté.

—Será lo mejor. Me apetece proponerle a tu madre que nos prepare algún cóctel para brindar por esta noche.

—¿Brindar?

—Sí. Por las decisiones importantes, y por vosotras.

Miré con cariño a Caleb, deseaba abrazarlo, pero él prosiguió:

—Gracias. Por estar siempre ahí. Gracias por acogerme en tu familia como si fuera…

—Lo eres —lo interrumpí, incapaz de controlar ahora yo las lágrimas.

No pude decir más, me lancé a sus brazos para abrazarlo fuerte y con una eterna gratitud porque podía seguir haciéndolo. Aquella noche podría haber ocurrido alguna desgracia, pero ahí estábamos, riéndonos por los granos en el culo de mi hermana.

—Tengo que despertar a Luis. Lo he dejado durmiendo en el salón, y como se despierte con los gritos de tu hermana… —explicó Caleb.

Me separé de él sonriendo.

—Sí, creo que es buena idea. ¿Está bien? —quise saber mientras entrábamos en casa.

—Sí, se ha asustado mucho, algo normal, por supuesto. Le advertí que seguramente no sería una velada tranquila, pero no me podía imaginar que…

Caleb no terminó la frase, y reposé una mano en su brazo.

—Tranquilo. Luis está aquí, no ha huido y no va a hacerlo —dije—. Es un buen chico.

—Sí que lo es —confesó Caleb—. Soy afortunado de tenerle.

—Ambos lo sois —afirmé.

Y él asintió.

Eso era cierto, Luis fue un pilar muy importante para Caleb y ambos se quisieron muchísimo, aunque al final, un año después, sus caminos se separaran.

Fue triste, pero su historia tuvo una duración concreta, pues poco a poco su amor se convirtió más bien en una relación de amistad. Ambos supieron verlo, y pusieron fin al noviazgo. Sin traumas ni dramas. Sabían que habían compartido unos años llenos de amor y felicidad.

—Vaya unas Navidades —susurré una vez dentro, antes de

bajar por las escaleras.

Caleb lo negó:

—Sé que serán las mejores desde hace mucho tiempo.

Y sin añadir más, nos dirigimos al salón cogidos de la mano, dispuestos a dejar atrás todo lo malo, disfrutando de nuestra compañía e imaginando las cosas buenas que estaban por llegar.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Al vislumbrar la puerta de casa, Caleb y yo nos detenemos.

—Vaya, vaya —comenta Caleb sin ocultar la diversión—. Parece que alguien no ha perdido el tiempo.

Miro a mi mejor amigo, que se ríe ante mi expresión anonadada, pero es que estamos viendo que mi hermana Grace se besa en la puerta de nuestra casa con Jacobo.

—Este chaval es como el vino —continúa Caleb—. Cada vez que lo veo está más cañón.

—¿Qué hacemos?, ¿los interrumpimos o esperamos un poco? —pregunto, algo cohibida por la intensidad del beso que están compartiendo.

—Pues como les dejemos seguir, creo que no podremos entrar en un buen rato. Esos dos echan fuego —comenta Caleb, y se encamina hacia la puerta.

Yo lo sigo, y Caleb se encarga de carraspear antes de saludar como si nada. Como si fuera normal encontrar a Grace dándose el

lote con Jacobo, a quien tenía muy olvidado, por lo menos hasta que regresamos a Mojácar.

—Buenas noches —suelta Caleb.

Y por el susto, Jacobo y Grace se separan de un bote.

—Oh —suelta Jacobo, que retrocede un paso para alejarse de mi hermana.

Ella tiene una expresión de pillada total.

—¿Qué tal, chaval?, ¿cómo estás? —lo saluda Caleb.

—Bien, bien. ¿Vosotros? —pregunta correctamente.

Yo tengo que contener ahora una sonrisa, por lo surrealista de la situación y porque me divierte su vergüenza palpable.

—¿Quieres pasar a cenar? —tanteo.

Ignoro la mirada llameante que Grace me dedica al oír tal propuesta.

—No, qué va. —Al sonreír, Jacobo muestra unos adorables hoyuelos en el masculino rostro—. Ya me iba, en realidad.

—Ya vemos, sí —lo pincha Caleb, claramente disfrutando de la escena.

—Bueno —interviene Grace, con la mirada puesta en Jacobo —, luego hablamos.

Él asiente y dedica una sonrisa a mi hermana que —lo sé— le hace temblar las rodillas; tras despedirse de nosotros, se aleja, y los tres nos quedamos observando cómo su silueta se pierde calle abajo.

—Vaya un culo. —Caleb rompe el silencio.

—¡Caleb! —lo regaño.

—¿A que sí? —añade Grace; luego lanza un suspiro.

—Anda, niña, vamos adentro que creo que nos tienes que contar cosas —dice Caleb.

Y no puedo estar más de acuerdo.

Al entrar en casa, veo que hay más cajas llenas; sin embargo, no está tan organizado como esperaba, después de que alguien declarara que daría el callo para la mudanza.

Soy incapaz de no mirar a mi hermana con fastidio.

—¡Grace! Me prometiste que te pondrías el turbo con la cocina

—me quejo.

—Pero entonces apareció ese morenazo y el plan cambió —canturrea Caleb, y se gana un codazo de mi hermana.

Tras el toque de atención a mi amigo, ella me mira con determinación.

—Me quedo con la casa.

—¿Qué? —salto ante la bomba que acaba de enunciar.

—Lo que oyes, Ava. Que no vendemos la casa. Me la quedo. Ya puedes llamar a los de la mudanza para cancelarlo todo y…

—¿Qué dices, Grace? ¿Cómo que te quedas con la casa?, ¿te piensas que esto es un juego? ¿Cómo vas a quedarte con ella? —suelto con absoluta incredulidad.

¿Se ha vuelto loca?

—Bueno, creo que he visto una tela de araña ahí, por arriba, así que… —nos interrumpe Caleb.

Y con esa excusa absurda, se va alejando para dejarnos un poco de intimidad, pero antes de que ponga un pie en el escalón, Grace lo detiene.

—Espera, Caleb. No te vayas, que ya lo hago yo.

Sin esperar su respuesta, Grace lo adelanta y sube las escaleras a la carrera; yo no puedo ignorar la mirada que me dedica ahora Caleb.

—¿Qué? —quiero saber.

—¿Cómo que «qué»? —Caleb me mira aún peor; pone los brazos en jarras—. Haz el favor de seguirla y procurar arreglar esto.

—Es ella quien está liándola —me quejo.

Caleb suspira y añade:

—Ava, recuerda que no solo tú lo estás pasando mal.

—Eso lo sé perfectamente —le respondo, a la defensiva.

—Bien, pues escucha también sus planes. Tienen tanta validez como los tuyos.

Y pasando por mi lado para darme un suave beso en la mejilla, Caleb se dirige a la cocina, seguramente en busca de algo que cenar.

Yo desvío la mirada nuevamente hacia las escaleras, por donde Grace ha desaparecido, y, armándome de entereza, cojo aire y sigo sus pasos.

—¿Y qué pasa con tus planes de venirte con Caleb y conmigo, Grace? Ayer mismo me decías que no querías estar sola… —Hablo con calma, intentando que entre en razón.

Estamos en la terraza de arriba, donde nos envuelven el cielo estrellado y las vistas del pueblo.

Estamos sentadas, envueltas en una manta y a la luz de un farolillo que he sacado de un armario, pues la terraza ha quedado vacía tras haber retirado las pocas cosas que teníamos en ella.

—No puedo dejar esta casa, Ava. No puedo.

—Sé que es difícil, pero mamá no es solo esta casa, Grace. Mamá está con nosotras, en nuestros recuerdos y en nosotras mismas —le prometo.

—*Natsukashii* —dice de pronto.

La miro extrañada.

—¿Qué?

—*Natsukashii* —repite Grace sin titubear—. Es una palabra japonesa, ¿y sabes lo que significa? «Nostalgia feliz», Ava. Ese instante que te transporta a un recuerdo que, aunque te entristezca porque algo ya no está, te llena de felicidad. Y eso es para nosotras esta casa, Ava. Así que no quiero que nos deshagamos de ella. No, no puedo.

Abrazo a mi hermana porque siento que la desesperación se atenaza en ella, y me gustaría consolarla, ofrecerle una solución, pero hay que ser realistas. No podemos permitirnos quedárnosla.

Yo tengo una casa en Irlanda y Grace quería venirse con

nosotros para estar juntas.

—¿Cómo vas a hacerte cargo tú sola de la casa? Yo no puedo ayudarte, con la de Dublín y…

—He hablado con los abuelos. —Grace suelta la bomba, sorprendiéndome de nuevo.

—¿Cómo? —logro preguntar.

Grace asiente:

—Tampoco quieren que nos deshagamos de la casa, así que me ayudarán a gestionarlo todo.

—Grace, no puedes dejar tu trabajo de Edimburgo para mudarte a este pueblo en el que no hay trabajo de lo tuyo, donde…

Mi hermana niega sonriente.

—Saldrá algo. Lo sé. Efectivamente, en el mismo pueblo no, pero están Almería, Granada, por no hablar de muchas otras ciudades. Puedo teletrabajar, no me resultará difícil.

—Esto… esto es una locura, Grace —comento, algo perdida por su determinación.

Pero mi hermana pequeña me dedica otra sonrisa amplia, segura.

—Sé que te cuesta. Que necesitas tenerlo todo atado y repensado, pero yo no soy como tú, Ava. Yo soy más mamá, igual que tú eres más papá —me explica—. Y eso está bien.

—¿Y si sale mal? —pregunto.

—Pues si sale mal, no quedará más remedio que vender la casa. Pero lo haré sabiendo que ya no me quedan más opciones.

Estudio su rostro, quedo maravillada por su entereza y porque, sí, puede que funcione. Un calor cálido se me expande por el pecho como un abrazo, siento alivio al saber que no tenemos que deshacernos de nuestros recuerdos, de nuestra vida allí; de mamá, porque, sí, esta casa es ella. Aunque haya querido autoconvencerme de que no.

Así que respiro aligerada, y se derraman las lágrimas.

Grace me abraza para reconfortarme; me alivia que al final ella haya decidido pelear contra lo que se suponía que debíamos hacer… me quita una carga de encima que yo misma, con mi

cabezonería, me había impuesto.

Tras unos minutos en silencio que sirven para serenarme y percatarme de que no serán los últimos instantes en esta terraza donde tantos momentos vivimos, tengo que hacer el comentario:

—¿Y Jacobo…?, ¿tiene algo que ver con la decisión de quedarte aquí?

Mi hermana se ríe con ganas.

—Es un buen aliciente, no lo voy a negar.

—Pero ¿cuándo…? —quiero saber, realmente intrigada.

—La verdad es que lo vi hace dos días por el pueblo. Mientras tú estabas paseando, que luego resultó que estabas tomando un café con Hugo, yo me topé con él por la plaza, y, en fin, nos pusimos al día. Pero fue únicamente eso, una conversación de dos viejos conocidos… —me explica Grace con una sonrisilla que conozco de sobra.

—¿Y entonces, hoy?

—Y hoy se ha presentado en casa, y, sí, una cosa ha llevado a la otra. ¿Has visto lo guapo que es?

Me río ante su pregunta.

—Me gusta Jacobo —admito—. Siempre me pareció un chico sensato, incluso cuando decidisteis cortar te notamos mucho más afectada que con los otros chicos.

Grace suelta una carcajada seca.

—¿Qué pasa? —pregunto, mirándola sorprendida.

—¿Ya me estás hablando de amor verdadero?... —me pincha ella.

Y me encojo de hombros.

—Tú y tus historias de amor eterno —añade.

El comentario me pellizca un poco el corazón, entonces me resulta inevitable pensar en cierta persona, que, por capricho del destino, se encuentra ahora en este mismo pueblo, seguramente cenando con su preciosa novia.

—Qué le voy a hacer, Grace. A pesar de todo, sigo creyendo en el amor.

—Y es lo que hay que hacer, si no ¿qué sentido tiene todo

esto?

Respondo a su sonrisa con otra, antes de que ambas miremos hacia arriba, al nocturno cielo, y es ahí cuando, de pronto, una estela rápida y breve lo surca.

—¡Oh, una estrella fugaz! —Grace la señala con una emoción que me recuerda a una niña pequeña.

—Sí —logro decir.

—Corre, corre. ¡Pide tu deseo! —continúa mi hermana, cerrando fuertemente los ojos.

Pero yo tan solo la miro.

Hace tiempo que dejé de pedir deseos a las estrellas. ¿Qué sentido tenía? No parecía que escucharan mis ruegos.

—Así que, al final, tú y Jacobo, ¿eh? —digo tras un largo silencio.

Grace me mira y se encoge de hombros.

—Sinceramente, no sé adónde nos llevará esto. Pero ya me conoces. No me preocupa.

—Cierto —asiento sonriendo, pues es verdad.

Grace siempre se deja llevar. Y menos mal.

—Ya sabes lo que dicen: hay gente que vive enamorada; y otra, enamorada de la vida. Yo soy de las segundas —afirma ella.

No necesito preguntarle a qué se refiere con eso, porque lo sé, y lleva toda la razón. Esa arrolladora personalidad que ya apuntaba maneras desde pequeña. Esa filosofía de vivir intensamente sin tener miedo a lo que ocurra.

—Ay, Grace —suspiro al pasarle un brazo por encima del hombro.

—Dime.

—A mamá le habría encantado enterarse de este último cotilleo —la informo con una gran sonrisa.

—¿Qué cotilleo?

—El del guapetón de Jacobo y tú.

Mi hermana intenta desembarazarse de mí, pero no lo logra, lo que nos hace reírnos con ganas; y sé que, a pesar de que físicamente no esté, en el recuerdo de esta noche en la terraza,

mamá se encuentra también con nosotras.

Abril de 2023

Mojácar

Hugo

Estoy en la habitación, prácticamente a oscuras, cuando la puerta se abre.

Levanto la mirada y descubro a Rubén, que enciende las luces ganándose un gruñido de mi parte.

—¿Así que a eso aspiras ahora?, ¿a estar enfurruñado, fumando y bebiendo? —me pregunta mi amigo.

Lanza una significativa mirada a la botella que hay a mis pies, junto al cenicero con una cantidad incontable de colillas.

—¿Cómo has entrado? —quiero saber, habituándome ya a la luz.

Rubén juguetea con una tarjeta blanca que identifico como la llave de la habitación.

—Es de Lara —me aclara, y mueve una silla para sentarse frente a mí—. Me la dio al despedirnos.

—Qué bien —murmuro, y doy un trago de whisky.

—¿De verdad? ¿Eso es lo único que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga, Rubén?

—Podríamos hablar de lo que ha sucedido —responde él.

Me estudia con seriedad y yo suspiro al tiempo que coloco el vaso nuevamente en el suelo.

—Me conoces. No soy de regodearme en la mierda.

—Hugo, Lara te ha dejado y se ha ido.

—Lo sé, estaba allí.

Rubén maldice.

—¿Qué quieres que haga, Rubén? —le pregunto entonces.

—No sé, hombre. ¿Qué te parece si mueves el culo y buscas a esa chica que tanto te quiere para no dejarla salir de tu vida? —propone él.

Pero niego con la cabeza.

—No.

—¿No? —insiste, mirándome sorprendido—. ¿Prefieres regodearte en la mierda? —repite mis palabras.

—No es lo que estoy haciendo.

—Permíteme que difiera —sonríe con sarcasmo.

Me levanto de la silla y cojo la botella para beber directamente de ella.

—Hugo… —comienza de nuevo.

Pero no se lo permito.

—Es lo mejor para ella, Rubén. No hay que darle más vueltas.

—¿Qué cojones dices? —pregunta él, poniéndose también en pie.

—Lara necesita a un tipo que pierda la cabeza por ella, alguien que la quiera como se merece.

—¿Y ese tipo no eres tú?

Su expresión de asombro me hace tenderle la botella para que él dé ahora un trago.

—Conoces perfectamente la respuesta. No me hagas precisarlo —contesto.

Rubén me golpea la mano alejando la bebida de sí mismo, y me mira enfadado.

—Eso es lo que pretendes, ¿eh? ¡Tirarlo todo por la borda por alguien que ya no está en tu vida!

Me vuelvo para darle la espalda, pero Rubén no capta la indirecta y continúa con su monólogo:

—Joder, Hugo. Tienes que dejar el jodido pasado atrás. Pasar página de una vez. Sé que es difícil, lo sé. Sabes que mejor que yo

nadie te puede comprender, pero ya está bien. Deja de destrozarte la vida por alguien que no está y que no volverá contigo nunca más.

—Por favor, déjame solo —le pido, pero no me hace caso, sino que camina hasta colocarse delante de mí.

—Olvida a Ava de una vez. Hazlo por tu bien, si no siempre vivirás así, a medias, sin poder disfrutar de las oportunidades y cosas buenas que te brinda la vida —insiste de nuevo.

Y yo lo miro. Y también lo escucho. Claro que lo hago, pero guardo silencio porque no sé qué decirle. Ahora mismo me abordan miles de pensamientos y emociones que no sé cómo gestionar.

—Olvídala antes de que sea demasiado tarde. Antes de que un día descubras que ella ha avanzado y te ha olvidado del todo a ti, antes de quedarte con cara de estúpido y sin saber qué hacer. Hazlo antes de cagarla como lo hice yo, Hugo. Si no, te arrepentirás.

Miro a mi amigo; imposible no recordar aquel día, años atrás, cuando descubrió que Raquel estaba embarazada. Embarazada y enamorada. Aquella noticia lo golpeó duramente porque siempre tuvo la esperanza, por mínima que fuera, de que en algún momento Raquel y él tendrían su oportunidad.

Rubén hace una mueca y, sin añadir más, sale de la habitación, dejándome a solas con mis pensamientos atormentados y la persistente incertidumbre de no saber qué hacer.

Llevo dos días sin salir de la habitación del hotel. Rubén se ha pasado varias veces, pero no logra sonsacarme más que monosílabos y gruñidos, así que hace horas que no lo veo.

Estoy dentro de la cama, con la misma ropa que hace dos días y la vista fija en el techo. No sé qué hora es, aunque la luz que se cuela por las ventanas atravesando las cortinas me indica que es de día.

Me duele la cabeza por la resaca. Demasiado alcohol. Joder, y también demasiado tabaco.

De pronto, llaman… ¿Llaman a la puerta? Entrecierro los ojos como si eso me sirviera para concentrarme y agudizar el oído.

—Hugo, abre —dice una voz amortiguada tras la puerta.

Dejo caer la cabeza sobre la almohada. Quizá, si no me muevo se cansará, sea quien sea, y se irá, dejándome solo con mi mierda de situación.

—¡Hugo! —repiten, y esta vez golpean fuertemente la puerta.

—Joder —murmuro.

Y me pongo en pie, aunque los agudos pinchazos en la sien me exijan que haga todo lo contrario.

Camino lo que me parece un trayecto eterno, pero por fin llego a mi destino, abro de malas maneras y fulmino con la mirada a quien cojones haya venido a molestarme.

Eso sí, el cabreo se me esfuma cuando descubro a Raquel, quien tiene aspecto de estar aún más cabreada que yo.

—Ya era hora, bonito —suelta ella, echándome a un lado para entrar en la habitación.

—¿Qué haces aquí, Raquel? —quiero saber.

Cierro la puerta tras de mí y veo que arruga la nariz mientras contempla la habitación.

—¿Y tú? Huele fatal —me dice.

Me apoyo en la pared más cercana, cruzándome de brazos.

—Creo que el olor proviene de ti —murmura mientras se me acerca olisqueando— Puaj. ¿Sabes lo que es la ducha?

—Mira, no tengo tiempo para…

Pero Raquel no me deja terminar la frase. Acorta las distancias y, tirándome del brazo, me dirige hacia el baño.

—Claro que lo tienes. Lo primero que harás es ducharte, y luego ya hablaremos.

—Raquel, estoy muy bien solo. Agradezco tu visita, pero sé lo que me hago.

—Lo veo —contesta irónica, y me empuja de nuevo.

Para lo pequeña que es en comparación conmigo, tiene la fuerza suficiente para desplazarme un poco. Al final, se cansa de mi poca colaboración y, situándose frente a mí, vuelve al ataque verbal:

—Hugo, o lo hacemos por las buenas o por las malas.

Inevitablemente, el fantasma de una sonrisa hace acto de presencia.

—Sí, ríete lo que quieras —continúa ella—, pero si tengo que meterte yo misma, lo haré. Aunque tenga que desnudarte.

—Me gustaría saber qué pensaría de eso Rodrigo —gruño, refiriéndome a su marido.

Y Raquel se ríe.

—Te puedo asegurar que no tiene nada de lo que preocuparse.

Suspiro y, cansado ya de su verborrea, camino hacia el baño.

—Que conste que lo hago porque no soporto tu tono de voz —declaro antes de encerrarme.

Oigo su voz amortiguada cagándose en mi calavera, lo que me hace sonreír, pero, efectivamente, una ducha no me irá mal.

Cuando salgo del baño en una de esas batas esponjosas y blancas, me sorprende que los restos de cerveza y botellas hayan desaparecido, también las colillas y el tabaco, incluso el aire de la habitación parece menos cargado.

—Esto está mejor, ¿no? —dice Raquel, que está sentada en la cama hojeando una revista.

Mi respuesta es un gruñido, pero voy hacia el armario para coger ropa y vestirme.

—¿Qué haces aquí, Raquel? —pregunto por fin, mientras me pongo los calzoncillos.

—¿Tú que crees? Lara me llamó para cancelar la quedada y me pareció raro, pero una hora después me llamó para saber si la podía acoger, así que el enigma quedó resuelto.

La miro.

—Entonces deduzco que te lo ha contado.

—¿Que te ha dejado porque se ha dado cuenta de que sigues enamorado de Ava? —Raquel me mira seria—. Sí, me lo ha dicho.

—Y me imagino que tienes algo que comentar —añado mientras termino de abrocharme los vaqueros y me pongo la camiseta.

—Por supuesto que tengo algo que decir.

—Pues aquí me tienes, dispara.

Camino hacia la cama, dispuesto a aceptar el sermón que va a caerme.

Raquel deja la revista y me estudia con detenimiento, pero no tarda en romper el breve silencio que nos envuelve.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Su pregunta me extraña.

—¿Cómo que qué voy a hacer? Creo que es evidente que no tengo nada que hacer. Lara se ha ido, y lo entiendo. No tengo derecho a ir detrás de ella como Rubén me dice que haga, porque, joder, se merece lo que busca, y yo no puedo dárselo, aunque te juro que lo he intentado. Con todas mis fuerzas.

Miro a mi mejor amiga, que asiente.

—Lo sé. Pero no me refería a qué vas a hacer con Lara. Porque es eso cierto, Lara estará mejor sin ti, y no porque no fuera feliz contigo, sino porque todos nos merecemos estar con alguien que nos corresponda de la misma manera.

—Entonces ¿qué haces aquí, Raquel? —insisto sin comprenderlo.

Raquel se levanta de la cama para acercárseme.

—¿Qué vas a hacer ahora, Hugo? —repite, y entonces se expresa con más claridad—: ¿Qué vas a hacer ahora que has vuelto a encontrarte a Ava? ¿Cuántas veces dejarás que la casualidad cruce vuestros caminos, para después dejarla marchar? ¿Cuándo lo vas a hacer?

—¿No vienes a echarme la bronca por lo que ha sucedido con Lara? Recuerdo que juraste…

—Sí, bueno, no quería que destrozaras su corazón. Pero estos

dos años de relación he visto que la has querido y que has luchado por vuestra relación. Aun así, eres mi mejor amigo, y creo que no está bien que antepongas la felicidad de otros por encima de la tuya. No cuando no te atreves a dar el paso.

Me alejo de ella, dándole la espalda.

—No digas eso. Sabes perfectamente que lo de Ava y yo no funciona.

—¿Que no funciona? Claro que sí, lo único es que siempre ha habido algo que se interponía. Y lo entiendo. No es fácil arriesgarse cuando están en juego las ilusiones de uno o del otro. Pero ¿ahora, Hugo? ¿Qué te detiene? El puto universo os está dando otra oportunidad, y lo sabes.

—¡Ella me odia por lo de Japón! ¡Y, joder, lo sabes! —estallo mirándola.

Y Raquel niega con la cabeza.

—Sabes que no es cierto. Si no, ¿por qué ha venido a buscarte? ¿Por qué tomó el café contigo? Dime, Hugo. ¿Por qué?

Desvío la mirada, y me siento sobre la cama. La mente me va a mil. Esperaba otra cosa, otra discusión, que me echara en cara mis constantes meteduras de pata. No esto. No que mi mejor amiga me exigiera que actuara respecto a Ava.

—Deja de tener miedo —señala Raquel.

Y alzo la vista para encontrar sus grandes ojos.

—No lo tengo —miento.

Y ella sonríe.

—Apestas a absoluto terror —sentencia acuclillándose frente a mí, y apoya los brazos sobre mis rodillas—. Tú hazte esta pregunta: ¿qué tienes que perder?

Sonrío con auténtica amargura.

—¿A ella?

Raquel niega.

—Eso ya lo tienes perdido si seguís así —me contesta, con absoluta confianza.

Observo a mi mejor amiga, y me dedica un asentimiento de cabeza, pero soy yo quien habla de nuevo:

—Si fueras yo, ¿qué harías?

La sonrisa de Raquel se amplía, y sus siguientes palabras resultan decisivas.

—¿Qué no haría por el amor de mi vida? No todos tenemos la suerte de que coincida en tiempo y lugar…

Un nuevo pinchazo me recorre, pero esta vez en el pecho, pues sé que con esta frase no solo está hablando de mí y de Ava, sino también de ella e Iván.

—Vamos, Hugo. —Vuelve a sonreírme—. Demuestra que eres un Kaura.

Abril de 2023

Mojácar

Ava

Los días han pasado, y al final llega el último en Mojácar, antes de volver a Irlanda. No obstante, no me embarga esa sensación amarga que me invadiría en este día, y eso se debe a Grace, pues desde que ha determinado que se queda con la casa, ha cambiado notablemente de actitud.

Por supuesto, ahora tiene por delante muchas cosas que hacer, y todos la ayudaremos, porque, al fin y al cabo, de ellas dependerá el desarrollo de su vida en el pueblo: debe encontrar nuevo trabajo y descubrir si le gusta, ver qué tal se las apaña aquí... Pero estoy segura de que todo saldrá bien.

Tengo una corazonada.

Me encuentro en la terraza, despidiéndome de las vistas que no

me acompañarán hasta las próximas vacaciones o hasta que esté más relajada en el trabajo y pueda coger un vuelo para teletrabajar desde aquí unas semanas.

Lo contemplo todo con calma, con la tranquilidad de saber que volveré y con el convencimiento de que mi hermana estará bien.

Por un instante siento la punzada tan familiar que me acompaña desde la marcha de mamá, pero es precisamente ese sentimiento el que me asegura que ella estaría de acuerdo y feliz con nuestra decisión.

Inevitablemente, pienso entonces que todo eso es injusto. Qué duro es saber que ya no habrá más conversaciones divertidas entre las tres en la terraza o los largos debates en la cocina; que han terminado esas eternas sesiones de cine en el legendario sofá, o que ya no se oirán nuestras risas desde la planta de arriba.

—Estás aquí —dice Grace al aparecer en la terraza.

Mientras asiento, me doy la vuelta para ver cómo se acerca.

—¿Qué haces? —quiere saber.

Me encojo de hombros.

—Nada, solo pensaba… en cosas —contesto vagamente.

Sin embargo, Grace no lo deja pasar; al fin y al cabo, es una Brennan.

—¿En qué?

Por un momento, me planteo no sincerarme para evitarle a ella el escozor que me ensombrece, pero entonces me recuerdo que Grace no es esa niña pequeña que necesite protección y que la salven, así que me abro:

—En mamá. En que me duele pensar que ya nunca más cruzaré esa puerta y ella estará para recibirme. Que tampoco estará para interferir en nuestras ridículas discusiones. —Miro a mi hermana, y recibo de ella una leve sonrisa—. Ni haremos más sesiones de cine con sus deliciosos batidos. Ni estará ya para inventarse tradiciones absurdas pero divertidas o ideas para animarnos…

Grace se ríe.

—Cierto, tenía una inventiva envidiable —asiente Grace con la

emoción contenida en los ojos, pero con la sonrisa tatuada en los labios, igual que yo—. Pero ¿sabes qué te digo, Ava?

Miro a mi hermana.

—Que en esta casa se retomarán las sesiones de cine y los batidos de oreo. Las absurdas tradiciones continuarán; de hecho, añadiremos algunas nuevas, y, ante todo, seguiremos teniendo nuestras ridículas discusiones. Seguro que Caleb querrá interferir para el disfrute de mamá.

Aunque las lágrimas caen, mi sonrisa se acentúa.

—¿Me lo prometes? —pregunto.

—Te lo juro.

Grace extiende el dedo índice porque, como decía mamá, «las promesas no se pueden hacer con el dedo más pequeño, sino con el que señalas cuando tomas decisiones»; así que se lo estrecho.

Voy a añadir algo, un comentario sin mucha importancia, pero lo que dice Grace a continuación hace que se me olvide.

—Por cierto, han venido a verte.

—¿Quién? —le pregunto extrañada.

Grace arquea las cejas.

—¿Hace falta que te lo diga?

—Pero…

Mi hermana no se queda para escuchar lo que ni siquiera yo sé que voy a decir, y tras desaparecer por la puerta, se asoma, unos minutos después, otra persona. Alguien que conozco muy bien.

Hugo me observa desde el umbral, sus ojos estudian mi expresión con cautela, como si esperara que en cualquier momento estallara cual bomba de relojería.

—¿Qué haces aquí? —me atrevo a preguntar al fin.

No me contesta, tan solo avanza hacia mí, y con cada paso que da, mi cuerpo reacciona. Claro que sí. Como cada vez que está cerca.

El pulso se me ha disparado y la mente me acribilla con miles de preguntas y pensamientos que soy incapaz de pronunciar.

Él parece tranquilo, y odio que se encuentre así cuando yo siento que voy a estallar por los contradictorios sentimientos que

me apresan. Sin embargo, todo se disipa cuando extiende una mano para mostrarme el sobre de una carta.

Alzo la vista hacia él, y no necesita que yo hable para adivinar mi pregunta.

—Por eso viniste a buscarme, ¿cierto? —dice—. Aquí la tienes. Es la única carta que ella me escribió.

Fijo la vista en ese trozo de papel y, con suavidad, lo cojo. Cuando lo tengo entre las manos, vuelvo a mirarlo a él, pues no puedo ignorar que, por la proximidad de nuestros dedos, la energía chisporrotea.

—Gracias —susurro.

—Pensé que deberías tenerla —responde él, estudiándome con esa mirada de ojos como el hielo.

Y por primera vez en todo este tiempo, no puedo leer en ellos lo que esconden.

Asiento agradecida y con el corazón en un puño.

—¿Cómo…? ¿Dónde la tenías? —quiero saber.

Y Hugo me dedica una de sus sonrisas ladeadas.

—He pedido que me la enviaran con urgencia. La tenía en el estudio de Londres.

—Oh. No tenías…

—Me han dicho que ya te vas, y, bueno… no quería que te fueras sin tenerla.

Asiento, pero desvío la mirada.

El silencio pesa entre ambos porque, sí, tenemos cosas que decirnos, pero ¿son necesarias? Él es feliz. Tiene su vida en Londres, tiene a Lara y miles de proyectos por delante.

Quizá el destino ha vuelto a cruzar nuestros caminos para regalarme la tranquilidad de saber que está bien y que realmente es feliz. Y Hugo se lo merece.

Así que hablo:

—De verdad, gracias. No tenías por qué hacerlo, y mucho menos después de lo que te dije.

Hugo niega, quitando importancia al hecho al que me refiero.

—Era justo, y más después de lo que sucedió en Japón.

Me encojo de hombros y dejo escapar un largo suspiro.

—Estaba dolida y no fue una respuesta madura —confieso al final, e inevitablemente lo rememoro.

Recuerdo que, casi un año después del encuentro de París, Hugo me escribió un mensaje de texto tras meses sin saber de él. La locura del COVID ya estaba desatada, aunque todavía quedaba lo peor, el confinamiento, y recuerdo que a su mensaje preguntándome cómo estaba, le respondí con un escueto texto pidiéndole que me olvidara, que no me volviera a escribir. Y después lo bloqueé.

Fue una reacción injusta, quizá, pero en aquel momento supe que necesitaba poner distancia. Alejarme de su doloroso recuerdo.

—No pasa nada, Ava —insiste.

Hay una tensión extraña entre nosotros, así que desvío la mirada y la centro en la única otra cosa importante, la carta.

Con manos temblorosas, abro el sobre y saco el papel curiosamente manido, como si la hubieran leído varias veces.

Hugo se aclara la garganta antes de confirmármelo:

—Puede que la haya leído en varias ocasiones.

Le miro de nuevo, intrigada.

—¿Por qué?

Él niega con un leve gesto de cabeza.

—No es el momento para esta respuesta —apunta, y, sorprendiéndome, se inclina para darme un suave beso en la mejilla—. Ten un buen viaje, Ava.

—¿Te vas? —le pregunto cuando comienza a alejarse, y su mirada de cristalinos ojos me encuentra.

—Creo que ahora mismo tienes cosas más importantes entre manos. —Me sonríe divertido, pero lo conozco bastante para sentir que bajo esa tapadera hay algo más—. Hasta la próxima, Ava.

—¿«La próxima»?

—Nos volveremos a ver —me promete antes de desaparecer en el interior de mi casa.

Tengo el impulso de seguirlo, pero Hugo tiene razón, la carta

me quema en los dedos, y tomo conciencia de que es lo último que me queda de mi madre que aún me pueda sorprender. Algo nuevo de ella.

Así que abro la carta, y las lágrimas me atizan cuando descubro la familiar letra de mi madre.

Hola, Hugo:

¿Cómo estás? Sé que te sorprenderá recibir esta carta, incluso yo misma me sigo sorprendiendo mientras la escribo, pero ahora que sé que me queda poco tiempo, creo que lo correcto es responderte.

Siempre me has parecido un buen chico. Sí, incluso cuando te conocí siendo un crío, robando esos mangos. También cuando creciste, aun con las numerosas historias rodeándote, sabía que lo eras.

No te juzgo. Cada uno encuentra unas u otras circunstancias en la vida, y han sido tus actos los que han hablado por sí solos. Vi tu determinación por salir de ese agujero, luchabas contra marea para quitarte ese peso de los hombros.

Eres valiente, chico. Valiente y luchador, pero también buena persona. Y eso es lo más importante. Ahora, si me dijeran que debo dar un último consejo, sería ese. El de ser una buena persona.

Y sé que has intentado ocultarlo siempre, como alguno de tus amigos. No erais tan mala gente como queríais aparentar frente al mundo, pero lo comprendo. Era un caparazón para protegeros.

No quiero que esta carta sea un eterno monólogo, pero antes de contestar a tus preguntas, tan solo necesitaba que supieras lo

que pienso de ti. Que… qué más te dará, ahora me doy cuenta, pero cuando la vida marca una fecha límite, te juro que todo lo ves de otra manera. Y no me da la gana callarme las cosas buenas que pienso de ti.

En cuanto a Ava, ella, mi chica responsable, de sueños que cree inalcanzables, está en su tierra, en su Irlanda querida. Eso la acerca a su padre, a la mitad de sus raíces, y para Ava siempre ha sido importante. Su corazón estará siempre dividido entre las tierras irlandesas y las almerienses.

No está sola, Caleb la acompaña. Ya sabes que son como uña y carne. Y me tranquiliza saber que siempre se tendrán el uno al otro, incluso que en esa ecuación entra Grace.

No te puedo responder a la pregunta de cómo está. No soy una persona entrometida, siento decepcionarte. Creo que quizá tengas que preguntárselo a ella. Seguramente no te costará encontrarla, perdida entre sus historias, sus libros y su mirada puesta en las estrellas.

Y no me refiero a las del cielo, aunque vete a saber, no soy más que una madre que fue testigo de una intensa historia.

Pase lo que pase, fuiste afortunado, Hugo. Y ella también.

Os amasteis intensamente, y eso siempre queda tatuado en el corazón y en esta historia que se llama «vida».

Vida. Qué breve es.

Eso es algo de lo que siempre nos advierten, pero poco caso les hacemos, ¿verdad?

Me despido, y como no soy muy buena con ellas, te escribo una frase de uno de mis poemas favoritos.

Dime, ¿qué piensas hacer con tu única, salvaje, preciosa

vida?

Poderosa pregunta, ¿verdad? Creo que esta carta no podría tener mejor despedida.

Cuídate, chico. Cuida de tus sueños también, y, ante la duda, hazte esa pregunta, porque, sí, nuestra vida es única, salvaje y preciosa.

Con amor,

Lorena

Sé que tengo los ojos llenos de lágrimas.

Cuando escribió esta carta, ya sabía de su enfermedad. Era consciente de cuál sería su desenlace, y a pesar de ello, no se aprecia ningún tinte catastrofista, sino todo lo contrario.

Y es que mamá era así.

Hasta el final.

Agosto de 2022

Almería

Ava

Nos encontrábamos en la habitación del hospital.

Grace no llegaría hasta la noche, porque, aunque le tocaba dormir en casa, había insistido en que podía descansar

perfectamente con nosotras en la habitación; se habría quedado a teletrabajar también, pero esto, al final, lo hizo en casa.

Mamá había dicho que tenía que descansar, que podría visitarla al día siguiente, que se quedara el resto de la noche. Sin embargo, Grace no quiso ceder.

Y la entendía.

El final se acercaba, demasiado. Así que nosotras dos no queríamos estar separadas.

La luz dorada de la tarde entraba por la ventana y lo bañaba todo a su paso creando un ambiente de calma, incluso bonito, como burlándose de la situación. Mamá estaba en su cama, tumbada y con el oxígeno conectado, mientras me escuchaba.

Yo le leía algo, ni siquiera ahora recuerdo de qué libro se trataba. Seguramente alguna de mis últimas traducciones, deseosa de compartirlo todo con ella, de exprimir cada segundo, cada minuto que se escurría y nos alejaba de ella.

—He estado reflexionando sobre algo —dijo de pronto mi madre.

Al instante detuve la lectura.

—¿Sobre qué? —quise saber; alcé la vista rápidamente y la examiné para asegurarme de que estuviera bien, cómoda.

—Sobre la muerte.

Al oír la palabra prohibida, me levanté y olvidé el libro sobre los pies de su cama.

—Mamá…

Pero ella negó con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tenemos que hablar de ella, cielo. Cada vez toma más protagonismo en esta habitación.

Controlé la expresión de mi cara, manteniéndola serena, pero los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Y en qué has estado pensando? —pude preguntarle.

Mi madre sonrió.

—En que creo que no será tan diferente a la vida. No me acuerdo de cuando nací, nada, ni un leve recuerdo. Así que me imagino que será igual cuando muera.

Intenté asentir, pues encontraba cierto sentido en sus palabras, pero antes de poder hacerlo, rompí en un llanto.

—No llores, cariño —me pidió ella, también con lágrimas en los ojos.

—No es justo, mamá —logré decir mientras sentía que su mano, tan débil, tan fría, me buscaba.

—Bueno, habría que abrir debate sobre eso —sonrió—. Mi vida ha sido intensa y muchas veces acelerada. Y ahora lo entiendo, ¿sabes? Conocí al hombre de mi vida cuando era muy joven, y tuve a mis otros dos amores cuando mucha gente decía que era demasiado pronto, pero era para brindarnos más tiempo, ¿no lo ves? Si hubiera esperado a teneros a la edad adecuada, no habríamos estado juntas todos estos años.

No podía hablar, así que me tumbé con cuidado junto a ella, en la cama. Sentí cómo me acariciaba la cabeza, intentando consolarme.

—He tenido el tiempo para veros crecer y convertiros en estas dos increíbles mujeres que sois. Y eso es un regalo. Podría ponerme dramática, dictaros una lista de deseos: que os cuidéis, que estéis siempre juntas, pero sé que lo haréis. Sois mis chicas.

Asentí porque las palabras no me salían, y noté que mi madre me daba un suave beso en la frente.

Más tarde llegó Grace, cargada de un suministro de chucherías dignas de nuestras sesiones de cine; eso también lo tenía previsto mi hermana, pues había traído el portátil y nos dispusimos a ver *Siete novias para siete hermanos*.

Mamá no comió nada de lo que había traído, aunque intentó simular que sí lo hacía. Participó de nuestros comentarios mordaces sobre algunos pasos de baile y varios diálogos, y se unió a nuestras risas.

Fue una noche que rozó el recuerdo de las que pasábamos en casa, y fue perfecto. Las tres juntas, como siempre.

Ojalá el tiempo se hubiera congelado en aquella habitación del hospital, donde por un momento olvidamos todo lo demás.

Mamá murió unos pocos días después, y a pesar del dolor que

sentía, me recordé incesantemente aquella sencilla pero sincera conversación que mantuvimos, porque, a pesar de todo, teníamos toda una vida de recuerdos preciosos con ella.

Y si los teníamos, nunca nos dejaría por completo.

Mayo de 2023

Dublín

Ava

Tras la marcha de Mojácar, la rutina nos envuelve a Caleb y a mí, algo que, según como se tome, es de agradecer.

Todos los días hablo con Grace, quien me va contando sus avances, siempre con la tranquilidad de que por ahora puede mantener su puesto de trabajo en la distancia, aunque tarde o temprano tendrá que tomar una decisión al respecto. ¿Dejar el trabajo y buscar otra cosa? ¿O plantear cómo mantener su puesto a pesar de vivir en España? Sé que Grace escogerá la opción más adecuada.

Estoy en el Grattan Bridge tras bajarme del autobús para llegar a la oficina. A primera hora de la mañana, la ciudad está llena de gente y el tráfico es atroz, todos con las prisas de llegar al trabajo.

Hoy se me han pegado las sábanas, así que ni siquiera he tenido tiempo de tomar un café, incluso me he metido el correo en el bolso, puesto que no me quedaba tiempo para detenerme a mirarlo o subirlo a casa para cuando vuelva.

Cruzo la calle cuando el semáforo da paso a los peatones, y no tardo en llegar a Eustace Street, donde se encuentra la oficina.

Entro en recepción peleándome con el bolso para encontrar la identificación que me permita pasar y usar el ascensor, y cuando por fin lo logro, estoy demasiado malhumorada como para dar los buenos días con una amplia sonrisa.

Por fin llego a mi oficina, y Rachel corretea a mi mesa para pasarme los informes de las últimas correcciones, pues ambas las tendremos que revisar al detalle; también me recuerda las reuniones que tenemos para esta semana.

Asiento, ya casi por costumbre, al tiempo que enciendo el ordenador. Rachel, que ya me conoce, me hace el gran favor de prepararme también un café de la máquina, bien cargado. Transcurrida una larga hora, detengo la mirada en el correo personal, especialmente en ese sobre pequeño y abultado.

Llena de curiosidad, lo abro sin mirar siquiera el remitente, pero cuando descubro lo que hay dentro, no necesito mirar la dirección para adivinar de quién es.

Un ejemplar de *Peter Pan*. En inglés.

Al sujetar las tapas duras de la bonita edición y dejar correr las páginas entre los dedos, descubro que no es un ejemplar cualquiera, sino el de Hugo. Con sus anotaciones, frases subrayadas…

El corazón me da un vuelvo cuando al final del libro encuentro una nota suelta. Una frase dedicada directamente a mí.

La leo varias veces, sujetándola con tanta fuerza que temo romperla.

Por último, escribo a Caleb y le mando una foto del trozo de papel. Su respuesta es clara:

«Ahora tú decides».

Y es cierto.

Ahora debo decidir yo qué paso quiero dar.

Julio de 2023

En el lugar más importante

Ava

Camino nerviosa, soy consciente de ello, de lo que esto significa.

La noche ha caído y no es calurosa, incluso me acompaña una suave brisa, me acaricia la piel y calma los nervios que se instauraron en mí cuando recibí ese paquete y leí la nota de su puño y letra.

Las luces de las velas llenan el pueblo, me trasladan al recuerdo de esa primera vez, hace muchos años, en ese verano que todo lo cambió.

Llego a la fuente y contengo el aliento al verla iluminada por multitud de pequeñas velas, de deseos, de sueños.

Pero lo que ha captado mi atención es él. Hugo.

Se encuentra casi en el centro del recinto, esperándome.

Su mirada conecta con la mía en el preciso instante en que pongo un pie en el lugar, y no puedo ignorar la sonrisa cauta que me dedica.

—No estaba seguro de que al final vinieras —dice, rompiendo el silencio.

Me atrevo a dar un paso, y luego otro, reduciendo la distancia entre nosotros. Es una locura estar aquí, frente a él, nuevamente. Como si no hubiera pasado el tiempo, pero, a su vez, siendo consciente de todo lo que ha ocurrido.

—Hugo… —comienzo, pero él niega con la cabeza.

—Por favor, déjame hablar a mí primero, Ginger…

Se me encoge el corazón al oír el apodo

—… porque entiendo que, aunque hayas venido, no significa nada, pero yo… necesito abrirme. Del todo, sin guardarme nada.

La intensidad de sus palabras y el modo en que me mira me impiden decir una sola palabra, así que tan solo tengo fuerzas para asentir.

—Soy consciente de que han pasado muchos años, y también de que han sucedido muchas cosas. Algunas, pensándolo con calma, han sido ridículas como para dejar que se interpusieran en nuestro camino. Pero también entiendo que no somos perfectos. Somos dos personas que se han amado intensamente, sí, pero que también han cometido algunos errores. Aun así, y a pesar de todo, no me arrepiento de nada.

Mientras Hugo habla, me mira con una intensidad que acuna sus palabras; y al oírlas, mi corazón empieza a palpitar como solo lo hace con él.

—Porque todo aquello que hemos vivido nos ha traído hasta aquí. A esta fuente, en esta Noche de las Velas, donde años atrás vi pedir un deseo a una chica que nunca pude imaginar que sería tan importante para mí. Porque lo eres, Ginger. A pesar del tiempo, de las personas, de todo lo que hemos querido, y de lo que hemos permitido que se colara en nuestro camino, tú siempre has sido *ella*. La persona más importante de mi vida, la que da sentido a esa frase que oí en algún lugar. Esa que decía que «si no fuiste mi amor en esta vida, no me equivoqué de amor, sino de vida». —Hugo guarda un momento de silencio, para después continuar—: Y entenderé que ya sea tarde, que ya estés agotada de darnos otra oportunidad, incluso que ya no sientas lo mismo, pero tenía que decírtelo, Ginger. Tenía que mirarte una vez más a los ojos y decirte que siempre fuiste y que siempre serás tú. Nadie más.

Me noto las lágrimas en los ojos, pero esta vez son distintas a las de antes. A las de mucho antes.

Observo a Hugo, al hombre en el que se ha convertido, y suelto un leve suspiro antes de hablar yo. Porque necesito hacerlo. Ambos lo necesitamos.

—Antes has dicho que no significa nada mi presencia aquí, en esta noche. Hugo, claro que significa algo. Lo significa todo. ¿Crees de verdad que habría venido si no te quisiera?, ¿si para mí

no fueras también esa persona capaz de desestabilizar y arreglar mi mundo? Hace unos meses, cuando nos reencontramos en Mojácar… ¿sabes qué pensé? —No dejé que contestara, sino que continué hablando—: Que nunca querría a nadie como te quiero a ti. No fui al hotel a buscarte únicamente por las postales de mi madre, sino para verte una vez más.

Hugo da un paso hacia mí con tal determinación en la mirada que me hace flaquear las piernas, pero me obligo a retroceder para alejarme un poco. Sus ojos registran ese movimiento, me contempla con cautela, y yo me esfuerzo en alzar el mentón y mantenerme serena.

—Pero tengo algo que decir —añado.

Hugo asiente:

—Por supuesto.

Me sonríe, percibo que se está conteniendo, y eso es tan peligroso… Me resulta complicado concentrarme, pero debo hacerlo.

—¿Cómo vamos a hacer que funcione?, ¿cómo sabes que esta vez no aparecerá otra excusa, otro…?

—Porque no lo vamos a permitir. Metí la pata hasta el fondo alargando mi estancia en Japón, soy muy consciente de ello, y no dejo de fustigarme. Pero de los errores se aprende, y mucho. Hoy soy consciente de que preferiría dejar de pintar que dejar de tenerte en mi vida.

Hugo acorta algo más la distancia, y esta vez no me alejo.

—Si me dejas, iré contigo a Dublín. Efectivamente, nadie nos puede asegurar que esta vez salga bien, pero ha llegado el momento de huir de las excusas, de abandonar el miedo. Si me lo permites, puedo demostrártelo el resto de mi vida, Ginger. Además, hagamos lo que hagamos, sabes que nos volveremos a encontrar. —Ensancha la sonrisa de forma socarrona—. El destino nos quiere juntos, Ginger.

—Siempre seremos eternos, ¿no? —Y sonrío al recordar esa frase que me dijo en París.

—Siempre eternos, sí —afirma; su sonrisa se acentúa.

—No deberías bromear con eso —suelto—. ¿Eres consciente de lo que nos ha ocasionado la afirmación que hiciste? ¿Y si nos vuelve a separar para cruzar nuestras vidas de nuevo? ¿Y si lo eterno es que nos tengamos que alejar una vez tras otra?

Para mi frustración Hugo se ríe, ganándose que lo mire con el ceño fruncido.

—Ginger, esto ya no volverá a ocurrir.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiero saber.

Y retrocedo otro paso para mantener la distancia cuando Hugo intenta acortarla de nuevo.

Pero lo necesito. Necesito que hablemos de ese temor que ha arraigado en mí. Me responde:

—Porque ahora somos distintos, hemos cambiado. Porque ahora sabemos que estar juntos no nos impedirá nada, y porque las tenemos de testigo.

Hugo señala hacia arriba, y con la mirada sigo el gesto para contemplar el cielo.

—Las mismas que vieron el inicio de nuestra historia son ahora testigos del juramento que hago ante ti —añade.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo, y la respiración queda olvidada; no me da tiempo a decir mucho más, porque Hugo disipa la distancia entre ambos, buscándome con su boca y besándome con ganas, como siempre que nos volvemos a encontrar.

Pero esta vez, mientras nos fundimos en el beso, mientras nos acariciamos y sonreímos entre palabras de cariño, no somos conscientes de que, sobre nuestras cabezas, en el cielo nocturno, ha cruzado una estrella fugaz.

Una estrella que ha sido testigo de nuestras palabras y promesas; de que, efectivamente, el destino tiene razón, y es que a veces hay historias que merecen un final feliz.

El de ese chico perdido y esa chica soñadora que cruzaron las miradas en un verano que cambiaría sus vidas para siempre.

Que los uniría para, finalmente, no volverlos a separar.

Siete años después

Epílogo

Las risas se oyen desde la primera planta, y sonrío también yo, en especial cuando, por encima de todo, destaca la de mi hija pequeña.

Bajo las escaleras para ir a la cocina, y ahí están.

Megan, con su desordenado moño del que caen numerosos mechones pelirrojos, tiene la mirada puesta en su tía, que prepara la especialidad de la casa: batidos de oreo.

—Megan, si te comes la mercancía, luego no nos quedará para repetir —la regaña con cariño Grace, que observa a su sobrina cubierta de nata montada hasta en las cejas.

—¿Qué hacéis, chicas? —les pregunto, sobresaltándolas con mi presencia.

Megan me dedica una sonrisa mellada y de hoyuelos que me derrite el corazón como siempre, y corre hacia mí para cogerme de la mano con cuidado de no golpear a su hermana pequeña, a quien tengo en brazos.

—Batidos de oreo —dice con una pronunciación algo seseante por la caída de los dos dientes de leche—. La tía Grace dice que los podemos comer mientras vemos una peli.

—Solo si vemos la peli —recalca mi hermana, dedicándome una sonrisa—. Es la norma por excelencia de esta casa, recuérdalo, Megan.

Mi hija asiente con solemnidad.

—¿Julia podrá tomarlo también? —pregunta mirando a su hermana.

La pequeña duerme profundamente sujetada en mi pecho con un pareo.

—Todavía es muy pequeña, cielo —le respondo al tiempo que le retiro algunos mechones de la cara.

Parecer que ha heredado el pelo rizado de su tía.

—Vaya…

Megan hace un gesto tristón, pero su tía se encarga de animarla.

—Más para nosotras —interviene Grace—. Además, Julia está todo el rato durmiendo, no puede ver una peli entera. No es mayor como nosotras.

—Es cierto —responde Megan, de nuevo sonriente.

—Eso de que duerme todo el rato… —murmuro.

Grace se ríe; le dice:

—Venga, Megan. Ya eres lo suficientemente mayor para llevar el cuenco de las palomitas al salón y sin pérdidas. Vamos.

Y le ofrece a su sobrina de cinco años, a quien conoce demasiado bien, el cuenco repleto. Megan asiente y corre hacia el salón.

—¿Qué película vamos a ver? —quiero saber.

—*Dirty Dancing* —responde Grace.

La miro.

—¿Crees de verdad que una niña de cinco años la aguantará entera? —le pregunto, incrédula.

—No es para ella. Sino para su tía y su madre. —Me guiña el ojo mientras me tiende dos de los batidos que ha preparado.

—¿Y estos hombres dónde están? —inquiero al descubrir la cantidad ingente de dulces y comida basura.

A Grace no le da tiempo a contestarme porque se abre la puerta de entrada; ante nosotras aparecen Hugo, Jacobo y Caleb.

—¡Papá! —canturrea, corriendo hacia su padre.

Hugo la aúpa con alegría.

—Esa niña está comiendo palomitas, ¿o son imaginaciones mías? —pregunta Grace, mirando a su sobrina.

Megan la ignora por completo, ahora solo tiene ojos para su

padre, que no deja de hacerle monerías.

—Hemos llegado a tiempo, por lo que veo —dice Jacobo mientras se inclina para darle un suave beso a Grace.

Sonrío al verlos, y pienso en el nuevo miembro de la familia que está por llegar gracias a estos dos.

—¿Y Julio? —pregunto a Caleb.

Me responde desde la cocina, donde está colocando las cosas para la barbacoa de esta noche.

—Le queda una hora para salir del trabajo, así que llegará justo, pero llegará —contesta mi mejor amigo.

Asiento y voy a ayudarlo mientras mi hija, de tan solo tres meses, duerme plácidamente sobre mí.

Caleb volvió a España con la tranquilidad de saber que yo estaba bien en Dublín, en compañía de Hugo; porque, a pesar del cariño que mi amigo sentía por las tierras irlandesas, echaba de menos su tierra.

Finalmente se estableció en Granada, y, casualidades de la vida, coincidió con Julio, su antiguo archienemigo de la universidad.

Poco hay que añadir, salvo que aquel odio picajoso ocultaba mucho más de lo que imaginábamos los demás: al poco tiempo, Caleb nos sorprendió a todos presentándonos a Julio como su novio. Y desde entonces…

—¿En serio que vamos a ver esa película? —se lamenta Hugo al entrar en la cocina con cara de circunstancias.

En el salón se oye una pequeña batalla por hacerse con el mayor botín de chucherías.

—¿Es que te parece mal plan? —pregunto yo, inclinando la cabeza para que me bese.

Un brillo divertido asoma en los ojos de mi marido, y su mirada me promete secretos que solo ambos compartimos.

—¿Por qué no veis la peli vosotras? —propone en ese momento Caleb, quien ya lo tiene todo guardado—. Nosotros vamos arriba, a la terraza. En un rato nos pondremos a preparar el fuego.

—Me parece una idea maravillosa —asiente rápidamente Hugo.

Hace amago de coger a Julia, pero me doy la vuelta para impedírselo.

—Esta niña se queda conmigo.

—Cuanto antes se una a las tradiciones, mejor, ¿no? —pregunta Hugo, que sabe a la perfección qué idea ha cruzado mi mente.

Le sonrío con cariño y, acompañada de ellos, me dirijo al salón, donde Grace y Jacobo ya están acomodados en el sofá, embobados con su sobrina mientras esta se da un festín de palomitas.

—Oye, Megan, con calma, ¿eh? —la avisa Hugo.

Grace y yo nos reímos.

—En las sesiones de cine, nada de calma con la comida —canturrea mi hermana.

Hugo se sienta a mi lado, conocedor de que no ganará esta batalla.

—Entonces ¿vamos a ver a esos dos bailando? —se queja Caleb al tiempo que se deja caer en el sofá.

—Por favor, esa peli va de mucho más. —Grace lo mira mal —. Va de ese amor de verano que une a una chica que tenía el mundo a sus pies y a un chico perdido, cuyo futuro no era prometedor. Cómo se enamoran y luchan por su historia.

—Sí, bueno. Pero acaban separados una vez terminado el verano —continúa Caleb, atacando las palomitas junto a Megan.

—¿Tú crees? —le pregunta Hugo tras intercambiar una mirada de complicidad conmigo—. Déjame decirte que yo creo que sus caminos se vuelven a cruzar.

—Sí, a mí también me da esa sensación —intervengo.

Resignado, Caleb pone los ojos en blanco, y Hugo y yo nos reímos; Grace y Jacobo parecen demasiado entretenidos con esos cuchicheos que les dibujan grandes sonrisas en los rostros.

La película comienza, y todos contemplamos atentos la pantalla. Es aquella antigua película que muchos años atrás, en la

casa donde ahora nos encontramos, una madre puso a sus hijas.

Una madre que, desde allá donde esté, nos observa feliz de vernos en este salón dando continuidad a nuestras absurdas y especiales tradiciones. De esto estoy segura.

Por seguir siendo sus chicas Brennan.

Pase el tiempo que pase.

Agradecimientos

Fugaces ha sido una bilogía muy especial para mí.

Lo he repetido hasta la saciedad por mis RR. SS., en entrevistas, a amigos, y seguro, seguro, que hasta en sueños, jajaja, pero es que de verdad que lo ha sido.

Ava y Hugo se colaron bajo mi piel cuando estaba terminando la historia de Nagore. En ese momento me había prometido a mí misma descansar y disfrutar de unas merecidas vacaciones. A ver, sí, me fui (concretamente a mi luna de miel, ajajajaj), pero ellos ya estaban conmigo y cuando semanas después comencé a conocerlos, nunca me imaginé que iban a ser tan, tan especiales.

Estas novelas han sido un gran viaje, pero no lo he hecho sola, porque he tenido a grandes personas acompañándome en el camino.

Los primeros, a mis dos agentes, Pablo y David, que esa tarde en El Retiro de Madrid, mientras les contaba la historia, me animaron a ir a por todas, y que siempre tienen sabios consejos y

palabras de aliento.

Por supuesto, a mi queridísima editora, Aranzazu. Gracias por tu cariño e ilusión por Ava y Hugo, por estar siempre ahí para escuchar mis dudas, propuestas y constantes preguntas. ¡Gracias!

A todo el equipo de Penguin. Este libro es tan bonito por dentro y por fuera gracias a este enorme equipo.

A mis lectores cero: Gemm, Duli, Bebel. Gracias, mis chicas, y esta vez se nos une alguien muy especial. Gracias, Sergio, porque has estado al pie del cañón. No sé yo si querrás repetir la experiencia, jjajaaj.

Como sabéis, en esta última novela conocemos Annabel's y, oye, lo que os cuento es cierto, aunque como podréis imaginar me he tomado alguna licencia. El aspecto tan pintoresco del lugar no llegó a ser así hasta la reforma de 2018, pero no concebía que Hugo no conociera ese espectacular cambio.

Todos esos detalles no los podría haber sabido sin la invitación de uno de sus miembros que, para proteger su identidad, no diré su nombre, pero si lees esto, muchas gracias por tu tiempo, por haber respondido todas mis dudas y por la invitación.

Gracias a Secundino Hernández (sí, lo estáis flipando mientras leéis esto como yo cuando me enteré de que iba a conocerlo) por abrirme las puertas a tu espectacular taller y resolver todas mis dudas. Fue un honor poder ver cómo trabajas y conocerte en persona.

Nada de eso hubiera sido posible sin ti, Roberto Rodríguez. Gracias por tu ayuda, y por ser la magnífica persona que eres.

Gracias a la psicóloga Paula Ponce, a quien tuve que acudir para poder tratar algunos temas, al igual que a Raúl Valencia. Espero no haber metido la pata a pesar de vuestras explicaciones detalladas.

Gracias a mi primo Jorge y a Carmen, que no dudasteis en ayudarme con mis dudas sobre Londres, al igual que mi querida Sara. Gracias.

Por supuesto, gracias a mi familia y amigos. Soy muy afortunada de teneros. Gracias por vuestra paciencia y

comprensión en mis épocas de desaparición. Especialmente a mi prima Alex y a mi tía Begoña, que están siempre emocionadas con cada nueva publicación. Y a ti, Raquel (bueno, y a Gonzalo también), que sin dudarlo fuiste a investigar sobre las fiestas de Mojácar. Mil gracias, prima. A mi pelirroja particular, Nay, que estás para cada nueva historia.

A Juanjo, que siempre estás ahí, en cada nueva historia.

A Alberto, mi gran apoyo y, de verdad, sin él dudo mucho que llegara a todo. Gracias por ser el mejor compañero de vida.

Gracias a toda la comunidad tan bonita de bookstagram, booktok, booktube, blogs literarios… Si me pongo a dar nombres esto va a ser larguísimo, pero gracias, gracias. Por vuestro entusiasmo y cariño a cada nueva publicación.

Y por supuesto, a ti, que estás leyendo esto hasta el final. Ojalá que hayas disfrutado de esta bilogía, que te hayas emocionado con cada capítulo. Gracias por tu apoyo, cariño y entusiasmo, porque sí, sin vosotrxs, mis queridxs lectorxs, nada de esto tendría sentido.

Gracias, gracias e infinitas gracias.

Ojalá nos veamos en próximas historias.

A veces lograr un sueño supone renunciar a otro. Y este, fugaz o eterno, quizá sea el que merezca la pena

Hugo tiene una ilusión y está dispuesto a todo con tal de hacerla realidad: pintar algo que lo convierta en eterno. Pero lo que aún no sabe es que esa emoción que late en su interior, esa que aparece y desaparece de su camino y que tiene los ojos azul noche, es la que de verdad anhela.

Ava ha dejado de creer en lo posible. Para ella el mundo se ha vuelto un sitio oscuro, fugaz, donde no hay lugar para los sueños y mucho menos para creer en la eternidad. Ni siquiera aunque esa posibilidad, la de vivir un amor que venza las leyes del tiempo, haya estado delante de sus ojos toda la vida.

Y cada anochecer, cuando Ava y Hugo se detienen a mirar la luna, saben que es la misma que alumbra al otro. Y ese gesto los lleva a augurar que, a pesar de la distancia y de los obstáculos, a pesar de todo, lo que sienten es para siempre.

¿Volverán a encontrarse bajo la misma luna?
¿Tomarán al fin las decisiones adecuadas para poder estar juntas?
¿O deberá alcanzarlos un meteorito para que sus pedazos acaben por encajar?

Paula Ramos nació en Madrid en 1989. Amante de la lectura, comenzó a escribir sus primeras historietas a los doce años, y desde entonces no ha parado de crear mundos y personajes. Graduada en Bellas Artes y Diseño, compagina estas dos grandes pasiones con la escritura. Su primera novela autopublicada, *Caminos cruzados*, salió a la luz en 2013. Después se adentró en la novela juvenil romántica con la bilogía Abril (*Firmado, Abril* y *Cartas para Abril*) y con *Pinkies Girls* (2020). Dentro del género fantástico publicó *Los cuatro reinos* (2018) y su continuación, *Los reinos olvidados* (2019). Con la trilogía formada por *Manual para días rojos*, *Instrucciones para días rosas* y *Consejos para días azules*, ahondó en el género romántico adulto.

Penguin Random House Grupo Editorial

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Paula Ramos
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: © Elsa Suárez / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright*

estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7287-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

[1] En italiano significa «borracho». *(N. de la A.)*
[2] En italiano significa «problemas». *(N. de la A.)*
[3] En italiano significa «muchacho, chaval». *(N. de la A.)*
[4] En italiano significa «estás pensando en ella». *(N. de la A.)*

[5] En italiano significa «de serpiente». *(N. de la A.)*

Índice

Siempre seremos eternos

Abril de 2023. Mojácar. Ava
Ava
Febrero de 2015. Granada. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Ava
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Julio de 2013. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Julio de 2013. Mojácar. Hugo
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Julio de 2013. Mojácar. Ava
Noviembre de 2013. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Diciembre de 2013. Londres. Hugo
Diciembre de 2013. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Abril de 2014. Granada. Ava
Marzo de 2014. Londres. Hugo
Abril de 2014. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Ava
Hugo
Septiembre de 2014. Londres. Hugo
Septiembre de 2014. Londres. Hugo
Hugo

Noviembre de 2014. Londres. Hugo
Diciembre de 2014. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Enero de 2015. Londres. Hugo
Enero de 2015. Granada. Ava
Enero de 2014. En la red de telefonía móvil
Enero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Febrero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Granada. Hugo
Febrero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Granada. Ava
Febrero de 2015. Granada. Hugo
Abril de 2015. Londres. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Abril de 2015. Mojácar. Hugo
Abril de 2015. Mojácar. Ava
Noviembre de 2017. Mojácar. Ava
Marzo de 2018. Dalkey, Irlanda. Ava
Enero de 2019. Dublín. Ava
Enero de 2019. Londres. Hugo
Enero de 2019. París. Ava
Enero de 2019. París. Hugo
Enero de 2019. París. Ava
Enero de 2019. París. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Noviembre de 2019. Londres. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Diciembre de 2017. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Ava
Abril de 2023. Mojácar. Hugo
Abril de 2023. Mojácar. Ava

Agosto de 2022. Almería. Ava
Mayo de 2023. Dublín. Ava
Julio de 2023. En el lugar más importante. Ava
Siete años después. Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Paula Ramos
Créditos
Notas